This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA3726.5

Harvard College Library

From

L. C. Tuckerman

MICHOACAN

PAISAJES, TRADICIONES Y LEYENDAS

POR EL LIC.

EDUARDO RUIZ

A Alberto Samson, recuerdo de su amigo que mucho lo quiere.

Eduardo Ruiz

México 1893.

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARIA DE FOMENTO,

Calle de San Andrés número 15.

1891

2366.67
1276.52
SA3726.5
HARVARD COLLEGE
NOV 21 1906
LIBRARY.
The gift of
L. C. Tuckerman.

Esta obra está asegurada conforme á la ley.

#3220 R
2366.61

MCHOACY

PAISAJES
TRADICIONES
LEYENDAS

POR EDUARDO RUIZ

PRÓLOGO.

NUNCA ha sido mi ánimo dar á la vaga relacion de los sucesos de Michoacan, anteriores á la conquista, el carácter de historia. Para esta empresa no hay elementos bastantes.

En el dia no existen más que dos personas que se consagren al estudio de "las ántiguallas de Michoacan"[1]. Desgraciadamente sus trabajos propios no nos dan, por lo ménos hasta ahora, toda la luz que ha de alumbrar aquellos tiempos oscuros.

En cuanto á libros antiguos que hayan tratado la materia, tenemos noticia de que han existido los siguientes:

"Anales en idioma tarasco," escritos por un autor indio anónimo. El Br. D. Juan Joseph Moreno, autor

1. El Sr. Dr. Nicolás Leon y el Sr. Presbítero Dr. D. Francisco Plancarte. Así lo dice el primero de estos señores en los "Anales del Museo Michoacano," Tom. I, pág. 43. El Sr. Leon es un jóven laborioso, y si á su empeño llega á unir mayor conocimiento del tarasco, es de esperarse que hará progresos en sus estudios. En cuanto al Sr. Plancarte, á un sólido criterio y á una instruccion nada vulgar, agrega su afan y su actividad por enriquecer su ya notable museo de antigüedades michoacanas.

de la Vida del Illmo. D. Vasco de Quiroga dice haberlos visto y haberlos aprovechado en su obra. El Sr. Orozco y Berra, en su Historia Antigua de México, nos habla de otro documento inédito escrito en lengua pirinda, que trataba tambien de asuntos históricos de Michoacan. En la Biblioteca del Escorial debe existir, segun Beristain, una "Historia de Michoacan, costumbres y religion de sus naturales, etc.," escrita por Fr. Martin de la Coruña, primer misionero que pisó las tierras de los tarascos.

Empero de esas obras parecen haber desaparecido las dos primeras y la última no ha llegado á publicarse.

En la misma Biblioteca del Escorial hay un Códice original con el título de "Ceremonias, Ritos, Poblacion y Gobierno de los indios de Michoacan, relacion hecha al Illmo. Sr. D. Antonio de Mendoza, virey y gobernador de Nueva España." Esta obra se ha publicado en dos ediciones. Yo tengo la de Madrid, librería de M. Murillo, 1875. Una copia de este Códice, sacado fielmente del original por el coronel Peter Force, se encuentra en la Biblioteca del Congreso de Washington en los Estados-Unidos, y otra con mayores datos, como nos lo ha dicho el Sr. Lic. Alfredo Chavero, está en poder de Mr. Aubin, en Paris. Esta obra que, para abreviar, citarémos llamándola simplemente "*Relacion*," ha sido la fuente única de donde han tomado noticias de la historia antigua de Michoacan el abate Brasseur de Bourbourg en su "Histoire des natiqns civilisées du Mexique;" el Sr. Orozco y Berra en su obra citada; el Sr. Chavero en el primer tomo de "México á través de los siglos;" el Sr. Payno en su Ensayo

de una historia de Michoacan, Carbajal y otros escritores que en trabajos de poca importancia se han ocupado de esta materia.

Los cronistas franciscanos Larrea, Beaumont y Granados, los agustinos Basalenque y Escobar y el ya citado Br. Moreno, traen unos cuantos capítulos de historia antigua de Michoacan en sus respectivas obras que, aunque de mucho valer, son deficientes y no dan detalles ni entran en pormenores de ninguna clase. Lejarza en su "Análisis Estadístico de Michoacan" es muy lacónico en punto de historia, si bien exacto y preciso. El padre Villaseñor en su *Teatro Americano*, trae descripciones y datos de mucha importancia. El Dr. D. Guadalupe Romero, en su Estadística del Obispado de Michoacan, da frecuentes muestras de falta de criterio y es muy poco el provecho que puede sacarse de su libro.

Se ve, pues, que, en resumidas cuentas, no tenemos otra fuente que la *Relacion*. Fué ésta escrita al parecer por un fraile franciscano, quien, en la dedicatoria al virey Mendoza, dice: "Pues, Illmo. Señor, esta escritura y relacion presentan á Vuestra Señoría los viejos de esta cibdad de Michuacan, y yo tambien en su nombre, no como autor, sino como intérprete dellos, en la cual V. Sª verá que sñyas van *sacadas al propio de su estilo de hablar;* y yo pienso de ser notado mucho en esto, mas como fiel intérprete *no he querido mudar de su manera de decir* por no corromper sus sñyas."

¿A qué clase social pertenecian esos viejos que dictaron la Relacion? suponemos que no ha de haber sido á la sacerdotal, única que tenia el secreto de la historia de aquel pueblo, porque es natural creer que los

pocos sacerdotes indios que sobrevivieron á la conquista no han de haber mirado con ojos serenos la pérdida del inmenso prestigio que ántes disfrutaban. Es probable que hayan sido ancianos que alguna ó algunas veces oyeron los discursos históricos que en las fiestas pronunciaban los sacerdotes. Sus recuerdos entónces tenian que ser confusos y vagos; y por lo que se ve en la lectura de la *Relacion*, el estilo de aquellos viejos es del todo iliterato. Si á esto se agrega la falta de ilustracion que se nota en el fraile que escribió lo que le dictaban, no nos extrañará que ese documento aparezca, como en efecto aparece, desaliñado, oscuro, incoherente y en muchas ocasiones absurdo. Esto mismo explica el horrible estropeo que ha sufrido allí el idioma tarasco escribiéndose las mismas palabras unas veces de un modo y otras, y otras de diversa manera.

Buscar la ideología, reconstruir el idioma y ajustar el relato al cartabon del criterio, empresa es esta superior á mis fuerzas. La he acometido sin embargo, porque he contado con un poderoso y eficaz auxilio El Señor mi padre D. Toribio Ruiz,[1] tenia empeño y gusto en hablarme de las antiguas tradiciones de los indios, de sus costumbres, de la religion de sus antepasados y de la naturaleza é índole de su elegante y poético idioma. Cuando él vivia procuraba de tiempo en tiempo congregar á su lado á los Sres. D. Martin

1. El Sr. general Riva Palacio, en su obra de "México á través de los siglos" (Tom. II, pág. 32, nota 2), dice lo siguiente: "Más que en los juiciosos estudios del Sr. Pimentel y en las *Artes* y diccionarios de Basalenque, Lagunas y otros, me fundo en las observaciones que he podido hacer en el largo tiempo que, haciendo la campaña contra la intervencion francesa, viví en el Sur de Michoacan, y pude aprovechar los profundos y laboriosos estudios hechos por D. Toribio Ruiz, vecino de Uruapan, que me comunicó más principalmente, dirigiéndome en mis investigaciones su hijo, el Lic. Eduardo Ruiz."

Cano (senior y junior) y á D. Florentino Martínez, todos ellos, lo mismo que el Señor mi padre, originarios de Paracho (Michoacan), cabecera de la Sierra.[1] Eran estas reuniones verdaderas academias en que se estudiaba el tarasco, con relacion á su pueblo; y los señores expresados, personas instruidas en la materia, eran indígenas de sangre pura y entusiastas por esa clase de trabajos. Yo asistia á la conferencia como simple oyente, siendo jóven. Allí aprendí muchas cosas y oí muchas tradiciones que ahora me han servido.

Más tarde, cuando ya todas esas personas han bajado al sepulcro, he continuado mis estudios de la historia antigua de Michoacan. El Sr. Lic. Pedro Eiquihua, diputado varias veces al Congreso general, y que tambien ya es muerto, me explicaba muchas etimologías de nombres de los pueblos de Michoacan, leyó conmigo la *Relacion*, me aclaró muchos de sus pasajes y me ayudó en la reconstruccion de los nombres tarascos: de sus labios oí la ratificacion de varias de las tradiciones que ya me eran conocidas.

Ahora despues, cuando me puse á escribir las páginas que siguen á este prólogo, he consultado repetidas veces con el Sr. Lic. Cárlos Eiquihua (sobrino de D. Pedro), con mi escribiente D. Ramon Molina, con D. Melesio Cano (hijo de D. Martin Cano jr.) y con D. Ramon Vidales, vecinos de aquel pueblo, todos ellos harto competentes en esta materia, distinguiéndose el primero, el Sr. Eiquihua, por el profundo estudio que ha hecho de su idioma.

1. El Sr. Leon, en los "Anales del Museo de Michoacan," dice: "Clasifico á los actuales indios tarascos, relativamente á su pericia en el idioma, en *indios de la Sierra* é *indios de la laguna*, siendo los primeros quienes hablan y conservan la lengua con mayor pureza." Tom. II, pág. 158.

No limité la investigacion de mis informes á los individuos citados, originarios, unos de Paracho y otros de Aranza, pueblos que son el corazon de la Sierra, nó, sino que he buscado otras fuentes.

Para formarme mejor criterio sobre algunos pasajes de la *Relacion* y algunas tradiciones, consulté varias veces con el Sr. Lic. Francisco Vaca, actual Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nacion, y que tambien es originario de Michoacan. Conoce este señor, como yo conozco, algunos títulos de tierras pertenecientes á pueblos indígenas, en los que se encuentran importantes citas históricas y fieles descripciones topográficas.

Para la descripcion de los lugares he tenido á la vista muchos documentos y artículos publicados. Y para las tradiciones, así como para rectificar nombres y ubicacion de sitios, he oido la opinion de muchas personas en una gran parte de las poblaciones de Michoacan. A fin de no ser difuso me limitaré á citar los nombres de los Sres. D. Trinidad Bustos, que fué vecino de Huetamo; un indígena Morales, de Higuatzio; González, de Ziróndaro; Rivera, de Charápan, y Simon Rodríguez, de Erongarícuaro.

Si muy eficaces me han sido estos elementos para decidirme á trabajar, ellos mismos presentan dificultades de otro género: el tarasco no se habla de igual manera en los diversos pueblos de Michoacan. En la Sierra misma hay varios dialectos, parecidos entre sí; pero entre éstos y el que se habla en los pueblos de la laguna de Pátzcuaro, la diferencia es á veces muy grande. Ejemplos: miéntras que en Pátzcuaro llaman *Guacús* al águila, en Paracho le dicen *Cuiyús*, y la pri-

mera de estas dos palabras significa mamey: en unas partes llaman *tirímacua* al pozo de donde sacan agua; en otras, tal palabra denota el cántaro que sirve para sacar el agua. Y si reflexionamos que en el decurso de tres siglos y medio se ha de haber modificado el idioma tarasco, borrado muchas tradiciones, desfigurado otras y desaparecido centenares de pueblos, cuyos nombres podian expresar algun hecho, es claro que la dificultad sube de punto. Todavía más; los autores de gramáticas y diccionarios tarascos que escribieron al principio de la conquista, inventaron, cada uno, su ortografía para escribir el idioma, y además emplearon las letras con que entónces se escribia el castellano, dando esto por resultado que escritores ignorantes escriban hoy el tarasco como se escribia el romance viejo de Castilla.

Cuestion grave es esta de escribir un idioma que tiene algunas pronunciaciones extrañas y que no habiendo tenido una ortografía propia, supuesto que los tarascos no conocieron la escritura fonética, hay necesidad ahora de escribirlo. Para obviar el inconveniente hasta donde es posible, lo escribo yo como si las palabras fueran españolas; así es que deben pronunciarse todas las letras aunque estén duplicadas, como en *Guáppa*, hijo. No es extraño, pues, que en castellano tenemos, v. g., *perenne*, *cooperacion*, en que se pronuncian las letras repetidas. El sonido frances de la *Ch*, lo escribo *Xh*, y debo advertir que generalmente la *h* es aspirada, más suavemente que en el inglés, y sirve muchas veces para hacer larga la pronunciacion de una sílaba.

El idioma mismo podria servirnos para estudiar la religion y algunas costumbres de los tarascos; pero en

esa lengua no hay palabras para expresar las ideas religiosas abstractas. Los misioneros se las dieron en latin, como *Anima* para significar el alma, ó se las inventaron como sucede con el *bautismo*, cuyo vocablo, compuesto de muchas palabras, significa literalmente *echarles agua en la cabeza á muchos.*

En las páginas de la *Relacion* hay tantos anacronismos y falta de tal modo la cronología, que á veces el libro se cae de las manos, produciendo en el alma un cansancio insuperable, y la idea que tengo de que esa crónica es simplemente una urdimbre de tradiciones, no claramente definidas, me hace ver en ella, no los anales de un pueblo, sino un relato legendario de tribus trashumantes. Faltan tambien en la *Relacion* las indicaciones precisas sobre una topografía de Michoacan. Al referirse la primera invasion de los tarascos á Naránxhan y en los largos años que deben haber trascurrido desde esa época hasta el reinado de Curátame, no llega á hacerse mencion de los lagos de Pátzcuaro, de Zirahuen ni de Tzacapu, cuyo espectáculo llama siempre la atencion, especialmente la impresionable de los pueblos primitivos.

El número de reyes que, conforme á la *Relacion*, hubo en Michoacan desde Iré-Ticátame hasta Tzimtzicha, no excede de doce, no obstante aparecer diez y siete en el árbol genealógico. Payno, que inventa una cronología inadmisible, enumera ocho. Algun otro escritor cuenta trece monarcas. Los padres Beaumont y Larrea dicen que hubo muchísimos: Granados, Lejarza y el Br. Moreno nos hablan de diez y nueve, pero ninguno de estos últimos escritores menciona los nombres.

Los monumentos que existian en Michoacan ántes de la conquista fueron destruidos en gran parte; primero por los mismos indios, obedeciendo á sus oráculos, y luego por los conquistadores y los frailes, quienes los consideraban como obras del demonio; y los indios atemorizados no se atrevian á trasmitir sus tradiciones para no incurrir en pecado ni sufrir las suaves amonestaciones de azotes con que los catequizaban, segun el decir del Br. Moreno.[1]

Ultimamente y por iniciativa del Sr. Lic. Pudenciano Dorantes, en su período de Gobernador de Michoacan, comenzó á formarse en Morelia un Museo Michoacano. El actual Gobernador de aquel Estado, general D. Mariano Jiménez, ha dado impulso á esta idea, y de esperar es que el establecimiento llegue á enriquecerse con los tesoros de antigüedades que aún están enterrados en diversos lugares de Michoacan. Por hoy el Museo contiene muy pocos objetos, dos ó tres lienzos antiguos y algunos retratos de personajes que vivieron despues de la conquista.

No obstante la exigüidad de datos, no he desmayado en mis estudios, haciéndolos extensivos á la historia de otros pueblos americanos, en busca de una etnografía y una filología semejantes á las de los tarascos; y con sorpresa descubrí una grande analogía entre el Perú y el Michoacan antiguos. Los dos pueblos tenian iguales instituciones, las mismas prácticas religiosas, parecidas leyendas, y los dos eran adoradores del sol.[2]

1. Vida de D. Vasco de Quiroga, pág. 31. Aun en el dia sigue la destruccion, y curas conozco yo que no hace muchos meses hicieron pedazos algunas figuras antiguas sumamente curiosas.

2. Tenemos motivos para creer que aun hoy dia conservan ese culto, muy

En el Perú, en Venezuela, en otras regiones de la América del Sur y en las Antillas hallamos muchos nombres tarascos, sobre cuya particularidad hemos de insistir en la presente obra.

Este es el material que para formarla he acopiado. ¿Son bastantes estos elementos para escribir una historia? No lo creo así, y por lo tanto he adoptado el estilo legendario. El gérmen de las leyendas está en las obras que he citado y en las tradiciones que me son conocidas desde mi infancia. Yo soy responsable de su desarrollo y el primero en reconocer mi insuficiencia para darles una forma literaria. Mas como en todo el relato puede encontrarse algo cierto y bueno, que acaso servirá más tarde para escribir la verdadera historia, declaro que esos datos fidedignos pertenecen principalmente al señor mi padre y á las demas personas mencionadas. Y mi deseo de que no se pierdan para la historia de *Michoacan* esos tesoros que he heredado de personas que ya no existen, es la única disculpa de este libro.

en secreto, algunos pueblos de Michoacan. Entre otros datos referirémos el siguiente:

El Sr. Lic. D. Antonio Florentino Mercado, que fué Procurador General de la Nacion, caminaba una noche por la Sierra (en una de las épocas de revolucion); extravió el camino, y de repente se encontró en medio de un numeroso grupo de indios que estaban adorando un ídolo, coronado por un sol.— Muchas veces oimos esta narracion de los labios del Sr. Mercado. Lo cierto del caso es que en la actualidad los indios jamas mientan al sol sencillamente; siempre dicen: "*Nuestro padre el Sol.*"

A MI PADRE.

La tierna voz que escuché en los tiempos que volaron, ha vuelto á resonar en mis oídos..... Los ojos que animaban con su mirada aquellas persuasivas palabras, se han extinguido ya en la tierra, pero se encienden en mi alma!

Aún dura el eco de aquel amoroso acento: se refleja siempre en mi memoria el fulgor de aquella brillante pupila.....

Y como si un espíritu venerando viniese desde los más lejanos cielos á despertar al ángel de la tradicion que duerme entre los escombros de los siglos, oigo murmurar en voz baja las más extrañas leyendas.....

¡Cuántas veces recuerdo aquellas espléndidas tardes de Agosto en que me cogias de la mano y subiamos lentamente la florida falda del GUACUIN!

Nos sentábamos en lo alto de la colina, y allí escuchaba yo de tus labios el relato de los tiempos que ya no son.

¡Qué hermoso panorama se extendia á nuestra vista!

Enfrente de nosotros el alto y majestuoso TARÉ–TZURUAN, *ocultando su cima entre las nubes; á la derecha veiamos el enhiesto*

Cúmbuen, envuelto ya en las primeras sombras del ocaso, y á la izquierda la ancha mole del Marich-huata, *en la cumbre del cual brillaban todavía los postrimeros rayos del sol.*

Y mirábamos á nuestros piés el valle delicioso de mi país natal, buscando en medio del humilde caserío la morada en que impaciente nos esperaba un sér amado!.....

LEYENDA INAUGURAL.

NOBLES descendientes de nuestros reyes, y vosotros ancianos sacerdotes que encendeis aún el incienso que sube á los dioses, escuchad la historia de nuestros antepasados, y que os sirvan de leccion sus desgracias y sus actos heróicos.

Me dirijo á vosotros los descendientes de las cuatro tribus; los que vivís en los intrincados bosques de *Huetamo*, "allá á lo léjos," en las márgenes del gran rio de *Coyúcan;* los que alzais vuestras cabañas en medio de profundas serranías y adornais vuestras sienes con las mazorcas de los pinos: los moradores de *Tzacapu*, sentados sobre las ruinas de *Nardnxhan*, y los que en otro tiempo alzábais palacios en las playas del cristalino lago de Pátzcuaro.

Los dioses del cielo dijeron á *Curicabéris*[1] que habia de ser rey y habia de conquistar toda la tierra, y que sus descendientes heredarian su poderío: su reino se dividiria en cuatro

1. *Curicabéris.* Esta palabra está escrita en la *Relacion* de muy distintas maneras: ya es como la vemos al frente de estas líneas, ya *Curicaveri*, ya *Cueravaperi*, etc,, etc.

Otros autores la escriben tambien *Curicaneri* ó *Curicueri.*

Los indios actuales de Michoacan, principalmente los de la Sierra, conservan aún el recuerdo de su gran divinidad, y por la variedad de los dialectos la llaman unos *Cuerópperi* y otros *Cuerápperi;* unos le llaman *Tatá* (nuestro padre), ó *Naná* (nuestra madre). En el curso del libro hallarémos la etimología de estas palabras.

partes y habia de haber un señor principal en cada una de las cuatro fronteras, siendo rey de una y emperador de todas. En señal de vasallaje, los otros tres reyes deberian llevar incienso y leña para los templos de la capital del imperio. Debian tambien acompañar al gran monarca en todas las guerras que emprendiese ó sostuviera, y unidos los cuatro, formarian el Consejo real.

Y estos cuatro señores que constituian la cuádruple alianza, eran los descendientes de los caudillos de cuatro tribus hermanas, cuyos progenitores poblaron en tiempos que se hundieron ya en el abismo de los siglos las fértiles llanuras del *Rimac* y las feraces vertientes de los Andes, sobre cuyos depósitos de plata y oro se asienta la sagrada ciudad de Cusco.[1]

1. *Cuzco.* Estas y otras palabras del Perú, iguales ó parecidas á algunas del tarasco, tienen allí diversa significacion. *Cusco*, por ejemplo, significa *ombligo:* oportunamente verémos lo que significa la misma palabra en tarasco.

Hay que advertir que en el imperio del Perú habia un idioma sagrado que sólo los Incas conocian y que era distinto del que usaba el pueblo. No creemos aventurado suponer que las palabras religiosas y algunas otras como los nombres de ciudades ó sitios sagrados, se hayan tomado del idioma secreto, dándoles diversa significacion para el vulgo.

Como una simple opinion particular, suponemos que el Sur de la América fué tambien almáciga de migraciones, como nuestros historiadores suponen que lo fué el Norte. Para no desechar nuestra conjetura de que los tarascos vinieron del Sur, atendemos á los numerosos puntos de contacto que su religion, sus costumbres y su idioma tienen con los de los pueblos aborígenes de la América meridional, y cuyas semejanzas se hacen notar en la leyenda anterior y se hallarán, de cuando en cuando, en el curso de este libro. Apoya tambien esta suposicion la diferencia tan completa que se nota entre la raza de los tarascos y la de los otros pueblos de esta parte del Continente, que se dice vinieron del Norte; diferencia que se extiende á los otomites, que parecen ser la tribu autóctona, ó al ménos la de más remoto asiento en las tierras mexicanas. Además, nuestros historiadores regnícolas no niegan la posibilidad de las migraciones provenientes del Sur.

En la misma configuracion del cuerpo de los tarascos se encuentran algunos detalles que los distinguen de los demas indios que habitan el actual territorio mexicano. El Sr. general D. Vicente Riva Palacio hacia ya estas observaciones desde la época de la guerra de Intervencion francesa (ha más de veinticinco años), examinando los cráneos hallados en las *yácatas* (sepulcros de los antiguos), ó bien los de individuos vivos de la raza actual de los tarascos. Despues publicó algunas de sus observaciones en el tomo segundo de "México á través de los siglos." No somos nosotros (el autor de estas líneas) para esta

Allí dejaron nuestros antepasados, al emprender el camino del desierto, á *Piura*[1] con sus fértiles y abundantes sementeras; á *Ica* y *Arequipa*, de campiñas cultivadas; el animado puerto de *Arica; Huanto*, de vega fertilísima; *Acobamba*, troje de cereales; *Huánuco*, cuyos campos ostentan actualmente la gualda de la caña de azúcar; Túmbes,[2] lugar á donde se retiraban á orar solitarios los hombres, y destacándose entre nieves perpetuas, el agreste y pintoresco *Huarás*,[3] raíz y fuente de tantas y tan codiciables riquezas.

Vagas tradiciones nos refieren que *Cuerápperi*, la Madre Naturaleza, pobló aquel país de ricos vegetales; ora las plantas y los árboles que ofrecen con sus semillas, con sus frutos, sus hojas y sus bulbos fácil y nutritivo alimento para el hombre; ora las yerbas, cuyas fibras le proporcionan el vestido; ya los gigantes de la vegetacion que lo convidan con su sombra ó le suministran la madera para sus habitaciones ó para mantener el fuego del hogar; ya, por último, las flores encantadas para recrear su vista.

Creó á seguida los peces de la mar, y de los lagos y de los rios; los insectos y los reptiles; los cuadrúpedos, entre los cuales, el llama, la vicuña y el guanaco, ayudan al hombre con su fuerza ó le brindan el calor con su lana de infinito aprecio, y finalmente, hizo brotar del beso enamorado del céfiro y las flores las aves de variados matices que pueblan el espacio, entre ellas el pequeño, brillante y ligerísimo *zinzun*[4] que parece un rayo de sol visto al través de una esmeralda.

Y para que á lo bello y dulce se unieran lo terrible y majestuoso, de la lucha entre las tempestades y los bosques que bordan las cañadas de los Andes, hizo surgir el tremendo y gigantesco cóndor.

Despues creó *Cuerápperi* al hombre.

clase de estudios, pero sí tenemos fe de que en el subsuelo de la tierra michoacana se encuentran guardados grandes tesoros para la ciencia americana.

1. *Piuri*, en tarasco significa *desgranar*.

2. *Tumbí*, en tarasco, es el mancebo, el soltero ó el solitario.—Anotamos todas estas palabras por su semejanza con las del *Perú*.

3. *Huarás*, significa en tarasco *raíz*, más bien dicho, bulbo.

4. El colibrí, llamado *zunzun* en la Amêrica meridional, y *zinzun* en tarasco.

¡Cuántas veces, sin embargo, desaparecieron los habitantes al estrépito funesto de la lucha entre los elementos!

Los volcanes se abrian, vomitando el fuego que inextinguible ardia en las entrañas de la tierra. Grandes rocas lanzadas al espacio caian luego sobre los infelices habitantes. A veces la lava, en tremenda inundacion, cubria los valles; á veces las nubes, preñadas de rayos, que oscurecian la bóveda celeste, se deshacian en diluvios sin fin que sepultaban en sus ondas todo lo creado. Entónces los animales salvajes y las aves se refugiaban en las inaccesibles cimas de las más altas montañas, miéntras que los séres humanos perecian, tragados por las aguas crecientes é inexorables.[1]

Pero si continua era la destruccion, tambien era incesante el poder fecundo de *Cuerápperi*. Para que la ayudasen en su obra, creó el Sol, la Luna y las estrellas.

Apareció entónces Pachacamac;[2] tuvo el encargo de animar el mundo y, *viniendo del Sur*, venció á los combatientes de aquella tremenda lucha y creó la nueva generacion.

Las diversas tribus de hombres que brotaron á su benéfico influjo, se esparcieron en las montañas y llanuras del Perú: todas respetaban el nombre de *Pachacamac*, nombre venerado que sólo se pronunciaba en los ritos sagrados y cuya imágen se presentaba al pueblo en el disco del sol, imágen sacrosanta que tenia por nombre Intí.[3]

1. Leyendas del Perú.—Algunas de las referencias á la historia del Imperio de los Incas, las hemos discurrido leyendo las obras del padre Acosta, de Herrera, de Lorente y de otros muchos autores. En aquel notable periódico que se publicó en Lóndres dedicado á la América española, "El Instructor," hemos hallado varios artículos de gran provecho, al escribir esta parte del libro.

2. *Pachacamac* significa, en el idioma del Perú, "el que anima el mundo." Los tarascos tenian como la más elevada de sus divinidades, la que regia el Universo, á *Tucup-Achá*.

En este pasaje de la leyenda se hace referencia á la creencia de los peruanos de que sus migraciones venian del Sur.

3. *Intí*. Es el nombre del sol en el idioma vulgar del Perú. ¿Cuál seria su verdadero nombre en el idioma misterioso de los Incas? Los tarascos le llaman *Huriata*, y hasta hace algunos años solian llamarle tambien *Curícueri*, "El que quema." A la tierra caliente, es decir, á la region del Mediodía, llaman *Hurío*, que significa calor.

Lorente supone que la palabra *Intí* viene del sanscrito *indrh*, que significa resplandecer. Más parecida es la palabra *indrh* al *indé* de los tarascos, que sig-

Los jefes de las numerosas tribus, llamados *Curacas*,[1] vivian en continua guerra, disputándose los sitios más fértiles, productores de frutos, ó las más tupidas praderas para uss ganados. Cuando por medio de la conquista llegaban á apoderarse de un lugar para fijar su residencia, creian que aquellos sitios debieran ser inmutables, y los llamaban *Pacárina*.[2]

Allí erigian rústicos altares y consagraban sus cementerios, siendo costumbre que al morir algun *curaca*, era enterrado con sus mujeres, vestidos, víveres, instrumentos para el trabajo, armas y otros objetos, cubriendo luego el sarcófago con un montículo artificial llamado *huaca*.[3]

La tradicion refiere que al principio del mundo fueron colocados en *Tiahuánuco* cuatro hermanos, entre quienes se dividió el imperio de la tierra; mas inundada ésta por las aguas de un diluvio, destruyóse la poblacion. Desaparecieron luego las aguas, y otros cuatro hermanos, únicos que se salvaron, vinieron acompañados de sus mujeres y cargados de riquezas á establecerse en un paraje, en donde se mostraron como señores de la tierra.

Ese sitio se consideró como sagrado y se conoce con el nombre de *Pacari-tambo*.[4]

De esa época data la multiplicacion de los hombres. Cada tribu se formaba de *cuatro curacas* y sus respectivos súbditos, celebrando aquellos una especie de confederacion en su forma de gobierno.[5]

nifica *ese*, cuando se habla de alguna persona de respeto. Cuando señalan al sol tambien le llaman *Indé*, y más adelante lo hallarémos como título de respeto hácia el rey.

1. El término *caracua* (por corrupcion *curaca*) denota en tarasco la idea de elevacion ó superioridad.

2. El verbo *pacari* en tarasco significa *permanecer*, *quedarse* en un lugar.

3. *Huaca*. Es el nombre que tiene el sepulcro entre los peruanos. Son montículos más ó ménos elevados, y en el centro está el sarcófago que contiene el esqueleto, armas, utensilios necesarios para la vida, y á veces algunas alhajas. En todo era igual la costumbre de los tarascos, y sus sepulcros se llaman *yácatas*.

4. *Pacari-Tamo* en tarasco, significa donde se quedaron ó permanecieron los cuatro. En el idioma vulgar del Perú, *Pacari Tambo* quiere decir *posada que amanece*. (?) *Ambo* en tarasco indica la idea de claridad, segun el P. Lagunas.

5. Nos llama la atencion que la *Relacion* y uno ó dos de nuestros cronistas

Pero no obstante los beneficios que recibian de *Pachacamac*, las tribus se entregaban á continuas guerras.

Entónces dispuso el Dios enviar á la tierra un mensajero para que civilizase á los hombres y derramase sobre ellos los beneficios del estado social.

La venida de ese mediador fué rodeada de misterios y de milagros.

La hermosa *Yurixhi*[1] habitaba una humilde cabaña en las solitarias campiñas de *Túmbes*, cubiertas de exquisitos árboles frutales y deliciosas flores.

Cierto dia, un zunzun, vestido de oro y esmeralda, atravesó inquieto el perfumado pensil, y como si viniese perseguido por una ave de rapiña, buscó salvador refugio en el regazo de la doncella, quien lo acogió amorosamente, dejándolo disfrutar de aquel caliente y dulce hogar.

Nueve meses despues, un niño, hermoso como un rayo del sol, venia al mundo y era saludado como el hijo del milagro.

Mas en aquel momento se abrieron los cráteres de los volcanes, y parecia como que todos los elementos se desencadenaban para sostener un tremendo combate.

Asustada *Yurixhi*, quiso sacrificar á su hijo *Guaydngari*.[2] Ya lo habia lavado y puesto sobre una hoguera, cuando una águila lo arrebató de manos de la madre y fué á depositarlo salvo en las feraces playas de una isla desierta.

Allí lo alimentaron las aves del cielo y las fecundas hembras de los *llamas*, que en gran número habitaban la isla.

Habiendo cumplido veinte años, quiso salir de aquel retiro y llegar al continente, nadando de una á otra de innumerables islas que su vista alcanzaba á divisar.

En efecto, se dirigió á la primera de ellas, cubierta de palmeras y de profundos bosques; mas al arribar á sus playas,

nos hablen siempre de los cuatro régulos que bajo el imperio del rey de Pátzcuaro primero, y despues del de Tzintzúntzan, gobernaban el extenso territorio de Michoacan: esta es otra analogía con el Perú.

Atribúyese al Inca Ulhinchi Roca, en la historia del Perú, la division del imperio en cuatro partes, segun los puntos cardinales.

1. Significa *vírgen*, *doncella*, en tarasco.
2. La leyenda peruana llama á este niño *Guayanay*.

fué hecho prisionero por una tribu de salvajes que habian abordado á la isla en busca de provisiones.

Fué destinado al sacrificio; pero la bella *Itzí-guarí*,[1] la hija del *Curaca*, enamorada y compadecida, rompió sus ligaduras, y ambos huyeron á los bosques, ocultándose en lo más espeso de la selva.

En vano los salvajes recorrieron toda la isla; en vano el cacique imploraba á su hija; la tribu, despues de inútiles pesquisas, se hizo á la vela creyendo que los amantes se habian apoderado de alguna piragua y dirigido al continente.

De esta feliz pareja descendia el inmortal Manco,[2] el hijo del sol, quien comenzó su peregrinacion acompañado de su hermana y esposa Mama Ocllo.

En los momentos de emprender su camino, el astro de la mañana, dulce y brillante mensajero del sol, les dijo de parte de éste, poniendo en sus manos una barreta de oro: "Tomad esta cuña; golpead con ella en todos los sitios adonde llegáreis, y allí donde el sonido sea más sonoro, os estableceréis, predicando á los hombres el culto que deben tributar á nuestro padre el Sol."

Los hijos del sol se dirigieron al hermoso cerro de *Guanácuare*[3] y se establecieron en un paraje de él, porque allí se oyó más sonoro el golpe de la barreta de oro. Llamaron á aquel lugar *Cuzco*,[4] que fué luego la capital de los incas.

Entretanto seguia multiplicándose en la isla la prolífica descendencia de *Guaydngari* ó *Itzí-Guarí*. Se formaron cuatro tribus numerosas; y un dia aparecieron en diversos lugares unos inquietos y bulliciosos pájaros, cantando sin cesar *Juní, juní*.[5]

1. Significa en tarasco "la dama del agua." En la leyenda del Perú se llama *Ciguar*.

2. *Mahco* en tarasco, "*el único, el grande.*" Los peruanos traducian "solo Señor." Lorente, pág. 129.

3. La palabra tarasca parecida á ésta es *Guandácareo*, que significa lugar de predicacion.

4. Esta palabra significa en tarasco "ir sonando." ¿Seria el tarasco el idioma misterioso de los indios?

5. *Juní* significa en tarasco "venid." Esta tradicion rectifica así la que refiere el P. Beaumont en los párrafos 78 y 79 del tomo III de la Crónica de Michoacan.

Así permanecieron varios dias, hasta que una mañana, estando reunido todo el pueblo de las cuatro tribus con sus *curacas* á la cabeza, emprendieron su vuelo hácia el continente. No tardaron las piraguas en llenarse de gente, que abandonaba para siempre aquella deliciosa isla, cuna de los hijos del sol. Siguieron el rumbo que les trazaba el vuelo de las aves misteriosas, y atravesando la llanura, vadeando el poético y cristalino *Rimac* y remontándose á los Andes, llegaron á una helada serranía. Allí detuvieron su vuelo los pájaros precursores, y entónces silabearon su canto, diciendo *jú-ní, jú-ní.*[1]

Las tribus que se habian dispersado en el camino se congregaron en aquel sitio, y obedeciendo al misterioso mandato, emprendieron el camino, buscando una direccion hácia el Norte, por donde en rápido vuelo habian desaparecido las aves mensajeras del oráculo.[2]

Aquel sitio que los vió partir ha modificado su nombre, grabándolo con letras de oro en la historia americana. Se llama ¡Junin!

Cuántas fatigas esperaban á los peregrinos, cuántos peligros arrostraron y cuántos años duró aquel viaje, ni la tradicion ni la simple conjetura pueden decírnoslo. Perdiéronse en los laberintos de los Andes. Se enseñaron á luchar con los tigres y con los leones, y desde entónces el cazador que más se distinguia en esos combates, adornaba su traje con la piel de aquellas fieras, llegando ese adorno á ser distintivo de supremacía.

De dia alumbraba el camino de los emigrantes el padre de los hombres, el benéfico sol; de noche, iluminando las cimas de las montañas cubiertas de nieve, se levantaban las llamas de cien volcanes, antorchas que coronan la frente del omnipresente Chimborazo, del Cotopaxi y del Pichincha.

1. Venid y marchad, significan en tarasco estas dos palabras.

2. En la historia del Perú hallamos que en los más remotos tiempos se separaron de aquel imperio cuatro *curacas* y emigraron hácia el Norte.

Un dia los exploradores dieron el aviso de haber descubierto una espléndida tierra, de deliciosas pampas, de verdes serranías, de pintorescos valles, cruzados por *mil rios*.

Las tribus habian llegado á esa dulce, poética y fecunda comarca de la América, en donde más que en otras partes, despliega su lujosa exuberancia la agricultura de la zona tórrida.

Y trasponiendo á *Cárupan*[1] de encumbradas cordilleras, se ve á lo léjos el diáfano mar *Caribe*, cuyas olas tumultuosas luchan con las inquietas del Atlántico océano.

¡Cuánta hermosura encierra ese país!

El lago de Maracaibo, de peligrosas aguas y circuido de bosques dilatados, apénas si se comunica con el mar por estrecha bocana.

Allí la poética laguna de *Tacárigua*,[2] de habitaciones palustres que más tarde han de dar nombre á todo el territorio,[3] se extiende en inconmesurable superficie que, sin embargo, disminuye sin cesar.[4]

Allí..... mas ¿para qué describir ese jardin del mundo, de todos conocido?

Como un torrente contenido largo tiempo en estrecho cauce y que de repente se precipita, rotos los diques, en espacioso llano; así las tribus peregrinas bajaron bulliciosas á las verdes campiñas que, cruzadas por *mil rios*, se extienden al pié de la cordillera. Florestales oscuros daban sombra á los viajeros; y por todas partes la fruta de los árboles, la tupida yerba, la flor que se evapora en perfumes, el agua que se pre-

1. Significa en tarasco "ir deteniéndose."

2. *Tacárigua*, "llanura de algas." *Tecárigua*, "de superficie limpia;" esto significan ambas palabras en tarasco.

3. Venezuela.

4. Hablando de este lago dice el Baron de Humboldt (*Viaje á las regiones equinocciales*) que desaparecerá con el trascurso de los tiempos, merced á la evaporacion de las aguas.

Igual suerte han corrido en Michoacan diversos vasos de agua. El llano del Cuatro (siempre el *cuatro*), la *Lagunilla*, *Quiríinguaro*, *Cuápan* y otros muchos que ántes fueron lagos, son hoy terrenos de aluvion ó pantanosos.

cipita entre guijarros, suspirando en amoroso murmurio; por donde quiera aquella espléndida naturaleza se ofrecia á la vista de los descendientes de *Guaydngari* como la tierra prometida por los oráculos divinos. Así al ménos se lo imaginaban los hijos de *Itzi-guari*, creyendo, ignorantes ó jactanciosos, que en el inmenso globo que habitamos, Dios habia creado una sola pareja, de la que ellos procedian, para fundar los pueblos de la tierra. En medio de las inmensas riquezas de inagotables frutos, creian que todo aquello era suyo; que el hombre habia nacido para gozar, sin trabajo alguno, de los dones del Criador, y que bastaria extender el brazo para coger el alimento indisputado.

Despues de vagar algun tiempo por aquellos deliciosos sitios, de coger los frutos que por sí solos caian de los árboles, de tomar en el hueco de la mano el agua cristalina de las fuentes; despues de pasar noches tranquilas, reclinados en hamacas suspendidas entre el bejucal, contemplando las estrellas que cintilan en el azul más puro del Universo; un dia escucharon un terrible grito salido de labios humanos y voces amenazadoras en idioma desconocido.

Nuestras tribus, cuyos individuos se habian multiplicado prodigiosamente en el trascurso de siglos que duraba su peregrinacion, estaban acostumbrados á luchar con las fieras y hasta con los mismos elementos; pero al oir el grito del hombre, su sorpresa fué igual á su temor.

Repusiéronse, sin embargo, é hicieron frente á un enemigo poderoso que por todas partes los rodeaba. El campo quedó cubierto de cadáveres; mas la victoria coronó el esfuerzo de los peregrinos.

Jamas olvidaron ni aquel combate ni el sitio en que se verificó, y en su memoria se conserva con el nombre de "*El Gudrico.*"[1]

Desde entónces aquellos campos se volvieron yermos y solitarios: de cuando en cuando, el gran rio que los atraviesa

1. *Gudrico*, "lugar de matanza," en tarasco. Es el nombre de una comarca y de un rio de Venezuela.

va como tinto en sangre, y de noche se oyen lastimeros gemidos en la extension de la llanura.

Los peregrinos siguieron avanzando hácia el Oriente; á veces vadeaban un rio, á veces tenian que hacer largos rodeos, al encontrarse con los inmensos afluentes que en más de trescientos raudales engruesan el caudal del *Orinoco*, el gran rio descubierto por Colon.

El gran rio que en múltiples corrientes desemboca en el puerto de Paria.

En sus campos cubiertos de una vegetacion de púrpura,[1] los peregrinos no sabian qué admirar más, si la infinita variedad de productos de la tierra, si las aguas henchidas de pesca, si aquellas sabanas acotadas á lo léjos por cerúleas serranías, entre las cuales descuella su frente envuelta en llamas el terrible *Chupir-pari*,[2] ó aquella inmensa bahía en donde el Orinoco se precipita como plateada serpiente, como un dragon de cincuenta cabezas, hundiéndose en la mar.

Los peregrinos retrocedieron ante el espectáculo del océano; y engolfándose en aquellas florestas sin fin, profundas y misteriosas, escalaron luego las alturas en que se dilata el espacioso valle de *Caripe*.[3] Ni influyó ménos en esta determinacion la noticia dada por sus espías de que los habitantes del país reuníanse en considerable número para arrojar á los invasores.

Exploraron aquel desierto y delicioso sitio, y ¿cuál no seria su sorpresa al encontrar en un cerro llamado *Tumiriquiri* una caverna dilatada atravesada por cristalinos rios y cubierta de feraz vegetacion? En el interior de la bóveda colosal los cambiantes de la luz iluminaban misteriosamente las caprichosas

1. *Pari* es el nombre tarasco de la *chia* de tallo y hojas encarnadas. Significa tambien "el que lleva," derivado del verbo *pani*, "llevar."

2. *Chupir-pari*, en tarasco, "el que lleva lumbre." El nombre de este volcan de Venezuela se cita por el Baron de Humboldt en su *Viaje á las regiones equinocciales*.

3. *Carípen*, en tarasco significa tierra calcárea.

estalactitas que la decoran; y el encanto de aquella apacible claridad, como ténue penumbra, y el augusto silencio que allí reina, enajenan el alma del viajero.

Desde lo alto de la montaña, el rio *Acuácuare*, que sale de la gruta, se precipita en vertiginosos remolinos, se deshace en espuma y, convertido en brillantes gotas de rocío, desciende al valle de *Caripe*, haciendo flotar en el espacio las gasas del arco-íris.

De gran importancia pareció á los peregrinos el hallazgo de la escondida cueva. Los exploradores habian llegado, anunciando que un numeroso ejército seguia los pasos de la tribu y que era inminente la pelea.

Aprestáronse á ella los descendientes de *Itzí-Guarí;* y á fin de estar más expeditos para la lucha, ocultaron á sus niños en las cavernas del *Tumiriquiri*, confiando en recogerlos despues de la victoria, y dejándoles provisiones para que se alimentaran.

En seguida bajaron al valle. No bien habian acampado en él, cuando nutridas turbas de feroces *caribes* aparecieron por todas partes. La retirada fué entónces necesaria: los peregrinos emprendieron una marcha incierta, pero en buen órden, delante del enemigo. Por espacio de muchos dias, los combates se sucedian á tarde y á mañana: los campos quedaban cubiertos de cadáveres y la sangre teñia las aguas de cien rios cristalinos. Las huestes de uno y otro ejército, rendidas de fatiga, descansaban á la hora de la siesta á la sombra de espesos florestales: de noche se oia el grito de los centinelas, confundiéndose con el graznido de los buitres.

Al amanecer de un dia, los peregrinos recibieron la embajada de unos indígenas de otra raza desconocida: se les ofrecia la alianza de dos naciones que no distaban mucho del sitio en que se hallaban. Eran los *teques* y los *mariches*, valientes guerreros de las montañas que venian en auxilio de los peregrinos y en contra de sus enemigos los *caribes*.

La alianza fué aceptada; y en la tarde de ese mismo dia la tierra se oscureció debajo de las flechas. Los caribes lucharon con arrojo y desesperacion, comprendiendo que habia llegado la hora decisiva.

Esfuerzo vano! La más funesta derrota desordenó sus filas,

y la vergüenza de una fuga humillante fué el resultado de su estéril persecucion.

Desde entónces aquel sitio se llama *Güiria*,[1] y en las noches se oye ese nombre repetido por voces misteriosas.

La alegría de aquella victoria tornóse empero en llanto y desolacion. Los comisionados que habian vuelto al valle de *Caripe* para recoger á los niños ocultos en la gruta, regresaron con la terrible nueva de que los niños, muertos de hambre, se habian convertido en aves que lloran sin cesar, azotando con sus alas los muros y las bóvedas de la inmensa caverna. Y desde entónces aquel sitio es conocido con el nombre de *Guácharo*,[2] y cuando algun atrevido viajero osa penetrar en aquellas profundidades, escucha el gemido de millares de niños, llorando su orfandad.

Despues de tan funesta jornada, los peregrinos, invitados por los *teques* y los *mariches*,[3] continuaron su camino en direccion á las montañas: al ascender hicieron alto por algunos dias, á fin de reparar sus fuerzas, en delicioso paraje que llamaron *Carapa*.[4]

Cada dia era más cordial la amistad que unia á los pere-

1. *Güiria*, en tarasco significa *huid!*

2. *Guácharo*, literalmente significa en tarasco *lugar de niños.*

El Baron de Humboldt, hablando de esta gruta, dice: "Es el Aqueron de los indios *charinas*, pues segun la mitología de *estos pueblos* y *de los del Orinoco*, el alma de los difuntos entra en esta cueva. *Bajar al Guácharo*, quiere decir en su lenguaje, "morir."

Guarícharo, en tarasco significa *lugar de la muerte: Guácharo* entónces podria ser corrupcion de *Guarícharo*. Es de advertir que Guácharo es palabra que está en el diccionario de la lengua, como anticuada, y significa el que grita, el que se lamenta. ¿La aplicaron los españoles á los pájaros de la gruta de Caripe, ó más bien fué adoptada en el español tomada del idioma indígena de América, hablado por algunas tribus? Esta última conjetura nos parece la más probable, pues que en algun vocabulario de palabras anticuadas, anteriores al siglo XV, no está *Guácharo*.

3. Los *mariches*. En *Parangaricutiro*, pueblo del distrito de Uruápan, en Michoacan, existian no há muchos años, y acaso existan aún, varias familias apellidadas *Mariche* (*marichecha* en plural), y uno de los cerros que circundan á Paracho (del mismo distrito) se llama *marichhuata* (cerro de los mariches).

4. *Carápan, ir subiendo, donde se comienza á subir*. En Michoacan hay tambien un pueblo llamado *Carápan*, y su situacion topográfica es la que marca la palabra.

grinos con sus aliados. Una circunstancia particular influia poderosamente, y era la semejanza de idioma entre los nativos y los huéspedes.

Recibieron éstos la posesion del más pintoresco valle que existe en aquellos contornos: crúzanle cuatro rios de cristalinas aguas que fecundan las tierras;[1] lo acotan altos cerros, entre los que se destaca el Avila majestuoso, y en sus campos, lascivos frutos y perfumadas flores muestran el perenne poder de ingente primavera.

Allí se establecieron los peregrinos. La altura en que está situado aquel valle los determinó á ponerle el nombre de *Caracua*,[2] que los españoles convirtieron despues en *Caracas;* y el número de sus rios, el simbólico *cuatro* que hallaban en todos sus mitos, los hizo considerarlo como un lugar sagrado y religioso.

La tierra les brindaba sazonados frutos; la pesca riquísimos manjares; la caza el vestido para los hombres, y la bienhechora planta "de rosas de oro y de vellon de nieve," delicados trajes para las mujeres.

Allí dulcificaron más y más sus costumbres nuestros peregrinos, y ya como efecto de ellas mismas, ya en testimonio de agradecimiento, hacian frecuentes visitas á las familias de las otras tribus, resultando de aquí relaciones más estrechas que no tardaron en afirmarse con frecuentes matrimonios. Poco á poco estas visitas formaron como el carácter nacional de aquel pueblo, y desde aquella remotísima época adoptaron como gentilicio el nombre de *puhrépecha.*[3]

1. Los nombres de estos rios son el *Guaire*, el *Arauco*, el *Catuche* y el *Carhuata.*

2. Significa estar en la altura. La tribu primitiva llevaba el mismo nombre; por eso sus habitantes se llamaban "*los caracas.*"

3. Significa *los que hacen visitas.* Aún conservan esta costumbre los indios de Michoacan, y son atentos, ceremoniosos y corteses en tales visitas. Hay un pueblo en la ribera del lago de Pátzcuaro, que se llama *Purenchecuavo:* la tradicion refiere que era el sitio en que el rey de *Asajo* (*Asaxo*) visitaba al emperador de T*zintzúntzan.* Hemos visto ciertos títulos de propiedad de una comunidad indígena que confirman esta tradicion.

Puhrépecha. Intercalamos una *h* en la primera sílaba, porque en este caso la letra *p* suena algo aspirada. Hecha esta explicacion, en lo de adelante la suprimirémos para que se pronuncie con más facilidad.

Aquí es la ocasion de buscar el nombre gentilicio de los antiguos habitan-

El dulce clima de aquellas regiones y la paz de que gozaban con sus vecinos, no les hicieron sentir la necesidad de construir edificios para sus habitaciones. Vivian "en enramadas de verdor lozano, tendidas por la fresca *parcha* de nectáreos globos y franjadas flores."

Jamas la tribu de los *purépecha* habria abandonado aquel hermoso asilo en que se deslizaba dulce y tranquila su existencia. Pero hubo un dia, y á éste siguieron muchos otros, en que la tierra era víctima de horribles convulsiones: anchas grietas se abrian en la superficie, sepultando familias enteras; y aquel ambiente, poco há perfumado con la fragancia de las flores, tornóse en emanaciones sulfurosas, cada vez más deletéreas.

La tribu se vió en la necesidad de emigrar de nuevo, y seguida de muchos individuos de las de los *mariches* y de los *teques*, que no quisieron separarse de sus hijas, ni de sus esposas, emprendió nueva peregrinacion.

Consultaron los astros, y sobre todo aquella misteriosa y solemne constelacion de cuatro soles que nosotros llamamos *Cruz del Sur*, constelacion que en aquella parte del mundo

tes de Michoacan que hoy llamamos *tarascos*. Esta última denominacion que frecuentemente empleamos en este libro, les vino de la palabra *tarascue*, que significa yerno, porque los primeros cuatro españoles que llegaron á *Tzintzúntzan*, capital de Michoacan, fueron obsequiados por el rey, dando á cada uno de ellos una de sus hijas. Por esta razon, los indios los designaban con el nombre de *tarascue-esti* (son los yernos), y los españoles, oyendo tantas veces esta palabra, empezaron á poner ese nombre á los moradores de aquel país.

Veytia quiere hallar la onomatopeya de la palabra, y en este caso la deduce del ruido que hacian las partes genitales de los indios cierta vez que pasaron un rio y se quedaron desnudos. Esta interpretacion es grosera y absurda.

El padre Sahagun la deriva de un ídolo que habia en *Tarécuaro*, al cual los indios daban el nombre de *Tarás*. Es débil motivo para creer que esto diera nombre á toda una nacion, en la que *Tarécuaro* ó *Tarecuato* es y fué un pueblo insignificante. El Dr. Nicolás Leon juzga bien cuando dice que es fácil que, hablando de aquel ídolo, el padre Sahagun haya escrito *Tarás* por *Tarex*, que es nombre genérico de todo ídolo, no habiendo entónces exactitud en la etimología.

En la *Relacion* se llama á los michoacanos *Huetama*, *Eneani* y *Zacapu-ireti*, y tambien *vanaceos*, que nosotros escribimos *guanáxeos* para expresar su verdadera pronunciacion. Pues bien, la palabra *ireti* que significa *habitante de*, rige á todos los nombres anteriores, y así podriamos decir Huetama ireti ó Eneani ireti y Zacapu ireti, es decir, "el habitante de Huetamo ó el que habita más allá (que es lo que significa la palabra Ineani)," ó bien el habitante de *Zaca-*

brilla en el zenit, y "cuya vista hace experimentar un sentimiento religioso."

Allí, segun la creencia de los *purépecha*, reside la fuerza engendradora del Universo; allí alienta su soplo poderoso el dios desconocido, cuya infinita sabiduría es el equilibrio armónico de cuanto existe.

Durante muchas noches el gran *Petámuti*[1] tuvo fijos sus ojos en las cuatro estrellas, y siempre observó que llegada la media noche giraban de Oriente á Norte.[2] Por las tardes se veia el disco de la luna aparecer en el horizonte como teñido de sangre. La falta de crepúsculo en aquella region del mundo hacia tan rápida la transicion del dia á la noche, que á veces entre la puesta del sol y la salida de la luna se descolgaba fatídico y amenazador el pesado manto de las tinieblas.

Los *purépecha* determinaron partir inmediatamente, ofreciendo á la terrible divinidad, que así se aparece luego á los mortales,[3] que en el primer alto de su peregrinacion levantarian un templo en su honor.

Y otra vez errantes ó extraviados en tierras desconocidas,

pu. Guanax, de donde viene *guanáxeos*, significa la piña del pino. Cuando la *Relacion* hace referencia de estos gentilicios, es cuando el gran sacerdote, el *Petámuti*, relataba al pueblo la historia de sus antepasados, cuando se declaraba la guerra, ó en otro acto semejante, dirigiéndose á los jefes ó habitantes de las cuatro provincias que son la de Huetamo ó *más allá*; la de la Sierra, que tenia por capital á Pátzcuaro, ó sea la de los *guanáxeos*; la de *Zacapu*, y finalmente, la de *Michámacuan*, es decir, la de los habitantes del lago, que tenia por capital á Tzintzúntzan. Resulta de aquí que cada una de las cuatro provincias de que se componia el reino de Michoacan tenia su nombre gentilicio. Pero en conjunto, los habitantes de todas ellas se llamaban y se llaman aún *Purépecha*, "los que se visitan, los aliados." Contra la opinion de Gilberti que traduce esta palabra por *plebeyos*, tenemos su verdadero significado y el hecho de que los actuales tarascos se llaman á sí propios *purépecha*, incluyendo en esta denominacion á los descendientes de sus antiguos caciques.

1. *Petámuti*, "el sabio:" era el título del gran sacerdote de los tarascos.

2. El Baron de Humboldt refiere este hecho y habla con entusiasmo de la brillante constelacion y del cielo purísimo de aquel país. *Viaje á las regiones equinocciales*, tomo I, pág. 207. Los tarascos ven con religioso respeto esos astros que ellos llaman "las cuatro estrellas" ("tam-hoscua") y cantan todavía con expresion un himno antiquísimo, consagrado á la Cruz del Sur.

3. Los tarascos llamaban á la luna, como diosa de la noche, *Xharátanga*, que quiere decir, "la que aparece." Los peruanos la conocian con el nombre de *Taratanga* y la representaban con tres fases, lo que hizo creer al padre Acos-

vieron desaparecer los años sin dejar otra huella que oscuras tradiciones.

Era espantosa la noche que se venia encima: inmensos bosques de encumbrados pinos se extendian como interminables laberintos. El rayo los desgajaba, y al confuso rumor de multiplicados truenos que por todas partes resonaban, un continuo relámpago iluminaba la espesura y subia al cielo en líneas arborescentes.

Los emigrantes, sobrecogidos de espanto y presa de la supersticion, caminaban silenciosos y tímidos. A la cárdena luz de los relámpagos, sus sombras parecian los fantasmas del bosque, despertados por la tempestad.

De repente un soplo poderoso del aire hace desaparecer las nubes y sacude las copas de los pinos. Sólo queda en el bosque la densa oscuridad de la noche, y reina en su extension un silencio profundo.

En esos momentos se escuchan voces armoniosas, impregnadas de tierna melancolía: eran como el suspiro de una selva acariciada por las brisas. Aparecen en el fondo oscuro luces fantásticas que se mueven; opacas unas veces como si las cubriese un velo; otras veces brillaban con un fulgor intenso de dulce claridad.

Aquellos fuegos errantes, aquel divino canto, formaban con el rumor del bosque una armonía inefable.

Poco á poco los ojos de los peregrinos descubrieron unas blancas vestiduras, coronadas de luces, que iban acercándose, flotantes y gallardas como nubes salpicadas de estrellas.

El canto se hizo más perceptible: era una plegaria religiosa, tan llena de ternura, que parecia el himno de la virginidad elevado á la más casta diosa del cielo.

Los peregrinos entendian la letra de las estrofas que estaban dirigidas á la brillante *Cúcuta*,[1] la virginal antorcha de la noche.

Aquella plegaria expresaba las mismas creencias de los

ta [*Historia de Indias*] que en ese ídolo veneraban los peruanos el misterio de la Trinidad.

1. *Cúcuta* significa en tarasco *luna* y *abuela*. A la luna le llaman tambien *Naná Cutzi*, "nuestra madre la anciana."

purépecha. Era una imprecacion á la sagrada esposa de "nuestro padre el Sol," esposa vírgen que jamas comparte el lecho con su real consorte y que es, sin embargo, la madre de los progenitores del género humano.

Tan luego como los peregrinos escucharon aquel melodioso canto, no dudaron de que las blancas visiones eran las sacerdotisas de la luna, castas vestales de alma pura y corazon sin mancha que rodean en los templos la imágen de la diosa.[1]

Como una bandada de palomas de la selva se espanta y queda por un momento inmóvil á la inesperada presencia del cazador, así las vírgenes suspendieron su canto, y sobrecogidas de temor detuvieron su marcha y permanecieron sin movimiento al observar el numeroso grupo de extranjeros que se presentaba á su vista.

Por fin un grito de angustia se escapó del pecho de una de las doncellas, y como si aquel acento les hubiese devuelto la vida, todas huyeron precipitadamente. En el fondo del bosque se vieron brillar y desaparecer las luces fantásticas de los cocuyos que adornaban las guirnaldas de las doncellas; se hubiera dicho que eran ígneas exhalaciones escapadas del cielo, ocultándose en la selva.

No pasó mucho tiempo sin que los peregrinos se viesen rodeados de millares de guerreros y de un pueblo numeroso que los hizo prisioneros.

De nuevo comenzó el canto religioso de las *guandnchecha,*

1. Estas sacerdotisas son las *guanánchecha*, plural de *guanáncha*, que significa *la que rodea.* Como la partícula *cha* indica la idea de cuello ó garganta, hemos vacilado mucho en aceptar aquella etimología. El verbo *guandani* significa hablar. Si lo combinamos con la indicada partícula, tendrémos *guandancha*, y por síncope, *guanáncha* y significa entónces "la que habla con la garganta," la que emite la voz de la garganta, que en lenguaje figurado puede decir "la que canta." El Sr. Lic. Cárlos Eiquihua, sin rehusar esta última etimología, cree que la palabra *guanacha* significa la que carga algo apoyado en el cuello, y cita la práctica de las actuales *guanánchecha* que llevan en hombros las andas en que va la escultura de la Vírgen.

Las *guanánchecha* estaban consagradas al culto del sol y de la luna. A la venida de los españoles, los misioneros conservaron la institucion y dedicaron el grupo de doncellas al culto y cuidado de la imágen de la Vírgen. Así subsiste todavía, y cada año se renuevan, escogiéndose siempre jóvenes núbiles para desempeñar este encargo.

quienes seguidas de un numeroso cortejo, se encaminaron hácia la falda de una montaña, cuya silueta se destacaba en medio de la oscuridad.

Era media noche, y por el Oriente asomaba límpido y rutilante el disco de la luna.

El pueblo prorumpió en inmensa aclamacion. Las vírgenes coronadas de cocuyos entonaron nuevo himno religioso.

Concluida la ceremonia, el más anciano de los peregrinos se acercó á los sacerdotes de aquella nacion desconocida y les dijo:

"Venerables hermanos: hablais el mismo idioma que nosotros, adorais á nuestros dioses y consagrais tambien al culto del sol y de la luna las más hermosas doncellas de la tribu.

"Acaso habeis venido como nosotros, peregrinando desde las remotas tierras del Sur, en donde las montañas, hundidas por los terremotos, sepultan las generaciones de los hombres.

"Creiamos ser los únicos descendientes de aquellos primeros moradores de la tierra; pero en el inmenso camino que hemos recorrido hemos hallado otras razas humanas, anteriores á nosotros, recibiéndonos unas tribus con los horrores de la guerra y acogiéndonos otras con santa hospitalidad.

"Mas donde quiera que hemos intentado fijar nuestros hogares, el fuego oculto en el interior de la tierra ha hecho sufrir dolorosas convulsiones al valle y la montaña: los llanos se abren en cien abismos, los montes se descuajan y la atmósfera se oscurece con el humo del volcan.

"Aquí hemos visto praderas deliciosas, profundos florestales y elevadísimas montañas cubiertas de vegetacion. ¿Podriamos alcanzar de vosotros siquiera una transitoria hospitalidad? Nos habeis hecho prisioneros; podeis ofrecer nuestra vida en holocausto á vuestros dioses, mas no olvideis que esos númenes son tambien nuestros dioses, y que nosotros somos vuestros hermanos!

"Nuestra permanencia entre vosotros será corta. El oráculo nos manda seguir la peregrinacion hácia el Norte, hasta un punto en que encontremos otras razas de hombres que caminan en sentido opuesto; ellas alejándose de las heladas regiones, como nosotros huyendo del fuego abrasador.

"Mas ántes de abandonar esta tierra, los dioses nos man-

dan edificar en lo alto de esta montaña un suntuoso templo á nuestra madre comun, á quien llamais, como nosotros, *Cúcuta.*"

Aunque las palabras del gran *petámuti* parecian haber calmado el enojo del pueblo, los guerreros mostraban todavía su semblante sañudo, y los sacerdotes, siempre encendidos en cólera, sólo aguardaban la venida del dia para sacrificar á los sacrílegos extranjeros que habian profanado con su presencia los misterios de la religion.

Empero en aquel instante las cien voces de las *guandnchecha* entonaron el canto de la hospitalidad.

"Jamas los *cutzincha*,[1] decia este himno, han manchado sus manos con la sangre del extranjero que viene de paz entre nosotros.

"Los *cutzincha* son el pueblo más poderoso de la tierra; ¿por qué han de tratar con impiedad al desvalido?

"Los *cutzincha* habitan el más extenso país del mundo, la más fértil comarca de la tierra, ¿no habrá un rincon en ese dilatado espacio para que levante una choza el peregrino?"

El inmenso clamor de la muchedumbre dió á conocer claramente que los prisioneros estaban perdonados. Los sacerdotes y los jefes de los guerreros dieron el ósculo de paz al gran *petámuti* de los *purépecha.*

Algunos años despues se erguia en la cumbre del *Cúcuta* una inmensa torre que dominaba el espacioso templo consagrado á la luna.

Los peregrinos vagaron durante mucho tiempo en medio de tribus belicosas que habitaban las playas de dos mares.

Huyendo de caer en esclavitud, los *purépecha* marchaban por lo alto de la cordillera que atraviesa la América Central.

Perdidos en los bosques tropicales de Chiapas y Tabasco,

1. Los *Cutzincha.* Esta palabra es el plural irregular de *cuxháriti* (mujer). Pero si se le considera como un vocablo distinto, que está en singular, significa "el de collar gris," tal vez como distintivo del color gris de la parte no ilumidada de la luna. Todavía se conservan en algun pueblo de Michoacan, familias que llevan ese apellido.

penetraban de cuando en cuando en las solitarias calles de espléndidas ciudades desiertas que acusaban una remota antigüedad. Admirados contemplaban aquellos grandiosos templos, comparándolos con los que en sus antiguos mapas del Perú conservaban sus sacerdotes.[1] Por donde quiera encontraban vestigios de que otras tribus, y acaso poderosas naciones de su mismo orígen, habian inmigrado en aquellos países muchos siglos ántes.

Siempre caminando hácia el Norte, seguian las costas del litoral del Pacífico, evitando encontrarse con sus moradores.

La peregrinacion estaba ya compuesta de individuos de cuatro distintas tribus: los *purépecha*, los *téquecha*, los *marichecha* y los *cutzincha*. Formaban un solo pueblo, en el que predominaban por su número las dos primeras que se habian multiplicado prodigiosamente, mas todas formaban ya un solo carácter nacional bajo la denominacion comun de *purépecha*.

A medida que penetraban en nuevas regiones, encontraban más numerosos pueblos que les disputaban el paso; pero los sacerdotes evitaban la guerra, manifestando que aún no llegaban los tiempos predichos por los oráculos en que sonara la hora del combate.

1. Varios autores han hecho notar la semejanza de los edificios del Palenque y Uxmal con los antiguos palacios y templos de los Incas. En la obra de Zimmerman, titulada "El hombre," nos ha llamado la atencion la semejanza entre el retrato de un Inca del Perú y la figura humana que se ve en el relieve de la Cruz del Palenque.

CAPÍTULO I.

Idea general sobre las costumbres, política, guerra, religion y carácter de los tarascos.—Division de clases.—Dignidades y oficios.—Bailes.—Jerarquía sacerdotal.—La guerra.—Los matrimonios.—Funerales.—Las yácatas.—La Sirangua.—Rápida ojeada sobre los ritos religiosos.—Orígen y peregrinacion de los tarascos.

CREEMOS conveniente anticipar algunas ideas sobre las costumbres, política, jerarquía social, guerra, religion y carácter del pueblo cuya historia legendaria vamos á bosquejar, á fin de que desde luego puedan comprenderse muchos sucesos que tienen íntima conexion con aquellos rasgos peculiares de los tarascos.

La administracion pública se dividia en cuatro clases:

Los señores, es decir, los régulos de las cuatro provincias se llamaban *Achá-echa.*[1]

Los ministros ó secretarios del rey denominados *carácat-achdecha.*[2]

Los recaudadores fiscales que tenian tambien el carácter de heraldos para convocar al ejército, y cuyo nombre era *Hucámbecha.*[3]

1. *Achá*, "señor." Su plural *acháecha.*
2. "Los señores de la escritura," de *carácata*, "escritura."
3. Los acompañantes.

Y los funcionarios que repartian el usufructo de las tierras, llamados *Acámbecha.*[1]

Entre la servidumbre de los reyes habia ciertos mayordomos, de los cuales los más notables eran:

El *Pirúdc-guandari*, jefe de los tejedores y guarda-almacen del algodon;

El *Quiring-uri*, músico mayor y jefe de los constructores de instrumentos de música;

El *cuanipec-uri*, encargado de los depósitos del armamento;

El *Carari*, escribiente;

El *Quengue*, encargado de los graneros;

El *Ichdrut-guandari*, inspector de las embarcaciones;

El *Guaxhánuti*, jefe de mensajeros;

El *Taret-guaxhátati*, inspector de las sementeras;

El *Cacari*, maestro de los albañiles, canteros y demas constructores de edificios;

El *Cahuaxh-pari*, proveedor de legumbres;

El *Púnguar-uri*, jefe de los que construian plumajes;

El *Uran-atari*, jefe de los pintores de jícaras;

El *Pucur-cuari*, jefe de los guardabosques;

El *Guaridcuti*, montero mayor;

El *Cherenguec-uri*, el que hace jubones;

El *Guar-uri*, jefe de los pescadores;

El *Atáhpiri*, el copero mayor:

El *Tzitzic-ucat-guandari*, jefe de los que hacian ramilletes y coronas de flores;

Los *guángariecha*, guardias de corps, cuyo jefe tenia el título de *Guángari* ó *Ecuángari.*

El *Chuper-patzari*, tesorero y guardajoyas;

El *Hagüir-píhtzipe*, el peluquero;

Los *Zirácuarecha*, tejedores de lana para los trajes de ceremonia.

Los *Catáppecha*, agentes de policía y pregoneros, y

El *Pahcáppeti*, el verdugo.

Entre los bailes públicos el más frecuente era el *pardcat-guaracua.*[2]

---

1. Los magueyes.
2. Baile de mariposas.

La familia del rey, llamado *Iré* ó *Irecha*, se componia en primer lugar de la reina—*Ireri*—de quien descendia el heredero de la corona, y en segundo lugar de las *guandnchecha* que vivian bajo el cuidado de una anciana, titulada *Guatápperi*, y el palacio en que habitaban se llamaba Guatápperio.[1]

Cuando el rey hacia partícipe de su lecho á una de las *guandnchecha* (excepto á la jefe de ellas, que se consideraba esposa del sol), la entregaba en seguida como esposa á uno de los principales nobles, lo que era considerado como un grande honor.

Entre las mujeres al servicio de la reina, estaban las *siguap-úricha*, tejedoras de lienzos finos; las *guaneng-úricha*, que construian los trajes; las *guapímecua-úricha*, que hacian los mántos, llamados *huipilli* en idioma mexicano; la *chuper-patzari*, guardajoyas, y la *Pacáppeme*, capataz de las esclavas.

La clase sacerdotal se hallaba dividida en varias categorías, pero todas reconocian á un sacerdote mayor, denominado *Petámuti*.[2] Habia en seguida los *axháni-echa*,[3] los *curip-echa*,[4] los *hirip-echa*,[5] los *guandátzecuarecha*,[6] los *patzari-echa*,[7] los *xhuríquiecha*,[8] los *étzcuti-echa*[9] y otros varios de menor importancia. La gente les daba el tratamiento de *Casíricua*[10] y eran considerados como personas sagradas.

El gran Petámuti pertenecia á la clase de los *guandátzecuarecha*, cuyo encargo era el de presidir las oraciones y narrar

1. Aún en el dia se llama Guatapera el edificio en que viven las doncellas consagradas al culto de la Vírgen, llamadas tambien *guanánchecha*.
2. El sabio.
3. Los sacrificadores.
4. Los que encendian y atizaban las hogueras.
5. Los que mantenian el fuego del altar.
6. Los oradores.
7. Los depositarios.
8. Los médicos.
9. Los adivinos. Hacian conjuros, mirando el humo de las hogueras ó incensarios. Acompañaban siempre al ejército.
10. Venerable.

la historia del pueblo en las asambleas de nobles y sacerdotes, únicas clases que debian saber y conservar los anales de la nacion. A la masa general de la poblacion se le hacia una rápida reseña de los principales acontecimientos.

La guerra ha sido considerada entre los pueblos primitivos como un acto religioso, y reyes y sacerdotes procuran conservarle siempre este carácter. En consecuencia, nada extraño es que los tarascos hayan rodeado sus operaciones militares de un aparato solemne y sagrado.

La guerra era ordinaria y extraordinaria. Esta última, determinada por las circunstancias; y la primera se hacia siempre despues de las cosechas y de estar ya entrojados los granos.

Despues de la fiesta de *Zitacuarénscuaro*,[1] que se verificaba en Diciembre, todos los señores que estaban en vasallaje del emperador llevaban gran cantidad de leña de encinas y de ocotes para encender luminarias en el interior del extenso perímetro murado de la fortaleza de Higuatzio,[2] en medio del cual se levantan aún los templos del sol y de la luna.

La fiesta duraba varias noches. En la primera, un numeroso grupo de los sacerdotes llamados *Curiri-echa*,[3] presididos por el denominado *Hirípati* ó *Hiripan*,[4] marchaba desde el palacio del rey, en procesion, presidida por éste y por el gran sacerdote; en seguida los reyes aliados y los sacerdotes de *Coyúcan*, *Pátzcuaro* y *Tzacapu*, se dirigian todos á la fortaleza mencionada que estaba envuelta en nubes de incienso é iluminada por la luz de millares de hogueras.

A la media noche en punto del segundo dia, recorrian la

1. La *Relacion* dice *Anziñascuaro*. Es error de escritura. *Zitacuarénscuaro*, significa resurreccion y, en el caso, se refiere al solsticio de invierno.

2. Supuestas las tradiciones que comprende este capítulo, las ceremonias de la guerra y algunas otras costumbres aquí descritas, deben datar de los reinados de Tariácuri, de Tangáxhuan ó de Tzitzic-Pandácuare, época en que ya estaba edificada la fortaleza de Higuatzio y ocupada *Tzintzúnzan* por los *purépecha*.

3. *Curíriecha*, los que incensaban.

4. *Hirípati ó Hiripan* es el singular de *Hirípecha* que está ya traducido.

extensa área amurallada centenares de músicas entonando aires marciales, y en lo alto de los templos se dejaban oir el ronco són de los caracoles marinos y la voz melancólica y penetrante de las *quiringuas*[1] de oro.

De repente se hacia el silencio. El gran sacerdote se colocaba en medio de las dos pirámides, vuelto el rostro hácia el Oriente; fijaba sus ojos en una estrella brillante y de luz roja,[2] y levantando el incensario, henchido de perfumes, exclamaba:

"¡Oh tú, dios del fuego, recibe propicio nuestras preces: lleguen hasta tí las espirales de humo de la leña sagrada que se enciende en nuestros templos, y dígnate inspirar el valor á nuestros guerreros que hoy empuñan las armas para aumentar los dominios de nuestro padre el Sol. Tú, que eres la mañana de oro, hermoso *Uréndacua*,[3] de semblante bermejo, ciega á tus enemigos, envuélvelos en el humo que se levanta de estas mil hogueras, y haslos caer á todos en manos de tu ejército!"

No bien acababa de pronunciar estas palabras el sumo sacerdote, cuando la muchedumbre prorumpia en inmensa y terrible exclamacion que atronaba los aires y despertaba á las olas dormidas en el vecino lago.

Se encendian hogueras en la próxima montaña, apareciendo otras inmediatamente de cerro en cerro para que en todas las poblaciones del reino se practicasen á la misma hora las ceremonias de la guerra.

Acto continuo, el sacerdote se dirigia á los cuatro vientos cardinales y conjuraba al dios de las maldiciones para que cayera inexorable sobre los enemigos de la Nacion y para que abriese á los *purépecha* las puertas de las cuatro fronteras.

En seguida aparecia un grupo de cuatro bailarines, llama-

1. La quiringua es el instrumento de música que los mexicanos llaman *teponaxtli*.

2. El Sr. Chavero supone que esta estrella es la de Aldebaran, por su color rojo. "México á través de los siglos." Tom. I, pág. 760.

Los peruanos en sus ritos se dirigian á *Chasca*, el lucero de la brillante cabellera.

3. Significa claridad.

dos *zirpiri-echa*,[1] con rodelas de plata á las espaldas y lunetas de oro en los cuellos: uno vestido de blanco, otro de amarillo, otro de rojo y el último de negro, cuyos colores representaban las nubes[2] que habian de ir á descargar las tempestades en tierra enemiga.

En la última noche la procesion desandaba el camino con parecidas ceremonias, quedando sólo en aquel campo de Marte el capitan general y los nobles y sacerdotes que habian de acompañarlo en la campaña.

Y como de antemano se habian enviado correos[3] á todos los puntos del reino, ántes del nuevo dia comenzaban á llegar numerosas huestes de guerreros de diversa manera ataviados; empero todos traían el cuerpo pintado de rayas negras, un jubon con peto acolchado, sandalias de cuero y penachos con plumas de los pájaros que servian de escudo de armas á los diversos señoríos. Cada soldado llevaba sus provisiones de boca, y sus armas eran la flecha, una lanza ó una hacha de cobre y la honda atada en la cabeza.[4]

Los sacerdotes vestian trajes negros, haciendo contraste con las blancas plumas de garza que adornaban sus penachos.

El capitan general se distinguia de los demas jefes y oficiales en el vistoso uniforme, compuesto de un penacho, sobre el que flotaban las negras plumas del águila; el escudo de plata pendiente del hombro; en la espalda el carcax de cuero de tigre; orejeras y brazaletes de oro, rico jubon de finísimo lienzo que caia hasta las rodillas, completaban su traje. Atado á la espalda llevaba el vistoso pabellon general del ejército: era una larga y flexible vara, cubierta de plumas de colibríes y coronada por una águila.

Antes de emprender la marcha, dirigia el jefe una arenga á los valientes capitanes. Entónces cada uno de los reyes aliados se dirigia á su tropa y le repetia el discurso.

1. *Zirpiri* es el rayo.
2. *Hanícua* es la nube.
3. *Guandac-páricha*, se llaman en tarasco los que llevan las palabras, las órdenes.
4. *Pandóntzecua*, es la honda en tarasco.

Indias de la sierra.
En la actualidad.

Los sacerdotes cargaban á la espalda los amuletos de la guerra, sonaban los roncos caracoles y el ejército desfilaba.

El matrimonio ha sido en todos los pueblos el acto más solemne de la vida.

Para los esposos es la realizacion de dulces y soñadas ilusiones. Para la sociedad, el augusto misterio de la reproduccion.

Hay, sin embargo, en los pueblos sencillos algo más de poético, de más pintoresco en las ceremonias de las nupcias, que en las naciones civilizadas.

Aún en el dia conservan los indios tarascos algunos de los ritos de sus antiguos casamientos. Procurarémos reseñar estas ceremonias, teniendo en cuenta aquellas costumbres y las tradiciones escritas.

Cuando entre dos jóvenes se concertaba el matrimonio, iban el padre, la madre y los parientes del novio á la casa de la novia, llevando muchos presentes que consistian en tejidos de algodon, objetos de alfarería, frutas y objetos de uso doméstico. Con la mayor gravedad, el padre del novio decia en un largo discurso que, habiendo encontrado su hijo en el jardin de la vida la más hermosa flor para adornar su casa, iba á pedirla, confiando en que no se la negarian.

Acordada la demanda, se fijaba dia para la celebracion del matrimonio, y llegado el momento feliz, la novia se ataviaba con sus más valiosas joyas, vestia su más elegante traje, y una corona de flores naturales ceñia su frente. Se reunian á su lado un sacerdote de los que cuidaban el fuego del altar, los parientes y los amigos de la familia y las mujeres ancianas del pueblo.

Entretanto salian de la casa del novio sus padres y parientes y dos largas hileras de las doncellas del lugar, ceñida la sien con vistosas fajas bordadas y recamadas de oro:[1] otro grupo de mujeres iba en pos de la comitiva, llevando cada

1. Las doncellas de ese grupo se llaman *erócuares* (la que sale al encuentro). De niños alcanzamos á ver estas costumbres.

una en la espalda un cántaro lleno de aguardiente para obsequiar á la concurrencia,[1] y por último, detrás de todas marchaban las igüiris[2] que conducian el combustible para el hogar.

La casa del novio aparecia adornada de flores y de frutas, tapizando una extensa enramada. El suelo estaba cubierto con pintadas esteras y la cocina presentaba grande animacion y daba muestras de abundancia.

Al llegar á la casa se ponian de uno y otro lado de la calle las hileras de *erócuarecha*, y pasando por en medio de ellas, se adelantaba la novia hasta la enramada en que impaciente la esperaba el enamorado mancebo.

Entónces el sacerdote, dirigiéndose á éste, decia: "Hé aquí tu mujer, te la envía el rey; no riñais, sed buenos los dos, acorreos en vuestros pesares, gozad juntos vuestros placeres."

Y dirigiéndose á la novia continuaba así: "Has de dar de comer á tu esposo: tu señor es y le has de obedecer; teje mantas para sus vestidos y los de sus huéspedes; no riñais, sed buenos el uno para el otro."

"Anciano—respondia el novio—recibo la mujer que me envia el rey: mi esposa será, mi hija y mi señora: yo su esposo y su maestro."

En seguida se celebraba el banquete y se brindaba á la salud de los novios: los vasos que contenian el licor estaban adornados de flores; la música soltaba sus alegres sones, y todo era animacion y contento en aquella fiesta en que tomaban participacion los habitantes del pueblo.

Al siguiente dia tenia lugar en la casa nupcial una nueva reunion de un carácter enteramente íntimo. Congregábanse doncellas y mancebos; ellas con guirnaldas de flores en la cabeza; ellos con preciosos ramilletes en las manos, y se entregaban al baile, no sin haber ofrecido ántes á los recien casados algunos presentes de objetos útiles para la nueva familia. Durante el baile pasaba de mano en mano la efigie de un niño, hecha de pan, y le cantaban canciones alusivas.

1. El aguardiente se llama *checata* en tarasco.
2. *Igüiri* es el ó la leñadora.

La fiesta se llama de "*las canacuas*"[1] y subsiste aún en varias poblaciones de Michoacan.

Faltaba aún que verificar una ceremonia, harto significativa.

En los cuatro dias que seguian á las *canacuas*, el marido iba por leña al cercano bosque para llevarla de ofrenda á los templos. ¿Las luminarias que allí habian de encenderse eran el fuego que avivaria los amores deseados, aún no satisfechos?

Entretanto la mujer barria el camino que andaba el marido y el extenso patio de la casa; renovaba con ramas tiernas, recien cortadas, la verde enramada bajo cuya sombra se habian pronunciado los dulces juramentos de amor. Regaba la cámara nupcial y la cubria de flores para que el ambiente estuviera saturado de aromas y frescura.

En la tarde del cuarto dia una extensa comitiva, presidida por los padres de la novia, se dirigia al reciente hogar. En medio de la concurrencia, un cargador llevaba á la espalda una silla en la cual iban colocados un metate,[2] varias vasijas de barro, un huso, una estera, una hacha y algunos instrumentos de labranza; todos estos objetos adornados de flores.

Los concurrentes llevaban en las manos los característicos ramilletes, y el trayecto que recorrian estaba tapizado de rosas exquisitas.

Llegaban á la casa, y en medio y debajo de la enramada colocaban la silla: se ponian á un lado los objetos referidos, y entónces el más anciano de los presentes dirigia á los esposos estas palabras:

"Esa silla, es para significar que tú, mujer, permanecerás siempre en el interior de tu casa; ese metate y esos utensilios de cocina, que deberás servir á tu marido los alimentos; ese huso, que habrás de hilar y tejer el algodon para sus vestidos, y esa estera—una sola estera—es señal de la fidelidad que debes guardar durante toda tu vida.—Tú, marido, tienes allí una hacha para que sepas que habrás de llevar leña á los

1. *Canacua*, significa corona. Los séres inanimados no tienen la terminacion *echa* del plural. Éste se forma agregando un numeral.

2. *Metate* en tarasco es yaguari.

templos y para alimentar el fuego de tu hogar; esos instrumentos de labranza son para romper el seno de la tierra y obligarla á producir frutos. La estera es una sola para que descanses en ella despues de las fatigas del dia."

Las músicas prorumpian en dulces acordes, acompañando los cantos epitalámicos tiernos y melancólicos que los concurrentes murmuraban al irse retirando.

Aquel hogar iba á encenderse por la primera vez en el momento mismo en que la luna comenzaba á derramar sobre la tierra el casto rayo de su amorosa luz![1]

¡Cuántas revelaciones guardan esas colinas artificiales que ocultan los restos de cien generaciones!

En la historia de todos los pueblos el asilo de la muerte sirve muchas veces para levantar el velo del pasado y descifrar algunas páginas oscuras del libro de los tiempos.

¿Quién que haya viajado por Michoacan no ha visto en casi todas las poblaciones de aquel país los montículos que se llaman *yácatas?*[2] Son las tumbas de los antiguos indios. La codicia de los conquistadores destruyó muchos de aquellos monumentos, no en busca del misterio de la antigüedad, sino de los tesoros que guardan en su seno.

Al lado de osamentas que al contacto del aire se convierten en polvo, se encuentran muchas veces vasos y diademas de oro, piedras preciosas, brazaletes, collares, armas y utensilios propios para el uso diario de la vida.

1. En esta descripcion de las costumbres del matrimonio están incluidas las de los nobles y las de los plebeyos.

Aún subsisten muchas de esas costumbres en los pueblos de indígenas en Michoacan, llevando distintos nombres en virtud de la diversidad de dialectos; por ejemplo, lo que en unas partes se llama *canácuas*, en otras se llama *cúpera*, pero ambas palabras expresan un rasgo característico de la ceremonia: *canácua* es "la corona," y *cúpera* "el encuentro."

2. *Yacátani*, significa en tarasco amontonar piedras con lodo: *yácata* es el sustantivo derivado de ese verbo.—Puede venir tambien de *Tyácani* que significa apretar, y tyácata, cosa apretada. La tyácata es lo mismo que la huaca del Perú; y se encuentran tambien en Venezuela, como pertenecientes á indios de una raza anterior á las que los españoles encontraron en los tiempos de la conquista. Humboldt, "Viaje á las regiones equinocciales," tomo II, lib. VI, cap. XVII.

Los funerales del entierro eran adecuados á las distintas clases sociales. Los cronistas refieren de la siguiente manera los que se tributaban al rey.

No bien circulaba en el imperio la noticia de la enfermedad del monarca, cuando los reyes aliados y los jefes de las poblaciones se apresuraban á acudir á Tzintzúntzan, cargados de presentes y acompañados de los médicos más notables de la tierra.

Los patios del palacio se llenaban de nobles que oian, llenos de impaciencia, las noticias de la enfermedad del gran señor; pues que nadie, excepto la familia íntima del rey, podia penetrar en el aposento.

La nueva de la muerte del rey era recibida con grandes aclamaciones de dolor que partian del palacio, se repercutian en la ciudad y eran llevadas en alas del eco á todos los ámbitos del país.

Desde luego se escogia la comitiva que habia de acompañar al soberano en su viaje á la otra vida; siendo de observar que esta eleccion se hacia casi siempre entre multitud de personas que se empeñaban á porfía en tener la grande honra de ser sacrificadas en la ceremonia fúnebre. El heredero del trono tenia el derecho de designar á los que habian de ser sacrificados. ¡Terrible poder que le permitia á veces deshacerse de sus enemigos!

En seguida lavaban el cadáver con aguas aromáticas; vestíanle su traje de ceremonia, adornábanle con sus mejores alhajas, depositaban á su lado las más valiosas armas y lo colocaban en andas.

Entretanto, los individuos de la servidumbre que habia de acompañarle, se aseaban y adornaban de la misma manera.

Pero el rito principal de esta ceremonia era el de construir inmediatamente una estatua del rey, cuya obra se encomendaba á los más hábiles escultores del reino, y en Michoacan los habia dignos de nombradía. Así perpetuaban los tarascos la memoria de sus antepasados.[1]

1. Se encuentran en las *yácatas* que se han cavado, muchos objetos del uso ordinario de la vida y casi siempre alguna ó algunas efigies humanas de piedra ó de arcilla. Se da generalmente á estas figuras el nombre de ídolos, pero no lo son. Las figuras grandes son las efigies de los personajes sepultados, y se

El acompañamiento del rey se componia de siete mujeres, una de las cuales habia de servirle de esposa y las demas de esclavas, y de muchos hombres, uno que era su proveedor de trajes, otro para sus guirnaldas y ramilletes, un peluquero, otro guarda-muebles, otro que llevaba sus armas, otro que guardaba las hachas de oro para hacer leña, otro que tenia por oficio portar el quitasol para hacer sombra al rey, y una multitud de empleados para todos los servicios, siendo digno de referir que tenian que acompañarle tambien los médicos que no habian acertado á curarlo.

Poníanse todos guirnaldas de trébol en la cabeza y pintaban su cuerpo de amarillo, y entre ellos los músicos tañian marchas fúnebres, de una melodía impregnada de dolor.

A la cabeza de la comitiva iban los tres reyes de Huetamo ó Coyúcan, Pátzcuaro y Tzacapu, entonando un triste cantar en lengua desconocida que sólo ellos comprendian.[1]

La procesion salia del palacio á media noche. En el inmenso pueblo que marchaba delante, todos llevaban hachas encendidas en las manos, y los músicos iban tañendo trompetas y caracoles de horrísono sonar. Los que habian de sacrificarse por el rey iban al frente de las andas que conducian el cadáver, barrian el camino y guiaban á los cargadores, volviendo la vista de tiempo en tiempo hácia el cadáver, diciéndole: "por aquí has de venir; mira, no pierdas el camino."[2] Se dirigian al templo mayor de la capital, en donde estaba preparada una grande pira de leña olorosa y de rajas de pino, y despues de dar cuatro vueltas con el cadáver al rededor del túmulo, lo ponian encima de él y prendian fuego á la hoguera.

En ese acto sacrificaban á golpes de maza á los individuos

llaman *Tharés* (su plural *tharésecha*) y significa "los antiguos," "los antepasados." Si las figuras son pequeñas, se llaman *guáppeta*, y significa muñeco, que sirve para juguete entre los niños.

1. La *Relacion* dice: "iban cantando un cantar suyo que empieza desta manera: *Utaine uce, yoca zinatayo, mahco*..... que es ininteligible."

2. Véase "Las Repúblicas del Mundo" por Fr. Gerónimo Roman. Parte 2ª, p. 413. El P. Beaumont dice que donde más se ostentó (en la América) la magnífica pompa de dar sepultura á los reyes, fué en Michoacan. Crónica, t. III, p. 106.

de la comitiva de ultratumba, á quienes embriagaban previamente para que no lamentasen su muerte.

Miéntras duraba la cremacion, los nobles y los sacerdotes bailaban al rededor de la hoguera, entonando cantos fúnebres, atizando el fuego y recogiendo cuidadosamente las cenizas del monarca.

Reunidas las cenizas, un escultor las amasaba hábilmente, dándoles la forma humana: colocaban en la cara una máscara de turquesas, vestíanle y ataviábanle como si estuviese vivo, poníanle á la espalda el carcax de oro, cascabeles del mismo metal en las piernas, y á su lado sus armas, y en seguida la comitiva, llevando la efigie sagrada y los cadáveres de sus acompañantes, tomaba el camino de la yácata destinada á guardar sus restos, la cual estaba consagrada á servir de templo á *Curícaueri*.

En el interior habia esteras, rodelas de oro y plata, flechas, vasos y demas utensilios de plata y barro para el servicio del rey, tinajas con agua, plumas, mantas y toda clase de instrumentos para los oficios ó artes de los que formaban la servidumbre.

La efigie del rey, guardada en rica ánfora de metal ó de alabastro, se colocaba de modo que el semblante mirase hácia el Oriente.

Durante los cinco dias que seguian al del entierro, se guardaba el más riguroso luto, sin encenderse fuego en el hogar, sin hacer ninguna operacion de comercio, sin salir nadie de sus casas, sin hablar en voz alta, reinando en todas partes el más pavoroso silencio. Solamente en las noches se reunian los nobles y los sacerdotes para orar en voz baja.

Sirangua llaman los tarascos á la "fiesta del siguiente dia." Y en efecto, despues de muerto el rey, habia que pensar en el rey vivo.

Reuníanse en consejo los tres reyes de *Coyúcan*, *Pátzcuaro* y *Tzacapu* y los gobernadores de las provincias, con los sacerdotes principales; y despues de hacer el panegírico del difunto y de encarecer la necesidad de que el imperio no quedase acéfalo "ni la casa en medio de la niebla," nombraban para

sucederle al hijo que para este efecto habia designado entre los suyos el emperador.

Ceremoniosos como eran y son todavía los tarascos, los individuos del Consejo se dirigian al palacio en que habitaba el príncipe heredero, se pronunciaban arengas para obligarlo á aceptar la corona, lo que hacia despues de alguna resistencia.

Entónces se adelantaba el gran sacerdote y le invitaba á dirigirse al palacio real, contestando el príncipe: "Pláceme, anciano, puesto que nuestro padre el Sol lo manda, y vosotros, reyes y señores que estais presentes, ayudadme con vuestro consejo y sed sumisos á mis órdenes, que soy vuestro dueño y emperador."

Poníanle en seguida una guirnalda de cuero de tigre en la cabeza, un carcax tambien de cuero de tigre, lleno de flechas, una cinta ancha de la misma piel en el brazo, señal de mando militar.

Acto continuo marchaba la comitiva al palacio real: el numeroso pueblo esperaba al nuevo emperador, y al verlo aparecer lo aclamaba estrepitosamente.

Tomaba éste asiento en el trono de sus antepasados y, poniéndose el sacerdote mayor en pié, dirigia á la concurrencia el siguiente razonamiento:

"Reyes y señores que estais presentes, aclamad á vuestro emperador. Disipádose han las tinieblas que rodearon la tierra á la muerte del soberano que acaba de bajar al sepulcro. Estad listos para obedecer las órdenes de su sucesor; enviad leña para que arda en los templos de *Curícueri*, que calienta el Universo y en cuyo nombre gobiernan estas tierras sus descendientes. Velan sobre vuestra conducta las cuatro estrellas engendradoras de todo lo creado, guardianes de nuestras cuatro fronteras.

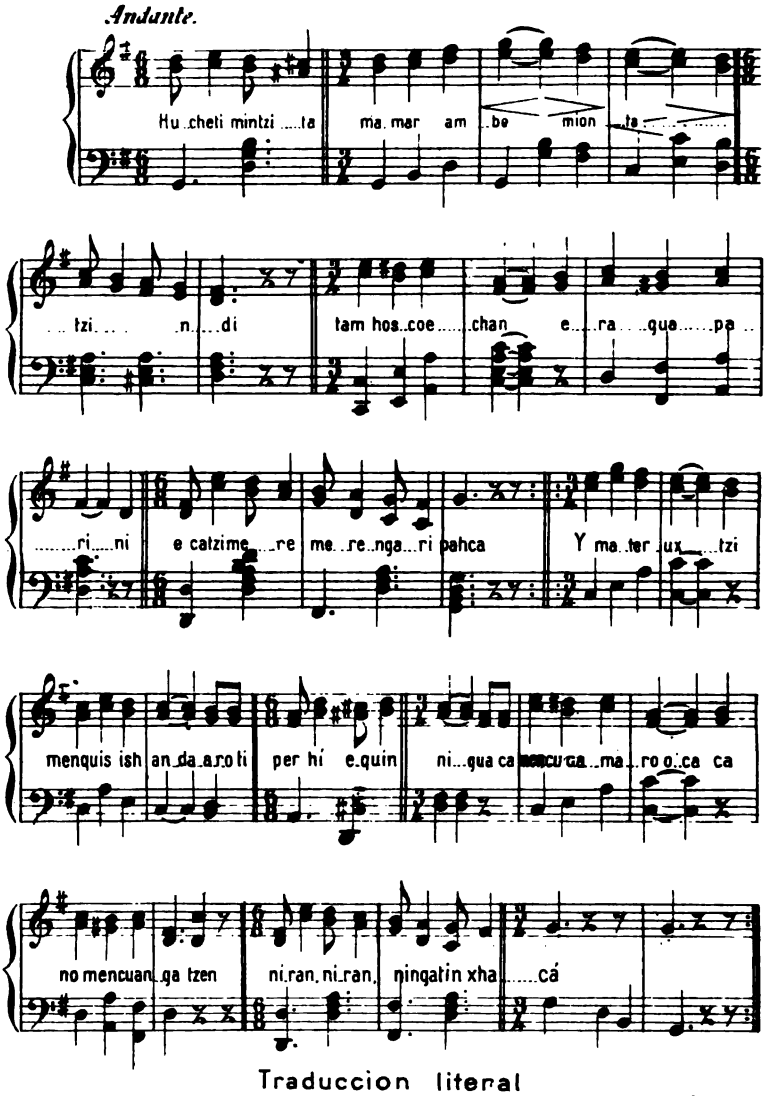
"De dia, el astro bermejo mira vuestras acciones y el fondo de vuestros pensamientos; y por las noches, cuando ménos lo esperais, asoma en el horizonte como una aparicion repentina (Xharátanga), la radiante imágen de la luna, esposa y hermana de nuestro padre el Sol. Ella sale á vigilar el Universo miéntras éste descansa de sus fatigas.

"Reyes de *Michámacuan*, de *Coyúcan*, de *Pátzcuaro* y de *Tza-*

TAM HOSCUA.

Canción.

Andante.



Traduccion literal

Mi corazon muchas cosas recuerda estrellas — cuatro viendo cuando cintilan. Ellas siempre asi saldrán; pero yo que me estoy yendo, de una vez me acabaré y no volveré jamas: me estoy yendo, me estoy yendo.

capu, y señores del interior del reino, aparejaos á obedecer, que vuestro Señor es el que mirais en ese trono."

Continuaban las arengas: cada uno de los reyes decia la suya, y cerraba la sesion el emperador.

Al dia siguiente, el monarca, acompañado de los guerreros de su linaje, que eran los *guacúsecha* (los águilas), se dirigia á la guerra, á fin de hacer cautivos para sacrificarlos el dia de su coronacion;[1] y este acto religioso terminaba las fiestas dedicadas al nuevo soberano.

A reserva de dar mayores explicaciones en el curso de este libro sobre la teogonía de los tarascos, vamos á anticipar ahora, á grandes rasgos, algunas ideas que son necesarias para la inteligencia de la narracion.[2]

Las clases elevadas creian en la existencia de un Supremo Sér, infinitamente sabio, constantemente fecundo, base y fin de la armonía universal de las cosas creadas y por crear. Su medianera con los hombres era una poderosa é inmortal divinidad, esencialmente activa, y para quien el descanso es un absurdo contrario á su eficacia. Llamábanla y la llaman aún en muchos pueblos *Nandá Cuerápperi*, y si traducimos este nombre, le dirémos "Madre Naturaleza," alma fecunda y perfectísima, fuerza que existe en la eterna inmensidad de los tiempos. Al materializar esta idea para trasmitirla al pueblo, buscaban su personalidad en medio del firmamento, como en un trono que presidiese los senos de la creacion, y creian hallarlo en esa brillante y pura constelacion de cuatro estrellas que nosotros denominamos "Cruz de Mayo" ó "Cruz del Sur," y que ellos llaman "*Tam-hoscua*,"[3] fingiendo que ese

1. Segun los cronistas, los cautivos que habian de sacrificarse no pasaban de ciento veinte, siendo notable la diferencia con los mexicanos, que sacrificaban millares de prisioneros. Los tarascos cedian á una preocupacion religiosa, pero no tenian la sed de sangre de sus rivales.

2. Ya hemos indicado que los tarascos no adoraban ídolos. Las efigies del sol y de la luna que habia en los templos y que cargaban á la espalda los sacerdotes que concurrian á la guerra, no eran más que signos visibles de aquellos astros. La religion era el Sabeismo, nunca el Fetiquismo. En el curso de este libro se encontrará confirmada esta asercion.

3. Cuatro estrellas.

sitio era la mansion celestial de la Madre Naturaleza, sitio guardado por cuatro divinidades superiores que tenian á su cargo los cuatro puntos cardinales del Universo, divinidades inmóviles que desde allí llenaban el cumplimiento de sus deberes. Por eso los indios, al dirigir sus miradas á ese sagrado sitio de la bóveda estrellada, clamaban con respeto, dándole el nombre de *Pacari-Tamu*,[1] "*donde están los cuatro.*" De aquí que el número cuatro sea un número sagrado, cabalístico, misterioso, entre todas las tribus que tienen el orígen de la de Michoacan.

Encargado de la tierra que habitamos para vigilar su marcha, para hacer fecunda su vida, para regir, en suma, sus destinos, habia creado *Cuerápperi* á *nuestro padre el Sol*, llamado *Tatá Huriata*, su representante, su *alter ego*, signo visible de la divinidad, y al que se tributaba el culto externo, compuesto de las solemnes y pomposas ceremonias descritas. Llamábanle tambien *Curícueri* (el que quema), como determinando su poder material de castigar.

Para el materialismo de los indios, el sol era una divinidad tangible, de quien esperaban toda clase de beneficios y á quien era necesario tener propicio por medio de víctimas humanas y de constantes luminarias, emblema, estas últimas, del fuego de sus rayos.

La luna—*Nanâ-Cutzí* ó *Cúcuta*—nuestra más anciana madre, era la esposa del sol, que cuidaba de su hogar, que le hacia compañía en las noches, excepto en períodos fijos en que ella hacia la centinela del mundo en tanto que su augusto esposo reposaba de sus fatigas.

El sol y la luna tenian altares en las poblaciones principales, y se les erigieron templos suntuosos en sitios cercanos á la capital de cada uno de los cuatro reinos confederados.[2]

1. Nótese la semejanza de este mito con el *Pacaritambo* del Perú.

2. La tradicion nos refiere la existencia de varios templos famosos erigidos á la *luna*, ó sea á la diosa *Xharátanga*. Podemos citar los siguientes: el de la isla Pacanda en que acompaña á la diosa otro númen llamado Manoguahpa, cuya explicacion se dará más adelante; el de Xarácuaro, isla del lago de Pátzcuaro; en Cutzio á inmediaciones de Huetamo; el de Tiríndaro, cerca de Tzacapu; el de Pátzcuaro en el barrio llamado Cuto, corrupcion de Cutzio, y el de Aránzan en un paraje denominado Cutzí-hucángaricutiro, que significa donde está grabada la imágen de la luna.

El gran templo que era comun á los cuatro reinos en que se reunian los reyes para celebrar sus grandes asambleas, era la inmensa plaza de armas de *Higuatzio*, en medio de la cual se levantan todavía las pirámides consagradas al sol y á la luna.

Ya se ha dicho que para sus expediciones militares invocaban especialmente al astro bermejo (Uréndacua), á quien suponian jefe de los ejércitos celestiales y mensajero del sol. El lucero de la mañana, la dulce estrella de la tarde, ó sea la misteriosa Vénus, formaba el cortejo del sol ó de la luna. Su nombre es *Cudngari*, el del semblante velado con un haz de rayos. Es el *Chasca* de brillante cabellera de los peruanos.

Las pléyades ó cabrillas eran tambien objeto de una adoracion tierna y apacible, y las consideraban como las jóvenes odaliscas del serrallo del sol: por esto las llamaban y las llaman aún *guach-hoscua* (las muchachas estrellas).

Cada una de estas divinidades tenia sus cantares especiales; himnos religiosos de los que algunos duran todavía entre las poblaciones de los indios.

Hé aquí la religion, bien sencilla por cierto, de los pueblos tarascos.

Ningun dato es posible para una conjetura racional acerca del orígen de los *purépecha.*

Desde que la tradicion abre sus inseguros labios para referir la historia americana, ya habla de migraciones de tribus que vienen abriéndose paso entre pueblos anteriores que defienden la posesion de sus tierras.

La leyenda religiosa penetra un poco más en el caos de los tiempos, y la de los tarascos nos presenta á *Tucup-Achá* formando de barro al primer hombre y á la primera mujer, quienes habiéndose bañado en un rio se deshicieron; los hizo entónces de cenizas, y no contento aún de su solidez, fabricólos de metal. Entraron entónces al baño, y léjos de deshacerse, se produjeron multitud de séres.

Estas trasformaciones, que indican tres estados geológicos del mundo, precedieron á la creacion del linaje humano.

Despues sobrevino un diluvio, y sólo *Tezpi* (un hombre de carácter dulce) logró salvarse con su familia navegando en una canoa, aprovisionándose de bastimentos y embarcando muchos animales para que no se extinguieran sus especies por la inundacion.

Cuando las aguas bajaron un poco, *Tezpi* dejó volar un zopilote (curitze); pero el pájaro se cebó en los cadáveres esparcidos en las montañas, y no volvió á la embarcacion. Despues de otros varios ensayos, soltó *Tezpi* un colibrí (*Tzintzuni*) que regresó con un pétalo de flor en el pico.

Mucho tememos que este episodio bíblico haya sido invencion de los primeros misioneros ó simplemente un mito de los pueblos primitivos.

En este último caso, seria emblema del progreso, como ley de la humanidad. El hombre, en lucha con la naturaleza, es vencido como frágil barro ó deleznable ceniza, pero por el trabajo se hace fuerte como el metal, adquiere la prevision é inventa el arte de navegar, y entónces lucha contra los elementos y sale victorioso.

El mito tiene tambien su parte religiosa. El colibrí, reflejando en sus alas los cambiantes de la luz solar, anuncia á los náufragos la buena nueva de que el mundo está ya habitable, y lleva en el pico la prueba de que la vegetacion cubre los campos. Es el mensajero del sol, padre de los hombres y vivificador del Universo.

Acaso la imaginacion infantil de aquellos pueblos finge que el mismo pajarillo es un númen, y lo adoran y erigen una ciudad que lleva su nombre y que le está consagrada.[1]

Y si nos parece imposible encontrar la verdad sobre el orígen del hombre, no es ménos difícil establecerla respecto de la procedencia de las tribus de que nos ocupamos.

Los cronistas las hacen emigrar de una de las siete cuevas

1. Ejemplos de este culto á los animales, que debe ser anterior á la llegada de los *purépecha*, los encontramos en los nombres de algunas poblaciones, como *Cuiyucan* (Coyucan), que significa lugar de águilas; *Higuatzio*, lugar del coyote; *Acuitzio* y *Acuitzeramo*, que significan respectivamente lugar de culebras y donde se ven las culebras; *Axunio*, lugar del venado, y otros varios. Estos nombres indican, no que sólo en aquellos lugares hayan existido dichos animales, cosa que no es cierta, sino que estaban consagrados á esa clase de culto.

de Chicomoxtoc, viniendo de las remotas tierras de *Aztlan*, pero historiadores más concienzudos enumeran las siete naciones que se supone venidas de aquellos lugares del Norte, y entre ellas no está la de los *tarascos*, pues aunque no falta quien los haga de la misma familia de los *azteca*, esta suposicion es absurda.

Sobre este particular no hay tradicion alguna, ni profana ni religiosa, y sólo nos queda nuestra conjetura de que los *purépecha* vinieron del Sur. Si en la América Septentrional todas la migraciones se hacen proceder del Norte, en la meridional, como lo vemos en la historia del Perú, se suponen venidas del Sur; acaso de la Tierra del Fuego, acaso vomitadas por el polo antártico.

Larrea, el más antiguo de los cronistas de Michoacan, nos dice: "que segun las pinturas y tradiciones que se han conservado en el archivo de los tiempos, para venir estos indios gentiles á aquestas partes, pasaron un brazo de mar pequeño, que es el estrecho de Anian, el que tiene esta tierra por la parte del Norte. Y aunque esto *no se sabe con evidencia*, por lo ménos hemos de considerarlo así, porque es isla todo lo que se habita por las divisiones que quedaron en la primera condicion, y persuádome á aquesta verdad, porque pintando estos indios tarascos el orígen de su venida en un lienzo antiquísimo que está hoy en el pueblo de Jucutacato, del domicilio de Uruápan, á distancia de una legua, pintaron aquestas nueve naciones saliendo de las siete cuevas del Poniente y juntamente que pasaban el brazo estrecho de mar ó *rio* caudaloso que atraviesa de Norte á Sur, en *balsas de madera* ó zarzos de cañas gruesas y apretadas."

Ahora bien: tenemos la creencia de que el padre Larrea no vió ese lienzo, describiéndolo por simples informes que de él le dieron.[1]

No hay en él ningun brazo ó estrecho de mar, no hay siete cuevas, ni están marcados los vientos ó puntos cardinales.

1. El lienzo existió primero en Jucutacato, y luego en el inmediato pueblecito de Jicalan, en poder de Doña Luisa Magaña, indígena descendiente de caciques. Lo regaló á su médico el Dr. Pablo García Abarca, quien lo cedió luego al Sr. Lic. Ignacio M. Altamirano, y este señor á la Sociedad de Geografía y Estadística de la Nacion, en cuya biblioteca se conserva.

Tiene además el grave inconveniente de que tal vez para poderlo descifrar y con el objeto de buscar las ricas minas de Michoacan, alguno de los conquistadores lo puso en manos de algun indio nahuatl, suponiéndolo perito en jeroglíficos, y éste fué escribiendo en su idioma propio los nombres de las poblaciones que en su concepto tocaron en su tránsito los emigrantes, y mezcló comarcas y regiones que en la geografía se hallan muy apartadas entre sí, logrando sólo hacer ininteligible la pintura. Invencion y hechura suya es sin duda la raya roja, frecuentemente dividida en dos, con que se quiere marcar el camino seguido.

Sólo hay una inscripcion en tarasco, no muy fácil de comprender, ó bien porque está escrita en tarasco antiguo, ó bien porque está mal escrita.

Esa inscripcion parece ser la clave dada por algun sacerdote tarasco ó algun sabio de la nacion, que haya sobrevivido á la conquista.[1]

Se ve grabada en uno de los cuadrados en que está dividida la pintura, en donde hay un árbol corpulento, y al pié de él cuatro grupos de personas entre quienes se ven sacerdotes con el disco del sol en la mano, guerreros, artífices y pueblo. De las ramas del árbol se desprenden *lenguas*, como indicando que á su sombra se tuvo alguna discusion importante.

Entre la primera figura que es el punto de partida en la pintura, y el lugar señalado con el nombre de *Pátzcuaro*, hay un cuadrado irregular en blanco: es como un hueco dejado intencionalmente.

Hechas ya estas explicaciones, dirémos que la inscripcion tarasca del primero de los cuadros expresados parece decir: "Está alrevesado para que no se sepa de dónde vinieron."

Vemos en esto la política de los sacerdotes *purépecha*, que ocultaban á los ojos del pueblo la que creian verdadera historia.

Antes de que intentemos describir el jeroglífico-enigma, no es fuera de caso referir que varias veces oimos de boca de la antigua propietaria del lienzo, que "allí estaba pintado el reino de los purépecha."

1. La inscripcion parece decir en tarasco: "*Guanáhcicuni* ca né mitio ne nach huquí."

Para proceder, desencajarémos de su lugar el cuadro del árbol y lo colocarémos en el hueco de que hemos hecho mencion, poniéndole el nombre convencional de *Huayameo*.

El primer cuadrante representa el cuello de una colosal tinaja de donde salen muchas gentes en actitud de caminar: va en primer término un sacerdote con un disco en la mano, y le acompaña un gran señor; se ve un niño montado en un cuadrúpedo que no podemos llamar perro, porque el animal de esta clase que existia en América era tan pequeño, que no habria podido sostener aquel peso: antójasenos creer que era un *guanaco*,[1] animal originario del Perú, que soporta una carga hasta de cinco arrobas. En seguida se ve á los peregrinos caminando sobre tortugas para indicar el dilatadísimo tiempo que duraron en la peregrinacion. El intérprete nahuatl impuso á este cuadro el nombre de *Chalchihuitl-Pasco*, que, si no nos engañamos, significa "barro (tierra) que reverbera," traduccion que de ninguna manera conviene á la zona frígida del Norte: nosotros la aplicariamos mejor á las tierras que baña el Ecuador. Por último, al frente de las tortugas, un poco más alto, vemos una piña de pino, distintivo de los *guandxeos*, nombre que los emigrantes recibieron al llegar á Michoacan.

Despues de este primer cuadro, quedará colocado el del árbol, y ambos con la línea en que ántes estaba el árbol repetido, ocuparán entónces el viento Sur: al Poniente queda otra línea de poblaciones, entre las que se halla *Tzacapu*, y aunque encontramos en el ángulo superior una ciudad en que hay una águila sobre un nopal, con el nombre de Tenochtitlan, ya hemos dicho que todas las palabras del idioma nahuatl están allí impropiamente colocadas, sobre todo ésta que pone á la capital de los azteca en la misma línea que á *Tzacapu*, en el Poniente de Michoacan. Esa águila sobre el nopal indica la existencia de un lago, perteneciente todo ó en gran parte

1. El Sr. Chavero, con buenos fundamentos, supone la existencia, en México, del *llama* del Perú, del que el *guanaco* es una especie. "México á través de los siglos." Tom. I, pág. 62. El P. Beaumont en su Crónica de Michoacan, tomo VI cáp. VI, describiéndo el carnero que existía en tierras, hoy mexicanas, supone que es el *guanaco* del Perú.

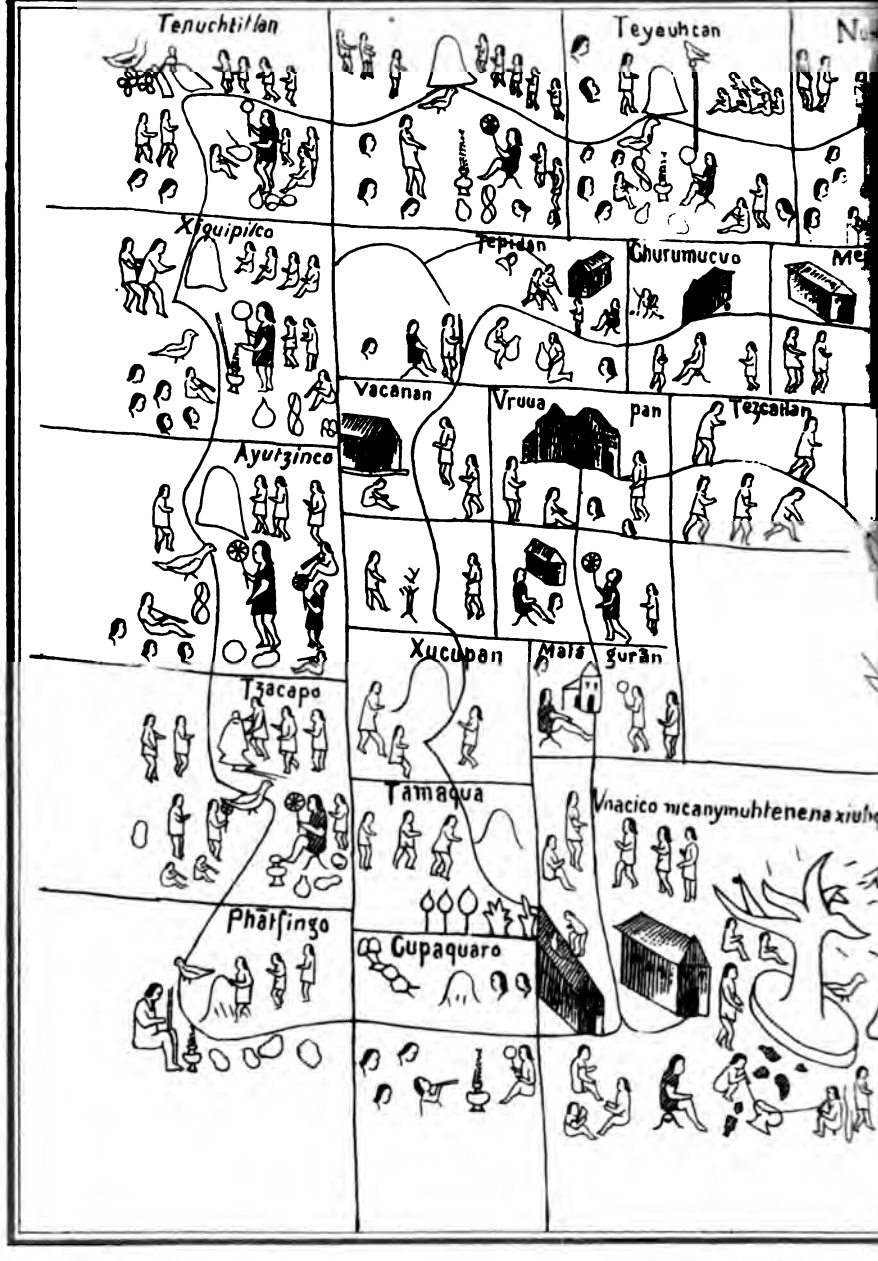
á los azteca, y no puede ser otro que el de Chapala, en cuyas inmediaciones está Ixtlan.

El Norte y Oriente se hallan indicados por las demas poblaciones allí apuntadas y por el hueco que dejará libre la desviacion de figuras que hemos hecho, y ambos vientos teniendo á su extremo á *Tzintzúntzan* ó *Michoacan*, como está escrito en el mapa.

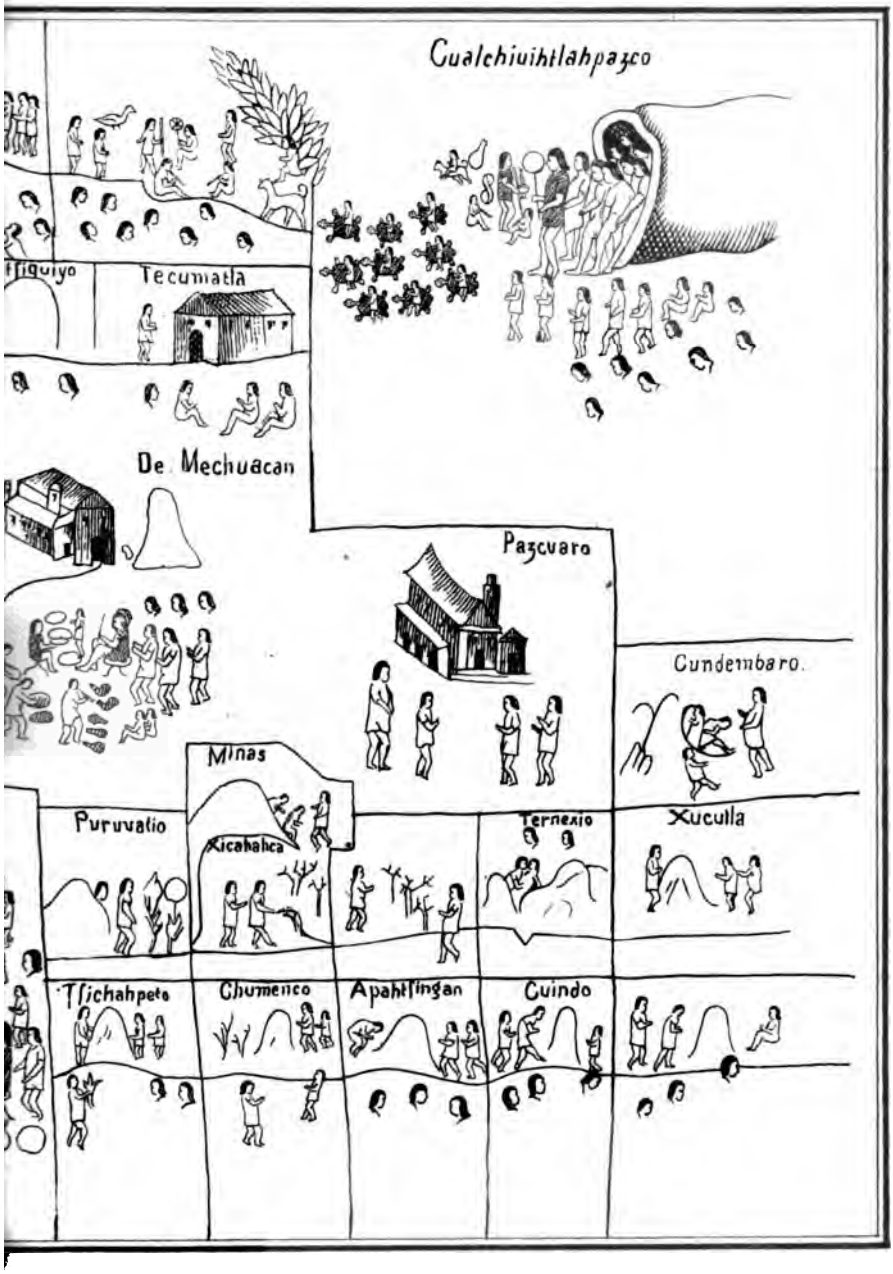
En el centro y en doble línea todas las poblaciones pertenecientes al reino de Pátzcuaro, cuya ciudad (hecha siempre la desviacion) estará entónces al Sur de *Tzintzúntzan*, que es su verdadera situacion.

De esta manera están completas y descritas las cuatro grandes provincias en que, segun todos los cronistas y la tradicion, estaba dividido el extenso imperio de Michoacan.

Finalmente, hay que fijar la atencion en que en la figura que representa á *Pátzcuaro* no hay más que cuatro hombres (¿los jefes de las cuatro tribus?), siendo dicha poblacion la primera que fundaron los peregrinos. En cambio, en el cuadro de *Tzintzúntzan* se nota animacion en las muchas figuras humanas que forman parte de su descripcion jeroglífica: celébrase allí un banquete por un numeroso grupo; se ve gente trabajando; se observa á varios hombres que caminan en direccion á aquella ciudad imperial, y por último, una grande embarcacion, tripulada por muchos remeros, llega á las puertas del templo y un personaje desembarca dirigiéndose al santuario. ¿Indica la unificacion del imperio? ¿Podemos abrigar siquiera la presuncion de que en algo hemos logrado descifrar el jeroglífico? De ninguna manera. Aquí como en muchas partes de este libro, no hacemos otra cosa que aventurar conjeturas. Buscamos el camino, y sólo deseamos que lo encuentre otro más afortunado ó más experto que nosotros.


Tenuchtitlan
Teyeuhcan
Xiquipilco
Tepidan
Churumucuo
Vacanan
Vruua
pan
Tezcatlan
Ayutzinco
Xucupan
Mats gurān
Tzacapo
Tamaqua
Vnacico mcanymuhtenena xiuh
Phātfingo
Cupaquaro

Lienzo


Cualchiuihtlahpazco
Tecumatla
De Mechuacan
Pazcuaro
Cundembaro.
Minas
Puruvatio
Xicahahca
Ternexio
Xuculla
Tlichahpeto
Chumenco
Apahtlingan
Cuindo

ucutacato.

CAPÍTULO II.

La Corte de Naránxhan.—Aparecen los chichimecas guanáxeos.—Combate en la fortaleza de Tzacapu Tecánendan.—Iré-Ticátame.—Amenaza atacar la ciudad.—Parlamentarios.—Zirán-Zirán Camaru.—La hermosa princesa Písperama.

TRANQUILO y feliz vivia en su Corte de *Naránxhan*[1] un anciano rey, á quien la tradicion conoce con el nombre de Zirán-Zirán. Sus antepasados habian sometido aquel país, ocupado ántes por hombres de otras razas, quienes tal vez habian despojado á tribus anteriores.

La ciudad de Naránxhan, situada á corta distancia de cristalinas fuentes, poseia deliciosos baños termales. Una cenagosa laguna oculta entre lechos de espadañas suministra abundante pesca, y los dilatados bosques que al rededor se extendian, brindaban preciosas maderas para la construccion de casas y para la leña de los templos.

Más de cien pintorescas poblaciones formaban aquel reino há tantos años pacífico y dichoso.

Una tarde, el anciano rey estaba rodeado de su numerosa prole, en medio de la cual descollaba por su espléndida hermosura una jóven gallarda. Sus negros ojos de mirar apacible parecian dos luceros brillando al primer albor de la mañana; su seno, ligeramente ondulado, mostraba que la jóven

1. No ha sido posible fijar la etimología de esta palabra. Aún existe el pueblo de Naránxhan, á inmediaciones de Zacapu.

acababa de entrar en aquella edad en que la niña se convierte en mujer; y el color apiñonado de su cútis y lo turgente de sus formas caracterizaban bien á la doncella indiana.

Contaba *Zirán-Zirán* los años pasados de su vida y veia los presentes deslizarse prósperos en medio de las fiestas.

Aquella tarde habia una animada reunion en el palacio. El espumoso licor rebosaba en las copas de los ancianos; los jóvenes se entregaban al baile, y de cuando en cuando dulcísimos cantares salian de los labios de las doncellas.

Repentinamente un mensajero llega cubierto de polvo y de sudor. Se acerca al rey y le anuncia que un ejército de gente desconocida invade los confines del reino, sembrando el pavor y el exterminio.

¿Quiénes eran aquellos hombres desconocidos que así se presentaban á turbar las alegrías de la Corte de Naránxhan?

Nuestros antiguos peregrinos habian llegado á las márgenes de caudaloso rio que parecia atajarles el paso.

Se extendian en la ribera bosques dilatados de árboles tropicales.

Como si fuera el soberano de la selva se alzaba en medio de ella una colosal *Parota*, á cuya sombra acudieron á descansar los jefes y los sacerdotes de las tribus.

Deliberaron luego sobre si establecerian su residencia en aquellas comarcas tan llenas de deliciosas frutas.

La discusion fué acalorada. Opinaban unos fijarse en aquel ameno sitio; otros juzgaron ser conveniente que se dividieran las tribus, permaneciendo unas allí y siguiendo el camino las demas.[1]

La disputa habria sido interminable, á no ser porque de

1. No se olvide el árbol colosal, despidiendo lenguas, que es la figura principal en el lienzo de Jucutacato. Los cronistas de Michoacan confunden esta tradicion con la de los azteca, refiriéndose al árbol á cuyo pié disputaron las tribus la posesion de una piedra preciosa y dos maderos para producir el fuego. Beaumont, "Crón. de Michoacan," t. III, pág. 79.

repente se escuchó el llanto de un niño que entre sus sollozos parecia decir: "*Hu llámendu, hu llámendu.*"[1]

Entónces el gran sacerdote se levantó, dijo á los caudillos que aquel era el mandato de los dioses, y en tono solemne exclamó: "*Hué tamo.*"[2]

Todos obedecieron; construyeron balsas, y atravesando el ancho rio, hicieron su jornada de *Huayámeo* á *Huetamo*,[3] pasando ántes por en medio de un imponente y majestuoso bosque de zirandas.[4]

En Huetamo juraron alianza eterna las cuatro tribus y eligieron rey al más esforzado de los capitanes de su ejército.

Era el electo un distinguido y noble jefe de la tribu de los *purépecha*. Pusieron en su sien el penacho de plumas de águila y le dieron el nombre de *Iré-Ticátame*.[5]

Iré-Ticátame revistó su ejército, y dando la órden de marcha, el pueblo se dirigió por la márgen derecha del gran rio, por donde caminó algunos dias, hasta encontrar otro torrente de agua impetuoso, cristalino y de corriente caudalosa que parecia venir de las altas y azules montañas que se divisaban hácia el Norte.

Los *purépecha* cambiaron de rumbo. Y como el huracan que se desata de repente y avanza en vertiginosa carrera, así nuestros guerreros se precipitaron en direccion de las montañas.

1. Esta frase significa "Vámonos todos."

2. "Vamos los cuatro," es decir, las cuatro tribus.

3. Tal es la etimología que en aquellas poblaciones hemos oido. *Huayámeo* significa tambien "en el valle."

4. Zirándaro es el nombre de un pueblo situado en el lugar que aquí se indica.

5. Significa "el rey progenitor." Fué, segun la *Relacion*, el primer rey de los *purépecha*. Otros hacen derivar este nombre de *Ireti* (rey), *ca* (y), *tamu* (cuatro), y entónces significaria "el rey y las cuatro" (tribus?).

Alguien cree que viene de *ireti* (señor) y *catamu* (lengua); pero en tarasco la palabra lengua es *catamba*, y además, ¿qué significaria históricamente "el señor de la lengua?" ó más, de acuerdo con la sintáxis del tarasco, "la lengua del señor?"

Más probable nos parece esta otra etimología del Sr. Lic. Pedro Eiquihua: *Ireta* (pueblo ó nacion) y *Catame* (el que habla), es decir, "el que lleva la voz del pueblo," si bien el Sr. Lic. D. Cárlos del mismo apellido asegura que debe ser: "Iré ticátam," que significa *el rey tartamudo*.

Llevando el mismo rumbo que ellos, se cernia en los aires una inmensa bandada de zopilotes.

Su vuelo era siniestro y fatídico.

Tan grande era el número de aquellas negras aves, que su sombra caia á la tierra pesada y densa como una noche oscura.[1] .....

Zirán-Zirán escuchó al mensajero, palideció su semblante, y con andar trémulo recorrió el amplio salon en que se hallaba rodeado de su familia. Llamó á sus consejeros, y al penetrar éstos en el aposento, huyeron amedrentadas por la nueva, la reina y las princesas.

Se acordó la defensa, y un ejército improvisado salió inmediatamente hácia la frontera; pero no bien habian llegado los guerreros á un punto llamado *Cuarámpexo*,[2] en donde se levantaba la fortaleza *Tzacapu-tecánendan*,[3] cuando divisaron á lo léjos el ejército de *Iré-Ticátame*.

Los de *Naránxhan* gritaban *Cuáhpecuarhé, cudhpecuarhé*, para animarse á la pelea, al mismo tiempo que se dirigian á la fortaleza; pero los *purépecha* que los oyeron, cayeron sobre ellos como un rayo y los hicieron huir. A su vez éstos gritaban *güiria, güiria, Cuarámpexo*, es decir: huid, huid vosotros que os defendeis. De aquí que aquel sitio se llamara en lo sucesivo *Huiri-guarámpechax*.

Alcanzado este triunfo, los vencedores acamparon á la vista de la ciudad, construyeron un altar rústico y sobre él colocaron el áureo disco del sol, y adoraron á su divinidad, el alma *Cuerápperi*.

En señal de haber tomado posesion de la tierra, los *purépecha* adornaron sus penachos con las piñas del pino tomadas

1. Es bien sabido que los buitres siguen la marcha de un ejército, esperando satisfacer su apetito despues del combate.

2. *Cuáhpecuareni*, cuyo imperativo es *cuáhpecuarhé*, significa "defenderse." De esto deducimos que la palabra citada puede significar "lugar de defensa," es decir, *fortaleza*. Véase este pasaje en la *Relacion*, p. 128.

3. *Tzacapu-técánendan* significa "construida de piedra menuda."

de aquel bosque, y por esto los antiguos cronistas los llamaron chichimecas guanáxeos.[1]

Los de Naránxhan que veian tan extrañas ceremonias, se aprestaban á la defensa de sus hogares: los sacerdotes quemaban ya ante sus dioses el incienso de la guerra, y el anciano rey, sobrecogido de espanto, vagaba indeciso por las galerías de su palacio. En ese momento penetraron á la ciudad los mensajeros de *Iré-Ticátame* y, llevados á la presencia de *Zirán-Zirán*, le pidieron leña para quemar en el altar que acababan de erigir. Tan extraña peticion por parte de los que venian del bosque á demandar leña en la ciudad, indicó claramente á *Zirán-Zirán* que, en caso de negativa, los invasores harian una guerra sin cuartel.

Despidió á los heraldos, colmándolos de regalos, y luego envió una comision de nobles á *Iré-Ticátame*. El rey ofrecia rendir culto á *Cuerápperi;* pagaria en señal de feudo cierta cantidad de arcos y de flechas fabricadas en el bosque sagrado, y para tener grato á su señor, le envió á la más jóven de sus hijas.

Recibió *Iré-Ticátame* la embajada, ofreció un banquete á los emisarios, y, prendados él y su pueblo de la bella princesa, la llamaron *Pisperama*,[2] porque era en efecto una maravilla de hermosura.

Antes de regresar los mensajeros á *Naránxhan*, hablóles así el caudillo:

"Decid á vuestro amo que yo no vengo á estas tierras en mi nombre. Envíame el Gran Espíritu del Universo para que en todos estos dominios tome leña para quemar en su altar; para que haga flechas en estos bosques y cace venados con que alimentar á los dioses que imperan en las cuatro partes del mundo. Decidle que venimos de la tierra de nuestro padre el Sol y que este divino astro guia nuestros pasos; decidle, en fin, que nadie sea osado de leñar en estos bosques ni de cazar en ellos, y la caza que nosotros hagamos será sagra-

1. *Guanáxeos*, de *guanáx* (piña ó mazorca del pino). Aún es costumbre de los indios de la Sierra ponerse penachos de mazorcas de pinos cuando hacen simulacros de combate.

2. *Pisperama* es el nombre tarasco de la flor llamada maravilla.

da para los de Naránxhan, aunque la halleis, al parecer, perdida entre la selva."

Estas órdenes equivalian á dictar leyes á un pueblo vencido. El rey de Naránxhan las acató sumiso.

Así fué como el valiente caudillo de los *purépecha* tomó posesion de aquel reino.

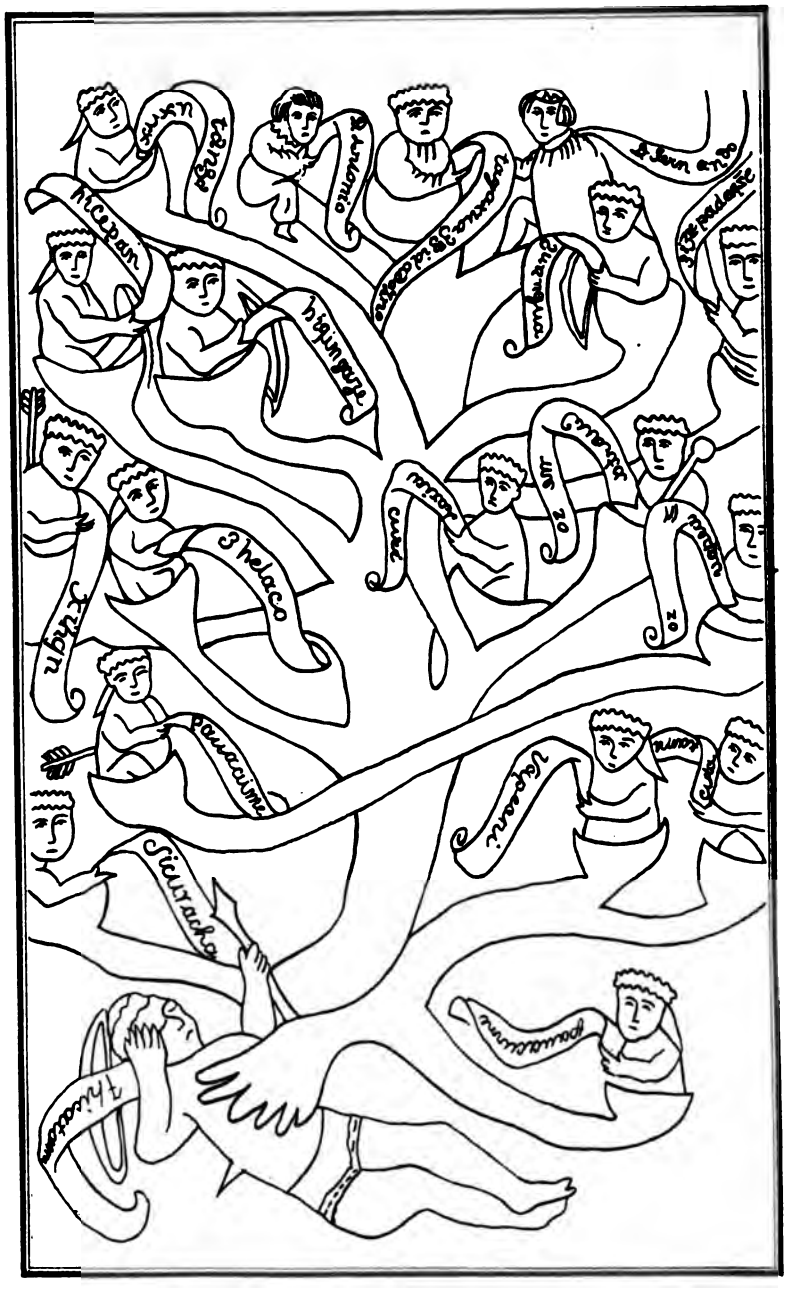
Con el anciano rey que allí gobernaba entónces, acabó la serie de soberanos que desde la más remota antigüedad se habia *arraigado* en el país.

Por tanto, en el lenguaje poético de las indios, aquel rey es conocido con el nombre de *Zirán-Zirán-Camaru*, esto es, "el que se acabó la raíz," como si de raíz se hubiese arrancado su árbol genealógico.[1]

Despues de haber despedido con tanto orgullo *Iiré-Ticdtame* á los embajadores, entró en su tienda de campaña y se postró á los piés de la princesa Písperama.

La luna, esa antorcha nupcial suspendida en la bóveda de los cielos, iluminó las copas de los pinos, miéntras que en el fondo del bosque extendia su velo misterioso la dulce oscuridad.

1. Digno de atencion es que el manuscrito da á entender que los guanáxeos y los de Naránxhan se entendieron sin necesidad de intérpretes.



Reyes tarascos.

Árbol genealógico

CAPÍTULO III.

Luna de miel.—Ereccion del primer altar de Cuerápperi.—Cacerías.—Nacimiento de Sicuir-Achá.—Los hermanos de Písperama.—Xhichax-úcuaru.—La toga viril.—Ancianidad ó indolencia de Iré-Ticátame.—Los ídolos del país.—La Ceres indígena.—Los hermanos de Písperama asesinan á Iré-Ticátame.—Venganza de Sicuir-Achá.—Recobra el dominio de Naránxhan.—Se corona rey.—Conquistas.—Fundacion de Guayámeo en la márgen del lago.—Fallecimiento del rey.—Le suceden Paguáppame, Guáppani y Curátame.—Tiempos oscuros.

PASADOS los sucesos que acabamos de referir, los *purépecha* quisieron descansar algun tiempo de las fatigas de la guerra. *Iré-Ticátame* no contrarió sus deseos, á fin de pasar dulces horas de amor y de delicias al lado de la princesa *Písperama.*

Habiéndose posesionado de los diversos pueblos que componian el reino de Naránxhan, los peregrinos recorrian largas distancias consagrándose á la caza que habia sido por tantos siglos la ocupacion exclusiva de aquellas tribus. En sus correrías desandaban el camino que habian recorrido desde *Guayámeo*, cuyo delicioso sitio, así como el oscuro bosque de Zirándaro, no apartaban jamas de su memoria.

Iré-Ticátame, rodeado de unos cuantos guerreros, se habia retirado á una colina circundada de bosques. En lo alto de ella levantó una *Xhucup-úcata* (tienda de campaña), cubierta de pintadas esteras, y enfrente erigió el altar de *Cuerápperi.*[1]

1. Ya hemos dicho que la señal visible de *Cuerápperi* era un disco de oro del sol. Tal vez por la semejanza con este disco, los actuales tarascos llaman *Naná ó Tatá Cuerápperi* á la *Custodia* de los sacerdotes católicos.

Fray Gerónimo Roman, hablando del primer Inca del Perú, llamado *Pa-*

De dia vagaba por las selvas, abundantes en caza; á veces traia en la espalda un venado ó alguno de los perros de raza hoy extinguida, que servian de alimento á los aborígenes; ora volvia en las tardes, cubierto el penacho de verdes plumas de guacamaya, ó del plumaje tricolor del coa; ora parecia traer en la mano una brillante *tzitzic-úcata* (un ramillete) de colores metálicos en que se descomponian los rayos de la luz. Aquel lindo ramillete era un precioso conjunto de colibríes para adornar la frente de su amada.

Durante ese tiempo *Písperama* habia dado á luz un robusto niño á quien se dió el título de *Characu*,[1] esperando la edad en que deberia tomar un nombre propio.

Educóse el niño bajo la direccion de los sacerdotes de *Cuerápperi*, y desde la edad de doce años acompañaba al rey en sus cacerías.

Ya jóven, se perdia en las espesuras del bosque y allí pasaba meses enteros persiguiendo el tigre ó el venado.

Acercábase el dia en que debia verificarse la ceremonia de la mayor edad del príncipe, que se anunciaba con una fiesta suntuosa á que se daba el nombre de *Gudpp-hánscuaro* (fiesta de los hijos).

Como entónces debia ofrecer un banquete el *Characu* á los sacerdotes y al pueblo, el jóven se aprestó á la caza: recorrió los bosques de Pichátaro, de Zinziro y de Querécuaro. Innumerables venados cayeron heridos por sus flechas. Muchos

chácuti, dice: "Éste fué el primero en establecer el culto del sol: puso una muy grande asta ó lanza de oro y encima la figura del sol." (Las Repúblicas del Mundo. Parte II, p. 358).

1. *Characu* era el título que entre los tarascos se daba al príncipe real, heredero del trono. En el dia designan con ese nombre al hijo mayor en la familia. Llamábanle tambien *Paguáppame*, ó sea el primogénito.

Es probable que los príncipes, futuros reyes, no recibian un nombre propio sino hasta la mayor edad; bien por una accion distinguida, ó por algun rasgo característico del individuo.

dias estuvo conduciendo la carne salada de las piezas para hacer la gran provision que se necesitaba. Entónces inventó el príncipe curtir las pieles del ciervo, y se hizo un vistoso traje de ellas para presentarse el dia de la ceremonia.

Iré-Ticdtame observaba con paternal satisfaccion todas estas operaciones del jóven; pero notando un dia que se acercaba ya el momento de la fiesta y que su hijo no regresaba de la última correría que habia emprendido, subió á lo alto de la colina y oteó el terreno en todas direcciones.

Vió luego que una bandada de aves, hasta entónces desconocidas, "semejantes á milanos," se acercaba á él, permanecia un rato como suspensa en el aire sobre su cabeza, y despues tomaba la direccion del Norte, verificándose esta escena repetidas veces.[1]

El rey no vaciló en dirigir sus pasos por el camino que le trazaban aquellos pájaros misteriosos.

Habia caminado algunas leguas, precedido siempre por la bandada de aves de rapiña, cuando encontró á su hijo vestido con las pieles de venado y fabricando flechas para llenar su carcax.

—¿Qué haces?—le dijo.—Tu madre está alarmada, porque hace muchos dias que no te ha visto. Los sacerdotes preparan ya la ceremonia en que vas á recibir un nombre.

—Padre: hé aquí mi traje de guerra, y estoy fabricando flechas para que tú y yo castiguemos á los de *Nardnxhan*, que han insultado á *Cuerdpperi*.

—¿Que han hecho los traidores?

—Han robado los venados que yo cacé, y en este momento se ocupan en quitar la piel de algunos otros que habia ocultado en aquel bosque de encinas.[2]

1. Estas aves se llaman *corcoviés*, y es fama entre los tarascos que su aparicion en estas tierras coincidió con la llegada de los *purépecha*.

2. En *Uricua-pexhu*, dice la *Relacion:* significa "en la espalda del encinar." Agrega que los venados fueron á morir en los campos de Querécuaro. El Sr. Payno cree que este nombre debe rectificarse por el de Jerécuaro (Ensayo de una historia de Michoacan). No estamos conformes: *Jerécuaro* es el nombre de un pueblo del Estado de Guanajuato, en el Distrito de Celaya, y Querécuaro (de queri, "grande," y ecuaro, "sitio") era una poblacion inmediata á Tzacapu, en donde en los dias posteriores á la conquista, estableció un convento de franciscanos el R. P. Jacobo Daciano.

—Dame flechas y vamos sobre ellos, replicó *Iré-Ticdtame*, encendido en cólera y desprendiendo el arco de su espalda.

Avanzaron sigilosamente padre é hijo por entre la arboleda y cayeron de improviso sobre los que estaban desollando el venado, que no eran otros que los príncipes hijos del rey *Zirán-Zirán*.

—¿Por qué os apoderais de mi caza?—les dijo *Iré-Ticdtame* con voz de trueno.—¿No os previne que esa presa es sagrada, y que no la tocárais jamas aunque fuéseis mis hermanos? ¿Por qué habéis roto esas pieles que mi hijo curte para hacerse vestidos?

Contestáronle altaneramente los de *Naránxhan:*

—¿Acaso nosotros no tenemos flechas para cazar? ¿No son nuestros estos bosques?

Acercóse *Iré-Ticdtame* al ciervo, y, arrancándole una de las flechas, dijo á los príncipes:

—Mirad, estas flechas son las del *Characu;* él las ha fabricado. Vosotros mentís.

Al oir estas palabras los *Ziránecha*, arrojáronse sobre él, haciéndolo caer en tierra; pero levantándose inmediatamente, él y su hijo armaron sus arcos, y centelleando sus ojos como los del águila irritada,[1] dispararon sobre sus parientes, hiriéndolos en las espaldas, pues que al ver el enojo de los cazadores, habian emprendido precipitada fuga.

Desde la colina esperaba la reina *Písperama* ver aparecer á su esposo y á su hijo. Distinguiólos al fin y salió á su encuentro.

—Bien venido seais, señor, y tú, mi hijo. Há largo tiempo que me afligia vuestra ausencia..... Pero no me respondeis. Está vuestro semblante sañudo y fiero.

—Toma tu hato y vé á *Naránxhan* á reunirte con tus hermanos y con tu padre. Mi hijo y yo trasladarémos nuestro aduar á otras regiones.

—¡Gran Dios! ¿qué falta ha cometido la desgraciada *Pís-*

1. Como quienes eran *guacúsecha* (águilas), dice el original.

perama para provocar la cólera de su señor y rey? ¡Que vuelva á mi casa á unirme á mi familia! ¡que abandone á mi hijo! ¿Será posible que esta órden haya salido de tu corazon?

Compadecido el rey al escuchar á su esposa, refirióle la escena que habia pasado con sus hermanos, y entretanto hablaba, iba serenándose el rostro de la reina y la alegría se pintaba en sus apacibles ojos.

—Señor, soy tu esposa y contigo habré de vivir: soy tu amante y no me apartaré de tus brazos. ¿Estaré del lado de aquellos á quienes mi hijo ha de combatir?

—¿Y tu padre no reclamará á su hija?

—Él me ha entregado á tí como prenda de seguridad: aun no te conocia y pasaba yo en las rodillas del rey las horas de mi infancia. Has sido el esposo de mi corazon y me has dado un hijo..... ¿Habré de cambiar aquellas horas por los dias de felicidad? ¿Habré de renunciar á ver á mi hijo hombre, llenándome de orgullo?

—Bien está; serás la compañera de mi vida, y has hablado como quien eres, hija, esposa y madre de reyes.

El príncipe *Characu* abrazó á la noble matrona y, reunidos todos, se prepararon á peregrinar para alejarse de aquellos lugares.

Pisperama, con permiso de su esposo, subió á un monte y tomó en sus brazos un ídolo llamado *Huasóricuare* ó *Huasóncuare*,[1] divinidad que adoraban los de su nacion; lo colocó al lado de *Cuerápperi* y unió su culto al del númen de *Iré-Ticátame*.

En seguida, el rey, acompañado de su pueblo, se trasladó á la hondonada de *Xhichax-úcuaro*,[2] donde los *purépecha* edificaron por primera vez sus cabañas.

---

1. *Guasóricuare* significa el de la piel áspera; acaso seria un rasgo distintivo de la raza á que pertenecian los habitantes de *Naránxhan*.

Este pasaje indica que los tarascos, así como otros conquistadores, dejaban á los vencidos el culto de sus dioses.

Si pues entre las figuras que suelen encontrarse en las más antiguas ruinas, hay algunos ídolos, han de ser éstos pertenecientes á la religion de los pobladores anteriores á los *purépecha*.

2. *Xhichax-úcuaro* significa la *axilla* ó una cavidad cualquiera.

Apénas instalados en su nueva posesion, se apresuraron á celebrar la fiesta de *Guapphánscuaro.*

Rodeaban el altar de *Cuerápperi* los sacerdotes del sol, ostentando en la cabeza diademas adornadas con plumas de cuervo.

Las doncellas, con blancas vestiduras de algodon y coronadas de plumas de colibrí, entonaban himnos religiosos.

Los guerreros, ciñendo su frente rojos penachos, se extendian en dilatada fila detrás de aquellos grupos.

El gran *Petámuti* se dirigió al agreste palacio del rey y regresó seguido de la familia real.

Los capitanes del ejército rodearon al príncipe; los guerreros arrojaron al aire millares de flechas; las doncellas entonaron los cánticos sagrados, y el numeroso pueblo prorumpió en vivas atronadores.

El gran Petámuti tomó del altar una diadema de piel de tigre, sobre la que se erguian tres grandes plumas de águila, negras y brillantes, meciéndose al impulso del aire; la colocó sobre la frente del *Characu*, dirigió una oracion á la divinidad y, volviéndose hácia la muchedumbre, exclamó:

"Hé aquí al príncipe *Sicuir-Achá.*"[1]

El numeroso pueblo aclamó el nombre propio con que acababa de designarse al heredero del trono.

Terminada la ceremonia, la familia real, acompañada de la nobleza, se encaminó al sitio en que estaba preparado el banquete.

La muchedumbre se entregó á la fiesta para ella destinada; y los ecos de los bosques repetian los gritos de alegría

1, *Sicuíracha* escriben unos autores; *Sicuir-ancha* lo llaman otros. Esta última palabra puede significar, ó bien "el del collar de cuero," ó bien "el desollador" (el curtidor). Creemos más propio escribir *Sicuir-Achá*, palabra compuesta de *sicuiri* "cuero" y *Achá* "señor," y lo traducimos "el señor vestido de pieles."

De todos modos hay que atribuir á tan lejanos tiempos la industria de los tarascos en la curtimbre de las pieles. Hablando de esto dice el P. Beaumont (Crónica de Michoacan, tom. III, p. 97), que curtian cueros de todo género de animales, adobados con pelo y sin él, con mucho primor: tenian sandalias de cuero y el calzado de los magnates era muy pintado y curiosamente compuesto.

con que se celebraba la edad viril de *Sicuir-Achá*, cuyo nombre á todos parecia perfectamente adecuado.

Era ya muy anciano *Iré-Ticdtame:* habíase contentado con la conquista de *Nardnxhan* sin salir jamas de los bosques situados entre aquella ciudad, *Tzacapu*, *Tarejero*, *Querécuaro* y *Pichdtaro:* las tribus hacian frecuentes correrías hasta *Guayámeo*, en donde muchas de sus familias se habian radicado. *Sicuir-Achá* se entregaba apasionadamente á la caza, dedicándose especialmente á la del tigre en los desiertos de la Tierra Caliente. Sabia la existencia de varios reinos limítrofes á *Nardnxhan;* pero ~~ahora~~ fuese por la indolencia que se habia apoderado del rey, ora porque los sacerdotes no hubiesen anunciado la voluntad de los dioses para emprender nuevas conquistas, lo cierto es que dormian los guerreros el sueño de la paz. Habian ido cultivando relaciones con los habitantes de aquellos países, y aun contraido alianzas los jóvenes y las doncellas de las distintas razas. ¡Qué más! los sacerdotes mismos habian dado entrada y adoraban á los dioses de *Nardnxhan*, entre los cuales era la más venerada la diosa *Tiréc-úpani*,[1] á quien representaban en figura de una matrona coronada de espigas y llevando en la mano mazorcas de maíz.[2] Tenia esta diosa un templo en *Cumáchuen*, y de todas partes iban los indios á impetrar de ella el buen tiempo para sus sementeras.

Pisperama era devotísima de aquel númen y con frecuencia hacia peregrinaciones para llevarle ofrendas de sus campos de *Xichax-úcuaro*, á donde el rey *Ticdtame* habia trasladado sus aduares y erigido un templo á *Cuerápperi.*

Eran las primeras horas de la mañana, cuando la reina *Pisperama* se encaminó un dia al ojo de agua llamado *Itzi-parhtzicu*[3] para llenar su cántaro y tornar al hogar.

1. La que hace la comida ó la que provee de alimentos.
2. Nótese que casi todas las religiones tienen su diosa Ceres bajo distintos nombres.
Hoy dia los indios de la Sierra de Paracho hacen una fiesta á la Vírgen, adornándola con los primeros elotes de sus milpas, y la llaman *Naná-guarí-Agosto.—Naná* significa madre, y *guarí* Señora.
3. Ojo de agua en lo alto de una colina.

Repentinamente se vió rodeada de un escuadron de guerreros de *Cumáchuen* que le preguntaron si era la esposa de *Ticátame.*

La reina guardó silencio, pero reconociendo luego á algunos de sus hermanos que en compañía venian de los guerreros.

—¿Qué haceis vosotros? les preguntó, ¿por qué venís en són de guerra?

—¿En dónde están tu marido y *Sicuir-Achá?* interrogaron á su vez.

—Andan cazando: ¿qué os han hecho ellos?

—¿No te arrebató el primero de nuestro lado deshonrando las canas de *Zirán-Zirán? Sicuir-Achá* es la prueba de nuestra afrenta, y venimos á probar el valor de ambos y á devolverte á tu familia.

—¡Faltais á la verdad! Mi padre me hizo esposa de *Ticátame*, y él y *Sicuir-Achá* son mi única familia.

—¿Tanto te ciega la pasion? Nosotros somos los Señores de esta Sierra y *Ticátame* vino á usurparnos el señorío. Él y su hijo asesinaron hace algun tiempo á nuestros hermanos, y hoy venimos á saborear nuestra venganza. Condúcenos á su presencia.

Como la cierva herida, á quien las flechas dan alas, así la infeliz *Pisperama* huyó ligera hácia la cabaña de *Ticátame.*

Vióla llegar el rey y se apresuró á interrogarla:

—¿Por qué venís llorando, señora? ¿Quién ha hecho mal á la madre de *Sicuir-Achá?*

—Huye, esposo mio: mis hermanos, acompañados de los guerreros de *Cumáchuen*, se dirigen á este sitio en busca tuya y de mi hijo. Huye pronto hácia *Guaydmeo*, en donde ahora está *Sicuir-Achá.*

—Que vengan tus hermanos. Nada habrá que me haga huir delante de ellos.

—Huye, esposo mio: te lo ruega tu *Pisperama.* Reúnete á *Sicuir-Achá* y á nuestros guerreros, y luego cae sobre ellos y aniquílalos.

—¡Que vengan! repite el rey. Los cuatro dioses del cielo han armado mis aljabas de flechas. Tienen los cuatro colores sagrados, pues hay pedernales negros, blancos, colorados y

amarillos: miéntras que pueda disponer de estas armas, seré invencible.

Dijo el guerrero, levantó sobre una asta de madera preciosa el disco del sol, y colocando delante de sí las cuatro aljabas preñadas de flechas, esperó en actitud arrogante.

Arrojáronse sobre él furiosamente sus enemigos, oscureciendo el cielo con sus flechas.

Iré-Ticátame armaba tranquilamente y tiraba de dos en dos las flechas, derribando otros tantos adversarios; pero nuevos escuadrones engrosaban las filas de los aliados.

El campo estaba cubierto de cadáveres, y el olor de la sangre embriagaba á los combatientes.

Era ya mediodía: las flechas de las cuatro aljabas se iban agotando; el rey estaba herido en distintas partes del cuerpo, y ninguno de sus guerreros venia en su auxilio.

Fueron disparadas las dos últimas saetas sagradas, y en ese instante el rey cayó muerto, pero no vencido.

Satisfecha la venganza de los de *Nardnxhan*, no se atrevieron sin embargo á tocar el cadáver de *Ticátame*, sino que, apoderándose de la imágen del sol y tratando en vano de arrancar de aquel lugar á la infortunada *Pisperama*, regresaron para llevar á la ciudad la noticia de su infame victoria.

La reina lavó con sus lágrimas el cadáver de su esposo, lo colocó en medio de la cabaña y, poniendo en su cabecera el altar vacío de *Cuerápperi*, prendió fuego á la casa.

Y extática y llena de fiereza, se mantuvo inmóvil hasta que las llamas redujeron á pavesas cabaña, altar y rey.

Recogió en una vasija las cenizas de su esposo, sus aljabas vacias y el arco roto, y se preparó á marchar en direccion de Guayámeo.

Sicuir-Achá se entregaba apasionadamente al placer de la caza en los bosques de la Tierra Caliente. Hacia tiempo que lamentaba la vergonzosa paz en que yacian los guerreros tarascos, y sólo le distraian los peligros del ejercicio á que estaba consagrado.

De cuando en cuando hacia visitas á sus padres, y tornaba despues á las soledades de las selvas. Precisamente en el dia en que pasaban los acontecimientos que acabamos de referir, *Sicuir-Achá* iba en camino de *Xichax-úcuaro*.

Desde lo alto de una montaña vió el humo que salia de su hogar, y su ejercitada vista de cazador le hizo distinguir una grande columna de guerreros que desaparecia en la espesura del bosque.

Apresuró el paso y alcanzó á llegar al sitio en que ántes se alzaba la cabaña de su padre, cuando, como hemos dicho, *Pisperama* se diponia á partir en busca de su hijo.

—¿Qué es esto, madre? le preguntó, lívido el semblante de espanto y de coraje.

—Hé aquí la obra de tus tios y de tu abuelo, le contestó mostrándole las cenizas de su padre.

—¿Y nuestros guerreros?

—Ninguno se ha presentado á la hora del combate; los serranos eran numerosos. Tu padre agotó sus flechas. Mira el campo sembrado de cadáveres.

—¡Cobardes! Dadme el disco del sol; reuniré por la fuerza á mi gente; quiero marchar sobre ellos!

—Imposible, hijo; tus tios se han llevado al dios. Estamos abandonados.

—¡Lo verémos!

Inspirado de un terrible deseo de venganza, *Sicuir-Achá* recorrió las chozas de su pueblo, reunió algunos centenares de guerreros, é inmediatamente emprendió la persecucion de los enemigos.

La embriaguez y la fatiga se habian apoderado de éstos, y dispersos y descuidados, dormian al pié de las encinas.

Llega *Sicuir-Achá*, toma el estandarte sagrado del sol que estaba apoyado en el tronco de un árbol y, lanzando el grito de guerra, comienza la matanza.

Refiere la tradicion que la mayor parte de los aliados pasó del sueño de la embriaguez al de la muerte. *Sicuir-Achá* se dirigió entónces á *Narándxhan*, y al apoderarse de la ciudad supo que el rey *Zirán-Zirán* habia fallecido algun tiempo ántes y que el pueblo era víctima de las facciones. La nobleza reconocia los derechos de *Iré-Ticátame*, y los sacerdotes y la plebe habian seguido la bandera de los príncipes.

Gracias, pues, á su adhesion, los señores del reino de *Narándxhan* continuaron poseyendo sus tierras, en tanto que los sacerdotes fueron depuestos y la plebe reducida á esclavitud.

Los hijos de *Zirán-Zirán* jamas volvieron á figurar en los fastos de aquel pueblo.

Dirigióse luego *Sicuir-Achá* á *Xichax-úcuaro*, en donde se celebró su proclamacion como rey de los *purépecha;* erigió al-

tares al sol y nombró individuos de la clase secerdotal para que desempeñasen el culto. Despues marchó para *Guayámeo*, construyó allí templos y palacios, convocó á los guerreros de las cuatro tribus y, dividiéndolos en dos ejércitos, envió uno por la Tierra Caliente que se dilata hácia el Sudeste.

Comenzó una lucha general: muchos pueblos fueron conquistados: los guerreros del primer ejército se establecieron en las tierras de *Zitácuaro* y *Zinapécuaro;* los del que marchaba teniendo á su frente á *Sicuir-Achá*, se posesionaron de los fertilísimos campos de *Curíncuaro*, *Apatzingan*[1] y *Uruápan*, y por último, de conquista en conquista, vino el rey á establecerse en un punto cercano á un cristalino lago, donde fundó un pueblo al que puso por nombre *Guayámeo*, en memoria de la deliciosa tierra que por tantos años le habia servido de mansion, en donde definitivamente se habian establecido los *Cutzincha* y en donde *Sicuir-Achá* habia hallado una fiel compañera de sus dias.

Murió *Sicuir-Achá* en Guayámeo de la Laguna.[2] Dejó un hijo llamado *Pahuáppame*, quien á su vez engendró á otro llamado *Huáppani*, y éste á otro llamado *Curátame*. Así es que reinaron en *Guayámeo*, conforme á la tradicion, cuatro reyes. Y volverémos á hallar que en todos los grandes acontecimientos y ritos de los tarascos figura siempre de una manera simbólica el número cuatro.

Nosotros queremos apartarnos un poco de la tradicion, y suponemos que *Pahuáppame* y *Huáppani* son palabras que representan una larga serie de reyes. En efecto, *Pahuáppame* significa el primogénito, y *Huáppani* simplemente el hijo. No son nombres propios, no son siquiera el título de príncipes reales; pues ya hemos dicho que éste era el de *Characu*.

Oscuros son los tiempos que se refieren á esta parte de la

1. Apatzingan no es nombre tarasco: más bien es derivado del nahuatl, de las palabras *apantli* y *tzinco*, que pueden significar *detras del rio*.

2. En este *Guayámeo de la Laguna* fundó el Obispo D. Vasco de Quiroga el Hospital llamado de Santa Fe de la Laguna.

El nombre de *Guayámeo* no se conserva, y los indios llamaban á aquel pueblo *Sandáppen*, que significa "á la márgen." Tal vez por la semejanza del nombre con Santa Fe, escogió aquel sitio el Sr. Quiroga para establecer el asilo.

historia. Los cronistas (*Guanddtzecuarecha*) nos hablan de otros varios reyes que tenian los nombres de *Uret-guáhpani* y *Pahudppame*, que sucedieron á los cuatro referidos.

Es fuerza repetir que entre *Sicuir-Achá* y *Curátame* deben haber reinado muchos caudillos, cuyos nombres quedaron olvidados, y que los bardos comprenden en la denominacion general de los primogénitos, ó bien de los hijos. Acaso se sucedian los unos á los otros con frecuentes intervalos, siendo tan numerosos, que la historia no pudo recoger sus apellidos de guerra.

Debe además haber sido aquella una dilatada época de combates, no sólo entre los *purépecha* y la multitud de pueblos de la Sierra que se interponian entre los bosques y los lagos, estos últimos en sus riberas y en sus islas densamente pobladas; aunque la tradicion no llega á mencionar aquellos sitios de agreste y poético panorama ni sus tribus y naciones extrañas, incansables en la guerra.

Es de suponerse tambien que durante aquella época deben haberse dividido los *purépecha* el país conquistado y el que aún estaba por conquistar, para formar las cuatro provincias principales y algunos feudos secundarios que los españoles hallaron á su venida.

Mas el grande acontecimiento de aquellos oscuros tiempos es el que va á referirse en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Los primitivos pobladores.—Tzintzúntzan.—Invasion de los azteca.—Aztlan.—Huitzitzila, Anáhuac, Michámacuan.—Coatlicue.—Quirínguaro.—Fuga de los azteca.—El saqueo de Tzintzúntzan, orígen del odio entre mexicanos y michoacanos.

¿EXISTIA la ciudad de Tzintzúntzan en la época de la llegada de los *purépecha* al reino de Naránxhan? De suponer es que el lago de *Pátzcuaro* tenia pobladas sus islas y las márgenes deliciosas que en torno de quince leguas lo rodean. *Sicuir-Achá* funda á *Guaydmeo* cerca del lugar en que hoy se encuentra Santa Fe; mas no se hace mencion del lago, indicio seguro de que los invasores no pudieron tomar posesion de sus aguas llenas de pesca ni de sus floridas riberas. Habia, pues, poblaciones anteriores que defendian el rico usufructo de aquellas tierras.[1]

¿A qué raza pertenecian los habitantes? Cuestion es ésta que en parte resolverémos muy pronto. Entretanto creemos probable nuestra conjetura de que en *Tzintzúntzan* apénas existiria un humilde caserío, una pequeña aldehuela, habitada por familias de la misma sangre que la que corria en las venas de las demas tribus rudas y semisalvajes, moradoras del lago.

1. Aun hoy conservan algunos pueblos de la laguna el derecho exclusivo de la pesca: de modo que hay allí poblaciones que no poseen tierras de cultivo, y otras que las tienen, pero carecen del derecho de pescar.

Sin embargo, un dia se vieron invadidas aquellas tierras por numerosas gentes que procedian del Poniente y hablaban un idioma distinto.

¿Quiénes eran esos nuevos invasores? La historia de los azteca va á decírnoslo.

En los remotos campos de Jalixco hervia un semillero de tribus, todas abundantes en gente, todas belicosas, todas ambicionando la posesion de vegas fertilísimas en que crecia y fructificaba el maíz con prodigiosa exuberancia. Las mujeres eran fecundas y los hombres robustos y valientes.

Bien pronto la densa poblacion no cupo dentro de los estrechos lindes de la tierra, y una de las tribus, la de guerreros más audaces y valientes, se abrió paso y peregrinó hácia el Oriente.

Habitaba esta nacion una de las islas del entónces inconmensurable lago de Chapala, que en aquellos antiquísimos tiempos cubria una extension mayor que en los actuales. Con pequeñas intermitencias abrazaba en su seno el hondo valle de *Cumuato*, las cañadas de *Pajacuarán* y las fértiles praderas de *Iztlan*, cuyas hirvientes aguas templaban las frias de aquel mar interior.

Acaso la isla á que nos referimos haya sido la misma en que, en terreno enjuto, se asienta hoy la poblacion referida de *Iztlan*, cuyo nombre en su orígen se haya pronunciado *Aztlan*. Hablando de esto uno de los modernos historiadores[1] y refiriéndose á una antigua pintura original de los indios, dice: "En la pintura original se distinguen lago (b) é isla (a): en ésta los determinativos de poblacion *calli*, y en medio del teocalli coronado por el símbolo de la divinidad allí adorada. Los elementos fónicos son *atl* y *acatl*. Al pié del templo están dos figuras en reposo; un hombre (d) que no tiene nombre, una mujer (e) apellidada *Chimalma*, de la radical *chimalli*, escudo: segun adelante se verá, son los jefes de aquel lugar, mas no marido y mujer, sino sacerdote y sacerdotisa encargados del culto. Atraviesan el agua intermedia entre la isla y la tierra firme por medio de barcas dirigidas

1. El Sr. Orozco y Berra. "Historia antigua de México." Tom. III, página 67.

por remos (c), cosa indispensable en un pueblo que vive rodeado del elemento líquido. Este es Aztlan, *á nuestra cuenta la isla de Mexcalla en el mar Chapálico.*"

¿Por qué esa isla no habia de haber conservado su nombre? ¿Cuándo lo cambió por el de Mexcala? Más probable nos parece nuestra conjetura de que el Iztlan de hoy, en tiempos anteriores rodeado de agua, y pudiéndose considerar entónces como parte del lago de Chapala, haya sido el *Aztlan*, cuna de los azteca.

Otro historiador, el Sr. Chavero,[1] lo coloca tambien en Jalisco. Cita en su apoyo el famoso lienzo de *Tlaxcalla*, segun el cual los *azteca* salen de *Aztlan* y penetran en Michoacan en el camino de su peregrinacion. Para él la misteriosa *Aztlan* estuvo en el territorio de Tepic, en la laguna de Mescaltitlan, en donde hoy existe un pueblecillo que se llama San Pedro *Aztlan*. En el caso supuesto por el Sr. Chavero, la cuna de los *azteca* vendria á quedar muy léjos de *Michoacan*, interponiéndose entre ambas regiones diversos pueblos, en aquella época independientes entre sí; lo que estaria en contradiccion con el lienzo de Tlaxcalla.

Algun otro autor,[2] en minuciosa disquisicion, asegura que *Aztlan* estaba muy cerca de Michoacan, y tal seria la ubicacion de *Iztlan*, que forma hoy parte del Estado en el distrito de Zamora, pero que en la antigüedad pertenecia al reino de *Cuínaro* ó *Cuinao*, como escriben los cronistas, reino conquistado por los tarascos, en cuyo poder lo halló Nuño de Guzman en su expedicion á Jalisco.

Sea que prevalezca la opinion del Sr. Orozco y Berra ó la que por nuestra parte aventuramos, lo cierto es que, emigrando de la frontera del Poniente, los azteca se dirigieron por *Xiquílpan*, por *Chilchótan*, *Tlazazálcan*, y atravesando la inmensa laguna que ántes existia en lo que hoy es el llano del *Cuatro*, llegaron á *Capúllan*,[3] y despues, buscando un sitio más

1. "México á través de los siglos." Tom. I, página 461.
2. Gallatin, citado por Buschanann.
3. Todos estos nombres y algunos otros que hallarémos adelante, pertenecen al idioma mexicano; pero tienen además su traduccion al tarasco ó se cambian por otros nombres de esta última lengua: así *Cuínaro ó Cuinao* (tarasco) es *Totoltlan* en mexicano, significando ambos términos "lugar de pájaros;" Xiquílpan (mexicano) es *Huanimba* en tarasco; *Chilchótan* es *Tzirapu; Tlazazálcan* es *Cuerécan*; *Capúllan* es *Xhénguaro*, y ambos significan "lugar de cerezas;"

ameno, y sobre todo un lago donde efectuar la pesca, á que estaban habituados, vinieron por fin á establecerse en un lugar densamente boscoso y resguardado por altas montañas, en la ribera oriental del "infinitamente bello lago de Pátzcuaro."[1]

Allí elevan sus cumbres el *Carich-huata*, el *Taré-queri* y el *Yahuar-huata*,[2] y del otro lado de la superficie líquida levanta hasta las nubes su majestuosa frente el sagrado *Zirate*.[3]

Llamó la atencion de los peregrinos azteza aquel sitio, cubierto de oscura selva, en donde de las ramas de árboles seculares pendían millares y millares de nidos de colibríes: allí fabricaban las abejas la rica miel de sus panales, y los cristalinos arroyos que murmuraban entre la hojarasca, formaban dulcísimo concierto con el zumbido de los pinos de balsámica fragancia.

Los tarascos le daban el nombre de *Tzintzúntzan*, y los *azteca* el de *Huitzitzílan;*[4] éstos la apellidaban *Michhuacan* y aquellos la llamaban *Michámacuan*.[5]

Chapultepec, situado cerca de Pátzcuaro, es *Itzi-huémeti*, que significa "donde sale el agua," y otros por el estilo, colocados todos esos pueblos en el camino que probablemente siguieron los *azteca* desde Aztlan hasta el Valle de Mexico.

Además, la tradicion refiere que por consentimiento de los tarascos ó en virtud de un tratado con los *azteca*, éstos tenian el derecho de tránsito por aquellos pueblos para ir á sus posesiones de Occidente.

Encontramos á los *azteca* en Aztlan ó Iztlan; mas no por esto queremos afirmar que eran autóctonos de aquellas tierras. Dejamos en pié la hipótesis de que en remotísimos tiempos pueden haber provenido del Norte.

1. Palabras textuales del Baron de Humboldt en su "Ensayo político sobre la Nueva España."

2. Significan respectivamente "Cerro del Borrego," "Viejo grande" y "Cerro del Metate."

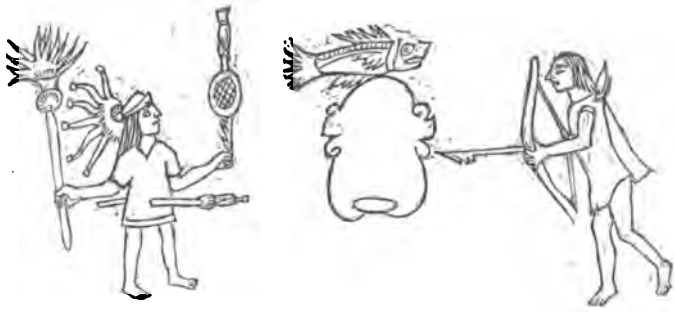
La palabra *cariche* significa "borrego." El ganado ovino fué importado á la América por los españoles. Los tarascos deben, pues, haber dado el nombre de *cariche*, ántes de la conquista, á algun otro animal parecido al borrego. Ya hemos dicho que, en nuestro concepto, poseian el llama ó el guanaco á que los conquistadores dieron el nombre de carnero de Indias. De estos animales han de haber tomado los *purépecha* la lana (*Sununda* en tarasco) que empleaban en sus tejidos.

3. Corrupcion de *Zirar-huata*, Cerro del frio.

4. En tarasco y en mexicano significan ambos nombres *lugar de colibríes*.

5. *Michámacuan*. Creemos que éste es el verdadero nombre primitivo de Michoacan. Escrita *Michhuacan*, la palabra es mexicana y significa "lugar

La franca hospitalidad que los viajeros de *Aztlan* hallaron en la tierra, los animó á fijarse en ella, y el curso de los años vió multiplicadas las tribus, hasta convertirse en poderosa nacion que inspiró temores y desconfianza á los primitivos habitantes y á los conquistadores venidos de las lejanas tierras de *Guaydmeo.*



Combates entre Mexicanos y Tarascos.

Las guerras se sucedian sin interrupcion, y el odio que se profesaban mutuamente los enemigos era cada dia mayor. Si fecundas eran las mujeres de los *azteca*, prolíficas en alto grado eran las de los *purépecha* y las de los tarascos.[1]

Los mexicanos comprendieron que su establecimiento allí estaba erizado de dificultades y lleno de peligros. Los habitantes de las islas y riberas del lago les disputaban la pesca, y los *guandxeos* les impedian la caza en los bosques de la Sierra. Entónces el gran sacerdote de los *azteca* tomó una resolucion.....

Pero no anticipemos los acontecimientos.

Los *azteca* abandonaron á su *Aztlan* hácia el año 648 de nuestra éra. Llevaban consigo á su dios *Mexitli*, quien se co-

de pescados," segun unos autores, ó "lugar de pescadores" segun otros; pero escrita *Michámacuan*, es tarasca y significa "estar junto al agua." Esta es la situacion de *Tzintzúntzan* y de *Pátzcuaro*, y por eso los indios llamaban á estas ciudades indistintamente con aquel nombre.

1. Damos convencionalmente este nombre á los primitivos pobladores, sin perjuicio de aplicarlo tambien á los *guanáxeos* ó *purépecha*.

municaba á su pueblo por medio de un sacerdote venerable: así es que las órdenes de éste eran oráculos ciegamente obedecidos.

Cuando llegaron á *Tzintzúntzan*, fueron recibidos cordialmente por los tarascos, y unos y otros solemnizaron con suntuosas fiestas la concordia. Así pues, los mexicanos se detuvieron en el país, disfrutando el cariño de los tarascos, "á los cuales se les pegó la idolatría, que hasta allí no habian usado." [1]

Entónces fué cuando la ciudad de *Tzintzúntzan* comenzó á adquirir la importancia con que más tarde fué distinguida. Los mexicanos nombraron por Cacique á uno de sus nobles llamado *Tzilantzi*, quien embelleció á *Huitzitzila*, adornándola de fuentes y de vistosos edificios. De *Tzilantzi* descendieron los sacerdotes que despues fueron señores de *Tzintzúntzan*. [2]

Creció la poblacion, y los *azteca* solicitaron y obtuvieron de los tarascos el permiso de fundar otras ciudades en los vecinos lagos que se extendian en la que hoy es llanura de *Cópan*, [3] al pié del cerro del Aguila, en el de San Andrés y en el de Tupátaro. En las altas lomas que se levantan hácia el sur edificaron, en medio de dilatado caserío, un suntuoso templo para colocar á su dios. Llamaron á aquella poblacion *Coatepec* y los tarascos la conocieron con el nombre de *Acuitzio*. [4] Cuidaba del ídolo una sacerdotisa, á quien consideraban como madre del númen. Era escogida entre las más her-

1. En opinion de algunos de nuestros historiadores, los *azteca* aprendieron de los tarascos el culto feroz de los sacrificios, durante la permanencia de aquellos en Michoacan. Nosotros creemos, al contrario, que los tarascos imitaron estas costumbres bárbaras de los mexicanos. Beaumont dice, en efecto, que á los tarascos se les pegó la idolatría de los mexicanos, idolatría que ántes no habian usado. "Crónica de Michoacan." Tom. III, página 471. El Sr. Orozco y Berra, al referir la migracion de los mexicanos, ya menciona su culto sanguinario desde ántes de su llegada á Michoacan.

2. Beaumont, Tom. III, pág. 471.

3. *Coápan* significa en idioma nahuatl «en el agua de las culebras». Véanse *Nombres geográficos de México*, por el Dr. Antonio Peñafiel. El Sr. Leon supone que este nombre es tarasco, y lo escribe *Coapa*, formado de *Copu* « camino » y *a* « lugar de; » pero ni *copu* es camino, ni *a* significa lugar, ni *Coápa* es palabra tarasca.

4. *Coatepec* significa en mexicano « cerro de la culebra;» y Acuitzio en tarasco, «lugar de culebra. »

mosas doncellas de la tríbu, y debia permanecer en perpetua virginidad.

Coatlicue [1] se llamaba la lindísima jóven que por aquel entónces ejercia el sacerdocio como progenitora de *Mexitli*. De dia se ocupaba en barrer el templo y de adornarlo con flores: de noche encendia las antorchas de pino, y cuidaba á todas horas de que nunca faltase el incienso en los braserillos de piedra del altar. Cuando la doncella tenia que presentarse á los ojos de los profanos, lo hacia siempre cubierta con tupido velo de algodon, y la ancha túnica que encubria sus formas tenia, bordadas de hilo negro, horribles serpientes que se enlazaban al rededor del traje. La guirnalda de su cabeza representaba una culebra del agua, mordiéndose la cola.

El aspecto de aquella mujer infundia pavor á los concurrentes al templo, y ni el caudillo ni los sacerdotes se atrevian á mirarle el rostro.

Un dia que los mexicanos celebraban su acostumbrada hecatombe de prisioneros, en presencia del pueblo y de los extranjeros que concurrian á la ceremonia, se desató en el lago de Coápan terrible tempestad. El viento silbaba en las aristas de la pirámide, y el sol, velado por espesas nubes, cesó de enviar á la tierra sus rayos luminosos.

Una ráfaga del huracan levantó el velo de *Coatlicue* en el momento mismo en que un relámpago rasgaba la oscuridad.

Coatlicue se apresuró á ocultar su rostro; pero no faltaron ojos indiscretos que contemplaron la espléndida hermosura de la vírgen.

La ceremonia concluyó: los sacrificadores y la madre del númen bajaron las gradas del templo, y cuando la sacerdotisa se disponia á entrar á su palacio, un guerrero de alta estatura se acercó rápidamente á la jóven y pronunció en voz baja unas cuantas palabras. *Coatlicue* se estremeció y huyó al interior del alcázar.

---

1. La de las enaguas de culebras, significa en mexicano.

Era por aquel tiempo jefe de una tribu de los *purépecha*, *Puhcur-tzurúan*.[1] En más de cien combates habia hecho morder el polvo á los guerreros mexicanos que osaban recorrer los bosques. Sus flechas eran fieles mensajeras de la muerte; y cuando descargaba sobre algun enemigo el formidable *cuaniri* (la macana), se estremecia el bosque, como si un árbol colosal hubiese sido derribado.

Imponente y gallarda era su presencia. De hercúleas formas y flexibles movimientos, á veces era el atleta que se yergue en medio de sus adversarios vencidos, y á veces el sibarita que se desliza sobre el suelo á los acordes de la música, haciendo ondear sobre las sienes la *acándicua* (el penacho) de flotantes plumas. A veces el guerrero que, atravesado el labio con la salvaje *angámecua* (el bezote), se presenta feroz ante las huestes enemigas, y á veces el galan apasionado que dirige tiernas endechas de amor á la vírgen de su pensamiento.

Los *purépecha*, admirando el valor indomable y la astuta política de *Puhcur-tzurúan*, le perdonaban sus liviandades, tanto más, cuanto que el teatro de sus hazañas amorosas estaba siempre en el campo contrario. ¿ Cómo burlaba el guerrero la vigilancia de sus enemigos? ¿ Cómo encendia entre las hijas de éstos la voraz llama de un amor infinito? Frecuentemente el rapto de una jóven era el motivo de alguna encarnizada lucha. *Puhcur-tzurúan* se desprendia de los brazos de su amada, y era el primero en presentarse en los lugares de peligro; y siempre á la cabeza de sus tropas, era el primero tambien en entonar el canto de victoria.

Por aquellos dias las ancianas de su tríbu se contaban en voz baja que el rey se dirigia misteriosamente á la isla cubierta de florestales en el lago que reflejaba las faldas del *Xhanuat-ucacio*. Hoy esa isla y ese lago han desaparecido, pero sobre las ruinas, ya imperceptibles, de sus templos, aun se sienta el ángel de la tradicion, apoya la frente en su mano y murmura los poemas de los antiguos tiempos.

En aquella isla se levantaba el palacio del sumo sacerdote de los *azteca*, á quien los tarascos daban el nombre de *Gua-*

1. Puhcur-tzurúan significa "el pino más alto."

námeti,[1] y vivia á su lado, tranquila y feliz, su hija, la sin par *Tecáxin*, la ondina de aquel lago. El genio de la soledad era su guardian en las frecuentes y dilatadas ausencias del sacerdote.

¡ Qué hermosa era *Tecáxin!* sus ojos parecian estrellas,[2] y sus brazos redondos hacian contraste con su delgado talle envuelto en blanca vestidura. Su alma revelaba la pureza de sus pensamientos, como la luz apacible de la luna rielando en la superficie quieta del lago.

De las floridas playas de *Huiramba*[3] se desprende una canoa. Un guerrero hiende el agua con poderoso remo, y á su pujante impulso, el débil esquife vuela sobre la superficie de las aguas.

Pronto desaparece la distancia que lo separa de la isla. La piragua penetra en un canal oculto entre los árboles. El guerrero salta en tierra y entra resueltamente en el bosque que rodea el palacio.

De repente se oyen salir de la espesura los alegres trinos de un jilguero. Y como si aquel canto mágico poseyese un invencible atractivo, el pecho de *Tecáxin* se agita, y parece que dos olas batidas por el viento del amor se levantan en su turgente seno.

Se pone de pié, escucha, y, sin poderse contener, avanza hácia el fondo del bosque.

Muchas noches cruzó la piragua el líquido elemento. Se oian las modulaciones del jilguero, y los suspiros entrecortados que salian del bosque acusaban momentos de felicidad para los amantes.

Despues, la barca no se deslizaba sino de tiempo en tiempo. *Puhcur-tzurúan* se disculpa con las atenciones del gobierno. *Tecáxin* le sonrie, devorando en lo íntimo de su pecho las lágrimas que van á aumentar el fuego que arde ya en su seno.

1. El que vigila.

2. *Escua, hoscua* en *hárati* dice el original tarasco, como si *escua* ojos, y *hoscua* estrellas, se pareciesen entre sí por sus brillantes destellos.

3. Significa piedra laja.

Por fin la barca no vuelve á aparecer en la isla de Guanámeti. Solo se oyen sollozos lastimeros en el bosque que rodea el palacio.

Entretanto en el lago de *Codpan* pasa una escena semejante á la que hemos descrito.

Coatlicue inquieta recorre las playas de *Acuitzio*. La noche está profundamente oscura y el lago parece un misterioso espejo, reflejando en su abismo las estrellas que cintilan en la bóveda celeste.

Los ojos de la sacerdotisa despiden un fulgor siniestro, y su mirada quisiera penetrar en el profundo horizonte.

—¿Me habrá engañado?—dice, aproximándose más y más á la orilla.—¡Acaso en estos momentos reposa en los brazos de *Tecdxin!* ¡Yo sabré vengarme! ¡Oh! ¿para qué me citó esta tarde, cuando tranquila bajaba yo del templo? ¡Cuántas veces lo ví ocultarse entre nuestros guerreros y espiar una oportunidad para ver mi semblante! ¿Habrá adivinado el pérfido que desde hace tanto tiempo le amo con loco frenesí? ¿Querrá burlarse de mi amor? ¡No sabe de lo que es capaz una mujer que, como yo, ha renegado de su juramento á los dioses! Yo que le he entregado mi alma desde hace tanto tiempo?.... ¡Y no viene!

En esos instantos se oye el dulcísimo acento de una flauta que despierta los ecos del bosque. La inefable melodía murmura un són tan amorosamente melancólico, que *Coatlicue* lleva inconsciente el índice de su mano derecha á los labios y se inclina á oír....

La flauta continúa emitiendo sus flébiles armonías, sus armonías agrestes salidas de en medio de la selva, como notas de una música celestial. *Coatlicue* avanza paso á paso en direccion del sonido, atraida, como una serpiente encantada por la voz de un hechicero.

La superficie del lago, poco ántes tersa y tranquila, se riela en infinitas ondas al contacto de las vibraciones de la flauta, y se ven temblar en el fondo las brillantes imágenes de las estrellas.....

Coatlicue no teme á los dioses; los sacerdotes le parecen des-

preciables en su hipocresía. Para ella no existe otro sér más amado en el mundo, que *Puhcur-tzurúan*. La magnetizan las argentinas melodías de aquella flauta misteriosa que despierta los ecos de los bosques; la atrae como un iman aquel guerrero que atraviesa el lago, sin miedo á sus numerosos enemigos. ¡Tiene la oscuridad tantos encantos! ¡Hay tanto orgullo en desafiar el peligro!

La escena se repite con frecuencia.

Una noche el débil esquife avanza sobre la superficie cristalina: las nubes, como denso cortinaje, ocultan el fulgor de las estrellas. La oscuridad es profunda.

Puhcur-tzurúan salta en tierra y lleva á sus labios la armoniosa flauta, cuando siente la delicada mano de *Coatlicue* imponiéndole silencio.

—¡Huye, guerrero mio—le dice—nuestros amores han sido descubiertos!

—Huir, cuando te espera la muerte como sacrílega y perjura! No, *Coatlicue*, nuestros enemigos no se apoderarán más que de los cadáveres de quienes tanto se han amado en la vida.

—No temas por mí. El gran sacerdote es el único que conoce nuestro secreto. Yo tengo medios para imponerme en su alma. De tí suponen que vienes á explorar el terreno, con ánimo de traer la guerra á este sagrado recinto. En este momento veinte barcas surcan el lago en todas direcciones, esperando tu regreso, y un ejército de *azteca* caerá al amanecer sobre *Huiramba*, sorprendiendo y exterminando á tus guerreros.

—Está bien; el rey de los tarascos se ocultará durante una sola noche, de sus enemigos. La luz del sol lo verá frente á ellos. ¿No acompañarás á tu amante, dulcísima *Coatlicue?*

—Huye, guerrero mio; pronto volverás á ver á tu amada.

Puhcur-tzurúan se inclina hácia la superficie del lago, y sacando la delgada y pequeña chalupa, la carga en uno de sus hombros y marcha en direccion de la montaña.

A poco rato escucha *Coatlicue*, léjos, muy léjos, el sonido melodioso de la flauta.

El guerrero desciende por las colinas que besan las azules olas del lago de *Tupátaro*. Bota al agua el ligero esquife, y rema en direccion de Huiramba.

En medio del camino está la isla en que habita *Tecáxin*. Aquel hombre siente remordimiento, y de nuevo se despierta en su corazon la llama de un amor extinguido. Dirige la proa hácia la isla, pero en ese momento recuerda el peligro que amenaza á sus soldados, y agita presuroso el remo, pasando como exhalacion cerca de la ribera de la isla.

Repentinamente hieren sus oídos los melancólicos acordes de un instrumento que le es desconocido; parecen los suspiros de un pecho enamorado.

Cesan por un momento los amargos quejidos que parten de en medio de la isla, y entónces *Puhcur-tzurúan* lleva la flauta á sus labios, y deja escapar de ella un raudal de armonía.

Va bogando la piragua: aun se oye el són lejano de los acordes melancólicos, aun se escucha el conmovedor acento de la flauta.

Al amanecer del dia siguiente, una partida de guerreros mexicanos y aliados suyos de los pueblos del lago de *Tupátaro*, sujetos á *Tzintzúntzan*, entraban silenciosamente en las calles de *Huiramba*. Reinaba profundo silencio en la poblacion, y los invasores manifestaban su júbilo de encontrar á los habitantes sumidos en profundo sueño.

El jefe da la órden de entrar á saco en las cabañas, y de no dejar con vida á hombres, mujeres, ancianos ni niños. Los guerreros se reparten en diversos pelotones, y, al estallar el grito de guerra, asaltan las habitaciones.

Las habitaciones están vacías, y dentro de ellas rotos los pocos muebles y objetos de uso de los habitantes.

La burla era manifiesta; y el despecho y la cólera no fue-

ron la menor parte para que en las filas de los invasores cundiesen la confusion y el desaliento.

En estos instantes se oye el terrible alarido de los guerreros de *Puhcur-tzurúan.* Los *purépecha* siembran la muerte en los escuadrones de sus contrarios, y los pocos de éstos, que deben la vida á la ligereza de sus piés, van á llevar á sus aduares la noticia de su vergonzosa derrota.

Por la noche, el alegre pueblo de *Huiramba* se ve iluminado por centenares de hogueras, y se escuchan los himnos de victoria.

A lo léjos, como partiendo del fondo de las aguas, se oye el dulcísimo sonido de una flauta, y entre el hojoso bosque de la isla se ven los pálidos fulgores de una antorcha que sirve de faro al nocturno navegante.

¿Qué deleite supremo ha vencido la inconstancia del amante veleidoso?

Tecdxin no puede ocultar la inmensa alegría de volver á estrechar entre sus brazos al padre del sér que siente palpitar en su seno. ¿Qué le importa la deshonra, si no va acompañada del desprecio y de la humillacion por parte de su amante?

Pasan las noches; *Coatlicue*, desesperada, recorre la ribera, enciende luminarias en el bosque, pone atento oído al menor rumor. ¡En vano! el guerrero de la gallarda estatura no conduce su barca por el lago de *Codpan:* no se escucha en el bosque el sonido cadencioso de la flauta, cuya dulce armonía era como tierna queja de la soledad, como el suspiro del viento, como el ritmo lleno de misterios de la alma Naturaleza.

La sacerdotisa, fingiendo una órden del dios, envia emisarios á Huiramba, para que se informen de los movimientos de los enemigos, y sobre todo de las intenciones de su jefe y de las ocupaciones á que éste se consagra de dia y de noche.

Vuelven los correos; al oir sus informes, el rostro de *Coatlicue* palidece; sus ojos se encienden con el fuego de los celos y sus manos tiemblan de furor. De pié é inmóvil, si sus ojos no hubieran estado centelleando, habria parecido la estatua del odio, meditando en su venganza. Medio oculta á los rayos de la luna, parecia una leona que espia la presa que ha de llevar á sus cachorros, y los hirsutos bucles de su cabellera, flotando á discrecion del viento, parecian una corona de serpientes.

Es media noche: la luna llena [1] ilumina la frente sombría de las montañas. *Coatlicue* ha abandonado hace algunas horas las riberas de *Codpan*, y sigue rápidamente los senderos que conducen á la laguna de *Tupdtaro*. No hay una sola embarcacion en la playa, y la jóven india, sin vacilar, se arroja al agua y atraviesa á nado la distancia que la separa de la isla de *Guanámeti*.

Salta en tierra, se dirige al bosque que rodea al palacio, y deslizándose sin hacer el menor ruido, comienza á recorrer aquel recinto.

De repente suspende el paso y escucha.... el sonido de una flauta, cuyas melodías han encantado otras veces su oído, y los acordes melancólicos, las notas de una dulcísima tristeza arrancadas á un instrumento hasta entónces desconocido.

En efecto, aquel instrumento era desconocido para todos. *Guanámeti* habia mandado hacer un tubo de la madera más sólida y más preciosa que crian nuestros bosques de tierra caliente: en la dureza era superior al ébano; en el aroma más exquisita que el sándalo del Oriente. El objeto del sacerdote era guardar en aquella caja los jeroglíficos de la historia de su pueblo; quiso conservarla herméticamente cerrada, y sólo le dejó unas aberturas por donde se pudieran introducir ó extraer los lienzos de *ziranda*. *Tecáxin*, distraida y consumida por la melancolía, golpeó con el tallo de una palma tropical la preciosa caja, y escuchó salir de ella un suspiro terní-

1. *Cutzi-huirípen* llaman los tarascos á la luna llena; significa la frase, «la luna hecha círculo.» *Huiripe* es círculo.

simo, como los que con tanta frecuencia exhalaba su pecho enamorado. La jóven enjugó una lágrima de sus ojos y exclamó: "de hoy en más, ésta será mi única música:" Así fué como se inventó la *quiringua*, y así fué como los pueblos de aquella comarca tomaron luego el nombre de *Quirínguaro:* y ya hemos visto que esos pueblos eran una raza, mezcla de mexicanos y de gente de los primitivos moradores del país.

¿Qué fué lo que escuchó *Coatlicue* despues que hubieron cesado las notas de aquel concierto que el arte humano no puede reproducir? Las palabras pronunciadas en voz baja, confundidas con el indiscreto estallido de los besos; aquella respiracion que traicionaba el silencio de la escena, y luego una promesa solemne y religiosa.... El ígneo fulgor de los ojos de *Coatlicue* hacia contraste con la apacible luz de los rayos de la luna. La sacerdotisa retrocedió; otra vez cruzó á nado el elemento líquido, y al llegar á la orilla levantó el puño airado hácia el cielo; y altiva é imponente como el ángel de la venganza, avanzó apresuradamente hácia *Acuitzio*, atravesó las calles silenciosas, y ántes de que el sol apareciese en el horizonte, subió las gradas del templo y aguardó allí al sumo sacerdote.

Grande fué la sorpresa de éste al encontrarse con *Coatlicue.* Desde la noche en que la habia descubierto en el bosque, á solas con *Puhcur-tzurúan*, la sacerdotisa habia esquivado el encuentro de *Guanámeti;* y éste por su parte guardaba reserva hasta tener una prueba más evidente de la deshonra de *Coatlicue.*

Coatlicue, sin embargo, estaba serena sobre este particular, y hacia alarde ante el pueblo de la esbeltez de su talle, habiendo trocado su ancha túnica por un jubon estrecho que dejaba ostentar la pureza de sus formas.

Guanámeti fué el primero en romper el silencio.

—¿Tú aquí?—le dijo.—¿La perjura y sacrílega osa presentarse delante de su juez?

—Cálmate anciano — contestó la sacerdotisa. — ¿Eres mi juez? Has sido testigo de mi crímen, el único testigo, ¿lo en-

tiendes? ¿Podrás representar el doble papel de juez y de testigo?

—¡Desgraciada! la prueba vendrá luego como forzosa consecuencia de tu falta: por eso he guardado silencio. ¡Y entónces no seré más que juez!

—Te equivocas, *Guanámeti*—repuso *Coatlicue*, sonriendo con amarga ironía.—No en vano he vivido en el templo, al lado de los hipócritas: yo tambien sé salvar las apariencias.

—¡Miserable! ¡Y te atreves á insultar á los dioses! ¿Y tu cinismo te lleva á profanar la santidad de estos lugares? Yo revelaré al pueblo lo que mis ojos han presenciado; yo te denunciaré tambien como traidora á la patria. El pueblo será tu juez, y yo tu acusador.

La risa de *Coatlicue*, al escuchar estas palabras del anciano, fué una carcajada de burla.

—¡Pobre *Guanámeti!*—le dijo—qué ajeno estás de que en presencia del pueblo serás tú el que tenga que inclinar la frente, avergonzado, en medio de la más deshonrosa humillacion!

El sacerdote palideció; no comprendia la intencion de *Coatlicue*, pero un gran temor se apoderó de su pecho. Conocia el carácter de aquella mujer, su indómita fiereza, y sabia que era tanta su audacia, que tuvo miedo de que se rasgase el velo de la supersticion del pueblo.

—No quiero—continuó diciendo *Coatlicue*—no quiero, ni por un momento, aparecer á tus ojos como una mujer hipócrita. Tú y yo tenemos motivos para estar aliados; el jefe de nuestros guerreros y el pueblo todo, deben seguir creyendo ciegamente en nuestra intachable virtud; es preciso que nada les haga dudar de que somos para ellos intérpretes de los oráculos divinos. Mas oye, *Guanámeti:* para salvarte, tú mismo debes proclamar ante el pueblo la pureza de mi virginidad, y asegurarle que voy á tener un hijo ántes de un mes, hijo del milagro, un dios que se sustituye á *Mexitli*, terrible, poderoso, sanguinario, en cuyo altar deben sacrificarse como primicias, las más preciosas víctimas; por ejemplo, el rey de los *purépecha* y una ilustre doncella de nuestra raza, verbi gracia, tu hija.

El sumo sacerdote se creia juguete de una ilusion; no po-

dia creer en tanto cinismo, pero en ese instante una horrible sospecha cruzó por su alma. ¿Por qué estaba *Coatlicue* celosa de *Tecáxin?* ¿Por qué hablaba con tanto atrevimiento? ¿por qué se imponia con tanta soberbia? ¿De quién era aquel hijo que ella queria atribuirse? Si aquella sospecha tenia fundamento, no habia otro medio que el que propoponia *Coátlicue* para salvar la honra de *Tecáxin*, para tomar venganza de ella y del seductor, y para conservar á los ojos del pueblo el prestigio misterioso y omnipotente que siempre sobre él habia ejercido. El infeliz anciano temblaba, y con mirada suplicante, se acercó á la sacerdotisa y le habló en voz muy baja, no obstante la soledad del sitio en que se hallaban.

Los ojos de *Coatlicue* brillaron con siniestra alegría. Contestó á *Guanámeti* con palabras casi imperceptibles, y ambos descendieron del templo.

Puhcur-tzurúan estaba regenerado por el amor. Su único pensamiento era *Tecáxin:* su sola distraccion la caza. De dia erraba por los bosques en persecucion del *guanaco* ó del venado; de noche atravesaba el silencioso lago y pasaba en compañía de su amada las más dulces horas de su vida, contando los momentos que faltaban para que *Tecáxin* se arrojase á los piés de su anciano padre, revelándole su estado y suplicándole que le permitiese ser la esposa del rey de los *purépecha.* ¿Cómo lo rehusaria *Guanámeti*, sin sellar él mismo la deshonra de su hija?

Una noche que *Puhcur-tzurúan* bogaba tranquilo hácia la isla de *Guanámeti* ó de *Quirínguaro*, como la comenzaban á llamar, notó que la antorcha que le servia de faro se movia en giros vertiginosos, y cambiaba de lugar. Comprendió el guerrero que pasaba algo importante en el palacio de *Tecáxin*, é imprimió inusitado impulso á su remo. La piragua volaba como una golondrina que roza el suelo con sus alas. Antes de que el esquife tocara la ribera, *Puhcur-tzurúan* se habia puesto de un salto en la orilla y corria hácia el sitio oculto del bosque en que lo esperaba *Tecáxin.*

—Esposo mio—exclamó la jóven al verlo:—nos amenaza

una gran desgracia. Mi padre ha dicho á nuestro rey que los dioses se preparan á obrar un gran milagro en favor de los *azteca*, en un dia que no está remoto, pero que es preciso que en esa solemne ocasion se inmolen en el altar del dios que va nacer, un rey y una doncella ilustres. "Ese rey será *Puhcur-tzurúan*," dijo mi padre, y no oí más, porque la angustia me hizo caer en profundo desmayo en el inmediato aposento en que me hallaba. Al volver en mí, el rey y mi padre habian marchado á *Tzintzúntzan:* un jefe con veinte guerreros están en el palacio dispuestos á ir á sorprenderte donde quiera que te encuentren, no haciendo uso de la fuerza, sino de la astucia. Lo he oido de los labios mismos del capitan. Al caer la noche han estado aparejando dos canoas. ¡Ah! cuánto temí que se embarcaran y te encontrasen en el lago! Huye *Puhcur-tzurúan:* por un momento pensé en acompañarte en tu huida, pero esto no es posible; conozco que se acerca el momento de ser madre. Huye, huye en el acto y ocúltate en el más espeso bosque de la sierra. ¡Huye!

—¿Huir, *Tecáxin?* Nada temas por mí. Estaré á tu lado, al lado de mi esposa: los dos hablaremos á tu padre, lo convenceremos de la necesidad de que seas mi ....

—¡Imposible! mi padre será inexorable para que se cumpla el oráculo de los dioses. Mas tan pronto como me sea posible, la *quiringua* te avisará que estoy dispuesta á marchar á tu lado, y los dulces sonidos de la flauta conducirán mis pasos.... Mas.... ¡qué es lo que veo! Mira esas sombras que se dirigen á la playa. ¡Si te habrán observado! ¡Qué hacer, Dios mio!

—Tranquilízate, *Tecáxin.* ¿No estás á mi lado? Ocultémonos, que vienen hácia este sitio. Son un hombre y una mujer. Escucha....

En efecto, las personas á que se referia *Tecáxin* habian salido del palacio y se encaminaban á la orilla del lago en animada conversacion.

—No temas, madre, decia el hombre; la comision es difícil, pero no peligrosa; mas ¿cómo fuiste á saber que el rey me habia confiado este encargo?

—Cuando desembarcaron estaba yo pescando en el tular, y oí involuntariamente lo que hablaban él y *Guanámeti.* ¡Ir

á prender al rey de los *purépecha* con sólo veinte hombres! ¿No es esto condenarte á una muerte segura? Por eso corrí á este sitio á impedir que marchases.

—Pero ya te he explicado que no se trata de ir á combatir. *Puhcur-tzurúan* vaga solo por los montes: lo espiaré, y cuando el golpe sea seguro, me apoderaré de su persona, y así habré obedecido á nuestro Dios y á nuestro rey. Vuelve tranquila á nuestra cabaña, madre; ten confianza en tu hijo.

—Los dioses te acompañen y te favorezcan, hijo mio—exclamó la anciana—imprimiendo un ósculo en la frente del guerrero.

Este acercó una pequeña canoa atada á un árbol de la ribera. La mujer entró en ella, soltó el nudo, y movió el remo, alejándose de la orilla. El guerrero volvió al palacio.

—Huiré, *Tecáxin*—dijo *Puhcur-tzurúan*—en cuya alma nació un pensamiento salvador. ¡Pronto nos volveremos á ver!

Se oye el doble estallido de un beso.

Puhcur-tzurúan salta ligero á su piragua, y desaparece en las tinieblas que pesan sobre el lago.

—Te conozco, *Coatlicue*—se dijo el guerrero en el fondo de su corazon:—adivino la red que me tiendes. Veremos quién queda prisionero en ella. En nuestra lucha, la suerte ha comenzado á serme propicia, y soy más poderoso que tú, puesto que conozco tus secretos.

Tan rápida como su pensamiento surcaba las ondas la ligera embarcacion; mas *Puhcur-tzurúan* no sigue el camino acostumbrado: da vuelta en torno de la isla, y de repente se lanza en línea recta con la velocidad de una flecha. Inclina el cuerpo hácia adelante y fija su mirada escudriñadorae n el fondo de la oscuridad.

—¡Ya es mia!—prorumpe—y dando un bote vigoroso al remo, se pone al pairo de la canoa en que está la madre del guerrero azteca, encargado de su aprehension: toma á la anciana entre sus robustos brazos y la coloca en su esquife. No habia vuelto en sí de la sorpresa la infeliz mujer, cuando virando de bordo la embarcacion, regresa con increible rapidez, tomando el rumbo de Huiramba.

Ha pasado la media noche; *Puhcur-tzurúan* penetra en las calles de la poblacion. Se dirige á varias cabañas, da en cada una de ellas un silbido y habla en voz baja con el guerrero que sale al oir la contraseña. *Puhcur-tzurúan* se encamina luego á su rústico palacio, siempre seguido de su prisionera; toma precipitadamente algunas armas y provisiones, y sin más compañía que la anciana mujer, sale del pueblo al rayar el alba, cuando ya recorrian las calles algunas jóveñes que iban por agua.

Una de ellas fijó su atencion en el guerrero y en su compañera, y se paró, sonriendo imperceptiblemente, á ver el camino que tomaban.

Cuando las jóvenes regresaban con los cántaros llenos de agua, airosamente colocados en la cabeza, el sol comenzaba á iluminar las alturas de los cerros. Un hombre que dormia al pié de un árbol despierta en esos momentos y pregunta á las doncellas si estará en el pueblo el rey, suplicándoles le den la direccion de la real cabaña. La jóven que habia visto partir á *Puhcur-tzurúan* se acerca al desconocido y le ofrece guiarlo adonde desea. Cuando estuvieron á solas dijo al extranjero:

—Por el acento de tu voz me persuado de que eres, como yo, de la raza *azteca*. Si traes alguna mision secreta, háblame con confianza, y te daré los informes que deseas.

—No te has equivocado, niña; busco á *Puhcur-tzurúan:* sé que no habita en el pueblo, porque está consagrado á la cacería. Nuestro dios necesita saber el punto en que actualmente se encuentre.

—No hace una hora que el rey estaba aquí: le acompañaba una mujer, velado el rostro, acaso una de las víctimas de su falacia. Se ha internado en el bosque de *Xhanuat-ucacio*. No lo encontrarás durante el dia, pero en la noche irá á dormir en la cabaña que tiene oculta entre las rocas, llamadas *Pdtzecua*, arriba del puerto de *Aterio*, en la gran laguna.

—Conozco el sitio—contestó el desconocido—y te agradezco tu favor. ¡Los dioses te conserven!

—¡Ellos te guarden![1]—contestó la doncella—agregando

1. Así es el saludo de despedida entre los tarascos. Actualmente dice el que se va al que se queda: "*Diósiquin patzácuare;*" y el que se queda responde: „*Péequin Dios.*"

cuando ya su interlocutor estaba léjos:—he obedecido; ¡los dioses guien los pasos del rey!

En cuanto al desconocido, tan luego como salió del pueblo y penetró en el bosque vecino, se unió á una partida de veinte hombres y se perdió en ocultos senderos.

En la noche del siguiente dia, *Puhcur-tzurúan*, prisionero, era conducido á una profunda gruta situada á inmediaciones de Acuitzio. El jefe que lo habia aprehendido esperó la venida del dia para ir á avisar á *Guandmeti* el buen éxito de su expedicion. El aspecto de aquel guerrero no manifestaba satisfaccion por haber logrado el difícil y peligroso objeto que se le encargó, ni revelaba siquiera esa fria gravedad, ese estoicismo rígido de los indios; nó, su semblante estaba contraido por el dolor, y de cuando en cuando se apretaba las manos en señal de desesperacion. Parecia sobrecogido de un miedo cerval.

Tan luego como el astro del dia hubo aparecido en el horizonte, el guerrero se dirigió al templo en que se hallaban *Guandmeti* y *Coatlicue*. Trémula la voz y el semblante pálido, refirió cómo habia llegado á las altas rocas de la colina de *Aterio*, y reducido á prision al rey de los *purépecha*, esperando viniese la noche para conducirlo á la gruta, en donde estaba ya á la disposicion del gran sacerdote. La alegría de los dos personajes les impidió observar el extraño continente del guerrero, y *Coatlicue* misma expresó que ninguno mejor que éste podia constituirse en guardian de su prisionero con la misma escolta que lo habia acompañado.

El gran sacerdote y la sacerdotisa se dirigieron á *Tzintzúntzan* á participar al rey de los *azteca* la satisfactoria noticia.

Las calles de la ciudad estaban llenas de gente. El rumor de que se iba á operar un gran milagro habia circulado entre la muchedumbre, y en multitud de corrillos se comentaba el suceso. Halagaba á los azteca la nueva de que, inmediatamente despues de verificado el fenómeno sobrenatural, emprenderian nueva peregrinacion para ir á establecerse á un lugar en que habitarian solos, á un territorio propio, sin sen-

tirse humillados con la hospitalidad de un pueblo extraño.

Y tenian razon: cada dia era más pesada para los tarascos la carga de aquellos huéspedes que se reproducian prodigiosamente, y que se hacian más y más exigentes. Si ántes se les habia recibido con agrado, llegó un dia en que el odio fué la única relacion entre las dos tribus.

Los corrillos eran cada vez más numerosos. De repente todas las miradas se dirigieron hácia el camino que se extiende en las faldas del *Yaguarhato*. El venerable anciano *Guandmeti*, cuyos años habian sido testigos de tantos acontecimientos, venia apoyado en su báculo, y revelaba en su semblante la práctica de no interrumpidas virtudes. A su paso la gente se inclinaba con respeto. Detrás de él marchaba, erguida y arrogante, espléndida en belleza y notable por su talle de flexible caña, la altiva y severa *Coatlicue:* sus ojos, brillantes y de profunda mirada, no se fijaban en ninguno de los que la veian, y sin embargo, ni un solo objeto escapaba á su observacion, y comprendió que el pueblo todo la adoraba y la temia.

Los viajeros se dirigen al palacio. Permanecen en su recinto algunas horas, y luego, acompañados del caudillo, aparecen en lo alto de una de las almenas del alcázar, en donde los contempla el pueblo.

Los heraldos anuncian que el gran milagro se verificará al tercero dia en *Coatepec* (Acuitzio), á donde se convoca á los individuos todos de la tribu *azteca*. Los mismos heraldos recorren los grupos, dando órden en secreto á los jefes de familia, de estar dispuestos para emprender la migracion, abandonando para siempre la ciudad de *Tzintzúntzan*. Entre tanto *Coatlicue* atraviesa por entre la multitud: los hombres admiran su belleza, las mujeres envidian aquel talle que cimbra, como la palma movida por el viento; todos ven en la sacerdotisa la más casta doncella.

Los preparativos de viaje de los *azteca* no fueron tan ocultos que los tarascos no se apercibiesen de ellos; y al comunicarse la noticia, fué general su alegría.

A fin de no presenciar la partida de tan molestos huéspedes, concertaron celebrar ese dia la gran fiesta que de tiempo en tiempo consagraban al lago. Los primeros rayos del sol debian encontrarlos disfrutando del baño, y las horas trascurririan entre los placeres del agua, del festin y del baile, hasta que el crepúsculo tiñese con luz de rosa las azules montañas del Poniente.

Llega el momento fijado para la marcha de los *azteca;* inusitado movimiento se nota en la tribu; las mujeres cargan sus pequeñuelos en la espalda; los hombres aprestan sus armas; los ancianos empuñan el báculo, y los adolescentes recogen los utensilios de uso doméstico.

Los *azteca* notan la soledad de las calles y de las chozas de los tarascos, y, comprendiendo la intencion de éstos, ciegos de despecho y de cólera, entran á saco en las habitaciones, y lo que no pueden llevarse, queda hecho pedazos.

En esos momentos una turba de muchachos viene de las playas trayendo hurtada la ropa de los tarascos, que están bañándose en el lago. Se les recibe en medio de alegres carcajadas, y todos celebran la burla.[1]

La tribu emprende su marcha.

Las ancianas de la familia *azteca* van refiriendo que ya saben en lo que consistirá el milagro. Cuentan que al estar *Coatlicue* barriendo el templo del dios *Mexitli*, en *Coatepec*, repentinamente vino rodando un ovillo de plumas de colibrí; lo cogió, poniéndoselo en el seno, y que el ovillo va á nacer convertido en un niño, que será de hoy en más el dios de la tribu.

1. Algunos cronistas refieren este suceso, diciendo que al pasar los *azteca* por el lago de *Pátzcuaro*, en donde la amenidad y frescura de aquellas tierras los convidaban á fijar su residencia, "les previno su ídolo que entrándose á bañar en la laguna, así hombres como mujeres, todos los que quedasen fuera les hurtasen la ropa, y luego sin dilacion ni estruendo marchasen á largos pasos con el real, y se fuesen á donde los guiaban sus caudillos." Viéndose así burlados y vergonzosamente desnudos los que habian entrado al baño, juraron odio eterno á sus burladores, hasta el grado de abandonar su religion y su idioma, y adoptar el culto y la lengua que ahora tienen. De esta absurda fábula se quiere deducir la igualdad de orígen entre *azteca* y *purépecha*.

El Sr. Orozco y Berra cree que los mexicanos, al emprender su huida, robaron á los tarascos recatadamente cuanto pudieron, y huyeron despues. Historia antigua de México, t. III, p. 75.

El pueblo, y principalmente las mujeres, dudan del hecho, porque hace tres dias que han visto á *Coatlicue*, sin que nada revele en ella la posibilidad del nacimiento. Las ancianas contestan que en esto precisamente está el milagro, y que *Coatlicue* permanecerá vírgen, no obstante el parto.

Sobre este tema continúan las conversaciones, y todo el mundo está impaciente por presenciar el prodigio.

En la tarde los viajeros rodean el templo de Acuitzio. Sobre lo alto de la plataforma está de pié *Coatlicue*, espléndida y hermosa, de esbelto continente, de formas plásticas, en las que se modela la intachable línea de belleza de una vírgen ingénua.

En el camarin del templo, sostenido por cuatro columnas, no se ve más que al dios *Mexitli* saliendo de las turgentes pencas del maguey, erigido sobre un altar de piedra. Hay en la parte interior una cortina de algodon, más blanco que una nube delgada herida por el sol de la mañana.

El espectáculo es imponente: la ceremonia va á empezar.

¿Qué habia sucedido, en tanto, con *Puhcur-tzurúan?* ¿Cuál habia sido la suerte de *Tecdxin?*

Dos dias despues de que *Coatlicue* regresó de *Tzintzúntzan*, esperó con impaciencia la caida de la noche. Llegada la hora, ocultó su gallardo cuerpo en una ancha capa oscura, y se dirigió á la gruta en que se hallaba el prisionero. En la entrada encontró al celoso y fiel guardian que ya conocen los lectores, y guiada por éste, que encendió una antorcha, penetró en el fondo del antro.

Allí está *Puhcur-tzurúan*, sereno y ostentando dignidad; apénas si vuelve los ojos, cuando escucha el ruido de pasos á una hora inusitada. Al mirar á *Coatlicue*, no reveló su fisonomía sorpresa alguna; contempló con fria indiferencia á aquella mujer que habia sido objeto de su amor durante algun tiempo; sus labios no se abrieron para pronunciar una sola palabra.

La escolta, con su jefe, salió de la gruta.

Coatlicue fué la primera en hablar.

Puhcur-tzurúan—dijo—aun es tiempo de que salves tu vi-

da. Mi orgullo herido, te perdonará si huyes conmigo, si me colocas á tu lado, en el trono de los *purépecha.*

—Te pertenezco, *Coaticue*—contestó el jefe—pero te pertenezco como prisionero nada más. Voy á ser inmolado á tus dioses. ¿No es ésta la más gloriosa muerte del guerrero? No digas una palabra..... mi corazon será tuyo..... cuando el sacrificador te lo presente en la mano.

Al decir esto, una sonrisa de ironía se dibujó en sus labios, y volvió el rostro indicando su resolucion de no pronunciar otra palabra.

Coatlicue sintió que la sangre se le agolpaba al cerebro; dió un paso hácia el guerrero, y con la voz trémula por la cólera, exclamó:

—¡Antes de una hora vas á comprender tu destino! ¡No es sólo tu corazon el que va á saciar mi sed de venganza...!

Coatlicue abandonó la gruta, y los centinelas volvieron á vigilar al guerrero. En el alma de éste causaron inquietud las últimas palabras de la sacerdotisa.

No habia pasado una hora, cuando se escuchó rumor de gente que se aproximaba. La puerta dió lugar á una persona, que más que entrar, fué empujada al centro de la estancia. Los pasos se alejaron de nuevo.

La oscuridad más densa reina en el recinto.

Pero *Puhcur-tzurúan*, cuyos ojos estaban habituados á las tinieblas, se fija en la persona que acaba de entrar, se incorpora, palidece, y exclama:

—*¡Tecáxin!* ¿Tú aquí? ¿quién te ha arrojado en este abismo? ¿á qué vienes?

—¿Conque es cierto, Dios mio!—contestó la jóven:—¿con que es cierto que has caido prisionero? ¡Oh! ¡el terrible presagio no me habia engañado! Cuando al dia siguiente de nuestra separacion supe que la madre del guerrero que fué á aprehenderte se habia ahogado en el lago, creí que los dioses se pronunciaban en contra de nosotros, sembrando en torno nuestro la desgracia. Temí por tu vida y por...

—Nada temas, *Tecáxin*, ni por tu vida ni por la mia. La anciana no ha muerto, y á ella deberemos nuestra salvacion, porque la tengo en mi poder en rehenes de que su hijo..... pero no puedo decirte más.

—Explícate, amor mio, mi corazon vuelve á vivir; necesito saberlo todo.

—Pues bien—dijo el caudillo acercándose á *Tecáxin*, y en voz sumamente baja;—el jefe *azteca* y sus veinte soldados cayeron en mi poder. Ese jefe me obedece, porque sabe qu su madre perecerá si tú ó yo corremos el menor peligro. Para cuidar de tí, estoy yo aquí libre y acompañado de esos veinte valientes de mi tribu, á quienes suponen *azteca*. Esperaba acabar de conocer los secretos de *Coatlicue* para correr á tu lado y llevarte á un sitio seguro, en donde los dos esperaremos el nacimiento de nuestro hijo. Pero los enemigos mismos te ponen á mi lado, y en este momento vamos á huir, y quedará burlada la venganza de *Coatlicue*.

Tecáxin no pudo responder al caudillo; sus labios no podian pronunciar una palabra, y *Puhcur-tzurúan* la vió ponerse intensamente pálida.

—¿Qué tienes, *Tecáxin?* ¿Se acerca el momento ansiado? ¿cómo huir entónces?

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo está en poder de *Coatlicue!*

—¡Maldicion!

—Sí; *Coatlicue* dijo que mi padre queria sacrificar al dios nuevo una doncella, y me habia escogido á mí. Por eso *Coatlicue* recibiria al niño, lo haria pasar por hijo suyo, por el dios que va á nacer, y mi padre nada sospecharia de mí.

—¡La infame! ¡Su venganza va más allá de donde yo me habia imaginado!

El dia pasó lleno de angustias para *Puhcur-tzurúan* y para *Tecáxin*. En la mañana, el guerrero *azteca* habia ido á ocultar en la hondonada del lago, situada entre los árboles del palacio de *Coatlicue*, una barca en que pudieran huir los prisioneros. El *azteca* obedecia al caudillo de los *purépecha*, sin conciencia de lo que hacia, pero las órdenes eran ejecutadas con fidelidad.

El aspecto de aquel sitio es imponente; sobre las altas rocas acantiladas que se yerguen de la profunda sima, alza sus paredes el palacio de *Coatlicue*, dominando el lago. Aquel edificio es sombrío y amenazador; los espíritus fa-

tídicos pueblan el espacio; abajo, las olas de la laguna se deshacen al penetrar en la hondonada; toman un tinte verde, opaco y espumoso, señal clara de que aquella superficie, quieta y terrible, cubre un abismo sin límites. Millares de culebras se entretejen en las aguas, y forman una maraña indescriptible, en la que se ven brillar ojos siniestros.

Aquello da nombre al sitio en que se levantan el templo, el palacio y la ciudad.

El sol va sumergiendo los rayos en las altas montañas del Poniente. Es la hora en que los jilgueros, ocultos en el bosque, exhalan los melodiosos trinos que encantan el oído. El lago quiebra en infinitas ondas imperceptibles el limpio espejo de sus aguas. Se percibe el aroma de los bosques, impregnado de la esencia purísima del pino.

Y en lo alto de las almenas del palacio se oye el primer graznido del buho, monótono, intermitente, lúgubre....

Es la hora en que *Coatlicue*, á la vista del pueblo, descorre las cortinas del camarin; penetra en el estrecho ámbito de aquel santuario, queda oculta á la mirada de los profanos, se dirige al altar, levanta la piedra que lo cubre, toma en sus brazos un niño que acaba de nacer, é impía é inexorable, lo viste con verde vestidura de plumas de colibrí; coloca en su brazo izquierdo una rodela de oro, y en la mano derecha una lanza azul; en la frente un penacho de plumas de la misma ave, y la cara y el cuerpo están horriblemente rayados. No ha pasado un minuto en esta operacion. La cortina se levanta, y *Coatlicue* aparece ante el pueblo, con el dios en los brazos.

El pueblo prorumpe en estrepitosa y unánime exclamacion; llama á aquel extraño sér con el nombre de *Huitzilopochtli*, porque parecia un colibrí siniestro.[1]

1. Larrea, Crónica de Michoacan, Cap. VI.

Aunque algunos historiadores suponen que el *Coatepec* en que se operó el milagro está situado cerca de Tula, lo cierto es que la tradicion refiere que ántes de llegar los *azteca* á aquella antigua ciudad de los tolteca, ya llevaban su ídolo *Huitzilopochtli*. Con el nombre de *Coatepec* hay muchos pueblos en distintas regiones del territorio que hoy es República Mexicana; y no

En estos momentos *Guandmeti* da órden de que conduzcan á las víctimas, órden que escucha el pueblo con indecible alegría; pero el heraldo vuelve y anuncia que los prisioneros han huido, dejando en la puerta de la gruta cuatro flechas en señal de declaracion de guerra.

La muchedumbre se dispersa en todos sentidos, prorumpiendo en imprecaciones de cólera.

El sacerdote levanta los brazos hácia el cielo, no sabemos si presa de la desesperacion, ó dando gracias por haberse salvado *Tecáxin.*

Coatlicue baja las gradas del templo, llevando en sus brazos al niño. Un hombre, el guerrero *azteca*, quiere arrebatarle la preciosa carga, pero ella huye rápidamente á su palacio; penetra en las galerías, sube á la almena más alta, é implacable como el genio del mal, se precipita con su víctima al fondo de la hondonada.

Puhcur-tzurúan y *Tecáxin*, que en esos momentos se embarcan, seguidos de los veinte guerreros *purépecha*, con horrible ansiedad esperan la llegada del capitan *azteca*, que habia ofrecido entregar al niño en cambio de su madre. De repente oyen el ruido de un cuerpo que cae en el agua, y que desaparece en el fondo. Observan, sin embargo, que hay algo que sobrenada, acaso una ave, cuyas plumas abundantes no le permiten sumergirse. Un débil grito se escucha; al oir aquel gemido se apodera del objeto el caudillo, y exclama:

—¡Es un niño!

—¡Es mi hijo! grita *Tecáxin*, llevándolo á su seno.

Al prorrumpirse estos dos gritos, el cuerpo de una mujer aparece en la superficie del agua; hace inauditos esfuerzos para desligarse de cien culebras que se enroscan en sus gallardas formas. Inútilmente; cada vez más aumenta el número de los reptiles hasta cubrirla por completo, hasta que exhala el último aliento, como si fueran la negra mortaja de aquel cadáver.... que otra vez baja lentamente al fondo del remanso.

---

se olvide que los antiguos daban tambien el nombre de *Coatepec* á lo que los tarascos llaman actualmente Acuitzio. En apoyo de esta opinion, puede verse lo que dice el Sr. Chavero, refiriendo la misma leyenda, en el tomo I de "*México á través de los siglos*," páginas 468 y 469.

Entretanto, la rápida embarcacion ha desaparecido, perdiéndose en la oscuridad.

Todo queda en silencio.

Mas de repente se deja oir allá á lo léjos el sonido alegre y melodioso de una flauta....

CAPÍTULO V.

Tariyaran, sumo sacerdote y cacique de Tzintzúntzan.—Alianza con los sacerdotes de Cuerápperi.—Castigo enviado por la diosa.—Marchan las tribus á ocupar las cuatro fronteras.—Nombres de las cuatro estrellas de la constelacion del Sur.—Curátame, rey de los purépecha.—Descripcion del lago de Pátzcuaro.—El pescador de Xarácuaro.—Primera parte de la leyenda de Pątzimba.

ERA sumo sacerdote de la diosa Xharátanga, el príncipe *Tariyaran*,[1] jefe de los de su ralea, llamados *huarítiecha*,[2] y ejercia el poder temporal en *Tzintzúntzan*.

Este pontífice máximo habia buscado la alianza de los conquistadores guanáxeos previendo que llegarian á dominar el país, y enviaba á sus subalternos á llevar ofrendas á *Cuerápperi*, invitando á los sacerdotes de ésta á que fuesen á visitar á *Xhardtanga*.

Verificóse la reunion con motivo de una gran fiesta; y *Tariyarán* obsequió con espléndido banquete á los cuatro grandes sacerdotes de *Cuerápperi*, que aceptaron la invitacion y que habian llevado de *Yaguaro*[3] leña é incienso para encender en el altar de la diosa.

Estaba adornada la efigie de esta divinidad con sartas de

1. Lugar donde hace viento.

2. *Guarítiecha*, las mujeres. Acaso estos sacerdotes consagrados á la luna, usarian trajes de mujer.—"Vatarecha," dice la *Relacion*.

3. Lugar del metate.

colorines y de frijoles de varios colores y ornada su frente con una guirnalda hecha de espigas de maíz.

Los ministros de *Cuerápperi*, ó en medio de la embriaguez ó seducidos por los regalos de *Tariyaran*, adoraron al número extranjero.

La diosa *Cuerápperi*, encendida en ira, preparó desde los cielos un castigo tremendo á los apóstatas.[1]

Envió sobre ellos los horrorosos efectos que produce la embriaguez del vino; pero los sacerdotes, recobrando un poco la razon, rogaron á dos de las hermanas de *Tariyaran* que les sirviesen algo de comer.

Recorrieron las dos mujeres las riberas del lago sin encontrar pesca en ninguna parte, hasta que en el punto llamado *Nocutzepo*,[2] encontraron una culebra (una anguila) y volvieron con ella á *Tzintzúntzan*, diciendo á los sacerdotes que aquello era tambien pescado y que servia para curar la embriaguez.

Pusieron la anguila en el fuego, y, luego que estuvo chamuscada, la dividieron en pequeños trozos y la dieron á comer á los sacerdotes.

No bien hubieron gustado tan insólito alimento, cuando se sintieron convertidos en culebras, y arrojándose al lago, caminaron con mucha rapidez haciendo espuma hasta llegar á un punto de la ribera que se llamó desde entónces *Cahuícharo*.[3]

Mas habiendo recobrado su forma primitiva los sacerdotes de *Cuerápperi*, dijeron á las tribus, que habian estado hablando con los dioses de las cuatro partes del mundo, y que la

1. La *Relacion* dice que "esto desplació á la diosa."

2. Valle cenagoso.

3. "Y iban echando espuma hácia arriba y haciendo olas hácia donde estaban los chichimecas," dice la *Relacion*.

¿Quién no ve en esa descripcion la marcha de una canoa en el agua, los remos que convierten en espuma el agua que desalojan y las olas que hace el surco detrás de la embarcacion? Acaso aquella fué la primera vez, despues de muchísimos años, en que una parte de los tarascos, los que vivian en el fondo de la Sierra, vieron las embarcaciones. Ebrios todavía, creyeron que ellos formaban parte de las angostas piraguas y que éstas eran serpientes. El punto adonde llegaron se llamó despues *Cahuícharo*, que significa lugar de borrachos, ó lugar donde se emborracharon. Este último nombre está bárbaramente ortografiado en el original, pero de la misma narracion se desprende que nosotros lo hemos escrito con el término que es más inteligible.

extraña metamórfosis que acababan de presenciar no habia sido más que un agüero; y en nombre de la divinidad ordenaron á los tarascos que, siendo águilas (*guacúsecha*), como eran, se dividiesen en cuatro partidas, cada una con su jefe, su ejército y sus familias, y marchasen á conquistar tierras y á buscar su asiento, quedando solamente á orillas del lago el *Iré*, descendiente de *Sicuir-Achá*.

En efecto, "se operó inmediatamente un gran movimiento entre las tribus." Tarep-Achá,[1] con los *cutzincha*, se dirigió hácia las fértiles campiñas que tenian su frontera en Guayámeo. Llevaba como númen tutelar á uno de los cuatro dioses de los puntos cardinales del Universo, el llamado Huréndacua,[2] y llevando su camino por *Uricho*,[3] *Guiramangaro*,[4] *Surumucapio*[5] (que hoy se llama San Angel) y Uruápan, fué luego á establecer su capital en los deliciosos bosques de *Quirínguaro*.[6]

La tribu de los *mariches* ó *marichecha*, con su rey *Maricuri*[7] á la cabeza y conduciendo á otro de los cuatro dioses del cielo, *Tirep-Queri* (el gran proveedor), se extendió por la Sierra de *Pichátaro*,[8] *Sevina* (Sigüínan),[9] *Pumacuaran*,[10] *Charápan*[11] y *Tzirosto*.[12]

Hácia las fecundas tierras de *Xhacúnan* (hoy Jacona) y teniendo su límite oriental en Tzacapu, se dirigió el orgulloso

1. *Tarep-Achá*, significa "el señor anciano."
2. *Huréndacua*, la enseñanza ó la sabiduría.
3. *Uricho*, de *úricha*, los fabricantes, manufactureros ó artesanos.
4. *Güiramangaro*, de *Güiramu*, laja, y *angaru*, parada.
5. *Surumucápio*, lugar donde hay espinas.
6. La *Relacion* llama frecuentemente *Curíncuaro* á esta poblacion, y nosotros la llamarémos tambien así para no confundirla con la otra inmediata á Huiramba, que tiene el mismo nombre; si bien á esta última suele la *Relacion* citarla, diciendo *Quirínguaro Átzicurin*, que significa "Quirínguaro, la que está arriba."
7. *Maricuri*, el afeminado ó el que usa adornos de mujer.
8. *Pichátaro*, lugar abierto entre el pajonal. Lugar de reverencia, dice Lejarza. "Pchátaro, lugar donde fabrican clavos de madera para techar," en opinion de algunos.
9. *Sihuinan*, lugar de remolinos.
10. *Pumucuaran*, lugar de una especie de palma.
11. *Charápan*, loma colorada.
12. *Tzirosto*, lugar desde donde se ve neblina ó humareda.

jefe de los *tecos* (*téquecha*), el indomable *Ipínchuani*,[1] llevando al dios que es entre los cuatro el rubicundo y cintilante *Tirép-Chardpiti* (el provedor rojo).

Por último, el rey *Tarep-Úcaran*,[2] con familias de las cuatro primitivas tribus, se encaminó hácia el Oriente, tocando en *Irámucu*, dirigiéndose luego á *Yurirhapúndaro*, á *Araró*, *Zinapécuaro*, *Tímbineo* y *Enandio*. Era su númen tutelar el astro que se ve más cercano al medio de la constelacion, y era llamado Tirep-Terúpten.[3] Todos estos dioses que se han contado eran hermanos de *Curicaveri*, dice la Relacion.[4] Recuérdese que la tradicion dice que eran las cuatro estrellas de la Cruz del Sur en donde reside *Cuerdpperi*.

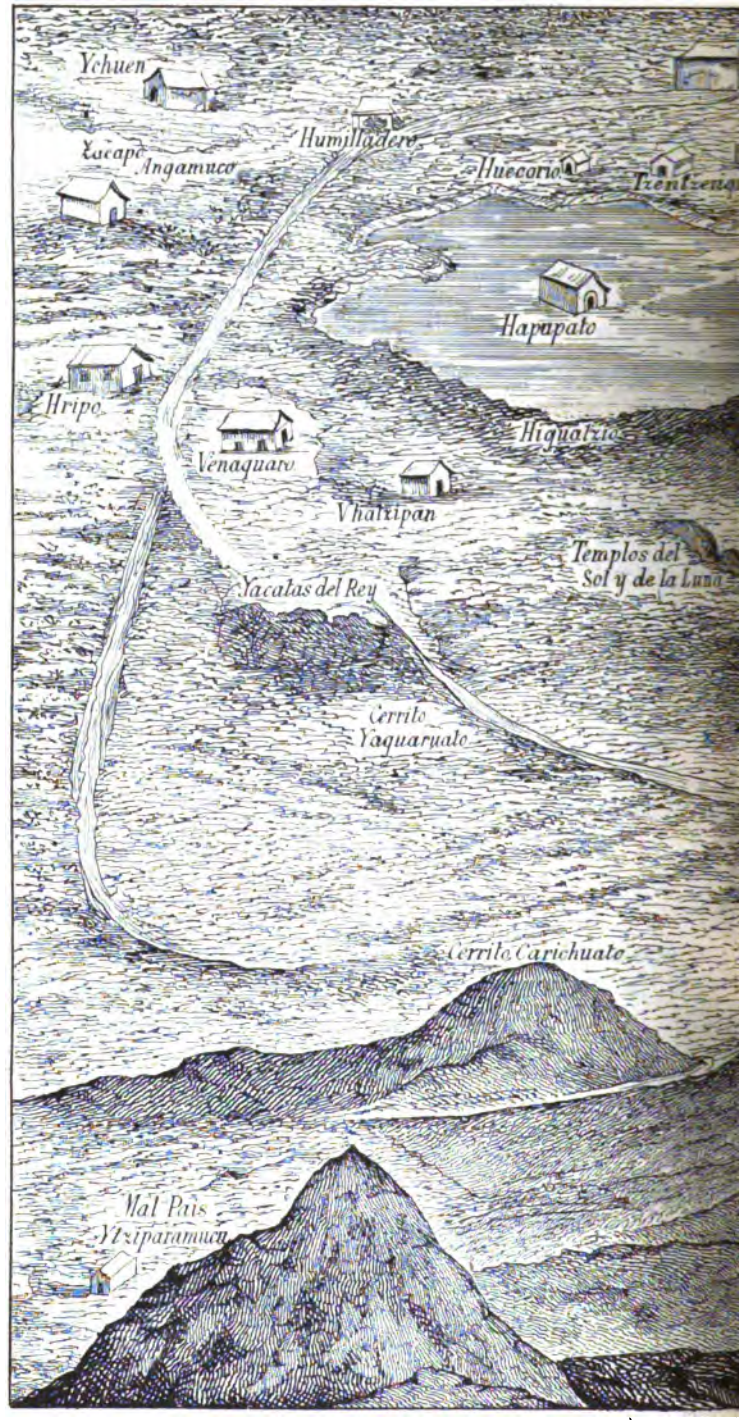
El descendiente directo de *Sicuir-Achá*, á quien llamarémos *Curátame*,[5] y que por entónces reinaba en aquella tribu, vino con *Cuerápperi* á situarse junto al lago de Pátzcuaro, hácia donde hoy está Santa Fe, extendiéndose hasta el cerro de *Taré-queri*, cerca de *Tzintzúntzan* de un lado, y del otro haciendo sus correrías por los bosques de *Zinziro* y de *Napízaro*.

Así se cumplieron los pronósticos de los sacerdotes. Los *purépecha* harian con el tiempo de *Tzintzúntzan* la ciudad imperial, suprema residencia de *Cuerdpperi*. El sol y la luna eran sus mediadores con los hombres. En los puntos cardinales del reino guardaban sus puestos los cuatro astros de la constelacion del Sur.

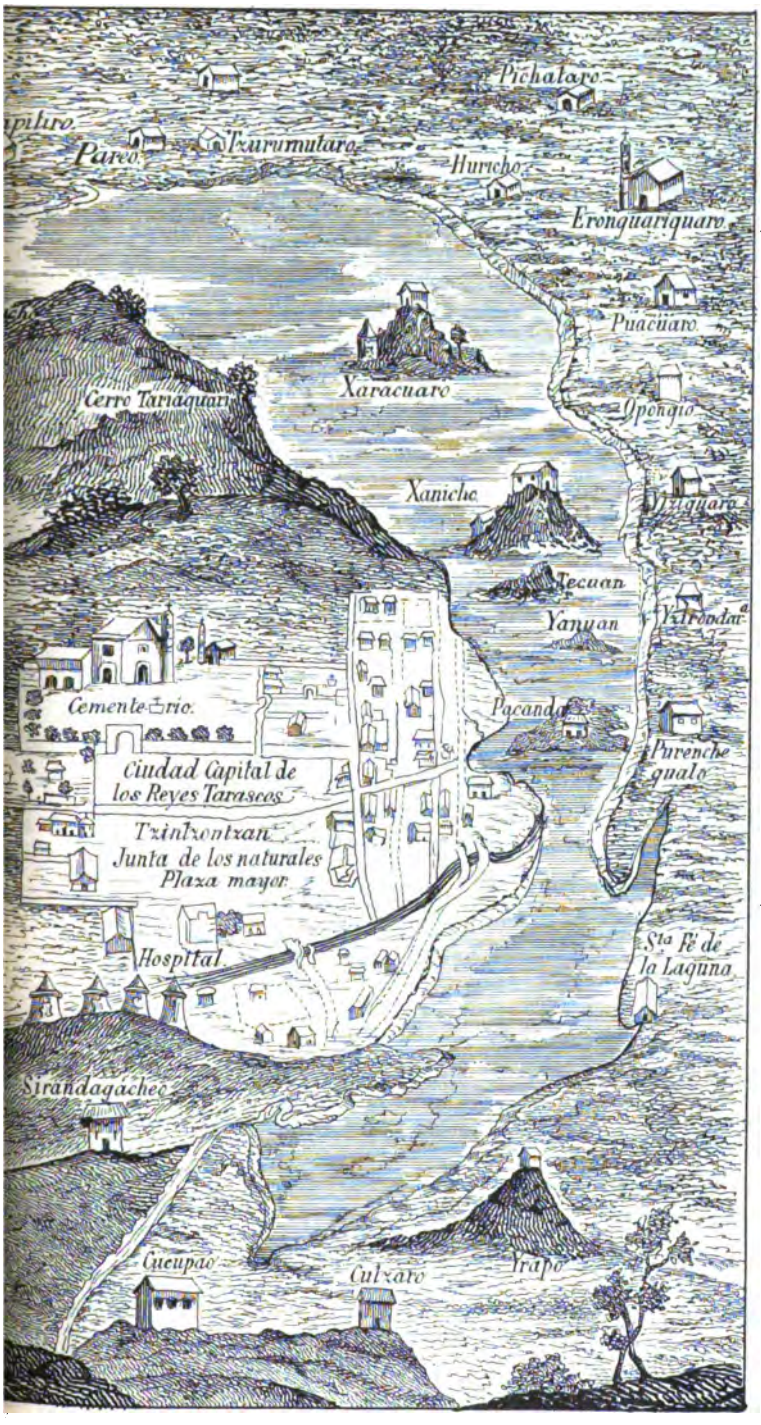
Un dia que Curátame se habia alejado de su campamento en persecucion de la caza, llegó á unas altas rocas què se levantan en la ribera del lago.

¡Hermoso fué el panorama que se ofreció á su vista enajenada!

1. El del cuello delgado.
2. El jefe de los ancianos.
3. El proveedor de en medio.
4. *Relacion*, páginas 140 y 141.
5. *Curátame*, el explorador. La *Relacion* lo llama *Vapeani*, *Guappani*, que significa *el hijo*; mas desde luego se comprende no ser éste su nombre propio; y en efecto, la tradicion le da el de *Curátame*.



LAGO DE PATZCUARO EN LOS DIAS DE L



ONQUISTA (de la Crónica de Beaumont.)

Enfrente, como un inmenso ánade de blanco plumaje, parecia flotar sobre las aguas la graciosa isla de *Jarácuaro*.

A lo léjos, se destacaba apénas la extensa de *Pacanda*, entónces cubierta de árboles frondosos y salpicada de cabañas. Parecia un fantástico jardin mecido por las olas.

Hácia la mitad de la espumosa superficie, erguia su frente la colina en que trepan cien pintorescas y atrevidas chozas de pescadores. De lo alto del cerro se deslizaban con gracia grupos de floridas lianas que, vistas desde las playas, semejaban suaves cadejos de la flor del elote. Ese pueblo era *Janicho*.[1]

Los arrecifes que se llaman *Yunuan* y *Tecuén*, parecian dos gigantes caminando fatigados sobre el profundo lecho del lago.

Las olas se estrellan en ellos, como atajando su marcha.

Y vecina al punto más florido de la playa, frente á ese canastillo de flores que se llama *Güecorio*, se levanta una pequeña eminencia construida por la mano del hombre y cubierta de vegetación. Es fama que los primitivos habitantes de aquellos pueblos se reunian en asamblea al toque de una colosal campana de granito que estaba suspendida á la orilla del lago, en un punto que por lo mismo se llamó *Tzentzénguaro*, y que venia á sonar con un martillo de oro el genio de un lucero de singular belleza, protector de aquel pueblo. Cuentan que para cumplir su tarea extendia el vuelo desde el lejano *Higuatzio*, del otro lado del lago, y que un dia, falto de fuerza ó perdiendo el equilibrio, cayó en el sitio en que hoy se halla *Güecorio*,[2] cubriéndolo de flores y perfumes.

Los habitantes construyeron entónces la pequeña colina para que el genio pudiese descansar.[3]

La roca desde donde *Curátame* contemplaba el mágico pai-

1. *Janicho* significa flor de elote: otra etimología es "lugar donde cae agua al pié."

2. Lugar de la caida significa en tarasco. Ya que la tradicion nos habla de la caida de una estrella en aquel lugar, suponemos que se trata de la caida de un aerólito, verificada allí en remoto tiempo.

3. Esta pequeña isla se llama *Apúpato*, que puede venir de *apupio*, que significa *chayote*, y entónces será cerro del chayote ó de *apúpata*, que significa pinole.

saje, recibió desde entónces el expresivo nombre de Erónga-ricuaro.[1]

Despues de espaciar su mirada por largo tiempo sobre la extension de aquel lago circundado de montañas azules, *Curátame* se alejó de la playa: iba ya oculto entre los enhiestos pinos, cuando observó que de entre el tupido campo de espadañas salia una pequeña embarcacion que ganaba á todo remo la superficie líquida, dirigiéndose á *Jarácuaro*. Iba tripulada por un anciano pescador y por una jóven hermosa. Era ésta una niña de quince años, flexible como el tallo de un lirio, destacándose su elegante cuerpo, porque iba de pié en la proa de la ligera embarcacion. El viento hacia flotar sobre su negra cabellera dos blancas plumas de garza, y sus ojos, bañados de luz, parecian oscuros abismos iluminados por el brillo refulgente de dos nítidos luceros.

Curátame vaciló un momento si volveria sobre sus pasos; mas concibiendo un proyecto que le pareció acertado, procuró ocultarse por completo á la vista de los que tripulaban la piragua.

1. Significa "lugar de atalaya," de *Erónganicua*, atalaya, y el sufijo *ro*, partícula locativa.

Acaso por eufonía, los tarascos cambian la terminacion *ro* en *aro*, como sucede en *Zináparo*, en que *Zinapu* pierde la *u* final, y *Napízaro*, de *napiz*, bellota, y *aro* lugar de; pero esto es en muy pocos nombres, pues la regla general es que la terminacion es en *ro*. Así se asienta en los "Anales del Museo Michoacano," página 74 del tomo I, no obstante que en el tomo II página 153, dando la etimología de *Erónganicuaro*, se dice "que está compuesto de *erópani*, aguardar; *gari*, partícula que significa el rostro, haz ó cara de algo, y aquí se refiere á los ojos, y KUARO, partícula que denota lugar en donde."

Difícilmente puede contruirse la palabra que nos ocupa con estos elementos.

Nosotros la componemos así: *Eró*, raíz del verbo *eroni* ó *erani*, que significa *mirar*, y *ngari*, que es el rostro ó la cara, forman el sustantivo verbal *erónganicua* (la terminacion *cua* indica siempre que el sustantivo es derivado de un verbo), que no significa otra cosa que *atalaya*, y para denotar la locacion del acto agregamos la partícula *ro*, segun la regla general.

Ahora bien, de *eró* y *ngari* sale el verbo *erónganini*, muy usado, que significa espaciar la vista. El *erópani* de los "Anales del Museo de Michoacan" no significa "aguardar." sino *ir mirando*.

A propósito de las terminaciones de nombres de pueblos en *Michoacan*, el

Curátame, como todos los de su raza, no sacrificó su empresa á los ardores de la impaciencia que lo devoraba. Aguardó varios dias; y una mañana, mucho ántes de que la ténue gasa de la aurora comenzase á iluminar el horizonte, se dirigió, seguido de algunos guerreros, á las abruptas rocas de *Eróngaricuaro*. Permaneció allí oculto, y ya alto el sol, vió acercarse á la orilla la piragua conocida. ¡Ah! no estaba en ella la dulce vision que habia hecho latir las fibras de su pecho! Ocupábala sólo el pescador, y cuando estuvo ya casi tocando la arena de la playa, dijo *Curátame* á sus guerreros:

—Vamos, ya es hora.

Y apartando las tupidas ramas de los árboles que les estorbaban el paso, salieron precipitadamente á la orilla. Quiso el pescador huir, pero los tarascos armaron sus arcos y se dispusieron á tirar sobre él.

—Isleño, ¿qué andas haciendo?—preguntó *Curátame* al pescador, tan luego como éste hubo detenido su barca.

—Bien lo veis. Me entretengo en andar pescando.

—Dinos cómo se llama la isla que tenemos delante.

Sr. general Riva Palacio, en su tomo del "México á través de los siglos," dice que la terminacion *eo* (como *Guayángareo*) indica poblacion pequeña; la terminacion *aro* denota lugar (*Queréndaro*, lugar de paredones); la terminacion *an* aplicada á pueblo, parece indicar capital de reino ó *señorío* (*Tzintzúntzan*, *Naránxhan*, *Xacúnan*, *Michámacuan*), y la terminacion *io* ó *iro* indica ranchería (*Nurio*, *Zinziro*).

Los ejemplos puestos entre paréntesis, tomados de nombres de poblaciones ó señoríos, segun la importancia ó estado que tenian ántes de la conquista, parecen fundar la opinion del Sr. Riva Palacio y demuestran su genio observador. Además de este fundamento histórico, cuentan en su apoyo con la filología: en efecto, la partícula *an* denota superioridad, y así el cerro de Paracho llamado *Taré-Tzuruan*, significa el anciano más alto; *can hurénasti*, significa *mucho sabe*.

La terminacion *eo* es corrupcion de *io*, y lo indios puros pronuncian *Guayángario*, en vez de *Guayángareo*. Y que *io* ó *iro*, significan una casa ó una ranchería, lo hallamos en la Gramática de Lagunas.

Y por último, *ro* significa, como lo saben todos los que hablan tarasco, *lugar en qué*, ó *lugar donde*. No es fuera de caso decir que en muchos pueblos, el dialecto puro hace la terminacion en *ru* en vez de *ro*.

No parece desacertada la opinion de los que creen que la terminacion *an* es sincopada de *harán*, que significa *haber;* y así *Tzintzúntzan* significaria donde hay colibríes; *Cupuan*, donde hay *ciruelas*, etc.

—Vosotros la llamais *Xarácuaro*[1] en vuestra lèngua, y nosotros la denominamos *Huarútaten-hátzicurin*.[2]

—¿Cómo dices "en nuestra lengua"? ¿pues no hablamos el mismo idioma?

—Así es;—dijo el pescador—pero vosotros sois serranos y cambiais muchas palabras.[3]

—Vosotros y nosotros somos todos de una misma familia. ¿Por qué nos desconfias?

—Temia que me flecháseis; pero oyéndoos hablar se ha disipado mi temor.

—Entónces, acércate y dime ¿quién es el rey de esa isla?

—Se llama *Curícaten Indé-Taré*,[4] dijo el pescador saltando á tierra.

—Y aquella otra isla que divisamos allá ¿cómo se llama?

—Nuestros antepasados la llamaron primero *Tiripit-hántan*, porque cuando llegaron á ella estaba cubierta de brillante arena amarilla. Llamáronla tambien *Guáppecha-átzicurin*, porque en aquella altura y cubriendo los sepulcros con la arena amarilla, enterraban los cadáveres de sus pequeños hijos. Despues se llamó *Pacanda*, porque por mucho tiempo se dejó inhabitada, si bien ahora la veis cubierta de casas y arboledas, y con varios templos.

—Pues ¿qué dioses adoran allí?

—Allí dan culto á la diosa *Churítepeme*,[5] que vigila el mundo durante la noche, y á la diosa *guangax-irécha*,[6] que habita

1. Jarácuaro, de *Xharacua*, lo que se presenta, lo que se ofrece á la vista.

2. Significa altura que parece estar embarrada de nejayo.

3. Hé aquí comprobada desde aquellos primitivos tiempos la existencia de los diversos dialectos, y más que todo la importante circunstancia de que los *purépecha*, al inmigrar en estas tierras, hallaron pueblos anteriores que hablaban su propio idioma.

4. Indé Taré significa *ese anciano*. La frase es de respeto y pudiera traducirse "el anciano señor, el señor por excelencia." *Curícaten*, el que está quemado ó tostado por el sol. Acaso indica esto que descendia del sol.

5. Se habrá notado que la terminacion *peme* parece indicar la idea de la divinidad: *Chúriti* de *churi* ó de *chúricua*, que significa *la noche*.

6. *Guangáx* "la piña del pino."

Esta diosa es la misma *Xharátanga*, y su hijo el llamado *Mano* (Mahco) *Guappa*, el único hijo. Tal vez el lucero de semblante bermejo, ó la dulce estrella de la tarde.—Guangax-írecha es la reina ó la señora de los bosques.

el fondo de los bosques de pinos, y al hijo de aquella, por lo que le decimos *ca imax huápperi.* Y el actual señor de la isla se llama *Zuangua.*[1] Sus moradores llevan el nombre de *Urén-detiecha,* ó sea, los que enseñan.

—Y vosotros, los de Jarácuaro, ¿qué dioses adorais?

—El principal de nuestros dioses se llama *Acuitzcatáppeme,* ó sea el que siembra culebras, y su esposa es *Punip-Cuxhá-reti,* la que sopla el fuego.

—Todo lo que me dices confirma más mi opinion de que los primitivos pobladores del archipiélago que tenemos á la vista, pertenecen á nuestra propia raza y profesan una religion parecida á la nuestra.

—Somos, pues, de una misma sangre.

Acercándose los tarascos al pescador, observaron el fondo de la canoa lleno de cierto género de animales.

—¿Qué es esto? dijeron

—Son pescados, señores; los hay de cinco clases en la laguna, que son: *acúmaras, urápetis, tirhus, cuerépos* y *chararis* ó *chéguas.*

—¿Y cómo los cogeis?

—De noche pesco con red, y por eso me llaman *huaruri,* y de dia con anzuelo, y entónces me dicen *tarámuti.*

—¿Y esos pescados sirven para comer?

—Para eso son, señor, y si gustais, probaréis de estas *acúmaras* que podemos asar en el acto y que son los más sabrosos peces.

—Nosotros te obsequiarémos tambien con los animales que cazamos: tenemos conejos, *cuiniques,*[2] codornices y palomas.

Encendieron lumbre los *purépecha,* frotando dos trozos de madera, y se prepararon á disfrutar de aquel frugal almuerzo. La *checata*[3] de los serranos sazonó alegremente la comida y animó la conversacion.

Cuando ya reinaban la expansion y la cordialidad entre todos los comensales, Curátame preguntó al pescador:

—¿Cuál es tu nombre, isleño?

1. El valiente, el esforzado.
2. Cierta especie de ardillas muy pequeñas.
3. Aguardiente de caña de maíz.

—Me llaman *Curíparan.*[1]

—¿Y tu hija?..... interrogó Curátame, llegando al punto objetivo de la conversacion.

—Yo no tengo hija,—respondió el pescador lleno de sobresalto y buscando con sus ojos la piragua, como si temiese que se la hubieran ocultado.

—¿Cómo lo niegas? tu misma turbacion te está vendiendo.

—"Señores, no he engendrado hijos, que soy viejo y mi mujer mañera."[2]

—No lo niegues, *Curíparan,*—añadió el caudillo.—Yo mismo la he visto en tu piragua no há muchos dias. Nada temas; tu hija será mi esposa, y como nuestra gran Divinidad *Cuerápperi* nos tiene ofrecido el señorío de los pueblos de las islas y el de los que se ocultan en la Sierra, tu hija será la reina de este imperio. Sus súbditos caminarán sobre la tierra ó surcarán la laguna á una sola palabra de sus labios.

—Pero si *Patzimba*[3] es tan niña!—dijo el isleño, en cuyo corazon no cabia el gozo de considerarse padre de una reina.

—¿Cómo dices que se llama? ¿Qué edad tiene?

—La niña apénas cuenta quince años: en la luna pasada sus compañeras la llamaron por la primera vez *Yurítzquiri,*[4] y el blanco velo de la mujer no cubre aún sus hombros.

—*¡Patzimba!* dulce y propio es su nombre, porque su talle gentil es el tallo de un lirio, es la caña mecida por el viento. Guarda un profundo secreto, anciano, acerca de nuestra entrevista, y pasado mañana, al romper el dia, aquí esperaré impaciente que llegues con la princesa *Patzimba.* No faltes á la cita.

Curíparan saltó á su piragua y los fáciles remos fueron vertiendo perlas sobre la superficie del lago.

---

1. Quemado de la espalda. Los dos nombres *Curícaten* y *Curíparan,* en que en ambos hay la idea de estar quemados, han de haber sido alguna señal distintiva del culto de los habitantes de Jarácuaro.

2. Palabras textuales de la Relacion: la palabra mañera viene de mañería, que significa esterilidad.

3. *Patzimba* de *patzimu,* tule ó espadaña.

4. Doncella, de *yuriri,* "sangre."

Los guerreros pasaron el dia siguiente en los bosques, cazando toda suerte de animales, ora para que las pieles de unos ó las plumas de los otros pudiesen formar un regalo digno, ora para preparar á su rey, á *Curíparan* y á la bella *Patzimba*, un banquete decoroso.

Curátame, por su parte, no permaneció ocioso. En la liga que puso en diversos árboles cercanos á las fuentes, quedaron presos muchos colibríes, en cuyas alas, que parecen de finísimo metal, se deshacen los rayos del sol. Cogió tambien varios cardenales de color de púrpura y algunas bulliciosas *tzïponchas* de collares de oro, y encerradas todas estas aves en delicada jaula de mimbres, pensó en la niña de esbelto talle y ojos negros.

Entusiasmados en la cacería, habíanse alejado los *purépecha* á larga distancia de la laguna. Cogióles la noche, y aunque emprendieron su regreso en las primeras horas de la mañana, no llegaron á las colinas que dominan el lago, sino cuando el sol se hallaba sobre el horizonte.

Largo rato hacia que *Curíparan* y su hija esperaban á los guerreros.

Notábase en el semblante de la niña cierto aire de curiosidad mezclado de turbacion. Impuesta por el padre del objeto de aquel viaje, no sabia si felicitarse por un porvenir risueño ó temer horas amargas. A tan corta edad no podemos decir que el pudor fuese la causa de aquellos sentimientos: la niña sólo pensaba en la ausencia de sus padres, y sin embargo, su corazon de mujer hacíala desear la presencia del caudillo temible que se le destinaba como esposo.

—¡Cuánto tardan, padre!—dijo *Patzimba*.

—Estarán ocupados en la caza; pero pronto los verémos llegar.

—Acaso nos habrán engañado: acaso se habrán olvidado de que tendrias que traerme á tu lado.

—No sé, hija; esperemos un poco, y si cuando el sol bañe toda la superficie del lago no los vemos aparecer, entrarémos en la canoa y remarémos hácia la isla.

—¡Y qué dirá entónces mi madre!—exclamó la jóven sintiéndose herida en su vanidad y avergonzada ante los ojos de otra mujer, aunque ésta fuese su misma madre.

—Dirémos á *Hapunda*[1] que nos entretuvimos pescando, y que cuando llegamos á la orilla ya se habian ido los *purépecha*, cansados de esperar.

Curátame y sus guerreros habian llegado á lo alto de las colinas próximas á *Eróngaricuaro*, desde donde se contempla toda la superficie del lago en la parte en que se levanta la blanca isla de Jarácuaro. Ninguna piragua aparecia en las desiertas olas. Las bandadas de patos se mecian tranquilamente sobre aquel terso espejo y las garzas atravesaban en distintas direcciones con su vuelo tardío. Todo indicaba que ningun sér humano habia turbado en la mañana el silencio de aquella parte del lago.

—No viene el pescador,—dijo *Curátame* á uno de sus guerreros;—ya era hora de que viésemos venir bogando la piragua.

—No viene, señor: el isleño te ha engañado.

—Estará ya esperándonos en la orilla,—interrumpió otro de los guerreros.

—Nada indica que así sea,—repuso el rey.—La laguna está tranquila y las aves que la pueblan no han sido alarmadas esta mañana por la presencia de ninguna piragua.

—Acaso hayan sacado la embarcacion á la ribera. ¿No ves que el espeso bosque que se interpone entre nosotros y la playa puede ocultar á nuestra vista al pescador y á su hija?

—No te falta razon: vamos á la orilla.

Al llegar encontraron sentados al pescador y á su hija. Saliendo aquel al encuentro del jefe, saludólo y le dijo:

—Largo rato hace que la hija de Hapunda y yo estamos esperando. Ya temia que me hubieses engañado.

—¿Cómo os habia de engañar? Desde la salida del sol estábamos de atalaya en las lomas de Eróngaricuaro: la laguna estaba solitaria.

—Llegamos aquí muy temprano para que nadie en la isla pudiese apercibirse de nuestro embarque.

—Habeis hecho bien; yo mismo te encargué la reserva. ¿Y tu hija?

1. Significa laguna. Recuérdese la leyenda de Itzí Guazí en el Perú.

—Héla allí.

Patzimba, que no habia perdido nada de la conversacion y que disculpaba en el interior de su pecho la tardanza del guerrero, se acercó entónces, hizo una imperceptible reverencia al rey, bajó los radiantes ojos, y su faz se cubrió con los carminados tintes de la *carne de doncella.*[1]

—Ya ves,—continuó diciendo *Curíparan*,—mi hija es muy pequeña.

—Pero llegará á ser una gran reina, educándose á nuestro lado.—Y volviendo luego hácia la doncella:

—*Patzimba*,—le dijo,—¿deseas tú regresar al lado de tus padres?

—Señor, tú mandas: yo seré tu esclava:—y dirigiendo la palabra á su padre, agregó:—Si preguntaren por mí en la isla, dí que habiamos salido á descansar un poco á la sombra de los árboles de la orilla, y que en ese momento nos sorprendieron los *purépecha* y se apoderaron de mí para sacrificarme á sus dioses.

Al decir esto *Patzimba*, clavó su mirada en los ojos de *Curátame*, y algo como la brillante luz del relámpago cruzó el espacio que los separaba. El corazon del caudillo latia con tal violencia, que parecia querer escaparse de su pecho: el semblante de la niña se puso intensamente pálido.

Curíparan sintió que dos lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas, hizo un saludo reverente y..... á pocos momentos sus remos se agitaban pesados, como si el agua del lago se hubiese convertido en una balsa de plomo.

¡Dulcísimas son las horas de la siesta!

Una perezosa brisa sacudia las frondas de los pinos: la huilota entonaba su melancólico canto, oculta entre el follaje, y los guerreros *purépecha* se habian retirado respetuosamente á una larga distancia de su jefe y dormian á la sombra de corpulentas encinas.

1. Así llaman comunmente en Michoacan á la flor de la begonia. Los tarascos le dicen *Querend-tzitziqui*, "flor de las peñas."

CAPÍTULO VI.

Descubren los sacerdotes de Jarácuaro el paradero de Patzímba.—Envian un mensajero á Curátame.—Aceptan éste y su hermano la invitacion de trasladarse á la isla.—Quirínguaro.—Rivalidad de este pueblo con el de los purépecha.—Regreso de Curátame y su hermano á la tierra firme.—Fundacion de Pátzcuaro.—Primera guerra entre los de Quirínguaro y los purépecha.—Concluye la leyenda de Patzimba.—El trono vacante.

DIEZ meses despues de estos sucesos,[1] los sacerdotes de la isla de *Jarácuaro*, reunidos en el templo mayor, hicieron ir á su presencia á *Curíparan-Achá.*[2]

—Hermano—le dijeron—¿por qué entregaste tu hija á los *purépecha?*

—No es cierto, padres mios—les respondió;—¿para qué se la habia de entregar?

—No nos engañes; ella mora á su lado.

—No miento: no se la entregué, y voy á deciros la verdad. Pescaba yo una mañana con anzuelo; mi hija iba remando; mas como el lago estaba tan tranquilo, los peces no aparecian en la superficie y el dia iba caminando. Era la hora en que nuestro padre el sol declina hácia la parte del cielo que se llama *Inchácuaro* (el Poniente), cuando noté que mi hija es-

1. Conjeturamos que los sucesos que vamos refiriendo coincidieron con la fundacion de México, supuesta la salida de los azteca de Michoacan y su peregrinacion hasta llegar á Anáhuac.

2. La Relacion lo llama así en esta parte de la historia, añadiendo á su nombre la terminacion *achá*, que significa *señor*, como indicando que ya el pescador estaba ennoblecido por ser suegro de un rey.

taba muy fatigada: remé hácia la orilla y la conduje al pié de las encinas sagradas de Eróngaricuaro para que durmiese algunas horas. Yo mismo me entregué al sueño; mas de repente desperté sobresaltado al escuchar rumor de muchas gentes, y entónces ví á Patzimba en brazos de los extranjeros que han invadido el país. Confieso que el temor se apoderó de mí, y que en vez de ir á socorrer á mi hija, me lancé á la piragua y oculté mi vergüenza en el seno de mi familia. Allí todos lloramos la muerte de la hija de Hapunda.

—Te equivocas; Patzimba vive.

—¡Cómo! ¿en vez de sacrificarla á sus dioses, la han hecho esclava?

—No finjas por más tiempo, noble Curíparan; tu hija es reina.

El antiguo pescador palideció, temeroso de la cólera del rey y de los sacerdotes de Jarácuaro; pero otro era el sentimiento que embargaba la política de aquellos altos funcionarios del Estado. El sumo sacerdote continuó diciendo:

—Curíparan, mientes; bien sabes que Patzimba es ya madre y que su hijo será rey de los tarascos. Nuestro dios nos ha dicho que será un gran rey.

—¡Loados sean los dioses! Sin embargo, yo vivo ignorante de cuanto decís.

—Oye, pues, lo que tienes de hacer por mandato de nuestros dioses y de nuestro rey. Vé al país en que hoy habitan los *purépecha* y dí á Curátame y á su hermano[1] que pasen á la isla con sus tribus: aquí hallarán mujeres para sus guerreros, pues queremos darles nuestras hijas: los príncipes sucederán á nuestro rey, y entretanto serán los grandes sacerdotes de nuestro dios *Cuángari-xhangdtin.*[2]

Lleno de gozo partió Curíparan-Achá, y saltando en tierra, encontró á poco andar á los tarascos. Dió cuenta de su embajada, y miéntras el rey y su Consejo deliberaban sobre la respuesta que habian de dar, corrió el anciano á estrechar

1. *Pahuópame* y *Huápani* los llama la Relacion, es decir, el hijo mayor y el hijo.

2. El precursor del semblante velado. Acaso el lucero, acaso un cometa, precursores del sol.

entre sus brazos á la preciosa Patzimba y á conocer á su nieto.

Entretanto los consejeros de Curátame, deslumbrados con los presentes que habian enviado de la isla, determinaron al rey á dirigirse con su hermano á la Corte de Jarácuaro.

Reunidos á Curíparan, que llegó acompañado de su hija, se embarcaron en una canoa el rey, su hermano, la familia real y unos cuantos señores y guerreros, pues que, precavidos como eran los ancianos de la tribu, creyeron conveniente que la gran masa del pueblo permaneciese en tierra firme.

Al abordar á la isla se les recibió de una manera solemne. Las calles de la ciudad estaban llenas de gente, y de casa á casa corrian largos festones hechos de espadañas y adornados de ninfeas. Antes de que fuesen conducidos al palacio real, los hicieron asistir á un banquete, y en seguida, uno de los sacerdotes, *hauir-pihtzipecha* (peluqueros), les cortó el pelo á usansa del país. En seguida pusieron en sus frentes guirnaldas de piel, tejidas con hilos y adornadas de plumas vistosas; colocaron en su cuello cadenas de oro y piedras preciosas, y los llevaron á presencia del rey.[1]

Cumplióles éste su palabra y los preconizó ante el pueblo como grandes sacerdotes de sus dioses. Habia comprendido *Curícaten* que los belicosos *purépecha*, tarde ó temprano, habian de conquistar la isla, y pensaba impedirlo, ora fuese identificando aquel pueblo con el suyo, ora espiando una oportunidad para deshacerse de sus enemigos.

Entretanto, Patzimba y su madre, la venerable Hapunda, consagraban todo su cuidado y ternura al niño real. Llenaban de flores su cuna y la mecian á la sombra de un frondoso cerezo á la orilla del lago, en donde tenian su cabaña.

Curátame se granjeó bien pronto el cariño de Curícaten y de sus súbditos; respecto de aquel, por su sabiduría en el consejo, y respecto de la masa del pueblo, por su valor, por su destreza en el manejo de las armas, y más que todo, porque

1. Semejante es este traje al que usaban los Incas del Perú. Las guirnaldas de hilo que aún usan los actuales tarascos en algunas de sus fiestas, tienen la borla roja que era el distintivo de los soberanos del Cuzco. La Relacion omite este adorno, pero fácil es que el fraile que la escribia, oyéndola de los labios de "los viejos," no haya creido de importancia expresar este detalle.

logró ser el más hábil y esforzado conductor de una piragua, llegando á no tener rival entre aquellos pescadores que se preciaban de ser los mejores remeros del lago.

Todo era alegría y tranquilidad en la isla.

En la tierra firme los *purépecha* continuaban haciendo sus correrías y extendiendo sus conquistas hácia el Oriente por donde habian peregrinado las familias capitaneadas por Tarép-Úcaran. Tuvieron que sostener terribles luchas con los naturales de Quirínguaro, á cuatro ó cinco leguas de su punto de partida. Quirínguaro habia llegado á ser la capital de un reino cuyos habitantes estaban avezados á la guerra y cuya táctica era las sorpresas y la traicion. Se hallaba situado á inmediaciones de otros lagos que en la estacion de las aguas solian extenderse hasta *Tupátaro*[1] y *Huiramba* y los territorios pertenecientes á *Codpan* y *Acuitzio*.

Los *purépecha*, careciendo de su caudillo, sufrieron algunos reveses y determinaron enviar una embajada á su rey para que regresase entre ellos.

Llegaron á Jarácuaro los embajadores y se quejaron amargamente con Curícaten de que les habia arrebatado sus jefes. Ofrecióles el rey de la isla que pronto estarian los dos hermanos á su lado. Esta respuesta satisfizo á los mensajeros; pero habiendo pasado muchos dias sin que regresasen los caudillos, enviaron desde los campos de Quirínguaro nuevos embajadores, los cuales, apersonándose con el rey de la isla, le dijeron que Cuerápperi reclamaba á sus príncipes, á quienes habia escogido como guardianes, y lo amenazaron con la guerra si no cedia á sus instancias.

Curícaten defirió al fin, dando órden para que saliesen de *Jarácuaro* los dos príncipes y los guerreros que los habian acompañado; pero impidiendo que se llevasen á sus familias, motivo por el cual la hermosa *Patzimba* y su pequeño hijo permanecieron en *Jarácuaro*.

1. Lugar de espadañas.—Estos lugares fueron desecándose con el trascurso de los años hasta quedar reducida el agua á una pequeña extension que se llama aún "Lagunilla." Hoy todo está desecado por la mano del hombre.

No sin una profunda pena abandonaron *Curátame* y su hermano la vida de molicie y de dulce descanso que habian llevado en la isla. Y si bien aquella tranquila existencia habia como afeminado á los dos guerreros, los habia hecho comprender, por otra parte, las ventajas de la civilizacion y las prácticas civiles de un pueblo que por largos años habia disfrutado los beneficios de la paz. Tal enseñanza no podia ménos de ser favorable á sus súbditos.

No marchó desde luego *Curátame* á ponerse al frente de sus huestes, acampadas en las inmediaciones de *Quiríguaro*, sino que deseando verificar su resolucion de abandonar la vida nómada que hasta entónces habia llevado su pueblo, quiso fundar ántes una ciudad, y explorando el terreno, encontró, á una legua de distancia de la laguna un sitio harto pintoresco, desde donde la vista se espaciaba, abarcando una gran superficie del lago, los campos sembrados de maíz de los alrededores y los graciosos caseríos que bordan la playa, y á lo léjos las azules montañas de la cordillera.

Habia allí un oscuro bosque en que se mezclaban los más enhiestos pinos con encinas seculares, que eran testigos mudos de los tiempos en que el hombre aún no habia hollado con sus plantas aquellos sitios misteriosos.

El gorjeo de las aves; el rumor del viento besando el follaje de los árboles; el perfume de las flores; aquel ambiente oxigenado de los pinos que no se cansa el pecho de aspirar; el murmurio simpático de un caudal de agua que brotaba en medio del bosque, todo atrajo la atencion de *Curátame*, y rindiendo tributo á la supersticion, hizo observar á sus súbditos unos grandes peñascos en forma de cimientos, que se levantaban en la colina.

—Mirad—les dijo—estas cuatro rocas, que no son otra cosa que una *petátzecua* (unos cimientos) del templo que habrémos de erigir á *Cuerápperi* y á nuestro padre el sol. Hé aquí que son *cuatro* piedras representando los dioses de las cuatro partes del mundo, que serán los guardianes del tabernáculo.

"Despejad el terreno y fundarémos aquí una ciudad sagrada que se llamará *Petátzecuaro*[1] (lugar de cimientos), y que será el cimiento de nuestro reino y el lugar predilecto de *Cuerápperi*; y en este y no en otro alguno, está la puerta del cielo, por donde suben y descienden los dioses."[2]

Con gritos de júbilo y de religioso entusiasmo depositó allí el pueblo ofrendas de flores y de animales cogidos en la caza. Pusieron manos á la obra, y en unos cuantos dias yacian derribadas las añosas encinas y los encumbrados pinos, en un ancho campo donde comenzó á edificarse el templo. La colina y las floridas laderas se cubrieron de habitaciones, rivalizando entre sí los nobles y los sacerdotes en el adorno de sus casas. El lujo comenzó á apoderarse de los habitantes, y la ciudad presentaba el aspecto de una capital culta y suntuosa.

Tal estado floreciente de las ántes rudas tribus de los *purépecha*, despertó la envidia, á la vez que produjo la alarma entre los vecinos. Los de las islas no veian con buenos ojos el progreso de la nueva ciudad; los de *Quirínguaro*, celosos y ofendidos, enviaron mensajeros con el encargo de pedir á los *purépecha* que remitiesen leña é incienso para los núme-nes de aquel reino, y que se preparasen á la pelea "sobre las espaldas de la tierra, para que desde lo alto los viesen los dioses de las cuatro partes del mundo."

Este desafío no iba dirigido solamente al valor de los ta-

1. Hoy Pátzcuaro por corrupcion de la palabra.

2. En esta parte de la *Relacion* manifiesta su autor anónimo, «que el dios del infierno les enviaba aquellos asientos para los *cues:* que llegaron á la fuente del patio del *señor obispo* que corre en un cerrillo que se hace allí, y vinieron descendiendo hasta la casa que tiene ahora D. Pedro, gobernador de la cibdad de Mechuacan.»—De lo dicho por el escritor anónimo se desprende, que la fuente del Sr. Obispo existia algunos cientos de años ántes de que el Obispo D. Vasco de Quiroga, segun la tradicion que refiere el P. Romero, en su «Estadística del Obispado de Michoacan,» hiciese brotar el agua potable con un golpe de su báculo.

Agrega la *Relacion*, que los dioses llamaron á aquel lugar *Zacapuhamúcutinpasquaro.*

Este vocablo, imposible de pronunciar, es un compuesto de tres palabras: *Tzacapu* (piedra); *hamúcutin* (cerca de la puerta), y *petátzecuaro* (lugar de cimientos).

rascos, sino tambien al poder de sus divinidades, y fué aceptado desde luego.

Suspendiéronse los trabajos de construccion en la ciudad, y todo el pueblo se consagró á proveer de flechas á los guerreros, y de adornos para sus trajes de guerra.

Vistoso era aquel ejército. Los guerreros llevaban casquetes y jubones de lienzo, distinguiéndose los jefes por las plumas de águila que adornaban sus penachos.

Por primera vez llevaban á la guerra estandartes que les servian de punto de reunion y de cierto respeto religioso, estandartes que estaban formados de cañas cubiertas de blancas plumas de garza, brillando á los rayos del sol. Los soldados se adiestraban en pintar su cuerpo de variados colores, y los oficiales hacian ejercicio con sus mazas.

Llegó por fin el dia de marchar al combate.

Desde muy temprano se escapó de lo alto del templo el so-

nido siniestro de los caracoles, y los *guaxhánutiecha* corrian presurosos de tribu en tribu, convocando á los guerreros.

De todas las casas se veian salir generosos mancebos que deseaban pelear por la patria, por aquella patria que les habian prometido los dioses, y que ellos amaban ya dulce y respetuosamente.

Las mujeres les llevaban las provisiones de boca, y el *itzús* (calabaza) lleno de agua para apagar su sed.

Antes de que el ejército emprendiese su marcha, un brillante cortejo se dirigió hácia el templo.

Eran los sacerdotes de *Cuerápperi* que iban á impetrar el favor de aquella divinidad, para que concediese á su pueblo la victoria. En seguida, el numeroso ejército desfiló tomando el camino de *Quiríinguaro*. Dos dias pasaron sin que encontrase al enemigo, á quien buscaba en los valles y en las alturas.

Hallólo por fin al tercer dia, y comenzó el ataque, peleando los soldados con hondas y con flechas, y al medirse cuerpo á cuerpo los oficiales (la nobleza) de los *purépecha*, hacian uso de las macanas, y los jefes superiores de las espadas de cobre, cuya arma sólo los tarascos empleaban en la guerra.

Tenian á deshonra los nobles recibir una herida ocasionada por una piedra, y á todo trance estorbaban que la sangre se derramase en la tierra. Recibíanla en la mano y la arrojaban hácia lo alto, para que sirviese de alimento á los dioses.[1]

La batalla se prolongó hasta bien entrada la noche, y quedando indecisa la victoria, los dos ejércitos se retiraron á sus respectivos pueblos.

Curátame y su hermano salieron heridos, y se les condujo en hombros de sus guerreros.

El lugar en que se libró la batalla tomó desde aquel dia el nombre de *Atácuaro*,[2] que significa lugar de pelea.

Temerosos andaban los de *Quiríinguaro*, porque habiendo llegado á sus noticias que los príncipes estaban heridos, esperaban de un momento á otro la venganza de aquel pue-

1. *Relacion*, p. 153.
2. Atécuaro le dicen hoy.

blo. No encontraban quien quisiese ir á *Pátzcuaro* para informarse del estado del rey y de su hermano. En esto, se presentó á los principales señores uno de los sacerdotes inferiores de aquel pueblo, y les preguntó:

—¿Qué teneis, señores? ¿qué os preocupa?

—Quisiéramos saber si *Curdtame* y su hermano han fallecido de las heridas, y no hallamos quien quiera ir á informarse.

—No faltará quien vaya.

—¿Y quién ha de ser?

—Mi mujer, señores, es del pueblo de Tihngám-huato [1] que está del otro lado de *Pátzcuaro*. Ella irá.

Llegada que fué á presencia de los ancianos la mujer del sacerdote, y habiéndole servido primero una abundante comida, le dijeron:

—Ya sabes, anciana, que los jefes tarascos se hallan heridos. Desearíamos saber si sus heridas son graves, ó si acaso han muerto ya. ¿No quisieras tú ir á traernos esas noticias?

—¡Cómo nó! Iré, y tornaré con la respuesta.

Colmada de regalos marchó la anciana á desempeñar su comision; mas para no despertar las sospechas de los de *Pátzcuaro*, se dirigió primero á Tingambato, y regresando de allí, atravesó unos campos sembrados de maíz y llegó sacudiendo el agua de sus vestidos.

Se hallaban en el palacio de *Curdtame* algunos isleños de *Jardcuaro* que traian un mensaje de *Patzimba*, á quien habian llegado vagamente las noticias de la batalla. La princesa enviaba á decir en secreto que fuese *Curdtame* á libertarla de la prision en que la tenia el soberano de la isla; que el niño iba creciendo en años y demandaba por su padre.

Esta conversacion se tenia en voz baja, y los interlocutores se habian retirado cautamente al interior de una pieza aislada.

—¿Quién anda ahí?—interrumpió *Curdtame*, observando que un bulto se deslizaba por la estancia.

1. Hoy se llama ese pueblo *Tingambato*.

Se deriva del nombre Tingámen que es « clima templado, » y de huata que significa « cerro. »

—Yo soy—murmuró una voz de mujer.

—¿Y tú, quién eres?

—Soy una pobre anciana de Tingambato, que he sabido que estás enfermo, y vengo á traerte una medicina y estas mantas para que te abrigues.

En esto entró el hermano del rey, y dirigiéndose á Curátame, le habló así:

—Hermano: acaban de decirme que esta mujer vive en Quirínguaro, y debe ser espía de nuestros enemigos.

—No señores,—replicó la anciana;—yo no he venido más que á traer estas mantas para vosotros dos.

—Coge tus mantas y márchate en el acto, si no quieres morir,—exclamó el príncipe montado en cólera.—Estamos aquí rodeados de espías y de traidores.

No acababa aún de hablar, cuando ya la anciana habia desaparecido, llevando á los de Quirínguaro la nueva de estar enteramente curadas las heridas de los dos hermanos.

Los isleños que vieron la cólera del príncipe, y que recelaron que los tomase á ellos tambien por espías, se salieron en tropel y tornaron á pasar la laguna.[1]

Una piragua se desliza por la tranquila superficie del lago. Se ve como un punto más negro entre las tinieblas de la noche.

Hay tres hombres en la canoa; dos agitan en silencio los remos, pero con tanta maestría y vigor, que el débil esquife parece una golondrina volando sobre el lago.

El otro hombre es un apuesto guerrero que inquiere orientarse á través de la oscuridad, y lleva atento el oído para que no se le escape el más ligero rumor. Sus manos empuñan un arco, armado de aguda flecha.

Aquel apuesto jefe es Curátame.

Nadie lo ha visto abandonar su palacio. Dos guerreros de su confianza lo aguardaron en la orilla del lago, y una pira-

1. Todo este pasaje está tomado fielmente de la *Relacion*. No hemos debido suprimirlo.

gua, oculta entre las espadañas, recibe la nocturna visita y surca el agua.

La blanca silueta de Jarácuaro hiere por fin la vista indagadora é impaciente de Curátame; los remos se mueven más dulcemente, y ni la respiracion de los viajeros, ni el ruido del agua al moverse el esquife, pudieran escucharse á dos pasos de distancia.

Poco á poco se vió ir aumentando el tamaño de la isla. Por fin, se dibujó hácia la orilla el contorno oscuro de un frondoso cerezo. A su lado se levantaba una elegante cabaña, y dentro se distinguia con trabajo el destello de una hacha encendida que lanzaba su luz en direccion de la laguna.

Atraca en la ribera la piragua; Curátame se pone de un salto en el interior de la cabaña, y quedan enlazados el guerrero y Patzimba en un estrecho y prolongado abrazo.

Coge despues Patzimba del brazo á su esposo, y quedo, muy quedo, lo conduce á la cuna de su hijo.

El primer ruido que se oyó esa noche fué el de un beso depositado en los labios de aquel niño.

—¡Marchemos! — dijo el rey á la princesa Patzimba. Tomó al niño en sus brazos, echó una rápida mirada al interior del aposento, y salieron de la cabaña.

Por corto que fué el idilio que acabamos de presenciar, hubo tiempo de que en la orilla del lago pasase una escena del todo diferente.

No bien habia Curátame penetrado en el interior de la cabaña, cuando cuatro hombres que estaban acostados en la arena se lanzaron á la piragua, hirieron de muerte sin darles tiempo de exhalar un quejido, á los dos guerreros que acompañaban al rey, y llevándose dos de aquellos los cadáveres, los otros dos ocuparon el puesto de los remeros.

Curátame y Patzimba, entregados á dulces coloquios, y colmando de besos á su hijo, se embarcaron, alejándose rápidamente de la isla.

La oscuridad era completa. Negras nubes se habian levantado sobre el horizonte.

Curátame observó que los marineros no se cuidaban del ruido de los remos; pero fuese que ya no era necesaria esa precaucion, ó que el guerrero fiaba en las profundas tinieblas que pesaban sobre el lago, no se alarmó de aquella observacion.

De repente se desgarró de los cielos el cárdeno fulgor de un relámpago, y Curátame quiso aprovecharse de ese momento para observar á su luz el horizonte. Las montañas que vió dibujarse en lontananza no eran las de Pátzcuaro.

Un segundo relámpago le permitió dirigir la mirada sobre los remeros, y desconoció aquellos semblantes.

Se inclinó para tomar del fondo de la piragua sus armas, pero las armas estaban en manos de los desconocidos, que recogieron los remos y armaron los arcos.

Curátame prorumpió en una maldicion; Patzimba exhaló un lastimero grito, y en ese momento surcó el rayo por la bóveda celeste, y el trueno rodó siniestramente en las concavidades del espacio. La embarcacion era juguete de las olas.

Los emisarios de Jarácuaro que habian estado en Pátzcuaro, cuando la anciana espía de los de Quirínguaro habia sido descubierta, volvieron á su isla y contaron al rey cuanto habia pasado, no ocultándole el proyecto de Curátame, de llegar una noche y llevarse á Patzimba.

Curícaten oyó la relacion y no desplegó sus labios.

Envió ocultamente á uno de los sacerdotes á los de Quirínguaro, proponiéndoles una alianza secreta y concertando con ellos la manera de entregarles á Curátame. Acaba de verse el modo con que llevaba á efecto su traicion.

—Si no quieres que Patzimba y su hijo mueran sepultados en el lago, permanece quieto,—exclamó uno de los dos remeros de Jarácuaro; —nosotros remarémos en direccion á la orilla, en donde está el camino de Quirínguaro. Esos séres queridos de tu corazon se salvarán; en cuanto á tí, tu suerte está en manos de los dioses.

Curátame despreció á aquellos hombres, pero lo que acababa de oir fijó su resolucion. Sucederia lo que ellos pronosticaban. ¿Qué le importaba su vida, si su mujer y su hijo iban á quedar vivos? Fué á colocarse con esas dulces prendas de su amor en el extremo de la canoa, opuesto al que ocupaban los isleños.

Cogieron éstos entónces los remos y bogaron en la direccion indicada.

Los relámpagos dejaban ver de cuando en cuando que los viajeros acortaban la distancia que los separaba de la tierra.

La tempestad, empero, se desataba con gran furia.

De montaña en montaña, el ruido siniestro venia acercándose con indescriptible rapidez. Sus alas, sacudiendo los bosques, producian un ruido extraño, aterrador.

La barca era juguete de las olas, cada vez más y más encrespadas; la direccion del viento la impelia hácia la mitad del lago.

El huracan hacia remolinos, y se escuchaba el sordo gemido del agua convertida en fatigosas trombas.

Los dos remeros, sobrecogidos de espanto, se hablaron en voz baja, y se echaran de rodillas á los piés de Curátame.

Sálvanos—le dijeron—y serémos tus más fieles esclavos. Sólo tú puedes dirigir la embarcacion.

—¡Cobardes!—exclamó el príncipe—¡que no sabeis luchar! Vuestro único valor es el de los traidores.

—¡Sálvanos!—repitieron—así salvarás tambien á tu mujer y á tu hijo.

Curátame tomó los remos. Dió uno á Patzimba,[1] indicó á

1. Los que hayan visitado el lago de Pátzcuaro habrán podido observar que las mujeres de las islas y pueblos ribereños son muy hábiles remeras.

los isleños que ocupasen el otro extremo de la barca y encargó á su mujer que se atase el niño á la espalda.[1]

Curátame comenzó á remar. Y como si la barca hubiese comprendido la inteligencia del que ahora la manejaba y hubiese sentido el vigor de aquellos brazos robustos, dejó de dar botes y, virando de bordo, se lanzó como una flecha en determinada direccion. El huracan soplaba del Norte, y esta circunstancia favorecia los deseos de Curátame, pues que hallándose en aquel momento la piragua en la mitad del gran seno de Higuatzio, el viento la impelia hácia las riberas de Pátzcuaro. Para cualquiera otro que no fuese Curátame, habria bastado dejar obrar el aéreo elemento, limitándose á conservar el equilibrio de la débil embarcacion; pero él sabia muy bien cuán frecuentemente cambia de rumbo la direccion de la tempestad; así es que no dejaba descansar el remo, y hablando en voz alta decia á Patzimba:

—Rema sin descanso, hija mia: no desmayes, porque de repente puede sernos contrario el viento.—Y aprovechando un instante en que el ruido de las olas acrecia, se acercó á su esposa y murmuró á su oído palabras que por nadie más que por ella, fueron escuchadas.

Ya se ven á corta distancia los fuegos que arden constantemente en el altar del gran templo del sol.

La luz del rayo deja entrever la colina y el bosque sombrío en que se levantan los edificios de Pátzcuaro.

¡Dios mio! En ese momento la tempestad silba estrepitosamente y sopla en direccion contraria.

Aquel silbido era lúgubre.

Patzimba está inquieta y deja caer el remo en la laguna.

El esquife se empinó, dió un salto sobre la ola, y virando un cuarto se disparó con loco frenesí hácia el Oeste.

—Nada temas, Patzimba,—dijo por lo bajo Curátame,—asegura bien á tu hijo.—Y oprimiendo la mano de la princesa con cierta señal de inteligencia, agregó en voz alta:—¡que-

1. Es costumbre general de las indígenas cargar así á sus pequeñuelos.

la muerte nos halle juntos á los tres! ¡Hija de Hapunda, hoy volverás al seno de tu madre!

Dijo, y cesando de remar se puso en pié, haciendo que Patzimba tomase la misma postura.

El espanto de los isleños llegó á su colmo, al creer que Curátame perdia toda esperanza de salvacion.

En efecto, como una ave muerta arrebatada por las olas flota sin rumbo, atraida por la corriente; la piragua iba sin tino, saltando y hundiéndose, pero llevando inexorable la direccion de la tierra.

Un cuerpo oscuro se dibuja enfrente de los náufragos. Curátame parecia desafiarlo con el remo erguido sobre el hombro.

Un momento más..... y la piragua se estrellará contra las rocas de *Apúpato*.

Pero de repente, Curátame hiende su remo en la vorágine, y hace que el esquife se arrastre paralelo al islote rocalloso.

Al tocar las paredes de aquella colina artificial, Curátame da un golpe con todo el vigor de su brazo al único remo que habia quedado, y tomando de la mano á Patzimba, salta de un brinco prodigioso á la planicie del islote.

En aquellos momentos la tempestad llegó á su mayor grado. Dos inmensas trombas giraban la una al rededor de la otra, y la piragua era como la presa que se disputaban los elementos. A veces tenia á su lado dos murallas de agua, á veces se levantaba sobre la espuma de las olas.

Al estallar un rayo y retumbar el trueno, el esquife se hizo mil pedazos en una roca que rompia la corriente.

Los dos guerreros de la isla cayeron en el fondo del abismo.

Al dia siguiente, una densa vaharina cubria la superficie del lago. Se diria que aquella blanquecina gasa era el velo fúnebre que cubria los cadáveres de los náufragos.

Arriba, un sol esplendoroso enviaba sus benéficos rayos, iluminando una de las más espléndidas mañanas del otoño.

Curátame pasó á nado el estrecho que lo separaba de Güecorio. Dejó en un palacio campestre á Patzimba y á su hijo, y fingiendo que regresaba de una cacería matinal, entró tranquilo y sereno en las calles de Pátzcuaro.

Deseaba Curátame guardar un profundo secreto acerca de su viaje nocturno; y á este propósito hablaba públicamente de su afan por ir á Jarácuaro á ver á Patzimba. Los nobles y guerreros que, como él, habian dejado sus mujeres en la isla blanca, no tuvieron ya motivo para ocultar iguales sentimientos, y se concertaban á fin de marchar á la isla, si necesario fuese, en són de guerra, y recoger á sus familias.

En estas circunstancias llegó á Pátzcuaro otra embajada de la isla. Curícaten enviaba á los príncipes *purépecha* un presente de collares y de pescados, y encargo de decirles que sus mujeres estaban tristes, resistiéndose á comer; que fuesen por ellas y las dejarian pasar la laguna para que morasen con sus maridos.

Y dijo Guáppani á su hermano:

—Sin duda que habrémos de ir. Nuestras esposas deben vivir con nosotros. Este es el deseo de cuantos dejamos en Jarácuaro á nuestras familias.

—Está bien—dijo el rey á los embajadores.—Avisad á vuestro amo que ya nos disponemos á salir, y que le agradecemos que de paz nos entregue á nuestras mujeres.

Tan luego como se retiraron los mensajeros, Curátame dió órden de que se convocase al ejército, mandó construir flechas y disponer las provisiones. Temia, y su temor no era vano, que los de Quirínguaro hubiesen aconsejado esta nueva traicion al rey de las islas. Dió órden en secreto á los sacerdotes para que inclinasen á los jefes á enviar exploradores, diciendo que era mandato de los dioses. Fué necesario dictar esta medida, porque entre las tribus de los *purépecha* pasaba como un acto de cobardía tomar tales precauciones.

Partió el ejército, llevando á alguna distancia la descubierta de exploradores.

Llegaban ya al malpaís que se extiende en el lugar en que hoy están los pueblos de *Paréo* á un punto llamado *Zacapkucárucu*,[1] cuando al pasar la partida que iba de vanguardia, tomándola como la escolta de los príncipes, se levantaron repentinamente los numerosos soldados de Quirínguaro que estaban acostados y ocultos, y cayeron sobre los exploradores.

Visto lo cual por el ejército de los de Pátzcuaro, los jefes mandaron formar en batalla y se aprestaron al combate.

Los de Quirínguaro, que no esperaban esta táctica, se retiraron apresuradamente. Los *purépecha* tornaron victoriosos, pero tristes, á sus hogares.

No obstante lo manifiesta que habia sido la mala fe de los isleños y estar patente su alianza con los de Quirínguaro, Guáppani, los nobles y los guerreros que tenian sus mujeres en Jarácuaro, no cesaban de suspirar por ellas y no habia peligro que no despreciaran en su intento de ir á sacarlas de la isla. Comprendian que la embajada que habia venido de Jarácuaro habia tomado por pretexto, para conseguir su engaño, el verdadero estado que guardaban las prisioneras: así es que estaban dispuestos á creer todo lo que de su parte les dijeran.

Mas en vano instaban á Curátame á que los condujese á la isla blanca; éste les recordaba sin cesar la traicion de que se habian libertado.

Curátame permanecia muy poco en Pátzcuaro, haciendo frecuentes y dilatadas correrías hácia el Oeste de la ciudad, en donde en extensas y oscuras selvas abundaban los venados. En medio de aquella floresta misteriosa habia construido el rey, á orillas de un pequeño, pero cristalino manantial, un aduar cómodo y elegante en el cual, bajo la fiel vigilancia de unos cuantos guerreros y de sus familias, tenia ocultos á la hermosa Patzimba y á su hijo. Desde entónces, este sitio se llama *Axhunio*.[2]

1. Ya hemos dicho que la *h* en tarasco es casi siempre aspirada, y no debe olvidarse esta advertencia para la buena pronunciacion de las palabras. La que ahora se anota significa *lugar donde hay piedras paradas*.

2. Significa lugar de venados. Esta palabra se pronuncia hoy *Ajuno*, y es el nombre de un pueblecito situado al Poniente de Pátzcuaro.

Un dia que Curátame se hallaba en una de sus continuadas ausencias y en que Guáppani y algunos de sus amigos vagaban por la orilla del lago, dirigiendo sus miradas hácia la blanca colina que surge de las aguas, vieron venir una canoa tripulada por dos mujeres que les hacian señas de que se acercasen.

Hiciéronlo así, y una de las tripulantes de la piragua tomó la palabra.

—Príncipe—le dijo—tu hermosa *Temba*[1] y las demas mujeres de tus hermanos viven llorando vuestra ausencia. Constantemente os esperan, y para alcanzar su vista mayor espacio suben á lo alto del templo que está á la extremidad oriental de la isla. ¡Ay! de dia no hacen más que ver la espuma de las olas que se rompen al pié de la muralla de aquel templo llamado *Purudten:*[2] de noche contemplan los fuegos de vuestras cabañas. En cambio, vosotros cazais tranquilos sin acordaros de ellas.

—No es cierto, *guarí* (señora),—respondió Guáppani.—Muchas veces hemos intentado reunirnos á nuestras esposas; pero vuestro rey, aliado á los de Quirínguaro, estorba nuestro intento y trata de asesinarnos.

—Es que vosotros no teneis el valor de vuestro rey Curátame.

—Él mismo nos ha conducido sin éxito.

—Sin voluntad, diréis, pues ¿á él qué le importan vuestras esposas?

—¿Y Patzimba?

La isleña prorumpió en una estrepitosa carcajada y continuó:

—Largo tiempo há que Patzimba recibe en sus brazos á su señor. Curátame la sacó furtivamente de la isla lo mismo que á su hijo, y no sabemos dónde la tiene oculta, pero el rey pasa dias enteros entonando á su lado el himno del amor.

Guáppani se explicó entónces la misteriosa conducta de su hermano, y, despues de reflexionar unos instantes, exclamó:

1. Esposa.

2. Significa *sobre la espuma* (puruata). El sitio está ya invadido por el agua, pues la laguna sube sin cesar; pero aún conserva el nombre, y los indígenas señalan el lugar en que se alzaba la roca.

—Si Curátame hizo tal cosa, nosotros ya no podemos hacerla. Los isleños están sobre aviso é irian sacrificando uno por uno á todos los que corriesen tan peligrosa aventura. Nos reunirémos todos y marcharémos francamente sobre la isla.

—No hagais tal cosa—replicó la mujer;—los guerreros de la grande isla Pacanda cruzan en flotillas las aguas del lago. Son vuestros enemigos, y aunque ahora se han declarado en guerra contra los de Jarácuaro, no por eso os respetarán, y entónces tendréis tres enemigos contra quienes combatir. Si os llegasen á encontrar en el lago, romperian vuestras piraguas y harian pedazos los remos.

—¿Cómo, pues, nos tachan de ingratos nuestras mujeres? Sin embargo, cualquiera que sea el peligro, irémos en breve por ellas.

—No, guerrero; Temba no quiere que te expongas á un peligro cierto. Por eso nos ha enviado con el encargo de decirte que desconfies de todo mensajero que pueda venir de Jarácuaro, de Pacanda ó de Quirínguaro.

—¿Qué hacer entónces?

—Temba dice que el dia último de esta luna, mes de los frutos (hanintzcua),[1] á la hora de la salida del sol (huriatgüéracuaro),[2] se embarcarán todas ellas, sirviéndoles nosotras de guías, y desembarcando irémos al lugar llamado *Xhanuathucáhtzio*,[3] donde nos esperaréis. Habréis de caminar toda la noche para amanecer en aquel paraje remoto y solitario.

Ni los consejos de los sacerdotes, ni la experiencia de la traicion pasada, contuvieron á Guáppani y á los demas nobles que vivian sin sus mujeres. El dia concertado emprendieron su viaje, llevando en esta vez, como en la anterior, su partida de exploradores.

Curátame aún no regresaba de su cacería, lo cual era favorable á los proyectos de su hermano.

Los de Quirínguaro tenian perfectamente oculta su embos-

1. El Otoño llamado *hanínscua* en tarasco por ser la estacion de las *lluvias*, que es lo que significa la palabra.

2. Significa la salida del sol: la palabra *huriata* (el sol) pierde la final *a* por eufonía.

3. Donde hay granizo arriba.

cada. Dejaron pasar la descubierta de los *purépecha* y cayeron sobre el grupo principal, logrando dar muerte á Guáppani. Los demas guerreros huyeron, y perseguidos de cerca por sus enemigos, pasaron de frente por Pátzcuaro y se internaron en el pedregal.

Inmediatos á aquel lugar se habian apostado los isleños, á fin de sorprender por la retaguardia á los tarascos. Lograron hacer muchos prisioneros entre los fugitivos, y ya se disponian á marchar, cuando sus espías llegaron corriendo á avisarles que Curátame se acercaba solo y confiado por la parte del Poniente.

Borrar toda huella de su presencia en aquel lugar y poner arteramente una celada, fueron obra de un momento. Curátame fué atravesado por cien flechas, y su cadáver conducido al lado del de su hermano.

No tardó esta infausta noticia en llegar á la ciudad de Pátzcuaro, en donde causó la profunda sensacion que era de esperarse.

Los sacerdotes, cargados de presentes, se dirigieron en busca de los isleños, y, habiéndolos encontrado, les ofrecieron ricos plumajes para sus penachos y magníficos collares de oro en rescate de los cadáveres.

Los isleños aparentaban rehusar los obsequios, protestando no ser ellos sino los de Quirínguaro, quienes habian dado muerte á los príncipes.

Por fin se decidieron á recibir los obsequios y entregaron los restos de Curátame y de Guáppani.

En soberbio cortejo fueron conducidos los cuerpos á la ciudad de Pátzcuaro.

Se preparó una hoguera de leños aromáticos. Lavados los cadáveres, ataviados con los mejores trajes de los príncipes, ornada la frente con la diadema real en que flotaban las negras plumas de águila, y puestos á un lado sus arcos y sus flechas de cuatro colores, fueron colocados en la pira. Despues que las llamas hubieron consumido los cuerpos, los sacerdotes recogieron las cenizas, hicieron con ellas dos figuras humanas, cubriendo el rostro dos máscaras de oro, imitando cada una la fisonomía del difunto, y las colocaron en un paraje cercano al templo de Cuerápperi, en una cripta, en donde

se depositaron varios objetos de uso en la vida comun. En seguida, cada uno de los habitantes de la populosa ciudad fué colocando una piedra sobre la bóveda del sepulcro hasta levantar una pirámide que el tiempo y el polvo arrastrado por los vientos, convirtió en una colina cubierta de vegetacion.[1] Durante la ceremonia, no cesó de tañer tristemente en lo alto de los templos la melancólica *quiringua*.

1. Algunos autores han confundido los *mounds* de los Estados Unidos con los montículos que sirven tambien de sepulcros en otras partes de la América. Si alguna razon tienen, no será respecto de las *yácatas* de los tarascos, que sólo son parecidas, en la forma, siempre igual, á las *huacas* del Perú.

India del lago de Pátzcuaro.
(*De fotografía.*)

CAPÍTULO VII.

Reinado de Tzetahcu y Arámen.—Infancia de Tariácuri.—Rápida campaña que hizo por las cuatro fronteras.—La ceremonia de la coronacion.—Bloqueo de Jarácuaro.

ASÍ terminó aquella vida aventurera de uno de los más romancescos reyes tarascos.

Ignorando los sacerdotes de Pátzcuaro el paradero del hijo de Curátame, llamaron al trono á *Tzetahcu* y *Arámen*,[1] hijos naturales de Guáppani. Estos príncipes, de costumbres relajadas, cansaron bien pronto con su tiranía á los *purépecha*, y fueron destituidos del mando. De suponer es que no reinaron juntos, sino sucesivamente, supuesto que nada inclina á creer que entre los tarascos pudiesen compartirse dos reyes el mando supremo. De esta época no conserva la tradicion ningun recuerdo de hechos de armas; sólo nos dice que Tzetahcu dejó un hijo que se llamó *Hirépan*,[2] y Arámen otro nombrado en la historia *Tangáxhuan*.[3]

Los nobles que acompañaban en Ajuno á la reina, preocupados por la tardanza de Curátame, enviaron un comisionado á la ciudad, y regresando éste con la noticia de cuanto habia sucedido en tan corto tiempo, inútil es decir el inmen-

1. *Tzetahcu* significa *manco*, y *Arámen ó Arame*, el de la boca grande.

2. *Hiripan* era el sacerdote encargado de hacer los conjuros para el buen éxito de la guerra. Puede estar mal escrito este nombre y ser *Hirépan ó Irépan*, en cuyo caso significa el poblador, el fundador de colonias.

3. *Tangáxhuan* significa *sosten, el que sostiene;* acaso porque era el portaestandarte del ejército, es decir, el jefe.

so dolor que se apoderó de Patzimba, y no fué sino á merced de grandes esfuerzos por parte de su comitiva, como consintió en marchar á Pátzcuaro.

Apénas hubo llegado, los sacerdotes se apresuraron á reconocer al niño Characu, y se consagraron á darle una educacion que correspondiese á su rango. Aprendió los misterios de su religion y las prácticas de la guerra. Los ministros del sol estaban satisfechos, pues el príncipe sobresalia en todo género de cualidades. Consagrábase con ahinco al cuidado y ornato de los templos y gastaba de sus rentas para decorar los altares.[1] Amante del lujo, inducia con su ejemplo á los nobles á vestirse con trajes ricos que los distinguiesen del comun de las tribus. El pueblo lo veia animoso y afortunado en la caza y lo amaba porque siempre que regresaba de sus correrías, compartia los productos de sus excursiones con los primeros súbditos que encontraba en las avenidas de la ciudad; así es que su vuelta era esperada cada vez por mayor número de personas y recibida con espontáneas ovaciones.

Acercábase la fiesta de *Guappánscuaro*, en que el jóven príncipe debia tomar su nombre y ser coronado rey solemnemente.

Hacia tiempo que las tribus permanecian en una paz inalterable; así es que el Characu no habia podido desplegar sus dotes guerreras, y en consecuencia distinguirse con ningun hecho de armas. No faltaban, sin embargo, rasgos brillantes en su conducta civil, y los sacerdotes no tendrian mucho trabajo en apellidarlo adecuadamente, y disponian ya con aparato y suntuosidad los preparativos de la ceremonia.

A pesar de esto, el príncipe, que no aceptaba presentarse ante el altar como un simple ciudadano, escogió cien de los más animosos nobles, fieles amigos y ardientes partidarios suyos, é impetrando el favor de la gran divinidad y el permiso de los sacerdotes, empuñó el estandarte sagrado del sol y marchó en medio del mayor entusiasmo del pueblo.[2]

---

1. En el Perú, los herederos del trono se consagraban en su niñez al cuidado de los templos.

2. Comienza aquí la fecunda historia de *Tariácuri*, que ocupa gran parte de la *Relacion*.

"Esta parte del manuscrito, dice Brasseur de Bourbourg, contiene una se-

Aquel pequeño ejército parecia un grupo de alegres y elegantes convidados que fueran á asistir á una fiesta de amores. Así, ataviados con ricas vestiduras, armados con áureos arcos y las sagradas flechas de cuatro colores, caminaban en bulliciosa pero bien ordenada comitiva.

Dirigiéndose por el camino del Sur, pasaron los guerreros el feraz valle de Tacámbaro, y no cesaron de caminar hasta la calurosa ciudad de *Cutzio*,[1] frontera por aquel rumbo de las tribus de la Tierra Caliente,[2] pertenecientes á una raza distinta de los *purépecha*.

Acampó el pequeño ejército en los suburbios, levantó un altar agreste, en donde, por espacio de unas cuantas horas, colocó el disco del sol; despues encendió leña al frente del tabernáculo y puso encima una flecha. Se ha dicho ya que esto constituia una señal de desafío.

En seguida, marchando hácia el Nordeste, cruzó el grupo de guerreros el árido desierto que tiene por límites los gigantescos picos de *Cucha*,[3] extrañas moles que semejan dos torres de una ciudad antediluviana. Otra vez á la vista de los espantados habitantes de Hirimbo que huyeron abandonando su pueblo; sobre otro altar, dejó el príncipe una de sus flechas.

Y caminando luego hasta situarse al Norte del punto primitivo de su partida, no encontró poblacion alguna, sino tan sólo tribus nómades que huian á su presencia. Erigió allí un túmulo de piedras, y sobre él depositó la flecha.

Tomando, por último, la direccion del Poniente, traspasó las lindes de Tzacapu y de las tierras ocupadas por los *tecos*, antiguos aliados y compañeros de los *purépecha*, pero desde entónces hostiles á ellos y deseosos de independencia.

Acampó frente á un extenso caserío que se dilata en espacioso valle. Allí en religiosa contemplacion vieron los indí-

rie de aventuras extraordinarias que forma como un poema épico de las acciones heróicas de *Tariácuri*, y seria una felicidad que M. Peter Force de Washington, á quien pertenece tan interesante documento, lo publicase en toda su originalidad, haciendo un gran servicio á la ciencia Americana."

1. Hoy *Cutío*, cerca de Huetamo.

2. *Hurío* en tarasco significa *la Tierra Caliente*. Es el nombre primitivo de *Ario*, palabra que no es más que corrupcion de la primera.

3. El que tiene bocio (vulgarmente buche).

genas la puesta del sol en un horizonte de espesa bruma que engrandece el disco del astro. Llamaron, por lo tanto, á aquel sitio *Huriato.*[1] Dejaron allí la última flecha, y, sin detenerse más, regresaron á toda prisa al país de su orígen.

No se dirigió el príncipe á Pátzcuaro, sino que de nuevo comenzó la ceremonia del desafío, en un radio más estrecho que comprendia solamente á los pueblos de la laguna.

Marchó hácia Surumútaro; allí levantó un suntuoso altar, mandó encender cien fogatas y dejó la flecha de pedernal rojo, en señal de reto á muerte á los de Quirínguaro.

Pasó en seguida á *Xhénguaro*, y recorriendo la falda del *Zirate*, se colocó en la frontera de Tzintzúntzan. Nuevas fogatas elevaron el humo hácia las nubes, y la flecha de pedernal amarillo anunció á los habitantes de aquel entónces pequeño Estado teocrático, que sonaba para ellos la trompeta de la guerra.

En rápida marcha se colocó luego en las inmediaciones de Pichátaro y Cumáhchuen,[2] en donde las tribus serranas, adoradoras de *Tirec-pame* (la Céres india) se hacian fuertes, no reconociendo aún del todo la soberanía de los *purépecha.* La flecha negra que quedó sobre los carbonizados tizones de la hoguera encendida, indicaba claramente el desprecio hácia aquellos enemigos.

Regresan los guerreros, y tocando los pintorescos pueblos de *Güiram-angaru, Charagüen* y los de *Pareo*, descansan en la altura de *Tzentzénguaro.*

Erguido en medio de la lujosa comitiva el príncipe real, levantando á lo alto la flecha blanca, exclamó:

"Hemos hecho el desafío de guerra á los pueblos de las cuatro partes del mundo. Preparémonos al combate." É hiriendo con un duro pedernal la gran peña hueca de que tomó nombre el último de los pueblos expresados, la hizo producir un sonido agudo y prolongado que repitieron los ecos de las montañas. "¿Oís? continuó diciendo: es la voz de alarma. ¡La lucha va á empezar! ¡Que nos halle de pié! Encen-

1. Con este nombre designan todavía hoy los tarascos la ciudad de Guadalajara.

2. *Cumáhchuen* "lugar sombrío:" más literalmente, "sombra al pié de la colina."

ded las hogueras al rededor de este signo." Y subiendo á lo alto de un montículo, levantó el estandarte del sol, en que se reflejaban los últimos rayos de la tarde. Cien columnas de humo se desprendieron como de otros tantos incensarios, y fueron á desvanecerse en el cielo.

Aquella grandiosa escena se alcanzó á divisar desde las cercanas islas y desde los pueblos de la ribera. Muy pronto se vieron centenares de piraguas internándose en la laguna. Los soldados isleños prorumpian en horribles maldiciones, y en llanto y en gemidos las mujeres y los niños.

Se habia hecho noche. Las estrellas brillaban sobre un fondo intensamente oscuro.

De repente cruzó una exhalacion de cárdeno fuego y fué á sepultarse en las ondas dormidas. ¿Era el genio del exterminio que tomaba posesion del lago?

El príncipe, seguido de su vistosa comitiva, entró en Pátzcuaro: el pueblo llenaba las calles; en la alta colina donde se alzaba el templo, una larga fila de sacerdotes salió á encontrar al valiente caudillo, y á su paso el humo perfumado de los incensarios impregnaba el ambiente. Las guanánchecha lo recibieron presentándole cada una de ellas un primoroso *tzitzic-úcata* (ramillete) atado con los blancos tallos de la tupata.

Entretanto sonaban en lo alto de los muros sagrados los instrumentos de la guerra, alternándose de tiempo en tiempo con los débiles, pero dulces y melancólicos tañidos de la quiringua.

Llegó el príncipe al pié del ara sacrosanta y depositó en ella los ricos y abundantes despojos traidos de la expedicion. El oro y la plata decoraron el templo; los más variados plumajes de las aves de Tierra Caliente y de los pájaros de la Sierra tapizaron el suelo y las paredes, y multitud de armas recogidas en el campo enemigo quedaron como trofeos de guerra suspendidas en la bóveda.

Los sacerdotes y el pueblo se preparaban á celebrar la fiesta de la mayor edad y de la coronacion, y se apresuraban á

llenar de flores el templo, cuando el príncipe se presentó y expuso que la ceremonia se verificaria en lo alto del *Xhanuat-ucacio* (hoy cerro de San Andrés), en tierra enemiga.

Esta resolucion fué acogida con entusiasmo, y la ciudad quedó desierta, porque el numeroso pueblo acompañó en masa á los actores de la ceremonia.

Habia algo de fantástico en aquella multitud que escalaba las alturas del más elevado monte del país. Veíanse flotar los penachos de los guerreros como si bandadas de aves de variado plumaje se hubiesen dado cita en aquellos bosques misteriosos: los blancos y finísimos guanengos[1] parecian copos de delgadas nubes atravesando por los pinos, y el comun del pueblo, de muy diversa manera ataviados sus ciudadanos, daba una extraña animacion á la escena y parecia como si comunicase su vida á la enhiesta montaña.

Llegaron á la alta cima coronada de nieve, en donde se quebraban los rayos del sol, convirtiéndose en millones de hilos de cristalina escarcha.

¡Hermoso y espléndido espectáculo!

Reina el silencio más profundo: á los piés del cerro se dilatan fértiles y espaciosos valles sembrados de pueblos: más allá se distinguen los lagos de Coápan, Tupátaro, Pátzcuaro y Sirahuen, como espejos perdidos en campos de esmeralda: y en torno de ellos se extienden oscuros bosques, donde no penetra la vista, y más allá, acotando el extenso panorama, los ojos se extasían ante el trasparente azul que tiñe las montañas.

En esos momentos, un pintado cóndor[2] cernia sus alas sobre la atrevida cumbre del *Xhanuat-ucacio*, y en torno suyo, en espacioso círculo, hacian sus giros las auras y los zopilotes comunes.

El pueblo no dejó de ver un feliz agüero en que sobre la cabeza de su rey se suspendiera en el aire el más vistoso de

1. Camisa larga de algodon qué parecia más bien una túnica. Tal era el traje comun de las mujeres.

2. Se habla aquí de ese hermoso buitre conocido con el nombre de zopilote rey ó real. Cuando esta ave satisface su apetito en una presa, los zopilotes comunes no se atreven á acercarse y forman un círculo al rededor, y hasta que aquella levanta su vuelo, van éstos á disfrutar de los despojos.

los buitres de los Andes, á la vez que sobre los pueblos enemigos batian sus fatídicas alas los mensajeros de la muerte.

En medio de esta muda, pero solemne escena, el gran sacerdote tomó en sus manos la diadema de piel de tigre ornada con la borla de color rojo, y la colocó en la frente del jóven: en seguida ciñó á su cintura la brillante espada de cobre traida por el príncipe de las minas de Tierra Caliente; puso en su espalda el suntuoso manto de plumas de colibrí, tejido por las vírgenes sagradas; en su mano izquierda la flecha blanca, insignia del poder real, y en la derecha el estandarte del sol.

Y volviéndose hácia el anchuroso pueblo, exclamó:

¡Indé-Tariácuri! [1]

Un hurra inmenso que hizo estremecer los pinos, se escapó de todos los pechos: los sacerdotes quemaban incienso y las guanánchecha entonaron el himno religioso *tam hoscua.*

Los reyes sucesores de Tariácuri siguieron su ejemplo de coronarse en aquel sitio, que por esto se llamó y se conoce aún con el nombre de *Candcuecha*, es decir, de las coronas.[2]

Pocos dias despues la isla blanca (Jarácuaro) estaba bloqueada por centenares de piraguas que cruzaban en todas direcciones.

En el palacio de Curícaten se reunian en silenciosa asamblea los ancianos y los sacerdotes. Llegó el rey á presidir el Consejo, y revelando en el acento de la voz cuánto era el miedo que turbaba su corazon, así habló á su auditorio:

—Venerables ancianos y santos sacerdotes: si nuestra isla es hermosa, si parece una blanca paloma meciéndose en el agua, es en cambio una tierra estéril y de estrechos límites. Para encender el fuego en los templos y en nuestros hogares necesitamos ir por leña á los bosques de la tierra firme: si habemos menester de maíz para nuestro alimento, fuerza es

1. Significa *el decorador.* No falta quien confunda esta palabra con la de *Paré-acuri*, que es el nombre del *Cuitlacoche.*

2. Thebaida Michoacana, pág. 17, publicada en los "Anales del Museo Michoacano."

hacer nuestras sementeras en la playa vecina: el algodon para nuestros vestidos cuaja en lejanas tierras; ¡qué mucho! para construir nuestros arcos, las flechas que necesitamos y las cuerdas indispensables, es fuerza pasar la laguna é ir á cazar y á buscar bejucos en los bosques del Sur. ¡Ancianos y sacerdotes, dadme consejo!

El más venerable de los nobles dijo:

—¿Qué consejo podemos darte, oh *Taré?* Nuestro pariente Tariácuri tiene cercada la isla; al rededor de ella bogan sus piraguas y en las playas de la tierra firme acampan sus numerosas huestes. Si viviera Curíparan, el abuelo del rey de Pátzcuaro, podria ir á él y decirle: ¿por qué vuelves tus armas contra nuestros hermanos? ¿no eres tú de su misma sangre? Pero el anciano pescador y Hapunda su esposa bajaron ya al sepulcro. No tengo un consejo que dar á la asamblea.

El rey inclinó la frente agobiado de dolor, pero volvió á levantarla rápidamente al escuchar al sumo sacerdote.

—Verdad es, señores, que no podemos luchar abiertamente contra los enemigos que nos rodean. Pero ¿habrémos de abatirnos? ¿Son las armas los únicos elementos que pueden emplearse? Nosotros los sacerdotes sabemos que la astucia es más poderosa que las flechas.

—¡Hablad!

—¿Somos pocos? pues es fuerza convertirnos en muchos. ¿Estamos aislados? Pues procuremos hacernos de amigos.

—No podemos solicitar el apoyo de los de Quirínguaro, Pichátaro y otros pueblos de la ribera, enemigos de los *purépecha*, porque ellos mismos necesitan auxilio contra las huestes que Tariácuri ha enviado invadiendo sus tierras.

Enviar mensajeros á esos pueblos seria torpeza nuestra. No los dejarian pasar, pues que tienen sus espías á lo largo del camino que conduce á aquellos lugares.

—No comprendo entónces tu consejo.

—Irémos á buscar alianza entre los pueblos que los *purépecha* reputan como amigos. La traicion es siempre la táctica que da mejor resultado.

Los ojos del sacerdote brillaban con ese tinte opaco que les imprime la perfidia, y los que escuchaban sus palabras iban animándose poco á poco.

El rey concibió alguna esperanza de salvacion.

Desde que los sacerdotes de Tzintzúntzan y los de los *purépecha* se habian protestado amistad, este mismo sentimiento unia á los dos pueblos, si bien sus relaciones no habian tomado nunca el carácter de íntimas.

Por insinuaciones del gran sacerdote de Jarácuaro, Curícaten envió sus mensajeros al pontífice de Tzintzúntzan para impetrar su consejo, no omitiendo herir su amor propio con la amenaza de que los *purépecha* querian excluir en el país cualquiera otro culto que no fuese el de Cuerápperi.

Se provocaba, pues, á una guerra santa.

Los embajadores partieron cargados de presentes para el pontífice *Zurúmban.*[1] En secreto llevaban instrucciones privadas del gran sacerdote de Jarácuaro para comunicarlas sigilosamente á su colega.

Hallaron á aquel príncipe de la ciudad teocrática en completo estado de embriaguez. Adornaba su frente una faja de algodon tejida de varios colores, y un lujoso collar de oro circundaba su cuello. Estaba en medio de las mujeres del harem y entonaban todos canciones que parecian dirigidas á la Vénus del lago. Al ver á los mensajeros les dijo:

—¿Qué quereis los de la isla blanca?

—El rey Curícaten nos envia á decirte que recuerdes que tú eres de aquella isla: que tus antepasados la abandonaron cuando apareció en estas tierras la diosa Cuerápperi, quien obligó á las nubes á no llover en un año, y entónces vosotros os vinísteis á esta tierra al pié del monte *Taré-queri* á cultivar vuestras sementeras para no moriros de hambre: que no olvideis que cuando tu anciano padre convidó á los sacerdotes *purépecha* á asistir aquí á un banquete, la gran diosa Xharátanga los castigó convirtiéndolos en serpientes. Ahora el rey de la isla está sitiado por los adoradores de Cuerápperi, y tu hermano Curícaten no tiene leña para sus templos ni sementeras para su pueblo.

Rióse mucho Zurúmban de la embajada de los isleños, y les replicó:

1. *Tzurúmchan* es el verdadero nombre, y significa "el del cuello delgado ó cónico." Para facilitar la pronunciacion, aceptamos con frecuencia las palabras adulteradas.

—¿A qué os venís á quejar? ¡desgraciados de vosotros! No sabeis que el valiente Tariácuri, por mandato de la madre Cuerápperi y de los dioses celestes, ha arrojado sus flechas de desafío á las cuatro partes del mundo? ¿De qué os quejais, isleños? ¿No fuísteis vosotros los que le sacásteis una mujer á Curátame para que pariera á Tariácuri? ¿Ese niño no nació en vuestra propia isla? ¿Por qué no le ahogásteis entónces? ¡Quejaos á vosotros mismos!

En seguida los mandó alojar y que les sirviesen de comer, diciéndoles que tan luego como descansaran, los despediria.

Entretanto se disiparon los vapores del vino que embriagaban á Zurúmban, y recibiendo despues en secreto á los embajadores, tuvo con ellos una larga conferencia, concertando el envío de un comisionado á *Curíncuaro* para apartar á su rey de la alianza de los *purépecha* y atraerlo al partido de los reyes de la laguna. Y los despidió diciéndoles:

—Id en buen hora, y decid á nuestro hermano Curícaten que muy reducida gente son los invasores; que nos juntarémos y habrémos de destruirlos.

CAPÍTULO VIII.

Mision del sacerdote Nácan.—Un extraño banquete.—Enciéndese de nuevo la guerra.—El mercado de Paréo.—Monedas, pesas y medidas.—Sirunda y Arame.—Muerte trágica de ambos amantes.

AL siguiente dia Zurúmban llamó á uno de sus sacerdotes, le entregó muchos presentes de jubones de algodon, de guirnaldas y de collares, y recomendándole la mayor reserva, lo enteró de la comision que se le confiaba.

—*Ni-cócuan*[1] —le dijo—y tan luego como desempeñes tu embajada en *Curíncuaro*, avísalo á los de Quirínguaro, para que juntos los de aquellos pueblos, los de la isla y nosotros, marchemos contra los *purépecha*, á fin de aniquilarlos.

Marchó el emisario, y, pasando por Sirahuen,[2] llamó la atencion del rey de aquel lago, llamado *Cuarácuri*,[3] quien le instó á que pasase á comer. No se dejó repetir la invitacion el sacerdote, y entrando en la casa hizo los honores á la comida, y más que á todo, al cristalino *checata* con que fué rociada.

La alegría es la mejor salsa de la comida. Componíase ésta del delicioso pescado de aquella laguna, de esponjadas y

1. *Vé aprisa.* El fraile que debe haber escrito la *Relacion* puso *Nácan*, suponiendo ser éste el nombre del mensajero. Lo adoptamos, sin embargo, para facilitar la narracion.

2. *Donde hacia humo:* Acaso por haber sido el cráter de un volcan la laguna que allí existe.

3. El quebrado.

blancas *curundas* (tamales), de ricas *cupandas* (aguacates) y del hirviente *churipu* (caldo) sazonado con *cahuaz* (chiles).

Para postres habia hecho servir Cuarácuri unas nutridas pencas de dulcísimo *cuipu* (panal de abejas silvestres), que daba más eficacia al licor de la caña.[1]

Cuando el sacerdote estaba ya á la mitad de la comida, volvióse harto comunicativo y reveló á su anfitrion el objeto de su viaje, invitándolo á formar parte de la múltiple alianza contra Tariácuri.

El rey de Sirahuen fingió aceptar con gusto la invitacion y despidió al viajero, no sin haberse informado ántes con él mismo de la direccion de su camino y del dia de su regreso.

Si todavía se presentan vírgenes los bosques de Sirahuen, en la época en que pasaron los sucesos que estamos refiriendo, aquellas selvas eran tan intrincadas que en vano hubiera sido buscar un camino, una vereda al ménos.

El sacerdote de Tzintzúntzan, temeroso de extraviarse, se embarcó en la laguna y, tomando luego el rumbo que le pareció más acertado, encaminó sus pasos en direccion á la Tierra Caliente, siguiendo el cauce enjuto de una barranca que termina cerca de *Ziracuaretiro*.[2]

Entretanto Cuarácuri habia marchado á la orilla del lago de Pátzcuaro á dar aviso á Tariácuri de su conferencia con el sacerdote de Tzintzúntzan. Hallólo en su tienda de campaña construyendo flechas. Ambos concertaron que se enviaria un espía á vigilar los pasos de *Ndcan* y á insinuarle el camino que deberia tomar á su regreso.

Parece que era práctica general entre aquellos pueblos la de encomendar toda clase de embajadas á individuos de la clase sacerdotal; así es que se escogió un sacerdote para espía de su colega de Tzintzúntzan.

Fuése el enviado á desempeñar su encargo, y habiendo llegado á Curíncuaro, al dia siguiente, en la noche, se acercó á la casa en que se hallaba el embajador. Como de costumbre, estaba éste embriagándose. En un momento en que salió fuera de la cabaña, se le acercó el espía y le dijo:[3]

1. Describimos aquí la comida ordinaria entre los indios.
2. Donde acaba el frio.
3. Este episodio está tomado de la *Relacion*, pág. 171.

—Me alegro de haberte encontrado.

—¿Quién eres? ¿de dónde eres tú?—le preguntó el sacerdote.

—Vengo de Sirahuen á negocio particular á la Tierra Caliente.

—Entónces, ¿para qué me necesitas?

—Porque habiendo sabido el anciano Cuarácuri mi viaje, me encargó que al pasar por aquí te hablara.

—¿Qué se ofrece al Señor de Sirahuen?

—Te manda decir que está muy apenado por la mala comida que te dió cuando pasaste por su casa, supuesto que no estaba preparado para recibirte: que te ruegue le avises el dia que has de regresar, para esperarte con buenos manjares y licor de maguey.

—¡Qué me place!

—En tal caso, cuando regreses no tomes el camino de Ziracuaretiro, porque es muy largo, y ya que tienes que ir primero á Quirínguaro, ve directamente con rumbo á Xhanuatucacio, y al desembarcar, al pié de la montaña te esperará tu hermano Cuarácuri y comerán juntos.

Concertado así el itinerario, volvióse el sacerdote de Pátzcuaro y dió cuenta á Tariácuri del resultado de su comision.

Mandó el rey que buscasen á sus primos Tzetahcu y Harame,[1] y llegados á su presencia, les confió la ejecucion del plan que habia concebido. Y como no anduviesen armados, les entregó arcos y flechas á fin de que desempeñasen la mision que se les encargaba.

Se situaron los príncipes en la orilla del lago de Sirahuen, por donde debia desembarcar Nácan. Viendo que no llegaba, se subieron á una colina, que desde entónces se llamó *Hardzindo*,[2] y desde allí espiaron la venida del sacerdote.

1. Ya la *Relacion* nos ha dicho que estos príncipes fueron destronados á causa de sus vicios. De suponer es que vivian en tierras de Pátzcuaro y que Tariácuri los escogió para desempeñar una accion indigna como la que se va á referir.

2. Colina con una hoya.

Por fin descubrieron cinco canoas tripuladas que tomaron puerto en las inmediaciones.

Desde que las avistaron mandaron un correo á Cuarácuri, quien se apresuró á salir al encuentro de Nácan con abundantes provisiones y cueros de jabalí llenos de pulque.

Apénas habia desembarcado el sacerdote de Tzintzúntzan, cuando percibió el olor de una suculenta comida.

No necesitó Nácan que Cuarácuri lo invitase á comer. Apénas hubo desembarcado, se dirigió al sitio en que se hallaba el almuerzo.

Ni necesitaba tampoco estimular el apetito; mas con ese pretexto, vació en gran parte una jícara de pulque.

Y como no escaseaba alternar el pulque con el activo *checata* ni con el aguardiente del maguey fermentado con el *situn* (zarzamora), su buen humor habia subido de punto y ya se imaginaba que era el núcleo de las tribus que se coligaban contra los *purépecha*, que vencia á éstos, y que los sacerdotes de Tzintzúntzan lo elegian sumo pontífice, cuyas funciones le darian el dominio de las islas.

En ese momento Cuarácuri hizo venir á su presencia algunas esclavas, tomadas en la guerra.

No bien las hubo visto Nácan, cuando su alma se inflamó, entonó cantares eróticos, y, elevando el vaso lleno de pulque, les dirigió una tierna *guandacua* (bríndis) impregnada de pasion y de ternura: sus ojos, un momento ántes lánguidos y cansados, se llenaron de fuego..... y Nácan ofreció á la diosa Xharátanga las postrimerías de su amor.

Mas en medio de estos deliquios se acordó Nácan del objeto de su embajada, y temeroso del rey-sacerdote de Tzintzúntzan se levantó, dió gracias á Cuarácuri y, dirigiendo una mirada de despedida á las jóvenes que habian asistido al banquete, se calzó sus sandalias y partió.

Tomó el camino que se le habia indicado para llegar á Quirínguaro. A poco andar le llamó la atencion ver gotas de sangre en el suelo y que, á medida que avanzaba, iban siendo en mayor cantidad. Alarmado, examinó el terreno, pero se tranquilizó viendo en el suelo estampadas huellas de un venado.

Por aquí andan algunos cazadores, dijo: si los encuentro

me darán de comer, y sobre todo de bèber. No vaciló, pues, en internarse al monte, siguiendo el reguero de sangre.

Tzetáhcu y Harame habian recurrido á la estratagema de figurar en el suelo pisadas de venado, y se habian herido las orejas hasta hacerse sangre, para atraer á un paraje solitario á Nácan y ocultar el crímen que habian premeditado.

Su prevision no quedó burlada. Nácan llegó á su presencia, demandando de ellos una pieza de venado y un vaso de pulque: la comitiva que lo acompañaba siguió á lo largo del camino; así es que á mansalva pudieron los dos hermanos herir al sacerdote, y, atándole los brazos, lo condujeron al campamento de Tariácuri.

El rey lo mandó sacrificar á sus dioses: luego dispuso que se dividieran los miembros de su cuerpo, enviando los dos muslos á Zurúmban, el cuerpo y las costillas á los de Jarácuaro, y los brazos á los de Quirínguaro.

Los comisionados para llevar el obsequio fueron esta vez tambien unos sacerdotes, quienes, colocando las piezas del cadáver en cestos, cubriéndolas con cerezas, marcharon á sus respectivos destinos.

Tariácuri adoptaba por primera vez la costumbre de los pueblos de aquel país, que consistia en hacerse presentes de carne humana. Sabia que sus enemigos recibirian con gusto aquel obsequio, pues que preferian á todo alimento la carne de un hombre. Los sacerdotes eran los que, sobre todos, se distinguian por ese apetito depravado.

Como siempre, estaba el sumo sacerdote rodeado de sus mujeres y entregado á los placeres del vino, cuando llegaron los embajadores y le ofrecieron el presente de Tariácuri.

—Aquí os envia nuestro Señor Cuarácuri de Sirahuen—le dijeron—la carne de uno de sus esclavos que ha sacrificado por el buen éxito de la guerra. Tú eres su hermano y te ruega que ofrezcas este banquete á tu diosa Xharátanga.

Recibió con mucho agrado el sacerdote rey el obsequio que se le presentaba, y dijo:

—Este manjar es bueno para quitar los efectos del vino.—

Y dirigiéndose á las mujeres:

—Venid acá presto,—les gritó—preparad esta carne.

Ellas la pusieron al fuego, y colocándola en unas jícaras,

la sirvieron al rey y á los sacerdotes, que no tardaron en devorarla.

Despues del banquete se despidieron los ministros de Cuerápperi, que no habian gustado ménos del apetitoso manjar. Dióles expresivas gracias Zurúmban, y, colmándolos de regalos, les encargó que dijesen á su hermano Cuarácuri cuánto habia gozado con su obsequio.

No bien se habian retirado los mensajeros, cuando llegó corriendo á Zurúmban un correo, cubierto de sudor, quien sin hacer ceremonia alguna al rey, y á grito abierto, exclamaba:

—Señores, no comais de la carne que os ha enviado el rey de Pátzcuaro, que no ha sido el de Sirahuen. Lo que se os ha mandado son los muslos del sacerdote Nácan para vengarse de vosotros.

Oir esto y apoderarse de los de Tzintzúntzan una profunda indignacion y un asco inexplicable, fué obra de un momento.

Levantáronse todos y procuraron arrojar á tierra los restos de su desgraciado colega.

En vano se mandó prender al correo. Éste habia huido como un ciervo, y los mejores andadores de Tzintzúntzan no pudieron alcanzarlo.

Zurúmban y sus satélites no podian consolarse de haber devorado á uno de sus propios colegas.

El episodio que se acaba de referir indica bien á las claras el carácter que habia tomado aquella guerra. No habia crímen que no fuese permitido á los beligerantes, y la astucia, las sorpresas y la traicion eran entónces actos inocentes, comparados con los hechos feroces y de una crueldad inaudita que se permitian aquellos pueblos en odio de sus enemigos. En todo mezclaban á sus dioses, haciéndolos tomar participacion en las acciones humanas; y en aquella guerra santa, el genio implacable del fanatismo no cesaba de recorrer los pueblos con el puñal en una mano y en la otra la tea de la discordia. Los templos se habian convertido en antros de fieras humanas, ávidas de matanza y sedientas de sangre.

El ángel de la libertad y del progreso, recogiendo sus blan-

cas alas, se habia ocultado trémulo en el fondo de los bosques.

Zurúmban, pálido de cólera y rodeado de sus mujeres que llevaban el pelo suelto é hirsuto, recorrió las calles de la ciudad, gritando que la religion estaba en peligro; que los dioses proclamaban la guerra y ordenaban el exterminio de los purépecha. Envió emisarios á Quirínguaro, Jarácuaro y Curíncuaro, citando para determinado dia á las huestes de todos aquellos pueblos.

Juntáronse los ejércitos de los aliados y marcharon sobre Pátzcuaro. En el camino encontraron la mansion de Tzetahcu y Harame: la arrasaron hasta los cimientos, destruyeron las sementeras y, siguiendo las órdenes de Zurúmban, deshonraron á las mujeres de los príncipes.

En medio de los horrores de la guerra, habia sin embargo en todos los pueblos la necesidad del comercio para proveerse de alimentos y vestidos. Por tácito acuerdo de todos los beligerantes, el pueblo de Paréo fué convirtiéndose poco á poco en una plaza neutral, y allí se hacia el mercado, ocurriendo de todas partes solamente las mujeres, pues que los hombres andaban consagrados á la guerra. Allí se vendian las telas de algodon propias para los trajes de los habitantes; las flechas, los arcos, las macanas para los guerreros; los plumajes y las joyas; los objetos, en fin, para todas las necesidades de la guerra y del hogar. Servíanles de moneda los tubos de pluma llenos de polvo de oro traidos de Huetamo, para los objetos de valor; y para el tanteo, como moneda fraccionaria, el *piguar*,[1] que consiste en cinco mazorcas.

Para pesar usaban un aparato, una especie de palanca llamada *tzengua* ó *tzenguétaracua*, el contrapeso con el nombre de *tzérecua* y el fiel con el de *tzéretaracua*. La unidad de medida para la venta de granos era la *cunúhcuracua* (lo que cabe en las dos manos), y la mayor cantidad la *ichdruta* (que equi-

1. ¿Cambias? es lo que significa literalmente la palabra.

vale á media fanega): para las telas, la unidad de medida era el *utichi* (un jeme).

Harame tenia por aquel entónces su asiento en el caserío de *Iracho*, cerca de *Xhénguaro* (Capula), y ávido siempre de aventuras amorosas, no omitia ocasion de llevarlas á cabo. Sabedor de las grandes reuniones que se hacian en Paréo, y á riesgo de encontrar alguna partida de enemigos, encaminaba frecuentemente sus pasos al mercado.

Dice la tradicion que Harame era un apuesto hombre y que se presentaba siempre lleno de adornos y bien pintado su cuerpo.

Una de las mujeres que iban con frecuencia á comerciar al mercado era la esposa favorita del rey de la isla blanca, *Sirunda*,[1] de terrible y extraña belleza. Era su cútis negro como el ébano; pero como el ébano, brillante y duro: sus ojos atigrados despedian llamas de lubricidad: su talle se cimbraba con gracia, pero tenia el andar cauteloso de las ciervas que sacan á pacer por primera vez á sus hijuelos: el estrecho y largo *guanengo* dejaba ver las curvas de sus formas y sus pechos enhiestos y turgentes. Sobre todo, no hay ponderacion en decir que su boca, diabólicamente flexible, tenia los más sensuales labios de mujer.

Hacia flotar al aire un finísimo manto de *guamilule* que se desprendia de sus hombros, y sobre sus sienes, siempre coronadas de flores de ninfea, se alzaba arrogante su espléndida y rizada cabellera, atada con las finísimas plumas de la garza real.

Harame y Sirunda se encontraron. La peligrosa hermosura de la jóven infundió miedo en el corazon del príncipe, y pasó rápidamente, no sin volver una vez más los ojos para contemplar á aquella mujer que parecia la hija de la noche.

Mas como Sirunda no era mujer para contenerse en sus pasiones,[2] le envió mensajeros, y las playas de Paréo, cubiertas de feraz vegetacion, fueron testigos de sus amores.

1. La del rostro ahumado.
2. "Las señoras como son incontinentes," dice la *Relacion* en este pasaje.

Sirunda pasaba muchas veces la laguna para concurrir á las citas de Harame. No tardó la envidia de las demas mujeres del serrallo en sugerirles una odiosa intriga.

En efecto, un dia que Curícaten se embriagaba en compañía de los nobles, comenzaron las del harem á hablar en voz baja al principio, y luego, como confiando en que los Señores estaban distraidos, se comunicaban unas á otras sus sospechas de que la esposa favorita faltaba á sus deberes.

Fijó el rey la atencion y escuchó la última parte de la plática.

—Sirunda es muy artera,—decia una de las mujeres.

—Pero es muy discreta y no deja de halagar á Curícaten.

—Halaga á su marido, pero se entrega á Harame.

—Y por eso todas las noches se embarca sola en una chalupa y pasa la laguna.

—Y como la noche es su madre, la envuelve con su manto y nadie la ve.

Esta alusion al color oscuro de Sirunda, hizo reir á las mujeres, y, fingiendo que nadie las habia oido, se retiraron á su departamento.

Mas Curícaten dió órden á sus pajes de que encerraran á Sirunda y á todas las mujeres en la torre de *Purúaten*.[1] En seguida llamó á unos sacerdotes encargándoles en secreto una delicada comision.

Partieron los mensajeros en las primeras horas del dia, enderezando sus piraguas en direccion de Paréo.

Harame, que habia esperado en vano á Sirunda en la noche anterior, se hallaba en la playa dirigiendo su vista hácia Jarácuaro. Observó que de la isla se desprendió una canoa tripulada por dos hombres.

La barca se acercaba á la orilla, y los hombres echaban de cuando en cuando las redes para pescar.

Harame subió á lo alto de una peña y comenzó á gritarles.

Los fingidos pescadores volvieron la vista hácia el punto

1. Este sitio está ya cubierto por las aguas de la laguna que ha crecido mucho en los últimos años, mas los indígenas de Jarácuaro lo señalan todavía á corta distancia de la isla, hácia el Oriente.

de donde salia la voz, y, como temerosos de haber sido descubiertos, viraron de bordo y comenzaron á recoger sus redes.

Harame, fascinado por los encantos de Sirunda, habia perdido la reflexion y trataba de informarse á todo trance de la reina de la isla blanca.

Se arrojó al agua y se dirigió nadando hácia la canoa.

Los pescadores sacaban las redes simulando que estaban llenas de pescados y que el peso no los dejaba acabar pronto la operacion.

Cuando Harame estuvo á corta distancia de ellos, soltaron la red y, armando sus arcos, dispararon multitud de flechas sobre el príncipe.

Los pescadores hundieron los remos en el agua y huyeron en línea recta hasta Jarácuaro.

Harame, sintiéndose herido, nadó hácia la playa, subió á un monte coronado de encinas y, esperando la muerte, no apartaba sus ojos de la funesta isla que encerraba el objeto del más ardiente amor de su vida.

En aquellos momentos vió que la altura de Purúaten se coronaba de gente. Que un grupo avanzaba hácia la orilla de la torre que dominaba el lago..... y vió que una mujer era lanzada al abismo.

Los ojos de Harame se cerraron para siempre!

CAPÍTULO IX.

Campaña de Condémbaro.—Período de paz.—Matrimonio desgraciado de Tariácuri.—Las dos princesas de Tzintzúntzan.—Toma de Pátzcuaro.—Los purépecha se retiran á Urecho.—Derrota y matanza de los de Quirínguaro.—Uresca, rey de Quirínguaro.—Guerra general.—Pátzcuaro, capital de los purépecha.

UNA de las hazañas que llevó á cabo Tariácuri y que más prestigio dió á su valor y le proporcionó una tregua de paz, fué su rápida é inesperada invasion á Curíncuaro.

Los habitantes de este reino no olvidaban que pertenecian á las cuatro tribus venidas del Sur, y que, en consecuencia, los purépecha eran sus hermanos. Dominados por un déspota llamado *Ma-higuátzi*,[1] habian visto con mucho desagrado que éste se aliaba con los enemigos de Tariácuri, y no se prestaron á seguirlo en la expedicion que proyectaba.

Ma-higuátzi, temeroso de una rebelion de los suyos, se dirigió á las altas montañas de *Condémbaro*, en cuyas quebradas habitaban algunas tribus nómades que le habian ofrecido auxilio en contra de sus súbditos. Allí comenzó á reclutar gente para ir á unirse á los aliados.

Hacia ya algun tiempo que se encontraba recorriendo los aduares de sus amigos y citándolos para reunirse en determinado dia, cuando logró encontrarlo un mensajero que lo buscaba en vano hacia una semana.

1. *Ma-higuatzi*, significa "un coyote."

Por él supo que Tariácuri venia á batirlo: que en Curíncuaro se habia revelado el pueblo poniendo á la cabeza del gobierno al anciano *Guacús-tharé*,[1] y que habian recibido en la ciudad con verdadero entusiasmo á los purépecha.

Ma-higuátzi, loco de cólera y de vino, envió en el acto correos á todos los rincones de *Tumbiscatio* y á las cañadas de Condémbaro, convocando á los guerreros de las tribus; y ya comenzaba á formar un poderoso ejército, cuando repentinamente se presentaron á su vista las huestes de Tariácuri.

En vano luchó Ma-higuátzi con un valor desesperado: en vano los guerreros nómades sembraban la muerte en las filas de los purépecha; la victoria, una vez más, coronó las sienes del rey de Pátzcuaro. Su rival cayó herido mortalmente á sus plantas, atravesado el corazon con la espada del jefe. Los guerreros indígenas de aquel país huyeron dejando millares de sus camaradas tendidos en el suelo.

Los arroyos se tiñeron de sangre que corria por el fondo de las barrancas, sirviendo para apagar la sed de los tigres.

En los desfiladeros se daban cita, para entregarse á largos y abundantes festines, los zopilotes y las auras.

Y es fama que en las altas horas de la noche recorre las quebradas de aquel país, loca y delirante, la sombra del tirano Ma-higuátzi que habita en una gruta llamada *Huat-pexhu*.[2] Buscando consuelo en la embriaguez, liba el amargo vino de *xharípitiro*[3] en la calavera de un hombre, y tañendo un muslo humano, parece convocar á la guerra á los fantasmas del desierto.[4]

Tariácuri hizo su entrada en los jardines que bordan las calles de la fértil y deliciosa Curíncuaro. El pueblo lo aclamaba: los sacerdotes quemaban en braserillos de plata las más aromáticas gomas de la Tierra Caliente, y las guanánchecha entonaban el himno de la victoria.

1. Águila vieja.
2. *Huata*, "cerro," y *péxhu*, "á la espalda:" á la espalda del cerro, detrás del cerro.
3. Significa "agrio."
4. Esta tradicion está muy concisa y vaga en la *Relacion*, pág. 185.

El rey se dirigió al templo y allí depositó ochocientas plumas encarnadas, mil doscientas verdes, mil doscientas azules y dos mil cuatrocientas de otros varios colores. ¡Tan abundante así habia sido la caza de papagayos y de otras pintadas aves en los tupidos bosques de Condémbaro!

Despues de un período tan largo de no interrumpidas campañas, quiso el rey dar algun descanso á sus tropas y consagrarse él mismo á la administracion de su pueblo.

Por otra parte, sus enemigos, ó estaban humillados y vencidos, ó tambien deseaban á todo trance la paz. Instalóse en un palacio llamado *Huáta-pexhu*, por estar situado detrás del monte.

Los de Quirínguaro, estos eternos envidiosos é implacables enemigos de los de Pátzcuaro, hicieron alarde de olvidar sus rencillas y enviaron una numerosa embajada á Tariácuri. Los embajadores se expresaron así:

—¡Gran rey! Tu hermano *Cánxhuri*,[1] señor de Quirínguaro, dice que sus dioses reconocen la omnipotencia de Cuerápperi: que él te manda el ósculo de paz y espera que los dos pueblos sean amigos. Como prenda de estos sentimientos, te envia á su hija *Cuiyus-cuatzita*[2] para que te reciba el arco y las flechas cuando vuelvas de la guerra ó de la caza; tendrá siempre leña en el hogar y en el templo; tejerá lienzos finos para Cuerápperi y para que tú te vistas; fabricará las ofrendas para los dioses y guardará tu lecho.

—Bien está—respondió el rey.—Lo que acabais de decir no es á mí á quien lo habeis dicho, sino á Cuerápperi, nuestra alta y poderosa divinidad. Ella tomará cuenta de vuestras palabras.

En este acto introdujeron los embajadores á la princesa de Quirínguaro. Recibióla el rey ceremoniosamente y la sentó á su lado.

Se cambiaron ricos presentes entre la embajada y el rey,

1. *Can-xhuri*, significa "muy entrada la noche."
2. No queremos dar la traduccion de esta palabra.

y despues de haberse servido un espléndido banquete, se despidieron los mensajeros de Quirínguaro.

Este matrimonio no fué feliz; la mujer de Tariácuri se entregaba á frecuentes libaciones de vino: tenia un carácter violento y acabó por darse á la prostitucion, apareciendo frecuentemente en su cuerpo la huella de la pintura con que se embijaban los guerreros.

Parece que no limitaba á esto su perversidad, sino que además desempeñaba al lado de su marido el oficio de espía de los de Quirínguaro.

Cuiyus-cuatzita tuvo un hijo. ¿No podia ser éste el fruto de sus amores licenciosos? El niño recibió el nombre de *Turíame.*[1]

No tardó Tariácuri en apercibirse de la infidelidad de su mujer, y esto lo traia triste é inquieto, de tal modo, que abandonó los quehaceres del gobierno y las excursiones de la caza.

Sus parientes no estaban ménos preocupados de ver á su rey sufriendo agudas penas, no tanto porque estuviese enamorado de su esposa, sino por la mancha que ella habia arrojado sobre la dignidad real. En esta situacion le aconsejaron que tomase nuevas esposas, lo que verificó solicitando dos hijas de uno de los señores de las islas; visto lo cual por Cuiyus-cuatzita, presa de los celos, huyó para siempre á Quirínguaro, llevándose á su hijo.

El manuscrito de donde vamos tomando estos apuntes refiere, si no en los siguientes términos, en otros parecidos, la aventura amorosa de Tariácuri, que dió por resultado su enlace con dos princesas de la familia real de Tzintzúntzan.

Una anciana, tia del rey, le aconsejó que fuese de incógnito á la ciudad de los colibríes, evitando así ser víctima de un engaño de Zurúmban, y que en caso de ser descubierto, sacase provecho de las circunstancias, ora amenazando al sacerdote, ora ofreciéndole compartir con él el trono.

1. El de larga cabellera.

Escogió Tariácuri unos cuantos guerreros de su mayor confianza, y les dijo:

—Vamos á *Tariarán*,[1] que tengo que ver al señor de aquel reino. Nos presentarémos como simples viandantes, pues deseo no ser reconocido.

No faltó, sin embargo, algun espía que avisase al cacique de Tzintzúntzan el próximo viaje de Tariácuri y el objeto que lo determinaba.

Partió la pequeña comitiva, y poco ántes de llegar á la ciudad, salió á su encuentro el anciano Zurúmban, y dirigiéndose á Tariácuri:

—Señor,—le dijo—seais bien venido.

—Te equivocas, padre, yo no soy un señor. Negocios de comercio nos traen á mis compañeros y á mí á la corte de Zurúmban.

—¿Conoces tú al anciano cacique?—preguntó el sacerdote.

—Jamas lo he visto; pero hánme dicho que podrá comprarnos las ricas joyas y los preciosos plumajes que traemos de la Tierra Caliente.—Y Tariácuri le mostró algunos de aquellos objetos, que eran hermosos en realidad y que llevaba como obsequio para Zurúmban.

—Hermosos son, y estoy seguro que agradarán al sumo sacerdote.

El anciano se habia dejado engañar por Tariácuri, quien hacia perfectamente su papel de incógnito.

Así iban conversando hácia la ciudad, cuando vieron á larga distancia un precioso pájaro mosca[2] suspendido en el pétalo de una flor y libando el néctar de su cáliz.

—Mira qué hermoso pajarillo—dijo Zurúmban:—raras veces se dejan ver esos pequeños colibríes. ¡Pudiera yo poseerlo vivo!

—Eso es imposible, padre; esas aves no se dejan coger nunca.

1. *Tariáran ó Tariyaran*, lugar donde hace viento. Parece que los tarascos daban tambien este nombre á Tzintzúntzan, ó á un barrio inmediato.

2. Un Zenzebu dice el manuscrito. Ahora se llama *Tzintzun-parácata*, que significa "colibrí mariposa."

—Y sin embargo, daria al que me lo entregase vivo, lo que me pidiera, aunque fuesen mis propias hijas.

No habia acabado de hablar el anciano, cuando Tariácuri, escogiendo la más delgada de sus flechas, le quitó la punta de pedernal, armó el arco y disparó sobre aquella peqneñísima ave que parecia una esmeralda nacida en la corola de una flor.

El pájaro mosca cayó aturdido por el golpe. Tariácuri corrió á cogerlo en la arena y lo presentó palpitante al sacerdote.

Éste, lleno de asombro, exclamó:

—¡Cómo me estabas engañando! tú eres el rey de Pátzcuaro; Tariácuri es el único que puede hacer esos admirables tiros.

Tariácuri se habia entregado solo, y confesó que en efecto era él y que su viaje tenia por objeto tratar con Zurúmban un asunto importante.

Apresuraron el paso y entraron en la ciudad. El sacerdote iba pensativo, como si fraguase una mala partida contra su huésped.

Llegaron al palacio. Zurúmban presentó á Tariácuri á las mujeres de su harem, no cansándose de hacer elogios de su habilidad como cazador. El pájaro mosca circulaba de mano en mano, y las odaliscas no sabian qué elogiar más, si la belleza de las plumas, ó la infinita pequeñez del pajarillo.

Entretanto, dos lindas jóvenes que no se atrevian á mezclarse en el grupo de las esclavas, no alcanzaban á ver la diminuta ave, y acaso ni lo intentaban, contentándose con bañar con sus miradas, llenas de admiracion, al apuesto cazador que tan hábil era en disparar sus flechas.

Las flechas de otro cazador más hábil, aunque invisible, habian herido ya sus corazones.

Tariácuri no se apercibió de la aparicion de las princesas, teniendo que responder á las incesantes preguntas que le dirigian las mujeres del harem.

Zurúmban y Tariácuri estaban sentados uno frente al otro, disfrutando de los placeres de la mesa. Servíanles las odaliscas, descubierto el seno y adornadas las sienes de frescas flores. El checata corria en abundancia y los comensales daban muestras de estar satisfechos.

Zurúmban, sobre todo, no podia contener su gozo y prorumpia en frecuentes carcajadas.

—Rey de Pátzcuro—decia—he ofrecido un gran premio á tu habilidad como cazador. ¿Qué mejor galardon que mis propias hijas para el que jamas yerra un tiro con sus flechas?

Y Zurúmban volvia á reir estrepitosamente.

Vino la noche. Los purépecha observaron que en el palacio no se encendia una sola luz para disipar las tinieblas, que eran de un negro profundo. El bosque que rodeaba las habitaciones hacia aun más espesas las sombras.

Zurúmban se habia retirado á su aposento dejando solo á Tariácuri.

A poco regresó acompañado de dos mujeres, cuyos rostros no podian distinguirse por el velo que los cubria.

—Hé aquí á mis hijas—balbució en medio de la embriaguez.—Ellas te guardarán, ellas impedirán que caigas en el despeñadero, cuidarán de que el vino no pierda tus sentidos; serán, en fin, tus camareras para velar tu sueño.[1]

Zurúmban se alejó riendo como siempre, en tanto que las mujeres no osaban acercarse á Tariácuri.

Éste, que habia comprendido la burla de que lo hacian objeto, ordenó á sus servidores que introdujeran á un aposento á las dos mujeres, que no eran sino las más antiguas odaliscas del serrallo.

El rey y sus guerreros pasaron la noche en los corredores del palacio, permaneciendo en vela, temerosos de alguna otra infamia.

Tariácuri estaba despechado, porque no podia probar al rey el fraude de que lo hacia víctima. No conocia á las princesas, ninguno de sus guerreros habia estado en Tzintzúntzan,

1. Palabras tomadas de la *Relacion.*

y era seguro que la gente del palacio no traicionaria á su señor.

Como resultado de sus reflexiones resolvió no amanecer en la ciudad, llegar á Pátzcuaro, levantar un poderoso ejército y tomar cumplida venganza de su enemigo.

La luna trasponia en aquel momento la elevada cresta de *Yaguarhato*, cuando Tariácuri, que iba á despertar á sus guerreros para emprender la marcha, observó que una mujer se deslizaba por el patio dirigiéndose á la vecina fuente.

El murmurio del agua, la clara luz de la luna y la soledad del recinto, daban á la aparicion de aquella mujer cierto tinte de fantástico y de sobrenatural que hizo latir por un momento el helado corazon de Tariácuri.

La blanca vision seguia avanzando. Llegó un instante en que los rayos del astro de la noche la bañaron por completo, y el rey pudo observar el airoso continente y la rara hermosura de una jóven.

Vestida de blanco y llevando en la cabeza uno de esos primorosos cántaros de Tzintzúntzan, la doncella parecia la ninfa del cercano manantial. Aquella jóven era una de las hijas de Zurúmban que habian estado presentes, aunque sin ser vistas, á la llegada de Tariácuri.

¿Iba de veras á sacar el agua de la fuente? ¿No la llevaban los celos de un amor repentino?

Tariácuri se acercó á la niña.

—¿Quién eres tú?—la dijo.—¿Es la mañana la madre que te dió el sér? ¿ó vienes á esperar la salida del lucero que acaso sea tu amante?

La jóven se estremeció, y con voz apénas perceptible, respondió al guerrero:

—Rey de Pátzcuaro, no me tomes por quien no soy. Mi nombre es *Tzípan*[1] y soy una de las hijas gemelas de Zurúmban.

Dijo la niña, se inclinó á llenar su cántaro, y ántes de que Tariácuri acertase á dirigirle de nuevo la palabra, la vision

1. *Tzipa* es la madrugada. Como nombre de mujer, le agregamos una *n*.

de la blanca vestidura habia desaparecido en el interior del aposento.

El rey de Pátzcuaro habia cambiado de resolucion, y poco despues dormia profundamente en medio de sus guerreros.

Asomaba el sol en el Oriente, cuando Zurúmban y las dos mujeres que la noche anterior habia destinado á Tariácuri, hablaban misteriosamente en uno de los pasillos del palacio.

—¿Es verdad lo que decís?—preguntaba el sacerdote.

—Verdad es, señor; ese hombre está loco: su extraña manera de conducirse, el haber huido de nosotras, haber pasado la mayor parte de la noche en vela, las palabras incoherentes que oimos esta madrugada de sus labios, dirigiéndose á una ninfa á quien suponia enamorada del lucero; todo revela que Tariácuri ha perdido la razon.

—¿Acaso el vino?

—No, señor, Tariácuri no se embriagó; arrojaba con disimulo el vino que le servias.

—Y sin embargo, no me atrevo á creerlo.

—Alguno de tus servidores habrá puesto en su comida el jugo de la flor que produce la demencia.[1]

Zurúmban, deseando ver confirmada la noticia, se dirigió al lugar donde dormia el guerrero. Lo movió repetidas veces hasta lograr despertarlo.

Al abrir los ojos Tariácuri, exclamó:

—¡Oh! la blanca vision, la fantástica ninfa de la fuente!.....

Al escucharlo Zurúmban, no cabia en sí de gozo, comenzando á creer que Tariácuri era presa de la locura.

El rey acabó de despertar, y viendo á su lado á Zurúmban, exclamó:

—Anciano: he soñado con el pájaro mosca; el ave misteriosa descendia de la mansion del lucero con la órden de los dioses de que cumplas tu palabra. Dos ninfas de singular belleza le acompañaban: una blanca y fugaz como la aurora; como el alba la otra, fantástica y pura.

1. *Curíndamescua* se llama esa flor, y significa "para venganzas."

Zurúmban, al oir estas frases, no dudó ya de que Tariácuri habia dejado de ser el caudillo temible, el conquistador afortunado, para convertirse en un pobre demente, en un poeta inofensivo, que se imaginaba dos ninfas distintas, pero de idéntica figura.

En los labios de Zurúmban se dibujó la risa homérica de la satisfaccion cumplida.

—Sí, rey de Tzintzúntzan,—continuó diciendo Tariácuri. Si cumples tu palabra, compartirás conmigo el imperio de Michámacuan, porque esas dos ninfas son..... tus hijas gemelas!

Una mortal palidez cubrió el semblante de Zurúmban. Comprendió que era imposible engañar á Tariácuri, sustituyendo sus hijas con algunas otras doncellas.

—Si faltas á los dioses,—siguió diciendo el caudillo—si tu palabra es la mentira, impropia del sumo sacerdote, habrás dejado de reinar.

El terror llegó á su colmo en el pecho de Zurúmban.

En la tarde de ese mismo dia, la poblacion de Pátzcuaro, vestida de fiesta, recibia con entusiasta ovacion á su amado rey Tariácuri, á quien acompañaban sus dos jóvenes esposas; la una blanca y fugaz como la aurora; como el alba la otra, fantástica y divina.

Cánxhuri se sintió ultrajado por la ofensa hecha á su hija, y reanudando su alianza con los demas señores de los pueblos vecinos, reunió un poderoso ejército y cayó sobre Pátzcuaro.

Desprevenidos los purépecha por la indolencia en que habia caido su rey, no hicieron una resistencia vigorosa, ántes bien, trataban de entrar en negociaciones con sus enemigos, y sólo consiguieron, por medio de la astucia, recobrar el disco del sol que estaba en el altar de Cuerápperi, é invocando á esta divinidad se retiraron con Tariácuri hácia la Tierra Caliente, situándose en el pueblo de Urecho.[1]

1. Uricho debe ser, y significa "lugar ó pueblo en Tierra Caliente."

Allí, avivándose el valor y la energía del rey, organizó sus tropas, construyó armas y reunió provisiones de toda clase. Los guerreros lo secundaban con entusiasmo, y las mujeres mismas se sentian inspiradas de noble patriotismo.

Nada extraño es, pues, que cuando los de Quirínguaro, al tratar de sorprender de nuevo á los purépecha, se presentaron repentinamente en Urecho, cercando el caserío, hayan encontrado por todas partes grupos de guerreros que no sólo les disputaban el paso, sino que los envolvian, sembrando la muerte é introduciendo en sus filas un pánico invencible.

A medida que los de Quirínguaro iban cayendo prisioneros, las mujeres de Urecho los conducian al altar campestre de Cuerápperi, en donde, apoderándose de ellos los sacerdotes, los sacrificaban sin piedad. Fué tal el número de las víctimas, que la sangre corria por las gradas del improvisado templo, formando arroyo en el patio, que corria en seguida por las calles.

La venganza de los purépecha les inspiró la idea de colocar las cabezas en astas de lanzas y fijarlas en el campo.

La leyenda refiere que aquel extraño bosque era espeso y sombrío.

Tariácuri, contemplando semejante escena de crueldad y de desolacion, no pudo ménos de exclamar: "Hé aquí la obra de mi mujer. Ella ha aplacado en este dia el hambre de los dioses."[1]

La guerra volvió á empeñarse: los aliados reunian sus ejércitos y los correos se cruzaban en todas direcciones.

Para impedir que realizasen pronto su plan, Tariácuri hizo una rápida correría, llegando hasta Tzacapu, y retrocediendo en el acto, fué á situarse en Zurumucapio,[2] en donde encontró un poderoso aliado en *Capari*,[3] señor de aquel pueblo.

---

1. *Relacion*, pág. 207.

2. Lugar de una planta llamada sosa, que tiene muchas espinas, que es lo que significa la palabra *Zurumu*, y *ucapio* lugar donde se produce. Siempre que en la *Relacion* se habla de Zurumucapio, se le junta con Santangel, como si éste fuera un pueblo distinto, cuando no es más que el nombre que despues le dieron los españoles y que dura todavía, escrito y pronunciado *San Angel*.

3. Significa "jicote," una abeja silvestre.

Tenian los indios primitivos de Michoacan la costumbre de que cuando su rey estaba ya anciano, le asociaban en el gobierno al hijo que le habia de suceder, usando éste del poder ejecutivo y conservando aquel el de presidir el Consejo.

Cánxhuri se hallaba ya en la senectud, é invistió con el señorío á su hijo *Urescua*,[1] heredero del trono.

Apénas hubo tomado posesion de su encumbrado puesto, cuando, siguiendo las tradiciones de su pueblo, se preparó á hacer alguna campaña.

La reciente derrota que habian sufrido los de Quirínguaro y el odio inveterado contra los purépecha, determinaron al Consejo del rey á escoger una vez más á Tariácuri como punto objetivo de la guerra. No olvidaba, por otra parte, los obsequios que el rey de Pátzcuaro tan espléndidamente habia hecho á los de Curíncuaro, y el despecho de que éstos hubiesen vuelto á la amistad de aquel príncipe; así es que la envidia fué un aliciente más para la guerra.

Llamó, pues, Urescua á sus sacerdotes y los envió á Tariácuri en solemne embajada.

Se hallaba el rey de Pátzcuaro pasando revista á sus tropas en las cuatro colinas de Zurumucapio. El ejército era ya más numeroso: los nutridos escuadrones se agrupaban en torno de sus respectivas banderas. Los soldados ofrecian á la vista el extraño espectáculo de séres humanos rayados como los güinduris;[2] sus armas eran la lanza y el arco; apénas un cendal bajaba de la cintura, y sobre su cabeza flotaban tres plumas del color que pertenecia á sus respectivas banderas. Los jefes ostentaban un aparatoso uniforme: sus penachos estaban cuajados de plumas de variados colores que ondeaban al impulso del aire; traian orejeras y bezotes de oro, y en las muñecas de sus manos fajas de piel de tigre. Usaban un jubon de manta que les caia hasta las rodillas, en la espalda un manto del mismo lienzo pintado de colores ó entretejido de pluma ó pelo de conejo, y en los piés sandalias de cuero atadas hasta los muslos. Sus armas eran las flechas, los dardos y la espada de cobre.

1. El guía, el que va adelante.

2. Es nombre de un pequeño animal de la raza felina: su piel está rayada de negro en fondo blanco.

Pasada la revista, el rey se retiraba ya á la cabaña real, cuando se le avisó que una embajada de Quirínguaro iba entrando en el pueblo. Dirigióse entónces al templo para recibir á los mensajeros.

Allí ocupó la silla del trono, y á sus lados se extendian en dos filas los sacerdotes de Cuerápperi. Llegaron los embajadores, saludaron al rey y á los ancianos y tomaron asiento. Antes de desempeñar la comision, fueron obsequiados con elegantes pipas de barro barnizado, recibieron un ramillete cada uno, y se les sirvió el opíparo banquete. Durante la comida expresaron en elegantes guandacuas el objeto de su presencia en aquel lugar. Cada vez que uno de los oradores tomaba la palabra se ponia en pié, y, llenando de espumoso licor un vaso adornado de flores, exponia la parte que le tocaba en el desempeño de la embajada.

Reducíase ésta á manifestar al rey que, habiendo sabido su hermano Urescua, señor de Quirínguaro, que los purépecha acababan de hacer una correría por el Sur, le mandaba pedir para sus dioses, penachos blancos y plumas de papagayo y otras de distintas aves, así como collares, piedras preciosas y oro y plata del botin que habian hecho.

Oíalos el rey con mucha gravedad, y al concluir el banquete pidió que le trajesen una caja llena de flechas, y, escogiendo cuatro de ellas, las entregó á los embajadores, diciéndoles:

—Aquí teneis esta flecha con pedernal verde: llevadla á vuestro amo y decidle que son los plumajes verdes del papagayo; esta otra de pedernal amarillo, el oro y los collares que demanda; esta colorada, son las provisiones y mantas que pide, y la que está guarnecida de *tzinapu*[1] negro, es para los penachos de sus guerreros.

De esta manera contestó Tariácuri al desafío de su cuñado Urescua.

Tan luego como los embajadores llegaron á Quirínguaro, Urescua, que no entendió el significado de las flechas, hizo ir á su presencia á su hermana Cuiyus-cuatzita, mujer de Tariácuri, para que se lo explicase; mas ella, no queriendo confesar su ignorancia, lo atribuyó á locura ó insensatez de su marido.

1. Obsidiana.

Urescua entónces tomó las flechas, las rompió y las arrojó al fuego. En estos momentos entraba el anciano rey Cánxhuri, é impuesto de lo que acababa de pasar, exclamó:

—¿Qué habeis hecho, hijos mios? Estas flechas eran sagradas: debísteis haberlas colocado en un carcax y puéstolo en la espalda de nuestro dios. Las habeis quemado, y vendrán los purépecha, y no podrémos resistir á sus armas.

Burláronse Urescua y su hermana de la prediccion de su padre, y aquel se preparó á la guerra.

La lucha fué general, tomando participacion en ella todos los pueblos del país. Eran aliados de Tariácuri los de Curíncuaro y la Pacanda, y en favor de Urescua combatian las demas naciones ribereñas y los señores de las islas.

La marcha de Tariácuri era como el vuelo del águila que va derecho á su presa. El rey se dirigia á Pátzcuaro, y su grito de guerra era el silbido de aquella ave reina de los aires.

Por todas partes se veian huir las huestes contrarias.

Las grandes polvaredas de los caminos indicaban á las claras la priesa que tenian para llegar á sus hogares.

Pátzcuaro volvió á ser la ciudad del rey Tariácuri.

CAPÍTULO X.

Turátame.—Tamap-achá, cautivo de los de Quirínguaro. Su sacrificio.—Aparecen Tangáxhuan é Hirépan.—Huanita.—Hiquíngare.—El bosque de Paré-xharípitiro.—Se preparan grandes acontecimientos.

PARECE que los sucesos que acabamos de narrar se desarrollaron en una larga série de años.[1] En la época á que hemos llegado, era ya hombre el hijo de Tariácuri, habido en la princesa de Quirínguaro. Es de creerse que Tariácuri no le haya tenido mucho cariño, porque lo dejó primero en Quirínguaro con el pretexto de que se educase al lado de su abuelo: despues le dió en feudo el pueblo de *Surúmutaro*, cercano á Pátzcuaro, para tenerlo bajo su vigilancia. *Turdtame*[2] vivia entregado á la ebriedad y á los placeres, y alimentando una ambicion desenfrenada.

1. Leyendo atentamente la parte de la *Relacion* que se ocupa de *Tariácuri*, no podemos comprender que tantas campañas dilatadas, tantas treguas que suspendian la guerra, el tiempo empleado en la decoracion de los templos y en los ensayos de la administracion pública de aquel pueblo, se refieran á la vida de un solo hombre. Nos inclinamos á creer que con el apellido de *Tariácuri* hubo por lo ménos dos reyes que consagraron sus tareas á constituir á la nacion tarasca.

2. La *Relacion* lo llama más comunmente *Curátame*. Aceptamos el otro nombre que significa el Señor de la cabellera de elote, para distinguirlo del otro príncipe denominado tambien *Curátame*.

Tenia Tariácuri otro hijo llamado *Tamap-achá*,[1] jóven entregado á los ejercicios guerreros y cuyos placeres consistian tan sólo en la caza y en la pesca.

Queríale tiernamente el rey, porque era el fruto de sus primeros amores con una humilde doncella de Paréo, la que al saber que Tariácuri, por razones de Estado, habia contraido matrimonio con Cuiyus-cuatzita, cayó en una melancolía tal, que pronto la tierra abrió su seno para guardarla eternamente.

Tamap-achá era muy popular entre los habitantes de los pueblos que bordan la ribera meridional del lago. Acompañábanlo los mancebos en sus excursiones: los ancianos le daban consejo y las muchachas esperaban siempre su llegada con dulces obsequios y tiernos cantares.

Él fué quien, recordando antiguos tiempos, inventó la cacería de los patos, segun el sistema que se practica aún y que es peculiar en el lago de Pátzcuaro.[2] Es una verdadera fiesta á que se consagran con positivo entusiasmo los habitantes de aquellos contornos.

Tamap-achá señaló un dia á sus numerosos amigos, citándolos en el gran seno de la laguna que se extiende desde Surúmutaro hasta Higuatzio.

Era el mes de Abril. En un punto convenido de la playa se levantó una extensa enramada, bajo la cual los cazadores irian á descansar de sus fatigas, pasada la cacería.

Centenares de las más hermosas jóvenes de los pueblos se habian dado tambien cita debajo de la enramada: unas disponian el suculento almuerzo, otras adornaban de flores el recinto; éstas preparaban los refrescos deliciosos hechos de cacao y de chia,[3] aquellas suspendian de la enramada los racimos de sabrosos plátanos de *Pinzándaro*,[4] las sartas de ciruelas

1. Significa el Señor anciano. Acaso tenia este nombre por ser el mayor de los hijos de *Tariácuri*.

2. Segun el P. Acosta (Historia de Indias), los peruanos hacen la cacería de patos en el lago de Titicaca, de la misma manera que los tarascos en el lago de Pátzcuaro.

3. Estas costumbres se observan todavía en algunas fiestas de los indígenas de Michoacan.

4. El plátano se llama *huemba* en tarasco. Es una variedad del género *Musa* que existia en Michoacan desde ántes de la conquista.

teñidas de carmin,[1] los mameyes de exquisito gusto,[2] los zapotes blancos de narcótica esencia,[3] y las sandías heladas y dulcísimas.[4]

Entretanto, y apénas habia enviado el sol á la tierra sus primeros rayos, cuando de todas las numerosas poblaciones de las riberas del Sur y del Poniente del lago, salian infinitas piraguas, henchidas de cazadores; éstos sin más armas que varas arrojadizas.

Formaron inmensa curva, abarcando una grande extension de la superficie líquida, y fueron estrechando poco á poco esa línea hácia el rumbo señalado de antemano.

Las innumerables bandadas de ánades que flotaban sobre las olas fueron apiñándose más y más y huian en la direccion deseada por los cazadores. Los gritos de éstos atronaban el espacio, y las aves acuátiles, llenas de terror, nadaban con increible rapidez, rugando en todas direcciones la tersa superficie de las aguas. A veces los patos intentaban levantar el vuelo; mas era tal la aglomeracion de ellos y les parecia tan estrecho el horizonte, que otra vez fatigados y sin aliento, volvian á la laguna.

Acosados sin término, huian saltando los unos sobre los otros, y muchos eran llevados á remolque, faltos de espacio en que poder nadar. El elemento líquido era para las infelices aves la muerte segura. Afortunadamente la playa estaba cerca; hicieron un empuje superior á sus débiles fuerzas y alcanzaron la tierra, echándose unos entre las yerbas y huyendo los demas hácia el vecino bosque.

A su turno saltaron tambien los cazadores de sus piraguas y comenzaron á hacer uso de las varas arrojadizas para acabar de asegurar la presa.

---

1. La ciruela es *cupú*, planta indígena que recibió su nombre de los españoles, tal vez creyéndola parecida á la ciruela europea.

2. El mamey *guacuz:* acaso los tarascos dieron á la fruta este nombre que significa *águila*, por ser comida favorita de aquella ave, y porque en el hueso del mamey está grabada una figura que tiene alguna semejanza con el águila.

3. El zapote blanco es *cuin-uruata*, que significa chirimoya para dormir: la fruta es narcótica.

4. La sandía se llama *Itsi-purú:* significa calabaza de agua.

Zinzuni, el rey de *Itzí-parámucu*, aliado de Urescua, tenia una hija, lindísima jóven que amaba en secreto á Tamapachá.

La bella *Cundá*[1] lo habia visto en el mercado de Paréo: allí lo contempló aclamado por el pueblo; allí escuchó los elogios que de su valor y sus virtudes hacian las mujeres todas que asistian al mercado; allí supo, por último, la proyectada cacería y que el punto señalado para terminarla eran las playas contiguas al pedregal de Itzí-parámucu.

La inocente niña, sin comprender los peligros á que exponia á su amado, cometió la indiscrecion de referir á su padre el plan de los tarascos y el deseo que ella alimentaba de presenciar la aparatosa fiesta. El rey le ofreció que quedaria satisfecha su ambicion.

Amaneció el dia fijado para la cacería. El rey de Itzí-parámucu condujo á su hija á lo alto del templo.

Héla allí extasiada ante el soberbio espectáculo que se ofrece á su vista: aquel lago "tan infinitamente bello;" los cien pueblos que parecen reclinados en sus riberas; las islas encantadas; los elevados montes que escalan las alturas del cielo; el ambiente tibio y perfumado con la esencia de los pinos; los cantos de las aves; el ruido misterioso de la selva.

Y veia Cundá sobre la tersa superficie de las aguas, la extensa línea de embarcaciones de los purépecha, acorralando las nutridas bandadas de ánades, y escuchaba el estruendoso grito de los cazadores y alcanzaba á distinguir las brillantes plumas de sus penachos, y buscaba con inquieta mirada la canoa capitana de la flota.

Mas la infeliz Cundá, en su enajenacion, no observó la numerosa hueste de guerreros que, saliendo de Itzí-parámucu, se emboscó entre las tupidas encinas del mal país.

---

1. *Cundá-tzitziqui* se llama en tarasco la flor que los mexicanos conocen por *zacalaxóchil*. El nombre en tarasco significa flor de olores.

Los gritos se escuchan más cercanos. Las aves acuáticas han saltado en tierra. Los cazadores las persiguen.

Tamap-achá va á la cabeza de los purépecha. ¡Qué ligeros son sus movimientos! ¡qué airoso es su continente!

Cundá escucha un rugido salvaje. ¡Es el grito estridente de la matanza de los guerreros de Itzí-parámucu!

En efecto, los tarascos, ébrios de entusiasmo, se alejaron en persecucion de la caza, abandonando la abierta playa para penetrar en el pedregal de Itzí-parámucu.

Al oir el alarido de sus contrarios, la confusion y el espanto se apoderaron de los cazadores, que en tumultuoso tropel huyeron hácia Pátzcuaro, arrollando á su paso la enramada y las flores, el almuerzo, las dulces frutas y las hermosas doncellas.

Sólo un hombre, un guerrero invencible, sostiene la lucha. Cien y cien combatientes ruedan á sus piés.

El valiente guerrero cae por fin rendido de cansancio, y queda prisionero en poder de los jurados enemigos de su padre.

Le atan las manos á la espalda. Lo conducen en procesion hasta el gran patio del templo mayor de Itzí-parámucu, y los sacerdotes lo incensan como si fuese un dios.

Cuando llegó á los oídos de Tariácuri la noticia de la prision de su hijo, el rey, léjos de entristecerse, exclamó lleno de alegría:

—Sí, sí; mucho placer tengo. Ha llegado el dia en que mi sangre dé de comer al sol y á los dioses del cielo. Yo engendré aquella cabeza que va á servirles de alimento; mio es el corazon que va á ofrecérseles. Mi hijo será pan delicado que saciará á los númenes de las cuatro partes del Universo! ¿Qué mejor suerte puede ambicionar?

Al ver que se dispone el sacrificio, Cundá se arroja á los piés de su padre, se abraza de sus rodillas y le arranca la promesa de que Tamap-achá no será inmolado.

Zinzuni baja del templo y ordena á sus súbditos:

—¡Soltad al prisionero, que es hijo de un gran señor: que se vaya!

—¿Qué decís?—responde Tamap-achá;—¿por qué he de tornar á mi patria? Preso estoy y mi cuerpo es alimento de los dioses. Aprestaos al sacrificio y dadme ya el vino sagrado.[1]

—No hemos de sacrificarte—replicó Zinzuni;—de irte tienes á tu casa.

—Jamás me presentaré á mi padre. ¿Por qué habria yo de deshonrar sus canas? Traed y ponedme los atavíos del cautivo, pintad mi cuerpo de amarillo, en señal de que la pálida muerte me cubre con su sombra. ¡Presto! ¡que ya dirijo á los dioses del cielo los cantos de la hora postrimera!

Y observando que los sacerdotes permanecian inmóviles, agregó con ironía:

—¿Acaso creeis que si en alguna ocasion se os hace prisioneros, podeis alegar mi perdon para salvaros de la muerte?

Al escuchar estas palabras, los sacrificadores le pusieron el traje de las víctimas, ciñeron su frente con diadema de plata, en su mano colocaron el estandarte fúnebre y adornaron su garganta con un blanco collar.

Diéronle en tazas de oro el hirviente licor de maíz para que se embriagase, y en honor del ilustre prisionero ellos mismos tambien se entregaron á frecuentes libaciones.

Pasaban las horas.

A media noche se abrió la puerta de la prision, y una mujer, velado el semblante, se dirigió á los guardianes, les hizo obsequio de ricos plumajes verdes, y mostrándoles la flecha real, les dió órden de que colocasen al prisionero en una hamaca y lo condujesen á Pátzcuaro, depositándolo en Cutzio, ó sea en el templo de la luna.

Así lo ejecutaron, y amaneciendo volvió en sí Tamap-achá y dijo:

—¿En dónde estoy? ¿He sido ya sacrificado?

1. Este episodio se refiere tambien en la *Relacion*, pág. 285.

Los guardianes contestaron:

—Señor, estás en Pátzcuaro; eres libre!

—¿Libre yo? Ni los dioses ni mi padre me lo habian de perdonar. Volved á conducirme á Itzí-parámucu.

Mas Tariácuri habia tenido la noticia de hallarse libre en la ciudad su hijo Tamap-achá. Llamó á su presencia á algunos emisarios y les habló en voz baja.

Partieron los enviados, y llegando al lugar en que se hallaba el príncipe:

—Señor—le dijeron,—tu padre nos ordena darte la muerte.

—Bien está, mi padre es justo y bondadoso y los dioses me esperan.

Dijo, y presentó el pecho á los sacerdotes sacrificadores que iban á cumplir las órdenes de Tariácuri.

Rápidos como el relámpago, abrieron con sus navajas de *tzinapu* el costado izquierdo del príncipe, extrajeron el corazon, y al ir á ofrecerlo en el altar de la luna, una mujer, velado el semblante, lo arrebató de sus manos y, humeante aún, lo levantó sobre su cabeza y huyó precipitadamente en direccion de Itzí-parámucu.....

En vista de los desórdenes de Turátame, Tariácuri se acordó de sus sobrinos Hirépan y Tangáxhuan, quienes, como se recordará, eran hijos de Tzetahcu y Harame.

Hallamos muy natural este olvido en medio de los terribles acontecimientos que habian trabajado la vida de Tariácuri. Los niños fueron abandonados, y en su orfandad habian andado mendigando asilo y alimentos. Veces hubo en que, careciendo de todo, esperaban que la gente se retirase de los mercados para ir á recoger allí los desperdicios y apagar con ellos el hambre.[1]

Si se refugiaban en la casa de alguno de sus parientes, los obligaban á desempeñar labores domésticas y les prohibian el ejercicio de la caza, así como traer del bosque leña para quemar en los templos.

1. Lo que la *Relacion* refiere de estos príncipes, pasó á todos los tarascos inmediatamente despues de la conquista, cuando huian de la crueldad y codicia de los españoles.

Así peregrinaron por los pueblos de Pichátaro, Sevina, Cherán, Zipiajo,[1] Matujeo,[2] Azajo[3] y Tingambato. Por aquel entónces iban ya acompañados de la madre y de una hermana pequeña de Hirépan, á quienes habian encontrado pidiendo limosna en alguno de los pueblos mencionados.

Sabedores de que en Eróngaricuaro residia un hermano de aquella señora, dirigieron allá sus pasos implorando su proteccion.

Recibiólos por de pronto con agasajo; pero á poco tiempo los convirtió en esclavos suyos, llegando su crueldad un dia al extremo de echar de la casa á las dos mujeres, madre é hija.

Cuando Hirépan y su primo regresaron del cerro de traer la leña para el hogar de su tio, no encontraron ya á las mujeres y echáronse á buscarlas.

Ambos jóvenes tenian las espaldas y las manos llagadas, porque no les daban ni una tilma para cargar la leña ni una hacha para cortarla.

Despues de muchas pesquisas divisaron á la anciana y á su hija, alojadas al pié de un cerezo, pues que en ninguna casa habian querido recibirlas.

Tras de inútiles lamentaciones, la viuda y los huérfanos se dirigieron á Uricho, á la casa de otro pariente que los trató de la misma manera.

Por fin el anciano *Sirútame*,[4] señor de Paréo, los recibió bondadosamente. Aconsejó á Hirépan y á Tangáxhuan que llevasen leña al templo de Pátzcuaro, en donde estaba su tio el rey Tariácuri, y que se ejercitasen en la caza.

Los príncipes no quisieron presentarse desde luego al emperador, sino que por algun tiempo se consagraron asiduamente á la caza y á todas las fatigas propias de los guerreros.

Cuando lo creian oportuno, iban furtivamente por las noches á Pátzcuaro y dejaban leña en la puerta del templo para

1. *Sipiajo*, significa mal olor en la hondonada.
2. Matujeo. *Ma-utúxheo*, donde vive uno de baja ralea.
3. De *axaxu*, brazos abiertos.
4. *Siruta ó sirucua* significa una guía, y en sentido figurado *progénie*. *Sirútame* puede, pues, traducirse "el jefe de la progénie." *Sirutamé*, "el que arranca con fuerza."

el altar de Cuerápperi. Advertidos de esto los sacerdotes, dieron parte á Tariácuri de que dos desconocidos penetraban por las noches al santuario.

El rey mandó poner espías cerca del templo, y una noche que Hirépan y Tangáxhuan llegaron y estaban encendiendo los braserillos de incienso para el altar, fueron sorprendidos; y aunque lograron escaparse y correr á Paréo, no fué sin que uno de los sacerdotes los hubiese reconocido.

Gran placer causó al rey la noticia de la llegada de los príncipes. Informóse acerca del lugar de su residencia, y envió una diputacion que los invitase á pasar á la Corte.

"Al reir el alba," partió la embajada, y en la tarde del mismo dia hicieron su entrada en la ciudad imperial, Tangáxhuan, Hirépan y la madre y hermana de éste. Al verlos Tariácuri, no pudo ménos que derramar copiosas lágrimas de alegría, y luego, en larga conferencia escuchó las desventuras de sus parientes y les relató él mismo la varia suerte de sus campañas.

Contóles cómo tras dilatadas y sangrientas luchas habia por fin llegado á vencer á los de Quîríinguaro; pero que durante la guerra habia sufrido el desengaño de muchas defecciones de las tribus hermanas, y que, en aquellos momentos mismos, los *Cuéseecha*,[1] al mando de los jefes *Cuacángari*,[2] *Quiriqui*,[3] *Angáricua*[4] y otros muchos, estaban en armas contra los tarascos.

—No esteis triste, señor,—dijeron los príncipes.—Estarémos á tu lado y morirémos juntos.

Concluida la conferencia, el rey agasajó á sus sobrinos y los instaló en un palacio llamado *Yahuácutiro*.[5]

En las inmediaciones de Paréo hay un sitio delicioso en medio del mal país.

Desde lo alto de las peñas que lo acotan se contempla un

1. Esta palabra que está en plural significa "los cobardes."
2. El que se lava la cara.
3. El alcon.
4. El de los ojos escaldados ó enfermos.
5. Lugar de hielo.

extenso panorama. Hácia el Oriente se divisa la sagrada colina en que se levanta el templo de Cuerápperi y los bosques que circundan á Pátzcuaro: al Norte se extiende el cristalino lago bordado de pintorescas islas; al Poniente las oscuras selvas de Pichátaro, y al Sur las praderas de Charáhuen[1] y Nocutzepo, sobre las que se desliza el aire perfumado de los pinos de Siráhuen.

Circundan aquel sitio delicioso millares de nopales que entretejen sus pencas, no dejando sino estrechos y ocultos senderos de pocos conocidos.

Llámase aquel jardin misterioso *Paré-xharípitiro*,[2] y en su recinto se despliega la más exuberante flora del reino de los purépecha.

Hay bosques de arrallanes[3] en que los rayos del sol, quebrándose en el lustre de las hojas, las tiñen de un verde tan puro como el reflejo de las esmeraldas.

Hay prados cubiertos de *pisperamas* y de *puchúngaris*[4] que embalsaman el ambiente, y de entre las hendidas rocas vestidas de *uchep-tzitziquis*[5] se yerguen los rojos tallos de la *querend-tzitziqui*.[6]

La dorada *cútacua* trepa por las ramas de las encinas.

Allí la perfumada *sirucua* viste con sus lianas las frondas de los árboles, y los campos están esmaltados de *cháx-arucuas*[7] y de *tiríndicuas*,[8] que parecen ensartas de corales sobre el jaspeado manto de las silvestres *súmac-tzitziquis*.[9]

Más de un arroyo serpea por aquel lugar, deshaciéndose en gotas cristalinas al chocar con las piedras, y su dulce murmurio se parece al suspiro de un niño saludando á la aurora.

1. Tierra colorada, ó donde se oian truenos, segun sea la pronunciacion.
2. Sitio de nopales de la clase del *xoconochtli*.
3. *Tarimonandi* en tarasco.
4. Pequeños lirios silvestres muy aromáticos. *Puchúngari* significa *suave, aterciopelado*, del rostro: puede tambien esta palabra ser *putzungari*, y entónces significará "lo que se desliza por el rostro;" en sentido figurado, *lágrimas*: tal es en efecto la figura de estas lindas y pequeñas azucenas.
5. Es el heliotropo silvestre.
6. La begonia.
7. Unas campánulas de corola cerrada. Significa *tronadas en la frente*.
8. Flor en figura de pendientes.
9. La violeta de los campos.

En aquel encantado paisaje tenia una rústica mansion el anciano Tariácuri. Jamas curiosos ojos habian contemplado sus bellezas; jamas profanos piés habian hollado los senderos que á aquel Eden conducian.

Allí alojó el rey á la madre y á la jóven hermana de Hirépan, rodeadas de su servidumbre.

Desde ese dia quedó descubierto el misterio de aquel sitio, y aunque se prohibió la entrada, muchas miradas atrevidas quedaron sorprendidas á la vista de la espléndida mansion.

¿Por qué habia llevado allí al rey Tariácuri á la hija de su hermano? ¿Acaso los brillantes ojos de la jóven habian encendido el sacro fuego en aquel corazon que no latia ya á impulsos del amor?

En la cabellera del anciano más de cien inviernos habian ido depositando los blancos hilos de la escarcha: su pecho endurecido en los combates no podia dar cabida á las pasiones de la juventud.

Pero conocedor de la naturaleza humana, habia querido alejar de su hijo *Hiquíngari* y de su sobrino Tangáxhuan á la hermana de Hirépan.

Habia adivinado que en aquella niña, á quien la miseria tenia raquítica y de una palidez enfermiza, se encerraba el gérmen de una brillante hermosura.

La apartaba de los peligros, al mismo tiempo que la reservaba para los más altos destinos á que en aquella nacion podia aspirar una noble princesa.

Tenia razon el rey. No habian pasado en efecto dos meses desde que la niña se habia retirado á aquel paraíso, cuando la mujer se despertaba en ella: las espadañas del lago eran ménos flexibles que su talle; la curvatura de sus formas no podia ser más suave ni más correcta, y el sonrosado tinte de su blanquísimo cuerpo contrastaba con el negro profundo de sus ojos y de su sedosa cabellera que bajaba en rizos por la espalda.

El pueblo la llamó *Huanita.*[1] Y desde aquel momento fué la reina del jardin la blanca y tímida Huanita.

1. *Huanita:* ya hemos dicho que se llama así la hermosa y aromática flor de un árbol que lleva el mismo nombre.

Lejarza, hablando de esta planta, dice lo siguiente en su descripcion de Uruápan:

¡Cuántas veces por las tardes, á la hora del crepúsculo, se la veia sobre una roca contemplando la superficie límpida y tranquila de aquel lago! Podria haberse tomado por una blanca nube próxima á desvanecerse en el cielo.

Más de una noche se oia salir del interior del bosque el canto melodioso de la doncella, como si un jilguero ausente de su hembra soltase el melancólico raudal de sus trinos, llamando á su dulce compañera.

Pero Tangáxhuan amaba á Huanita. Desde niños habian comido juntos el pan de la orfandad. Juntos habian pasado tristes horas de fatigas en las casas de sus parientes. En sus largos viajes, cuando Tangáxhuan veia cansada á Huanita, su brazo le servia de apoyo: al llegar á un manantial, el niño cortaba una hoja de *zirimu* para servir el agua á su prima. La rodeaba siempre de atenciones y siempre procuraba mitigar sus penas. ¿Era posible que dejasen de amarse aquellos dos séres desgraciados?

No fué el amor de la naturaleza el que nació en los corazones de aquellos niños: eran dos almas fundidas en una sola. Y cuando son las almas las que se aman, el amor es eterno.

Tangáxhuan, Hirépan é Hiquíngari habitaban, por órden del rey, el sitio desierto y estéril de *Yagudcuitiro*, siendo el objeto de Tariácuri habituarlos á las fatigas y privaciones. Desde allí llevaban leña para el templo y hacian dilatadas excursiones de caza.

"No es ménos notable un árbol que crece hácia el molino del Sacramento, único en su especie, género é individuo, que describe el padre Landívar bajo el nombre de *Huanita urapensis*, que es desconocido á los botánicos de Europa."

El Sr. Lejarza se equivoca creyendo que no habia más ejemplar de ese árbol que el de Uruápan. Hay otro en Acahuato, varios en los Reyes y en Jiquilpan, y otros en la misma ciudad de Uruápan.

En esta parte de la tradicion hemos visto aparecer un nuevo príncipe real, el jóven Hiquíngari. Era éste hijo de una de las esposas que Tariácuri sustituyó á la pérfida Cuiyuscuatzita: la leyenda refiere que al verlo por primera vez el rey, volviendo de una de sus expediciones, quedó sorprendido de la semejanza del niño con su propia fisonomía, y no pudo ménos que exclamar: *Hi-inhángari*,[1] "éste sí que es parecido á mí." El rey con estas palabras daba á entender bien claro cuánta desconfianza habia tenido á su primera esposa.

Los tarascos, con esa imaginacion ardiente y pronta que los caracteriza, adoptaron la frase, haciendo de ella el nombre del niño.

Los príncipes correspondian á las esperanzas que en ellos habia cifrado el rey de Pátzcuaro. Su consagracion á los ejercicios varoniles, su devocion á Cuerápperi, el respeto que profesaban á los sacerdotes y su veneracion á Tariácuri, les habian granjeado inmensa popularidad en las tribus.

Mas no sin objeto dilataba Tangáxhuan su regreso á la ciudad. Si perseguia al tigre en las espesuras agrestes de la Tierra Caliente; si trepaba á lo alto de las montañas ó bajaba á la sima de los desfiladeros á buscar flores; si se perdia en el fondo de los profundos bosques para cazar las aves más hermosas ó recoger en las bifurcaciones de los árboles aromáticas gomas que quemar en los braserillos de los dioses, no era con fin de buscar la popularidad, sino para hallar en esto un pretexto que le permitiese consagrar un dia para una excur-

1. Significa "parecido á mí." Este fué el rey que la *Relacion* llama *Higuangaje*, y así copió este nombre el Sr. Orozco y Berra. Brasseur de Bourbourg, Payno y otros, escriben *Hicucaxé*. No falta quien haya escrito *Hicugaje*.

En el árbol genealógico que acompaña á algun ejemplar de la *Relacion*, el personaje en cuestion se desprende directamente de *Tariácuri*, y lleva un letrero que dice *hiquin-gare*.

En la difícil reconstruccion que hemos intentado de tantas palabras estropeadas por el indio que dictó la *Relacion* y por el fraile español que la escribió, no hubiéramos vacilado en adoptar la palabra *Hi-inhángari* para señalar al hijo de *Tariácuri*. Sin embargo, debemos decir que encontramos tambien la palabra *Hiquíngari*, que significa el de la cara adusta. La preferimos porque parece ser la que está escrita en el árbol genealógico.

sion misteriosa. Ya fuese ántes ó despues de sus correrías, Tangáxhuan encaminaba sus pasos hácia la enmarañada espesura de nopales, hácia Paré-xharípitiro. Penetraba en sus ocultos senderos y, llegando á un bosquecillo de *Itzí-tarimbus*[1] que bordaban un cristalino arroyo, imitaba el silbido del águila y permanecia inmóvil.

Permanecia inmóvil, pero en sus ojos se ensanchaban las pupilas para que la vista pudiese penetrar entre las tupidas ramas.

Vamos á presenciar una de las escenas que se verificaron en el pensil de Paré-xharípitiro.

Tangáxhuan está inmóvil, pero su corazon late tan fuertemente, que interrumpe el silencio de la soledad.

De repente escucha un ruido como el que produce el paso del colibrí al atravesar el follaje.

Escucha, y sus oídos perciben pasos acelerados.

—¡Huanita!—exclama, y cae á los piés de la doncella.

—Tangáxhuan, ¡cuánto has tardado! Mi corazon palpitaba de temor y se me figuraba que algun tigre habia destrozado á mi amante.

—No temas, amor mio: si no vengo á verte con frecuencia, es para evitar sospechas. No quiero que sepa el rey que, desobedeciendo sus órdenes, me atrevo á penetrar en este paraíso.

—Tienes razon, Tangáxhuan,—dijo la jóven, inclinando con tristeza su frente.

—Sí que tengo razon; pero ¿por qué te preocupa tan hondamente la prohibicion de nuestro padre?

—No quisiera decírtelo: te va á causar mucha pena si lo sabes.

—Dílo, por Dios, Huanita. Acaso Tariácuri te destina á otro hombre. Dílo, y ese hombre desaparecerá.

—Los celos te arrebatan. ¡Cuántas veces te he dicho que si tal sucediera, moriria primero que enlazar mi suerte á la de otro hombre que no fueras tú!

—¡Júralo, Huanita!

1. En singular, *itzí-tarimbu* significa sauz de agua, es el sauz lloron.

—Te lo juro por nuestro padre el sol.[1]

Tangáxhuan se tranquilizó; pero notando mayor tristeza en la mirada de la jóven, volvió á preguntarle:

—¿Pero por qué te afliges, entónces, con la prohibicion de mi padre? ¿Por qué dices que si yo lo supiese me llenaria de pena?

—Voy á decírtelo: el otro dia fuimos mi madre y yo á Pátzcuaro: en el camino nos encontró tu hermano Turátame que iba muy ébrio hácia su pueblo. Me vió de una manera extraña y me dijo: tú serás la reina, cuando yo sea el rey. Mi madre refirió el encuentro á Tariácuri, despues que hubimos salido del templo, é indignado el anciano, fijó en mí sus ojos y me dijo: "Huanita, no des oído á la voz de ninguno de los príncipes: yo quiero consagrar tu hermosura al altar: tú serás entre las guanánchecha la *Huriat-pari.*"[2]

Tangáxhuan se encendió en cólera cuando escuchó de los labios de la jóven las pretensiones de Turátame, é interiormente decretó su muerte; mas cuando supo la resolucion del rey de condenar á Huanita á una eterna virginidad, no pudo ménos que temblar y dejó caer involuntariamente un hermoso ramillete que llevaba en la mano.

Cualquiera otro destino de la jóven podria ser contrariado por él, ora recurriendo á las súplicas, ora empleando la astucia ó bien haciendo uso de la fuerza; pero la vírgen consagrada directamente al sol no podia ser la esposa de ningun hombre: las guanánchecha eran las odaliscas del rey; pero la Huriat-pari era sagrada para los mismos soberanos.

¡Oh! Verla todos los dias, escuchar su voz en los cánticos religiosos, amarla más y más, y no poderla llamar esposa!

Tangáxhuan veia extinguirse la luz de su alma y sintió el corazon oprimido.

—¿Y qué harémos?—exclamó al exhalar un largo suspiro.

—¡Esperar!

—¿Y tienes tú esperanza?

1. Aun hoy dia, el más solemne juramento de los tarascos es el que hacen poniendo por testigo al sol. Dicen "*Indé taxá huriat-himbó.*" La palabra *Indé* (ese) es enfática de respeto: así es que podemos traducir: "Por Él, por nuestro padre el sol."

2. La que lleva el sol; es decir, la que lleva el estandarte del sol.

—Oye, Tangáxhuan: si te he jurado no pertenecer á nin otro hombre, tampoco perteneceré á ningun dios.

—¡Huanita!

—¡No seré más que tuya!

Los negros ojos de la niña tenian en aquel momento la reza de los del águila. Fué un destello fugitivo: la dulz derramó otra vez en ellos su apacible fulgor.

Se inclinó la jóven, recogió el ramillete que yacia en tie y, llena de calma, dijo:

—Véte ya, Tangáxhuan: la noche se aproxima y no deb permanecer aquí.

Tangáxhuan se separó de aquel lugar, víctima de la inqui tud y al mismo tiempo lleno de esperanza.

Al perderse en la espesura oyó la voz de Huanita, ent nando el melancólico canto de la *Inchácuare.*[1]

Rodeado de sacerdotes y de mujeres, todos en completo estado de embriaguez, caminaba el infame Turátame con direccion al bosque de Paré-xharípitiro. En sus ojos brillaba la lujuria, y sus pasos vacilantes, á veces avanzaban, á veces retrocedian por el sendero.

—Príncipe—le decian las mujeres—anda, anda, allí delante tienes el paraíso: en tanto que tú hables con la más hermosa de las doncellas, nosotras entonarémos los himnos del amor. ¡Anda!

—¡Marcha!—contestaban los sacerdotes—la diosa de la noche asoma ya su blanca faz en el alto de las montañas. Apresúrate á contemplar á tu amada, cuando los primeros rayos de nuestra madre la luna resbalen por las rosadas mejillas de Huanita.

—Ella no me ama—respondia el príncipe.—Es en vano.

—Anda—contestaban las mujeres,—nosotras le darémos filtros de amor para que ella misma pretenda ser tuya.

1. Con este nombre, que significa *la hora de entrar á la oracion*, se conocen los himnos que en algunos pueblos de la Sierra entonan todavía las *guanánchecha* en el templo de la vírgen, á las primeras horas de la noche, en el sonoro idioma tarasco.—Véase á Lejarza. Análisis Estadístico, pág. 178.

—Marcha,—repetian los sacerdotes,—eres hombre; vas á ser rey, y si Huanita se resiste, exige de tu padre que te entregue el bosque de Paré-xharípitiro, que será tanto como demandarle la mano de la princesa.

La embriaguez de Turátame llegaba al colmo con las insinuaciones de los que le rodeaban. Apoyado en los brazos de dos sacerdotes, avanzaba cuanto le era posible y llegaba por fin cerca de los nopales que circundaban el agreste palacio de Huanita.

La madre de ésta, *Amamba*,[1] al verla acudir á la cita de Tangáxhuan, temerosa de que alguno de los emisarios del rey sorprendiese á los príncipes en su amoroso coloquio, subió á lo alto de la pequeña colina llamada *Itzí-parákhtzicu*,[2] y desde allí oteaba el terreno.

Al aparecer á lo léjos el grupo que formaban Turátame y sus compañeros, sus ojos de india le dieron á conocer fácilmente á tan larga distancia á las personas que se encaminaban hácia el retiro.

Una madre es siempre la más fiel confidente de su hija: ama al hombre que ésta ama; y entre el cariño maternal y los celos de ver á su hija entregando su corazon á un hombre, vence aquel sentimiento, y la madre es el ángel de la proteccion, cubriendo con sus alas á la amante pareja.

El temor de una escena violenta entre Tangáxhuan y Turátame, el miedo de que Tariácuri llegase á saber los amores de su hija, y el deseo de que ésta no fuese interrumpida en su dulce conversacion, la inquietaron en extremo, y por un momento no supo la resolucion que debia tomar.

Por fortuna vió que Tangáxhuan salia del recinto y que dirigia sus pasos en direccion opuesta á la que traia Turátame.

Bajó precipitadamente de la roca, penetró al interior de la suntuosa cabaña, cogió una ánfora y unos vasos de Tzintzúntzan, primorosamente labrados, y tomando uno de los

1. *Amamba* significa la madre: cuando se habla de la madre, *Amamba*, y cuando se habla *con* la madre, *nánde*.

2. Ojo de agua encima de la loma.

senderos del bosque, salió de él, no sin hablar ántes con uno de sus criados que se dirigió presuroso á la orilla del lago, y ella fué á sentarse al pié de tres seculares encinas que se elevaban á inmediaciones del camino que traia Turátame.

Aquella mujer exprime el jugo de una yerba en el vino que contiene la ánfora, y espera.

Turátame llega al pié de las encinas y, al ver á la anciana, murmura entre dientes:

—Madre de Huanita, condúceme al lado de tu hija.

—Mi hija no está aquí: he venido precisamente á esperarla en este sitio.

—Mientes; mis espías me han dicho que hoy no ha salido.

—Te han engañado tus espías: hoy, cuando nuestro padre el sol estaba á la mitad del cielo, unos emisarios del rey vinieron á llamarla de su parte, é inmediatamente partió.

—¿No me engañas?

—¿Para qué habia de engañarte, señor? Tú mismo puedes convencerte, esperando á mi lado. No tardará en llegar, y como vendrá fatigada, he traido esta jarra de vino para que repare sus fuerzas.

—Bien hiciste, mujer; beberémos un poco miéntras llega.

La madre de Huanita llenó los vasos con el cristalino licor de la caña de maíz y los ofreció á los viajeros, que bebieron con avidez, cayendo á poco en un sopor invencible.

Entretanto, una gran canoa en que bogaban cuatro remeros, habia ido acercándose á la orilla. La conducia el criado á quien la madre de Huanita habia dado órdenes en secreto.

Aquellos hombres amarraron la lancha á un árbol de la playa y fueron embarcando en ella á Turátame, á los sacerdotes y á las mujeres que lo acompañaban, insensibles por la terrible embriaguez en que habian caido.

La canoa se deslizó de nuevo sobre el lago y fué á detenerse en un bosquecillo á inmediaciones de Surumútaro.

Al mismo tiempo los habitantes de Paré-xharípitiro apagaron la lumbre del hogar y se encaminaron hácia la ciudad de Pátzcuaro.

Huanita, envuelta en un níveo manto, bañada por la luz de la luna, parecia la ninfa de la aurora, flotando en medio de una nube de gaza.

Las dos mujeres ocultaron á Tariácuri el verdadero motivo de su viaje, diciéndole que habian oido varias noches el ahullido del lobo y que temerosas iban á refugiarse á Pátzcuaro. Recibiólas con agrado el rey y las envió á habitar el palacio de las guanánchecha.

Antes de ese dia, aquella órden del rey hubiera acongojado á Huanita. Ahora la oyó con indiferencia, recordando el juramento que habia hecho á Tangáxhuan.

Grande fué la cólera de Turátame cuando al dia siguiente volvió en sí y se encontró cerca de su cabaña y vió á su lado sumidos en profundo sueño á los sacerdotes y á las mujeres que lo habian acompañado en su enamorada excursion á Paré-xharípitiro. Comprendió la terrible burla de que habia sido objeto y juró tomar en el acto una tremenda venganza.

No sin trabajo despertó á sus compañeros, y comunicándoles sus proyectos, les daba órdenes para que marchasen unos á Quirínguaro á solicitar auxilios de Urescua, y á otros para que convocasen á los guerreros de su propio feudo. A sus mujeres les ordenó que preparasen filtros para hacerlos tomar á Huanita, aunque fuese á viva fuerza. Sus ojos chispeaban de furor y sus trémulas manos amenazaban al cielo.

Las mujeres aclamaron con entusiasmo las ideas del príncipe; pero los sacerdotes, dando tiempo á que se calmase un poco, le dijeron con tranquilidad que sus fuerzas se estrellarian ante las armas de Tariácuri si queria emplear la violencia: que Huanita lo miraria con odio y con desprecio si recurria á la fuerza para conseguir su amor; miéntras que si esperaba algun tiempo, el rey Tariácuri, que era ya muy anciano, no tardaria en bajar al sepulcro, y entónces deslumbraria á la jóven con las pompas de su dignidad real. Como el príncipe insistia en sus proyectos, le dijeron que éstos no darian resultado, porque era seguro que Huanita y su madre no habitarian ya en su retiro, estando tal vez ocultas.

Esta última observacion, demasiado probable, encendió más y más la cólera del príncipe, y llevó á su colmo la insensatez de sus ideas.

Despues de dictar cien órdenes contradictorias, de cuya

imposible ejecucion él mismo se convencia luego, cayó en profundo abatimiento y cruzando las manos exclamó:

—¿Qué hacer entónces? Todos me abandonan.

—No es que te abandonemos—respondió el sumo sacerdote de Quirínguaro, quien de acuerdo con los que habian acompañado á Turátame, se presentó en aquel momento,—no es cierto que te abandonemos, príncipe. Tu persona es sagrada para nosotros, y abandonarte, seria hacerte traicion.

—Entónces, aconséjame.

—A esto me envian nuestros dioses.

—¿Los dioses están de mi parte?

—Desgraciadamente no: ellos están indignados; mas de tí depende que su cólera sea pasajera.

—¿Acaso mis vicios han llegado á ofenderlos?

—No, príncipe, los dioses perdonan los vicios de los reyes. Lo que los indigna es tu falta de religion.

—Vosotros sabeis que yo no he faltado á mis deberes religiosos: he seguido el culto de mi madre y llevo ofrendas para los altares de Quirínguaro.

—Pero rindes adoracion á Cueráppери, á ese divinidad que es enemiga de nuestros dioses y llevas leña á un templo de donde salen ejércitos para talar nuestros campos y destruir nuestras ciudades.

—Cueráppери es el númen que adora mi padre, y fuerza es que yo lleve tambien ofrendas á su templo. Jamás, sin embargo, he combatido al lado de sus guerreros contra vosotros ni contra los dioses de mi madre.

—Eso no basta, príncipe; nuestra religion es la única verdadera, y miéntras no la profeses exclusivamente, los dioses no te serán propicios. En cambio, si no tienes más dios que *Tangáchuran*, en nombre de él te ofrezco que la princesa Huanita y el encantado bosque de Paré-xharípitiro endulzarán los dias de tu existencia.

Dijo el sumo sacerdote y, haciendo un respetuoso saludo á Turátame, se retiró seguido de su cohorte.

Cuánto avivó la ambicion del príncipe y cuánto enardeció su pasion por Huanita el artificioso y envenenado discurso del sacerdote, nos lo dirán los acontecimientos que vamos á saber luego.

CAPÍTULO XI.

Descripcion del templo mayor y de la ciudad de Pátzcuaro.—Prácticas religiosas.—El palacio de las vírgenes del sol.—Himnos religiosos y cantares.—Período de paz.—La fiesta de Puréc-atácuaro.—Infame traicion de Turátame.—Tariácuri cautivo.—Incendio de Pátzcuaro.—Tariat-achá.—Los discos del sol y de la luna.

MUCHOS años habian pasado desde la fundacion de Pátzcuaro. La ciudad encerraba dentro de su recinto una numerosísima poblacion de la tribu de los purépecha.

En lo alto de la colina en donde los peregrinos encontraron cuatro promontorios de rocas de basalto en forma de cimientos, en medio de un bosque secular, levantaron el grandioso templo de Cuerápperi.[1] En los extremos de la capital edificaron los altares de los dioses de las cuatro partes del mundo.

Cada templo era una pirámide con una gradería en forma espiral, y en la cima se levantaba un muro circular cubierto de bóveda, todo de maderas preciosas y con incrustaciones de oro y plata. La parte exterior de esa cúpula estaba tallada con bajo-relieves y tenia de trecho en trecho embutidas conchas y caracoles del mar que brillaban á la luz del sol.

La gran pirámide sobre la cual estaban erigidos los altares de Cuerápperi, ofrecia un aspecto imponente. Colocada sobre una extensa colina, se destacaba á grande altura sobre el

1. Véanse la *Relacion* y la "Historia de la Compañía de Jesus," del Padre Alegre.

fondo del inmenso bosque, y dominando el panorama en que estaba encajado el lago, se dejaba ver á largas distancias.

Sobre los dos altares estaban colocados el disco de oro del sol y el que de plata bruñida representaba á la luna, y los sacerdotes los colocaban de tal suerte en las diversas estaciones del año, que los primeros y últimos rayos del sol—en la mañana y en la tarde—los herian de frente y se reflejaban ante los ojos de la muchedumbre que en esas dos horas murmuraba sus oraciones, alternadas con tristísimos cantos de inefable dulzura.

En la mañana se veia coronada la pirámide con la numerosa cohorte de sacerdotes cubiertos de mantos negros y llevando penachos con plumas de águila. Cada uno de aquellos ministros conducia en la mano un braserillo lleno de incienso, y el humo que se desprendia de esta manera, en torno de la pirámide, se levantaba en ténue y altísima espiral perdiéndose en el cielo.

Por la tarde, las guanánchecha, de blancas vestiduras de algodon y coronadas las frentes con guirnaldas de flores sobre las que flotaban delgadas plumas de garza, escalaban la pirámide, llevando cada una en la mano un precioso ramillete. Al verlas sobre la elevada cumbre, envueltas en el humo de los braserillos, cualquiera diria que eran las vírgenes del crepúsculo descendiendo á la tierra en el último rayo del astro moribundo.

Allí, acompañadas del melancólico són de una quiringua de oro, entonaban las estrofas del himno de la luna, respondiéndoles en coro la inmensa muchedumbre que se extendia al pié de la colina.

¡Cuántas veces despues de restablecido el silencio, se escuchaban salir del fondo del inmediato bosque, ó el melodioso y prolongado trino de un jilguero, ó el canto alborozado de la inquieta *primavera*!

La gran pirámide presentaba en otras ocasiones un espectáculo que no por tener un carácter distinto, dejaba de ser imponente y hermoso. Era cuando los jefes del ejército, el dia en que éste verificaba su marcha á alguna excursion, subian al templo á impetrar la ayuda de los dioses y á tomar el estandarte sagrado que habia de conducirlos á la victoria,

Una Guanancha

En la antigüedad

y que el sumo sacerdote colocaba en la espalda del rey ó del caudillo que salia á la campaña. Los demas jefes llevaban de la misma manera los pabellones ó banderas de sus respectivas compañías.

Al descender el numeroso cortejo entre los gritos de la muchedumbre, el ruido de los caracoles, el canto de guerra de los sacerdotes y el estrépito de las armas, se pensaba en las iras de un dios implacable, y parecia como que las nubes se abrian, vomitando rayos vengadores.

En medio de la selva que rodeaba el templo del sol, existian cuatro soberbios palacios, cada uno con varios departamentos y comunicados entre sí por avenidas de sauces llorones. Componíanse estos edificios de amplias casas de madera, decoradas algunas de ellas con bajo-relieves, representando animales, flores, armas y otros objetos. Los pisos estaban pavimentados de finísimas esteras de diversos colores y dibujos: habia asientos de madera preciosa, y las paredes ostentaban tapicerías de finas y variadas plumas.

Cada uno de estos departamentos poseía extensos jardines de las más exquisitas flores de la Sierra y las que habian podido aclimatarse, traidas de la Tierra Caliente. Los purépecha tenian especial predileccion por las *apázecua*,[1] que cultivaban con esmero para adornar con estas grandes flores amarillas los sepulcros de sus deudos. Entre las de ornato para sus fiestas, preferian las *thurá* y las cundá-tzitziquis de la elegante flora tropical. Las malvas que espontáneamente brotaban en los jardines, eran religiosamente cuidadas, como la planta consagrada al sol, y por eso la llamaban, y la llaman aún, *huriat-eranch*, "la que contempla al sol."

No léjos de la base de la pirámide brotaba en caudaloso surco un cristalino manantial que, dividido en cuatro brazos, iba á regar las fértiles campiñas que rodeaban el alcázar.

Y poblaban las frondas de los árboles numerosas y variadas aves, y en los lugares más escondidos del bosque vagaban centenares de ciervos. En aquella dilatada selva, nadie,

1. La flor que en idioma mexicano se llama *zempoalxochil*.

ni el mismo rey, se atrevia á cazar, porque aves y ciervos eran la caza de los dioses.

Los cuatro palacios pertenecian respectivamente al rey, al *Gran Petámuti*, á los sacerdotes inferiores y á las guanánchecha. El rey era el único que tenia entrada en todos ellos; y en el que habitaban las vírgenes del sol, ningun otro hombre podia penetrar.

Estaba este último palacio rodeado de la parte más espesa del bosque, y se extendia hasta el pedregal que corre hácia la parte del Sur, dilatándose por el Oriente hasta los cerros, tupidos de árboles, que por aquel lado acotaban la ciudad.

Pero si por la parte exterior del sagrado recinto habia bosques impenetrables, en el interior una extensa explanada servia de asiento á las plácidas cabañas de las guanánchecha, en medio de las cuales se erguia la espaciosa casa de la Huriat-pari. Aquello era un ameno jardin. Allí murmuraba dulcemente el cristalino arroyo; allí se escuchaba el jorgeo de los pájaros; allí libaban la miel de las flores mil y mil colibríes de infinitos matices que en vuelo rapidísimo giraban en torno de las enredaderas ó atravesaban por la intrincada y oscura selva sin lastimar sus alas en lo más espeso del follaje.

Las aves recibian su alimento de manos de las guanánchecha, y exentas de todo miedo al cazador, vivian tranquilas y felices en íntima amistad con las habitantes de la hermosa floresta.

No hacia mucho tiempo que moraban en aquel sitio Huanita y Amamba.

La doncella habia llegado á ser el centro de reunion de sus compañeras. La admiraban por su espléndida hermosura y la amaban por sus bondades.

Ignorando la resolucion del rey de hacer de Huanita más tarde la principal entre ellas, pensaban que estaba allí para completar su educacion, y no omitian enseñarle todos los trabajos y las artes de ornato propias de una mujer destinada al hogar.

Herida constantemente la imaginacion de aquellas jóvenes por la poesía de su existencia y de los sitios en que habita-

ban, su alma inspirada traducia sus ensueños en dulces y misteriosos cantares.

A veces era la luna el objeto de sus poemas, ora la pintasen levantándose de repente del fondo oscuro de la selva, ora derramando su plateada luz sobre el espejo límpido del lago.

A veces la augusta constelacion del Sur las hacia exhalar acentos de religiosa uncion y de austera filosofía.

A veces era un tímido cantar en que se bosquejaban los amores y celos de las flores ó los suspiros que el aire arranca del fondo de los bosques.

Todos estos himnos estaban impregnados de una tristeza indefinible; notas sencillas, pero llenas de ternura y armonía.

Sin embargo, cuando Huanita conquistó el corazon de todas aquellas jóvenes, una de las guanánchecha, conmovida de inspiracion y de poesía, compuso un alegre y animado cantar en el que, comparando el hermoso grupo de todas ellas á una brillante constelacion de siete estrellas que adorna la bóveda celeste, la llamó *Guach-hoscua.*[1] Aquella cancion llegó á ser la favorita de las doncellas, y en el pueblo tarasco se ha trasmitido el nombre de generacion en generacion.

Así se deslizaban tranquilamente los dias para Huanita.

El rey no habia vuelto á decirle que la consagraria al altar; ántes bien la hacia concurrir con frecuencia á las fiestas de su palacio, y á veces asistia á las veladas en que Tariácuri reunia en torno de su hogar á todos los miembros de su familia.

Tangáxhuan esperaba, con ese estoicismo propio de los hombres de su raza. Jamas habia osado penetrar al bosque sagrado en que habitaba Huanita. Confiaba en el juramento de la jóven.

Una época de paz adormecia en la molicie á los purépecha y afeminaba á sus guerreros.

---

1. "Las estrellas muchachas." Así llaman los tarascos á la constelacion de las pléyades.

No olvidaba un momento Turátame las palabras del sumo sacerdote de Quirínguaro. La ambicion hervia en su pecho y sin cesar se avivaba la llama de su amor á Huanita.

Hacia dias que andaba pensativo. A veces se proponia satisfacer sus pasiones por medio de la fuerza; á veces se inclinaba á pedir consejo á su padre, á pesar de su poco cariño filial.

En sus vacilaciones no cesaba de consultar con uno de los sacerdotes, su confidente el astuto é hipócrita *Candó*,[1] no obteniendo de él una respuesta clara, sino frases ambiguas que exaltaban su imaginacion.

Acaso de estas conferencias surgió un pensamiento que Turátame puso inmediatamente en práctica.

Quiso celebrar con toda pompa la fiesta de *Purec-atdcuaro*, en la que á los guerreros noveles se les aplastaban las orejas y los labios,[2] á efecto de habituarlos á los sufrimientos de la campaña y á ver con indiferencia las heridas que recibian en el combate.

Debian asistir á la fiesta el rey, los sacerdotes y los ancianos, y muy especialmente eran invitadas las doncellas del pueblo.

La operacion se ejecutaba con suma crueldad; y no obstante lo doloroso del procedimiento, jamas se dió el caso de que un solo guerrero exhalase la menor queja.

A fin de dar mayor esplendor á la ceremonia, Turátame diputó una comision para que invitase cortesmente á su padre Tariácuri, el cual respondió á los embajadores:

—Razon le sobra á mi hijo para celebrar esa fiesta, puesto que es señor. Decidle que concurriré con mucho gusto y que estaré en su pueblo mañana á la hora de comer. Tiempo hace que deseaba llevarle plumajes y otros obsequios.

Antes de amanecer se levantó el rey y dispuso que varios cargadores llevasen los presentes.

1. *Candó*, ó mejor dicho, *Condó*, es tratamiento de respeto. Aún hoy dan los indios este título á los gobernadores de sus pueblos.

2. Tal vez esta operacion se hacia con la mano del metate, que en tarasco se llama *purecua*. Atacuaro viene del verbo *atani*, pegar. Las dos palabras reunidas y con la terminacion *ro*, significan *donde se pega con la mano del metate*.

Salió acompañado de una comitiva de sacerdotes y de algunas de las mujeres del harem.

Majestuoso era el continente del anciano, y su traje revelaba la dignidad real. Llevaba ceñida la sien con una fresca guirnalda de trébol y cubria su espalda ancho albornoz de pluma de pelícano. Su mano empuñaba la ballesta, insignia del poder soberano.[1]

Horrible contraste presentaba su hijo.

Turátame salió á encontrarlo, ataviado de fiesta, bailando y sonando cascabeles,[2] pero cayéndose de borracho.

No fué poca la mortificacion del rey al encontrar á su hijo en aquel estado, pero usando de prudencia, se dirigió con él al palacio en que estaba preparado el banquete.

La ceremonia tenia que verificarse en la tarde; mas la ebriedad del príncipe precipitó los acontecimientos que debieran verificarse á la hora de la fiesta religiosa.

En medio de la comida se levantó Turátame y, lanzándose sobre su padre, le asió del cuello tratando de ahogarle y prorrumpiendo en horribles blasfemias.

En esos momentos los sacerdotes y guerreros de Quirínguaro acometieron á los de la comitiva del rey, y no tardó en trabarse una reñida lucha que concluyó con la prision de Tariácuri.

Atado el noble anciano, no desmayó un momento su coraje, é increpando á Turátame, exclamó:

—¡Hijo maldito de Quirínguaro, infame traidor que rindes culto á dioses extraños, jamas serás el señor de mis dominios, pues que éstos pertenecen á Hirépan, á Tangáxhuan y á Hiquingari. La princesa Huanita jamas será tu esposa!

—Te equivocas—respondió Turátame,—Pátzcuaro caerá hoy mismo en mi poder, tus dioses serán derribados, y Huanita, á quien ocultas entre las guanánchecha, será la favorita de tu hijo.

1. Esa ballesta se llamaba *guangua*, y de aquí que al rey se diera el tratamiento de *Guangua-pagua*, que queria decir, "tú que llevas la ballesta," frase equivalente al dictado de *Majestad*.

2. Se encuentran aún en las yácatas y en los restos de antiguas poblaciones muchos cascabeles de barro, y alguna vez se hallan de cobre. Sabido es que los tarascos trabajaban este metal.

—Mientes, miserable, tú no eres mi hijo: el hijo de Cuiyus-cuatzita no conoce á su padre. Y así como yo te desprecio, te despreciará Huanita.

—Lo verémos,—respondió el traidor prorrumpiendo en estridente carcajada.

Y haciendo una señal de mando con su ballesta, se escuchó el ruido discordante de los caracoles, apareció el ejército de Quirínguaro y, poniéndose Turátame á su cabeza, gritó:

—¡A Pátzcuaro!

Aquella turba de feroces guerreros desapareció entre el bosque.

Sus salvajes gritos de guerra fueron perdiéndose poco á poco, á tiempo que sobre el horizonte se extendia el manto de la noche.

Candó, el sacerdote de Quirínguaro, apareció en la cabaña en donde estaba atado de piés y manos el rey Tariácuri, y, dirigiéndose á los guerreros que lo custodiaban, les ordenó que embarcasen al prisionero y lo dejasen abandonado en cualquiera de las islas del lago.

—Dejadlo en la laguna—les dijo—porque ese hombre no es ya rey, sino simplemente un isleño.—Y volviéndose hácia los sacerdotes que formaban su cortejo, exclamó:

—¡A Pátzcuaro!

Los guardianes de Tariácuri lo trasportaron á una débil piragua: un remero penetró en ella, y pocos momentos despues bogaba la frágil embarcacion por el gran seno del lago que se extiende entre Pátzcuaro é Higuatzio.

La noche estaba serena: su profunda oscuridad sólo era interrumpida por las brillantes estrellas de la bóveda celeste que se reflejaban temblantes en la superficie líquida.

La piragua avanzaba lentamente.

Al doblar la punta de tierra en que está situada la aldea de *Cucuchucho*, los ojos del rey fueron heridos por una viva claridad.

El remero dejó de bogar, y él y su prisionero contemplaron las colosales llamas que se elevaban al cielo en un punto del horizonte.

La ciudad de Pátzcuaro se estaba convirtiendo en pavesas.

Una larga faja de fuego de un color rojo encendido, se reflejaba en la extension del lago, como si un rio de lumbre corriese debajo de las aguas.

A veces se oia un ruido sordo como el de una lejana tempestad.

El remero se quedó absorto. La ciudad enemiga estaba á punto de desaparecer, y sin embargo, no era de alegría, sino de espanto, la impresion que experimentaba aquel hombre.

Tariácuri habia comprendido toda la perversidad de corazon de su hijo, y al mirar el incendo, un relámpago de ira brilló en sus ojos. Serenóse empero, y aprovechando el estupor de su guardian, logró desprenderse de sus ligaduras, y de repente se irguió, cogió con sus nervudos brazos al remero y lo lanzó al agua.

—¡Comienza mi venganza!—dijo; y tomando el remo, se acercó á la orilla, saltó en tierra y, caminando con paso apresurado por la falda del Zirate, tomó luego el sendero que conduce á *Iratzio* y llegó á la populosa ciudad de *Cuto*,[1] en donde reinaba su amigo y aliado, el valiente anciano *Tariatachá*.[2]

Veamos ahora lo que habia sucedido en Pátzcuaro.

Tranquilos estaban sus habitantes, suponiendo que su rey disfrutaba de las fiestas de Zurumútaro al lado de su hijo.

El dia habia pasado en una calma inalterable, ocupadas las mujeres en sus faenas y entregados los hombres á la ociosidad, pues que sólo entraban en actividad en la época de la guerra.

El largo período de paz en que vivian los habia hecho olvidar sus costumbres belicosas, y el arco y las aljabas vacias yacian en un rincon de la cabaña.

Sólo Tangáxhuan é Hirépan no descansaban en sus correrías, cazando en los bosques de la Tierra Caliente y enteramente ajenos de los acontecimientos que se preparaban.

1. *Cuto* es corrupcion de *Cutio* ó *Cutzio*, y significa "lugar de la luna."

2. *Tariata* ó *Tariyata* (segun los dialectos) es el *aire:* achá significa *señor:* "El señor del viento."

Era la hora en que las guanánchecha acababan de bajar del templo.

La última luz del crepúsculo iba desapareciendo y apénas sí teñia de suave escarlata las nubes que ocupan las alturas.

Las tinieblas, como un denso manto oscuro que alguna mano misteriosa fuera desplegando, habian cubierto el lago y los valles é iban envolviendo las faldas de los cerros.

Habia un silencio sepulcral.

De repente los pájaros comenzaron á inquietarse y volaban inciertos como si hubiesen perdido las ramas en que tenian sus nidos.

Un susurro parecido al eco lejano del huracan, vagaba por el aire, sin que nadie pudiera comprender el rumbo que traia.

Las familias se apresuraban, con un vago temor desconocido, á encerrarse en el interior de las cabañas.

Las guanánchecha, así como huyen los polluelos á recogerse debajo del ala materna, corrieron á la casa de la Huriatpari y se agruparon á su alrededor.

En esos momentos un ruido sordo y siniestro como el que producen los altos pinos derribados por la tempestad, llegó á los oídos de los espantados habitantes.

En seguida los gritos terribles de los guerreros de Quirínguaro se dejaron escuchar por todas partes, y numerosas partidas se diseminaron por los cuatro extremos de la ciudad, sembrando el exterminio y la matanza.

Los ayes de los moribundos, los gritos desgarradores de súplica de las mujeres y de los niños poblaron el espacio.

Turátame, seguido de los más crueles guerreros, se dirigió al recinto real.

Allí hicieron los guardias de palacio una heróica resistencia, y el enemigo, pasando luego sobre sus cadáveres, penetró al bosque sagrado.

Turátame corrió al departamento de las guanánchecha. Él y los sacerdotes que lo seguian iban ébrios de vino y de lubricidad.

Ver á las vírgenes del templo y arrojarse sobre ellas, fué la obra de un instante. Las doncellas cayeron desmayadas.

Sólo Huánita se mantuvo en pié, altiva é imponente.

Al llegar Turátame le salió al encuentro, y presentándole sus dos brazos juntos y extendidos, exclamó:

—Soy tu prisionera. Átame. Tu esposa, jamas!

Iba el traidor á cogerla entre sus brazos, cuando se interpuso el gran sacerdote de Quirínguaro, y con ademan solemne y en tono sentencioso, dijo:

—Turátame, los dioses me envian. Aun está de pié el altar de Cuerápperi. Huanita no será tuya, sino cuando nuestros dioses vean derribados los ídolos de los purépecha.—Y dirigiendo la palabra á uno de los sacerdotes:—Conduce á la princesa al bosque de Paré-xharípitiro—le dijo—y mañana la entregarás al nuevo rey.

La princesa, atadas las manos, siguió á su infame conductor.

Turátame, más ébrio por la rabia que lo dominaba, se dirigió con sus soldados y sacerdotes á escalar el templo.

Ponian ya sus piés en la primera grada, cuando dos jóvenes guerreros, llevando uno el disco de oro del sol y el otro el de la luna, se abrieron paso con sus espadas por en medio de los asaltantes y desaparecieron en el bosque.

Aquellos jóvenes eran Tangáxhuan é Hirépan.

Pocos momentos despues horrorosas llamas se desprendian del templo, y la ciudad entera ardia presa del fuego.

CAPÍTULO XII.

Ruinas de Pátzcuaro.—Soledad del bosque de Paré-xharípitiro.—Hirépan y Tangáxhuan.—Los purépecha errantes y perseguidos.—La fiesta de Curíndaro.—Inútiles pesquisas en busca de Huanita.—Reúnense Tariácuri y los príncipes.—Profesía de Tariácuri.

AL dia siguiente se veian de trecho en trecho, en las explanadas del bosque, montones de ceniza, en donde la víspera se erguian gallardas y simpáticas las cabañas de los purépecha.

Turátame seguia impaciente al gran sacerdote que le ordenaba tomase posesion de aquellos yermos lugares que un dia ántes eran populoso y alegre caserío.

Luego, sobre la inmensa pirámide en que se levantaba el templo, colocaron el ídolo de Quirínguaro, y entre los gritos y maldiciones de la soldadesca, los sacerdotes encendieron los braserillos del incienso y un haz de leña tomado del sagrado bosque.

La impaciencia de Turátame llegaba á su colmo: sus ojos se volvian sin cesar hácia la parte de la playa en que se asienta, en medio de tristes nopaleras, el risueño bosque de Paré-xharípitiro.

El sacerdote no tenia piedad de su rey.

La fatalidad habia hecho que los de Quirínguaro no pudiesen apoderarse de los discos del sol y de la luna. Cuerápperi estaba inmune.

Pero sobre su altar tomaba asiento la abominable figura de *Tangáxhuran*, y esto bastaba para creer que la dominacion de los purépecha hubiese desaparecido como los años del pasado.

Por fin, el futuro rey de Pátzcuaro pudo libertarse de las exigencias políticas de sus sacerdotes, y acompañado de amigos, íntimos compañeros de sus orgías, se dirigió frenético al punto más inmediato de la laguna,[1] y apoderándose de la piragua real, dió órden á sus remeros de que bogasen con toda fuerza hácia Paréo.

Doce remos hendian el agua, y la canoa volaba sobre la superficie del lago.

Turátame y sus compañeros no escaseaban las libaciones, y ante su vista parecian girar en vertiginosa carrera las islas del lago.

La embarcacion tocó en tierra á inmediaciones de la extensa nopalera.

Turátame saltó, más ligero que el ciervo, y corrió á tomar el sendero. Jadeantes lo seguian sus compañeros.

Atraviesan el laberinto.

Comienzan á respirar el embalsamado ambiente de los pinos; luego, el aroma de las flores.

Y el bosque..... El bosque misterioso se presenta á su vista.

¡Adelante! Allí, bajo las encinas de cien brazos, te esperan, ¡oh Turátame! las horas del amor.

¿No oyes el murmurio de los arroyos? ¿No escuchas el zumbido del aire que pasa besando las hojas de los árboles?

¿No sientes el calor de aquel ambiente?

¡Adelante! un paso más, y bajo la enramada, reclinándose muellemente en la flexible hamaca..... ¿No ves brillar sus ojos? ¡Dulcísima es la sonrisa de sus labios hoyuelados!

No la despiertes..... escucha los suspiros de amor que se escapan de su pecho.

¡Adelante!.....

---

1. El puerto de Aterio, donde hoy está la casa de la hacienda de Ibarra. Significa lugar de *ates*, chirimoyas pequeñas.

Penetran los guerreros al bosque..... el bosque está desierto.

Recorren el jardin..... el jardin está solitario.

Entran á la cabaña. Escudriñan los departamentos: el vacio reina allí.

Llaman en altas voces..... el silencio no tiene acentos para responderles.

De repente se escucha un grito..... uno de los sacerdotes lo ha exhalado. Ocurren Turátame y sus compañeros.

Y contemplan horrorizados el cadáver del sacerdote, guardian y carcelero de Huanita.

El rey se queda inmóvil.

Por fin se abren sus labios y exclama:

—¡Maldicion!.....

¿Cómo calificar la conducta de Tangáxhuan?

En los momentos de peligro, en vez de apresurarse á correr al lado de Huanita, se dirigió con Hirépan á salvar los discos sagrados.

Huanita habria aplaudido esta determinacion, y su amante se habria hecho más digno de ella.

Tal podria ser la disculpa de Tangáxhuan.

Hirépan y Tangáxhuan regresaban de una de sus correrías: habian llegado á la gruta que existe al pié del cerro que hoy se llama el Calvario, al Poniente de Pátzcuaro.

Quisieron descansar allí un rato al pié de la secular encina que daba sombra al lugar, cuando repentinamente vieron salir del fondo de la ciudad las caudas de fuego que iluminaron el extenso panorama. A un mismo tiempo exclamaron los príncipes:

—¡Los de Quirínguaro!

Y ligeros como flechas volaron hácia la ciudad.

Al llegar á ella, Tangáxhuan dijo á Hirépan:

—¡A socorrer á tu madre!

—No—respondió el príncipe,—á salvar á nuestros dioses. —Tangáxhuan sintió que el corazon se le oprimia, pero al mismo tiempo oyó la voz del deber y siguió sin vacilar á Hirépan.

Cuando descendieron del templo para socorrer á las mujeres, era ya tarde. Penetraron al palacio de las guanánchecha y..... aquello era un monton de cenizas.

Los purépecha vagaban por los montes, habitaban en grutas y, faltos de jefes, vivian aislados, en constante alarma y rodeados de peligros.

Tariácuri permaneció oculto durante algun tiempo en la casa de su primo Tariat-achá, en Cuto. Despues de algunos meses comenzó á enviar mensajeros que hablasen con los ancianos y jefes de los purépecha, á quienes difícilmente podian hallar en el monte.

Tangáxhuan é Hirépan recorrian las selvas de la Tierra Caliente, y sólo ellos sabian el sitio en que estaban ocultos los estandartes sagrados.

Todo era desolacion, miseria y miedo entre las dispersas familias de los tarascos.

En cambio, en Pátzcuaro, la alegría y la prosperidad habian renacido de entre los escombros de la ciudad.

En el templo se levantaba la colosal figura de Tangáxhuran, dios de Quirínguaro.

Se reconstruian las cabañas y de todas partes acudian familias para repoblar la ciudad.

Turátame vivia en eterna fiesta. Y cuando exigia al sumo sacerdote el cumplimiento de su palabra, obtenia por respuesta que los dioses habian arrebatado á Huanita y la retenian en el cielo hasta que Turátame hubiese acabado con la impía raza de los purépecha. El sacerdote sabia bien que miéntras éstos creyesen que Tariácuri habia sido víctima de un horrible parricidio, faltos de jefe, no se atreverian á reunirse bajo ninguna otra bandera, y que en consecuencia seria fácil extinguirlos. Por espacio de algunos meses estuvo creyendo que Tariácuri habia perecido en la laguna. Inclinábalo á esta creencia el haber dado órden en secreto al remero que lo condujo al lago, de que cuando estuviesen internados arrojara allí al rey, atadas las manos y los piés para que se fuera á fondo. Como la piragua apareció sola en la orilla,

llevada por el viento, se imaginó el sacerdote que Tariácuri habria luchado con el remero y que ambos se habrian ahogado. No fué poca su sorpresa cuando supo por los espías que el rey habia encontrado hospitalidad al lado del poderoso, respetado y valiente rey de Cuto. La noticia lo alarmó, pero guardó reserva por dos razones: primera, porque así podia ser más eficaz el medio de que se valdria para asesinar al rey; y segunda, para sacar toda la ventaja posible de la supuesta muerte de Tariácuri en el ánimo supersticioso de Turátame.

En cuanto á Huanita, habia desaparecido envuelta en un profundo misterio.

Miéntras tanto, se hacian preparativos en Pátzcuaro para celebrar pomposamente la coronacion del nuevo rey.

Entre los espectáculos destinados al pueblo en ese dia, el sumo sacerdote habia imaginado, imitando las costumbres de otras naciones, ofrecer por primera vez á los ojos de los espectadores una lucha entre un malhechor encadenado y un atleta de Quirínguaro.

Se habia fijado para la ceremonia el primer aniversario de la toma de Pátzcuaro.

Pocos dias ántes se dirigió el sumo sacerdote al palacio de Turátame, y, conduciéndolo al interior de una habitacion aislada, trabaron en voz baja la siguiente conversacion:

—Príncipe, los dioses me envian á decirte que se acerca el momento en que por tu dignidad llegues casi á identificarte con ellos.

—Loados sean los dioses; yo no soy más que su servidor.

—Pero es preciso que señales ese dia con un acto de piedad, al mismo tiempo que de rigurosa justicia.

—Estoy pronto á obedecer. Habla.

—Los sacrílegos adoradores de Cuerápperi no han desaparecido aún del país. Los discos del sol y de la luna comienzan á servir de centro de union á los guerreros purépecha. Los estandartes están en manos de tus primos, y es fuerza que éstos desaparezcan.

—Desaparecerán. Hoy mismo enviaré mis legiones en busca de Hirépan y Tangáxhuan y haré conducir aquí á los prisioneros, quienes implacablemente serán sacrificados.

—Muy bien: así te harás grato á los ojos de los dioses. Pero sobre ellos hay una víctima más ilustre que es preciso sacrificar.

Turátame palideció intensamente y balbució:

—¿Huanita?.....

—No, príncipe; Huanita será la recompensa que te enviarán los númenes. Ha desaparecido. Pero ¿hay algo imposible para un dios?

—Entónces, no comprendo—dijo el traidor serenándose; —¿cuál debe ser la otra víctima?

—Tu padre!—respondió tranquilamente el sacerdote.

—¡Mi padre! ¿Mi padre? ¿es esto lo que dices?

—Sí, príncipe; tu padre no ha muerto. El dia que marchaste sobre Pátzcuaro logró escaparse de los guardianes que lo vigilaban, y oculto desde entónces, permanece al lado de Tariat-achá.

A medida que el sacerdote pronunciaba lentamente las anteriores palabras, el semblante de Turátame era á veces pálido como el de un cadáver, á veces parecia que iba á dejar escapar por los poros la sangre de sus venas. Y pensaba, ora que se habia levantado del sepulcro el inexorable juez de su crímen, ora que venia á disputarle el trono su legítimo dueño.

Turátame temblaba: la idea de un segundo parricidio, pues el primero lo habia dado ya por consumado, esa idea, decimos, lo horrorizaba hasta el grado de sentir helada la médula de los huesos.

Pero, ¿y el trono? ¿Y Huanita?

Entónces sentia hervir la sangre, y una nube pasaba por sus ojos.

El sumo sacerdote lo contemplaba, admirando más y más el poder de los dioses.

—Y bien, señor—murmuró en voz más baja,—¿qué respuesta debo llevar al templo?

—Vé á decir á los númenes del cielo, que tendrán esa víctima más.

El sumo sacerdote se sonrió imperceptiblemente. Y Turátame continuó diciendo:

—Que vayan á Cuto las más valientes de mis legiones. Que no descansen los guerreros; y muertos ó vivos, que conduzcan aquí á mi padre y á mis primos.

—Si mi rey lo permite—dijo el sacerdote,—me atreveré á darle un consejo.

—Habla; habla pronto.

—Si mandas guerreros en busca de tus primos, temerosos se ocultarán en donde no sea posible hallarlos. Si envias legiones contra Tariat-achá, te expones á una derrota; pero en el caso de que tus enemigos sucumban, Tariácuri podrá huir de nuevo ó, valiente como es, quedará muerto en el campo de batalla.

—No sé entónces qué es lo que los dioses exigen de mí.

—Vas á saberlo, príncipe; el empleo de la fuerza no es siempre el medio más eficaz para apoderarnos de nuestros enemigos. Envíales embajadores que los persuadan á venir á la próxima fiesta. No les dirán que es la ceremonia de tu coronacion, sino la gran fiesta llamada *Curíndaro*,[1] que vas á celebrar en honor de Cuerápperi para pedirle que inspire á tu padre el perdon de tus faltas. Los purépecha la consideran siempre como una fiesta de reconciliacion.

—Da instrucciones á los embajadores, y que marchen en el acto.

Salió el sacerdote y habló con los mensajeros; les dió extensas instrucciones, y marchando éstos hácia distintos rumbos, fueron á desempeñar sus comisiones.

El rey Tariácuri recibió la embajada: los enviados le dijeron que su hijo, presa de los remordimientos, queria aplacar la cólera de Cuerápperi, celebrando la fiesta de Curíndaro, durante la cual, hincado de rodillas ante su señor y rey, le entregaria la ballesta real y la diadema de oro, quedando Turátame como el último de sus vasallos: que sus primos Tangáxhuan é Hirépan, persuadidos de la sinceridad de sus sentimientos, habian llegado ya á Pátzcuaro y depositado en el altar los discos del sol y de la luna.

1. Fiesta de los panes.

Supieron fingir tanta ingenuidad en sus palabras aquellos sacerdotes, que el anciano tuvo la debilidad de creerlos, y llamando á sus mujeres, les dió órden de preparar panecillos de todas clases y llenar los cestos de variadas frutas para llevarlos al hijo arrepentido.

Más difícil tarea fué la de los embajadores enviados á Hirépan y Tangáxhuan.

Los príncipes, desde la noche misma del incendio de Pátzcuaro, no cesaban de buscar á Huanita. Unas veces juntos, otras separados, y cada uno con decidido empeño, recorrian los sitios en que pudiera estar oculta la jóven.

En vano Tangáxhuan hacia frecuentes visitas á Paré-xharípitiro, creyendo encontrarla cada vez que llegaba á aquel eden. Largas horas permanecia en la cabaña, en el pensil y en el bosque. Una anciana del pueblo estaba encargada de cuidar la casa y cultivar el jardin, y siempre que el guerrero penetraba al delicioso sitio, primero interrogaba con sus ojos á aquella mujer, y, no contento con la respuesta, no habia rincon de la casa ni quebrada del bosque que no miraran sus ojos muchas veces.

Valiéndose de algunos espías, pudo convencerse de que la princesa no estaba en Pátzcuaro, ni en Quirínguaro, ni en Zurumútaro.

La madre de Huanita se multiplicaba en sus investigaciones. Ella era la que, con pretexto de comercio, iba de isla en isla tomando informes y buscando personalmente á su hija.

Viendo que sus esfuerzos eran inútiles, con frecuencia la creia muerta y exhalaba lastimeros quejidos. Pero Tangáxhuan é Hirépan no podian prescindir de la idea de que Turátame la tenia oculta y prisionera, esperando vencer su obstinada resistencia, persuadidos ambos de que este empeño del traidor parricida no le daria jamas el resultado que deseaba.

Aquella profunda conviccion de los príncipes llegó por fin á comunicarse al corazon de la madre, y llena de fe juró hallar á su hija. Comenzó de nuevo sus investigaciones y se propuso no dejar sitio que no examinase cuidadosamente.

Acaso la jóven habia sido víctima de los terribles enemigos de su familia. Habia muerto ó estaba encerrada en algun

profundo calabozo. Hacia dos meses que Amamba habia emprendido su última excursion, y los príncipes no volvieron á verla. Con este motivo redoblaron sus pesquisas y no permanecian una semana en determinado lugar.

Difícil fué, pues, á los embajadores de Turátame hallar á los guerreros. Lográronlo al cabo, cuando por centésima vez recorrian éstos los intrincados bosques de Xhanuát-hucátzio.

Mas no bien comenzaron á desempeñar su encargo, cuando los jóvenes, comprendiendo toda la hipocresía de sus palabras y ciegos de cólera, armaron sus arcos, sacaron flechas de sus aljabas, y hubiéranlas disparado, si no fuera porque los embajadores iban ya muy léjos sin atreverse á volver la cara.

De las pesquisas de los príncipes resultó, sin embargo, que supieran que Tariácuri no habia muerto, sino que ántes bien contaba con la alianza de un poderoso caudillo. Propusiéronse ir á ver al rey lo más pronto que les fuera posible.

Segun más arriba dijimos, Tariácuri dispuso su viaje á Pátzcuaro; pero su primo Tariat-achá y los sacerdotes purépecha que se le habian ido reuniendo, lo disuadieron del proyecto, haciéndole patente la perfidia de Turátame é induciéndolo á que cuanto ántes entrase en actividad, procurando recobrar su reino.

Con este fin se trasladó á un punto llamado *Zacapu-acúrucurio*,[1] y desde allí envió exploradores entre los enemigos, y correos que avisasen sus propósitos á Tangáxhuan é Hirépan, quienes andaban ya á la cabeza de respetables partidas de guerreros, agrupados en torno de los dos estandartes sagrados que llevaban los príncipes.

Era mediodia, cuando los espías avisaron á Tariácuri que hácia el Oriente se divisaban dos escuadrones encaminándose al lugar en que se hallaba el rey.

1. Lugar de donde sacan la piedra.

Subió éste á un *Tcanche*[1] y no vió lo que decian los espías, mas éstos le hicieron notar que los enemigos venian cubiertos con cañas de maíz para ocultar mejor en la milpa la marcha que seguian. La observacion era exacta, y en el acto cundió la alarma entre las personas que acompañaban á Tariácuri.

Las mujeres, oyendo la noticia, se dieron prisa á recoger las alhajas, las jícaras y utensilios de cocina, y huyeron precipitadamente, dejando abandonada la comida.

En esto aparecian ya por lo alto de una próxima colina los guerreros, y despojándose de su disfraz, se agruparon al rededor de los discos del sol y de la luna, levantando en alto los estandartes.

Los espías comenzaron entónces á gritar á los fugitivos:

—No huyais, son de los nuestros. Es nuestro dios Cuerápperi. Son Hirépan y Tangáxhuan.

Oyendo los gritos, Tariácuri mandó hacer alto á su comitiva y, riéndose de la ocurrencia, se echó sin embargo en cara el miedo pueril que se habia apoderado de él y de sus compañeros. Dijo á los exploradores:

—Id al encuentro de mis sobrinos: que apresuren el paso.

Al mismo tiempo ordenó á las mujeres que preparasen la comida para servir á los príncipes. Llegaron éstos y fueron conducidos al lugar del festin, en tanto que se servia aparte á Tariácuri, pues que los reyes comian solos, excepto en los grandes dias de ceremonia.

Despues de comer, llamólos y díjoles riendo:

—Gran miedo tuvimos al veros acercar con vuestro disfraz. ¡Qué esforzados somos!

—Lo vimos, señor; mas ya nos tienes á tu lado, prestos á obedecer tus órdenes.

—Segun veo, habeis reunido muy poca gente.

—Señor, los que nos acompañan no son más que una parte del ejército; la otra, la más numerosa, se ha quedado en el campamento.

—Bien, hijos. Los embajadores de Turátame me han asegurado que asistísteis á la fiesta del traidor.

1. *Tcanche* es un tablado en alto que ponen los veladores de las milpas para cuidar las sementeras.

—Los embajadores mintieron: no quisimos ni siquiera escuchar á los que fueron á invitarnos.

—¿Me decís la verdad?

—La verdad te decimos; y poco faltó para que los mensajeros pereciesen á nuestras manos.

—¿Es esa la verdad? Mirad que si me engañais no viviréis largo tiempo.

Los príncipes no respondieron, pero el rey vió en su semblante la dignidad ultrajada por sus palabras, y añadió:

—¡Valientes jóvenes! no podia esperar otra cosa de vosotros. Mis hijos no pueden ni deben visitar lugares infestados por la traicion y por el libertinaje.

Y mandando despejar el salon, conversó largo rato en secreto con sus sobrinos. A medida que iba hablando el anciano, animábanse sus ojos, su voz era el acento del profeta, y su fisonomía entera, radiante de inspiracion, parecia la de un sér sobrehumano.

Tariácuri reveló á sus hijos los arcanos del porvenir, detallándoles una á una las guerras que habian de llevar á cabo, y explicándoles mitos religiosos que jamas el pueblo habria de comprender.[1]

—Como resultado de tantos y tan gloriosos acontecimientos, sucederá—dijo solemnemente el rey—que mis extensos dominios quedarán repartidos á mi muerte en tres grandes Estados.

—Oidme vosotros, señores.[2]—agregó con ternura y lleno de alegría—Tres señores habeis de ser. Hirépan será señor de una parte; Tangáxhuan lo será de otra, y mi hijo Hi-inhángari de la otra. Vosotros seréis los únicos reyes de la tierra. No habrá ya más señores. Conduciréis al pueblo á

1. Al llegar á este punto, el manuscrito se expresa así:

"Todo este capítulo tenia el *cazonci* en mucha reverencia y hacia al sacer-
"dote que sabia esta historia, que se la contase muchas veces, y decia que este
"capítulo era doctrina de los señores, y que era aviso que habia dado Tariácu-
"ri á todos ellos."

Los señores de que se habla eran su hijo y sus sobrinos, y la doctrina, las instrucciones que les comunicó.

2. Ya no los llama hijos ni sobrinos: habla con futuros reyes y les dice señores.

la guerra, celebraréis las fiestas de los dioses, y no olvi
jamas que los placeres de la vida son como la leche que li
los hombres en el seno de sus madres, dulce y sabrosa cu
do niños, y despues, insípida y repugnante; son como el
gocijo de una limpia mañana, y despues como el aire d
tarde cargado de polvo para cegar los ojos.

CAPÍTULO XIII.

Estado moral de los purépecha.—Chapá, rey de Etúcuaro.—El baile de las flores.—Exuberancia de la tierra y notable fecundidad de las mujeres.—Los purépecha amagan á Tiripitio.—Rápida campaña en el Oriente.—Coyúcan.—Zitácuaro.—Conquistas en el país de los chichimecas.—Primer encuentro con los tecos.—Cuadro del hambre.

VAMOS ahora á narrar, siquiera sea á grandes rasgos, los hechos profetizados por el anciano rey.

Estaba éste ya tan débil y achacoso por los años, que no pudo participar de las fatigas de la campaña y se contentó con prestar el contingente de sus consejos, y dar sus órdenes para la buena direccion de las empresas.

Por otra parte, con excepcion de Hi-inhángari que era todavía adolescente, los príncipes estaban avezados á la guerra; y la larga serie de sufrimientos que desde su niñez los habia perseguido ensañadamente, les habia dado un caudal de experiencia para enriquecer su parte moral, y un desarrollo físico tan prodigioso, que nadie era osado de luchar con ellos.

Veamos ahora cómo se desarrollaron en el curso de tres años aproximativamente, los acontecimieutos que vamos á referir.

Era rey de *Etúcuaro*[1] un valiente guerrero apellidado *Chapá*,[2] feudatario de Quirínguaro. Hijo de una esclava, al falle-

1. De *etucua* sal: *lugar de sal.*

2. El derribador de árboles. En Aranza existe aún una familia con este apellido.

cimiento de su padre habíase opuesto Cánchuri á que subiese al trono, por la ilegitimidad de su orígen; mas habiendo solicitado la proteccion de Tariácuri, fué proclamado rey en su pueblo, comprometiéndose en cambio de este favor, á llevar leña para el altar de Cuerápperi y á hacer la guerra bajo las banderas de esta divinidad. Se reconoció, en consecuencia, tributario de Pátzcuaro, y siempre que volvia de alguna campaña, llevaba esclavos para que sirviesen á la diosa protectora. De esta manera logró ensanchar sus dominios y causar celos á los de Quirínguaro.

Ya hemos visto que la táctica de los hombres de Estado de Quirínguaro se cifraba, más que en las armas, en la intriga y en la perfidia. Viendo que Chapá se engrandecia, trataron, ántes de destruirlo directamente, de separarlo de la alianza de Tariácuri, y á este efecto recurrieron al medio que en otras ocasiones habian empleado: le enviaron una princesa para que la tomase por esposa.

Chapá comenzó á disminuir la parte de sus prisioneros de guerra que enviaba á Pátzcuaro, hasta limitarse á mandar un solo esclavo, no obstante las reclamaciones de Tariácuri. En esto se verificó el asalto y toma de Pátzcuaro, y el rey de Etúcuaro quedó libre y soberano, cultivando estrecha amistad con los de Quirínguaro.

El castigo de este falso aliado fué el primer punto de mira de nuestros príncipes.

Por consejos de Tariácuri los purépecha habian seguido dispersos en el país; pero los capitanes recorrian todos los puntos en que habia reunidas algunas familias, alistando soldados y previniéndoles que estuviesen dispuestos para cuando fuesen llamados. Hombres y mujeres construian flechas, y los correos se cruzaban en todas direcciones, disfrazados de mendigos, lo que no era sospechoso á los contrarios, pues tal habia llegado á ser la miseria á que quedaron reducidos los antiguos habitantes de Pátzcuaro.

Nada hacia temer que llegara á turbarse la paz que se disfrutaba en las islas y reinos ribereños del lago. Verdad es que Tangáxhuan, Hirépan é Hiquíngari hacian excursiones, acompañados de sus respectivas escoltas; pero ¿qué empresa podian acometer ochenta ó cien hombres, que á lo sumo componian

sus respectivas fuerzas? Todo el mundo juzgaba que aquellas excursiones eran simples correrías de caza, y los soldados guardias de corps de los príncipes.

Grandes fueron, pues, la alarma y la sorpresa que cundieron en todos los pueblos al ver aparecer en las faldas del Tharech-huata[1] un numerosísimo ejército, brillantemente ataviado.

Aquella falange descendió del cerro, y rápida como una inmensa serpiente de colores vivos que se deslizara entre el bosque, avanzó por Xhénguaro[2] y *Guayángareo*,[3] y penetrando en las oscuras selvas de *Ucuáreo*,[4] volvió con suma velocidad caminando por ocultos senderos, y se presentó de repente á las puertas de Etúcuaro.

No hubo un momento de espera, ni tan sólo para ordenar las columnas: las tumultuosas legiones penetraron en la ciudad. Chapá fué sorprendido en su palacio y quedó muerto en el acto. Sus seis hijos, queriendo organizar la defensa, no hicieron más que aumentar la confusion y el pánico, pues cada uno de ellos disputaba el mando supremo, y fueron al fin hechos prisioneros.

La ciudad quedó en poder de los purépecha, quienes dieron toda clase de garantías á sus atribulados moradores.

Al temor sucedió la confianza, y las gentes de Etúcuaro, agradecidas á los príncipes, se entregaron á la más expansiva alegría y prepararon fiestas para celebrar la victoria de sus bienhechores.

La más notable de esas fiestas debia verificarse con motivo del sacrificio de los seis hijos de Chapá, que iban á servir de holocausto para calmar las iras de Cuerápperi.

Llegó el dia. La gran plaza de Etúcuaro amaneció engalanada con arcos de tupata, el suelo estaba tapizado de *güi-*

1. Cerro del gallo. Tenemos idea de haber oido llamar alguna vez así al *Zirate*, la más alta montaña de las que rodean el lago de Pátzcuaro.

2. Conocida hoy por Capula, lugar de cerezas en mexicano, y en tarasco *Xhénguaro*, que significa lo mismo.

3. Significa "colina de semblante chato." D. Antonio de Mendoza, el primer virey, fundó allí la ciudad llamada Valladolid, y que hoy tiene por nombre Morelia.

4. *Ucuáreo*, lugar de *ucuares*, cierta liliácea. Hoy se llama aquel pueblo Ucareo, por corrupcion del primitivo nombre.

numu, y cubierto de finísimas esteras el asiento en que se levantaba el tablado real.

En medio de la plaza se erguia el sencillo altar de Cuerápperi, ostentando los estandartes del sol y de la luna.

A los piés yacian maniatados *Hucacua*, *Hucheti*, *Guacúscuatzita*, *Cuanírescua*, *Cuatdmaripe* y *Xharácaten*,[1] hijos de Chapá.

En el recinto de la plaza se apiñaba el numeroso pueblo, y detrás de él cerraban los escuadrones de guerreros, luciendo penachos de pintados plumajes que parecian festones de flores.

En el espacio que quedaba libre en torno del altar se presentó primero un grupo de doncellas con guirnaldas de rosas en la cabeza y cadenas de trébol en las manos: sus trajes estaban tambien adornados con los más bellos productos de la flora campestre.

Comenzó el baile en mil giros caprichosos y actitudes llenas de gracia, en que los esbeltos talles mostraban, al través de los anchos guanengos de algodon, las formas voluptuosas de las jóvenes. La música estaba formada de pífanos de arcilla que producian un silbido dulce y cadencioso.

En un momento de descanso, los sacerdotes de los purépecha condujeron á tres de los hermanos prisioneros, y colocándolos sobre el altar, con una increible rapidez, les abrieron el pecho, y levantando hácia lo alto sus corazones humeantes, los mostraron á la multitud y los ofrecieron á su diosa.

El unánime grito del pueblo parecia el rugido de un tigre acabando de sorber la sangre de su víctima.

El baile continuó: en esta vez se mezclaron con las doncellas otros tantos mancebos, y al són de las quiringuas, aquella lánguida y cadenciosa danza encantaba los ojos de los espectadores.

De nuevo se suspendió el baile; los otros tres príncipes fueron conducidos al altar, y la muchedumbre vió con inmenso júbilo la repeticion del sacrificio.

Se escucha el discordante són de los caracoles de la guerra,

1. El que está vestido.—El mio.—Excremento de águila.—El de la buena puntería.—El de la palabra elocuente.—El que se aparece.

y al compas de los frenéticos cantos del numeroso pueblo, toman participacion en el baile los sacerdotes de Etúcuaro, tañendo los tambores que traian á la espalda. Los movimientos fueron entónces vertiginosos, verdaderas contorsiones de una locura infinita.

Los espectadores todos arrojaban á lo alto multitud de ramilletes, y aquella extraña escena tenia lugar bajo una lluvia de flores.

La fiesta se llamaba *tzitzic-guaracua.*

¡El baile de las flores!

Celebróse esta fiesta al comenzar la *Tzitzic-urárenscua,*[1] y los príncipes comenzaron á ver realizadas las profecías de Tariácuri.

En el terreno de las armas habian obtenido una fácil, pero importante victoria sobre sus enemigos.

Ahora veian presentarse la primavera con una lozanía tan exuberante, con una fuerza tan ingente, que no dudaron ya que vendrian para su pueblo los dias de prosperidad prometidos.

Bajo todos conceptos se anunciaba aquel año con un carácter misterioso.

Las lluvias (*hanínscua*) se habian anticipado, y los campos estaban ya cubiertos de esmeralda.

Las milpas brotaban, oyéndose el ruido de su crecimiento, y todas las mañanas las hojas del maíz amanecian cubiertas de millares de gotas de rocío, como si las praderas estuviesen salpicadas de diamantes.

Los árboles frutales se inclinaban agobiados al peso de las frutas.

Las abejas trabajaban apresuradamente, escuchándose el zumbido de estas obreras incansables en las más altas ramas de los pinos, y en pocos dias cuajaban sus panales de dulcísima miel.

En las laderas de los montes las inquietas y terribles capá-

1. La primavera. Significa literalmente *cuando se hacen las flores.*

richa[1] construian sus galerías subterráneas para depositar en su fondo las flexibles cajas que, en forma de huevecillos, encierran un néctar más sabroso y codiciado que la híblea miel de los campos de Sicilia.

En los patios mismos de las casas brotaba abundante la yerba, disputando el terreno á los lirios, á las maravillas y á las *saluen-tzitziquis*[2] de cien colores.

Pero el hecho más notable que en aquellos dias hirió la imaginacion de los tarascos, fué la prodigiosa fecundidad de sus mujeres.

Permitida entre ellos la poligamia y reducidas las prisioneras de guerra á la condicion de esclavas, jamas raza alguna habia sido tan prolífica como la de los tarascos.

Pero en el año corriente, hasta las niñas que estaban, por razon de edad, distantes de la pubertad, llevaban sus hijos pendientes de los pechos.[3]

No sólo entre los purépecha se verificó tal prodigioso desarrollo de la poblacion: en todos los pueblos del país, la multiplicacion de los séres animados competia con las arenas de la mar.

Pero si este aspecto risueño se ofrecia en la superficie de la tierra, en el espacio celeste se observaban extraños meteoros.

Las trombas eran frecuentes en el lago de Pátzcuaro: el huracan dejaba señalado su camino á través de las serranías, y la tempestad, vomitando rayos y soltando su voz de trueno, se cernia sobre las montañas, ennegreciendo sus siluetas.

En la tarde, cuando el sol se hundia en el horizonte, vaga-

1. La miel que producen estas abejas salvajes se llama *Copar-tecua*. Los coyotes, para apoderarse de los capullos en que está encerrada, hacen un agujero, siguiendo la direccion de la estrecha galería que sirve de camino á las abejas. Llegando al lugar en que están depositados, introducen la cola, la cual se llena de aquellos insectos que son muy bravos, y los coyotes huyen á larga distancia, sacuden la cola para dejar allí las abejas que se les han pegado, y repiten esta operacion hasta que ya despoblada la colmena, pueden tranquilamente saborear la miel. Los muchachos, imitando este proceder, hacen uso de ramas de pino que introducen en el agujero y van á tirar á larga distancia, repitiendo tambien la operacion hasta que, sin tanto peligro de los piquetazos, pueden apoderarse de la miel, que es en efecto de un sabor delicioso.

2. Esta palabra *saluen* es la única en que hallamos la *l* de que carece el tarasco. Es el nombre de la *dahalia*. La *r* se pronuncia tan suave que puede aquí confundirse con una *l*.

3. La *Relacion* dice que aun las ancianas sentian los dolores del parto, dando á luz navajas de los cuatro colores sagrados, es decir, flechas, lo que indica el estado de guerra en que por aquel entónces vivian los tarascos.

ban por el cielo nubes fatídicas. Eran cúmulos de nubes negras, estratos de nubes amarillas, cirros teñidos de sangre ó nimbus de gasas blancas de trasparente tejido.

Mas apénas tenian tiempo de observar estos fenómenos de la naturaleza nuestros valientes capitanes. La guerra los preocupaba por completo.

Hirépan, que era entre ellos el que llevaba la voz de los dioses y quien mejor habia comprendido las predicciones de Tariácuri, llamó á los ancianos de Etúcuaro y les dijo:

—Vamos á partir: enviaréis al lado de nuestro ejército mil cargadores para que nos provean de mantenimientos. Nombrad los más valientes capitanes de vuestro ejército para que hagan correrías en los pueblos enemigos, recomendándoles que no empeñen jamas un combate, si no fuere en defensa propia: su única mision es recoger frutos é irlos á depositar en los lugares que señalen mis *quengues*. Tened entendido que nosotros somos guerreros y que todos vosotros seréis nuestros labradores.

De nada sirvieron al pueblo de Etúcuaro la humillacion y las fiestas con que recibió á sus conquistadores. Convertidos en vasallos de los purépecha, pagaron el tributo que se les exigia.

No descansaron mucho tiempo en Etúcuaro los caudillos de los purépecha.

La fama de su reciente victoria habia hecho entrar en alarma á todas las naciones de la extensa tierra llamada Michoacan por los nahoa.

En todas partes suponian que el segundo golpe de los tarascos iria á descargarse en Pátzcuaro, y esta creencia hacia tan diligentes á los habitantes de aquella ciudad, como tan remisos á los de los otros pueblos.

Tangáxhuan, que mandaba en jefe, hizo mover á su ejército en direccion de Tiripitio.[1]

1. Significa lugar del oro. Algunos creen que se le dió este nombre por un gran sol de oro que habia en su templo; otros, porque en aquella poblacion se guardaban las alhajas de oro de los dioses. La *Relacion* lo llama alguna vez *Turípitio*, y entónces significa lugar negro, de *turípiti*, negro, y de la partícu-

Ocuparon en la tarde los bosques del *Cuiyús-huata*.[1] La gritería del ejército, las partidas que exploraban en los alrededores de la ciudad, los prisioneros hechos en las más inmediatas sementeras, todo inclinaba á creer que los tarascos caerian al dia siguiente sobre aquella poblacion sagrada en que se encerraba el tesoro de Quirínguaro. El combate debia de ser terrible. Durante el dia y en el espacio de la noche, habian estado penetrando en la ciudad las huestes de Urescua y de Turátame.

Con tan numerosas fuerzas, la confianza reinaba en Tiripitio.

En el campamento se examinaban el arco, y la aljaba, y las flechas.

En todas partes se oian sonoras carcajadas y alegres cánticos precursores de la victoria.

En tanto, entre los mogotes del cerro ardian las antorchas resinosas que habian encendido los purépecha.

Todo allí era silencio sepulcral.

Ningun guerrero vagaba en el campamento.

Ni siquiera se oian los gritos de los centinelas.

Tangáxhuan é Hirépan abandonaron á media noche el campo sobre Tiripitio. Siguieron la márgen del caudaloso rio que riega las fértiles campiñas de *Guaydngareo*, entónces cubiertas de elevados y oscuros cedros; continuaron por las asperas montañas de Otzumatlan, y penetraron en el delicioso valle de Queréndaro, á las márgenes del gran lago de Cuitzeo.

En su nuevo campamento invocaron los númenes de la guerra y al brillante lucero de color bermejo, pidiendo que les enviase la luz de la victoria.

---

la locativa o. Nos parece más probable la opinion de los que hacen derivar esta palabra de *tiripo*, nombre de una planta parásita tintórea enteramente amarilla, como el color del oro. No está por demas decir que el *tiripo* se produce en abundancia en *Tiripitio*.

1. Cerro del águila.

Cuando la del dia hubo iluminado la ladera oriental del Cuiyús-huata, los habitantes de Tiripitio comprendieron con asombro que las luminarias de la noche anterior no habian servido más que para engañarlos.

¿Cuál habia sido el camino seguido por el ejército de los tarascos? La rapidísima marcha que las huestes de Tiripitio emprendieron hácia Pátzcuaro, dió á entender claramente que el ejército de los de Quirínguaro creia que aquella ciudad estaba amagada por los purépecha.

Y entretanto que los correos llevaban á todas partes la noticia, solicitando el auxilio de los aliados, el pueblo de *Zinápecuaro* era teatro de escenas espantosas. Los hombres caian heridos por las flechas, y los ancianos, las mujeres y los niños quedaban prisioneros.

Allí se proveyeron los purépecha de pedernales para sus flechas, y sin tomar descanso, cayeron sobre *Araró*, *Tupátaro* y otros varios pueblos enemigos que servian de frontera á los dominios de *Enandio*,[1] aliada de los tarascos.

Todos aquellos pueblos aceptaron la dominacion de éstos y se les impuso el mismo tributo que á los de Etúcuaro, es decir, el de llevar provisiones á los varios depósitos que preparaban desde las lejanas tierras de Coyúcan hasta el fondo de las espesas serranías de Naránxhan.

Coyúcan habia sustituido á Guayámeo como sitio real, desde que los *cutzincha*, ó la mayor parte de ellos, se establecieron en Curíncuaro.

En aquella poblacion se habian refugiado muchas de estas familias y de las de los purépecha despues del incendio de Pátzcuaro, y la nueva ciudad, en poco tiempo, habia tomado una creciente importancia que determinó á los sobrinos de Tariácuri á mandar construir en ella un suntuoso templo á Cuerápperi. Sobre la pirámide que con este objeto levantaron, pusieron una gran piedra cúbica de color pardo que sirvió de altar á la diosa, y que muy pronto fué objeto de gran veneracion.[2]

1. Significa "lugar de guayabas."

2. Esta piedra parece ser el altar sagrado de los tarascos, trasladada á *Coyúcan* por temor de que cayese en poder de los enemigos. La piedra era cúbica, circunstancia que es digna de llamar la atencion.

Entretanto, los proveedores del ejército tarasco se ocupaban en recorrer los nuevos pueblos conquistados, enviando semillas y una gran cantidad de oro y plata que se recogia en aquella comarca llena de minerales. Los príncipes, con una pequeña escolta, hicieron un viaje de pocos dias á Enandio, con el objeto de conferenciar con el señor de aquella comarca. A la ida pasaron al pié de la inmensa montaña de *Cóporo*,[1] atravesaron los espesos bosques de Tiripitio,[2] formados de hermosísimas zirandas negras; contemplaron la cascada que á una grande altura se despeña en la barranca de Enandio y que parece un hillo de plata descendiendo de los cielos;[3] y llegaron por fin á las perfumadas huertas de guayabas y de ilamas que circundan la capital de aquella provincia.

Allí revelaron á su aliado parte de la profecía de Tariácuri, y regresando por el pintoresco sitio de *Guanoro*,[4] en donde una añosa ziranda de doradas hojas ha levantado con sus raíces una roca colosal; pasaron luego al pié de las enhiestas montañas del *Cacique* y del *Pelon*, por las desiertas calles de un pueblecillo entónces humilde é ignorado y cuyo nombre está hoy escrito con letras de oro en las páginas de la historia.

Aquella oscura aldea era *Zitácuaro*.[5]

El ejército entretanto habia permanecido en Zinápecuaro y Araró, en donde conforme á las órdenes de los príncipes, levantaron los vencidos grandes templos y recintos amurallados para servir de fortalezas. Los de Enandio á su vez hicieron una correría hácia la frontera de los matlalzinga, y ocupada la poblacion de *Taximaloyan* (hoy Tajimaroa), la fortificaron, quedando allí una gruesa guarnicion en pié de guerra.

1. El de la espalda ancha.
2. Llámase así una extensa y fertilísima hacienda ubicada en el Distrito de Zitácuaro, hacienda que perteneció á los Jesuitas. Hoy casi está abandonada. Hay tradicion de que en alguna de sus ásperas montañas existen minas de oro, y acaso éste sea el orígen de su nombre.
3. En una Memoria del gobierno de Michoacan (1883), se le da la altura de doscientos metros. Los habitantes del país dan á esta cascada el nombre de "Salto del Zirate."
4. Donde se da vuelta.
5. Significa *lugar escondido*, y no lugar de resurreccion, como dicen algunos escritores, confundiendo esta palabra con la de *zitacuarénscuaro*, que es la que

Concluidas las obras de fortificacion, los guerreros purépecha levantaron su campo, engrosando el ejército con numerosos escuadrones que cada dia se les incorporaban, y tomando un rumbo no previsto por sus enemigos, en rápidas jornadas que cada una de ellas era una victoria, ocuparon y fortificaron á *Acámbaro*,[1] dejando allí una guarnicion mandada por algunos de los más nobles capitanes; extendieron su correría hasta *Querétaro*,[2] en donde establecieron, para defensa de aquel lejano punto, una pobladísima colonia de tarascos y de auxiliares suyos.

Pudiera compararse al huracan la marcha de aquellas masas de hombres. De Querétaro se dirigieron á *Xichú* y á *Guanajuato*,[3] recorriendo y conquistando aquel apiñado lomerío con entrañas de oro y plata.

Limitáronse allí á poner tributo de esos metales á sus ha-

se traduce por lugar de la resurreccion, ó mejor dicho, fiesta de la resurreccion.

No falta quien crea, con algun fundamento, que el nombre de Zitácuaro viene de *zitacua*, que es una medida de tierra.

1. Lugar de magueyes.

2. Hemos oido entre los indígenas llamar aun hoy dia á este pueblo *Queri-Irétaro*, ó más bien *Querirétaro*, significando, en consecuencia, *pueblo grande*.

No falta *álguien* que haya hecho á está etimología dos observaciones.

La primera, que se deriva de *querehta*, que en tarasco significa *juego de la pelota*. Puede ser que en alguno de los dialectos tarascos se emplee esa palabra en ese sentido, pero en los pueblos de la Sierra de Paracho la pelota se llama *sapándicua*. Hay que advertir que el autor de la objecion reconoce que en aquellos pueblos es donde se habla con más pureza el tarasco.

La segunda objecion consiste en afirmar que la palabra *queri* no significa grande en extension, sino en tiempo, y que así es como los indios llaman *Naná queri* á la abuela.

De ninguna manera estamos conformes con esta objecion. La frase *naná queri* es traducida del español al tarasco, pues que en este idioma abuela es *cucu* (nosotros creemos que es *cúcuti*), segun puede verse en un vocabulario ó gramática que publica el Dr. Nicolás Leon en los "Anales del Museo Michoacano." Tampoco es cierto que la palabra *queri* no exprese la idea de extension, pues se dice *Quer-huata, cerro grande* (la *i* final de *queri* se suprime al combinarse con la segunda palabra). La idea de grande en tiempo, se traduce *Tharé, viejo*, y así *tarénî* es un verbo que significa "crecer en edad."

3. De *Cuánecua*, "muchos," y *huata*, "cerros." Algunos dicen que trae su etimología de *cuanás* "rana" y *huata*, por haber encontrado allí los tarascos un ídolo de piedra con la figura de una rana. Como segun índole del tarasco la palabra *cuánecua* debe perder la terminacion *ua*, queda y se pronuncia *Cuanec-huata*.

bitantes, señalándoles el número de arcas ó cofres que deberian enviar cada año.

En seguida regresaron las huestes, y pasando por las fértiles vegas de *Guazíndeo*, fijaron los límites de su frontera en el delicioso sitio, asentado entre dos lagos, que se llamó despues Yuriri-Apúndaro.[1]

Las márgenes del extenso lago de Cuitzeo[2] vieron aparecer de nuevo á los purépecha dentro de los lindes de su reino. Si los habitantes de aquellos puntos se habian rebelado contra los tarascos, siguiendo el movimiento general, ahora los recibian sumisos y afables. En la poblacion principal del lago se vieron agasajados con fiestas y banquetes, en que la comida era abundante y variada, y en que el sabroso vino del maguey manaba de jigantescas tinajas, rebosando en espuma. Suntuosos eran los templos que en aquella ciudad se levantaban, y magníficos los palacios de sus régulos.[3]

Costearon el lago hácia el Poniente en no interrumpida calle de hermoso caserío que se extendia más de dos leguas,[4] al extremo del cual les salió al encuentro una numerosa embajada de los pueblos de la ribera que, en fácil y elegante discurso, les ofrecieron pleito-homenaje. Aquella parte de la poblacion tomó desde entónces el nombre de *Guanddcareo*.[5]

Siguiendo su camino, atravesaron el umbrío bosque de *Chucándiro*,[6] en medio del cual hallaron termas deliciosas que mitigaron su cansancio.

Habia sido una marcha triunfal la de los purépecha. Los pueblos se sometian á su presencia: en todas partes hallaban simpatías y en todas se les ofrecia voluntariamente el tributo de maíz y otras provisiones que los *quénguecha* se apresuraban á conducir á los depósitos reales.

La expedicion iba á concluir por entónces: el itinerario só-

1. Laguna de sangre.
2. *Cuitzeo* significa "lugar de tinajas." No falta quien crea que *Cuitz* significa "laguna:" entónces *Cuitzeo* significaria "lugar de" ó "en la laguna."
3. "Historia de la Compañía de Jesus" por el P. Alegre. Tom. I, pág. 88.
4. "Desde Cuitzeo hasta Guandacareo, su visita que dista dos leguas, en tiempos pasados todo era una calle." Basalenque, "Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino, de Michoacan." Tom. I, cap. XV.
5. Lugar de oradores, ó donde se pronunciaron discursos.
6. Significa "lugar del regañon." Acaso sea tradicional este nombre de algun cacique de carácter feroz.

lo marcaba ya las tierras de *Puruándiro*,[1] y su regreso al lago para sorprender en una noche la oculta y pintoresca ciudad de Itzí-parámuco, fortaleza de Quirínguaro.

Las calles de Puruándiro se hallaban silenciosas: los habitantes habian huido: las casas estaban desprovistas de alimentos, y los guerreros no dejaron de sufrir los rigores del hambre.

No llamó la atencion de éstos el hecho de encontrar desierto el caserío. Estaba tan poco poblado, que el reducido número de habitantes ha de haber temido los desmanes de la soldadesca, y por eso los moradores huyeron al aproximarse el ejército.

Se alzaron las tiendas de campaña en una grande extension, desde las floridas márgenes del caudaloso rio Lerma, hasta las tibias y cristalinas fuentes de *Simbánguaro*[2] y *Tepácuaro*.[3]

No bien se habian entregado los purépecha al dulce sueño de la siesta, al pié de frondosos sabinos, cuando se escuchó el rumor de confusa gritería y se vió nublado el cielo de flechas.

Eran incontables los enemigos. Desde que Tariácuri habia sido arrojado de Pátzcuaro, los tecos, cuya capital era Tzacapu, habian reasumido su soberanía; y como dado el primer paso es difícil detenerse, se convirtió despues aquel pueblo en núcleo de los enemigos de los tarascos.

Desde que éstos aparecieron sobre el lago de Cuitzeo, tomando el camino del Suroeste, los Estados todos que quedaban en aquella direccion entraron en alarma, pidieron auxilio á los téquecha, y cuando nuestros héroes aparecieron en el país, los esperaba ya un numeroso ejército al mando de un caudillo llamado *Sicuíndicuma*,[4] y de sus tres hijos *Cucúpara*,[5] *Guacús-ąndsita*[6] y *Tzacáp-pari*.[7]

1. *Puruándiro*, segun unos, "lugar de calabazas," de *purú*, calabaza; segun otros, y esto me parece más propio, viene de *purúani*, que significa "hervir." Hay en efecto varios baños termales.
2. Lugar de cañas tupidas.
3. En el llano.
4. El que tiene las orejas desolladas.
5. El jorobado.
6. El que corta ó tira de los árboles de mameyes.
7. El que lleva las piedras.

Aunque la sorpresa estuvo bien preparada, los purépecha lograron ordenarse. Combatiendo con su acostumbrado valor, rechazaron al enemigo, y no contentos con esta victoria, fueron persiguiéndolo al terrible grito de *guándicuahé*[1] hasta una plobacion en que, alcanzando al jefe enemigo y á sus hijos, lograron darles muerte y dispersar por completo á sus soldados.

Cuando los purépecha rindieron esta fatigosa jornada, el hambre los acosaba y no encontraron en aquel pueblo desierto más que un poco de maíz que en el acto se pusieron á tostar.

Saltaban los granos de los fogones encendidos, granos de nítida blancura que parecian botones de azucenas.

¡Cuántos recuerdos despertó en el alma de Tangáxhuan la vista de aquel sencillo manjar! Los granos abiertos al calor de la ceniza ¿no tienen un nombre que era para Tangáxhuan un pensamiento constante, dulce y á la par de infinita tristeza?[2]

Aquel pueblo se llamó *Guaniquéo*, ora por el grito de muerte de que hemos hablado, ora en recuerdo de aquel frugal almuerzo que trajo á la memoria de los príncipes tan melancólicas ideas del pasado.

Rápida como fué aquella campaña, habian sin embargo trascurrido muchos meses: las cosechas se habian levantado; mas tanto por la imprevision de los indígenas, como porque el estado de guerra en que se hallaba envuelto el país los tenia preocupados, lo cierto es que las sementeras no rindieron la extraordinaria cantidad de frutos que su lozanía y vigor prometieran en la estacion de las lluvias. Y si se recuerda que el ejército de los purépecha habia talado y destruido intencionalmente las sementeras de los pueblos conquistados en

1. Significa "mátenlos." Algunas personas conocedoras del tarasco derivan de aquel grito el nombre de Huaniqueo, que es la poblacion descrita.

2. Ese maíz que se revienta al tostarse y que nosotros llamamos *palomas*, se llama en tarasco *Huanita*. De esta palabra derivan otros el nombre de Huaniqueo.

una tan grande extension de tierra y obligado á los vencidos á llevar los granos de sus trojes á los depósitos que les fueron señalados, nada extraño parecerá el cuadro que vamos á bosquejar.

Corria el mes de Febrero: un viento helado y sutil soplaba sin cesar. Por la mañana se extendia sobre los campos abiertos una espesa neblina,[1] como si un inmenso sudario de algodon estuviese descorrido en el valle.

La leña encendida en los fogones no servia más que para calentar á los habitantes. Los utensilios de la cocina estaban abandonados por inútiles.

El invierno, un invierno severo y cruel, habia helado los frutos de los árboles.

Los animales de caza, tales como los venados y los conejos, habian huido hácia la Tierra Caliente.

Las aves acuáticas abandonaban los lagos de Pátzcuaro, Siráhuen y Tzacapu, emigrando á los tranquilos rios que corren al pié de la Sierra Madre.

¡El maíz se habia agotado!

Todo era desolacion y miseria en las islas y en las riberas, cuajadas de pueblos, de aquellos grandes depósitos de agua.

Por la tarde se hundia el sol entre nubes de cárdeno color que teñian el Occidente.

Pasaban los dias.

Y entónces el jefe de familia que tenia varios hijos, empezó á venderlos, y daban por un hijo un *piguar* de maíz y dos tamales.

Pasaban los dias.

El marido cambiaba á su mujer por una tortilla.

Pasaban los dias.

1. La neblina se llama en tarasco *xhúmarata*. La partícula *ma ó me* (segun lo exija la eufonía) sirve en el tarasco para indicar la existencia del agua en los valles, hondonadas ó pozos; y como las partículas se interponen, anteponen ó posponen, no es aventurado decir que *xhúmarata*, compuesto de *xhurata*, "algodon," y de la partícula *ma*, significa "algodon de agua."

Y el hombre aquel se vendia á sí mismo para poder comer.

Y se cumplió la profecía de Tariácuri. Un fantasma en figura de una mujer de insaciable voracidad, vagaba por los pueblos alimentándose de carne humana.

Aquel sórdido fantasma era..... ¡el hambre!

1. Véase la *Relacion*, pág. 233.

Esta plaga de hambre ¿fué la misma que afligió á los azteca bajo el reinado de Motecuzoma Ilhuicamina? Entónces hay que fijar su fecha en 1454. Y este dato más viene demostrando la remota antigüedad de los tarascos.

CAPÍTULO XIV.

Continúa verificándose la profecía de Tariácuri.—Campamento de Purépech-irerio.—El rey de Itzí-parámucu.—El sacerdote de Quirínguaro.—Se proyecta abandonar á Itzí-parámucu.—Crímen horrible.—La corte de Tzacapu.—Cuenómen y Chicuándira.—La junta de los médicos.

HEMOS llegado á una época de la historia en que los acontecimientos se multiplican y en que son tan variadas las escenas de la profesía de Tariácuri, que, para no ser difusos, abreviarémos cuanto nos sea posible la *Relacion.*[1]

Despues de la victoria de Guaniqueo, los purépecha aparecieron en las lomas que se extienden detrás de Higuátzio, dominando con la vista, de un lado la extension del lago de Pátzcuaro, del otro los feraces campos que rodean la colina de Itzí-parámucu.

Los apartaba de Tzintzúntzan la montaña llamada *Purépecho*,[2] y enfrente, hácia el Sur, veian los altos templos de Pátzcuaro, el extenso caserío y sus bosques sin fin.

1. Basta leer esta parte del MS. para confirmar la idea de que los hechos que refiere abrazan un período tan largo, que es imposible que un solo hombre hubiese podido llenarlo, por dilatada que fuese su vida.

2. *Purépech-irerio* puede ser la verdadera palabra, significando entónces "donde viven los purépecha."

Tangáxhuan fijaba su vista en la dilatada nopalera, en medio de la cual una floresta, verde y frondosa, le indicaba la existencia de un eden solitario, de un nido vacío.

Aquel sitio era Paré-xharípitiro!

De noche encendian los purépecha más de mil hogueras que llenaban de espanto á los habitantes de las poblaciones vecinas!

Itzí-parámucu, tierra de bendicion y de delicias! Allí las sementeras brotan como á un soplo divino: allí los árboles dejan caer sus ramas agobiadas de frutas, como gigantes que, cansados con el peso de los racimos, inclinasen sus brazos hácia el suelo. Allí depositó el aluvion el gérmen de cien cosechas espontáneas. Allí el agua que se desliza por todas partes, deja oir un murmurio tan apacible como el ruido de millares de besos.

Itzí-parámucu es una vega cerrada por multitud de colinas. A la entrada se asienta la ciudad, y á la puerta de esta entrada, del pié de unos frondosos fresnos, brota fecundo manantial que da nombre al delicioso sitio.[1]

Tzintzuni es el rey de aquel espléndido paisaje. Es aliado de los de Quirínguaro, y al ver las humaredas de los ejércitos purépecha, envia embajadores á ponerlo en conocimiento de Urescua, el rey y de Candó el sumo sacerdote de aquella nacion.

La embajada está contenida en estos términos: Tzintzuni nos envia á deciros que Tangáxhuan, Hirépan é Hiquíngari han encendido sus hogueras en lo alto del Puréperio: que vengais en auxilio nuestro y combatirémos juntos: que advirtais que Itzí-parámucu es la puerta del país, y si no acudís á

1. *Itzí-parámucu* significa "ojo de agua en la puerta." El reino de *Itzí-parámucu* comprendia en la antigüedad, no sólo el mal país que lleva actualmente aquella denominacion, sino las fértiles tierras que pertenecen hoy á las haciendas de Chapultepec y de Sanabria. Ese nombre de Chapultepec fué puesto por los azteca, á su paso por Michoacan.

nuestro socorro, esa puerta quedará abierta para pasar á Quirínguaro.

Urescua y Candó contestaron: "Los purépecha son unos miserables. Quirínguaro nada puede temer de ellos. Más deberiamos temer al hambre y á la inundacion que nos agobian; pero nuestra ciudad es divina: sobre su cabeza hay canas de cien siglos, y las piedras de sus hogares han echado raíces profundas en el suelo."

Oyó Tzintzuni colérico y despechado la respuesta de Quirínguaro, y determinó abandonar el país con toda su gente.

Convocó al pueblo, dispuso que las familias llevasen los objetos más preciosos, y que se destruyese cuanto habia en la ciudad para que los purépecha no encontrasen nada de valor.

Antes de partir se entregaron los habitantes á la embriaguez y al baile, acompañados de la música.

Repentinamente apareció en medio de la orgía el sacerdote Candó, y ántes de que la cólera de Tzintzuni estallara, levantó la voz y dijo:

—Me envian los dioses á salvaros!

Antes de que esta escena comenzase en la plaza de la ciudad, otra de un carácter enteramente extraño efectuóse en la casa del hijo mayor de Tzintzuni, llamado *Apóhtacu.*[1]

Ocupábase la mujer de éste en mecer dulcemente la cuna de su hijo, pensando con tristeza en las fatigas del próximo viaje, cuando vió entrar á una anciana cubierta de harapos y demacrado el semblante. Llevaba en las manos un topo y lo ofreció á la princesa.

—Cómprame este animal y guísalo á tu marido como conejo: es muy bueno para curar la embriaguez. Dame algunas mazorcas para calmar mi hambre.

—Lo recibo en buen hora, que precisamente en estos momentos mi marido está embriagándose. Se lo coceré para que coma; pero toma asiento, y libarémos juntas de este vino.

1. El que está acostado.

—No deseo otra cosa; tomaré algo para acompañarte.

Comenzaron las dos mujeres á beber: la desconocida se servia poco; la esposa de Apóhtacu, acordándose del topo, no escaseaba las espumantes jícaras, y soltó la lengua, dando á la anciana todos los informes que discretamente le estuvo pidiendo.

Durante la conversacion, habia llegado á la puerta de la casa el sumo sacerdote de Quirínguaro, y escuchando rumor de voces, se paró á oir.....

Era Candó amigo íntimo del heredero y sucesor de Tzintzuni: habia entre ellos la liga de algunos secretos, y acaso por este motivo estaba escuchando con tanto interes la conversacion de las dos mujeres.

La dueña de la casa decia:

—Antes de que te vayas, abuela, ayúdame á poner en el puchero el topo que me has traido.

—Con mucho gusto, hija; verás con cuánto agrado lo toma tu marido, y recobrando la razon, estará más expedito para el viaje. Bien, ya está: aviva el fuego.

—Vamos, te iré á encaminar,—dijo la esposa de Apóhtacu; y poniendo dos ó tres leños más en las paranguas,[1] salió con la anciana.

Al verlas levantar de su asiento, se ocultó Candó detrás de un árbol. Cuando las mujeres se hubieron alejado, penetró en la casa, estuvo allí unos instantes y luego apareció en la puerta con una sonrisa infernal dibujada en los labios.

Se dirigió corriendo á la plaza de la ciudad.

—Sí; os he venido á salvar,—decia Candó al pueblo congregado.—Los dioses están indignados contra vosotros porque abrigais dentro de la ciudad á los espías de los purépecha. En estos mismos momentos, la madre de Hirépan recorre algunas calles y se informa de vuestras intenciones. El crímen la acompaña y mil funestidades caerán sobre vosotros.

Profundamente indignados los de Itzí-parámucu, quisie-

1. Tres piedras que sirven para hacer los fogones.

ron ir en busca de la anciana para sacrificarla á sus dioses, pero Candó los detuvo y continuó diciéndoles:

—No; Amamba no será sacrificada aquí. En este momento miradla en poder de los guerreros de Quirínguaro que vinieron escoltándome. Esa mujer debe ser ofrecida en aras de Tangáxhuran, dios de toda la tierra, y ante el numeroso pueblo de la ciudad sagrada. Vosotros preparaos á la defensa de vuestros hogares. Urescua vendrá con crecidas huestes á atacar á nuestros comunes enemigos. No temais; la victoria será nuestra!

Nadie pensó ya en la fuga. Tzintzuni se dirigió á su palacio y expidió órdenes para la defensa. Apóhtacu invitó á Candó para que fuesen á comer juntos en su casa, y los habitantes de Itzí-parámucu, confiados en las promesas de los dioses, se retiraron á su hogar pensando en la guerra y en sus futuras victorias.

Una hora despues la ciudad estaba hondamente conmovida. De boca en boca circulaba la noticia de un horroroso y doble crímen. ¿Qué habia sucedido?

Al sentarse á comer Candó y Apóhtacu, ofreció la mujer de éste el puchero que habia condimentado, sirviendo primero el caliente churipu, y consumido éste, al ir á poner en una batea el topo comprado á Amamba, vieron todos con horror, dividido en pedazos, el cuerpecito del niño hijo de Apóhtacu.

La madre no queria creer en su desgracia y se dirigió á la cuna. La cuna estaba vacia, y la infeliz mujer exhaló gritos que lastimaban el corazon.

Apóhtacu, ciego de cólera y dominado por los vapores del vino, tomó su arco y disparó dos flechas que se hundieron en la espalda de su esposa.

Candó sonreia con cínica satisfaccion.

Un perro que estaba echado á inmediaciones del fogon, se levantó desperezándose, salió á la puerta, gimió con grande esfuerzo y huyó precipitadamente á ocultarse en el bosque vecino.[1]

1. La raza de perros que habia en México, Michoacan y otras regiones de América, ántes de la venida de los españoles, se extinguió por completo en los dias de la conquista, cuando huyendo los indios de las crueldades de los con-

Acudieron los criados, y su llanto atrajo bien pronto á los vecinos. Cuando la casa estuvo llena de gente, el sacerdote de Quirínguaro se levantó y dijo con tono solemne:

—Hé aquí la obra de la espía de los purépecha! Es una hechicera que os trae la desgracia!

El odio de los presentes no conoció ya límites, y apresurados marcharon á la plaza, resueltos á hacer pedazos á la madre de Hirépan.

Cuando llegaron á aquel sitio, Amamba y sus guardianes habian desaparecido.

Aquella infeliz anciana era en efecto la madre de Huanita.

Habia recorrido, haciendo el papel de mendigo, todos los pueblos de la Sierra; se habia internado al país del calor y visitado sus fértiles ciudades; habia subido á las altas montañas y escudriñado los rincones de los valles: en ninguna parte halló quien le diese noticia de su hija.

Encontrándose una vez en Tzacapu, penetró al palacio de la reina en momentos en que ésta era sobrecogida de un parto prematuro. Pudo prestar allí útiles servicios. La reina, agradecida, le rogó que le contase su historia, é impuesta de tantos sufrimientos, se condolió en su alma y le reveló que Huanita estaba prisionera en poder del sumo sacerdote de Quirínguaro, lo que habia sabido por el mismo Candó, que de cuando en cuando pasaba por Tzacapu en direccion al Poniente, sin que nadie supiese el término de su viaje. Candó habia contado que Huanita se resistia á unirse á Turátame, rey de Pátzcuaro; mas como los dioses la consideraban prenda de paz entre todos los pueblos de la tierra, él tenia encargo de vigilarla; y conservándola en prision, esperaba

quistadores, carecian de todo alimento. Los historiadores nos dicen que estos animales eran mudos y que apénas exhalaban un débil gemido. De orígen americano es el más hermoso perro del mundo, el de Terranova. Decimos esto, porque en los "Anales del Museo Michoacano" se asegura que los perros eran desconocidos en América, ántes de la venida de los españoles, y que se les dió el nombre de *huichu*, por onomatopeya. No puede ser esto, porque el sonido onomatopéyico seria *hua-gua*

domar con el tiempo su carácter altivo, pudiendo servir entretanto como rehen precioso contra los purépecha. La reina habia descubierto toda esta trama en una noche en que su esposo el rey de Tzacapu y Candó se habian embriagado.

Si Amamba habia tenido paciencia cuando sólo la alimentaba la esperanza de que Huanita no hubiese muerto, ahora, con la certeza de que vivia, se revistió de tal modo de aquella virtud, que aguardó tranquila á que los acontecimientos mismos la condujesen á descubrir el sitio en que se encontraba la jóven. La reina parecia más empeñosa que ella misma, y, no contentándose con enviar emisarios de su confianza á que buscasen á Huanita, consultó á los más sabios *Sicudmecha*[1] del reino. Tan inútiles diligencias dieron un resultado contraproducente.

Llegó en esos dias á Tzacapu el gran sacerdote Candó. Dió aviso al rey de la repentina aparicion de los purépecha, cuyo resultado habia sido la toma de Etúcuaro.

—Ya ves—le dijo—cómo se multiplican esas tribus: las derrotas parecen servirles de poda. En vano fué lanzarlos de Pátzcuaro y perseguirlos por todas partes. Hoy han reaparecido más numerosos que nunca. Urescua, Turátame y los señores de las islas han jurado nueva alianza, y me envian á tí para saber tus intenciones.

—Ya saben mis hermanos que pueden contar conmigo.

—Yo tengo plena confianza en tu palabra; pero los señores del lago desearian alguna prueba más de tu fidelidad.

—Hacen mal. ¿No les basta comprender que los purépecha no me perdonarán jamas el haberme apartado de su alianza? Mis súbditos me lo han reprochado muchas veces.

—Hé aquí precisamente lo que témen. Los tarascos y los tecos fueron siempre dos tribus aliadas, y aunque por parte de vosotros esa alianza tenia mucho de feudo, la verdad es que tu pueblo no ha sido quien la ha roto, sino tú que quisiste reinar independiente. ¡Quién sabe si en estos momentos en que los invasores emprenden de nuevo sus conquistas, hallarás ocasion de reconciliarte con ellos, satisfaciendo así los deseos de tus súbditos!

1. Hechiceros.

Los ojos de Candó se fijaron en los del rey, que inclinó la cabeza.

—Ya lo ves, *Iré*—continuó aquel diciendo;—guardas silencio, porque he adivinado tu pensamiento. Pero ten advertido que si nos traicionas, tu pueblo sabrá el nombre con que te distinguimos en nuestros anales secretos.

—¿Y qué nombre es ese?—preguntó el cacique de Tzacapu lleno de angustia.

—*Taré-Camáhcu.*[1]

El rey palideció, y trémulo y balbuciente, dijo hincando una rodilla en el suelo: Dí á los poderosos del lago que soy su esclavo, su esclavo más humilde.

—No bastan tus palabras. Necesito una prueba.

—Habla, y cualquiera que sea, serás obedecido,—contestó más tranquilo el rey, tomando de nuevo su asiento.

En estos momentos se acercó á la puerta la reina que habia sabido la llegada de Candó, y sin ser vista, pudo escuchar de los labios de éste las siguientes palabras:

—Bien! Convoca tu ejército y permanece listo para cuando los purépecha, que ahora recorren los pueblos del Oriente, aparezcan en esta comarca.

—Se hará como tú mandas.

—Escucha. Tu mujer tiene á su lado á la madre de Hirépan y la protege con su poder. Cuando yo me aleje, pues sabes que marcho hácia *Acuitzio*[2] á asuntos de otro género, procura tú apoderarte de Amamba. Tus sacerdotes no la conocen. Diles que es una extranjera que tiene hechizada á tu mujer, y una sacrílega que blasfema de los dioses. Entrégasela para que la sacrifiquen.

Candó continuó su camino al dia siguiente.

En la tarde de ese mismo dia se verificó en el palacio la escena que vamos á referir:

1. Parece que esta palabra significa "el anciano que acabó en las manos," ó "el viejo estrangulado." Esta leyenda está en la *Relacion*, y la hemos oido además de la boca de algunos ancianos indios de Tzacapu, quienes la referian en los términos que se verán más adelante.

2. Lugar de culebras. Esta poblacion era distinta de la otra del mismo nombre, que aún existe en el distrito de Morelia.

El rey habia mandado llamar á los *Xhurihquiecha*[1] del palacio, entre los cuales descollaba por su petulancia en las ciencias médicas y por su fatuidad como historiógrafo de la Corte, un hombre de unos cuarenta años, charlatan y orgulloso, llamado *Chicuándira.*[2]

Se habia hecho correr la voz de que la reina se hallaba atacada de una enfermedad desconocida, cuyo principal síntoma, era el desarrollo de una prodigiosa fuerza muscular, impropia de la constitucion delicada de una mujer. Tal vez el rey sabia esto de mucho tiempo ántes, y ahora le convenia revelar el secreto para hallar pretexto á lo que fraguaba.

Los médicos fueron entrando uno á uno en el aposento real para examinar á la reina. Contentábanse con verla y saludarla, pues que su diagnóstico no debia ser otro que el consignado por el rey. Acaso por esto la reina habia ido diciendo á cada uno de los médicos: "cumple las órdenes de tu amo."

Tocóle su turno al Doctor Chicuándira, quien hizo una profunda reverencia á *Cuenómen*, y se disponia á salir de la real cámara, cuando la reina le dijo:

—Acércate, Chicuándira, toma mi mano y ve á decir á la junta la primera verdad que saldrá de tus labios.

Acercándose el médico tomó respetuosamente la mano que se le extendia, y en el acto lanzó un grito, cayendo de rodillas.

1. Médicos. Recuérdese que pertenecian á la clase sacerdotal todos los que ejercian la profesion, y que el jefe de ellos residia en la Corte. La *Relacion* hace varias veces mencion de los *xhurihquiecha* y refiere que un hermano del rey *Tzimtzicha*, cuando por primera vez asistió á una misa, "como vió al sacerdote con el cáliz y que decia las palabras, decia entre sí: estas gentes todas deben ser médicos, como nuestros médicos que miran en el agua lo que ha de ser."

Los *xhurihquiecha* eran muy prácticos en el conocimiento de las virtudes medicinales de las plantas, y la tradicion nos dice que cerca de Tzintzúntzan mantenian los reyes preciosos jardines botánicos en que se cultivaban plantas medicinales de todos los climas, lo que da idea de que conocian el sistema de invernaderos.

No se ha perdido por completo ese conocimiento, pues aún emplean con buen éxito los indios tarascos multitud de yerbas para curar diversas enfermedades.

2. "El embustero."

Cuenómen habia oprimido la mano de Chicuándira, con una presion tal como no lo hubiera hecho una tenaza de hierro.

—¿Lo ves?—continuó la reina,—mi marido ha dicho verdad. Vé á reunirte á tus compañeros, y, prevalido de tu doble carácter de sacerdote y de médico, harás en la junta lo que voy á ordenarte.

Para que no pudieran escucharse sus palabras, habló la reina en voz sumamente baja al oído de Chicuándira.

Los Xhuríhquiecha se reunieron en una espaciosa sala que servia de Museo al palacio.

Veíanse allí colocados en armarios de maderas preciosas, ejemplares de las armas en uso en aquellos pueblos, y á su lado instrumentos de guerra pertenecientes á épocas remotas: habia multitud de ídolos desenterrados en las excavaciones hechas para construir los cimientos de la actual ciudad; hermosos ejemplares de alfarería, lujosamente pintados, algunos de los cuales tenian un barniz hecho á mano;[1] vasos y búcaros de alabastro con primorosos bajo-relieves,[2] rollos de papel fabricado con la fibra del maguey y de la raíz de la ziranda,[3] en que habia extrañas pinturas, acaso los anales ó tradiciones de aquel pueblo ó de los que le antecedieron en la ocupacion de lo que hoy es Michoacan; habia collares y diademas de oro; orejeras y bezotes del mismo metal: habia sartales de huesos y conchas trabajadas con curioridad. En suma, aquel Museo estaba henchido de riquezas prehistóricas, revelando la presencia del hombre americano en aquel país desde una época remotísima, imposible de precisar.

Mas lo que atraia principalmente la atencion eran unas

1. Los primitivos moradores de este país conocian el barniz para esta clase de utensilios, como puede verse en la "Breve reseña histórica de la emigracion de los pueblos en el Continente Americano," por el Sr. José María Reyes. Boletin de la Sociedad de Geografía y Estadística, tomo V, año de 1881.

2. Se han encontrado en una yácata en Jicalán Viejo, Distrito de Uruápan.

3. El papel se llama *Ziranda*, la escritura *carácata*, el verbo *escribir*, *carani*, y el que escribe, *carari*.

Ziranda es el nombre tarasco de la ceiba.

fuentes de obsidiana casi cristalina, labradas con exquisito gusto, siendo unas enteramente lisas, otras cubiertas de bajo-relieves con figuras simbólicas ó jeroglíficas.

Cada unos de los sacerdotes tomó uno de estos vasos, vertió en él agua purísima, é invocando el auxilio de los númenes, fijó en el fondo de la fuente una atenta mirada escudriñadora. Sus labios no cesaban de murmurar palabras cabalísticas.

El agua permanecia tranquila y cristalina.

Entónces Chicuándira tomó una gran taza de obsidiana de color *siguápiti*,[1] vertió en ella el agua de los vasos todos que habian servido inútilmente para el anterior conjuro, y parándose en el dintel de una puerta que miraba al Poniente, interpuso la taza entre sus ojos y los rayos postreros del sol.

Los demas médicos se colocaron á su espalda y fijaron tambien su mirada.

Los labios no cesaban de murmurar palabras misteriosas.

El sol iba desapareciendo: el aire estaba poblado de pájaros que se apresuraban á volar hácia el bosque para pasar la noche.

En el lago se veia á las aves acuáticas dejar un surco negro detrás de ellas al ir á recogerse en los tulares.

En la cercana *tpacua*[2] un coyote exhalaba de cuando en cuando su lastimero ahullido, y allá á lo léjos, en la inmensa mole del *tucur-huata*, entre los monumentales pinos, comenzaban á vagar las tinieblas de la noche.

—Mirad—dijo Chicuándira,—el agua comienza á turbarse con líneas negras y rojas que se mueven en todas direcciones.

La mano del sacerdote, de una manera imperceptible, comunicaba á la taza un ligero temblor, y el agua reflejaba las vetas negras y rojas de la obsidiana.

Los demas sacerdotes, de buena ó mala fe, respondieron:

—¡Es verdad! ¡Los dioses van á hablar!

El rey se volvió todo oídos. Palideció, y comenzaba á arrepentirse de haber convocado la junta.

1. Amarillo rayado. No es escasa esta variedad de la obsidiana, y los indios la estiman en alto grado.

2. Significa "llanura."

—Escuchad—continuó diciendo Chicuándica.—Hé aquí lo que veo en el agua:

Es un hombre de baja ralea que lleva leña á los altares de los dioses. Allí sobre la colina de piedras se levanta la sagrada *Queréndangápeti*,[1] misterioso asiento del númen celestial. A su lado crece el más alto de los pinos; con sus ramas casi toca la bóveda azulada. Es el camino por donde los dioses bajan del cielo. Allí tambien álzase el palacio de los reyes, que son los dioses de la tierra.

El hombre que conduce la leña llega al primer peldaño de la escalinata. Deposita allí su ofrenda y duerme. Miradlo; sube el segundo escalon, enciende la hoguera de los dioses y reposa en brazos del sueño. Así continúa su marcha con una constancia propia del hombre cauto que espera ver realizada su ambicion.

En lo alto de Queréndangápeti aparece una mujer. Mira al hombre que sube. Llama al guardian del palacio y le dice:

—*Sirundarán*,[2] ¿no adviertes que un desconocido escala esta sagrada mansion? Mi señor está ausente. Vé á buscarle: acaso lo encontrarás en su harem bebiendo vino con sus esclavas.

El mensajero parte. Va hácia el Mediodía, en donde está el harem. Las mujeres bailan al són de los atabales y de los instrumentos que imitan el canto de los pájaros.[3]

El señor no está allí.

No lo halló tampoco en el Occidente ni en el Septentrion.

Temeroso de que hubiese fallecido, lo busca en el lugar de los muertos,[4] y tampoco lo encuentra.

Vuélvese triste y desesperado de sus inútiles pesquisas, cuando al pasar por un delicioso sitio que no en vano se de-

1. Peña parada.

2. "El que come tizne." Parece que este nombre correspondia á un alto empleado de los reyes, como un edecan ó un consejero íntimo.

Entre las preocupaciones del pueblo hay la de que los adivinos, al ejercer su arte, comian carbon ó tizne. Tal vez el *Sirundarán* de que se habla en varios documentos de los tarascos, haya sido el adivino de la Corte.

3. Suelen encontrarse en las yácatas pitillos de barro que imitan el canto de algunos pájaros.

4. *Guaricho*, lugar de muertos. Véase la *Relacion* en este pasaje.

nomina *Aguándaro*,[1] escucha cánticos melodiosos. Allí está el dios de la tierra. Ciñen sus brazos y muslos brazaletes y cotaras de la piel del tigre: grueso collar de límpidas turquesas rodea su cuello, y la frente está orlada de diadema de dorados hilos, y ricos plumajes y orejeras de oro completan su atavío.

El anciano rey no puede tenerse en pié. Los vapores del vino le han arrebatado el poco vigor que le dejan sus años. Quiere hablar á Sirund-arán, pero se le cierran los párpados y duerme.

El mensajero trata de despertarlo. Se lo impiden los guardias de corps.

Por fin vuelve en sí el anciano: oye hablar á Sirund-arán y da órden de que llegue á su presencia.

—¿A qué vienes, mensajero?—le pregunta.

—Tu esposa me envia á buscarte. Dice que un hombre ha escalado la altura del templo: ignora quién sea y el objeto que lleve.

—Dí á mi mujer que ese hombre es mi sucesor: que lo revista con el traje real y que será rey como yo, gobernando en mi ausencia.

Esto dice el dios de Queréndangápeti, y huye á los ojos de su pueblo para entregarse á sus propias delicias. Su esposa ha vivido oculta en este palacio, pero hoy mismo ha ascendido al cielo, subiendo por el árbol colosal que está á las puertas del templo. Esa mujer es la misma á quien Candó confunde con la madre de Hirépan. Es inútil que la busques, ¡oh rey!

En cuanto á tu esposa, no está enferma como dices: las fuerzas musculares que ha adquirido son las de una amazona, exenta de temor.

Tú, rey, eres el hombre que reinas en Tzacapu por..... voluntad de los dioses.

El soberano legítimo está ausente. Bien lo sabes; y todo lo que acabo de decir es lo que hemos visto en el fondo del agua. ¿No es así, ilustres sacerdotes que me rodeais?

1. El cielo. Existe en la municipalidad de Penjamillo una finca de campo que se llama Guándaro (corrupcion de Aguándaro). Tal vez sea el sitio aludido.

—Así es,—respondieron los demas médicos.

El rey habia escuchado con creciente interes los agüeros de Chicuándira. Era la falsa relacion de su vida y lo que él queria que supiese el pueblo, á fin de legitimar el título con que lo gobernaba.

Despidió, pues, alegremente á los sabios. Chicuándira fué el último que dejó la estancia real. Al salir dijo al rey:

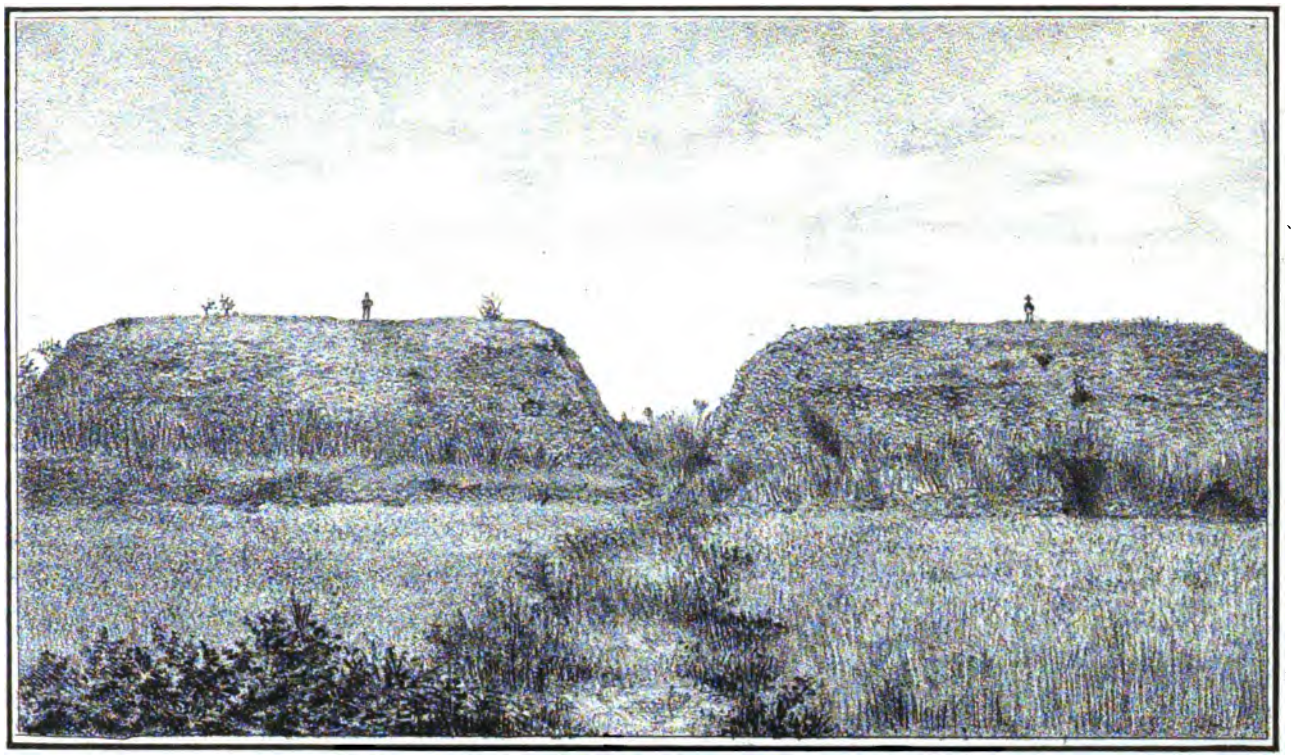
—En el fondo del vaso estaba grabado un nombre que no he querido pronunciar.

—¿Qué nombre es ese?—balbuceó el rey temblando.

—El tuyo, compuesto de las palabras que pronunciaste al usurparte el trono. Ese nombre dice: *Tharé-Camdhcu!*

—Escucha.....—dijo el rey anonadado.

Chicuándira habia salido ya del aposento.



Templos del sol y de la luna en Higuatzio.

Fortaleza de Queréndaro.

CAPÍTULO XV.

La fortaleza de Queréndaro.—Los templos del sol y de la luna.—Indignacion de Tariácuri.—El rey de Pacanda ofrece cautivos para que sean sacrificados en los templos de los tarascos.—Inteligencias entre Tangáxhuan y Turátame.—Muerte del usurpador.—Toma de Pátzcuaro.

ANTES de que se verificase la escena que acabamos de describir, Amamba, advertida por Cuenómen de la intriga que se tramaba en el palacio, habia huido de Tzacapu; pero léjos de intimidarse con el peligro que la amenazaba, espió la salida de Candó y siguió cautamente el camino que éste habia tomado.

Dejarémos para más adelante la relacion del viaje de estas dos personas, entre las cuales mediaba un odio profundo, inextinguible.

Por ahora volvamos á los príncipes que acampaban con su ejército en las laderas del Puréperio, amagando caer sobre Itzí-parámucu, y digamos ántes unas cuantas palabras respecto de Tariácuri.

El anciano rey habitaba una oculta rinconada del valle de Nocutzepo, en medio de pueblos que le eran fielmente adictos.

No cesaba de dar sabios consejos á sus sobrinos y á su querido hijo Hi-inhángari; estaba al tanto de sus campañas y se alegraba de sus victorias.

En cuanto á Turátame, pasaba el tiempo en vergonzosas orgías, olvidando á su padre, á quien creia inútil ya ó inofen-

sivo por su edad. De cuando en cuando enviaba desafíos á sus primos, insultándolos con palabras soeces y despreciativas.[1]

En medio de su abyecto estado recordaba sin cesar á Huanita y exigia de Candó que la llevase á su presencia, disculpándose éste con mil evasivas que todas se dirigian á obligar al usurpador á que acabase con los miembros de su familia para merecer aquel premio.

Dada esta situacion de algunos de los principales personajes de nuestra historia, procuremos ir reanudando la trama de ésta.

Los príncipes, despues de algunos dias de permanecer en Puréperio, pasaron la laguna y llevaron presentes á Tariácurí, que los recibió con mucha alegría.

Hablaron largo rato de los asuntos públicos, llenándose de orgullo el rey al oir de los labios de sus sobrinos la relacion de sus continuados triunfos, y satisfecho de que sus hijos hubiesen cautivado tantos esclavos en sus diversas expediciones.

—No puedo estar más contento de vuestras hazañas, queridos hijos mios—les dijo.—Habeis hecho cuanto corresponde á príncipes de mi sangre, y solamente observo con tristeza que en medio de vuestras espléndidas victorias, os habeis olvidado de encender el fuego sagrado á nuestro dios.

—No es que hayamos olvidado este deber—dijo Tangáxhuan,—sino que nuestro dios está en vuestro poder y no nos era dado cumplir tan santa obligacion.

—Os sobra la razon, hijos mios. Yo soy ya viejo y no puedo salir á campaña. Haréis un templo para Cuerápperi y allí llevaréis leña para mantener siempre viva la llama del altar.[2]

Les entregó el anciano rey una bandera envuelta en un lienzo de algodon, y habiéndose despedido sus sobrinos, tornaron á embarcarse y se dirigieron á su campamento. Enviaron mensajeros á todos los pueblos aliados, y aun á algunos de los de sus enemigos, pidiéndoles maestros canteros y albañiles.

1. *Relacion*, pág. 245.
2. *Relacion*, pág. 249.

Con este contingente y con los numerosos esclavos que traian consigo, dieron manos á una obra colosal.

Trazaron un inmenso paralelógramo, y en sus líneas construyeron una muralla de seis varas de altura, escalonada por uno y otro lado con graderías de altos peldaños.

En la cabecera occidental de este recinto, que mide trescientas setenta y cinco varas por lado, levantaron dos pirámides truncadas, á muy corta distancia una de otra, perfectamente iguales entre sí, y cuya elevacion es de treinta varas contadas desde lo alto de un atrio extenso que les sirve de base y que está curiosamente pavimentado.

Estos monumentos se hallan exactamente orientados, y ambos tienen una escalera espiral que da acceso á la cúspide, sobre la que descuellan, en uno el templo del sol, en el otro el de la luna.

Desde su altura se domina un extenso paisaje: hácia el Oriente las fértiles campiñas de Itzí-parámucu, hácia el Occidente el lago cristalino.

Es tal la posicion de estos monumentos, que reciben diariamente el primero y último rayo del sol que atraviesan por un estrecho puerto formado por dos pequeñas colinas situadas al frente. El intermedio que las separa mide la declinacion del sol en los dos solsticios del año.

Declinando la vista hácia el Sureste, se ofrecen en primer término, á doscientas varas fuera de la muralla, otras tres pirámides, casi unidas, de igual forma, y, más léjos, como á trescientas varas, otra aislada, cuya cima era enteramente cónica.

Todas estas pirámides tienen sus lados frente á los puntos cardinales, y todas reposan en cimientos amplios y bien terraplenados, donde comienzan las escaleras espirales.

De la extensa fortaleza parte en direccion de la montaña, tras de la cual está Tzintzúntzan, una amplia calzada con árboles á sus lados, y de trecho en trecho, como piedras miliarias, se levantan erguidas rocas, por cuya circunstancia ese camino se llama *Queréndaro*.[1]

1. La *Relacion* le da el nombre de *Querítaro*, pero aun hoy dia los naturales lo conocen con el de *Queréndaro*.

La tradicion refiere que al extremo de la calzada estaba oculta una puerta, dando entrada á un largo subterráneo que atravesaba la extension del cerro é iba á terminar en uno de los palacios reales de Tzintzúntzan.

Por el opuesto lado, es decir, hácia el Sur, arrancando de la fortaleza, hay un camino cubierto entre dos altas murallas de seis varas de espesor, que conduce á una abierta explanada sobre la márgen del lago, en uno de esos sitios pintorescos que bordan las playas.

Aquella terraza se llama *Erónspecuaro.*[1]

Las pirámides encerradas dentro de los muros servian, como hemos dicho, para templos del sol y de la luna; las otras tres unidas eran los palacios del rey, del gran sacerdote y de las guanánchecha, y sobre la yácata cónica se izaba el pabellon de plumas de colibrí coronado por una águila, que era la bandera del ejército.[2]

Sobre las dos murallas que formaban el camino cubierto, se extendian dos vias perfectamente pavimentadas que sirvieron desde aquel dia para que, cuando los reyes regresaban de Pátzcuaro á su Corte, fuese el rey sobre la de la derecha y la reina sobre la de la izquierda, tapizándose previamente el suelo con finas esteras de *patzimu.* En pos de los soberanos marchaban sacerdotes y grandes funcionarios del reino: los guerreros en el camino cubierto, y el numeroso pueblo en las calzadas exteriores.

En los grandes dias de fiestas nacionales ó cuando los guerreros se reunian en la fortaleza, preparándose para salir á alguna expedicion, el pueblo ocupaba las graderías; y cualquiera puede imaginarse el vistoso aparato de aquel espléndido cuadro.

1. Lugar de espera, de *erónspeni*, "esperar."

2. Háblanos Beaumont de un ídolo de piedra con figura humana que tenia las manos unidas con el vientre, y que estaba colocado en el centro de la fortaleza. Efigies como ésta se encuentran en el Perú y en la América Central.

Otro ídolo representaba un caiman y tenia el cuerpo en direccion del lago. Ambas figuras, dice el cronista, eran de Xanámu (lava) y acusaban una remota antigüedad. ¿Eran ídolos que los tarascos trajeron en su peregrinacion? ¿Pertenecian á pueblos primitivos, muchos siglos ántes establecidos en el lago? ¿En los primeros tiempos del hombre americano habria caimanes en la laguna de Pátzcuaro, bajo un clima más cálido?

Concluido que fué el suntuoso edificio, los príncipes determinaron ponerlo en conocimiento de Tariácuri, pero asustados del lujo con que lo habian construido, ninguno de ellos se resolvió á ir á ver al anciano, y determinaron más bien marchar todos reunidos.

Cuando los vió desembarcar el rey, salió á recibirlos y les dijo:

—Seais bien venidos, hijos mios: mas ¿qué teneis? ¿qué os ha sucedido que venís tan tristes?

Hirépan fué el único que se atrevió á tomar la palabra y á referir al rey lo que habian hecho, encareciéndole la suntuosidad del edificio. Segun lo habian temido, Tariácuri se encolerizó al oir el relato.

—Bellacos—les dijo,—¿por qué os habeis dejado llevar de la soberbia? ¿quiénes sois vosotros para erigir templos á Cuerápperi y á los dioses de las cuatro partes del mundo? ¿Qué templos serán esos fabricados por muchachos?

Y como preparase su arma para disparar sus flechas, huyeron los príncipes, y pasando la laguna, volvieron á la fortaleza, en donde comenzaron á llevar leña para los altares.

El anciano rey recordó luego que él mismo habia dado órden á su hijo y á sus sobrinos para que construyesen los templos y creyó oportuno intervenir personalmente en la dedicacion del edificio.

Y á este efecto envió embajadores al rey de la isla plana,[1] invitándolo para un combate entre guerreros de ambos pueblos, á fin de que los que quedasen muertos sirviesen de escolta en los funerales de los dos reyes, pues que ambos, siendo ya muy ancianos, estaban próximos á morir.[2]

Este mensaje era un desafío embozado al rey de Pacanda, quien comprendió perfectamente que sólo se trataba de hacerle cautivos para sacrificarlos en la ceremonia. Y en la alternativa de sufrir una vergonzosa derrota, sin salvar por esto á sus guerreros, ó de entregar un número determinado de sus súbditos, optó por este último extremo y se comprometió á mandar cien personas.

1. Pacanda.
2. *Relacion*, pág. 251.

Apénas habian marchado los embajadores, cuando el desgraciado rey comprendió que.habia andado muy pródigo en su promesa.

Entónces envió un mensajero á los príncipes purépecha, suplicándoles aceptasen tan sólo sesenta prisioneros é indicándoles la manera de apoderarse de ellos, pues el rey no queria aparecer como siendo él quien los entregaba.

En efecto, un dia determinado se situaron las fuerzas de los príncipes en sitios ocultos de la playa que indicó el rey de Pacanda.

En la mañana se dirigieron los labradores de la isla á ir á regar sus sementeras en la orilla del lago. A una señal hecha desde una piragua por un sacerdote de Pacanda, salieron los guerreros tarascos y se apoderaron de sesenta individuos entre los isleños. De esta manera el rey de Pacanda no apareció culpable ante su pueblo de tamaña perfidia. El secreto quedó reservado á sólo los sacerdotes, cómplices del rey.

Tangáxhuan tomó cuarenta de estos prisioneros y los mandó como obsequio á su primo Turátame que reinaba en Pátzcuaro.

Parece que el estado de guerra en que se hallaban aquellos pueblos habia relajado ciertos sentimientos de dignidad que no debe abandonar jamas el hombre. La infame accion del rey y de los sacerdotes de Pacanda debió ser rechazada por los príncipes, y el mismo Tangáxhuan, á quien inspiraban pasiones de otro género, se dejó arrastrar de ellas cuando envió el presente de esclavos al usurpador de Pátzcuaro.

Éste, es decir, Turátame, llegó á creer, en vista del valioso obsequio, que sus primos solicitaban su aquiescencia en las conquistas que acababan de hacer, y que, dejándolo tranquilo en su posesion de Pátzcuaro, buscaban la paz que tanto necesitaban, despues de su fatigosa campaña. Por otra parte, ignoraba que entre Tangáxhuan y Huanita hubiese otro afecto que el de simples parientes. Pensó, al contrario, que su primo, llevado de una extrema ambicion de reinar sobre sus hermanos, deseaba contar con la proteccion de Turátame, y juzgó que podia hacer de Tangáxhuan un poderoso aliado. Habia además una circunstancia notable. Tangáxhuan era el principal caudillo del ejército, y acaso por una política

acomodaticia ó tal vez por alguna desconocida simpatía, no habia llevado sus armas ni contra el rey de Quirínguaro ni contra las fuerzas que ocupaban á Pátzcuaro.

Nada extraño es, en consecuencia, que sintiese por aquel cierta especie de confianza.

De acuerdo Tangáxhuan con Tariácuri, envió una embajada á Turátame, diciéndole que los de las islas Pacanda y Xarácuaro se habian coligado y que él por su parte buscaba la alianza del rey de Pátzcuaro, á cuyo efecto lo invitaba á que tuviesen una conferencia que se celebraria en *Queréndichdhtzicu.*[1]

Al tercer dia de recibir la embajada, se dirigió Turátame al punto designado. Tuvo esmero en ataviarse lujosamente: ciñó en sus sienes la diadema de piel de tigre sobre la que flotaba un vistoso plumaje; se puso un collar de hermosas conchas del mar y de tortugas; orejeras y bezotes de oro; cascabeles de víbora en las piernas; un suave manto de blancas pieles de pelícano y un rico carcax cuajado de flechas en la espalda.

En el embarcadero lo esperaba una elegante canoa, tripulada por doce remeros, en medio de la cual habia un precioso toldo tejido de espadañas y de flores, y debajo el sillon real.

Así pasó la laguna y fué á desembarcar al punto designado, en donde se habia construido una enramada primorosa, tapizada de flores, y donde el pavimento estaba cubierto de *güinumo.* Los braserillos despedian el perfume del incienso, y no léjos, las mujeres preparaban un opíparo banquete.

Los príncipes salieron al encuentro de Turátame ataviados con sus insignias de generales del ejército: lo recibieron con las ceremonias acostumbradas, y quitando de su espalda el rico carcax y el arco, lo invitaron á tomar asiento, dando principio el festin.

Corrió el vino. Los anfitriones renovaban con frecuencia los cuatro vasos destinados á Turátame.

1. En el pedregal tendido sobre la loma.

El rey de Pátzcuaro llevaba, acaso por centésima vez, la copa á los labios, cuando Tangáxhuan descargó sobre su cabeza un golpe de maza, y ántes de que el usurpador volviese en sí, repitió los golpes hasta dejarlo exánime en el suelo y cubierto de sangre.

Dieron gritos los criados que escoltaban á Turátame, y por un momento pensaron hacer uso de sus armas; mas Tangáxhuan les dijo con acento tranquilo que el asunto no era con ellos, que llevasen leña y ofrendas á los altares de Cueráppeří. Así lo verificaron sumisos, aceptando la esclavitud á que se les reducia.

En la misma barca de Turátame se embarcaron los príncipes seguidos de una fuerte columna de guerreros que tomaron lugar en cien piraguas, y bogó la flotilla con direccion á Pátzcuaro.

Mas ántes, una ligera embarcacion habia surcado las ondas del lago, llevando un mensajero al anciano Tariácuri la noticia de lo acaecido.

—¿Quién lo mató?—preguntó el emperador.

—Tangáxhuan.

—Me lo presumia. ¡Valiente mancebo!—Y hablando consigo mismo, añadió en voz baja:—Los celos son siempre un estímulo poderoso.—Luego, alzando la voz, dijo:

—Bien está: volved á *Queréndichdhtzicu* y arrojad al agua el cadáver de aquel bellaco lujurioso.

El mensajero fué á cumplir estas órdenes, y el viejo rey encaminó sus pasos por la ribera del lago, llegando al puerto de *Aterio* en el momento mismo en que desembarcaban sus sobrinos.

En la noche de ese dia memorable, Tariácuri durmió tranquilamente en su palacio de Pátzcuaro.

Entretanto los príncipes, de regreso á la fortaleza de Queréndaro, preparaban otra expedicion que habian estado meditando, á cuyo efecto encendieron de noche sus hogueras.

Valle de Jacona á Zamora.

CAPÍTULO XVI.

Candó y Amamba.—La cañada de los once pueblos.—Camécuaro.—Aparece Huanita.—Madre ó hija.—Los purépecha abren una nueva campaña.—Sueños proféticos de Tangáxhuan ó Hirépan.—Tanim-irécha.—Toma de Itzíparámucu.—Escenas en el subterráneo del templo.—Dedicacion de la fortaleza de Queréndaro.—Las nupcias.

VEAMOS ya lo que habia sucedido con Amamba, á quien dejamos á su salida de Tzacapu.

La anciana siguió con mucho sigilo los pasos de Candó, persuadida de que ellos la conducirian al retiro de Huanita.

Vencieron su primera jornada en la monumental necrópolis de Caurio, en esa fúnebre ciudad en que se levantan los sepulcros de cien generaciones.

Candó se hospedó en uno de los palacios de los sacerdotes guardianes de aquel recinto sagrado. Amamba halló el reposo durmiendo al pié de una yácata contigua.

Candó y Amamba siguieron su camino por el árido pueblo de *Purépero*, por *Cuerécan*,[1] la de limpios manantiales, luego por la selvática Carápan, y continuaron por el delicioso sendero que á la márgen de caudaloso rio corre á lo largo de fertilísima cañada, en cuyos vecinos bosques se ocultan muchas pintorescas aldeas. La capital de esta hermosa comarca es un campestre pueblecillo llamado *Tzirapu*,[2] dulce y tranquilo al-

1. Es el nombre tarasco de Tlazazalca, y significa "arcilla."

2. *Tzirapu* es el nombre tarasco de Chilchota.

Antes de la conquista estaban situados los pueblos en los bosques que se extienden á los lados de la cañada. Chilchota mismo estaba en la loma que se

bergue de hombres laboriosos y de mujeres virtuosas. ¡Cuántas veces al descender de una de las colinas que rodean á Tzirapu, me ha parecido la cañada que reposa á sus piés, un mar de verdura! Sus praderas son extensos trigales, sus bosques son de árboles cuajados de frutas, y las cristalinas aguas de sus dos rios parecen fajas de plata que ciñen la cintura de una sultana! Aquello es un eden privilegiado, un canastillo de flores en campos esmaltados.

Más allá de esta deliciosa vega existe un sitio..... sitio no; un pequeño oasis encantado.

Es *Camécuaro*. Está oculto entre arboledas misteriosas, á través de cuyas frondas penetran caprichosos rayos del sol, formando figuras fantásticas en la linfa cristalina del escondido lago.

¡Camécuaro! Debajo de sus gigantescos sabinos duermen olas tranquilas, y en las márgenes, un manto de *puchúngaris* embalsama el ambiente.

Allí afluyen los manantiales que brotan en la orilla, templando con el calor de sus corrientes la helada superficie del rio.

A sus inmediaciones brotan los tres ojos de agua que dan nombre á la poblacion contigua, llamada hoy Tangancícuaro.[1]

La poblacion principal se hallaba entónces á media legua hácia el Sur del paraje que hemos descrito. Se llamaba Acuitze,[2] y de ella sólo quedan ruinas de templos y de casas y algunas yácatas que revelan su antiguo esplendor.

Allí, en la casa de las guanánchecha, hallamos por fin á Huanita: allí habia ido Candó á ocultarla, confiándola al cui-

halla al Sur del pueblo actual. Todas estas poblaciones fueron trasladadas á la cañada, conforme á las reales cédulas que mandaron reducir los pueblos á ciertos lugares, á fin de ser mejor vigilados por los conquistadores.

Tzirapu significa "lugar de sementeras," segun unos, ó "lugar de la encina blanca," segun otros.

1. *Tanim-itzícuaro*, significa en tarasco "tres ojos de agua," y esta es la etimología de *Tangancícuaro*, á cuyas inmediaciones está *Camécuaro*.

Basalenque escribe este nombre *Tangánsecuaro*, y entónces significaria "donde se hincan estacas." ¿Habria allí ántes una poblacion lacustre?

Los tres ojos de agua son *Cupáchiro*, *Camécuaro* y *Hunguaran*.

2. Significa "culebra."

dado de uno de los grandes sacerdotes de Xhacúnan, segunda capital de los téquecha.

La jóven habia sufrido su cautiverio sin exhalar una queja, sin manifestar jamas sentimiento alguno de tristeza. Las doncellas que la rodeaban la querian con idolatría, y ella era siempre el centro de reunion en todas sus fiestas. Su mismo guardian, el sacerdote amigo de Candó, llegó á profesarle una sincera simpatía, y frecuentemente le daba permiso para que con sus compañeras fuese á pasar dias enteros en los deliciosos baños de Camécuaro.

Candó la visitaba con frecuencia, procurando inspirarle cariño y hablándole siempre de su futura union con Turátame; pero la altiva jóven despreciaba profundamente al sacerdote y no se dignaba contestarle.

Huanita esperaba con fe el dia en que Tangáxhuan viniera á libertarla, y parecia no preocuparse de que el tiempo trascurriese sin tener noticias de su amante.

En la época á que ha llegado esta historia, vemos aparecer á Candó en la ciudad de Acuitze, dirigiéndose al palacio del sacerdote. Habló con él, y salió éste á comunicar órdenes reservadas.

Apénas descansó Candó algunas horas. Despues llegaron cuatro hombres conduciendo un cómodo y elegante palanquin: veinte cargadores más los acompañaban, dispuestos para remudar la carga.

El sacerdote de la ciudad se ausentó cortos instantes y volvió luego seguido de Huanita.

A una órden de Candó, ocupó la jóven el asiento del palanquin, y la comitiva emprendió el viaje.

Huanita iba indiferente, contemplando el hermoso panorama, si bien sus ojos dirigieron un tierno adios á Camécuaro. De repente exhaló un grito dolorido, y como si el eco despertase en el fondo de la selva, otra exclamacion se escuchó en el acto.

La mirada de Huanita se habia fijado en una anciana desfallecida de cansancio, caida á un lado del camino, con los piés ensangrentados, y que intentaba levantar sus brazos como para detener á la comitiva.

Aquella infeliz mujer era Amamba.

Huanita y Candó la habian reconocido; mas el sacerdote, fingiendo que no habia visto á la anciana, preguntó á la jóven:

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma?

La niña lanzó sobre él una fria mirada llena de desprecio, y le contestó:

—No es nada: dí á tus esclavos que sigan su camino.—Entre Amamba y Huanita se cruzó una imperceptible mirada.

Candó se mordió los labios y dió la órden de marcha. La comitiva avanzó á toda prisa.

Amamba no pudo levantarse, y dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

La pobre anciana permaneció largo rato sumida en la mayor postracion. Unas mujeres que pasaron la vieron desfallecida, le dieron un poco de alimento y una vasija de agua y lograron con este refrigerio que pudiera continuar su camino hasta la ciudad, en donde una de ellas la hospedó en su casa. Allí estuvo durante algunos dias, hasta que, restablecida, se despidió de su bienhechora y se puso en marcha regresando al punto de partida.

Entónces fué cuando llegó á Itzí-parámucu, cuando valiéndose de una estratagema, consiguió saber por la esposa de Apóhtacu el paradero de Huanita; y cuando, llena de alegría, pensaba haber dado cima á sus trabajos, la vimos caer en manos de Candó y desaparecer en los momentos en que, indignado el pueblo de la escena que acababa de pasar en la casa del hijo de Tzintzuni, quiso ir á sacrificarla.

Trascurrieron algunos dias. El rey de Itzí-parámucu, confiado en las predicciones de Candó y en la ayuda de los de Quirínguaro, se disponia á la defensa de su ciudad. Dábanle tiempo los trabajos que habian emprendido los príncipes en la construccion de la fortaleza de Queréndaro, y aunque todas las noches brillaban las luminarias en las faldas del Puréperio, Tzintzuni no creia próximo el ataque, sin dejar por esto de proveerse de flechas y de bastimentos.

De repente llegaron las noticias de los prisioneros cogidos al rey de Pacanda y la muerte de Turátame.

El pánico cundió en la ciudad. Los correos volaron á pedir socorro á los de Quirínguaro, y aunque la contestacion fuese que Urescua despreciaba á los purépecha, lo cierto es que un poderoso ejército mandado por el mismo Candó, se dirigió á toda prisa en auxilio de los de Itzí-parámucu, y se enviaron espías entre el enemigo.

Entretanto, se verificaban en el recinto amurallado de Queréndaro las ceremonias precursoras de la guerra. Se oian los instrumentos bélicos, resonando con horrísono són, alternados de cuando en cuando con los flébiles sonidos de las quiringuas.

Partidas de tropas llegaban de distintas partes, y los sacerdotes se multiplicaban bendiciendo las banderas de los diversos escuadrones.

Todo era animacion y entusiasmo.

De todas partes acudian curiosos que deseaban presenciar el desfile del ejército. Entre ellos andaban mezclados los espías de Quirínguaro.

Una lujosa barca rodeada de cien piraguas conduce de Pátzcuaro hácia las playas de *Erónsperacuaro* al anciano Tariácuri y á sus guardias. Salen á recibirlo los príncipes, y despues de hincar la rodilla en su presencia, lo conducen al palacio y celebran con él una conferencia secreta.

En vano la curiosidad prestó oído á los rumores; lo único que pudo traslucirse fué que el ejército desfilaria al dia siguiente.

Sin embargo, los espías de Quirínguaro habian logrado que uno de los sacerdotes purépecha les recibiese valiosos obsequios, y despues de pasada la conferencia real tuvieron con él una larga plática; en seguida regresaron á Itzí-parámucu y aseguraron á Candó que el ejército de los príncipes emprendia una campaña contra el rey de Tzacapu.

Desconfiado como era el sacerdote, envió nuevos exploradores que llegaron en la tarde del siguiente dia, contando

que en efecto los purépecha se habian embarcado y bogaban en el lago.

Candó devolvió sus tropas á Quirínguaro, permaneciendo él en la ciudad, acaso para adquirir toda clase de noticias. Tzintzuni no creyó conveniente tener en pié de guerra á sus súbditos, y la ciudad se entregó de nuevo al reposo.

En efecto, más de quinientas, entre grandes y pequeñas canoas, estaban ancladas en las aguas de Erónsperacuaro.

Antes de que los expedicionarios se embarcaran, preguntó Tariácuri con instancia á sus sobrinos si habian tenido algunos sueños; y aunque al principio no quisieron confesarlo, por fin tomó Tangáxhuan la palabra y dijo:

—Despues de haber llevado leña para los altares de Cuerápperi, me quedé dormido al pié de un encina, no sin haber colocado ántes cerca de mí el carcax de flechas y la corona de piel de tigre.

De improviso ví acercarse una anciana en cuya negra cabellera lucian algunos brillantes hilos de plata. Su traje estaba salpicado de flores y de escogidas yerbas, y sobre la espalda llevaba un manto de algodon. "Despierta, Tangáxhuan—me dijo:—¿cómo duermes cuando tienes tantas empresas que acometer? Enfrente de tí se halla la ciudad de Tariáyaran; allí está mi templo; allí tengo almacenes repletos de plumajes; á un lado se extiende el amplio edificio del juego de pelota;[1] allí verás mis termas llamadas Puquehurínguecha, en donde son sacrificados los dioses de la Tierra Caliente (Hurío acháecha).[2] Los habitantes de la ciudad han olvidado mi culto: ni se acuerdan de ataviarme, ni llevan leña para mis altares, ni renuevan los plumajes para adornar mis sienes. Ocupa la ciudad y restablécemе en mis altares. Yo premiaré

1. *Zapándicua* es el nombre tarasco de la pelota, y al juego le llaman *guárucua*, del verbo *guárucuni*, golpear, haciendo retroceder la pelota.

2. Puede verse este pasaje en la página 260 de la *Relacion*. Ninguna tradicion ha podido aclararnos el mito que se refiere al sacrificio de los señores de la Tierra Caliente. Creemos, sin embargo, que este pasaje indica que algun dia habria de unificarse el reino, cediendo la supremacía el imperio de Coyúcan, capital de la Tierra Caliente.

tus servicios: tendrás ancianos que te aconsejen, palacios que habitar, un harem para tus esclavas y un dulce hogar para la esposa que ha escogido tu corazon: tu ciudad será una extensa y rica capital, la más poblada de estas tierras, y tú llevarás brazaletes y orejeras de oro y ceñirá tu sien la diadema de los reyes."

—Señor Tangáxhuan, mil veces dichoso,—respondió Tariácuri.—Si ántes de que yo hubiese subido al trono hubiera llevado al altar de los dioses siquiera las raíces de la encina que te sirvió de leña en esta vez, habria disfrutado tranquilamente de mi reino. Muchos son los peligros que rodean tu empresa: arróstralos, y la diosa Xharátanga, que fué la vision de tu sueño, cumplirá su promesa. Y tú, señor Hirépan, ¿qué fué lo que soñaste?

—Yo tambien, padre mio, reposaba al pié de una encina. Se acercó á mí un anciano venerable, teñida de negro la faz y con una guirnalda de plata en la cabeza, y díjome: "Levántate, Hirépan, yo soy Cuerápperi: pon plumajes en mi corona y cubre mi espalda con un manto de plumas de garza. Tributame culto y tendrás orejeras de oro y collares de turquesas; habitarás grandes palacios; poseerás un extenso reino en donde el sol no muere y en donde llevan arenas de oro los rios que fertilizan la tierra, y una numerosa Corte esperará tus órdenes."

—Sí, hijos mios, los dos habeis de ser señores. Ya os lo tenia prometido, y por eso os he ayudado en vuestras campañas. Habeis agotado la leña de esas encinas, y no quedan ya ni raíces con que poder reanimar el fuego de mis años.

Se despidió el rey de sus hijos.

El ejército tomó plaza en las embarcaciones y la flota se internó en el lago, dirigiéndose hácia el Norte.

En la tarde desembarcaron los navegantes en un punto situado entre Tzintzúntzan y Cocúpan.[1] Acampó el ejército. Se instalaron las tiendas de campaña de los príncipes.

1. Lugar de recepcion.

En la noche, Tangáxhuan, Hirépan é Hiquíngari concertaron su plan de campaña.

Aquel sitio se llamó desde entónces *tanim-irécha.*[1]

Antes de reir el alba, despertó Tangáxhuan sigilosamente la legion de guerreros que mandaba en jefe, y encargándoles que guardasen un profundo silencio, marchó por un camino que se extendia hácia el Oriente.

En la mañana de ese mismo dia las otras dos legiones ocuparon todas las barcas y, dividiéndose en dos flotillas, Hirépan se encargó de combatir á los de las islas Pacanda y Jarácuaro, é Hiquíngari se dirigió á las playas de Eróngaricuaro para llevar sus armas al rebelde pueblo de Cumáhchuen.

El sol enviaba sus rayos verticales sobre las risueñas campiñas de Itzí-parámucu.

Era la hora de la siesta.

Las calles de la ciudad estaban solitarias, y en el interior de las casas los habitantes se entregaban á un profundo sueño.

Sólo un hombre velaba en lo alto del templo principal.

Aquel hombre era Candó, Candó á quien un vago presentimiento habia hecho desconfiar de sus espías. Fijaba sus miradas inquietas en la espaciosa llanura, y en vano sus ojos quisieran penetrar en el fondo de la oscura selva que llegaba á las orillas de la poblacion.

De repente vió aparecer dos venados que, al huir velozmente, no temieron atravesar las calles de la poblacion. De cuando en cuando se detenian y volteaban á ver el camino recorrido. En el acto aplicó Candó á sus labios uno de los caracoles del templo para sonar el toque de alarma.

Mas no bien habia acabado de tañer el horrible instrumento, cuando una muchedumbre de guerreros invadió la ciudad.

Candó reconoció á Tangáxhuan que marchaba á la cabeza de los asaltantes; pero Candó fué tambien reconocido por el príncipe, quien dió órden á uno de sus soldados de que vigilase, sin ser visto, al abominable sacerdote.

1. *Tanim-irecha* significa "los tres reyes," y el pasaje que estamos refiriendo es una tradicion que hemos cido de los labios de algunos indígenas.

Momentáneo fué el ataque. Los habitantes de Itzí-parámucu pasaron de las dulzuras de la siesta á las cadenas de la esclavitud: algunos que hicieron resistencia tuvieron la fortuna de morir con las armas en la mano.

El llanto de las mujeres y de los niños sucedió al profundo silencio que una hora ántes reinaba en la ciudad.

Cuando se procedia al recuento de los prisioneros, se acercó á Tangáxhuan el soldado que habia dejado espiando los pasos de Candó, y lleno de turbacion y de miedo le contó que el sacerdote se habia desvanecido en el aire, pues no podia creerse otra cosa, supuesto que, al verlo desaparecer, habia subido el soldado al templo con suma rapidez, y mirando los cuatro lados de la pirámide y la dilatada llanura en medio de la cual se levantaba, no vió persona alguna, siendo enteramente imposible que hubiese huido como flecha á ocultarse en el lejano bosque.

Tangáxhuan palideció de cólera; pero reflexionando unos instantes, se tranquilizó y dió órden de que lo siguieran quinientos guerreros escogidos. Corrió hácia el templo: colocó en los cuatro lados la mayor parte de sus fieles compañeros y con el resto comenzó á abrir una brecha en uno de los costados de la pirámide.

Los templos de los purépecha eran de ordinario pirámides macizas, construidas de lajas, dándoles la solidez que las ha conservado hasta nuestros dias. Habia sin embargo algunos edificios, muy pocos, que tenian en el interior un amplio salon, recinto sólo conocido de los grandes sacerdotes.

Tal era el templo de Itzí-parámucu; y Candó, hundiéndose por una puerta secreta, creia haber escapado de los enemigos.

Bajó una larga escalera de mano y se halló en un espacioso salon. Pronto se habituaron sus ojos á la escasa luz que penetraba por entre algunos intersticios dejados intencionalmente en los muros.

Habia dos mujeres en un rincon de la estancia: una anciana que estaba espirando, y una jóven que le prodigaba inútiles cuidados.

Eran Huanita y Amamba.

Candó se dirigió al grupo de mujeres y dijo:

—Huanita, hija mia, si tu madre perece, ya sabes que encontrarás en mí un apoyo.

La jóven no contestó, ni levantó siquiera sus ojos para mirar al sacerdote.

—Escucha, Huanita—continuó diciendo éste:—los momentos son apremiantes. Turátame ha muerto á manos de los príncipes. Los purépecha se apoderan ahora mismo de esta ciudad.

Los ojos de Huanita brillaron de alegría.

—Sí, hija mia. La victoria es su inseparable compañera; mas Tangáxhuan no podrá encontrar nunca á su amada. Tiempo há que debes haber comprendido que no te ocultaba yo para destinarte á Turátame. En Pátzcuaro habias caido en poder del usurpador, pero supe burlarlo y yo mismo asesiné á tu guardian. Desde entónces eres mi cautiva y hoy ha llegado el suspirado instante de que me pertenezcas por completo.

—¡Miserable! teme la venganza de Tangáxhuan: tú mismo dices que se ha apoderado de la ciudad.

—Pero jamas descubrirá este sitio oculto, desconocido de todos. Aquí estamos enterrados en vida, tu madre va á morir: hay aquí provisiones para muchos dias. Huanita, te adoro. ¡Cuántos momentos de delicias nos esperan en este recinto, separado de toda comunicacion!

En aquel instante se oyen golpes en la parte superior del templo y en uno de los lados de la pirámide. Huanita se sonrió con desprecio y se acercó más á su moribunda madre para recibir su último aliento.

Al oir los golpes de zapa, Candó lanzó una horrible imprecacion, sintió que los ojos se le salian de las órbitas y avanzó hácia Huanita.

—Me han descubierto; la puerta oculta no cederá y pasarán muchas horas ántes de que los miserables puedan abrir una brecha en el muro. Huanita! pensaba aguardar á que tu madre espirase; pero no quiero que ese odioso rival goce de su triunfo. ¡Huanita!.....

Y extendió sus brazos para apoderarse de la jóven. Ésta

hizo un rápido movimiento y, sacando del seno una' navaja de tzinapu, la pasó por la faz de Candó dejándolo ciego de los dos ojos. El agudo dolor hizo retroceder al sacerdote, restregándose los párpados. Vano recurso: sus ojos se habian extinguido por completo.

En ese instante se derrumbó una parte del muro. Se oyeron dos exclamaciones:

—¡Huanita!

—¡Tangáxhuan!

Al escuchar estos nombres Candó, desprendió una flecha de su propio carcax y la hundió en su garganta.

La moribunda entreabrió los ojos: pudo reconocer á Tangáxhuan, y una débil sonrisa de inefable felicidad se dibujó en sus labios y exhaló el aliento postrimero.

La soldadesca desprendió del cuerpo la cabeza de Candó, y fijándola en una lanza, la izaron en lo alto del templo principal de Itzí-parámucu.

Alegres resuenan las dulces quiringuas en la fortaleza de Queréndaro: se escuchan los cánticos sagrados de las guanánchecha, y de tiempo en tiempo se levanta de en medio del recinto la robusta voz de los tarascos entonando los cantos de la guerra.

Un numeroso pueblo ocupa las graderías de las dilatadas murallas; y los arcos llenos de flores, y el suelo tapizado de aromático pino y de mastranto, y el incienso que se eleva de centenares de pebeteros,[1] todo indica que los purépecha se preparan á celebrar una grandiosa fiesta.

En efecto, tratábase de la dedicacion de los nuevos templos, en donde habrian de sacrificarse millares de cautivos capturados en las diversas expediciones.

1. Se encuentran aún entre las ruinas grandes piedras labradas en forma de copas y llenas de bajo-relieves. Son los pebeteros que se colocaban en la plataforma de los templos. Muchos ídolos de piedra que tienen la cabeza achatada servian tambien para soportar los braserillos del incienso.

Habian acudido á Queréndaro los señores feudales de las remotas tierras de Coyúcan y Guayámeo, los de las fronteras de Enandio, Tzinápecuaro, Querétaro y Yuriri-apúndaro, los aliados de la rica comarca de Curíncuaro, que extiende sus dominios hasta las enhiestas montañas del Istafiate y del Condémbaro, y de la tierra de los cien torrentes que riegan las fertilísimas huertas de Uruápan.

Multitud de curiosos, habitantes de todos los reinos enemigos, se mezclaban tambien entre la muchedumbre, y el recinto de la fortaleza parecia un océano de cabezas.

Se oyen los caracoles que anuncian la marcha del ejército. Los espectadores se apresuran á tomar lugar para presenciar la fiesta.

Penetran los apretados escuadrones y forman valla para dejar espacio en torno de las pirámides.

El anciano Tariácuri llega apoyado en el brazo de Hirépan y de Hiquíngari y sube á lo alto del templo, tomando asiento en medio del cortejo de sacerdotes.

Se escucha el tañido de los caracoles: se oyen luego los acordes de la música, y principia el baile llamado parácat-guaracua, en que grandes ramilletes de figura plana hacen veces de las alas de la mariposa. La muchedumbre, atenta, espera la salida del sol. Entretanto el incienso sube á los cielos, y las flores, esparcidas por donde quiera, exhalan purísimos aromas.

El Oriente comienza á teñirse de un dorado reflejo, las montañas reciben el primer rayo del luminar del dia, y un inmenso grito se escapa de todos los pechos.

Luego se levantan los sacerdotes sacrificadores: el pueblo guarda silencio y todas las miradas se fijan en los grupos de cautivos.

En estos momentos se nota animado movimiento en uno de los ángulos de la fortaleza: la gente se oprime para abrir paso y las filas de arqueros se apartan respetuosamente.

En medio de cien vírgenes del sol que penetran en el recinto, viene el más apuesto de los guerreros; á su lado cami-

na una mujer de espléndida belleza, en cuya profunda mirada hay destellos de inefable ternura.

Ciñe la cabeza del guerrero una diadema de oro, sobre la que se levantan tres airosas plumas rojas, y las sienes de la jóven, delicada guirnalda de frescas margaritas silvestres.

Al ver aparecer aquel hermoso grupo, se levantó un clamor universal de admiracion y de entusiasmo, saludando á Tangáxhuan y á Huanita.

Subió la comitiva las gradas del templo y tomaron asiento los príncipes al lado de Tariácuri.

Comenzó el sacrificio: el primer grupo de veinte prisioneros fué conducido al altar. La primera sangre corrió por las gradas, y veinte corazones humeantes fueron expuestos á la faz del pueblo.

Los sacerdotes marchaban á conducir la segunda veintena de víctimas, cuando Huanita hizo seña al sumo sacerdote, habló con él un momento y, yendo éste á conferenciar con Tariácuri, se dirigió despues á los curiosos espectadores y en voz alta exclamó:

—La augusta esposa de Tangáxhuan ha obtenido del emperador que le entregue todos los prisioneros como presente de bodas y los declara libres. ¡El sacrificio ha concluido!

Aquel pueblo, ávido siempre de verter en los altares de sus dioses la sangre de las víctimas, no pudo ménos que comprender y aplaudir con frenesí semejante rasgo de insólita bondad.

Resonaron las músicas: la muchedumbre se disolvió y el ejército hizo su desfile delante de los reyes.

El espléndido banquete preparado en el palacio duró algunas horas: el hallazgo de Huanita, sus bodas con el héroe más grande de los purépecha, las innumerables victorias alcanzadas sobre los enemigos y la dedicacion del suntuoso templo, fueron motivo para la franca alegría que reinó en aquella familia de reyes soberanos.

El pueblo tambien se entregó á las fiestas con entusiasmo y frenesí. Por todas partes resuenan las músicas, los dulces cantares y las alegres risotadas que agitan las trasparentes ondas de un aire saturado de perfumes.

Infinidad de pajes (hánspiricha) recorren los grupos repartiendo en grandes bateas, pintadas en Uruápan, los sabrosos

uchépus, y en jícaras, curiosamente labradas, ya el espumoso *quécua*, ya el *camat-putzuti*, á eleccion de los concurrentes.[1]

Los mancebos empeñan en la triple calzada de Erónsperacuaro animadas partidas de juego de pelota, y las jóvenes, bulliciosas é inquietas, cuelgan de las ramas de los cerezos multitud de columpios y se mecen á alturas prodigiosas, pálidas de placer y ébrias de entusiasmo.[2]

En la tarde, una vistosa embarcacion adornada de flores, se desprendió de las playas de Erónsperacuaro, conduciendo á una feliz pareja.

Atravesó el lago, y cuando la noche comenzaba á desplegar su manto de tinieblas, salpicado de estrellas, aquella embarcacion atracó en las floridas márgenes de Paré-xharípitiro.....

1. Pan de maíz tierno, chocolate y atole de anís significan respectivamente esas palabras.

2. Aun hoy dia se verifican esas fiestas en que los mancebos se entregan al juego de la pelota y las jóvenes al columpio. Despues de estos recreos se sirve una tamalada de *uchepus*, para la cual han sido invitadas varias personas. La invitacion se hace entregando en sus casas á cada convidado un ramillete de flores. En el lugar de la reunion se hace un pequeño cerro de arena y tierra, y cuando cada invitado va llegando, introduce su ramo en el pequeño túmulo, de modo que queda convertido en una colina llena de flores.

CAPÍTULO XVII.

Campañas.—El cacique de Tariáran.—Nueva profecía de Tariácuri.—Accion de Huirámangaru.—Sacrificios humanos.—Fundacion de Higuatzio.—Grandes preparativos de guerra.—Triple batalla naval.

NO estuvieron mucho tiempo ociosos los príncipes. Deseaban ensanchar sus dominios, y un pretexto cualquiera motivaba la declaracion de guerra.

Se recordará que Tariácuri habia tomado por esposas á dos hijas del rey de Tzintzúntzan. Éstas tenian un hermano, á quien se habia dado en feudo un lugar cercano á la fortaleza de Queréndaro y situado en la márgen del lago, en un punto donde hace mucho aire (tariata), por cuyo motivo aquella poblacion tenia el nombre de Tariáran, y era anexa á la de Tzintzúntzan.

Llamábase aquel señor *Higuatzi*,[1] y vivia en una continua embriaguez.

Tariácuri envió á sus sobrinos para que le dijesen que tenia encargo de su padre de amonestarlo, á fin de que corrigiese sus costumbres.

Partieron los príncipes á desempeñar su comision; pero Higuatzi los recibió con altanería diciéndoles que estaba enterado de que iban á desafiarlo; que admitia el reto, y fijaba determinado dia, que computó conforme al calendario azteca.

1. Significa "coyote."

Los enviados manifestaron no conocer ese cómputo del tiempo, pues ellos contaban los dias por sus fiestas religiosas.[1]

Era la hora de comer. Higuatzi y sus cortesanos se sentaron en la estera en que colocaban las esclavas los manjares, y tomaron los alimentos que les fueron servidos, ostentando olvidarse de los príncipes.

Despechados por el desaire, salieron éstos á toda prisa del palacio y volvieron á dar cuenta á Tariácuri del resultado de su embajada, no sin haber dejado ántes cuatro flechas en la puerta de la ciudad.

A poco andar los alcanzó un anciano que era mayordomo de Higuatzi, y sacó de un tubo muy grueso algunos ricos plumajes que ofreció á los príncipes, diciéndoles:

—Hijos mios, llevad estas plumas á Cuerápperi: son ochocientas que han sido rescatadas en las islas. Tomadlas y apartad de mí y de los mios la justa cólera que abrigais contra Higuatzi.

—¿Quién eres tú?—preguntó Hirépan.

—Señor, me llamo *Parangua*, y tengo un hermano que se llama *Tzípati*.[2] Somos de la servidumbre de Higuatzi y no queremos que nos cautiveis cuando Cuerápperi conquiste esta tierra. Serémos vuestros esclavos.

—Bien está—dijo Hirépan,—tú y tus parientes quedaréis libres.

Antes de hablar con Tariácuri, los tres príncipes fueron á llevar leña para los templos de Queréndaro, lo que quiere decir que trataban de celebrar la fiesta de la guerra para que los dioses les diesen la victoria.

Subió Hirépan á un árbol para recoger goma que quemar en los incensarios; mas como el árbol estuviese podrido y lleno de gusanos, quebróse, y el príncipe cayó al suelo cogido de las ramas.

Los príncipes atribuyeron la caida de Hirépan á castigo del

1. Véase la *Relacion*, pág. 168, y el interesante estudio del Sr. del Paso y Troncoso, sobre el calendario de los tarascos, publicado en los "Anales del Museo."

2. El que madruga. La verdadera ortografía es *Tzipacua*. En cuanto á la palabra *Parangua*, ya hemos dicho que significa las tres piedras del fogon.

cielo por su soberbia en declarar la guerra sin acuerdo del anciano rey.

En esta virtud se encaminaron á Pátzcuaro, y habiendo entrado al palacio real, hallaron al anciano rodeado de sus mujeres, cubierta la cabeza con una guirnalda de trébol, con orejeras de oro y un collar de turquesas en el cuello.

Tan luego como vió á sus sobrinos, dió órden de que los dejasen solos con él en el aposento.

Las mujeres tomaron del brazo al anciano, lo colocaron en un sillon de rico respaldo y salieron de la estancia.

—Bien venidos seais, hijos mios.

—Los dioses te amen, padre. Recibe este obsequio que nos ha hecho uno de los sacerdotes de Tariáran, que se llama Parangua, pidiendo gracia para él y para su hermano Tzípati.

Diciendo esto, pusieron en manos de Tariácuri plumajes blancos de los que les habia dado el mayordomo de Higuatzi. Contaron su entrevista con éste y la injuria que les habia hecho, y solicitaron el permiso para hacer la guerra.

—Bien, hijos mios—les dijo el rey,—no quiero contrariar vuestros propósitos: ántes bien observo que los agüeros os son favorables. Pero esta guerra es difícil: el señor de Tariáran es hijo del poderoso rey de Tzintzúntzan; las islas del lago son sus aliadas, y en la tierra firme hay muchos pueblos que seguirán sus banderas.

—Nosotros tambien tenemos aliados, y aun en las mismas islas hay partidarios nuestros; mas aunque así no fuera, la ofensa que se nos ha hecho no puede quedar impune.

—Diestros y valientes sois en la guerra; pero atended á los oráculos: los dos sacerdotes que os hicieron los obsequios de plumajes son mensajeros disfrazados de los dioses: el nombre del primero significa que es llegado el dia en que no queden fogones en las casas de nuestros enemigos; el del segundo, que ántes de rayar el alba ya debeis estar peleando contra nuestros contrarios; los plumajes, que la victoria será vuestra; y los tubos en que están guardados, que esa victoria está todavía encerrada en los designios de los dioses.

—Pero el oráculo nos manda precisamente combatir.

—Bien dicho; pero no debemos exponer el éxito de nuestras armas.

—Harémos lo que tú mandes. Nosotros alistarémos el ejército y prepararémos las armas.

—Debemos convocar á nuestros aliados: *Chúresti*,[1] señor de *Cumáchuen*, es nuestro pariente, y ese jóven desea congraciarse con nosotros; *Siguan*, señor de *Pichátaro*, me está reconocido y es un jefe valiente, y nuestros amigos de Curíncuaro y de Uricho han solicitado mi proteccion. Voy á enviarles correós. Esperad.

—Sea como tú dices, señor; esperémos.

—Volved á pasar la laguna, y yo os avisaré cuando sea tiempo.

Los príncipes regresaron á Queréndaro.

Pasados algunos dias, envió Tariácuri un correo, llamando á sus sobrinos.

Oscura la mañana salió de su palacio el anciano rey, apoyado en un baston, y con trémulos pasos se dirigió á la laguna en espera de sus hijos.

Hay en el camino una pequeña colina cubierta de maleza. Tariácuri arrancó las yerbas y limpió un pedazo del terreno: hizo tres montones de tierra, y en cada uno de ellos fué colocando una piedra cuadrada y una flecha, y esperó á que llegaran su hijo y sus sobrinos, ocultándose para no ser visto por ellos.

No tardaron éstos: subieron la colina y llegaron á la cúspide. En el acto les llamó la atencion lo limpio del terreno y los tres montones tan intencionalmente construidos. Hiquíngari fué el primero que vió la piedra y la flecha; los otros dos observaron los mismos objetos en los montones á que se acercaron.

Llenos de asombro se preguntaban el significado de aquellos objetos y no se cansaban de mirarlos. En este acto apareció Tariácuri, fingiendo que llegaba de Pátzcuaro, saludó á sus hijos, y fijando su mirada en los pequeños promontorios, les preguntó:

—¿Para qué habeis hecho esto?

—Nosotros no fuimos, padre: nos preguntábamos el signi-

1. Significa "es de noche." Acaso le fué puesto ese nombre por el color negro que caracteriza á los habitantes indígenas de Cumáchuen y Turícuaro. Parecen, en efecto, pertenecer á una raza de negros.

ficado de este enigma, y no comprendiéndolo, íbamos á destruir los montículos, cuando pensamos que podrian contener algun misterio.

—Discretos habeis sido, jóvenes: esos montículos son en efecto un enigma, de acuerdo con la profecía que os tengo hecha de parte de los dioses.

Oidme, hijos mios: de nuevo os digo que seréis tres señores. Tú, Hirépan, estarás en este monton de tierra, que es el reino de Coyúcan; Tangáxhuan, tú serás rey del pueblo de Michámacuan, que es este otro monton; y tú, Hiquíngari, en este que representa el pueblo de Pátzcuaro. Vosotros seréis reyes sobre los jefes que mandan en las cuatro partes del mundo.

—Mas ya ves, padre, que desde luego se opone á la profecía el insolente Higuatzi,—exclamó Hirépan.

—Tened paciencia, príncipes; ya os tengo dicho que toda la tierra quedará sometida á vosotros. Precisamente acaban de volver mis emisarios de Cumáchuen, de Curíncuaro, Pichátaro y Uricho: sus jefes están conformes en unirse á vosotros.

Mirad:—continuó diciendo el anciano, al mismo tiempo que iba trazando en el suelo un plano:—nuestros aliados irán por este camino, y vosotros tomaréis este otro.

—Mas esos caminos no conducen á Tariáran,—observó Tangáxhuan.[1]

—Has acertado, hijo, y sin embargo, debes marchar por donde te indico.

—Bien está, padre—dijeron á la vez los tres príncipes.—Te obedecerémos.

En efecto, partieron con toda su gente de guerra, y en la tarde llegaron á las inmediaciones de *Güirdm-angdru.*[2]

Allí tuvieron noticia de que Higuatzi habia ido con su ejército á solicitar la alianza del señor de aquel pueblo.

Los príncipes, durante la noche, situaron convenientemen-

1. Nótase el adelanto de los purépecha en el arte de la guerra: ya levantan planos, marcan un itinerario y observan una táctica preconcebida.

2. Piedra laja parada.

te sus escuadrones. Colocaron en su tienda de campaña el pabellon que representaba á Cuerápperi, y estuvieron toda la noche en celada.

Al romper el alba dió Hirépan la voz de levante, y el ejército verificó el asalto en medio de una espantosa gritería.

El pueblo quedó reducido á cenizas; se hicieron muchos cautivos, se recogió un rico botin, y quedaron en poder del vencedor las mujeres y los niños.

Higuatzi huyó con unos cuantos de los suyos que lo llevaban en peso: lo alcanzó Tangáxhuan y, dándole un golpe en la cabeza con su maza, lo hizo prisionero.

El ejército regresó á Pátzcuaro, y holgóse Tariácuri con las nuevas de la victoria. Los cautivos fueron paseados por las calles de la ciudad, y vencedores y vencidos entonaban cantos de guerra.

Entre los prisioneros se hallaban Parangua y su hermano Tzípati, quienes en union de cuatrocientos cautivos más fueron puestos en libertad por disposicion de Tariácuri, dándoseles la órden de que se hablará más adelante.

Por espacio de dos dias se ocuparon los sacerdotes en los preparativos de un gran sacrificio en el templo. Los cautivos fueron engalanados; pusiéronles mitras de plata en la cabeza; rodelas del mismo metal, en figura de sol, en el cuello; plumas en los brazos y cascabeles en las piernas. El más extraño adorno fueron unas cabelleras que caian á lo largo de la espalda.

Durante una noche entera se entregaron los prisioneros al baile y á la embriaguez. A media noche tañeron los caracoles, y en la mañana se regó harina en la explanada en que se levantaba el templo.

Llegó la hora de la ceremonia. El anciano rey y los príncipes subieron á lo alto de la pirámide. Aquel tomó asiento y comenzó el sacrificio, siendo el corazon de Higuatzi la primera ofrenda hecha en esa vez á los dioses.

Un dia entero duró el sacrificio, y fué tanta la sangre derramada, que los collares de conchas y huesos marinos de los sacerdotes sacrificadores se tiñeron de rojo, por cuyo motivo fué necesario lavarlos, lo que verificaron aquellos en un manantial que está en la parte alta de la ciudad, hácia el

Sur.[1] Desde entónces el agua de ese arroyuelo adquirió el mal sabor que conserva hasta el dia.

Concluidas las fiestas, marcharon los príncipes, seguidos de Parangua y Tzípati, á Tariáran. La ciudad fué arrasada hasta los cimientos, y á corta distancia de sus ruinas comènzaron Parangua y los suyos á construir una nueva poblacion. Estaba destinada para servir de residencia de placer á Tangáxhuan, si bien lo más probable era el haberla escogido como punto militar.

Su posicion era tal, en efecto, que desde cada una de sus casas, y con más razon desde lo alto del templo, se dominaba una considerable extension del lago y de la tierra firme. Desde allí se divisaban las remotas playas de Eróngaricuaro, la blanca isla de Jarácuaro, las campiñas de Nocutzepo, las laderas pedregosas de los dos Paréo, el boscoso Güecorio, las grandes colinas en que se asienta Pátzcuaro, el valle de Zurúmutaro y la fertilísima vega de Itzí-parámucu.

La fortaleza de Queréndaro resguardaba por detrás á la ciudad, y á la derecha de ésta, á corta distancia, se encontraba el embarcadero de Erónsperacuaro, con su triple calzada que conduce al recinto amurallado.

De todos los pueblos vecinos ocurrió gente á ayudar á la edificacion de la nueva ciudad. Se levantaron los templos, se trazaron las plazas y las calles y se edificaron centenares de casas rodeadas de espaciosos jardines.

Y es fama que todos los dias, durante los trabajos, aparecia un coyote en una colina inmediata, permanecia largo rato á pesar de la gritería de los trabajadores y sin temor de las flechas que se le disparaban, y luego se retiraba lentamente, volviendo de cuando en cuando la cabeza para mirar hácia la poblacion.

¿Era la sombra de Higuatzi vagando por sus antiguos dominios?

1. En el barrio que hoy se llama de San Miguel. En efecto, el agua de ese barrio tiene mal gusto, constrastando con la demas de Pátzcuaro. La *Relacion*, pág. 276, dice que puso nombre Tariácuri á aquel lugar, *coruubta*. Se ignora el nombre tarasco de ese lugar *corrupto*.

Los artífices aprovecharon esa aparicion para formar el escudo de armas de la ciudad, y en uno de los lados del templo esculpieron en bajo-relieve un coyote, un ramillete de flores, una barca con seis remeros y un pescado.[1]

Y el pueblo dió á la nueva ciudad el nombre de Higuatzio.[2]

La mayor parte de los fundadores pertenecian á antiguas familias de Guayámeo, la poblacion establecida por Sicuir-Achá en la márgen del lago. Habiendo solicitado permiso de Tariácuri para establecerse en Higuatzio, y concedido que les fué, siguieron á su caudillo *Sapich-Huáppani* (el hijo pequeño), y alzaron sus aduares en la nueva poblacion; y viendo que las tierras eran fértiles, se dedicaron al cultivo, empleando las semillas que desde tiempos antiguos habian llevado de Naránxan.

Con el hecho de armas referido, abrieron los purépecha una nueva campaña activa é incesante.

Tariácuri, cansado y débil por los años, no podia ya salir con su ejército; pero su alma, templada por el valor y por la energía, parecia conservar el fuego de la juventud. Él mismo inspeccionaba los almacenes ó depósitos de armas; asistia á los ejercicios de los jóvenes que aun no hacian su primera campaña; vigilaba á los carpinteros encargados desde hacia tiempo de una obra que se llevaba á cabo en secreto; visitaba á los constructores de penachos y plumajes, á los tejedores y sastres que fabricaban los trajes de algodon, á los curtidores que adobaban las pieles y á los fundidores y forjadores que construian las macanas y las espadas de cobre.

Todo el dia lo miraba el pueblo ir de un lugar á otro sentado en el palanquin formado de exquisitas esteras, adornado de flores y de plumas; y delante del rey y de su cortejo, ca-

1. El coyote indica el nombre del pueblo; el ramillete, que era ciudad real, y la barca y el pescado, el derecho de navegacion y pesca en el lago. La piedra en que está esculpido el escudo, se halla hoy colocada en la fachada de la iglesia de Higuatzio.

2. Así construida la palabra, significa "lugar del coyote."

minaban siempre los pifaneros y algunos sacerdotes con braserillos en que humeaba el copal.

En las noches, el rey subia al templo y permanecia en oracion horas enteras.

Algunos dias despues del sacrificio de Higuatzi se notaba una extraña animacion en el embarcadero de Aterio.

Grupos de hombres se dirigian desde la ciudad hasta las playas del lago, llevando pesadas y largas cargas.

Los guerreros venian en tupidos escuadrones, siguiendo sus vistosas banderas. Se oía el sonido del tambor que los sacerdotes llevaban á la espalda.

Poco á poco se cubrieron de gente el llano y las colinas inmediatas.

En ese acto se escucha el clamor de los caracoles sagrados, tañidos desde lo alto de los templos de Pátzcuaro.

De la ciudad sale un aparatoso cortejo, en medio del cual avanzan cuatro lujosísimos palanquines, conduciendo al rey y á los tres príncipes.

El gran Petámuti se despide de la comitiva imperial en las puertas de la ciudad, y las músicas rasgan el aire con sus marciales himnos.

Entretanto, los hombres que conducian las pesadas cargas de que hemos hablado, habian llegado á la orilla del lago: penetraron en el agua, y pocos instantes despues, se veia la tersa superficie llena de elegantes y ligeras embarcaciones.

Llega la comitiva real: el emperador abraza á sus hijos; el ejército se embarca.

Tangáxhuan, Hirépan é Hiquíngari ocupan sus respectivas canoas brillantemente ataviadas, y sobre cuyos toldos, orlados de festones de flores, se alzaban las sagradas banderas.

Las embarcaciones se dividen en tres grandes flotas, mandadas cada una por uno de los príncipes.

La armada surca las aguas.

Hirépan dirige sus proas rumbo á Jarácuaro.

Hiquíngari lleva la direccion de Xanicho.

Tangáxhuan hace deslizar sus ágiles piraguas por las tran-

quilas ondas que se rompen en las enhiestas playas de Pacanda.

Tangáxhuan vuelve su vista hácia las márgenes floridas que acaba de dejar, y sobre lo alto de una roca, en el frondoso bosque de Paré-xharípitiro, ve izada una inmensa bandera de plumas de garza, brillando heridas por el sol del Oriente.

Por su parte, los reyes de las islas estaban preparados: al saber por sus espías el embarque de los guerreros purépecha; Jarácuaro, Xanicho y la Pacanda lanzaron sus piraguas al encuentro de aquellos.

El aire se cubrió de flechas; el silencio del lago fué interrumpido por una estruendosa gritería; y cuando las embarcaciones llegaron al abordaje, se oia el duro choque de las macanas; las imprecaciones de los combatientes parecian salir de bocas infernales, y bien pronto el agua cristalina se tiño con la sangre de los heridos y de los moribundos.

Aquel cuadro era lúgubre. Sobre el rumor de los hombres se levantaba horrísono el destemplado són de los tambores y el discordante tañido de los caracoles.

Centenares de canoas se veian flotar vacías sobre la superficie líquida. Los penachos y los carcaxes de los guerreros iban confusamente arrastrados por las olas ensangrentadas.

Testigos mudos, con el corazon lleno de espanto, los habitantes de las islas y los de los numerosos pueblos ribereños contemplaban desde las playas aquel tremendo espectáculo.

El sol descendia al ocaso, á tiempo que las flotas de los príncipes, libres ya de enemigos, abordaban á las islas.

La noche veló con su manto las escenas de desolacion que siguieron al tremendo combate.

Grandes hogueras encendidas en lo alto de los templos de Pacanda, Jarácuaro y Xanicho, anunciaron á los habitantes de Michámacuan que las islas acababan de perder para siempre su antigua independencia.

CAPÍTULO XVIII.

Política.—Jerarquía social.—Instituciones políticas y religiosas. Administracion de justicia.

En esta época de la historia, Tariácuri habia aconsejado á sus hijos una nueva política que no se contentaba con pelear contra sus enemigos, vencer y llevar cautivos para sacrificarlos en los templos. Desde la ocupacion de Etúcuaro habian acostumbrado los príncipes dejar guarniciones purépecha en los pueblos conquistados, dar muerte á los antiguos régulos de éstos y colocar en su lugar señores feudales de la raza de los tarascos, escogiendo para estos puestos á los jefes que más se distinguian en los campos de batalla. Y como entre aquellos pueblos, los enlaces matrimoniales se hacian por órden de los reyes, los guerreros purépecha se casaban con las hijas de los nobles de los lugares sojuzgados. Muriendo alguno de los caciques expresados, sus parientes llevaban al rey el bezote de oro del difunto, insignia del mando. El rey escogia entre sus parientes al más circunspecto y lo enviaba á gobernar, yendo á darle posesion del gobierno los sacerdotes curíriecha, quienes entregaban al electo nuevo bezote, orejeras y brazaletes de oro. La toma de posesion se verificaba en medio de ceremonias religiosas, en que los curíriecha incensaban en los templos y se dirigian al pueblo para que prestase obediencia á su nuevo *Iré*, y á éste para que cumpliese sus deberes religiosos y políticos y en todo diese buen

ejemplo á sus súbditos. Cuatro dias y cuatro noches duraban llevando leña al templo y permaneciendo en oracion. Despues celebraban grandes banquetes. El cacique colmaba de presentes á los sacerdotes, y éstos se volvian á la Corte para dar cuenta al sacerdote mayor, quien á su vez lo comunicaba al rey. La respuesta del soberano era:

—Bien está; si no se maneja bien, lo quitarémos y pondrémos á otro en su lugar.

De esta manera creó Tariácuri una clase distinguida que se llamó de los *achádecha*, apegada á su trono por toda suerte de intereses.

La propiedad de las tierras pertenecia á la corona, pero se repartia en usufructo entre los habitantes de cada caserío, haciéndose el reparto por los *acámbecha*. Todos estos funcionarios, lo mismo que los sacerdotes y los empleados que recaudaban el tributo, eran pertenecientes á la tribu conquistadora, y con esta política, la servidumbre impuesta á los vencidos era completa é inquebrantable.

¡Qué más! La religion misma de los vencidos era sustituida por la de los vencedores, imponiéndose como religion de Estado el culto de Cuerápperi. Los purépecha, sin embargo, conservaron y admitieron de los vencidos á la gran diosa *Xhardtanga*, acaso porque ese mito, representando á la luna, esposa y compañera del sol, era parte de su propia religion.

Vemos, pues, que la teogonía de los tarascos era sumamente sencilla.

Cuerápperi era la deidad cuya accion se hacia para ellos más sensible, y ya hemos dicho en otra parte que la idea que de su eficacia tenian, no es otra que la de la naturaleza creadora, fecunda, inagotable y poderosa.

Y para herir la imaginacion de aquellos pueblos primitivos, inventaron como intermediarios entre la naturaleza y los hombres, la fuerza fecundante, y adoraron al sol y á la luna. Como una creacion poética hicieron mensajeros de estos astros al brillante y apacible lucero,[1] y consideraban heraldo de la guerra al rojo y rutilante Aldebaran.

El cielo (aguanda) era para ellos la bóveda celeste, no la

1. *Cuángari*, el de la vista velada.

mansion de las almas. Suponian cuatro cielos superpuestos, colocando la entrada de ellos en la constelacion del Sur, cuyos cuatro soles eran otros tantos númenes superiores, guardianes de los palacios etéreos. Esas estrellas representaban á la vez á los guardianes de las cuatro partes del mundo. De aquí que el número *cuatro* vino á ser para los purépecha sagrado y cabalístico.[1]

Pero sobre todos estos mitos estaba en las creencias de los purépecha un Dios, único, increado, inmaterial, á quien llamaban *Thúcup-Achá:* "Tú, el único señor ingente."

No hay noticia entre los indígenas de que le hayan sacrificado víctimas humanas. Era el único que representaban en figura de un hombre colosal, y estaba cubierto de adornos y su templo era de los más lujosos y aseados del país. Un solo sacerdote cuidaba de él, escogido entre los más ancianos y virtuosos de la casta, y quien desde el momento que entraba al servicio del Dios, tomaba el nombre de *Curícaneri*,[2] nombre simbólico que acaso daba á entender que la naturaleza entera estaba al servicio de aquel númen.

Miéntras los purépecha, en los primeros años de su apari-

1. Los tarascos identificaban algunas veces los cuatro dioses con el Creador universal, y era tan arraigada esa creencia, que subsistió despues de la conquista, aplicada al misterio de la Trinidad en la religion católica. Lo vemos confirmado en el Testamento en tarasco de D. Fernando Titu Huitziméngari, publicado en el tomo I de los "Anales del Museo Michoacano," página 179. Dice allí el testador que cree en la Santísima Trinidad; y aun cuando en la traduccion que pone en seguida el Sr. Leon, se dice: "Yo, alabando el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, *tres personas* distintas y un solo Dios Todopoderoso, etc.," la verdad es que esa traduccion está falseada intencionalmente. La cierta, la literal es como sigue:

"Yo, profesando ahora la creencia de la Santísima Trinidad, la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo, *cuatro* personas en pié y un solo Dios que todas las cosas hace buenas, etc."

No tenian un lugar de castigo para la vida futura, pues aunque en la *Relacion* se habla varias veces del dios del *Infierno*, ni en ese mismo libro, ni ménos en las tradiciones orales encontramos que los indios hayan tenido idea de la existencia de un antro á que fuesen destinadas las almas de los malvados. Hoy dia le dan al infierno el nombre de *Guaricho*, que significa literalmente el lugar de los muertos, de todos los muertos, sin consideracion á premio de los buenos ni castigo de los malos. En cuanto á los *demonios*, los tarascos tuvieron la primera noticia de ellos á la venida de los españoles.

2. *Curícaneri*, el que incensa.

cion en aquella tierra, no tenian asiento fijo y su guerra ofensiva y defensiva se hacia en constantes esfuerzos, sin descansar un momento, ora vencedores, ora vencidos, no tuvieron tiempo de cimentar una administracion pública, una política de leyes estables y de principios fijos. Mucho fué que Tariácuri hubiese podido concluir y decorar los templos de Pátzcuaro, primera ciudad fundada por ellos. Por eso, cuando sus sobrinos edificaron la fortaleza de Queréndaro, el rey los reprendió severamente, atribuyendo á orgullo y á osadía este primer conato de una vida civil.

Desde los tiempos de Iré-Ticátame, los tarascos no habian tenido más signo religioso ostensible que el disco del sol, y más tarde el de la luna, y como altar para ellos la misteriosa piedra negra ó parda, de obsidiana, que algunos de los cronistas han creido que representaba á Cuerápperi.

Este apacible signo permanecia siempre en los altares, ya fuese tiempo de guerra, ya disfrutara aquel pueblo cortísimos períodos de paz. La luna era el númen del hogar, tranquila, propicia y favorable á las familias.

No así el sol. Inmediato representante de Cuerápperi, tomaba su nombre para presidir la guerra. Si de dia era el centelleante luminar que fecundaba la tierra con sus rayos de fuego, de noche era el amante misterioso de la luna que en purísimo amor templaba y escondia sus fulgores.

Mas en la guerra, su áureo resplandor enardecia el ánimo de los purépecha, deslumbraba los ojos del enemigo y coronaba de ígneos efluvios al genio de la victoria.[1]

Es probable que esta teogonía haya estado solamente al alcance de los nobles y de los sacerdotes, y que el culto de la masa general del pueblo estuviese materializado, ora en la expresada piedra que servia para altar á Cuerápperi,[2] ora en el disco del sol á quien llamaban y llaman aún "Nuestro padre,"

1. Algun tiempo despues de la ocupacion de Pátzcuaro por Turátame, parece que los purépecha enviaron á Coyúcan la piedra que servia para altar á Cuerápperi y á los estandartes del sol y de la luna, y que en lo sucesivo emplearon como estandarte de guerra, banderas de pluma coronadas por águilas. Así al ménos se desprende de la *Relacion*, cuando refiere que los príncipes edificaron *cués* en *Querétaro* (Queréndaro).

2. Así lo da á entender en alguna parte la *Relacion*.

y á quien á veces tambien confunden con la misma divinidad denominada Cuerápperi.[1]

Acaso el vulgo aceptó tambien y adoró los ídolos de los pueblos vencidos, entre cuyas imágenes debemos mencionar como principales á Tangáxhuran, de Quirínguaro; á Tiréc-úpeme (la Ceres india), de Cumáchuen, y á *Cueraguáperi*, de Tzinápecuaro, parodia grosera y material de la Cuerápperi de los purépecha.[2]

En cuanto á la legislacion civil, podemos decir que las cuestiones de tierras eran siempre decididas por los acámbecha como jueces agrarios; las de sucesiones y las demas controversias que ocurrian entre los particulares, se sometian al arbitrio de hombres buenos escogidos por las partes, y ante ellos alegaban de su derecho los mismos interesados, en elegantes y razonados discursos, distinguiéndose las mujeres en la facilidad de manejar el idioma.[3] Tocaba al rey reformar aquellas decisiones, en virtud de su poder soberano.

Las leyes penales eran crueles y severas.

Señalábase un dia para pronunciar solemnemente las sentencias. El gran sacerdote Petámuti, revestido con su traje de ceremonia y armado de una lanza, se dirigia al atrio del templo, y en presencia de los nobles iba llamando á los culpables, quienes se presentaban con las manos atadas á la espalda y un collar en el pescuezo. Oia las querellas y pronunciaba el fallo, entregando inmediatamente los reos al *pahcdp-peti*, verdugo, para que los ejecutase.

La simple vagancia se castigaba con trabajos forzados en

1. Ya hemos dicho en otra nota que dan hoy dia ese nombre al *Santísimo Sacramento*, por la custodia en que está encerrado, parecida al disco del sol.

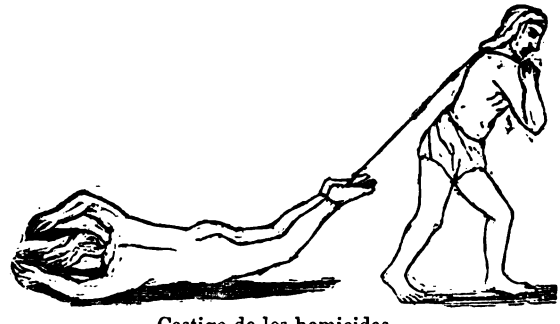
2. En Pichátaro habia tambien otro ídolo anterior á la conquista de los purépecha, y que continuó siendo objeto de culto para los habitantes de aquella comarca hasta que fué destruido por Fray Jacobo Daciano. De esta y de otras muchas observaciones que habrán hecho los lectores, se deduce que aquellos pueblos bárbaros eran más tolerantes en religion que los conquistadores europeos.

3. Aun hoy dia es costumbre que las mujeres, madres ó esposas de los litigantes, los acompañen al juzgado y usen de la palabra, acaso con mejor éxito que sus deudos.

las minas; las faltas, con simple prision de algunos dias en la cárcel llamada *Catáperacua*, y si eran más graves, con destierro y confiscacion de bienes que se adjudicaban á los aprehensores; al forzador de una mujer le rasgaban la boca hasta las orejas y luego lo clavaban en un palo, ó en caso de adulterio, lo arrastraban hasta que moria; al ladron le perdona-

Castigo de los ladrones é inobedientes.

ban el primer robo, pero la reincidencia tenia por pena despeñar al culpable y dejar abandonado su cadáver para pasto de coyotes y de auras. El asesino no tuvo al principio señalado ningun castigo, pues las leyes no previeron que ese crímen pudiera ser cometido. Demostró lo contrario la expe-



Castigo de los homicidas.

riencia, y entónces el homicida era arrastrado de los piés por calles y plazas hasta perder la vida.[1] Los delitos cometidos

1. Beaumont. "Crónica de Michoacan," lib. I, cap. VIII.

contra el rey se castigaban con la pena de muerte, que á veces se hacia extensiva á todos los individuos de una familia, y en todo caso era inseparable de la pena la confiscacion de bienes.

Aunque los hechiceros eran generalmente tolerados y consultados, sin embargo, cuando convenia al rey, tal vez cuando fracasaban en sus agüeros, se les mandaba romper la boca con navajas de *tzinapu* y eran enterrados vivos.[1]

Castigo de los hechiceros.

Para hacer las aprehensiones y ejecutar las sentencias, tenia el rey ministros de justicia que se distinguian por un largo baston de ébano adornado de plumas que llevaban en la mano, y todo habitante estaba obligado á prestarles auxilio y á escoltarlos en el camino.

La *Relacion* agrega que el rey solia emborracharse, y haciendo una seña, mandaba matar á algunos principales, arrepintiéndose tan luego como recobraba el juicio. ¡Tremenda era la prerogativa real!

1. "Relacion de Michoacan," págs. 38 y 39.

Cuenómen.

Alto relieve de barro encontrado en una yácata

CAPÍTULO XIX.

Una expedicion.—La calzada real.—Tzinziro.—El antiguo reino de Naránxhan.—Tzacapu.—Taré-Camáhcu y Cuenómen.—Nacimiento de Tzitzíc-Pandácuare.—Fallecimiento de Tariácuri.

OCUPADAS las islas, los príncipes organizaron en ellas la administracion pública.

Trascurrieron algunos dias; y una mañana, las playas de Jarácuaro, Xanicho y la Pacanda se vieron cubiertas de embarcaciones. Los guerreros se embarcaron y las tres flotas tomaron la direccion de *Zirónd*aro.[1]

Al lado de las canoas que conducian al ejército, iban millares de piraguas tripuladas por habitantes de las tres islas, conducidos como prisioneros de guerra.

Llegan á las abruptas peñas de la playa. El numeroso ejército salta en tierra, y sin tregua ni descanso, continúa su camino por en medio de la serranía.

Antes de la partida, ordena Tangáxhuan á los prisioneros que construyan desde Zirónd*a*ro hasta Tzacapu una amplia calzada. Un escuadron de purépecha cuida á los cautivos y vigila los trabajos. Los operarios comienzan sus tareas, y cada dia ven aumentar sus filas con nuevos prisioneros que en-

1. De *Tziron*da, ciénaga en una loma.

vian los príncipes, tomados en los pueblos que á su paso van cayendo en su poder.

Un dilatado caserío se forma en un pequeño valle situado en medio de la selva. Allí viven las familias de los que construyen la calzada. Los prisioneros todos están obligados á ejercer el oficio de albañiles, y la extensa y ancha via va desarrollándose á través de los bosques, tan perfectamente pavimentada, tan llena de columnas miliarias, tan orlada de uno y otro lado de dilatados jardines, como ninguna avenida semejante puede adornar la más espléndida ciudad.[1]

El caserío de que hemos hecho referencia, mansion de los artífices de aquel soberbio camino, toma desde entónces el significativo nombre de Tzinziro.[2]

Está fundado en medio de uno de los bosques más sombríos de la Sierra. De dia, apénas si penetra allí uno que otro rayo de sol; de noche, el trémulo fulgor de las estrellas se refleja en las altas copas de los pinos. Solamente hemos visto iluminado el fondo espeso de la selva, cuando al principio de la estacion de aguas, en negra noche, se levantan como polvo de oro las tupidas bandadas de luciérnagas, llamadas en tarasco con admirable propiedad *chupir-etétz*.[3]

El ejército continúa su marcha. De tiempo en tiempo aparece en una abra una pequeña aldea que se rinde á los príncipes. Los guías vacilan en la marcha, porque el bosque está vírgen de senderos. Manadas de venados huyen al aproximarse el ejército, los pájaros azules dan el grito de alarma[4] y aletean espantados, y los pito-reales escalan los pinos, lan-

1. El Baron de Humboldt refiere que en Venezuela, entre Varinas (Guarinas?) y Canagua, "se descubre un camino de cinco leguas de largo, hecho ántes de la conquista *en los tiempos más antiguos de los indios:* es una calzada de tierra de 15 piés de alta que atraviesa una llanura."—Viaje á las regiones equinocciales, tom. II, lib. VI, cap. XVII.

2. De *Tzintziri*, que significa albañil. Los cronistas de Michoacan hablan de esta calzada: Beaumont dice haber visto restos de ella en el siglo pasado. En Tzacapu todavía llaman "la calzada" al camino que la ha sustituido.

3. El que deja una huella de lumbre.

4. Estos pájaros se llaman en tarasco *cuengs*, en castellano les dicen *insurgentes*, porque segun la tradicion, con sus estrepitosos gritos al ver al hombre, impedian en la guerra de independencia que los insurgentes fueran sorprendidos por los realistas. El vulgo los llama *chismosos*.

zando gritos destemplados al trepar por entre las ramas que se alzan arriba de las nubes.

Al fin preséntase á la vista del ejército una vega deliciosa en que surgen los altos templos de tres ciudades.

Comanja,[1] recostada entre negras colinas; Tiríndaro,[2] en donde los habitantes se dedican á la construccion de primorosos pendientes, y Naránxhan, la primera ciudad que cayó bajo la dominacion de los guerreros guanáxheos, la capital de antiquísimo reino, la que vió concluir de raíz el imperio de los primitivos pobladores.

Todas ellas reconocen de nuevo el poder de los purépecha; todas ellas envian trabajadores para la construccion de la calzada de Ziróndaro; todas ellas aclaman con entusiasmo la venida de los nuevos conquistadores para libertarse de la tiranía de un rey imbécil y de los caprichos de una reina disoluta.

En efecto, las poblaciones mencionadas eran las primeras que por el rumbo del Oriente pertenecian al imperio de Tzacapu: eran la frontera con la parte occidental del lago de Pátzcuaro. La comarca estaba bajo el ominoso yugo de Taré-Camáhcu y de Cuenómen.

Poco tiempo se detienen los príncipes en esas poblaciones. En su camino dejan á la derecha la agreste ciudad de *Tarexhero*,[3] sobre cuya colina de *xhanamu* (tezontle), se levanta la estatua colosal de Ziran-Ziran-Camaru, erigida por los reyes que le arrebataron su señorío. Ascienden luego una pequeña altura y ven levantarse enfrente de sus ojos altísima pirámide sobre la que descuella la enhiesta peña llamada *Queréndangápeti:* á la izquierda de la ciudad se extiende, en sabana de sempiterna verdura, un espacioso llano (Tpacua), acotado hácia el Sur por el elevado *Tucur-huata:* á la derecha se pre-

1. Viene de *Cúman*, que significa curtir.

2. Tiríndaro, de *tirínda*, tierra amarilla arcillosa: algunos lo hacen derivar de *tiríndicua*, que significa zarcillos; y otros de una tradicion que más adelante se referirá.

3. *Taréxhero*, lugar del ídolo. Esta es la etimología y no la que hemos oido de algunos, poco versados en el tarasco, suponiendo que viene de *Taré*, viejo, y *Geró*, abreviatura de Gerónimo, suponiendo que significa "donde vive el viejo Gerónimo."

senta una laguna cruzada por cien canales y cuyas limpias aguas están ocultas bajo un manto de espadañas. En medio de ese escondido lago se oculta entre tulares un islote cubierto de verdura, agreste y humilde sitio que la historia conoce con el nombre de JAUJILLA.

Al Noroeste de la laguna brotan cristalinos manantiales que son otras tantas termas deliciosas, y cuyas linfas diáfanas van á engrosar las aguas de la hondonada.[1] De ésta sale un caudaloso rio que, despeñándose en sonora cascada y fertilizando dilatadas campiñas, tributa su corriente á la tranquila y silenciosa del rio Lerma.[2]

A corta distancia, hácia el Norte de Tzacapu y en los alrededores del pintoresco pueblo de *Panindícuaro*, hay una colina que encierra en sus entrañas un lago misterioso, vírgen de ondas y de ráfagas de viento.

Tal era el espectáculo que se ofrecia á los ojos de los príncipes.

Allí estaba Tzacapu, la metrópoli de los tecos, rodeada de pueblos, como una diosa en medio de sus ninfas.

Entre los peregrinos procedentes de las lejanas tierras de Guayámeo, venian algunas familias descendientes de los teques.

Desde la conquista de Naránxhan, comenzaron aquellas familias á buscar alianzas con las de los pueblos sojuzgados, y se recordará que, cuando la division de las tribus, el anciano *Ipínchuani*, jefe de aquella tribu, se dirigió con su dios *Tirép-charápeti* hácia las tierras del Poniente.

Los guerreros de ésta tribu eran valerosos, audaces é intrigantes, y muy pronto dominaron en el país. Se establecieron á inmediaciones de Xhacúnan, desde donde hacian sus correrías.

Tzacapu era una de las poblaciones que habian caido en su poder. Allí se habia trasladado la antigua nobleza de Na-

1. En los terrenos donde brotan estos ojos de agua, se formó una hacienda que se llama *Bellas Fuentes*.

2. El rio de Angulo, tributario del Lerma.

ránxhan y reiñaba un jefe anciano cuyo espíritu habian enervado el amor á las mujeres y el vicio de la embriaguez.

Conociendo estas debilidades, un sacerdote de los *tecos*[1] llamado *Utús* (de baja ralea), como dice la *Relacion*,[2] se atrevió á ambicionar el mando, y desde luego puso en práctica cuantos medios le sugirieron su astucia y su falta de dignidad.

Acompañaba al sacerdote su esposa, mujer de extraña belleza, de cuerpo varonil con formas atléticas y cuya mirada tenia la seduccion de los ojos de la víbora. Entre los rasgos de su fisonomía llamaban la atencion los labios pequeños, pero gruesos, que movia sin cesar. Le llamaban *Cuerúmen* ó *Cuenómen*.[3]

Para asegurar el éxito de sus proyectos, fraguaron Cuenómen y su marido un plan que desde luego comenzaron á poner en ejecucion.

Cuenómen se presentaba todas las mañanas en el palacio del rey, fingiendo mucha pobreza; y llevando agua y ayudando á las mujeres á hacer las exquisitas corundas,[4] llegó á llamar la atencion del anciano sibarita.

Tan luego como Cuenómen observó que el rey se habia prendado de sus atractivos, dió libre rienda á todas las coqueterías de que es capaz la mujer cuando se propone seducir á un hombre. Cuenómen era por demas harto práctica en ese juego, y más de un mancebo incauto habia caido en sus redes.

El anciano rey fué fácil conquista. Cuerúmen pasó de la cocina á la recámara real, en donde los tormentos del rey se hicieron insoportables, pues aquella mujer lo provocaba con

1. Tēques llaman algunos autores á los *tecos*, como no falta quienes hayan llamado azteques á los aztecas.

2. Relacion de los ritos, ceremonias, etc., pág. 234.—Este pasaje no puede ser sino un mito, y su interpretacion es casi imposible. La reconstruccion de las palabras y algo que se deja adivinar y que indica una usurpacion de mando, nos sugirieron el desarrollo de esta leyenda, fundada tambien en vagas tradiciones.

3. La de los labios rayados, ó la de los labios volteados.

4. *Curunda* es el pan de maíz que en idioma nahuatl se llama tamatl. Las *curundas* de Tzacapu son en efecto muy bien hechas y de fama, y tanto por esto como por su buen sabor, las llaman generalmente *curundas de cambray*.

su mirada, le hacia entrever momentos de deleíte, y, cuando el anciano se le acercaba, ella huia moviendo sus labios con diabólica sonrisa.

Entretanto, Utús desplegaba su política de adulacion y de intrigas entre los sacerdotes de Tzacapu, é introduciendo entre ellos la division, consiguió al cabo de algun tiempo ser admitido en la secta sacerdotal.

Si Utús y Cuenómen llegaban á encontrarse por casualidad en los corredores del palacio ó en la explanada del templo, cambiaban entre sí una rápida, pero expresiva mirada, y pasaban sin dirigirse nunca la palabra; de suerte que nadie habria sospechado que aquellas dos personas se conocian íntimamente.

Comunicábanse, sin embargo, con harta frecuencia por medio de un mensajero del rey llamado *Zirúnd-Arán*, intrigante y malvado.

Hé aquí las tres personas de cuyas manos pendian entónces los destinos de Tzacapu.

Cierto dia, el anciano rey se dirigió á uno de los sitios de recreo que poseia en un lugar ameno y pintoresco en las playas del lago. Lo acompañaban varios sacerdotes, entre los cuales iba Utús, quien en los momentos de la partida cambió unas cuantas palabras con Cuenómen.

Pasaban los dias y el anciano rey no regresaba.

La reina envió en su busca una comision de nobles, que no regresó jamas, causando inquietud, no sólo en el ánimo de la desolada esposa, sino entre los señores y sacerdotes de la ciudad.

Una segunda embajada, más numerosa que la anterior y seguida de un escuadron de guerreros, no sólo llevaba instrucciones más precisas para conferenciar con el rey, sino tambien el objeto de indagar el paradero de los primeros comisionados. Zirúnd-Arán hacia parte de la embajada con encargo de servir de mensajero y adelantarse á comunicar las noticias.

La embajada marcha á su destino. Llega á un paraje en que se levanta una agreste cabaña, mansion de un sabio *Étz-*

cuti,[1] quien le indicó el camino que debia seguir para encontrar al rey. Refirió á los comisionados cómo los primeros embajadores habian caido en una celada de enemigos misteriosos y que todos habian sido ahogados en la laguna, en un sitio en donde al pasar oirian tañer una invisible quiringua.

En efecto, al acercarse á las márgenes de la ciénaga, en un lugar sombrío y solitario, escucharon el sonido misterioso, motivo por el que dieron al paraje el nombre de *Tirímarandu*.[2]

Continuaron su camino hasta llegar al delicioso sitio, llamado *Agudndaro*, en medio de selvas negras y profundas.

Aquel retiro era la mansion del Sr. de Tzacapu.

En el fondo del más oscuro bosque hay un paraje abierto rodeado de jardines y cruzado de arroyos. Allí se contempla el cielo teñido de un azul más puro que contrasta con el verde follaje de los pinos; allí la respiracion se activa y la sangre circula con fuerte rapidez; allí todo respira deleite y sensualidad.

El único compañero del rey era el infame Utús, que lo entretenia con cuentos eróticos para exaltar sus pasiones.

Un dia, el intrigante teco dióle á tomar vino en que iban mezcladas algunas yerbas afrodisiacas.

No tardó el brevaje en producir su efecto, y el anciano ordenó á Utús que fuese á Tzacapu á llamar á Cuenómen. El sacerdote entónces, fingiéndose profundamente indignado, reveló al rey que aquella mujer era su esposa y que, léjos de traerla, en ese mismo momento iba á sacarla de la Corte y á huir con ella de sitios que habian visto su deshonra.

El rey á veces repetia sus órdenes lleno de cólera, y á veces suplicaba con humillacion; pero Utús se mantenia inflexible.

En esos momentos llegó la embajada de Tzacapu. Los no-

1. Significa adivino. Los adivinos, los *augures*, pertenecian á la casta sacerdotal. Para practicar sus sortilegios encendian lamparillas en los templos: observaban el movimiento y la densidad de las luces, su color, etc., y de allí deducian sus adivinaciones. Tal vez por el encargo que ahora tienen los sacristanes de encender luces en los templos, los llaman *étzcutis*.

2. Acaso sea éste el verdadero nombre de Tiríndaro.

bles se turbaron al ver el estado del rey y trataron de retirarse.

Entónces Utús se acercó con disimulo al anciano y en voz baja le dijo:

—Traeré á Cuenómen; pero miéntras permanezca á tu lado, yo seré el rey de Tzacapu. Da tus órdenes en este sentido, y mi mujer vendrá inmediatamente.

—¡Mi reino por ella!—exclamó el rey lleno de gozo y encendiéndosele las mejillas.—Acepto,—dijo, é hizo comparecer á todos los cortesanos, y dirigiéndose á los embajadores les habló así:—El estado de mi salud exige que por algun tiempo me separe de los negocios. Entretanto se encargará del gobierno el sacerdote Utús, á quien prestaréis obediencia.—Y volviéndose luego hácia éste, añadió:—Marcha tú á cumplir mis órdenes.

Utús y los cortesanos despejaron el aposento y emprendieron el camino de Tzacapu. A poco andar, aquel dispuso que la comitiva se adelantase á anunciar al pueblo el mandato del rey.

Los de la comitiva se pusieron en marcha, y cuando Utús los hubo perdido de vista, volvió rápidamente al punto de partida. Permaneció oculto en el bosque que circundaba el palacio.

A pocos momentos llegó Zirúnd-Arán, y despues de esperar un poco de tiempo, habló con Utús que salia misteriosamente del aposento, llevando un bulto en la espalda. Zirúnd-Arán tornó á dar cuenta de su mensaje, caminando tan ligero que llegó á Tzacapu ántes que los que formaban la comitiva.

Zirúnd-Arán buscó á Cuenómen y le trasmitió las siguientes palabras que le habia dicho Utús:

—"¡Taré-Camáhcu!"

Brillaron de alegría los ojos de Cuenómen: su continente se revistió de altivez y se atavió con los más lujosos trajes y joyas.

Veamos el significado de las palabras del mensajero.

La comitiva habia partido.

La noche habia descendido sobre la tierra envolviendo con su manto los bosques de Aguándaro.

Los criados del palacio dormian profundamente y el rey yacia aletargado á consecuencia de la embriaguez.

Un hombre penetró en el aposento, se dirigió al lecho en que sobre una piel de tigre reposaba el anciano cacique, y le oprimió la garganta con sus robustas manos.

Sin exhalar un gemido, el rey dejó de existir.

Entónces aquel hombre cargó el cadáver, y al perderse entre los ocultos senderos del bosque, murmuró siniestramente á los oídos de Sirúnd-Arán, que lo esperaba oculto:

—Sí; avisa á Cuenómen que hemos conseguido nuestro objeto. *¡Taré-Camáhcu!*

Al dia siguiente hizo Utús su entrada solemne en las calles de Tzacapu.

El orgullo embriagaba su alma. Cuenómen saboreaba la vanidad cumplida.

Pero los remordimientos laceraban su pecho, y ambos vivian en eterna agitacion.

El temor de que se descubriese su crímen, ponia á Utús á discrecion de su mujer y de Zirúnd-Arán, quienes en su misma presencia se entregaban á una vida escandalosa.

Cuando Chicuándira refirió la vision que dijo haber observado en el vaso de agua,[1] Utús sufria angustias indecibles, y su tormento llegó al colmo cuando el médico balbuceó fatídicamente las palabras *¡Taré-Camáhcu!*

Semejante vida cansó pronto á los dos esposos. Utús fué á habitar en el pueblo de Querécuaro, y Cuenómen se retiró á Cuaruno,[2] en donde continuaba su vida licenciosa.

Un dia se encontraron en una sementera los cadáveres de

1. Recuerde el lector la escena que describimos en el capítulo XIV.

2. No existe hoy ningun pueblo que tenga este nombre. Creemos que es errata de imprenta en la *Relacion*, y que debe ser *Caurio*.

Utús y de un hijo que tenia. ¿Era este un nuevo crímen de la reina?

Todo inclina á creerlo así, porque aquella ambiciosa mujer acabó entónces de dar rienda suelta á sus pasiones, y aunque anciana ya, se la veia siempre al lado de guerreros que se sucedian en su amor.

Tal era el estado de las cosas en Tzacapu, cuando se presentaron los príncipes á la vista de la ciudad.

Cuenómen no se intimidó ante el aparato de la guerra. Convocó á su ejército, y poniéndose á la cabeza de los soldados, se dispuso á salir al encuentro de los invasores.

Cuenómen marchaba al frente de sus filas: llevaba ataraceado el cuerpo con rayas de varios colores y pintado el semblante en dos mitades, una de negro y otra de amarillo. Su brazo izquierdo sostenia una rodela tejida de pieles de serpiente, y su mano derecha estaba armada de una maza con puas de colmillos de caiman.

Más que una amazona, aquella repugnante mujer era una harpía. La crápula habia convertido su antigua hermosura en rasgos de una fisonomía que inspiraba horror.

Antes de marchar el ejército, Cuenómen subió al templo, llevando leña para el altar, á fin de que los dioses le fuesen propicios. Este acto era una profanacion, pues jamas las mujeres ejercian aquellas funciones sacerdotales.

Los dos ejércitos se encontraron en la Tpacua: las flechas oscurecian el campo de batalla; el aire se pobló de gritos espantosos, y se oia sin cesar el ruido sordo de los golpes de las macanas.

Por fin el ejército de Tzacapu huye en todas direcciones, y los príncipes hacen su entrada triunfal en la ciudad, llevando prisionera á la reina.

Jamas los purépecha ofrecieron á sus dioses el corazon de una mujer, mas Cuenómen merecia un terrible castigo: fué arrastrada por las calles; los soldados descuartizaron su cadáver y lo arrojaron al fondo de la ciénaga.

Así volvió á caer en poder de los purépecha aquella comarca, teatro de las primeras hazañas de sus antepasados.

Allí fué donde Iré-Ticátame, el denodado progenitor de los tarascos, se presentó á las puertas de Naránxhan, imponiendo el culto de Cuerápperi.

Allí fué donde el anciano Zirán-Zirán-Camaru vió llegar la última hora de su pueblo y extinguirse la raíz de su imperio.

Allí, la princesa Písperama, la hermosa vírgen abnegada y valiente, unió su destino al de Iré-Ticátame, y al dar la vida á Sicuir-Achá, fué la madre de un pueblo noble y generoso.

Mucho tiempo habia pasado sin que los purépecha hubiesen pisado aquellas tierras. Su recuerdo estaba sin embargo vivo en su memoria. Era el amor de la patria, de una patria conquistada á costa de cruentos sacrificios, y á poco tiempo perdida para ellos.

Era el tesoro de sus tradiciones, la inspiracion de sus cantares; y el afan de volver á adquirirla, el constante objeto de sus deseos.

No pasaron muchos dias sin que Tzacapu fuese el centro de una animada y numerosa poblacion. Acudian habitantes de todos los pueblos comarcanos: millares de cautivos entraban sin cesar á sus calles; multitud de artífices venian de todas partes á ofrecer su trabajo: habia escultores, arquitectos, albañiles, pintores; en suma, maestros de todas las artes necesarias para la edificacion y ornato de una ciudad que debia ser la metrópoli sagrada de los tarascos.

Sobre la pirámide que se levantaba en medio de la espaciosa plaza, se construyó un suntuoso templo, conservándose en medio de sus muros la misteriosa *Queréndangápeti*, objeto de adoracion de los primitivos moradores.

En lo alto de esa venerable roca colocaron los purépecha una estatua colosal, en figura de un hombre; y el oro y la plata brillaban á los rayos del sol, en mil rodelas que adornaban las cornisas del templo.[1] Los más exquisitos plumajes tapizaban el suelo; festones de flores siempre frescas, caian graciosamente desde la cúspide hasta la base de la pirámide,

1. La Rea. Crónica citada. Lib. I, cap. X.

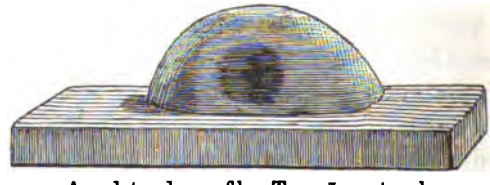
y el humo del incienso, brotando sin cesar de los braserillos, primorosamente trabajados, velaba tenuemente el rostro del dios y subia á los cielos como una eterna nube de gasa.

Entretanto se ejecutaban estos trabajos que duraron poco tiempo, merced á la inmensa muchedumbre de gente en ellos empleada, un feliz incidente habia venido á aumentar la alegría de los príncipes.

Habia llegado un correo de Tariácuri, llamando con urgencia á Tangáxhuan al lado de Huanita.

Amuleto, de frente.—Tamaño natural.

Al ver el amuleto que el rey usaba en el cuello, y que se entregó al enviado como una señal convenida, no se detiene un instante el caudillo, y atravesando la Sierra, llega á la orilla del lago de Pátzcuaro.



Amuleto, de perfil.—Tamaño natural.

Dos remeros hacen volar la piragua por sobre la superficie líquida.

Es de tarde: una fria lluvia acaba de caer, refrescando el calor del ambiente.

La piragua se acerca á toda prisa á las playas.

La luz del sol hiere los millones de gotitas de agua que aun están suspendidas en el aire. Parece que el espléndido

panorama está envuelto en una polvareda de átomos de diamantes.

Se ve el bosque de Paré-xharípitiro. En la alta roca está izada la bandera blanca.

Salta en tierra Tangáxhuan, y en esos momentos se despliega sobre el bosquecillo que circunda el agreste palacio, un ancho y majestuoso arco-íris.[1]

El anciano Tariácuri sale al encuentro de su hijo: lo conduce de la mano á la estancia real y lo aproxima lentamente á una pequeña hamaca tejida de plumas de colibrí y cuajada de flores, en donde duerme sosegado y respira contento un hermoso niño.

Lo señala con el dedo el anciano rey, y lleno de orgullo, dice á Tangáxhuan:—*¡Tzitzic-Panddcuare!*

El anciano se retira discretamente y, ya fuera del aposento, escucha un beso suave y pasajero que parte de la hamaca, y luego, otro prolongado y estrepitoso hácia el rincon en que en flexible *cantziri*,[2] tapizado de plumas de pelícano, la princesa Huanita finge hallarse dormida.

Al siguiente dia, una pesada embarcacion tripulada por veinticuatro remeros pasa por el extremo oriental de la isla blanca. Un toldo formado de pintadas esteras da sombra á tres personajes que van sentados en sillones de madera fina.

Esos tres personajes son:

Tariácuri. En sus sienes se ve la diadema de oro, á cuyo frente hay un disco del sol y detrás yerguen tres plumas, una blanca de garza, una verde de guacamaya y una roja de *coa*. Cubre su espalda ancho burnuz de plumas de pelícano. Sus brazos ostentan fajas de piel de tigre: los muslos de sus piernas, cotaras llenas de cascabeles: un bezote de oro atraviesa

1. *Téxhcucua*. Tienen los indígenas la preocupacion de que, señalando con el dedo el arco-íris, contraen la enfermedad llamada *uñero*, que se llama tambien *téxhcucua*.

2. *Cantziri* es el nombre tarasco de la cama.

el labio superior de la boca, y en la diestra mano lleva la ballesta, emblema del poder de los reyes.

Tangáxhuan. En su penacho ondean plumas de garza de níveo color que han servido siempre para guiar á sus guerreros en lo más recio de la pelea: ciñe en el costado la delgada espada de cobre, y su ancha capa de algodon, bordada con hilo de *guamilule* por la mano de Huanita, se desprende con elegante gracia cubriendo el pecho y la espalda.

El otro personaje es un anciano, á quien un siglo ha visto encender en los templos el fuego sagrado. Es *Casíricua*, el sumo sacerdote de Pátzcuaro, cuya piedad ha servido en muchas ocasiones para apartar de los sacrificios sangrientos millares de cautivos. Casíricua tenia su palacio en los alrededores del templo; pero él vivia en las casas de los pobres, ejerciendo la caridad.

La canoa atraca en Zirónd aro. La comitiva atraviesa el pueblo y va á tomar el camino de Tzacapu.

Tariácuri y Casíricua quedan sorprendidos á la vista de la amplia y soberbia calzada que se presenta á sus ojos.

Marchan, y la calzada sigue desarrollándose, y los paisajes de la naturaleza, y los jardines artificiales, y los cómodos asientos para el descanso, y la perpetua sombra que reina en el camino, todo llama la atencion de los viajeros. Tangáxhuan se siente satisfecho, y Tariácuri y Casíricua no se cansan de elogiar á los príncipes.

Tariácuri marcha por delante y sus piés son los primeros que huellan la soberbia avenida.

Sólo cuando un pueblo llega al apogeo de su poder, puede construir monumentos que desafian á los siglos. Tariácuri ha visto en todas partes el resultado de sus afanes y da gracias al cielo de haber tenido colaboradores como sus hijos.

La comitiva descubre las cimas de los templos de Tzacapu: la ciudad se presenta en seguida á sus ojos: el rey se detiene un momento á contemplar aquella dilatada metrópoli, llena de edificios suntuosos, y en cuyas calles hormiguea un inmenso gentío.

Atraviesa el cortejo una larga avenida y llega al pié del templo principal. Suben el anciano rey y el venerable sacerdote las gradas, y ya en presencia del ídolo, toma aquel un brase-

rillo, dirige el humo hácia la faz de la estatua, é hincando la rodilla, exclama:

—*¡Tucup-Achá!*

"Tú el único señor que rige la marcha del Universo. Sér invisible lleno de majestad y poderío. La naturaleza (Cuerápperi) sigue tus leyes y los hombres te adoran."

Dice el rey, y se escucha el tañido de los caracoles; la quiringua suelta su acento melancólico y por todas las calles se oye el alegre són de pitos y atabales.

Las guanánchecha inundan el templo con lluvia de ramilletes, y el incontable ejército de los purépecha lanza al aire infinidad de flechas.

El venerable anciano Casíricua se instala en el palacio sacerdotal, y desde entónces el sumo sacerdote del dios único, toma el título de *Curícaneri.*

¿Por qué caminan tan tristes los tripulantes que ocupan esa grande canoa que surca las aguas del lago?

Debajo del toldo está un hombre recostado en una estera. Dos jóvenes le prodigan cariñosos cuidados.

El silencio reina en la embarcacion. El sol lanza sus rayos de fuego en la superficie líquida. Y ni una piragua, ni las aves acuáticas interrumpen aquella fúnebre soledad.

El hombre reclinado en el lecho es Tariácuri, presa de la fiebre. Los jóvenes que le prodigan sus cuidados son Tangáxhuan é Hiquíngari.

Llega la embarcacion á las playas de Pátzcuaro. Desembarcan los viajeros. Cuatro guerreros llevan en sus hombros la camilla real.

En la tarde de ese dia un lujoso palanquin penetra en las calles de la ciudad, conduciendo á Huanita y al primoroso niño que le enviaron los cielos en una hamaca de flores.

Los médicos de todas las poblaciones van llegando á la capital del imperio.

La tristeza se dibuja en el semblante de los concurrentes, y apénas si se oyen los pasos de los que por sus ocupaciones habitan en el palacio. Dentro de él y aun en las calles de la ciudad, todo el mundo habla en voz baja.

Los sacerdotes están en lo alto de los templos, haciendo oracion.

El sol parece enviar sobre la tierra tristes rayos de un color amarillento.

En los bosques no se oye el trino del jilguero; pero de cuando en cuando la tórtola exhala un gemido prolongado y los pájaros vaqueros vuelan inquietos, desplegando las plumas de su larga cola.[1]

Comienza á oscurecer. Posado en una almena del templo, un buho entona fúnebre canto de dolor.

De repente se escuchan los sollozos que parten del palacio y que el eco repite en los ámbitos de la ciudad.

¡Tariácuri ha dejado de existir!

1. Estos hermosos pájaros son de color café; tienen dividida en dos fajas su larga cola, y su canto imita el silbido de los vaqueros cuando reunen el ganado. Los indios creen que cuando aparecen esas aves en una casa, anuncian la muerte del jefe de la familia.

CAPITULO XX.

Expedicion de Hirépan.—La cañada de Tzirapu.—El valle de Apúpato.—Los chorros del varal.—El reino de Tzacapu.—Exequias de Tariácuri.

COMO hemos visto, Tangáxhuan é Hiquíngari acompañaron á Tariácuri que volvió enfermo á Pátzcuaro. Hirépan quedó al frente del ejército, y, organizada la ciudad de Tzacapu, marchó con sus huestes hácia el Poniente.

Sojuzgó las poblaciones de Cuerécan, Purépero, la cañada de Tzirapu, Tangancícuaro y muchos otros pueblos que ya han desaparecido.

Hirépan se extasiaba contemplando aquellos panoramas que parecen una cadena no interrumpida de sitios de placer en que la naturaleza se ha esmerado en derramar sus galas.

Despues de haber dejado las misteriosas márgenes de Camécuaro, el ejército siguió el curso del rio por una angostura que corre bajo la sombra de corpulentos sabinos. De trecho en trecho la corriente se despeña en repetidas cascadas y el estruendo de las aguas sólo es interrumpido por el gorjeo de algun alegre jilguero ó por el arrullo melancólico de una huilota.

A la izquierda del camino se levanta la inmensa mole del *Patámban*,[1] y en la colina de *Curdtaran*[2] hay limpios manan-

1. Lugar de carrizos, segun unos; ó lugar de los que llevan algo, segun otros.

2. Cerro de la escucha. Allí está situada la actual Jacona.

tiales de purísimas aguas que bajan despeñándose hasta encontrar el rio de *Carápan* y *Camécuaro*.[1] El inmenso caudal va fecundando dilatadas campiñas de feraces terrenos, dejando en ellos como el Nilo, un gérmen anual de inextinguible exuberancia.

En estos campos de verdura, de esplendentes paisajes, de lomeríos cubiertos de arbustos y esmaltados de elegantes flores, comparten su dominio dos valientes imperios: de un lado *Cóinan* con las fértiles sementeras de *Iztlan*, el pueblo de las cien termas, cuyas aguas suspenden su curso ante las profanas miradas del hombre.[2]

"Hay en Iztlan un sitio, venero de limpios manantiales y de campiñas dilatadas.

"Avido de riquezas, el labrador esclaviza para el cultivo parte de aquellas tierras y deja generoso el resto para alimento del ganado.

"Aquel sitio es Iztlan.

"Allí verás la tierra cubierta de abundantes mieses y casi oculto entre la elevada grama el mugidor ganado.

"Allí (¡inexplicable portento!) hay una fuente, reina de las demas y el mayor gérmen de la fertilidad de aquel terreno, que brota de escabrosa abertura con inusitada violencia; mas si algun curioso se acerca á contemplarla, el agua se recoge, retrocede y cesa su curso, apénas interrumpido por finísimas hebras de cristal, como si la ninfa que la guarda llena de rubor, no pudiese contener algunas lágrimas brillantes. Así la sensitiva de verde tallo y de lozanas hojas, erguida y arrogante, se presenta á la vista; mas si álguien osa profanar con el tacto su follaje, al punto pliega las delicadas hojas, sobrecogida de espanto y de vergüenza.

1. Lugar de aguas profundas. *Huecámen* significa caer en un estanque hondo; y *huecámecuaro* seria el lugar en que se verificaba la accion. Adulterada la palabra, ha quedado *cámecuaro*.

2. El padre Villaseñor, en el "Teatro Americano," cuenta treinta y dos ojos de agua en el llano de Iztlan. El canónigo Romero, en la "Estadística del Obispado de Michoacan," dice que son 76 manantiales.

El padre jesuita Rafael Landívar, en su bello poema titulado *Rusticatio mexicana*, describe en versos latinos el fenómeno á que aquí hacemos referencia. La traduccion libre de esos versos es la que insertamos en el texto, entre comillas.

"No bien te alejas de aquel sitio, cuando la corriente fatigada por la opresion, brota de un golpe y se desliza de nuevo presurosa por el campo."

En aquellas vegas se levanta *Paxacuaran*,[1] de campiñas cultivadas y haciendo ostentacion de sus amenas islas en que vagan las brisas y se ciernen convertidos en nubes los diáfanos vapores del lago de Chapala.[2] Por todas partes se contemplan pirámides y caseríos y campos explotados por el labrador.[3]

Del otro lado se extiende la opulenta ciudad, oculta en profundo bosque, en medio del cual descuella por su altura el tronco de un árbol herido por el rayo. Las hojas y la corteza que por muchos siglos lo vistieron, quedaron convertidas en pavesas al calor del fuego celeste; pero aun así, aquel gigante de la vegetacion siguió erguido sobrepujando á los más altos cedros de la selva.

Ese árbol dió nombre á la ciudad llamada *Tamánd-angápio*.[4] Era la capital de los *tecos*, conocidos en aquel país con la denominacion de *Xárucha*.[5]

Hácia aquella ciudad dirigia Hirépan su ejército. Mas apénas llegó á noticia de los habitantes la aproximacion de las huestes purépecha, cuando trayendo á la memoria sus antiguas tradiciones, abandonaron á su rey, desleal con sus aliados de otro tiempo, y en masa salieron á recibir al príncipe, rindiéndole pleito-homenaje en medio de vivas demostraciones de entusiasmo.

El lugar en que se verificó el encuentro se llamó desde entónces *Xhu-cúnan*.[6] Allí construyeron los purépecha una for-

1. De *paxhacua*, hongo.

2. Desde lo alto del cerro de Paxácuarán descubrieron los españoles, al mando de Nuño de Guzman, el inmenso lago de Chapala en el mes de Febrero de 1530.

3. De todos aquellos monumentos apénas quedan vestigios, casi imperceptibles.

4. De *Tamanda*, árbol podrido, y *angapio*, estar parado. Corrompida la pronunciacion de ese nombre, se dice hoy *Tangamandapio*.

5. *Xárucha* significa los que se pintan la frente y la nariz.

6. Lugar de encuentro. Hoy se conoce con el nombre de *Jacona la vieja*.

Situada esta ciudad en un terreno árido por la escasez del agua, fué trasladada despues al fertilísimo sitio que hoy ocupa, al Norte de la colina de Cu-

midable fortaleza, como punto de defensa ó de partida para sus expediciones á los reinos limítrofes de Cóinan, Tonalan y otros. Desde allí fueron tambien á conquistar á Huanimba,[1] rica en fértiles campos de maíz; á Sahuayo,[2] tendida al pié de una montaña cubierta de árboles frutales y teniendo á su frente las aguas que forman horizonte en el tumultuoso lago de Chapala, y rodeada de espesos bosques en que abundan las gomas exquisitas para quemar en los altares, y á Tingüindin,[3] en donde los aguacates y chirimoyos forman oscura selva. Dignas son de llamar la atencion en aquella comarca, la enorme montaña de Pamatácuaro, que abre sus senos para dar salida á cinco rios de rápida corriente, deshaciéndose á veces en caprichosas cascadas, y las grandes poblaciones cuyos nombres se han perdido, pero cuyas reliquias atestiguan todavía los cimientos esparcidos en torno de la montaña de Tucurascan,[4] preñada de manantiales. Es fama que allí los indios trabajaban el oro y los diamantes en diversas minas que existen hoy perdidas en aquellas serranías.

No léjos de esos sitios históricos se hallan las lagunas de

rátaran, cuyos manantiales riegan las deliciosas huertas y hermosos jardines de aquel paraíso de Zamora.

Algunos han dicho que *Xhacúnan* se deriva de *xhacú*, hortaliza; los títulos del pueblo traducen *Xhacú* por *cogollos*. Nosotros damos más crédito á la etimología de *lugar del encuentro*, tanto por la tradicion que acabamos de referir, como porque si la actual *Jacona* por su fertilidad puede ser lugar de *legumbres* ó de *cogollos*, *Jacona la vieja*, estéril y árida, no merecia ese nombre.

1. *Huanimban*, lugar de *huanitas*. Varios árboles de este nombre existen en las inmediaciones de aquel pueblo, que en idioma mexicano se llama Xiquilpan, y hoy Jiquilpan. "Boletin de la Sociedad de Geografía y Estadística." Tercera época, tom. I, pág. 478.

2. Esta palabra no es del idioma tarasco.

3. Tingüindin significa hincarse.

4. Cerro del tecolote. A sus faldas se halla la populosa ciudad de Cotija, cuyo nombre tarasco era *Tiriácoro*.

Se cuenta que el nombre de Cotija le viene de que uno de los primeros españoles avecindado en una aldea inmediata, decia todos los domingos á su hija: "Ponte tu *cota*, *hija*, y vamos á misa al valle."

Entre las poblaciones importantes de esta comarca, anteriores á la conquista, debe mencionarse á *Huáscaro*, llamado así del nombre de uno de sus caciques, *Huáscar*. Este mismo era el nombre del emperador del Perú, émulo ó rival de *Atahualpa*, lo que hacemos notar, en nuestro propósito de encontrar analogías entre peruanos y tarascos.

Chorros del Varal.

Municipalidad de los Reyes - Distrito de Uruapan.

Tacáscuaro, la Magdalena, Tucumbo y San Juanico, rodeadas de exuberantes campos y cuajadas de peces.

Más léjos, dando fin por el Sur á esta region, la mirada puede espaciarse en la dilatada y estéril llanura de Apúpataro.[1] En el extremo Norte de este llano está situado hoy el fértil valle de los Reyes, cuyos campos son los más adecuados de Michoacan para el cultivo de la caña de azúcar.

En una profunda barranca que acota por el Poniente aquella llanura, existe oculta cascada, en que todo es sublime, el ruido de las aguas, la majestad del paisaje, las tinieblas vaporosas del abismo.

Allí corre el rio que toma despues el nombre de *Tepalcatepec.*[2] Cinco torrentes, como interminables copos de algodon, brotan de la roca. No corren sobre un lecho de arena; no se deslizan en un tapiz de verdura, sino que, al nacer, se despeñan en el vacío. No son corrientes que forman una cascada, sino una misteriosa y gigantesca catarata que nace para formar despues un caudaloso rio.[3]

En el fondo del precipicio la vegetacion es asombrosa; podriamos decir que ostenta el lujo insultante de los trópicos: por donde quiera hay rocas hacinadas, profundas grietas, lechos de lava, señales de la lucha de tremendos volcanes; y en el fondo de la barranca, los torrentes de la cascada van despues tranquilamente dormidos en un lecho de flores.

Tan dilatada extension de tierras conquistó Hirépan para formar el populoso reino de Xhacúnan, en donde fué proclamado como rey, feudatario del de Pátzcuaro, un valiente general de los purépecha. La capital de este feudo era Tzacapu, y sus habitantes son los que en la historia se conocen con el nombre de *Tzacap-iréticha.*[4]

1. Viene *Apúpataro* de *apúpata*, que significa pinole.

2. *Eróxio* en tarasco, que significa comal.

3. Esta hermosa y sorprendente cascada es conocida con el nombre de "Chorros del varal."

4. *Tzacapu-iréti* es el singular, y ya hemos dicho que es el nombre gentilicio de *Tzacapu. Irétaro* es el reino, *iréti* el habitante del reino. El plural es *iréticha*, pero con mucha frecuencia vemos que en lo escrito y en la conversacion familiar se forma hoy el plural de los nombres tarascos, añadiendo una *s*, á imitacion del español.

No por haber quedado sojuzgados los tecos, perdieron su natural fiereza é instintos de independencia. Algunos sucesos posteriores nos ofrecerán ejemplo de su carácter turbulento é indómito.

Por ahora dirémos que Hirépan, despues de organizar el país, regresó á Pátzcuaro.

A su arribo se celebraron con toda pompa las exequias de Tariácuri, asistiendo sus descendientes hasta la cuarta generacion. Muchos de sus servidores fueron sacrificados para desempeñar sus oficios en el reino de los muertos, y numerosos amigos del monarca, hombres y mujeres, se inmolaron voluntariamente para disfrutar la honra de hacerle la corte en la otra vida.

Colocáronse las cenizas del cadáver en un sarcófago de arcilla, adornado de bajo-relieves, obra de los alfareros de Tzintzúntzan, y se depositaron en él algunas alhajas de oro y collares de turquesas.[1]

Los príncipes condujeron en sus hombros el sarcófago, y colocándolo en una eminencia llamada *Hámucun*,[2] que por el viento Oriente de Pátzcuaro domina el panorama del lago, construyó allí el numeroso pueblo, en un solo dia, una yácata colosal.

Tariácuri, despues de un reinado lleno de vicisitudes y de crueles pesares, bajó al sepulcro, viendo ya consolidado el poder de su raza, orgulloso con las espléndidas victorias que habian alcanzado sus hijos, en quienes reconocia las dotes de grandes capitanes, y satisfecho con el amor de sus súbditos. Habia visto realizarse uno por uno los grandes acontecimientos que en su ilimitada ambicion habia creido una profecía de los dioses, y tranquilo y lleno de confianza en el porvenir, bajaba al lugar de descanso, seguro de volver de tiempo en tiempo á la tierra, bajo la forma de un colibrí,[3] á presidir las batallas en que tomaran parte sus guerreros y á ver el apogeo de los purépecha.

1. "Donde le sacó despues un español, digo sus cenizas, con no mucho oro, porque era en el principio de la conquista." *Relacion*, pág. 277.

2. Lo que está en la puerta, ó embarrado en la puerta. Es donde hoy se levanta el templo del Calvario de Pátzcuaro.

3. Los tarascos creian que los guerreros valientes de su raza se convertian en colibríes, despues de su muerte.

CAPÍTULO XXI.

Los tres reyes del imperio.—Rápida ojeada sobre la marcha de la civilizacion de los tarascos.—El tesoro sagrado.—Los colores nacionales.—Expedicion.—Uruápan.

PASADOS los dias de la fúnebre fiesta, Hirépan convocó á Tangáxhuan y á Hiquíngari á un solemne consejo á que asistió la nobleza del país. El príncipe expuso á la concurrencia que el anciano rey Tariácuri habia repartido sus dominios, señalando á Tangáxhuan el reino de Michámacuan, cuya capital Tzintzúntzan estaba aún en poder del clero de Xharátanga; á Hiquíngari lo habia designado para ocupar el trono de Pátzcuaro, capital del reino de los guanáxheos; y á él, á Hirépan, habia adjudicado el difunto emperador los vastos dominios de Coyúcan, que forman el remoto reino de *Enian* ó *Hinían*.[1]

Tiempo hacia que los príncipes eran considerados como los verdaderos reyes de la tierra: se les respetaba por su valor y se les amaba por sus virtudes: ¡así es que al acabar Hi-

1. *De allá léjos, del otro lado*, como comunmente se nombraba á *Coyúcan* por estar á larga distancia ó del otro lado del gran rio. Los habitantes del reino eran conocidos con el nombre de *Huetama*, tal vez porque *Huetamo* fué la primera poblacion de importancia fundada en aquella region. No falta quien haya traducido *Huetama* por *hombre*, suponiéndola del idioma tarasco, lo cual no es cierto. En la lengua pirinda ó matlalzinca es donde existe el vocablo con el significado dicho. *Hombre* en tarasco es *tzihuériti*.

répan su discurso, la nobleza aclamó á los tres soberanos y el pueblo celebró la noticia con manifestaciones de entusiasmo y alegría.

Poco despues de estos acontecimientos, volvió á reunir Hirépan á sus hermanos para concertar el programa político que deberia cada uno desarrollar en su respectivo reino. Ocupáronse tambien en estudiar un nuevo plan de campaña, pues quedaban aún en el territorio multitud de pueblos no sometidos, y otros que, conquistados en las pasadas guerras, se habian sublevado y estaban de hecho independientes.

Habrá podido notarse que desde los primeros años del reinado de Tariácuri, no fué la guerra la úniça ocupacion de los purépecha. Consta primero en la historia, que aquel rey consagró su atencion al embellecimiento de la ciudad, á decorar y enriquecer los templos; despues se nos habla de años abundantes en cosechas, á los que siguió una terrible escasez de frutos, y que los tarascos, que se libraron de esta plaga, habian comenzado á prestar su atencion á la agricultura y sabian ya entrojar sus semillas: más adelante se nos mencionan trajes elegantes fabricados de plumas de ánades ó pelícanos, collares de turquesas, brazaletes y bezotes de oro sustituyendo á los antiguos sartales de frijoles; tambien se refiere el viaje de Turátame en una canoa lujosamente empavesada: todo lo cual indica que las artes habian adelantado bastante, no sólo para satisfacer necesidades materiales de un pueblo, sino las comodidades y el lujo que son los compañeros de la civilizacion.

En materia de culto, la embriaguez brutal y el canibalismo á que se entregaban, no sólo los sacerdotes de Xharátanga y el rey y el pueblo de Tzintzúntzan, sino tambien los purépecha, habia sido sustituido por ceremonias solemnes; y si bien en éstas se sacrificaban los prisioneros, no se refiere ya el hecho de que el pueblo se manifestase antropófago. En esta época se construyen los suntuosos templos de Queréndaro y de Tzacapu, se abren amplios caminos, se edifican fortalezas, se organiza la administracion pública y se despiertan en el alma ideas más elevadas.

Entónces es cuando se erige un solo altar, en un solo templo, servido por un solo sacerdote, al Dios único, ingente, superior á la naturaleza, á quien dan el respetuoso nombre de Tucup-Achá.

Llega el momento en que se despiertan y aprovechan las aptitudes que sirven para el gobierno. Tariácuri adivina el talento de sus sobrinos y reconoce su valor. En ellos deposita á tal grado su confianza, que no sólo les encarga la ejecucion de grandes empresas, sino que les entrega á su propio hijo para que lo eduquen en las fatigas de la guerra y en vencer las dificultades del gobierno.[1]

Hay más: Tangáxhuan revela sus magníficas dotes de guerrero y él es quien dirige las campañas, quien manda el ejército, quien aparece, en fin, como el brazo ejecutivo de Tariácuri.

A Hirépan se le consulta en el consejo; su mismo nombre indica la gravedad de su carácter y su jerarquía en la casta sacerdotal. La audacia de Tangáxhuan y la prudencia de Hirépan daban cima á todas las empresas.

Nada extraño es, en consecuencia, que muerto Tariácuri, llevase Hirépan la direccion en los asuntos públicos y que lo veamos presidiendo la conferencia celebrada entre los tres reyes para abrir nuevas campañas.

El ejército cayó inesperadamente sobre las poblaciones sublevadas de Jéruco, Cuitzeo, Tupátaro, Zinzimeo, Araró y otras que ya han desaparecido, situadas todas en los dominios de Tangáxhuan. El régulo de Enandio vino á establecerse en Zinápecuaro, como punto céntrico de aquella comarca; se construyeron las fortalezas de Tlalpujahua, Taximaloyan, Querétaro, Guanajuato, Yurir-Apúndaro y Acámbaro, y quedando así definitivamente organizado el reino de Tangáxhuan, los príncipes regresaron á Pátzcuaro.

Pocos dias despues la numerosa flota de los tarascos surcaba las aguas del lago, dirigiéndose á Tzintzúntzan.

1. Hiquíngari fué educado ántes en el templo, como todos los príncipes reales, desempeñando allí el encargo de sacrificador. Orozco y Berra. "Historia Antigua de México," tomo II, págs. 565 y 566.

La ciudad los esperaba engalanada, cubiertas las calles de floridas enramadas y tapizado el suelo de huinumo, los templos empavesados de plumajes y sobre ellos mil y mil braserillos despidiendo el humo del incienso.

El sumo sacerdote de Xharátanga habia fallecido en los mismos dias en que Tariácuri bajó al sepulcro. La clase sacerdotal de aquella ciudad no ignoraba el contenido del testamento del rey de los tarascos, é impotente para resistir á las armas de éstos, nombró pontífice de su diosa á Tangáxhuan, y le envió embajadores rogándole que viniese á ocupar la capital de sus dominios: de esta manera conservó la ciudad levítica, siquiera fuese como una sombra, su poder religioso en aquel pueblo que por espacio de algunos siglos habia estado bajo su dominacion.

No fué, sin embargo, unánime esta conformidad de los sacerdotes de Xharátanga: algunos de ellos huyeron llevándose los tesoros de la diosa, haciendo por su parte lo mismo los señores de los pueblos conquistados, quienes ocultaban las joyas y los plumajes de sus respectivos señoríos.

Publicó Hirépan un bando para que se presentaran los fugitivos, trayendo consigo los objetos sustraidos. Hiciéronlo así. El oro y la plata no tenian entre los tarascos el aprecio que en otros pueblos: los consideraban simplemente como desechos sagrados del sol y de la luna;[1] así es que los adornos de estos metales, más que joyas, se consideraban como amuletos, objetos en que habia más de piedad que de lujo.

Mayor importancia daban á los plumajes que depositaban en los templos, en arcas especiales, cuidándolos con sin igual esmero.[2]

El oro, la plata, los plumajes, las joyas y las piedras preciosas constituian el tesoro de Cuerápperi y de Xharátanga. De los dos primeros metales se hacian rodelas, representando

1. Dice la *Relacion* que el oro les parecia el estiércol del sol, y la plata el de la luna.

2. Los sacerdotes que acompañaban al ejército cuidaban de los cofres en que se depositaban los plumajes quitados al enemigo. Dichos sacerdotes tenian el nombre de Pungar-achá, "señor de los plumajes," y eran muy respetados entre los guerreros, al grado de que algunos escritores suponen que los *Pungar-acháecha* eran los dioses de la guerra.

la imágen del sol y de la luna: de los plumajes hacian los elegantes plumeros que servian para el adorno de los templos y para los penachos de los capitanes del ejército, y las piedras preciosas les servian para las diademas reales, los collares y brazaletes.

Al ver Hirépan el depósito, dijo á sus hermanos:—No dividamos el tesoro; guardémoslo todo en un lugar en donde lo vean los dioses del cielo, nuestra madre Cuerápperi y los númenes de las cuatro partes del mundo. Lo colocarémos en el lugar de los sepulcros, al pié de la yácata de Tariácuri, para que quede al cuidado de Hiquíngari.—No quiso éste aceptar el encargo, y entónces se mandó construir un templo en Coyúcan,[1] y allí lo depositaron en varias arcas, bajo el cuidado de una guardia especial.

Hay que advertir, empero, que en el depósito no entraron los plumajes, sino que fueron repartidos entre los príncipes: tocaron á Hiquíngari los blancos, los rojos á Hirépan y los verdes á Tangáxhuan,[2] quedando de este modo caracterizados los colores nacionales de los tres reinos en que se dividió el vasto imperio de Tariácuri; y como más tarde volvió á unificarse el imperio, resulta que los colores nacionales de Michoacan fueron los que, algunos siglos despues, escogió como suyos la nacion mexicana, al declararse independiente de la dominacion española.

Más que ocupacion definitiva de su capital, la visita que hizo Tangáxhuan á Tzintzúntzan fué una simple toma de posesion.

Los reyes (no los llamarémos ya príncipes) volvieron á reunirse en Pátzcuaro, y concertaron allí hacer una larga expedicion para someter algunos pueblos y poner en éstos y en los demas que ya habian reconocido su dominio, régulos de entre los señores de la nobleza tarasca, atribuyendo esta política á un mandato de sus dioses.[3] Para perpetuar esta espe-

1. "Todo este tesoro llevó Cristóbal de Olid cuando vino á conquistar esta provincia." *Relacion*, páginas 278 y 279.
2. Véase la *Relacion*, pág. 278.
3. *Relacion*, pág. 279.

cie de colonizacion, dieron órden de que los guerreros que habian de permanecer en cada lugar, llevasen sus respectivas familias.

El ejército desfiló al pié de la colina que guardaba los restos de Tariácuri; costeó la ribera meridional del lago, atravesó la selvática ciudad de Pichátaro, y, despues de tomar descanso y alimento en el ojo de agua de Cananguio, en medio de un oscuro bosque, ocupó en esa misma tarde las poblaciones de Sevina, Nahuátzen y Cherán, y al dia siguiente cruzó una dilatada llanura cubierta de sementeras de maíz en que tenia su asiento una populosa ciudad, noble cabecera de aquella comarca.

Los habitantes huyeron en masa, ocultando las provisiones que no pudieron ser llevadas: así es que las huestes, rendidas de fatiga, no tuvieron para satisfacer el hambre de sus soldados, más que los elotes, aún no cuajados, de las vecinas milpas.

Comieron poco, y esta circunstancia dió orígen al nombre que en lo sucesivo ha llevado aquel pueblo: se llama *Arán-sani.*[1]

Dejaron allí una numerosa guarnicion, y nombraron señor feudal de la comarca al valeroso y respetable anciano *Iquíhuari;* prosiguieron la marcha, penetrando en una escarpada y pedregosa Sierra en que se hallaba diseminado un extenso caserío. Los habitantes, cubriendo apénas una parte de su cuerpo con ropa sucia, huian al acercarse el ejército. Sin embargo, aquella gente no era feroz. Sin tierras propias en que cultivar su maíz, estaban adheridos á la gleba de los señores del país, y la carencia de agua en aquellos lugares motivaba sólo su falta de limpieza. Eran de costumbres pacíficas, y cuando los guerreros purépecha ocuparon las casas, permanecieron ocultos en las sinuosidades de aquel país tan accidentado; y en la noche, oyeron los invasores dulces sones de una música melodiosa y los acentos de lánguidos y melancólicos cantares. Pusieron al pueblo el nombre de Paracho.[2]

1. De *aráni* comer, y *sani* poco.

2. Paracho significa ropa sucia. D. Florentino Martínez, indígena instruido de aquel pueblo, me decia que Paracho significa lugar, cuyos habitantes sólo usan taparabo. Otros hacen venir la palabra de *Parandi*, que significa ofren-

Un dia tan sólo permanecieron los purépecha en aquella comarca que podemos llamar la tierra del maíz, porque sus muchos valles lo producen en abundancia. Organizaron el gobierno cambiando régulos y sacerdotes.

Luego atravesaron un bosque, el más extenso y tupido de los de aquel país; ocuparon el pequeño pueblo de Cápacuaro,[1] y caminando siempre hácia el Sur, en suave declive, llegaron á una elevada colina,[2] desde donde sus ojos encantados contemplaron el más espléndido panorama.

Era un pedazo misterioso y alegórico del cielo de los tarascos.

Imaginaos una extensa y apacible llanura, salpicada de pequeñísimos lagos, cruzada por cien rios, cubierta de verdura é interrumpida de trecho en trecho por bosquecillos de árboles frutales. De cuando en cuando en aquellos campos de esmeralda, las cintas de agua cristalina se convierten en espumosas cascadas, se escucha la voz estruendosa de las aguas, y como el ruido cesa á intervalos periódicos, se oyen entónces los dulces silbidos del mulato, la algazara de las sanates, el gorjeo de las primaveras ó el canto del jilguero, como notas desprendidas de una arpa celestial. El ambiente está perfumado con el aroma de la *huanita*, del *chúri* ó guajiniquil y de los verdes chirimoyos; y el extenso paisaje de ocho leguas cuadradas, ese pedazo de cielo, está resguardado hácia los cuatro vientos por cuatro augustas montañas. ¿Serán los dioses de las cuatro partes del mundo?

Por el Sur el airoso cerro de las Ventanas; por el Oriente la cuesta de Tarétan; por el Norte el elevado pico de la Cruz, y por el Poniente la inmensa mole del Acahuato, cuya ele-

da. Me atengo á la primera etimología, que es la que aprendí del señor mi padre. *Paracho*, ántes de la traslacion de los pueblos decretada por las leyes ya citadas, estaba ubicado en el malpaís de *Pumácuaran*, pueblo en otro tiempo de alguna importancia, hoy reducido á la condicion de aldea, al contrario de lo que ha sucedido con *Paracho*, situado al fin del valle de Aranza, en medio de una majestuosa montaña y de altos cerros y graciosas colinas. El progreso material del pueblo y la cultura de los habitantes le conquistaron desde algun tiempo hace el título de Villa.

1. Lugar donde se juntan dos cerros.

2. *Cherángueran* es el nombre de esa colina, y significa "lugar desde donde se contempla."

vada frente ciñe el invierno con nívea diadema de luciente escarcha.[1]

Allí sobre un trono de flores reina soberana la madre Naturaleza.

El sol lanza sus rayos de oro fecundando el prolífico seno de la tierra.

Y por la noche, los pálidos rayos de la luna se quiebran en las hojas de los árboles y se deslizan en la linfa de los rios.

Aquella tierra es Uruápan, el paraíso de Michoacan.[2]

La ciudad recibió de paz á los reyes, y desde luego quedó organizada bajo las reglas que formaban la nueva política. El gobierno se confió á uno de los más distinguidos capitanes del ejército, y muchas de las principales familias purépecha fueron á radicarse á aquel país fértil y ameno.

Antes de abandonar aquellos pintorescos sitios, los reyes se dirigieron una mañana al Sur de la ciudad, atravesaron la rica y fertilísima poblacion de Jucutacato, y, bajando en seguida una barranca, se hallaron repentinamente ante un maravilloso espectáculo.

Desde una altura de sesenta metros se despeña el caudaloso Cupatitzio,[3] engrosado por las aguas de varios rios tributarios.

Aquel recinto es sombrío: encinas seculares, cuyas frondas están cubiestas de *patzuen*,[4] enhiestos pinos de eterno follaje verde, zirandas corpulentas, enlazando sus ramas con las flexibles de otros árboles, forman una bóveda de verdura, á tra-

1. El cerro de Tancítaro es conocido por los marineros con el nombre de *Pico de Acahuato*, por un pueblo llamado así que está en la falda meridional, camino de *Apatzingan*. Tancítaro significa lugar de tributo. *Acahuato* significa "cerro inclinado."

2. El verdadero nombre es *Úruupan*, y así lo pronuncian aún los indios de raza pura. Significa constante fructificacion, como si dijéramos, donde los árboles siempre tienen frutos.

Muchos autores de crónicas y estadísticas dan á Uruápan el epíteto de "paraíso de Michoacan."

3. De *cupátzin*, que significa *bañarse*, donde se bañan.

4. Es el musgo que vulgarmente llamamos heno.

vés de la cual logra el sol introducir sus ardientes rayos tropicales para iluminar los pétalos de mil variadas orquídeas, de las begonias sonrosadas ó de color de sangre, de mimosas espléndidas, de elegantes tulíperos, de hojosas azáleas y de tímidas y pudibundas sensitivas.

Pájaros de pintados colores atraviesan incansables por las lianas que, como mallas, cubren los troncos de los árboles, y sin cesar se oyen en medio del rumor de la cascada, el chillido de los loros, el ronco grito de la chachalaca, los picotazos del pito-real y del carpintero y las dulces modulaciones del mirlo ó del jilguero.

El inmenso anfiteatro está impregnado de finísimo vapor que se levanta al choque de las aguas, y á través de esa gasa trasparente, salpicada de arco-íris, se ve la catarata y se contemplan los delgados hilos de blanca argentería que se filtran desde lo alto hasta la base de las rocas.

El pequeño lago que se ensancha al pié de la cascada está hirviente, espumoso, y en continua lucha sus olas turbulentas.

Es la *Tzaráracua.*[1] El estruendo de sus aguas es severo,

1. Es el nombre tarasco de la cascada de Uruápan y significa *cedazo.*

El padre jesuita Rafael Landivar cantó en versos latinos la hermosura de la Tzaráracua.

Hé aquí la traduccion muy libre que hemos hecho de esa bella composicion:

"La amena Uruápan está cuajada de limpios manantiales.

"El rio que ellos forman la circunda al derredor, deslizándose sobre el duro mármol de caprichosas peñas.

"A la falda de un monte, cercano á la ciudad, rompe el agua con ímpetu violento las vírgenes entrañas de la tierra, y en más de nueve bocas, aparece el sonoro líquido, saltando con estruendo y llenando de espuma el misterioso cauce.

"El undoso rio va regando las fértiles riberas, y llena de murmurios la umbría bóveda que le forman los árboles.

"Sale á campo abierto, acelera su paso por glebas y peñascales y se precipita en hondo abismo.....

"Mas ántes, detiene sus aguas en oscuro remanso cubierto de vegetacion lujuriosa, mansion poblada de canoras aves.

"Jamas detiene el rio su constante entrada en aquel vaso: las aguas se hinchan, luchan entre sí y salpican de rocío los verdes matorrales.

"Y ansiosas de salir de su clausura, porque el cauce es estrecho, buscan las hendeduras de las rocas y los mil intersticios que en ellas hay ocultos, y por allí traspasan silenciosas como por una criba para arrojarse al aire, en tanto

imponente, majestuoso, como la voz de Dios en medio del diluvio!

que el chorro principal desciende como una columna de plata fundida, envuelta en nubes de vapor.

"Allí el torrente y los mil hilos finísimos se desprenden con fuerza de las rocas, como si fuesen saetas disparadas de tirantes cuerdas.

"Aquel sublime espectáculo muestra el poder divino.

"Las aguas, al caer, forman un lago, cuya superficie turban infinitas ondas y escapa al fin sus aguas heladas el cristalino rio para recrear los campos de esmeralda y la grey mugidora que pasta en las riberas."

La Tzaráracua.
Municipalidad de Uruápan.

CAPÍTULO XXII.

El reino de Hirépan.—La Tierra Caliente.—Los túmbes.—El mar.—La tierra de los diamantes.—Los placeres de oro.—Profecía sobre la unificacion del imperio.

DE Uruápan salió el ejército á establecer el reino de Hirépan. La capital y las poblaciones de Guayámeo, Zirándaro, Huetamo, Cútio, Pungar-huato y Pandácuareo,[1] habian permanecido siempre fieles á los purépecha; pero muchas otras, de grande importancia, ó estaban en abierta rebelion, ó no habian reconocido aún el imperio de los tarascos.

Entre las primeras se encontraba desde luego la populosa ciudad de Curíncuaro,[2] situada entre las dos profundas ba-

1. *Pandácuareo* es el nombre de un antiguo pueblo, hoy un rancho tan sólo, entre *Coyúcan* y *Zirándaro*.

2. Ya hemos dicho que su verdadero nombre es *Quirínguaro*, distinguiéndose de la otra ciudad de la misma denominacion, en que ésta era llamada *Quirínguaro-átzicurin*.

La *Relacion* las confunde con mucha frecuencia, dándoles unas veces el nombre de *Quirínguaro* y otras el de *Curíncuaro*. Nosotros para distinguirlas hemos dado el primer nombre al reino situado entre *Pátzcuaro* y *Tiripitio*, y *Curíncuaro* á la comarca de Tierra Caliente, al Sur, ó inmediata á Urúapan. Las dos ciudades han desaparecido. En la primera, que conserva aún el nombre de *Quirínguaro*, existe una hacienda. Sus labores, necesitando un terreno limpio, han hecho desaparecer las huellas de la antiquísima poblacion.

De la segunda nos ocuparémos un poco más extensamente en esta nota, diciendo ántes que la palabra *Quirínguaro* significa lugar de *quiringuas*. Esta palabra denota, como lo hemos dicho en alguna otra parte, el instrumento músico que en idioma nahuatl se llama *teponaxtle*; pero tambien es el nombre de una planta de sombra, de una hermosa palma, cuyas especies conocemos

rrancas de *Jicalan Viejo* y *Andánguio*, que la defendian por el Norte y por el Sur; al Oriente la resguardaba el hondísimo cauce en que corre el *Cupatitzio*, y para que la ciudad no quedase descubierta por el Poniente, los habitantes habian cavado un ancho y oscuro foso del que quedan aún manifiestos vestigios.[1] Un largo acueducto llevaba á la ciudad el agua de *Cusato* y de algunos otros manantiales que hoy se pierden en el lecho de las barrancas.

Los reyes y el ejército se vistieron de gala para hacer su entrada en aquella metrópoli de la Tierra Caliente.

Las calles de la ciudad estaban adornadas de palmas y de flores; festones de *patzuen* corrian de un lado á otro de las

con el nombre de *gracenas*. Las usan mucho los indios para adorno en sus fiestas religiosas y domésticas, y los habitantes de la Sierra de Paracho y Uruápan van á cortarlas á *Jicalan viejo*, por larga que sea la distancia que haya que recorrer desde los pueblos más lejanos. Ahora bien, ese *Jicalan viejo* no es otro que la misma *Quirínguaro*. En este caso significa "lugar donde abunda la palma llamada quiringua."

Era aquella ciudad, como hemos dicho, populosa y extensa. Aun existen ruinas de casas y varias yácatas; aun se notan las calles dilatadas, las espaciosas plazas y se encuentran estatuas de piedra y de barro, utensilios de cocina, navajas y puntas de flechas de obsidiana.

Una persona de *Uruápan* mandó cavar en una de esas *yácatas* y se encontraron armas y vasos de alabastro de varias figuras: además, un esqueleto humano, en cuyo cráneo estaba hendida una diadema de oro, sobresaliendo las capas óseas de la cabeza á los lados de la corona. Nosotros vimos todas esas piezas y nos llamó la atencion la circunstancia que acabamos de referir.

¿Por qué tiene la poblacion el nombre de *Jicalan viejo?* La palabra *Xicalan* no pertenece al idioma tarasco. ¿Habitarian allí algunas familias de la tribu *xicalanca?* Esta tribu ocupó las márgenes del Uzumacinta y del rio Palizada, y aun subsiste una aldea llamada Xicalanco en las costas de la laguna de Términos. ¿Será aventurada nuestra conjetura de que al venir del Sur las cuatro tribus conquistadoras de Michoacan (Tamo-Achá) se les agregaran algunas familias de aquella tribu que fué de las primeras que emigraron en esta parte del Continente? Casi es imposible aventurar una opinion en el estado incipiente en que se halla todavía la historia americana.

Para concluir, diremos que la poblacion de *Quirínguaro* fué disminuyendo considerablemente desde los dias de la conquista, y que cuando el virey conde de Monterey redujo á lugares más visibles muchos pueblos de indios, los de *Jicalan viejo* vinieron á establecerse á media legua al Sur de *Uruápan*; y en efecto, entre esta ciudad y el pueblo de *Jucutacato*, existe hoy la pequeña aldea de *Jicalan*, en donde se conservaba el lienzo de que habla el P. La Rea.

1. Es conocido este sitio con el nombre de "tierra cortada."

anchas avenidas; el suelo regado con el agua de las cristalinas fuentes que iban murmurando á lo largo de las aceras.

Los palacios, los templos y las casas de piedra, pintados de bruñida cal y de rojos y amarillos colores, se destacaban en medio de huertas de zapotes prietos, de oscuros tamarindos, de mameyes, de cacaoteros,[1] de aguacates y de otros muchos árboles tropicales, sobre cuyas frondas alzaban sus gallardos abanicos los elevados cocoteros.

Varios dias se pasaron en fiestas alegres y animadas, y luego salió el ejército, aumentado con una falange de Curíncuaro, y tomó la direccion del Sur.

Franqueó el extenso llano de *Capirio* y penetró en las sinuosidades de la Sierra Madre. En el laberinto de las quebradas de los montes tuvo que sostener reñidos combates con los *túmbes*,[2] pueblo aguerrido y valiente que jamas habia doblado la cerviz al yugo de la conquista.

En aquella cordillera, prolongacion de los Andes, ostenta todas sus galas la vegetacion tropical: las alturas están cubiertas de bosques de maderas preciosas; el fondo y las paredes de las barrancas esmaltados de flores de espléndidos y vivos colores. En la estacion de las aguas, las laderas se cubren de suaves gramíneas que estorban el paso de hombres y animales. Allí hay manadas de innumerables ciervos y de jabalíes: el boa constrictor, la serpiente de cascabel y toda variedad de reptiles se deslizan en aquella imponente serranía. Bandadas de chonchos, de guajolotes, de chachalacas y de faisanes viven en aquellos montes abundantes en semillas silvestres. Los loros que vuelan en pareja amorosa y las bandadas de pericos atruenan el espacio con su constante chillido. Las calandrias suspenden de lo alto de los pinos sus nidos flotantes y las urracas de movible penacho aturden el oído con su canto, acompañando en largos trechos al caminante que atraviesa aquellos senderos.

Si tales son la animacion y la riqueza en la superficie de

1. Aun existen algunos cacaoteros silvestres en el fondo de la barranca de Jicalan Viejo.

2. *Tumbí* en singular significa, ó bien el *solitario*, ó bien el *mancebo*, el hombre en edad viril que aún no contrae matrimonio.

aquellos montes, sus entrañas silenciosas guardan ocultos tesoros de riquísimos metales.

Este fué el teatro en que se verificó la nueva campaña de los tarascos. Como se ha dicho, éstos tuvieron que luchar contra guerreros valientes, astutos y feroces, atacándolos en las inexpugnables fortalezas que tenian construidas en las majestuosas montañas del Istafiate y del Condémbaro. Los guerreros ostentaban disfraces de leones, de condores y de papagayos. En una de sus excursiones llegaron los purépecha á una altura desde donde abarcó su vista los campos de verdura, las campiñas que ostentan los copos de algodon, los bosques dilatados de palmeras que forman el reino de *Zacatollan*, y más allá, siguiendo la ondulada cinta de plata del rio que nace en Atoyac, en la república de *Tlaxcallan*, sus ojos contemplaron el imponente espectáculo del mar.[1]

Vencidas las huestes de los túmbes que habian salido al encuentro de los purépecha, penetraron éstos al centro de la Sierra Madre para ir á ocupar la capital de aquellas tribus belicosas.

Aquella ciudad se llamaba *Tumbiscatio*, y era cabecera de una extensa comarca que se limita por el Oriente con los dominios de Coyúcan, marcando su lindero el caudaloso rio de Las Balsas; por el Sur, el reino de Zacatollan; por el Poniente, las posesiones de Coalcoman y de Coliman, y por el Norte, el reino de Uruápan y Curíncuaro.

Hirépan organizó en Tumbiscatio el gobierno feudal, remontó la márgen derecha del rio, lo pasó luego á vado para llegar á *Cuahuayutla*, continuó su marcha por la cordillera, y retrocedió hácia el Norte pasando por las ruinas de una antiquísima ciudad, sitio que tiene hoy los nombres de *Casas viejas* ó *Casas grandes*.

En todo ese largo trayecto se le sometieron innumerables pueblos.

1. Este paraje, que está al Sur del pueblo del Carrizal, se conoce hoy con el nombre de *Bella vista*.

En Casas viejas, los habitantes regalaron á los reyes una jícara llena de diamantes pulidos.[1]

No poca alegría recibieron los reyes con tan singular obsequio, que pagaron, conservando en su puesto al generoso cacique. Éste, por su parte agradecido, condujo al ejército que marchaba para Coyúcan, no por el camino directo, sino que, penetrando al laberinto de quebradas de la Sierra, lo llevó hasta ponerlo en la márgen de un cristalino rio en un sitio salvaje, imponente y pintoresco, que se llama *Xhiquaquio*,[2] en donde las capas de las rocas, los yacimientos de aluvion y el aspecto de los cerros, hacen de aquel paisaje un bello capítulo de geología.

Sin revelarles el motivo de haber conducido allí al ejército, el cacique se despidió de los reyes, advirtiéndoles que siguiesen la márgen derecha de aquel rio que encaminaria sus pasos hasta ponerlos en el camino de Coyúcan.

Hiciéronlo así, y á poco andar, á la orilla del torrente, observaron que muchos de los soldados se apartaban de las filas, entraban al agua y del fondo de ella sacaban en sus jícaras arenas mezcladas de polvo de oro. Por todas partes se oian gritos de alegría: no hubo un solo guerrero que no llenase su *sutupu*.[3] Por su parte, los príncipes mandaron que sus cargadores recogiesen mucha cantidad de la preciosa arena y pusieron al rio el nombre de *Tirípit-yurecua*.[4]

El ejército siguió el curso del rio hasta su confluencia con el de Las Balsas.

Allí el gran sacerdote recordó á los reyes que aquellos sitios fueron el punto de partida de sus antepasados; allí á la

1. Sitio de los célebres diamantes que halló el general D. Vicente Guerrero, segun nos cuenta la tradicion. El Dr. Romero, en su "Estadística del Obispado de Michoacan," pág. 242, habla de estos criaderos de diamantes.

2. "Lugar rayado de varios colores," como si dijéramos *embijado*, *ataraceado*. Este paraje existe en el camino de la Sierra Madre que conduce de *Coyúcan* á *Zihuatanejo*.

3. Significa "saco."

4. *Rio del oro*. Así se llama aún. Aun se recoge allí polvo de oro, y cada año, al principiar la estacion de aguas, ocurre mucha gente á lavar las arenas, estando fundada para este objeto una poblacion que se llama "Los placeres," habitada en aquella época, y yerma y solitaria en el resto del año, por lo insalubre de su clima.

izquierda del rio del oro se extienden los campos de Zirándaro y los valles encerrados entre colinas y montes pintorescos en que se asienta el misterioso Guayámeo; allí al frente, más allá del gran rio, quedan los pueblos de Huetamo y de Cutzío (Cutio), los primeros que cayeron en poder de los peregrinos, y por último, les dijo que remontando la corriente, hallarian no léjos la nueva capital del dilatado reino de Hirépan.

Hizo alto el ejército en un sitio cubierto de jardines y dilatadas huertas, en donde el limpio espejo de las aguas refleja el verde esmeralda de los campos y el azul purísimo de la bóveda celeste.

Los reyes, encantados de aquel eden, fundaron un pueblo, é Hirépan le dió el nombre de *Tzitzic-Panddcuareo*, en memoria del heredero del Tangáxhuan.

El ejército continuó su marcha. Corta distancia habia recorrido, cuando al pié de una pequeña colina, sobre la que descollaba un templo, apareció una ligera comitiva de nobles que salian al encuentro de los reyes. Los recien venidos se inclinaron al suelo, tocaron con su mano derecha el polvo de la tierra y la llevaron luego á sus labios. Los reyes recibieron preciosos ramilletes de flores, y en ese acto los sacerdotes de Coyúcan invitaron á los soberanos á subir al templo para esperar en la cúspide del cerro la salida del sol.

En la puerta del santuario estaba de pié é inmóvil un venerable sacerdote. Era de alta estatura, vestia un traje talar blanco, y su cabellera y la escasa barba del semblante habian encanecido enteramente. Tenia cubierto medio rostro hácia la frente con un antifaz negro, y en la abertura que correspondia á los ojos habia dos espejuelos de láminas finísimas de tzinapu, veteado de negro, rojo, amarillo y blanco. En la mano tenia una flecha cuya punta plana era de un brillante metal desconocido de los tarascos: la flecha era una vara larga, igual á la que servia de cetro á los reyes de Michoacan.

El vulgo creia que aquel sacerdote era inmortal. Las generaciones anteriores lo habian visto siempre guardian del santuario. Se creia que las órbitas de sus ojos estaban vacías, por cuyo motivo las habia sustituido con los espejuelos que

á la luz del sol brillaban con un fulgor extraño y fantástico.[1]

El templo, aunque pequeño, era de una hermosura singular. Sus muros, que no eran más que tres, al Sur, al Poniente y al Norte, estaban construidos de sillería por la parte exterior, y por dentro estaban tapizados de láminas de plata. En medio se desprendia de la pared un gran disco cóncavo de oro macizo, terso como la superficie de las olas tranquilas.

En toda la extension de la bóveda, que tambien era de plata, habia pendientes multitud de rodelas de oro que se tocaban entre sí, enlazadas por casi invisibles hilos de metal.

Pero lo más raro de todos los objetos eran cuatro piedras cúbicas: una amarilla de amatista á la derecha del altar; á la izquierda una de tosca y como aceitosa superficie de color negro; en la pared del lado derecho otra de blanquísimo *tecali*, y la otra de mármol rojo en el opuesto lado.

El sol estaba á punto de salir cuando los reyes llegaron á la cima del montículo, El sacerdote los introdujo al templo: colocó á Hirépan á la derecha del altar, á Tangáxhuan á la izquierda, á Hiquíngari en el muro del lado Sur, y él se situó enfrente, teniendo levantado el brazo y horizontal la flecha en direccion de la piedra negra sobre la que Tangáxhuan apoyaba su mano.

El numeroso cortejo de nobles de Coyúcan y los que como capitanes acompañaban al ejército, se colocaron al Oriente fuera del templo, en el declive de la colina.

El sacerdote tenia vuelto el semblante hácia la puerta del santuario. Pocos minutos permaneció en esa actitud, porque no bien hubo aparecido el astro luminoso del dia, cuando giró el anciano sobre sus piés. El gran disco de oro parecia una llama fulgurante, reflejando el haz de rayos de la lumbre del sol. Los muros de plata brillaron con esplendor nunca visto, y en la bóveda chocaban entre sí las delgadas rodelas, produciendo un armonioso sonido, dulce y misterioso.

Hasta entónces se desplegaron los labios del sacerdote, y con voz reposada y augusta exclamó:

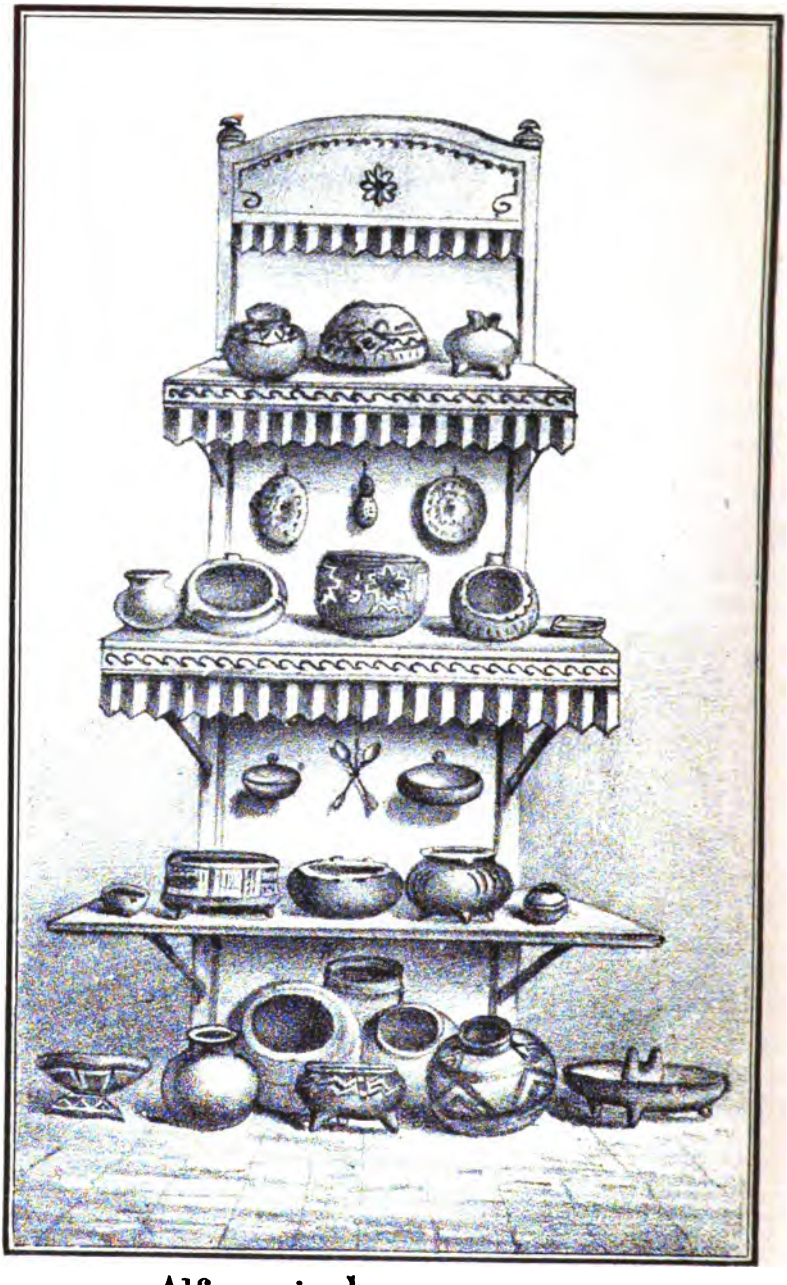
1. No es absurdo suponer que cuando moria el sacerdote, era sustituido por otro de igual estatura, y tambien muy anciano, favoreciendo el engaño el antifaz con que cubria la parte más característica de la cara.

—"Tú, Hirépan, eres rey de Coyúcan; nuestro padre el sol te guarde. Tú, Hiquíngari, eres rey de Pátzcuaro; guárdete nuestra madre la luna. Pero á tí, Tangáxhuan, á tí, padre del magnífico monarca, adornado de flores, á tí envia la grandiosa Cueráppperi el cetro universal."

Dijo, abrió su mano, y la sagrada flecha, en vez de caer al suelo, recorrió por sí sola el espacio del templo y fué á adaptarse, quedando horizontal, en la piedra negra en que Tangáxhuan apoyaba su brazo.

Atónitos se miraron los reyes: las aclamaciones de la noble comitiva se confundieron en una sola explosion de entusiasta alegría y de religiosa reverencia.[1]

1. Esta fantástica leyenda y alguna de las otras tradiciones de *Huetamo*, me fueron comunicadas por el Sr. D. Trinidad Bustos, anciano respetable é instruido, á quien tuve el gusto de tratar en aquella poblacion en la época de la guerra de intervencion. El Sr. Bustos explicaba el milagro de la flecha, diciendo de la piedra negra que no estaba colocada en el templo por la mano del hombre, sino que era la cúspide misma de la colina, que no es otra cosa que una colosal roca de iman, y que la punta de la flecha era de acero imantado extraido de aquel cerro, que en efecto contiene mucho iman. Está situado á inmediaciones de *Pandácuareo*, distrito de *Coyúcan*.



Alfareria de los tarascos.

CAPÍTULO XXIII.

Coyúcan.—Las artes entre los tarascos.—Hermosura de la raza.—Extension del reino de Hirépan.—Entrada de Tangáxhuan en Tzintzúntzan.

CONCLUIDA la majestuosa ceremonia que los reyes y demas concurrentes tomaron por una profecía, la comitiva continuó su marcha, y en las últimas horas de la tarde hizo su entrada triunfal en las calles de Coyúcan.

La ciudad estuvo de fiesta muchos dias. La ceremonia de la coronacion se hizo en el palacio, colocando Tangáxhuan la diadema de oro en las sienes de Hirépan; Hiquíngari puso en sus manos la bayesta, emblema del poder real.

El templo erigido en Coyúcan á la madre Naturaleza, era el más espléndido de cuantos poseian los tarascos: allí estaba colocada la cabalística piedra que representaba á la diosa; era cúbica, y cuatro de sus lados estaban consagrados á los dioses de las cuatro partes del mundo.

La piedra despedia extraños reflejos al ser bañada por los rayos del sol, y era tan grande, que más tarde sirvió de ara en un altar cristiano,[1] llamando la atencion sus hermosos visos de espejo. La habia enviado Tariácuri á Coyúcan cuando la usurpacion del trono por Turátame.

1. Beaumont. Crónica de Michoacan, tomo III, cap. VI.

Brasseur de Bourbourg, hablando de la division del imperio entre los tres príncipes, dice: "El primero, Hirépan, recibió á Coyúcan, en donde por aquel tiempo se encontraba la piedra de Curicaveri." Histoire des nations civilisées du Mexique. Tomo III, pág. 77.

En aquella ciudad estaban tambien depositados los tesoros que los purépecha habian recogido en sus conquistas, y al efecto, se habia construido un edificio especial que estaba bajo la vigilancia de una guardia numerosa.

Coyúcan fué una de las primeras poblaciones fundadas por los peregrinos de las cuatro tribus. Los cutzincha creyeron adecuado aquel sitio para establecerse: algunas familias de los tecos ocuparon tambien lugares cercanos en las vertientes de la Sierra Madre.[1]

En la márgen derecha del rio,[2] frente á la ciudad, desemboca uno de sus grandes afluentes, el rio de Zitácuaro ó Tuzantla, engrosado con los de Tacámbaro y otros varios. Allí próxima está la poblacion de *Pungarabato*,[3] llamada así por los ricos plumajes que se vendian en su mercado.

Con tan buena situacion, era Coyúcan una ciudad rica é importante. Sus moradores, habiendo disfrutado largos períodos de paz, habian llegado á un grado de cultura superior al de las tribus belicosas que fueron á establecerse en las riberas del lago de Pátzcuaro. Desde entónces aprendieron los tarascos la circunspeccion y ceremoniosa gravedad que los distingue. Su conversacion adquirió esa flexibilidad, esa riqueza de imágenes, esa severidad correcta empleada en ocasiones solemnes, y esa entonacion que tanto saben adecuar á las diversas circunstancias; cualidades que caracterizan aún el idioma entre los indios de la Sierra de Uruápan.

En las artes y oficios comenzaron á adquirir aquella reputacion que les confiesan los antiguos cronistas. Eran curiosos en la escultura, labrando las imágenes en piedra, madera y arcilla, y como una peculiaridad suya, las construian con una pasta formada de la médula de la caña de maíz (arote) y una goma vegetal llamada *tatzingue*. La pintura habia llegado á expresar las pasiones de los hombres y á fijar en sus retratos los rasgos más característicos de la fisonomía. En lienzos de pita tejida figuraban los hechos de guerra, las po-

1. Lejarza, artículo publicado en el tomo I del Museo Mexicano, pág. 343.

2. Ese rio tiene los nombres de Atoyac, Mescala, Las Balsas y Zacatula en las respectivas regiones que atraviesa.

3. Hoy, por estar corrompida la palabra, se dice á ese pueblo *Pungaravato*, que significa "cerro de las plumas."

blaciones y los acontecimientos importantes de su historia, si bien el dibujo era de simples contornos y pocas figuras.[1] A ellos se debe la invencion de las pinturas con pluma de diversas aves, especialmente de colibrí, y este arte no sólo servia para iluminar el ropaje y para imitar distintos animales, sino que, tejiendo las plumas en los lienzos de algodon, lo utilizaban en la confeccion de trajes de lujo y ricas colgaduras.

Como tejedores, aun hoy en que la máquina no deja estímulo á las obras de mano, hacen notables rebozos con vistosísimos flecos de seda floja, servilletas y manta superior. Deben haber sido más hábiles en la antigüedad, supuesto los elogios que les tributan los cronistas.

En la fundicion de metales, los tarascos no tenian rival, y á ellos se atribuyen aquellos secretos por medio de los cuales fundian en un solo lance un pescado de plata con escamas movibles de oro; pajarillos de este metal, de diversos colores; máscaras, juguetes, sonajas y joyas.

Tambien eran y son inimitables en la pintura de jícaras (*urani* en tarasco) y otros muchos utensilios de madera y de metal. Esta industria se radicó en Uruápan, y en su composicion entra como pegamento, barniz y secante, la grasa del *coccus axin*, insecto llamado *aje* en tarasco.[2]

Notables eran las macanas y espadas de cobre que empleaban en la guerra, y que al decir del Illmo. Moxó, tenian un temple igual al del acero. De aquel metal eran tambien las

1. Las pinturas se hacian en lienzos finos de algodon, pero más generalmente en telas de maguey y fibras sacadas de las raíces de la higuera de Indias, llamada en tarasco *ziranda*, nombre que tambien significa papel. "Solian en su gentilidad formar de estas plumas, aves, animales, hombres, capas y mantas para cubrirse, vestiduras para sus sacerdotes y templos, coronas, mitras, rodelas, mosqueadores con otros curiosos instrumentos." Beaumont, tomo III, pág. 94.

2. Suele darse á esta pintura el nombre de *Perivan;* pero este error consiste en que los indígenas de Uruápan, que son los que se dedican á ese arte, llevaban á vender sus jícaras pintadas á la feria de *Perivan*, de donde resultó que fuesen conocidas con este nombre.

En *Cocupao*, pueblo de la laguna de Pátzcuaro, se hace tambien pintura de jícara, cajas, etc., pero de un estilo diverso y sin emplear el *axe*. Cuentan que los de *Cocupao*, vanidosos de sus obras, dicen: "los de Uruápan nos ganarán en el floreaje, pero en el moneaje..... ¿cuando?"

azadas que usaban para el cultivo de la tierra. Las puntas de las flechas eran de *tzinapu* (obsidiana), tan finas que causa admiracion verlas.

Los carpinteros eran muy hábiles en la estructura de casas de madera, talladas las puertas con curiosos bajo-relieves, lo mismo que los sillones, cantzires (camas) y otros objetos.[1] En este oficio se distinguieron en la antigüedad los de Pichátaro, y lo ejercen aún con cierta perfeccion los de Paracho.

Los lapidarios de Coyúcan sabian cortar y pulir con gracia inimitable las piedras preciosas, empleando al efecto una arenilla que tal vez se encuentre en aquella region.

Desde el principio de esta historia hemos visto cuánto adelanto alcanzaron en la curtimbre de pieles. Los tigres, los venados y las nutrias, así como los pelícanos y otras aves, les prestaban materia para ejercer la industria. Las sandalias que usaban el rey, los nobles y las mujeres de calidad, eran de exquisito trabajo, de pieles de distintos colores.

En Pátzcuaro, Tzacapu y otros pueblos fabricaban esteras tan finas y las sabian pintar con tal primor, que parecian alfombras de curiosas labores. Esta industria ha decaido en la actualidad, y sólo se fabrican petates corrientes.

Con el tzinapu hacian espejos, navajas finísimas, bezotes, botones para prenderse las capas, vasos y una multitud de objetos.

"La gente de Michoacan era robusta y muy trabajadora, y entre las otras naciones de indios era la más hermosa. Belicosos eran y grandes tiradores de arco y flechas, que á más de cien pasos no erraban un pequeño blanco."[2]

La cerámica habia hecho ya distinguir á los tarascos en la construccion de búcaros y utensilios de toda clase, haciéndose notar en esta industria los alfareros de Tzintzúntzan y Patámban.

No pasarémos en silencio un arte en que demostraban el buen gusto y la poética imaginacion de un pueblo sencillo,

1. Aun hoy dia se construyen casas de madera que suelen mudar de un solar á otro, lo que es motivo de fiesta para los parientes y amigos de los dueños que ayudan á la mudanza.

2. Beaumont. Crónica de la provincia de San Pedro y San Pablo, de Michoacan. Tomo III, cap. VII.

pero impresionable y entusiasta admirador de la naturaleza. Nos referimos á los adornos de sus enramadas, á las fachadas de flores para sus templos, los arcos y guirnaldas de rosas, y sobre todo á sus espléndidos ramilletes en que empleaban los prodigios de la vegetacion.

La oratoria y la poesía habian alcanzado gran desarrollo en Coyúcan, extendiéndose luego á los centros principales del reino.

Para concluir, harémos mension de la música. Si era desapacible y estruendosa en sus himnos de guerra y discordante en las ceremonias religiosas, era dulce y melancólica en los cantos del hogar, en las endechas de amor, en los sones para sus bailes, en las fiestas del matrimonio, y triste y gemebunda en los funerales. Para tan distintos géneros de la música tenian inmensa variedad de instrumentos, de oro, de madera y arcilla, "muchos y muy sonoros," dice Beaumont. "Para lucir su habilidad, tenian ciertos pitillos que imitaban el canto de las aves, el rugir del tigre ó el agudo silbido de la serpiente."

Si al hablar de Coyúcan hemos hecho la enumeracion de las industrias de los purépecha, no es porque hayan sido peculiares de aquella ciudad, sino porque ella fué la primera que entró en el camino de la civilizacion. La importancia y cultura de aquella region de la Tierra Caliente se demuestran todavía por las ruinas monumentales de numerosas poblaciones con vestigios de un alto grado de antiquísima prosperidad.

Tal era Coyúcan, la capital del reino que correspondió en herencia á Hirépan: sus límites tocaban por el Este con países ocupados por algunas tribus de los tecos y con los pueblos de los *tlahuica;* por el Norte tocaba los antiguos dominios de los *matlalzinca* en las montañas de *Tollocan*, y más próximamente, con los terrenos de Enandio y con la Sierra de Tacámbaro; por el Poniente sus límites se detenian en el reino de *Colíman*, y por el Sur, la Sierra Madre lo dividia de los fértiles campos de *Zacatóllan*, en el litoral del Pacífico.

Muchos dias permanecieron reunidos en Coyúcan los tres reyes, Tangáxhuan, Hiquíngari é Hirépan, ora participando de los regocijos á que se entregaba la ciudad, ora ocupados en frecuentes consejos para la marcha política que deberian seguir en la confederacion y cada uno en su reino respectivo.

Durante ese tiempo, Hirépan envió expediciones á conquistar diversos pueblos de la Tierra Caliente, poniendo en todos ellos señores de su confianza con tropas bastantes, ordenando que se avecindasen en ellos familias purépecha, á fin de radicar allí los intereses de raza. Se llevó á tal grado esta política, que en varios feudos puso al frente del gobierno á algunas viudas de capitanes distinguidos, ó por gratitud á la memoria de éstos, ó por utilizar ciertas aptitudes y talentos de aquellas mujeres.[1]

Llegó por fin el dia en que fué preciso que los tres reyes se pusiesen al frente de sus respectivos imperios. Ellos, que desde la infancia habian recorrido juntos el camino de la miseria y de toda clase de penalidades; que habian combatido unidos en más de cien combates; que siempre se presentaron juntos á su anciano padre Tariácuri, y siguieron sus consejos, no podian consolarse de la separacion. Más de cuarenta años habian vivido unidos en la adversa ó próspera fortuna, y no parecia sino que esos tres hombres tenian una alma comun.

Convocó Hirépan el último consejo y dijo á sus hermanos:

—Id, tomad ya vuestros pueblos y morad en ellos; cuidad de vuestros árboles y de vuestras sementeras: disfrutad de las liberalidades con que os ha colmado nuestra poderosa madre Cuerápperi: no abandoneis su culto, invocadla en todas ocasiones y, durante la guerra, empuñad su bandera, y que este signo sea el primero que vean nuestros enemigos. Decorad sus templos, y que los almacenes estén siempre llenos de flechas y de arcos para que podais libertar á la diosa de todo ataque por parte de sus contrarios.

Contestaron Tangáxhuan é Hiquíngari que así lo harian. Y cuantos presenciaron esta imponente y conmovedora des-

1. Véase la *Relacion*, pág. 279.

pedida, ancianos, mujeres y niños, dieron suelta al llanto y murmuraban tristísimos adioses.

Se oian aún los sollozos de los concurrentes, cuando los soberanos de Pátzcuaro y Tzintzúntzan ponian los piés en las lujosas embarcaciones que los condujeron á la opuesta orilla del Mescala. Todo el dia duró el paso del ejército. Pernoctaron en Pungaravato y en las cercanas poblaciones de *Apupio*, *Timángaro* y *Chuperio*,[1] y en la mañana siguiente, dejando á la derecha el rio de Tuzantla, se perdieron en las sinuosidades de los montes.

A los tres dias, los habitantes de una extensa poblacion, cuyas dilatadas huertas fertiliza caudaloso y cristalino rio, llenaban las calles y avenidas. Los templos estaban coronados de sacerdotes, y se oian en todas partes los alegres sones de las músicas.

Aquella ciudad se dividia en dos mitades: la una en ameno valle, llamada *Nocupétaro*, y la otra en lo alto de una pintoresca colina, cuyo nombre es *Carácuaro*.[2]

El ejército fué recibido con franca y cordial hospitalidad, y al dia siguiente continuó su marcha á Tacámbaro.

Esta bellísima ciudad está situada al pié de un ramal de la cordillera andina. En su boscosa Sierra nace el rio que fertiliza sus campos.

En la época á que nos venidos refiriendo, habia á media legua de distancia un gran lago, abundante en pesca, y sir-

1. *Chuperio* significa "lugar de joyas;" *Pungaravato*, "cerro de plumajes." Era poblacion de importancia ántes de la conquista, y hablando de ella dice el canónigo D. J. G. Romero: "Existen en las inmediaciones de Pungaravato algunas yácatas, de las que sacó el Sr. cura D. Tomás Arriaga, el año de 1828, un ídolo de oro que ví en poder del Illmo. Sr. D. Angel Mariano Morales." Estadística del Obispado de Michoacan, pág. 143.

2. *Nocupétaro* significa "lugar ó pueblo en el valle," y *Carácuaro*, "lugar ó pueblo situado arriba." El P. Villaseñor, en el "Teatro Americano," dice que aquella ciudad "contaba antiguamente más de cuatro mil familias, pero que se despobló rápidamente por haber ultrajado sus habitantes á su eclesiástico ministro; pecado que castigó Dios secando repentinamente el rio." No dice el P. Villaseñor cuándo y por qué volvió á correr el rio de Carácuaro; pero la verdad es que nosotros lo hemos visto tan cristalino y caudaloso como debe haber estado ántes del pecado de los habitantes.

El Sr. Morelos era cura de Carácuaro cuando estalló la guerra de independencia, y de allí marchó á sus gloriosas campañas.

viendo para la navegacion de los pueblos que estaban situados en las lomas. Casi en la cúspide de una de estas colinas está encajada una preciosa alberca de agua cristalina que el vulgo cree un ojo del mar, y cuyo nombre es *Chupio*, que significa *concha*.

"No hay casa en el pueblo—dice el padre Basalenque—que no tenga una huerta grande y en ella muchos naranjos, limones, cidras y muchos árboles frutales de Tierra Caliente, como son *dtis*,[1] aguacates, guayabos, de modo que todo el pueblo es una huerta grande y paraíso de flores."

Si en la época en que escribió el cronista de Michoacan era ya Tacámbaro un pueblo tan ameno, esa ciudad es hoy una de las más fértiles y ricas poblaciones de Michoacan.

En los tiempos de esta historia era asimismo lugar de importancia. Frontera del reino de Coyúcan, habia allí fortalezas para la guarnicion. Aun quedan restos de suntuosos templos y magníficas casas, y es fama que los reyes de aquella provincia tenian en Tacámbaro palacios y quintas de recreo.

Sus habitantes tenian fama de cultos, á la vez que de valientes guerreros, y la ciudad era célebre por el gran número de sabios que habitaban en ella, consagrados á la astrología, á la oratoria y á la poesía.[2] Era además Tacámbaro el entrepuente del comercio entre el reino de Pátzcuaro y el de Coyúcan.

Los reyes permanecieron pocos dias en Tacámbaro.

Pátzcuaro los recibió engalanada con sus más preciosos atavíos.

Una flota de mil piraguas llenas de guerreros, se desliza sobre las ondas tranquilas de aquel lago, espejo puro de recuerdos gloriosos.

En medio va una grande embarcacion llevada por diez re-

1. Todos estos datos sobre Tacámbaro están tomados del "Teatro Americano" del P. Villaseñor, y de la "Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino, de Michoacan," escrita por el P. Basalenque.

La palabra *ati*, ó más bien *ate*, se refiere á una fruta que es una variedad de la chirimoya, llamada *Uruata* en tarasco.

2. Tomamos estas noticias de tradiciones constantes, y hasta cierto punto las hallamos confirmadas en la obra de Basalenque, tomo I, cap. VII, cuando dice que en Tacámbaro fué más difícil la conversion de los indios por los muchos hechiceros que allí habia, siendo preciso en algunos casos aporrear á los neófitos para que cumplieran con sus deberes de cristianos.

Una vista del lago de Patzcuaro.-1891.

meros que hacen mover sus rojos penachos á cada impulso de los remos.

El toldo es de finísimo lienzo de algodon adornado profusamente de plumajes de todos colores. Las varillas que sostienen la nívea colgadura, están cubiertas de flores. En la proa de la nave se desprende de braserillos de oro el perfume más delicado, y sobre la popa, un ancho quitasol de reflejos metálicos moviéndose á impulso de los remos, templa los ardores del sol.

Esa nave conduce á un guerrero, ceñida la frente con diadema de oro, cubierta la espalda con manto de escarlata y llevando en la diestra la augusta flecha, emblema del poder soberano. Una noble matrona lo acompaña, sonriéndole con ternura y fijando de cuando en cuando sus ojos en un hermoso niño de doce años, *adornado de flores.*

Entretanto, en la imperial Tzintzúntzan el inmenso gentío se precipita á la playa. La impaciencia se revela en todas las miradas. Reina silencio profundo hasta el momento en que la flota apunta entre el cabo de *Cucuchucho* y la isla de *Pacanda*, y la explosion unánime de la voz del pueblo saluda á sus soberanos.

Tangáxhuan, Huanita y Tzitzíc-Pandácuare desembarcan en medio de la multitud, y se dirigen al templo de la diosa Xharátanga. La muchedumbre los acompaña hasta el pié del santuario: suben aquellos los peldaños de la ancha gradería, y el pueblo los contempla en lo alto de la plataforma. El sol poniente ilumina la escena; el aire está diáfano y húmedo, y desde las riberas opuestas del lago se pueden ver las siluetas de aquellos tres personajes en el acto de levantar sus brazos para incensar el disco de la diosa.

En esos momentos extiende el crepúsculo sobre la tierra la gasa purpurina de su suave vestidura, y el astro de la noche aparece en el Oriente.

Una inmensa hoguera se enciende en la montaña de Tzintzúntzan y otras mil envian sus resplandores desde las cimas de todos los cerros que en veinte leguas en contorno cercan la superficie del espléndido lago.

El rumor del pueblo se oye en las vecinas playas como el eco lejano de una mar tumultuosa.

CAPITULO XXIV.

Período de paz.—Prosperidad del imperio.—Guerra contra los tecos, otomíes y mazahuas.—Progresos en la civilizacion.—Descripcion de Tzintzúntzan. —Tucup-Achá.

TRASCURREN los años. Los tiempos comienzan á ser históricos; aparecen algunos anales que arrojan luz sobre los sucesos desde esta época ocurridos.

Los reyes de Pátzcuaro, Coyúcan y Tzintzúntzan, disfrutaron de un pequeño período de paz.

Al parecer, las provincias que hemos descrito aceptaron la dominacion de los descendientes de las cuatro tribus.

Empero entre ellas mismas surgia la guerra civil. Los *tecos*, que desde ántes de la llegada de los peregrinos al misterioso Guayámeo se habian ido segregando y estableciendo en diversas regiones, no consentian de buena gana estar del todo sometidos á los purépecha. Ya que no radicó en ellos el poder supremo, se consideraban, al ménos, como una nacion aparte, fuese esto muestra de un carácter altivo ó la manifestacion de un acendrado patriotismo.

De la disquisicion que hemos hecho sobre el orígen de las tribus que conquistaron á Michoacan, no ha resultado razon alguna que destruya nuestra conjetura sobre que aquellos pueblos vinieron del Sur. Y respecto de los *tecos* (*tequecha* en plural),[1] la presuncion sube de punto, porque con el nombre

1. *Téhcuecha* en tarasco significa "los de las uñas largas."
Que unos les digan *tecos* y otros *teques*, no nos llama la atencion, pues que los antiguos mexicanos tambien eran nombrados por los españoles, *aztecas* ó *azteques*.

de *teques* los encontramos haciendo un papel importante en la historia de Venezuela. A esa raza valiente pertenecia el denodado y admirable *Guaicaipuro*, el Cuauhtemoc de la tierra de Bolívar.

Si entre nosotros los tequecha hacian alarde de cierta nobleza, ó más bien dicho, de cierta superioridad respecto de las demas tribus, puede hasta atribuirse á que ellos mismos se hayan considerado como los fundadores de aquel pueblo, compuesto de familias de distinto orígen, aunque de la misma raza. El padre La Rea, hablando de la gente que pobló á Michoacan, dice: "algunas relaciones he tenido de *personas prácticas* que comunicaron algunos indios *muy antiguos*, que estos tarascos descendieron de los *tecos*."[1]

Pero si tecos y tarascos no eran una misma familia, sí aparece que unidas ambas tribus por estrechos lazos, se identificaron y concurrieron juntas á la conquista de Michoacan.

Es verdad que los tecos fueron separándose de sus aliados y que es probable que á su llegada á Naránxhan, bajo el reinado de Iré-Ticátame, hayan estado reducidos á corto número que más tarde fué creciendo, prolífica como era la raza.

Respecto de sus continuas segregaciones de los tarascos, consta, en efecto, en las historias y crónicas de México, que los habia con ese mismo nombre en *Juchitan* y en otros puntos de la Sierra Madre; en Jacona, Carápan y Tzacapu; en Tepic, bajo la denominacion de *tecoxines;* en Tecoaltiche, donde se llamaban *tequexes;* en Tecamachalco y en Tecoac, con el mismo nombre que en Michoacan; en la Mixteca con el de *chuchones*, y los habia ó los hay en Guatemala, conocidos con el de *popolocos.*[2] Alguna rama de ellos habitó en Tecoante-

1. Crónica de la Orden de N. S. Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacan, lib. I, cap. V. Téngase entendido que el P. La Rea escribió en los primeros cien años despues de la conquista, y se refiere á lo que habian comunicado indios *muy antiguos.*

2. Orozco y Berra. "Historia de México," tomo III, pág. 19. Acaso estas familias de *tecos* residentes en Guatemala, sean unos pueblos que hablan el tarasco en aquella república. Lo digo así porque muchas veces el señor mi padre me contaba que cuando los indios de la Sierra de Paracho iban en romería á visitar un Cristo llamado de Esquipulas en la América Central, encontraban allí á otros indios que tambien hablaban el tarasco. Yo mismo oí referir la propia especie á D. Alejo Sapichu, uno de los comerciantes de Pa-

pec, en donde se conservan aún vestigios de su culto al sol y á la luna.

No debe llamarnos la atencion que fuera de Michoacan, pero siempre en lo que se llamó Nueva España, los tecos hayan hablado idiomas distintos del tarasco; así lo exigia acaso su contacto y comercio con otras naciones, mas tenemos para nosotros que su lengua propia era la misma de los purépecha. No debemos olvidar las muchas palabras idénticas que hemos hallado en el Perú, en otras naciones de la América del Sur, y sobre todo en Venezuela, tierra de los *teques*.

Creemos, pues, que el tarasco se hablaba, y acaso se hable todavía por alguna tribu desconocida, en aquella parte de nuestro Continente. En las mismas Antillas, que, segun la historia, se comunicaban á lo largo del mar Caribe, con la tierra firme, siglos ántes del descubrimiento de Cristóbal Colon, encontramos tambien multitud de palabras que tienen completa semejanza con las del idioma michoacano. ¿Quién no hallará parecido entre la palabra *Guacanángari*, nombre del cacique de Haití, amigo de Colon, con algunos nombres propios de antiguos personajes tarascos? No queremos ser difusos citando otros muchísimos vocablos de las lenguas de la América del Sur, ó de las islas que cierran el Golfo de México; nos basta decir que en Cuba, desde ántes de la conquista, hay poblaciones que llevan los nombres de *Guanímaro*,[1] *Ca-*

racho que hacian más largos viajes, pues esos indígenas acostumbraban ir á comerciar á Guatemala, Yucatan y otras poblaciones del Sur, así como á Sinaloa, Sonora y otras del Norte, penetrando no pocas veces al territorio de los Estados Unidos.

El Sr. D. Francisco Pimentel habla de aquella romería hecha por los indios de Michoacan hasta sesenta leguas más allá de Guatemala, es decir, recorriendo más de mil leguas de ida y vuelta. El Sr. Pimentel juzga, y con razon, que bajo el pretexto de adorar una imágen del culto católico, lo que hacen es reverenciar uno de sus antiguos ídolos. El Sr. Pimentel asegura haber tenido en sus manos un Huitzilopochtli á caballo en figura de Señor Santiago, que se adoraba á tres leguas de México.—Pimentel. "Memoria sobre los indios," página 199.

¿Dejarian nuestras cuatro tribus algun famoso ídolo en Honduras ó Nicaragua?

1. Así se llama tambien una poblacion nuestra, limítrofe entre Michoacan y Guanajuato; Canario es nombre de un punto situado en el rumbo de Carácuaro, y Járuco parece corrupcion de Jéruco, como se llama uno de nuestros pueblos.

nario y *Járuco:* que el conjunto de las islas caribes se llamaba *Caríbaro* (lugar de caribes); que la montaña del Darien, desde cuya altura descubrió Vasco Núñez de Balboa el Océano Pacífico, se llama *Caracua;*[1] que los lacandones que habitan nuestra frontera con Guatemala, se dicen los *tucurub*, que significa buhos, como *tucuru* en tarasco significa lo mismo, y por último, que en las Antillas, en el Perú y en Venezuela, el colibrí se llama *zunzun*, que apénas se diferencia del tarasco *zinzun.*

¿Son casualidades? Es raro que no las tengamos en los demas idiomas del país, como el nahuatl, el zapoteco, etc., ni ménos en los idiomas indígenas de la América del Norte.

Todavía, para buscar algun apoyo más á nuestra conjetura de que los tarascos, inclusos los tecos, vinieron del Sur, copiamos, para comentarlas, las siguientes líneas de la Historia antigua de México, por el Sr. Orozco y Berra, tomo III, pág. 14:

"En la oscuridad de los tiempos que vamos recorriendo, preciso es aprovechar las pocas noticias que nos quedan. Segun una de las mejores tradiciones, há años sin cuento que los primeros pobladores vinieron en navíos por la mar y desembarcaron en la costa que se llamó Panutla ó Panoayan, conocida hoy por Pánuco (Tamaulipas); caminaron por la ribera de la mar, guiados por un sacerdote que traia al dios hasta la provincia de Guatemala, y fueron á poblar en Tamoanchan. Vivieron aquí mucho tiempo con sus sabios ó adivinos llamados *amoxoaque*, que quiere decir "hombres entendidos en las pinturas antiguas." Estos sabios no permanecieron en Tamoanchan, pues tornaron á embarcarse, llevándose el dios y las pinturas, haciendo promesa de volver cuando el mundo se acabase. En la colonia quedaron *sólo cuatro* de los amoxoaque,[2] Oxomoco, Cipactonal, Tlaltauí y Xoquicahuaca." Luego dice que vinieron á establecerse en Teotihuacan, y que "enterraban á los principales señores, sobre cuyas sepulturas se mandaban hacer túmulos de tierra,

1. Véase el *Instructor*, publicado por Ackermann, tomo I, pág. 91: recuérdese que esta palabra significa *arriba.*

2. Nombres que están traducidos al nahuatl.

que hoy se ven todavía y aparecen como montecillos hechos á mano."[1]

Los supone inventores del pulque, y agrega que "para solemnizar tan feliz hallazgo convidaron á todos á un convite, dando á cada persona *sólo cuatro* tazas del vino."

No nos detendrémos en probar lo absurdo de haber desembarcado de sus navíos aquellos desconocidos inmigrantes, de haber recorrido en pequeño número (pues no se puede suponer otra cosa) la inmensa distancia que separa á Pánuco de Guatemala, y haber vuelto á embarcarse muchos años despues. No dice la tradicion si en sus propios navíos ó si construyeron otros, pues aquellos debieron haberse destruido por la obra del tiempo. Nada de esto conduce á nuestro objeto.

Vemos á los *tamoancha* en Guatemala: sabemos por el Sr. Chavero,[2] que en lo que se llamó Nueva España, habia solamente tres divisiones etnográficas que pueden clasificarse en pueblos venidos del Sur, pueblos autóctonos y pueblos venidos del Norte; y por último, queremos fijar nuestra atencion en que Guatemala está necesariamente en el camino, por tierra, entre la América meridional y la septentrional.

Dicho esto, supongamos que la palabra *tamoancha* está estropeada y que su verdadera ortografía sea *Tamo-achá.*[3]

Si así fuera, encontrariamos que la palabra en tarasco significa literalmente los *cuatro señores.* ¿No nos dice la tradicion del Sr. Orozco y Berra que de los *tamoancha* se quedaron en el país *cuatro señores?* Nada importa que su residencia se haya fijado en tierras de Teotihuacan: ya hemos dicho que algunos tecos comenzaron á separarse de las cuatro tribus, desde que pisaron el territorio de esta parte de la América. Que haya habido tecos en el Oriente de México, nos lo dice Beaumont,[4] quien les da por residencia á Tecamachalco y á Tecoac. Ya hemos dicho que los habia tambien en la Mixteca, que

1. Como las *yácatas* de Michoacan y las *huacas* del Perú.

2. "México á través de los siglos."

3. Recuérdese que el nombre de *Sicuir-Achá*, segundo rey de los tarascos, está escrito por algunos autores *Sicuirancha*, viéndose que el estropeo es idéntico en las dos palabras. Tamoanchan, es el nombre del lugar en que vivian los cuatro señores.

4. Crónica de Michoacan, tomo III, cap. X.

está en el camino que suponemos, establecidos desde ántes de la migracion de los mixteca y zapoteca, acaso contemporáneos de los xicalanca. El Sr. D. Leopoldo Batres ha encontrado en el Norte del Estado de Puebla muchos idolillos, cuyo tipo facial y adornos que llevan en la cabeza, son enteramente iguales á los que del mismo tamaño, extraidos de las yácatas de Jacona, tiene el Sr. Presbítero D. Francisco Plancarte en su rico Museo de antigüedades michoacanas.

Vemos, pues, á los téquecha viniendo del Sur y dando que decir en una grande extension del territorio americano, en que se fijaban como conquistadores ¿Qué extraño es que los veamos unidos unas veces y en pugna otras con los tarascos?

Los otomíes eran las otras tribus con quienes los purépecha estaban en constante lucha.

En sentir del Sr. Chavero, los otomíes son la raza autóctona de México. Deben haber ocupado parte ó todo el territorio de Michoacan, ya fuese fundando caseríos de cabañas, ya viviendo en el estado nómada. Si la tierra no constituia para ellos la propiedad, sí han de haber disfrutado los frutos de los árboles y de los productos de la caza y de la pesca; así es que para defenderlos de otros, los otomíes deben haber estado siempre en guerra con los pueblos que conquistaron los purépecha.

Además de los otomíes, otras tribus broncas y nómadas hacian frecuentes incursiones en Michoacan.

Los otomíes habitaban regularmente las tierras del Norte; las demas tribus compartian con ellos la posesion de hecho en aquellas dilatadas regiones, y sólo vemos á los *mazahua* ocupando de una manera más estable la faja de terreno que se extiende entre el Norte de Zitácuaro, el Poniente de Toluca y el Sur de Querétaro.

Todos estos pueblos bárbaros, llamados vulgarmente chichimecas,[1] tenian en continua alarma á las poblaciones de la

1. Los mexicanos llamaban comunmente *chichimecas* á las tribus no civilizadas, como los griegos y romanos llamaban bárbaros á todos los que no eran

frontera. Motivo fué éste por el cual los purépecha llevaron la guerra á remotas regiones, extendiéndose por el Norte hasta Xhichú, Querétaro, Guanajuato, Papasquiaro, y acaso hasta los que hoy son Estados de Chihuahua, Sonora y Sinaloa, pues en todos ellos hay parajes que tienen nombres tarascos ó muy parecidos á los de este idioma.[1]

Bien es cierto que no establecieron permanentemente su dominacion en países tan apartados; la tradicion sólo recuerda que tenian fortalezas en Querétaro, Irapuato, Yurir-apúndaro, Acámbaro y Taximaroa, con objeto de contener las invasiones de los chichimecas.

Estas guerras explican tambien el motivo de que dentro del territorio fijo del reino de Michoacan, se hablen el otomí y el mazahua, pues que acostumbrando todos los indios que habitaban estos países ántes de la conquista, sacrificar á los guerreros que aprisionaban en los campos de batalla; á las mujeres y á los niños de los vencidos los reducian á esclavitud, y es claro que familias tan numerosas, frecuentemente reforzadas con las que se iban cogiendo en cada nueva guerra, han de haber conservado su idioma. En efecto, hallamos en la frontera Norte de Michoacan pueblos que hablan el otomí, y en la raya del Oriente, en el actual distrito de Zitácuaro, otros muchos cuya lengua es el mazahua.

En el reparto del botin, los reyes han de haber tomado los objetos preciosos y dejado los esclavos á los jefes tarascos que habian hecho la campaña, y que es de suponer fuesen los mismos caciques de la frontera.

Tal era la situacion general de Michoacan en la época en que Tangáxhuan ocupó á Tzintzúntzan como la capital de su reino.

Una que otra campaña contra los téquecha y los chichime-

de su raza. Por esto hallamos que los tarascos eran llamados por los azteca, los chichimecas guanáxheos.

El Sr. Orozco y Berra dice que la denominacion *chichimeca*, en su genuino significado, sólo se toma por bárbaro y se contrapone á tolteca ó civilizado.

1. Véase sobre esto último el notable folleto del Sr. magistrado Eustaquio Buelna, titulado "Peregrinacion de los aztecas."

ca, en que éstos quedaron siempre humillados, no eran bastantes á alterar la paz, que tras prolijos trabajos, habian llegado á conquistar los sucesores de Tariácuri.

Nada nos dicen los anales acerca de la política que hayan desarrollado Hirépan é Hiquíngari-en sus respectivos reinos. Probable es que ambos se consagraran á administrar sus señoríos, ya organizados, y siguiendo la costumbre que en un largo período de años, más bien dicho, de siglos, habian venido imprimiendo á aquellos pueblos Iré-Ticátame y sus descendientes. Los reyes de Coyúcan y de Pátzcuaro no hacian, por tanto, otra cosa que cosechar el fruto de la semilla que de tanto tiempo atrás se habia venido sembrando.

En cuanto á Tangáxhuan, acababa de ocupar á Tzintzúntzan, la ciudad teocrática, la metrópoli del lago, el ensueño dorado, digamos así, de aquellas tribus rudas, pero valientes, de aquellos temibles guerreros que no traian más adorno que mazorcas de pino en sus penachos, de aquellos hombres desconocidos, en fin, que se presentaron un dia en las puertas de Naránxhan.

Hoy todas las provincias han caido en poder de los chichimecas guanáxheos. El idioma de los purépecha es la lengua comun, las costumbres de los pueblos conquistados y las de los conquistadores se han fundido, produciendo aquellas maneras ceremoniosas, dulces y elegantes, á la par que altivas y decorosas, que caracterizan aún á sus descendientes. Las artes entónces alcanzan su apogeo.

Tangáxhuan embellece á Tzintzúntzan que ve aumentar cada dia el número de sus habitantes: se levantan templos espléndidos á la diosa Xharátanga, divinidad adorada de mucho tiempo ántes por los vencidos. Representa á la luna que camina solitaria por el espacio oscuro de los cielos. Adorada tambien por los purépecha, aunque con culto inferior al que se rendia al sol, signo aparente de Cuerápperi, Tangáxhuan no quiso por de pronto herir el sentimiento religioso de aquel pueblo, y, contentándose con hacer peregrinaciones á Coyúcan, en donde estaba el sagrado altar de la madre Naturaleza, rindió tambien culto al ídolo de Tzintzúntzan.

Pero si en Tzintzúntzan adoraban al astro de la noche, como á una diosa casta que recorre el espacio, iluminando al

mundo con el resplandor de su diadema virginal, los isleños la miraban como á una augusta matrona que conduce de la mano á su hijo inseparable. Este hijo era el lucero de la tarde, esa estrella de brillantes efluvios que á veces precede, á veces sigue la carrera de la grande antorcha de la noche, y no pocas ocasiones la acompaña, casi tocándola, como una doncella tímida que busca abrigo en el regazo maternal.

Ese lucero tenia en las islas el nombre de Mano–Huappa;[1] así es que en las efigies en que aquellos pueblos representaban á Xharátanga, la ponian siempre acompañada de un niño.

Concluidos los edificios sagrados, Tangáxhuan mandó construir su palacio al Oriente de la ciudad imperial, en la falda de la montaña que tiene el nombre de Yaguarato,[2] á extramuros de la ciudad, de modo que desde las azoteas del palacio dominaba la vista el extenso caserío y el gran seno del lago que se extiende hasta Ziróndaro. Es fama que de uno de los aposentos de este grandioso alcázar,[3] arrancaba el subterráneo que ponia en comunicacion á los reyes con la fortaleza de Higuatzio. Sobre el palacio se levantaban cinco torres que han de haber sido construidas como observatorios ó para defensa del palacio.

Además del alcázar, construyó Tangáxhuan otros varios sitios de recreo en los alrededores de Tzintzúntzan, en los lugares en que brotaban cristalinos y bulliciosos manantiales de agua que daban vida á las huertas de árboles frutales y á los floridos jardines qne circundan la ciudad, asiento de la Corte y metrópoli del lago.[4] En aquellos jardines, dice el Sr. Orozco y Berra, habia águilas, leones, tigres y otros anima-

1. Así dice el original; pero tanto por el texto como por las tradiciones, hay que reconstruir la frase diciendo *Mane–huáppa*, el único, el solo hijo de la luna. Ya en otras notas hemos dicho que *Máhcu*, ó *Máncu*, significa el único, y *huáppa* es *hijo*.

2. *Yaguar–huato*, cerro del metate.

3. El padre Beaumont vió los cimientos de este palacio, y dice que tenian de Norte á Sur ciento cincuenta pasos y como cincuenta de Oriente á Poniente. El mismo autor trae la descripcion de Tzintzúntzan en el tomo III, pág. 242 de la Crónica de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacan.

4. En el tomo I, pág. 47, de los "Anales del Museo Michoacano," se hace relacion de que ántes de la venida de los españoles, escondieron y taparon los

les que servian para la caza real, habiendo empleados especiales (los *guaridcutis*) que tenian á su cargo que no faltasen las fieras en aquellos sitios.

Sólo despues de grandes victorias obtenidas ó cuando habia que dar gracias al cielo por pingües cosechas, ó solemnizar un fausto acontecimiento, visitaban los reyes el santuario de Tzacapu.[1]

La paz de que disfrutaban los tres reinos unidos era propicia para hacer la santa peregrinacion. Así lo pensó Hirépan y envió mensajeros á sus hermanos, invitándolos para la solemne ceremonia.

Los embajadores dijeron: "El rey Hirépan os envia decir que los dioses os han colmado de mercedes: reinais sin enemigos, y vuestro pueblo labra sus sementeras y recoge frutos abundantes. Ya sois ancianos, como lo es el rey Hirépan, y es llegado el tiempo de ir á llevar ofrendas al gran Túhcup-Achá."

Los reyes de Michámacuan aceptaron la invitacion: señalaron á Tzintzúntzan como punto de partida y se enviaron heraldos á todas las cabeceras de feudos, mandando que los señores de ellos concurriesen á la fiesta.

Amaneció el dia de la partida.

Elegante flota surca las aguas: la muchedumbre se apiña

naturales del pueblo de Tzintzúntzan varios ojos de agua, entre ellos uno llamado *Hucúmuo*.

Se hace esta referencia en un documento, por cierto muy curioso, que posee el Sr. Presbítero Dr. D. Francisco Plancarte, y que va inserto en la página 43 de los expresados Anales, bajo el título de *Codex-Plancarte*, título que le impuso el compilador de aquel periódico. El tal Codex no es otra cosa que unos títulos de propiedad de terrenos que alegaban y conservan como suyos, los indígenas de Carápan. Nosotros vimos esos papeles y hemos visto tambien otros varios conservados por otros pueblos, unos en castellano y otros en tarasco, todos con algo de provecho, más ó ménos curiosos, pero todos llenos de anacronismos y de confusion, como está el que es materia de esta nota.

1. Tan frecuentes eran para los purépecha estos motivos de regocijo, que algun cronista ha dicho que tales romerías se verificaban cada año.

en las playas, y en lo alto de las montañas despiden las hogueras flotantes columnas de humo.

Llegan las empavesadas embarcaciones á la ribera en que se destaca el pueblo de Ziróndaro, desembarca la comitiva entre los alegres gritos de los habitantes de cien pueblos que ocurren á presenciar la marcha: los sones de las músicas rasgan el aire, y el perfume de los ramilletes ofrecidos á los viajeros se mezcla con el sabroso aroma de los pinos.

Los de la romería no se detienen en el pueblo, penetran en el bosque y caminan por la amplia calzada de piedras curiosamente labradas.[1]

Los reyes son llevados en riquísimos palanquines.

Al lado de Tangáxhuan camina el rey *Characu*, el simpático adolescente Tzitzic-pandácuare, en andas primorosamente adornadas de flores.

Detrás va el inmenso cortejo de nobles, que marchan con los piés descalzos é inclinada la cabeza.

Cierran la dilatada columna apretados escuadrones de pecheros, llevando las cuantiosas y ricas ofrendas.

Por más de cinco leguas se prolonga la suntuosa via. Al cabo, se distinguen las casas de Tzacapu como saliendo del entulado lago. En toda la populosa ciudad no hay más que un solo, pero elevado templo, sobre una inmensa pirámide. En lo alto del santuario se destaca la sagrada y misteriosa Queréndangápeti y sobre ella la colosal estatua de Tucup-Achá.

Las calles están cubiertas de una bóveda de festones de Chuspata é invadidas por infinito número de espectadores.

Pisan los reyes los peldaños de la amplia gradería, y desde ese momento no dejan de tañer triste, pero melodiosamente, las áureas quiringuas de la música sagrada.

El sacerdote de Cueráppperi espera de pié junto al altar. Su blanca vestidura flota á las ráfagas del aire y ondean encima de su guirnalda de trébol las tres plumas de águila caudal, emblema de sus altas funciones de Pontífice.

Los reyes hincan la rodilla en su presencia, le besan hu-

1. Por una calzada de piedra tan curiosamente labrada (como en parte se alcanza), dice Beaumont, Crónica de Michoacan, cap. VIII.

mildemente la mano "y le ofrecen primicias y donativos como de su real grandeza."

Tzitzic-pandácuare deposita en el altar un blanco ramillete de huanitas. En ese acto el sacerdote impone sus manos en la frente del niño y dice: "Un solo Dios, un solo rey y un solo pueblo."

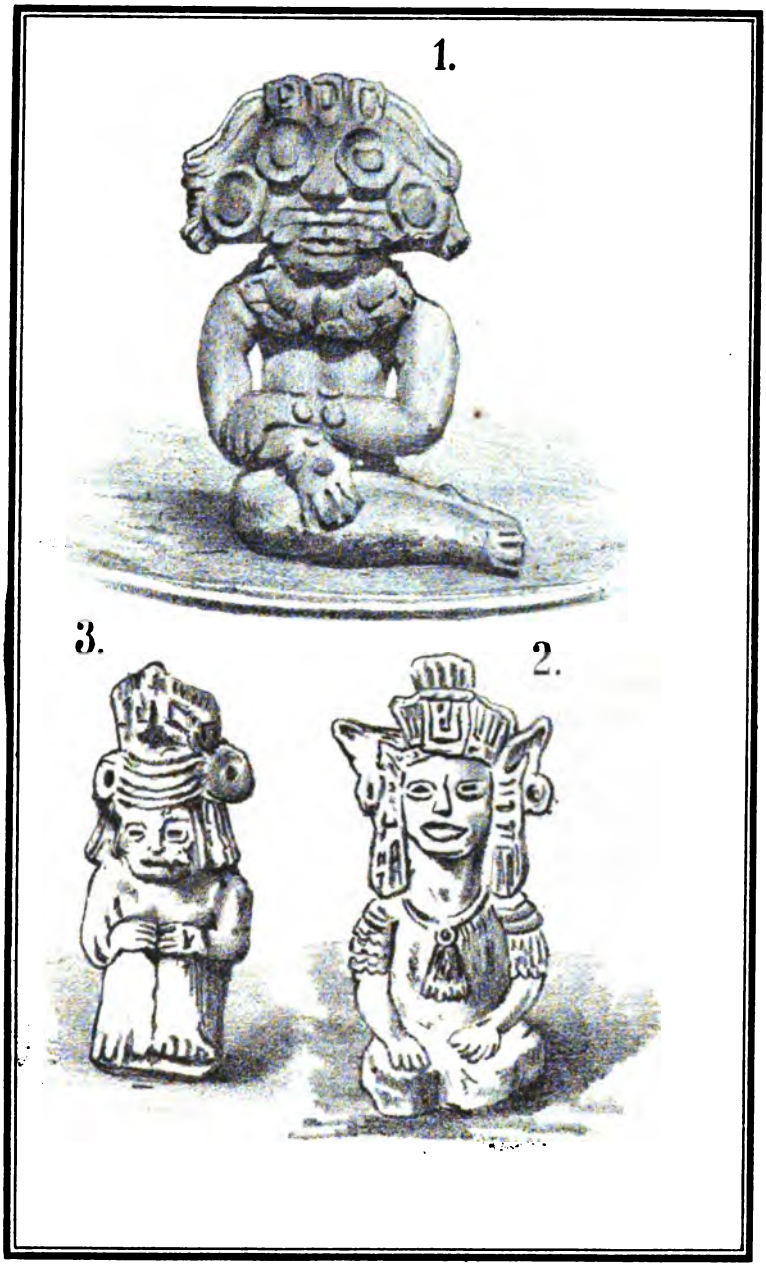
Los reyes y el príncipe se colocan en los cuatro ángulos del altar con braserillos de oro que exhalan delicados perfumes.

Suben luego los señores feudales y los nobles á depositar sus ofrendas, y cada uno de ellos enciende un incensario y baja por la escalera espiral.

La montaña entónces toma el más imponente aspecto. Sobre lo alto de la torre, la estatua colosal del Dios; á sus piés, en cada uno de los lados del altar, los reyes y el infante real; enfrente el pontífice de blanca vestidura; la pirámide cubierta de gente y el humo del copal desprendiéndose en hilos que se elevan al cielo.

Abajo la apiñada muchedumbre contemplando atónita el sublime espectáculo.

Y el sol desde la mitad del cielo iluminando con sus rayos aquel volcan humano.



1º Xharàtanga de Tzintzuntzan.
2ºXharàtanga. 3ºMano-huappa de Pacanda.

CAPÍTULO XXV.

Hiquíngari.—El reino de Pátzcuaro.—Castigo impuesto á los hijos del rey. Sírpiri.—Se espera el regreso de Caltzontzin.

DE los tres reyes, Hiquíngari fué el ménos favorecido de la suerte. La historia no nos da cuenta de ninguna iniciativa suya en la campaña: ningun recuerdo se conserva de su administracion en el gobierno, y el poder real de que gozó es más bien el reflejo de las glorias de sus hermanos.

En su vida privada fué desgraciado. La *Relacion* nos dice que tuvo muchos hijos. Excepto el menor de ellos, llamado tambien Hiquíngari, los demas llevaban una vida de prostitucion, de verdadero libertinaje, y engreidos con la alcurnia de su nacimiento, no habia crueldad que no ejerciesen con los súbditos de su padre, á fin de saciar sus pasiones.

Cuando Hiquíngari volvió de Tzacapu encontró la ciudad de Pátzcuaro en un estado de alarma que casi llegaba á la sublevacion.

Los príncipes habian penetrado al palacio de las guanánchecha; las vírgenes del sol habian sido violadas. Una comision de nobles y de sacerdotes se presentó á suplicar á los príncipes que respetasen el sagrado de aquel recinto y que no profanasen la pureza de las doncellas; los jóvenes, ébrios de vino y de concupiscencia, se arrojaron sobre los ancianos y los asesinaron, hiriéndolos con punzantes navajas de tzinapu.

La noticia cundió en la ciudad: muchos grupos de guerreros comenzaron á aparecer en las calles, las mujeres exhalaban ayes lastimeros, mesándose los cabellos, y en lo alto del templo empezó á oirse el ronco clamor de los caracoles anunciando alarma.

El odio del pueblo iba á estallar. Las guanánchecha recorrian las avenidas pidiendo á gritos una pronta y terrible venganza, cuando, procedente del lago, se vió llegar la comitiva real, á cuya cabeza venian Hiquíngari é Hirépan.

El pueblo contuvo su furor, recibió respetuosamente á los reyes, y enterados éstos de los horribles sucesos, ofrecieron hacer cumplida justicia. La ciudad recobró su calma acostumbrada.

Llegados los reyes al palacio, Hiquíngari hizo comparecer á su presencia á sus hijos, quienes no pudieron ocultar su delito, ora porque no osaron mentir al rey, ora porque los sacerdotes, los nobles y el pueblo á porfía los acusaban.

Hiquíngari tuvo un momento de debilidad y vacilaba en pronunciar su sentencia; pero Hirépan, cuyos sentimientos religiosos eran tan firmes, cuya energía y justificacion habia demostrado siempre en el curso de su vida, le recordó su deber, haciéndole patente el sacrilegio de sus hijos.

El rey dictó su fallo. Los verdugos se acercaron á los jóvenes y les rasgaron la boca hasta las orejas. Inmediatamente las gentes del pueblo se apoderaron de los culpables, y, tomándolos de los piés, los llevaron arrastrando por los senderos del pedregal, hasta que quedaron exánimes. En seguida arrojaron piedras sobre sus cadáveres, y á medio sepultar los abandonaron para que fuesen pasto de las auras y zopilotes.

Hirépan contempló la escena con imperturbable majestad, en tanto que Hiquíngari volvió el rostro para ocultar sus lágrimas.

El pueblo se retiró silencioso.

En la falda de la colina en que se hallaba el sepulcro de Tariácuri, se veia una pintoresca cabaña rodeada de jardines. Desde los bancos que habia á uno y otro lado de la puerta, se podia contemplar el panorama del lago en una de las más

sorprendentes vistas que se desarrollan á cada paso en sus riberas.[1]

A uno de los lados del corredor de la cabaña, una mujer de cuarenta años estaba sentada en uno de los bancos: tenia ceñida en la cintura una doble malla de hilos azules, cuyo opuesto extremo estaba fijo en uno de los pilares de la casa. Con un movimiento regular imprimia uniforme vaiven en las dos fajas de hilos, miéntras que con suma destreza hacia pasar por ellos un ovillo y en seguida apretaba la tela con una varilla plana de madera fina.[2]

Esa mujer tejia un delgado velo, una *hópchacua* (rebozo) para su hija.

A corta distancia estaba la jóven. Esbelta y gallarda; de color apiñonado; los ojos negros y rasgados, y bajo las espesas y grandes pestañas temblaba el fulgor de una lánguida mirada.

Vestia amplio *guanengo* de color azul, bordado de oro y *guamilule* y orlado de ancha franja de púrpura del mar;[3] ceñia su frente una canacua de violetas del campo, de la cual surgia una pluma, tambien azul, de guacamaya de la Sierra.

Un ramillete de flores comenzaba á marchitarse al contacto del calor de sus manos, y sus ojos no cesaban de mirar hácia el camino que conduce á la ciudad.

La mujer que estaba tejiendo fué la primera en romper el silencio.

—No te impacientes, hija, los sucesos que acaban de verificarse en Pátzcuaro lo habrán detenido contra su voluntad.

—Madre mia, esos acontecimientos pasaron hace tres soles. Desde entónces no lo veo. Mira, no sé cuántos ramille-

1. Es el sitio conocido hoy en Pátzcuaro con el nombre de "Los balcones."

2. Llámase este instrumento *Ptacua*, y sirve, aun hoy dia, para tejer toda clase de telas.

3. En la Memoria del Gobierno de Michoacan, correspondiente al año de 1884, pág. 114, leemos lo siguiente: "Gran incertidumbre reinó por mucho tiempo sobre el orígen de la púrpura de los antiguos, que la casualidad vino á descubrir, rompiendo el perro de un pastor un marisco, con cuyo líquido se preparó la púrpura que inmortalizó á las ciudades de Tiro y de Sidon..... Michoacan tiene en su orilla del Pacífico, madejas de hilo para untarlas de lo que llaman *guamilule*, pues esa concha ó caracol es el marisco que da el líquido de la púrpura."

tes se han marchitado ya en mis manos, esperándolo inútilmente. Volveré á hacer otro.

—Pobre hija mia, la pasion se ha apoderado de tí. Y ya sabes que el amor se lleva á sus víctimas.[1] No sé qué vago presentimiento me hace temblar por tu porvenir.....

—¿Acaso crees que él no me quiera?

—Al contrario. Su amor se revela en todas sus acciones. Pero hay tal melancolía en su semblante, habla siempre de cosas tan tristes, que yo creo que hay en él algun secreto que le atormenta.

—Ah! no: ya me lo hubiera dicho. Él no tiene nada oculto para mí.

—Entónces, la muerte llama con frecuencia en su corazon.

—No digas eso, madre mia: él mismo me ha repetido tantas veces que el dia en que nos casemos será el principio de su felicidad.....

—Pobre *Aguanda*,[2] el amor te ciega hasta el punto de olvidar que no puedes ser su esposa.

—¿Que no puedo ser su esposa? ¡Explícate, explícate, por nuestro padre el sol, madre mia!

—¿Olvidas, niña, que desde hace tres dias es *Hiquíngari* el único heredero del trono?

—Es verdad, madre, y que no puede casarse con una plebeya. ¡Es verdad!.....

Aguanda apoyó su frente en una de sus manos, y dos lágrimas se deslizaron de sus ojos, y en anchas gotas se estamparon en el suelo.

Miéntras tenia lugar esta conversacion entre madre é hija, atracaba en la ribera una canoa que largo rato habia venido bogando del rumbo de Zurumútaro. Un guerrero desembarca y sube apresuradamente en direccion de la cabaña. Es su aspecto feroz y revela un corazon lleno de audacia é impiedad.

Se aproxima al sitio en que se hallan las dos mujeres. La

1. *Pánsperata* es el amor, en tarasco: literalmente "lo que está llevado."
2. *Aguanda* significa el cielo, la bóveda celeste.

madre es la primera que advierte su llegada, y con una voz que tiembla por la cólera, exclama:

—¡Sírpiri!

—¡Oh, siempre este hombre!—agrega Aguanda, cubierta de mortal palidez.

—¡Siempre yo, Aguanda! yo que te amo siempre. Hiquíngari va á ser rey y tú no podrás ser su esposa, á ménos que.....

—¡Calla, miserable!—dijo la madre levantándose erguida y despidiendo rayos por sus ojos.

—Yo, en cambio—continuó diciendo tranquilamente el guerrero,—vengo otra vez á ofrecerte mi mano. Subirá Hiquíngari al trono, unirá su suerte á la de una princesa real; y quiero suponer que te lleve á su harem; mañana, despues de alguna victoria sobre sus enemigos, te regalará al capitan que más se haya distinguido en la pelea.....[1]

—¡Jamas!—murmuró la doncella, entre uno y otro sollozo.

—Miéntras que si aceptas mi mano, esposa de Sírpiri, vivirás en Quirínguaro, no como una princesa, sino como la respetable compañera de un valiente guerrero.

—¡Jamas!—volvió á decir Aguanda.

En estos momentos, un heraldo que venia á toda prisa, llegó á la cabaña, y, dirigiéndose á la jóven, le dijo:

—Guárdete nuestro padre el sol, Aguanda. El príncipe Hiquíngari te envia á decir que mañana saldrá de Pátzcuaro para Coyúcan el venerable rey Hirépan. La permanencia del gran señor en la ciudad le ha impedido venir á verte; que lo esperes mañana al caer la tarde, tras del sepulcro de nuestro rey Tariácuri.

Entretanto hablaba el mensajero, Aguanda habia logrado dominar las emociones que estaban desgarrando su corazon, y pudo contestar con tranquilidad:

—Dí á tu señor que Aguanda no existe ya para él desde que es heredero del trono.

1. Era costumbre de los reyes de Tzintzúntzan obsequiar al guerrero (siendo noble) que más se habia distinguido en una batalla, regalándole alguna de las hermosas mujeres del serrallo. Beaumont, tomo III, pág. 99.

—Ya esperaba el príncipe esta respuesta de tus labios; mas quiere que recuerdes que tu padre, simple soldado, murió en una batalla por salvar la vida de Hirépan. Éste lo ha declarado así ayer ante el Consejo real, que, á su instancia, ha ennoblecido á la familia del valiente. Despues, Hiquíngari ha obtenido el permiso de su padre para hacerte su esposa. Hé aquí por qué Hiquíngari no ha venido en estos dias al lado de su Aguanda..... ¿Qué respuesta llevaré al príncipe?

—Que iré, que iré á la cita, que nos verémos en el sepulcro del gran rey.

El mensajero partió.

Sírpiri habia desaparecido al escuchar las últimas palabras del enviado, y las dos mujeres se entregaron á una franca alegría.

Al dia siguiente, Aguanda, desde el portal de su cabaña, saludó la espléndida salida del sol. Le parecia que el astro habia amanecido perezoso y que su marcha era más lenta que los demas dias.

Aguanda desempeñó con toda actividad los quehaceres de la casa, y en seguida comenzó á formar ramilletes, desechándolos á medida que los concluia, como indignos de ser ofrecidos á su real amante. En seguida empezaba de nuevo la tarea.

Estaba impaciente, nerviosa. Sus lánguidas miradas se fijaban en el camino y se elevaban luego á contemplar el sol.

Su madre la miraba con tristeza.

El contento de la víspera se habia ido trocando en una melancolía inexplicable.

Las dos mujeres guardaban silencio.

Era el mes de Agosto. La mañana estaba calurosa. El aire, trasparente como nunca, se sentia impregnado de humedad. Tranquila la superficie del lago; y un sol ardiente enviaba sus efluvios de fuego sobre la extension de la comarca.

No se oian ni el canto de un pájaro ni el rumor de una ola.

Sólo se escuchaba á veces un débil suspiro que se escapaba del pecho de Aguanda.

Por fin el sol ha comenzado á declinar. El calor es más intenso; el silencio profundo.

Se acerca la hora.

De repente el cielo se cubre de nubes. Las olas se agitan. Los pájaros vuelan rápidamente en todas direcciones, exhalando gritos de espanto.

Aguanda se encamina al sepulcro de Tariácuri.

Al llegar observa que la tupida yerba que crece al pié de la pirámide se agita extrañamente; mas se tranquiliza al ver que en esos momentos los árboles sacuden las ramas movidas por el viento que comienza á soplar.

Entretanto, los habitantes de la ciudad de Pátzcuaro, que acababan de presenciar la partida de Hirépan, permanecian todavía en las calles formando corrillos, no obstante las amenazas de una tempestad que á gran prisa se aproximaba.

De repente suspenden su conversacion al ver al príncipe Hiquíngari que atraviesa por entre los grupos con direccion á la boscosa colina en que se alza el sepulcro.

—¿A dónde irá el heredero del trono?—preguntaban algunos.

—El príncipe es muy piadoso—constestaban otros.—Ha de ir á encender el fuego de los dioses en lo alto de la yácata real.

Al llegar Hiquíngari al pié de la pirámide, la tempestad cernia sus alas sobre los pinares; el rayo se desprendia de las oscuras nubes, y el trueno hacia su terrible explosion, repercutiéndose en las profundidades de la bóveda celeste.

Las olas se agitaban tumultuosas en la superficie del lago, y á veces se levantaban trombas, como inmensas columnas entre el agua y el cielo.

El continuo relámpago iluminaba aquel panorama siniestro.

¿Qué importa la cólera de los elementos si esperan á los amantes dulces horas de felicidad?

En medio del imponente espectáculo de la naturaleza, los labios van á pronunciar eternos juramentos de amor.

Un paso más. Hiquíngari va á imprimir un beso en la frente de Aguanda.....

Una flecha silba, y el príncipe cae muerto, atravesadas las sienes.

Se oye una estridente carcajada, y se presenta Sírpiri á los ojos de Aguanda. En esos momentos se desploma la doncella y su cuerpo inerte cae al lado del cadáver de su amante.

—¡Aguanda!—grita Sírpiri, presa de la desesperacion y del espanto..... y—¡Aguanda!—le contesta una voz misteriosa que parece venir de los cielos.

—¡Aguanda!—repite el guerrero..... y otra vez—¡Aguanda!—le responde el eco sordo y prodigioso.[1]

El guerrero, sobrecogido de terror y víctima de la supersticion, pierde el cerebro, repite cien veces el nombre de la mujer amada: el eco redobla su mortal respuesta y Sírpiri prorumpe en estrepitosa carcajada.

Estrepitosa carcajada sale de los invisibles labios del eco.

La tempestad crece, y el trueno que retumba en las nubes, retumba tambien producido por el eco.

Sírpiri huye del lugar tremendo, y por todas partes lo sigue la terrible carcajada del eco.

La madre de Aguanda lleva la fatal noticia al rey Hiquíngari. Inmenso es el dolor del anciano que en ménos de ocho dias ha visto desaparecer á todos sus hijos.

Llama al gran sacerdote, le comunica la fatal nueva, y ambos encargan á la mujer de la pintoresca cabaña la más profunda reserva.

El sacerdote se dirige á Hámuquen y conduce el cadáver del príncipe para depositarlo en el templo.

Despues de embalsamado el cuerpo con las más delicadas esencias,[2] se convocó al pueblo; y los sacerdotes, aprovechan-

1. Hay en efecto un notable eco tras la capilla del Calvario en Pátzcuaro, en el mismo sitio en que estaba la gran yácata. El eco repite distintamente hasta siete sílabas. Muy pocos viajeros conocen ese sitio, que debia ser visitado por cuantos turistas van á Pátzcuaro.

2. Encontramos en la historia de Michoacan, que los tarascos empleaban tambien el procedimiento de embalsamar los cadáveres de sus reyes, de la mis-

do el nombre del homicida, refirieron á la muchedumbre que el príncipe Hiquíngari habia sido herido por el rayo,[1] lo que equivalia á decir que los dioses lo habian arrebatado de la tierra para tenerlo en su compañía, hasta cierto tiempo en que volveria á Pátzcuaro á gobernar con toda sabiduría y lleno de amor para sus súbditos.

Celebráronse espléndidamente las exequias: los sacerdotes llevaron en andas de oro la sagrada momia, se embarcaron en Aterio, y sobre el islote de Apúpato erigieron un suntuoso templo, en el que se depositó el cadáver. Desde entónces se le tributaron honores divinos, y los pueblos hacian peregrinaciones para llevarle ofrendas,[2] confiando en que un dia habria de reanimarse aquel cuerpo para venir en gloria y majestad á reinar en el lago y en sus floridas márgenes.

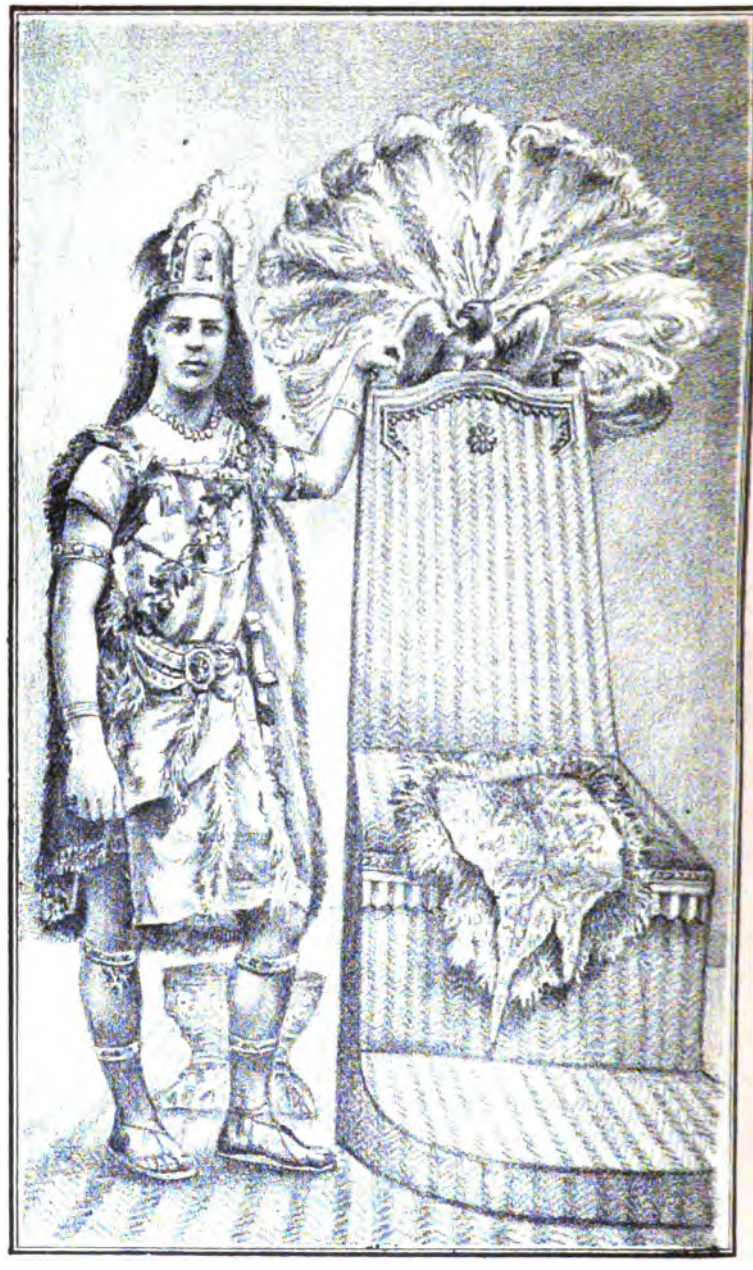
Y desde antónces tambien, como se sabe en aquel país, los habitantes de Pátzcuaro están siempre esperando el regreso de Calzontzin.[3]

ma manera que en el Perú. Acaso la incineracion de que ya hemos hablado, pertenecia á los pueblos primitivos, y los tarascos la usaban tambien, aunque no en todos los casos.

1. La palabra *Sirpiri* significa rayo. Véase la *Relacion*, pág. 892.

2. Los españoles profanaron el sepulcro, arrojando el cadáver y apropiándose las alhajas que en aquel estaban depositadas.

3. Todos los historiadores y cronistas dan este título al emperador de los tarascos. La palabra es del idioma nahuatl y significa "el de los cacles viejos," nombre que por burla daban los mexicanos á los reyes de Michoacan, que nunca se humillaron á los aztecas. Véase Beaumont, obra citada, tomo III, página 85.



Tzitzic—Pandàcuare.

CAPÍTULO XXVI.

Fallecimiento de Tangáxhuan y de Hiquíngari.—Union de Pátzcuaro y Tzintzúntzan.—Leyes.—La propiedad.—Fiestas religiosas.—Sublevacion de los tecos.

HIQUÍNGARI no pudo soportar los repetidos golpes que desde hacia algun tiempo venia la adversa fortuna descargando sobre su corazon. Cayó enfermo, y conociendo que era llegada la hora de su muerte, envió mensajeros á Tangáxhuan, rogándole que inmediatamente se dirigiera á Pátzcuaro. La larga distancia que hay desde esta ciudad hasta Coyúcan impidió que se llamase á Hirépan.

Llegó Tangáxhuan: los dos hermanos permanecieron algun tiempo en íntima conferencia. En seguida Hiquíngari hizo venir á su presencia á los sacerdotes y nobles de la ciudad y de los feudos que le estaban sujetos.

El sumo sacerdote se dirigió á la numerosa concurrencia y expuso que el rey, viéndose sin herederos, habia acudido á los dioses para que designasen la persona que debia sucederle. Cuerápperi, dijo el Petámuti, recuerda á sus hijos la antigua profecía de la diosa: "no habrá más que un rey, un solo reino y un solo pueblo." Tangáxhuan será el primer soberano del país.

Los concurrentes recibieron la declaracion del sacerdote con inmensa alegría; mas el respeto debido al anciano rey moribundo contuvo toda demostracion exterior, y los nobles

se limitaron á hacer una ceremoniosa reverencia, fijando sus ojos en el guerrero afortunado.

Empero Tangáxhuan no tardó mucho tiempo en seguir á su hermano en el camino de la tumba. El luto fué general, y más de cien víctimas, hombres y mujeres, se ofrecieron en holocausto para acompañar á su rey en la vida que comenzaba para él, más allá del sepulcro.

Grandes fogatas se encendieron en lo alto de los cerros de Tzintzúntzan. De cima en cima las montañas de Michoacan fueron coronándose de fuego, anunciando á los purépechs que Tangáxhuan, el hijo de la victoria, acababa de espirar.

Al contemplar Hirépan, desde su palacio de Coyúcan, la grandiosa iluminacion, no pudo ménos que exclamar:

—¡Hé ahí las antorchas funerarias del más digno de los hijos de Tariácuri!

Tzitzic-pandácuare[1] fué coronado rey.

Nada es bastante para describir el esplendor de aquellas fiestas, los obsequios que á porfía le presentaban los nobles, las cascadas de flores que el pueblo arrojaba á su paso por las calles.

Las mujeres salian á contemplar al apuesto príncipe y los esclavos iban agobiados al peso de los ramilletes que las más hermosas doncellas regalaban á su rey y señor.

Los bailes se sucedian en los palacios y en las cabañas, y los acordes de la música saturaban el espacio.

Las mujeres de Tangáxhuan recibieron en el harem á su jóven señor, sustituyendo el llanto por el difunto, con las caricias que prodigaban al apuesto jóven.[2]

Trascurrieron los dias del regocijo. Hirépan, que habia asistido á la coronacion, volvió triste y silencioso á la capital de sus dominios.

1. Significa "el adornado de flores," y con más propiedad, "el que se adorna con una banda de flores."

2. Era costumbre entre los reyes tarascos, que el heredero del trono tomase por mujeres á las que lo habian sido de su antecesor, entretanto formaba su serrallo propio, compuesto de jóvenes escogidas entre las hijas de los nobles. *Relacion*, pág. 66.

Tzitzic-pandácuare comenzó á reinar.

Hizo la santa peregrinacion á Tzacapu, y despues de ofrecer él y sus cortesanos los ricos donativos que en aquel acto eran de costumbre, habló íntimamente con el anciano sacerdote Curícaneri. Refirióle éste la historia secreta de su pueblo: le contó cómo los progenitores de su raza eran descendientes del sol; que habian formado cuatro tribus, las cuales habian venido peregrinando hasta llegar al lejano Guayámeo ó Huetamo,[1] de donde se desprendieron para tomar posesion de las tierras prometidas. Concluyó el sacerdote aconsejándole que expidiese las leyes que hacian falta á su pueblo, que lo gobernase con justicia y que restableciese las grandes fiestas alegóricas de sus más remotos antepasados.

El jóven soberano regresó á Tzintzúntzan. El lujo y esplendor que desplegó en la Corte no tenian precedente. De los más distantes pueblos venian numerosos viajeros á contemplar las maravillas de la ciudad, y era tal la concurrencia, que la poblacion flotante excedia siempre á la que era fija en la metrópoli.

Tzintzúntzan fué desde entónces la sola capital del imperio. Allí erigió Tzitzic-pandácuare nuevos edificios que eran monumentos suntuosos. Empleó todo esmero en la conservacion de las yácatas reales, y considerando que la isla de Apúpato era un sitio sagrado á los ojos supersticiosos del pueblo, ocultó allí la mayor parte de sus tesoros.

Organizó definitivamente la administracion pública; dictó leyes agrícolas dividiendo las tierras de cultivo en cuatro porciones: una para la corona, otra para los sacerdotes, la tercera para los nobles y la última para la masa general del pueblo.

Los esclavos cultivaban las haciendas reales, bajo la inspeccion de empleados especiales: las sementeras de los templos se hacian con el trabajo de los plebeyos: los nobles empleaban en sus labores á sus esclavos, y el pueblo consagraba

1. El Sr. Lejarza, en su Análisis Estadístico de Michoacan, da el mismo nombre á estas dos poblaciones.

el sudor del rostro de sus hijos á las fatigas de sus exíguos terrenos.

La propiedad, con excepcion de la que correspondia al rey y á los templos, se mantenia en comun; la de los nobles entre sí, y la de los plebeyos de la misma manera. El usufructo de los primeros era concedido por el rey, y el de los pecheros por sus respectivos caciques.

Las medidas agrarias eran la *cuirúcata*, la *icháruta* y la *tzítacua*,[1] y para el repartimiento de solares en los pueblos usaban del *pirimu*, cuya unidad era el *utichi*.[2] Siempre nos ha llamado la atencion en los pueblos de indios la uniformidad de las cuadras ó manzanas, cuya cabida es aproximada á una hectara.

Los campos estaban divididos por mojoneras que se tenian por sagradas, y cuando los vecinos se introducian en el terreno ajeno, y principalmente cuando se cambiaban las señales de los linderos, la pena impuesta por la ley era la de muerte. La cabeza del culpable se colocaba en lo alto de las mojoneras y el cuerpo se enviaba á Tzintzúntzan, como ofrenda á los dioses.[3]

En cuanto al sistema fiscal, la ley era más arbitraria; los tributos dependian de la voluntad del monarca, y como dice Herrera,[4] podia pedir á sus súbditos "hasta las mujeres é hijos si los queria."

Los límites de uno y otro pueblo se señalaban generalmente de monte á monte; pero estando tan lleno de montañas y colinas el territorio de Michoacan y dando cada pueblo distinto nombre á los cerros, los litigios eran constantes y las comunidades tenian que vivir en completa dependencia del rey, única autoridad que, casi siempre arbitrariamente, dirimia, mejor dicho, resolvia provisionalmente en las contiendas.

1. La primera, de cabida de dos cuarterones de sembradura de maíz; la segunda de doce, y la tercera mucho mayor, pues servia para medir grandes extensiones de tierra, segun los títulos de indios que hemos visto.

2. El *pirimu* mide una braza, casi dos metros, y el *utichi* equivale á un jeme.

3. Se describe este castigo en los títulos de tierras del pueblo de Carápan.

4. Dec. 3, lib. 3, cap. 10.

Para mantener hasta donde fuese posible el respeto á los linderos, los montes se consideraban como cosas sagradas, idea que servia al mismo tiempo para la conservacion de los bosques, en lo que ponian tanto cuidado que, cuando la venida de los españoles, las selvas casi eran impenetrables, no obstante el gran consumo de leña que hacia la numerosa y nutrida poblacion de Michoacan. Encargados de la vigilancia de bosques y montañas estaban los sacerdotes llamados *angámucur-achâecha*,[1] tan venerados, que se les consideraba como á dioses.

Eran tan prolíficas aquellas razas que, no obstante las continuas guerras y los sacrificios humanos, la poblacion de Michoacan habia llegado á ser tan densa, que "bullia la gente como átomos del sol, estrellas del cielo y arenas de la tierra:" "estaba el reino de Michoacan tan lleno de gente, que no cabia en los términos de su jurisdiccion y señorío, sino que rebosaba por todas partes."[2] Nada extraño es, en consecuencia, el notable progreso en el cultivo y mejoramiento de las tierras, y que los valles y las laderas se viesen cubiertos de maizales. Los indios sabian aprovechar las avenidas en el tiempo de lluvias para cubrir de ingente mantillo sus campos de labor.

Las cosechas eran para ellos tiempos de alegres y animadas fiestas. Congregábanse los pueblos para hacer en comun los trabajos de la recoleccion; los hombres iban á recoger el maíz apiñándolo en blancos montones; las mujeres, debajo de las enramadas, guisaban el *churipu* y fabricaban las delgadas *ichúscutas* (tortillas) y las abultadas *corundas* (tamales);

1. Los señores de los bosques.

2. La Rea. Crónica de Michoacan, lib. 2º, cap. 4.

Beaumont dice que los señores feudales sujetos á Tzintzúntzan eran ochocientos, y que cada uno tenia diez ó doce mil vasallos, lo que da por lo ménos un censo de ocho millones de habitantes en el reino de Michoacan. Crón., tomo III, pág. 12. El mismo autor, hablando de Tzintzúntzan, dice que "era esa poblacion tan numerosa, que casi se extendia por dos leguas, como lo publican hasta hoy las ruinas de los antiguos edificios, que alguna vez registró mi cuidado." Obra y tomo citados, pág. 242.

En efecto, quien haya estado en Tzintzúntzan habrá visto que todas las cercas del pueblo y de sus alrededores, están hechas de piedras lajas que eran de los templos y palacios de la gentilidad.

todos estos quehaceres en medio de alegres risotadas ó de dulces cantares. Por la noche, hombres y mujeres se entregaban al baile.

Despues se conducia la cosecha á los pueblos en hombros de cargadores si el país era accidentado, ó en carretillas de mano en los lugares planos;[1] todavía allí se entregaban á nuevas fiestas animadas por el vino, y se conserva aún la antiquísima costumbre de adornar las casas y formar arcos en los patios con las mazorcas más grandes y más limpias, destinadas para semilla.

Hé aquí á grandes rasgos la pintura del reino de Tzitzic-pandácuare. Todo indicaba que el más apuesto de los reyes tarascos iba á regir los destinos de sus pueblos en medio de los beneficios de una fecunda paz.

Entónces pensó el rey fundar la gran fiesta solsticial de invierno, cuyo recuerdo de remotos tiempos le reveló el anciano sacerdote de Tzacapu.

Ya los tarascos tenian instituidas tantas fiestas, cuantos eran los meses en que dividian el año; mas en los dias intercalares, que consideraban nefastos, el pueblo se abstenia de todo trabajo, las calles de las ciudades permanecian solitarias, y los habitantes, encerrados en sus casas, estaban como sobrecogidos, esperando algun cataclismo.

Ya fuera como un simple acto religioso, ya como una medida política para tener ocupada la imaginacion de los súbditos y aprovecharse de su supersticion, induciéndolos á creer en el gran poder sacerdotal, lo cierto es que Tzitzic-pandácuare hizo coincidir la gran fiesta misteriosa con los dias intercalares, del 20 al 24 de Diciembre.

La creencia más general entre los tarascos era que, llegada la gran noche del 24 al 25 de aquel mes, el sol luchaba contra fuerzas desconocidas, acaso superiores á él, y que si alguna

1. Conocian la utilidad del rodado; y en la Sierra emplean todavía carretillas para trasportar trozos de madera y llevar agua. Estos instrumentos tienen una forma que acusa la más remota antigüedad.

vez llegaba á ser vencido, el mundo quedaria para siempre envuelto en profundas tinieblas.

Los sacerdotes de todos los lugares del reino fueron encargados de confirmar esa creencia, diciendo al mismo tiempo á los indígenas que el sumo sacerdote de Tzacapu permaneceria en oracion durante los cinco dias. El pueblo, entretanto, ocupaba ese tiempo en ceremonias de otro género: hacíanse las familias visitas como de despedida y mútuos regalos consistentes en panecillos, llamados *yurur curindas* y en una especie de atole llamado *nurit-camata*. Lo más extraño de estas fiestas eran unas danzas formadas por ancianos (*taréesecha*) y negros (*turiecha*), que acaso simbolizaban al sol anciano y á la negra noche que luchaba contra él.[1]

La gran ceremonia se verificaba en Eróngaricuaro. Concurrian á ella el rey, los nobles y numerosos grupos de los habitantes de todas las poblaciones del reino.

En la citada noche se encendian grandes luminarias, conservándolas con religioso cuidado para que no se extinguieran, como si aquellos pueblos, temiendo el fin del sol, quisieran sustituir su fuego con el de la leña de sus bosques.

Los guerreros desfilaban de continuo por las calles de la ciudad, adornados con sus más vistosos trajes, con penachos de cabezas de tigre, de caimanes y de águilas.

En las primeras horas de la noche, el sumo sacerdote de la blanca vestidura subia á lo alto del templo, edificado en la meseta de la colina llamada Cauca,[2] que domina el lago. Allí se prosternaba con la cabeza hácia el Oriente. Permanecia el anciano en esta actitud hasta que el ígneo luminar doraba las altas cumbres de las montañas; y poniéndose entónces de pié, esperaba que el haz de rayos cayese, como brillante cascada, sobre el espejo límpido del lago. En este momento desgranaba una mazorca de maíz y esparcia los granos en derre-

1. Conservan aún esas danzas, que salen en la Noche Buena, siendo de advertir que los *viejos* llevan cada uno su báculo, en cuyo extremo hay un farol encendido: se hacen tambien en esa época grandes luminarias.

Suelen encontrarse en las yácatas máscaras de arcilla representando *viejos*, y otras de obsidiana con el tipo del *negro* de raza.

2. Aun conserva ese nombre la colina, y recuerde el lector el valle de la República de Colombia, que lleva el mismo nombre de *Cauca*.

dor del templo para que la tierra volviese á producir frutos al calor del astro celestial.

En la cúspide de las pirámides resonaban los instrumentos sagrados, las músicas soltaban sus acordes en las plazas y calles y las aclamaciones humanas eran inmensos gritos de alegría.

Esta escena era repetida de pueblo en pueblo, y puede decirse que todo Michoacan, desde las remotas Sierras de Xichú hasta las costas del Pacífico, saludaba á una misma hora el despertar del sol.

Aquella fiesta se llamaba *Tzitánscuaro*,[1] es decir, la resurreccion.

Satisfecho por demas estaba Tzitzic-pandácuare viendo coronados sus deseos y en camino franco su política; pero vino á interrumpir su júbilo la llegada de dos mensajeros que le anunciaban, uno que el anciano rey Hirépan se hallaba á los bordes del sepulcro, y el otro una nueva y general insurreccion de los tecos que habitaban en el Poniente del imperio.

1. El Br. Moreno, en la "Vida del Illmo. D. Vasco de Quiroga," pág. 28, dice, hablando de esta fiesta: "Hubo un sumo sacerdote que instituyó dicha fiesta de *Tzitacuarénscuaro*, imitando la de la Resurreccion de los católicos, lo cual fué señal brillante de la venida de los españoles."

La verdad es que esta fiesta tiene mucha semejanza con la que los peruanos consagraban al astro del dia en el solsticio de invierno.

Calle principal de Huetamo

(De fotografía.)

CAPÍTULO XXVII.

Los pirinda.—Campaña contra los tecos.—Los de en medio.—Fallecimiento de Hirépan.—Guacus-Ticátame.—Conquista de Zacatullan y de Colíman.—Cultura del imperio.—Indole del idioma tarasco.—Expediciones al país de los matlalzinca.—Fin del reinado de Tzitzic-pandácuare.

TZITZIC-PANDÁCUARE se dirigió apresuradamente á Tzintzúntzan y envió en el acto mensajeros á varios caciques *matlalzinca*, que en distintas ocasiones habian solicitado, primero de Tangáxhuan y luego de su hijo, permiso para venir á establecerse en Michoacan. Concedíaselos ahora el rey con la condicion de que contribuyeran con un numeroso ejército para la campaña contra los tecos.

El reino de *Matlalzinco* estaba situado entre Michoacan y el *Anáhuac*, siendo sus límites con aquel la Sierra de *Tajimaroa* y la que se extiende al Oriente de *Maravatío*,[1] y con éste la cordillera que encierra por el Oriente el dilatado valle de México.

El reino Matlalzinco estaba densamente poblado, y ahora fuese por el exceso de poblacion, ó, lo que es más probable, por celos de algunos caciques, disgustados con su rey, lo cierto es que gran número de familias trataban de emigrar del país, buscando un suelo fértil para su establecimiento. En aquella época toda la tierra estaba ocupada por naciones poderosas, y los emigrantes no podian intentar una conquista, ni ménos por el lado de Michoacan, cuya amenidad y abun-

1. Maruatio, lugar de cosas preciosas.

dancia los convidaba; porque los tarascos eran valientes, aguerridos, y sobre todo, formaban un numeroso y nutrido pueblo. Estas consideraciones determinaron á los *matlalzinca* á pedir humildemente la hospitalidad de los purépecha, hospitalidad que siempre se les habia estado negando.

¿Qué móvil indujo á Tzitzic-pandácuare á concedérsela? ¿Necesitaba el auxilio de los extraños para someter á súbditos rebeldes que eran una minoría en su nacion?

Cabia naturalmente en su política disminuir la influencia de los reinos vecinos y aumentar el poderío del suyo. Conocia, por otra parte, el valor, la astucia, la indomable fiereza de los tecos, y no quiso exponer á los tarascos á una derrota que hubiera influido, en aquellas circunstancias, para debilitar el prestigio de su Corte que gozaba de un esplendor inusitado y de un ceremonial que de dia en dia colocaba al rey en el más alto grado de un respeto casi supersticioso por parte de sus pueblos.

Si los téquecha eran vencidos por los matlalzinca, además de conseguir su objeto de sojuzgar á aquella tribu indómita, la humillaba haciendo entender que no se habia necesitado el poder de los tarascos; si una derrota era el resultado de la campaña, entónces un numeroso ejército tarasco, que á este efecto se hallaba de reserva, cargaria sobre los enemigos, ya debilitados, y la gloria del triunfo corresponderia indiscutiblemente á su pueblo.

Como quiera que sea, seis caciques de Matlalzinco salieron de Toluca con los habitantes de sus respectivos pueblos, formando los guerreros otros tantos escuadrones de numerosa gente.

Fueron muy bien recibidos en Tzintzúntzan; y, como es fácil suponer, subalternados al mando de un general *purepe*, marcharon á campaña hácia el Poniente, en donde los tecos y algunos otros guerreros de la frontera de *Cuínaro* y *Tonalan*, se habian confederado y esperaban de pié firme á las tropas del rey.

Pelearon los matlalzinca tan bien, que alcanzaron completa victoria, y cargados de botin y llevando gran número de prisioneros, regresaron á Tzintzúntzan, en donde se les recibió con fiestas solemnes y arcos triunfales.

El rey quiso recompensar á los capitanes matlalzinca, y dióles á escoger tierras para que estableciesen su asiento. Eligieron la amena y fértil region que se extiende desde *Andáparapeo* hasta *Undámeo*, en una faja de doce leguas de longitud por cinco de ancho, en donde fundaron varios pueblos, y en un sitio regado por tres rios edificaron la capital del feudo, á la que, en honor del rey *Characu*,[1] dieron el nombre de *Charo* ó *Chararo*, aunque tambien se le llamaba ciudad de *Matlalzinco*. Allí se establecieron las familias más nobles y construyó su palacio el señor feudal, pues no otro carácter tuvo aquella comarca, sino el de reino tributario de Tzintzúntzan, y desde entónces los matlalzinca (palabra que en idioma nahuatl significa constructores de redes) tomaron la denominacion de *pirindas*, que en la lengua matlalzinca quiere decir *los que están en medio*, pues que en efecto quedaban situados en el interior de los dominios michoacanos.[2]

Los reyes de Matlalzinco no perdonaron nunca la desercion de los seis capitanes ni la hospitalidad que les fué ofrecida por los tarascos.

Entretanto pasaban estos acontecimientos, la enfermedad de Hirépan se habia agravado, y Tzitzic-pandácuare, seguido de su lujosa Corte y de un ejército *pirinda*, se dirigió á toda prisa á Coyúcan, no sin dejar ántes dispuesto que se alistase el ejército más numeroso de purépecha y pirindas, para disponer de él en su oportunidad.

Cuando Hirépan comprendió que se acercaba la hora de su muerte, llamó á su lado á su hijo *Guacús-Ticdtame*,[3] á Tzitzic-pandácuare, á los grandes nobles y sacerdotes de su reino, y les expuso que habia gobernado en Coyúcan por favor especial del gran emperador Tariácuri, pero que el reino era uno solo, compuesto de cuatro provincias, la de Hirépan lla-

1. Ya hemos dicho que significa el rey niño (el infante real), nombre que el pueblo siguió dando á Tzitzic-pandácuare, durante toda su vida. El Sr. Orozco y Berra, en su Historia Antigua de México (tomo II, pág. 571), dice: "No acertamos á saber quién fué Characu, á no ser que lo identifiquemos con Ziziz-pandácuare, á quien se le llamaba el niño al principio de su reinado."

2. Véase Basalenque, "Historia de la provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacan," tomo I, pág. 303. Edicion de "La Voz de México."

3. Significa "Águila progenitora."

mada Huetamo ó de los *huetama;* la de Pátzcuaro, ó sea de los *guanáxheos;* la de Jacona ó de los *Tzacapu-iréticha*, y la de las islas con su capital Tzintzúntzan, llamado aquel país Michámacuan, por estar unas ciudades dentro de la laguna y otras en la ribera: que los dioses habian expresado varias veces su voluntad de que los cuatro señoríos, aunque hasta cierto punto independientes, no formasen más que una sola nacion poderosa, bajo el imperio de los reyes de Tzintzúntzan, y que Tariácuri habia recompensado á sus hijos, nombrándolos reyes, siendo esta division un premio personal á los príncipes. Mandaba, pues, y ordenaba, que desde el momento de su muerte, su hijo Guacús-Ticátame se reconociese feudatario de Tzintzúntzan, y que el reino de Coyúcan jurase por rey á Tzitzic-pandácuare.

Murió el rey, y su voluntad fué fielmente acatada, quedando Guacús-Ticátame como señor de Coyúcan, siendo uno de los grandes consejeros del rey de las islas y uno de sus más leales vasallos. Suntuosas fueron las exequias de Hirépan. Su cuerpo embalsamado se trasladó á la márgen derecha del rio, y, depositadas en el sarcófago las más valiosas alhajas del tesoro, se construyó la yácata real en el entónces boscoso cerro de *Chuperio.*[1]

El reconocimiento de Tzitzic-pandácuare como rey de Coyúcan, se verificó en medio de prolongadas fiestas en la deliciosa ciudad fundada por Tangáxhuan á corta distancia del *Tiripit-Yurecua* (rio del oro), en la amena y pintoresca vega de Pandácuareo, cuyos habitantes pertenecian á la raza más pura de los purépecha.

Bien por un acto de política del rey, ó bien por haberlo solicitado así uno de los jefes matlalzinca, formó un nuevo barrio populoso en Huetamo, estableciendo en él una de las tribus expresadas; barrio que existe todavía en aquella poblacion con el nombre de *Pirinda.*

Entretanto pasaban estos sucesos en Coyúcan, el ejército michoacano que Tzitzic-pandácuare habia mandado convocar, avanzaba á marchas forzadas en aquella direccion. Tzitzic-pandácuare y Guacús-Ticátame celebraban frecuentes

1. Lugar de joyas.

conferencias: exploradores y espías entraban y salian del palacio, y los correos llevaban á los pueblos de la comarca órdenes para que estuviesen preparados los guerreros.

Llegan por fin los escuadrones purépecha, y en poco tiempo queda tambien organizado el ejército de los *huetama*. Las dos columnas siguen su camino por las márgenes del caudaloso rio de las Balsas, y se engolfan en los profundos bosques de la cordillera andina. Caen, sin ser esperados, en las poblaciones del reino de Zacatóllan, que casi sin hacer resistencia se entregan á discrecion del vencedor. La misma capital, situada en la cúspide del ancho delta que acaba en Petacalco, en las más floridas playas del Pacífico, se entrega á los purépecha, despues de un ligero ataque en que queda hecha prisionera la guarnicion azteca.

El cacique de Zacatóllan pagará el tributo en maderas preciosas, polvo de oro, algodon y conchas.

En lo de adelante Michoacan no sólo tendrá dominio en los lagos: su soberanía alcanza hasta donde las olas de un mar tumultuoso se deshacen en tumbos de blanquísima espuma ó penetran con furor y horrísono estruendo en la inmensa oquedad de la gigante roca llamada *Tlacoyunque.*[1]

El ejército no detiene su marcha: los pueblos ocultos entre bosques sin fin de elevadas palmeras, Pómaro, Chinicuila, Huitontla, Cuire, Ostula, con sus rios de arenas de oro, con sus montañas de filones de plata, con sus tierras cuyo subsuelo es de hierro nativo, todo cae en poder de los purépecha, todo cede á su inmenso poderío. En un extenso litoral, viene el agua del Océano á besar humildemente las áureas sandalias de Tzitzic-pandácuare.

Cien caciques caen de rodillas á su presencia: el reino de Colíman queda sujeto á su dominacion, y los soberbios volcanes son dos columnas más que sostienen el elevado cielo de Cuerápperi.

1. Existe no léjos del puerto de San Telmo una inmensa roca perforada, llamada Tlacoyunque. Cuando las mareas suben, ó durante una tempestad, el agua que se introduce en la peña produce un trueno tan fuerte, que parece disparo de cañon.

Le toca el turno á Zapotlan.

De lo alto de sus templos caen hechos pedazos los ídolos groseros de aquellos pueblos, y en su lugar se yergue el victorioso disco del sol.

El ejército penetra en los reinos de Jalisco y Tonalan. Grandes batallas se libran con tribus belicosas; mas tras repetidos reveses, los tlataonis de aquellos señoríos se comprometen á pagar tributo á los soberanos de Tzintzúntzan.

Por fin los purépecha vuelven á la patria, haciendo su entrada triunfal en la antigua Xacúnan, en donde se les recibe bajo arcos de verdura, sembradas las calles de vistosas flores.

Despues de un corto descanso, continúan su marcha hácia la capital. Millares de piraguas los esperan en Ziróndaro.

Se embarcan los guerreros, y cuando desde Tzintzúntzan se descubren las primeras embarcaciones, suenan en lo alto de los templos las trompetas sagradas, los caracoles marinos y las dulces quiringuas.

Los nobles, acompañados del numeroso pueblo, salen al encuentro del rey, y al desembarcar éste le ofrecen perfumados ramilletes.

Atraviesa Tzitzic-pandácuare por entre la apiñada multitud, sube las gradas del templo, y de pié en la plataforma, ofrece incienso á los dioses. Un clamor inmenso saluda al galante guerrero, al afortunado conquistador.

A lo largo de la ribera y bajo umbrosas enramadas de patzuen y tuspatas, se verifica un espléndido banquete, en medio del humo perfumado de mil braserillos. Las más hermosas jóvenes, desnudo el pecho,[1] sirven los manjares; y de cuando en cuando, la música deja oir sus dulces y melancólicos acordes.

Concluido el banquete, el rey muestra á los nobles las piedras preciosas, el oro, los trajes de algodon y los vistosos plumajes que forman el botin quitado al enemigo. Reparte entre sus capitanes cuantiosos tesoros, distribuye joyas entre sus cortesanos, y los sacerdotes reciben las ofrendas del templo.

Despues penetra en su palacio y va á descansar de tantas y tan gloriosas fatigas.

---

1. Orozco y Berra. Historia antigua de México, tomo II, pág. 584.

De nuevo se consagra á los tranquilos trabajos de la administracion. Funda escuelas para las letras y las artes.

Desde ántes se distinguian los tarascos por sus aptitudes á la oratoria. Aun en el dia, con cualquier motivo improvisan discursos, y hemos oido muchas veces á sacerdotes indígenas predicar sus sermones en tarasco, con notable elocuencia.

Es claro que en esa aptitud entra con mucho el carácter del idioma.[1]

Es sonoro, elegante y flexible, y se distingue por el empleo oportuno y abundante de bellas imágenes. La circunstancia de que todos sus verbos activos localizan necesariamente la accion, que es el objeto de las partículas que se le añaden, le da una claridad y una precision que no alcanzan otros idiomas. Si el orador trata algun asunto solemne, el tarasco tiene palabras severas é insinuantes; si el motivo de la conversacion es frívolo, los retruécanos se presentan oportunamente, siendo éste uno de los principales rasgos característicos de la lengua, y cualquiera que haya fijado su atencion en las pláticas familiares de los indios, habrá podido notar la alegría comunicativa que se refleja en los semblantes y las estrepitosas y francas carcajadas que se suceden sin interrupcion. Si se trata de describir algun objeto ó alguna escena de la naturaleza, la armonía imitativa despliega sus ricas galas, porque pocos idiomas igualan al tarasco en la abundancia de las voces onomatopéyicas.

Para el ritmo, en la expresion poética, tiene palabras esdrújulas y *sobre esdrújulas*, graves y agudas, y facilidad de variar la acepcion de ellas con el auxilio de centenares de partículas. Su sintáxis es sencilla y natural, lo que permite la fácil comprension de las ideas.[2] Por eso algun autor[3] ha dicho que

1. Actualmente se hablan en Michoacan, el español, el tarasco, el nahuatl, el mazahua, el matlalzinca ó pirinda y el otomí.

2. El Br. Moreno, en la "Vida del Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga," dice: "Nada digo de la lengua tarasca, pues son bien conocidas su copia, su cultura, su elegancia y energía por los muchos libros que se han escrito en ella de todas materias. Especialmente es notable sobre esto, que el sabio augustiniano Fr. Alonso de la Veracruz (contemporáneo de la conquista) escribió un tratado de los *meteoros*, empresa que aun en nuestra lengua castellana se ha juzgado difícil." El Baron de Humboldt, en el "Ensayo sobre Nueva España," hace elogios de la cultura del idioma tarasco.

3. El padre Nájera, en el prólogo de su Gramática tarasca, publicado en el Boletin de la Sociedad de Geografía y Estadística.

si en estos tiempos de civilizacion hubiese de inventarse un idioma, ese seria el tarasco.

¿Cuántos años duró esta nueva éra de paz? La falta de datos cronológicos no nos permite fijar una fecha.

Es probable que durante ese tiempo hayan acaecido las varias irrupciones de los matlalzinca en el territorio de Michoacan, de que nos habla la *Relacion*, pues que aquellos pueblos no olvidaron la desercion de sus caciques, que fué motivo de acerba enemistad con los tarascos.

A esto debemos agregar que Tzitzic-pandácuare, príncipe hábil y ambicioso, y con envidia de la fortuna de los mexicanos, al mismo tiempo que deseoso de tomar venganza de ellos, quiso extender sus conquistas por el Oriente, intentando sojuzgar el reino de Toluca. Penetró, pues, con su ejército en el valle de Xocotitlan, tratando de sorprender á su guarnicion; mas fué rechazado, con pérdida de gran número de guerreros. No por esta derrota desmayó el orgullo del príncipe. De nuevo se presenta con numerosas huestes en los dominios de su rival el rey de Toluca. Indignado éste de la agresion, marcha rápidamente contra los tarascos, y en una batalla sangrienta les mata más de diez y seis mil hombres y los arroja del país invadido.

De nada sirve el desastre; Tzitzic-pandácuare hace nuevas expediciones, vence á los matlalzinca en repetidas guerras, en campañas que duran muchos años, y sin cesar, los altares de Xharátanga se tiñen con la sangre de los prisioneros. La ruina del rey de Toluca se hace cada dia más inminente.

En todos los pueblos del imperio de las islas se alistan numerosos escuadrones para reunir un formidable ejército que irá á la conquista de aquel reino. Sólo se esperan los heraldos que han de fijar el dia de la partida.

Mas los heraldos llegan á todas las poblaciones anunciando que el anciano rey Tzitzic-pandácuare pisa los escalones del sepulcro. Los caminos se cubren de gente que se dirige á gran prisa á Tzintzúntzan. De repente las cimas de los mon-

tes se cubren de fogatas, y desde el uno hasta el otro confin del dilatado imperio, trémulos los labios de los habitantes repiten la funesta noticia:

¡El rey ha muerto!

CAPITULO XXVIII.

Harame.—Campaña contra Hacángari, emperador de Anáhuac.—Derrota de los mexicanos.—Fundacion de Guarípeo.—Nueva sublevacion de los tecos.—Destruccion de Carápan y su reedificacion.—Los palacios y los tesoros del rey.—Primeros rumores de la llegada de los españoles.—Respuesta de Harame á los embajadores de Ahuitzotl.

LOS restos de Tzitzic-pandácuare yacen inhumados en una de las grandiosas yácatas del campo mortuorio de *Itzi-pardmucu.*[1]

El valiente y altivo Harame, príncipe heredero, subió al trono de Tzintzúntzan, y sus primeras órdenes fueron llamando al ejército para defender la independencia de la patria.

Podemos fijar la fecha de la coronacion en el año de 1479.

En aquellos dias el emperador mexicano *Axayacatl* habia visto acabados los trabajos de la piedra del sol, ese raro monumento cubierto de curiosos bajo-relieves, y deseaba colocarla en templo especial, con ceremonias de inusitada solemnidad.

A este fin convocó el emperador á los grandes de su Corte y propuso en el Consejo, y así, fué aprobado que se llevaria la guerra á Michoacan, no sólo para experimentar el renombrado valor de los tarascos, sino "para ver si podria con ellos hacer la fiesta de la estrena de su piedra, que era semejanza

1. Beaumont habla de este lugar de sepulcros. Tomo III, pág. 133. Crónica de Michoacan.

del sol, y ensangrentar su templo con la sangre de aquellas naciones."[1]

Los *mexica* sabian que los purépecha se llamaban hijos del sol, y ya fuese movidos por un sentimiento religioso, ó por un rasgo de ironía á los tarascos, los *azteca* quisieron sacrificar al númen que representaba al astro del dia, víctimas tomadas de entre "sus propios hijos."

Concluido el Consejo, los nobles partieron á sus respectivas provincias y pregonaron la guerra, y de todas partes acudieron á México fuertes escuadrones de guerreros, "gente muy lucida de soldados viejos y bisoños."

Dada la publicidad de estos preparativos, el rey Harame los hizo por su parte, ardiendo en deseos de que su primera campaña tuviese por objeto medir sus armas contra los belicosos y temidos mexicanos.

Pasada revista de las tropas que se presentaron en México para llevar la guerra á Michoacan, halló *Axayacatl* que su ejército constaba de veinticuatro mil hombres.[2]

Dióse cita á los guerreros en los confines del reino de Ma-

1. Orozco y Berra, tomo III, pág. 354.

2. Esta es la version mexicana. Muy posible es que, visto el resultado de la campaña, los cronistas aztecas hayan reducido, en mucho, el efectivo de las tropas. Como aún se usa en varios pueblos de Michoacan la numeracion en tarasco, vamos á dar de ella una ligera idea:

1 Ma.
2 Tziman.
3 Tanimu.
4 Thamu.
5 Yumu.
6 Cuimu.

Estos números son simples, y los siguientes compuestos:

7 Yun-tziman.
8 Yun-tanimu.
9 Yun-thamu;

que significan respectivamente "cinco-dos," "cinco-tres" y "cinco-cuatro."

El número 10 es tambien simple y se traduce por la palabra *Témben.*

De 11 á 20 se expresan así:

11 Témben ca ma (ca es la conjuncion *y*).
12 Témben ca tziman.
13 Témben ca tanimu.
14 Témben ca thamu.
15 Témben ca yumu.
16 Témben ca cuimu.
17 Témben ca yun-tziman.
18 Témben ca yun-tanimu.
19 Témben ca yun-thamu.

20 *Ecuatze.* Tambien es número simple y significa *veintena*: y así se dice *ma ecuatze, una veintena; ma ecuatz* (suprimida la *e* final) *ca témben, una veintena* y *diez*, es decir, treinta; tziman ecuatze, dos veintenas, es decir, cuarenta, y así se continúa hasta el número 399, combinando las veintenas, los dieces y

tlalzinco y cerca de la frontera michoacana de *Taximalóyan* (hoy Tajimaroa), á inmediaciones de cuya ciudad se unieron nuevas y numerosas fuerzas á los invasores.

Reforzado el ejército, los mexicanos cayeron sobre Tajimaroa sin hallar resistencia: esta ciudad era una fortaleza de los tarascos para resguardar aquella frontera. Sus habitantes, sorprendidos de improviso, no tuvieron tiempo de defenderse, y los enemigos entraron, matando y saqueando sin piedad. Despues la ciudad fué entregada á las llamas.

Axayacatl mandaba en persona el ejército, penetró resueltamente en el territorio y fué á asentar sus reales en las riberas de un lago que estaba cerca de *Tzípecuaro:*[1] se levantaron allí tiendas de campaña construidas de *tupata,*[2] en medio de las cuales descollaba la de *Hxcángari*, tapizada de telas de algodon y cubierta de ricos asientos.

Entretanto, los espías se habian internado á los bosques en pesquisa del ejército tarasco. Unos escuchas *matlalzinca* fueron los que llegaron á descubrirlo y penetraron hasta su campamento por medio de un camino cubierto que practicaron: allí estaban velando los guerreros, repartidos en grupos, al rededor de muchísimos fogones, con los arcos en la mano, el carcax preñado de flechas y las sienes ceñidas con las terribles hondas.

Regresaron los espías á los reales de los mexicanos é informaron al rey que el ejército de los purépecha constaba de cuarenta mil hombres, ataviados con vistosos trajes y muchas y muy galanas rodelas y divisas de oro, así como flotando en los penachos ricos plumajes de diversos colores. Las armas de los capitanes, además del arco y las flechas, eran espadas de cobre, macanas con cilindros de tzinapu y porras claveteadas de bronce. Las flechas de Harame, como las de Tzitzic-

los demas números. El número 400 se llama *Irépita*, y entónces entra en la combinacion superior la *irépita*, tambien como simple, y se dice, por ejemplo, 518, *ma irépit ca yun ecuatz ca yun tanimu;* ochocientos se traducirá tziman irépita. Algun autor (el P. Lagunas) cree que la palabra *sutupu* significa *ocho mil*, y seria entónces el número mayor que tenia nombre entre los tarascos.

1. *Tzípecuaro:* lugar de recreo, de tzípecua, gusto; tambien significa vida.

2. Otras veces hemos escrito *thuspata ó chuspata*, segun los diversos dialectos ó para facilitar la pronunciacion, como lo hemos dicho en otra nota.

pandácuare, tenian puntas de oro, y en el extremo opuesto, plumas de colibrí.

No agradó á Axayacatl el informe de los espías, y vacilando en llevar á cabo la empresa, convocó el Consejo de guerra. "Los nobles, viendo la flaqueza del rey, lo animaron y esforzaron, diciéndole que los mexicanos jamas habian contado el número de los enemigos ni nunca habian volteado el rostro al anunciarse el combate, y que supuesto que, sin provocacion alguna, habian invadido el reino de Michoacan, no convenia hacer otra cosa sino acometer y probar ventura de vencer ó morir.

"Axayacatl no pudo hacer otra cosa que deferir á la opinion de sus capitanes, y el ejército se puso en marcha para tomar campo. Habiendo llegado al sitio escogido, se presentó una lujosa embajada de los tarascos, y adelantándose hasta encontrar al rey, los intérpretes *navatlatos* (los que hablaban el nahuatl) expusieron así el objeto de su comision:

—"Mexicanos, ¿á qué venís con tanta gente armada á nuestras tierras?

—"Venimos—les contestaron—á ver vuestras tierras y á veros á vosotros.

—"Acaso os han inducido los matlalzinca, nuestros enemigos, y á quienes há poco habeis vencido.

—"No: venimos de nuestra voluntad.

—"De vuestra voluntad venísteis á buscar la muerte; todos pereceréis aquí.

—"Veámoslo—replicaron los mexicanos."[1]

Retirada la embajada, "avanzó en órden el ejército azteca, los *cuauhuéhuetl* ó viejos águilas iban como maestros de campo, componiendo la gente, y pusieron delante á los valerosos y aguerridos *cuachic*. Descubrieron á la gente tarasca muy en órden y lucida con todos los señores delante, tan llenos de joyas y plumas, tan resplandecientes y deslumbrantes de oro, con tan lujosos brazaletes, sandalias, orejeras, bezotes y diademas tambien de oro, en la cabeza, que cuenta el cronista que como á la salida del sol, hora en que los descubrieron, con el resplandor quitaban la vista."[2]

1. Orozco y Berra. Historia antigua de México, tomo III, pág. 855.
2. Chavero. "México á través de los siglos," tomo I, pág. 769.

Avistados ambos ejércitos, embistió el tarasco con tanto empuje y tanta furia, que en breve tiempo el mexicano empezó á desmayar y volver las espaldas. En vano Axayacatl movia sus reservas; por todas partes los purépecha alcanzaban victoria. Nuevas fuerzas aliadas de los mexicanos llegaban de refresco, mas no hacian otra cosa que morder el polvo y retirarse avergonzadas. El sol poniente vino á dar término á la pelea, "no habiendo mostrado los tarascos punta de flaqueza, ántes de mucho valor y de destreza."

Reuniéronse en la noche en la tienda del rey los señores mexica, quienes tuvieron que dar su nombre, pues tan desconocidos estaban por la sangre y el polvo que cubria su semblante. Iban todos malheridos, unos de flechas, otros de piedras, otros al filo de la espada, otros pasados con varas arrojadizas de puntas de obsidiana, á tal grado que el rey tuvo lástima de ellos, y, llorando á los muchos que quedaron muertos en el campo, mandó dar á los heridos una bebida llamada *yolatl*, que significa *agua de vida*, y que consideraban como restauradora del valor y las fuerzas.[1]

En esa misma noche se presentó al real el señor de Matlalzinco, tributario desde hacia poco tiempo de los mexicanos y enemigo jurado de los tarascos: se mostró muy apesarado del mal éxito de la batalla y ofreció á Axayacatl repuesto de armas y la gente de guerra que hubiere menester. Aceptado el ofrecimiento, el de Matlalzinco fué á juntar sus tropas y regresó con ellas en auxilio de los mexicanos.[2] Entretanto llegaba este refuerzo, Axayacatl se hizo fuerte en el real, mandó curar sus heridos y dió descanso á sus tropas. Los tarascos no hicieron otra cosa que solemnizar con fiestas su victoria, y se entregaban al baile en presencia de sus enemigos.

1. Nuestros actuales soldados llaman simplemente á esta bebida *racion de armada*. Es el mismo *checata* de los tarascos.

2. Esto que refiere el padre Duran, de quien en gran parte estamos copiando, nos hace disentir de él y de los demas cronistas que dicen que la batalla continuó el dia siguiente. No es posible que el rey de Matlalzinco haya ido en una sola noche á su reino, por inmediato que estuviese, reunido armas y bastimentos y convocado tropas bastantes para reforzar el ejército mexicano. Forzosamente tardó en esta operacion algunos dias.

Muy pocos dias despues se presentó en el campamento de los aztecas el rey de Matlalzinco con mucha gente, muy bien armada y aderezada, y muchos *tamenes* cargados de armas y bastimentos. El rey repartió el repuesto entre los más necesitados: arengó al ejército, recordándole sus pasados triunfos é invocando su respeto á los dioses, en cuyo nombre peleaba. En seguida dió la órden de acometer; mas "fué tan sin provecho la arremetida, que como moscas (dice la historia) que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos," siendo tanta la mortandad, que Axayacatl tuvo que dar la órden de retirada para que su gente "no fuese consumida y acabada."

Entre los muertos de los mexica hay que contar uno de los príncipes de sangre real, de los cuatro entre quienes se escogia el candidato al trono, cuyo cadáver se llevaron los tarascos para mostrar su valor y menospreciar á los mexicanos.

Más de veinte mil mexicanos quedaron muertos en el campo de batalla, y con los reducidos restos de aquel orgulloso ejército huyó Axayacatl sin poder contener el llanto. En vano los sacerdotes trataban de consolarlo, diciéndole que el sol no habia quedado sin víctimas, habiendo preferido alimentarse con la sangre de los azteca que con la de los tarascos; el rey no se conformó jamas con su derrota.

Los purépecha, para perpetuar el recuerdo de su brillante victoria, fundaron un pueblo en el sitio mismo de la batalla y le dieron el nombre de *Huarípeo*.[1]

¿Para qué hemos de decir que el regreso de Harame á Tzintzúntzan fué una marcha triunfal? En todos los pueblos del tránsito pasaba bajo enramadas cubiertas de flores y sobre un suelo tapizado de güinumu.

Al hacer su entrada solemne á la capital, un inmenso gentío poblaba las calles, y cuando concluyeron las fiestas, casi estaba cubierto de piraguas el dilatado lago, al regresar á sus pueblos los espectadores de la ovacion.

Harame[2] iba ya á licenciar su ejército, cuando llegaron va-

1. Significa "lugar de matanza." Pertenece hoy á la municipalidad de Tajimaroa y se conserva el mismo nombre, aunque algunos lo cambian por el de *Huaririapeo*.

2. En los títulos de Carápan que ya hemos citado como un documento importante, encontrado por el Sr. Dr. Plancarte, se hace mencion de este rey

rios correos del rumbo de Jacona, participándole una nueva sublevacion de los tecos. Desde los remotos términos de *Angdhuan* hasta *Caurio*, *Huándaro*, *Chucándiro* y *Cótiro*, todo el país estaba sublevado. La rebelion habia estallado en Carápan, gran poblacion situada á la entrada de la hermosa vega que hoy se llama de los *once pueblos*.

Hacángari (Axayacatl).

Los encumbrados montes, los bosques profundos, los campos abiertos al cultivo, y más que todo los abundantes y cristalinos manantiales de aquella comarca, hacian de Carápan una ciudad de importancia, emporio del comercio y centro de relaciones para los habitantes de los numerosos caseríos de tecos esparcidos en aquellas oscuras serranías.

Harame y se refieren, aunque confusamente, algunos de los sucesos que se narran al final de este capítulo. Generalmente se atribuye á Tzitzic-pandácuare la batalla contra los mexicanos mandados por Axayacatl. Para no opinar nosotros de este modo, tenemos por razon que, al hablar el padre Basalenque del rey niño, ó *Characu*, lo supone reinando en una remota antigüedad, y es notorio que Axayacatl no es de los reyes más antiguos de México. La *Relacion* presentada al virey Mendoza concluye casi con el reinado de Tariácuri, y en una sola página, de la manera más lacónica y oscura, se ocupa de los reyes Tangáxhuan, Hicúcaxe, Hiripan, Tzitzic-pandácuare, Zuangua y Zinzicha, hasta la venida de los españoles. Se conoce que el fraile que escribia lo que los indios viejos le contaban, estaba ya muy fatigado y quiso concluir á todo trance en dos palabras. No encontramos allí el nombre de Harame y pareceria muy poco motivo el título de Carápan para dar existencia á este rey y atribuirle la batalla contra Axayacatl; pero vemos en la "Historia antigua de

Miéntras que el rey Harame peleaba con tanto valor como gloria, contra las huestes de Axayacatl, los tecos habian tenido tiempo de ponerse en pié de guerra, de levantar numerosos escuadrones de guerreros y de fortificar á Carápan, haciendo de esta ciudad una fortaleza inexpugnable.

El peligro era, pues, harto grave para el imperio de Michámacuan.

Harame demandó de nuevo el auxilio de su primo y feudatario Huacús-Ticátame, rey de Coyúcan, quien no sólo acudió con numerosas tropas, sino que á imitacion de su padre Hirépan, asumió en el ejército el carácter de gran sacerdote de la guerra y de arúspice de sus destinos. Este acto era de grande importancia política á los ojos de los purépecha, porque la campaña contra los tecos revestia cierto carácter de guerra religiosa. En efecto, aquellas tribus caian frecuentemente en idolatría, extraña á la religion de los tarascos. Tenian en Huándaro (Aguándaro) y en otros tres santuarios ídolos deformes, á quienes suponian hijos de una serpiente misteriosa, cuya efigie decoraba sus templos. Para tener propicios á estos dioses necesitaban sacrificarles víctimas humanas, y de aquí la necesidad de la guerra; así al ménos lo explicaban á su pueblo los jefes principales de los tecos, á quienes en el fondo de las cosas no guiaba más que la ambicion del mando ó el deseo de la independencia.

Esto supuesto, nada extraño es que las fiestas celebradas

México," del Sr. Orozco y Berra, que el rey que por aquel entónces reinaba en Michoacan, se llamaba *Cumacoyahua*, es decir, "el de la boca ancha," (que en tarasco es Harame). "Historia antigua de México," tomo III, pág. 379. Aquí debemos recordar la costumbre de aquellos pueblos de traducir á su propio idioma los nombres de los personajes, ciudades, etc., de las demas naciones con quienes estaban en contacto. Un ejemplo más de esta práctica nos hallamos en el presente capítulo: Axayacatl en mexicano quiere decir "el de la cara de agua," lo que en tarasco se expresa con la palabra *Cuacángari*, si bien el nombre que hallamos en la historia es *Hacángari*. Puede ser corrupcion del anterior vocablo, aunque por sí sola significa el de la "cara inclinada al suelo," y se nos antoja que lo que los tarascos querian decir era "el de la cara inclinada al agua," supuesto que los mexicanos no miraban al suelo, que no tenian, sino á la agua del lago. Como quiera que sea, nosotros conservamos aquí la palabra *Hacángari*, llamando la atencion de los lectores sobre el retrato de este rey que tomamos de un grabado antiguo.

en Tzintzúntzan para abrir la nueva campaña, hayan asumido un sello místico, no siempre acostumbrado.

Despues de las ceremonias de estilo, Huacús-Ticátame, seguido de los demas sacerdotes hirípecha, subió á varios montes, y regresando á las playas del lago, se descalzó los preciosos cacles de oro y los arrojó al agua, indicando así á los soldados que debian ser infatigables en las marchas. Tornó á subir á un monte y clavó en él cuatro flechas, manifestando de este modo que las cuatro grandes provincias de Michámacuan declaraban la guerra á un enemigo comun.

En este acto el rey, los régulos de las cuatro partes del reino, los señores y los nobles se ataviaron con sus diademas y demas joyas de oro, sus bandas de algodon de colores, sus armas lujosísimas: sonaron los instrumentos de la guerra, entre ellos las quiringuas de oro. Se izaron los estandartes del sol y de la luna, y los guerreros se colocaron sus disfraces de águila, alcones, tigres y otros monstruos.

Al marchar el ejército, Huacús-Ticátame subió otra vez á lo alto de una colina y clavó una flecha, y al descender refirió al ejército que aquella arma se habia convertido en una fuente de agua. De nuevo repitió el prodigio, cuando el ejército desfilaba por las calles de Tzintzúntzan, y de nuevo tambien el cristalino manantial surgió de la punta de oro de la flecha. El ejército vió en este milagro la victoria que lo esperaba en el campo de los tecos y la fácil conquista de la comarca de Carápan, surcada de cristalinos y numerosos manantiales, cuya señal de posesion eran las flechas convertidas en agua.

El ejército se dirigió á Caurio. Allí salió á su encuentro el jefe de los exploradores, llamado *Huacúxen* (caballero águila), é informó al rey del estado de alarma que reinaba en el país y de los aprestos de guerra que en todo él hacian los tecos. Le hizo mencion de los tres ídolos á quienes los sacerdotes hacian aparecer ante el pueblo como muy valientes y activos, contando que todos los dias daban tres vueltas en contorno del mundo, sin que les quedara rincon, por pequeño que fuese, que no visitasen y escudriñasen: que uno de aquellos ídolos tenia la figura de serpiente, otro de águila y

otro de lobo, y residian en Huándaro, *Cúricua-icharo* y en *Patzuendo*.[1]

Oido esto por Harame, dió la órden de marchar sobre las numerosas tropas que seguian á los ídolos, y venciéndolos en todos los encuentros, se dirigió luego sobre Carápan.

Porfiada fué la resistencia que opusieron los defensores de la poblacion. Ésta fué tomada, y en los sangrientos asaltos que sufrió, fué inmensa la pérdida que tuvieron los de Carápan en muertos, heridos y prisioneros; los ancianos, las mujeres y los niños quedaron en poder del vencedor en la condicion de esclavos, y fueron distribuidos entre los capitanes del ejército.

Carápan, convertida en ruinas, era campo de desolacion, y sus calles solitarias estaban llenas de escombros.

Los purépecha llevaron la guerra hasta las apartadas tierras de Cuínaro y Tonalan, y no descansaron sino despues de haber dejado completamente pacificado el país de los Tzacapu-irétis[2] y tranquilo en su residencia de Xhacúnan al rey de aquella importante provincia.

Ya de regreso los tarascos, descansaron en las silenciosas ruinas de Carápan. Harame contempló aquellos agrestes paisajes que rodean la ciudad, el dilatado valle, semejante á un mar de verdura, y aquel rio caudaloso de cristalinas aguas. Aspiró el ambiente embalsamado y las brisas que hacen tan saludable aquella hermosa mansion.

Largo rato estuvo meditando, y por fin, dirigiéndose á los nobles de su ejército, les dijo:

—Este sitio me agrada. Edifiquemos aquí una ciudad que será residencia de recreo para los reyes de Tzintzúntzan.

Dijo, y él mismo colocó la primera piedra del gran templo, destinado al sol. Los señores y el ejército que lo acompañaban, imitaron su ejemplo, y la gran muchedumbre de cautivos fué destinada á los trabajos más pesados.

Sirúndame, el jefe de los heraldos, recorrió las poblaciones

1. Huándaro, de *Aguanda*, "el cielo:" su verdadero nombre es *Aguándaro*, "en el cielo;" *Cúricua-icharo*, "lugar de fuego," y *Patzuendo*, "lugar del musgo," llamado vulgarmente *heno*.

2. Corrupcion de *Tzacapu-iréticha*, que es el plural tarasco.

inmediatas, invitando á sus moradores á que enviasen familias á repoblar á Carápan.

Y, como por encanto, se vió renacer más gallarda y elegante la ciudad rebelde.

Los campos se cubrieron otra vez de sementeras y hortalizas, y el ruido del trabajo formaba de nuevo un concierto animado con las alegres voces de los habitantes.

Harame mandó construir para su uso privado magníficos palacios, y con orgullo mostraba á los naturales sus inmensas riquezas de joyas de oro y plata y de piedras preciosas.

En el gran templo mandó levantar una estatua de oro que representaba su efigie, y colocó en la plataforma quiringuas de oro cuyo sonido se oía á larguísima distancia.

Llegó á tal grado el esplendor de Carápan, que los naturales del lugar comenzaron á llamarla la segunda Tzintzúntzan y estaban envanecidos del lujo y potestad que allí desplegaba el altivo rey Harame, en medio de una brillante y numerosa Corte de nobles de las cuatro provincias.

En aquella época (1486) subió al trono de México el terrible Ahuitzotl. Segun costumbre inveterada, fueron invitados todos los señores amigos, los enemigos y aun los extraños para asistir al acto de la coronacion. Una embajada de México llegó con tal objeto á Carápan, y habiéndose presentado á Harame, éste recibió á los embajadores con altivez y les dijo:

—"¿Quién se pone ahora por vuestro rey?"

—"Ahuitzotl Teuctli,"—respondieron.

—"¿De dónde tomó atrevimiento—replicó el monarca—el otro rey Axayacatl de poner los piés en estos mis reinos? Aquí dejó muerto todo su imperio; que si no huyeran, ninguno quedaria vivo. Volveos y decidle que no quiero ir allá."[1]

Corrian los años y el rey pasaba su vida entregado á toda clase de placeres, cuando en medio de una noche oscura vió

1. Tezozomoc, cap. 64, MS. citado por Orozco y Berra. Historia antigua de México, tomo III, pág. 379.

de repente una luz intensa iluminando el horizonte. Alzó los ojos al cielo y contempló la más brillante estrella que hubiera visto, y al rededor de ella y formándole tambien flotante cauda, la luz difusa de esplendente claridad que parecia derramarse de aquel astro, peregrino en el espacio.

El rey mandó llamar á los adivinos y hechiceros de los tecos, que siempre se habian distinguido como sabios en el arte cabalístico.

Llegados á la presencia real, manifestaron á Harame que ellos tambien habian visto el lucero que pasó por todo el mundo, y que en el acto de aparecer se habia desmayado y endurecido el ídolo de Huándaro. Interrogados sobre la significacion del presagio, pidieron los sacerdotes siete dias de plazo para contestar.

Durante ese tiempo ofrecieron diariamente al ídolo corazones de niños de pecho para tenerlo propicio. Al cabo del plazo habló la deidad, anunciándoles que estaban próximos los tiempos en que vendria otro Dios verdadero, ante el cual cesaba todo poder de los númenes que hasta entónces habian adorado los naturales. El lucero de la brillante cabellera no era otra cosa que el heraldo de aquel Dios, que le precedia en el camino del cielo. El ídolo agregó á estas palabras la súplica de que á él y á todas las demas deidades de la tierra los llevaran á las cumbres de las montañas, en parajes desiertos, donde hallasen cuevas y despeñaderos, y escondiéndolos allí los cubriesen con tierra. Encargóles, por último, que cuando ya se aproximase el Dios nuevo, cegasen los ojos de agua, destruyesen las presas que servian para el riego de los campos, y, más que todo, que echasen mucha tierra en las pirámides de los templos y en los palacios, plantando árboles y yerbas para que al Dios extranjero le parecieran colinas hechas por la naturaleza.[1]

Grande fué la consternacion que se apoderó del rey Hara-

1. Los tarascos ejecutaron las órdenes de sus sacerdotes. Cuantas veces se descubre alguna gruta de las muchas que hay perfectamente tapadas, se encuentran diversos objetos de uso de los habitantes y tambien esqueletos de indios. En las yácatas se han sucedido las generaciones de árboles, y á veces es indispensable un exquisito conocimiento pericial para no confundir uno de estos sepulcros monumentales con una verdadera colina.

me cuando le fué trasmitido el oráculo del ídolo. Dispuso en el acto trasladarse á Tzintzúntzan, de cuya ciudad habia estado ausente tantos años, y arrepentido de la vida de deleites que lo tenia embriagado en Carápan, pensó dedicar los dias que le quedaran de existencia, á la administracion y mejoramiento de su pueblo.

La faustosa Corte emprendió el camino. Detúvose el rey en Tzacapu, en donde sus ofrendas á Tucup-Achá fueron friamente recibidas por el anciano pontífice Curícaneri. La comitiva atravesó la calzada de Ziróndaro, observando todos los cortesanos el aspecto triste y taciturno del rey.

Las lujosas embarcaciones en que se embarcaron los viajeros cruzaron silenciosamente el gran seno del lago, y Harame y su Corte hicieron su entrada en Tzintzúntzan, casi en medio de la indiferencia del pueblo, á quien la curiosidad habia conducido á las playas.

Cuando el rey subió á lo alto del templo á rendir homenaje á Cuerápperi, el cielo estaba cubierto de gruesas agrupaciones de nubes, corria un viento helado y el humo del incienso, en vez de subir al cielo, se deslizaba intermitente paralelo á la tierra.

Por aquel entónces volvió otra embajada del emperador Ahuitzotl.

Iba á celebrarse en la soberbia ciudad llamada *Echeru*,[1] la inauguracion del templo mayor, en cuya construccion habian trabajado los emperadores de México, cabiendo en suerte á Ahuitzotl dar cima á la obra y hacer su estreno con fiestas inusitadas y las más solemnes que registra la historia de México.

Los embajadores, no sin temor de un nuevo desaire, dieron el mensaje á Harame; y contra todo cálculo, el rey de

1. *Echeru* significa "la tierra." ¿Por qué daban este nombre los tarascos á la ciudad de México? Miéntras los mexicanos traducen á su propio idioma la palabra *Tzintzúntzan*, "país de colibrís," por *Huitzitzila*, que en la lengua nahuatl significa lo mismo, los tarascos, hablando de Anáhuac, ciudad de los lagos, ciudad edificada en agua, la llamaban el *país de la tierra*. No hallamos más explicacion que el empleo de una ironía, en odio y burla á los mexicanos.

Aun hoy dia los indígenas de Michoacan, sobre todo en el Distrito de Uruápan, no dan á México otro nombre que el de *Echeru*.

Michoacan, vencedor de Axayacatl, mandó varios nobles representando su persona. Por miedo de algun desacato contra aquellos perpetuos enemigos del imperio, y para evitar que el vulgo interpretara aquella cortesanía como prueba de amistad, los señores penetraron disfrazados y de noche en la ciudad de México, los aposentaron en un ancho edificio, desde donde pudieron observar cuanto pasaba sin ser ellos vistos, y aun se colocó á la entrada una numerosa guardia de guerreros escogidos, con la consigna de no dejar penetrar persona alguna, y tenian pena de la vida si dejaban escapar una sola palabra[1] acerca de la llegada de aquellos personajes.

Algunos meses despues avisaron al monarca que unos comerciantes que venian de remotas tierras traian extrañas y misteriosas noticias. Los hizo comparecer á su presencia y les mandó hablar.

Refirieron que habian hecho su viaje acostumbrado á las remotas huertas del ameno *Quiríhuiri* en el reino de *Cariari*, que habian recorrido tambien el rico imperio de *Ciguare*, en donde las gentes usan de ordinario diademas y brazaletes de oro y ropas bordadas de lo mismo, y en donde las mujeres llevan sartas de corales en la cabeza y en el cuello.[2] Allí van á comerciar todos los años los indios de Paracho y otros pueblos de los guanáxheos, siendo tambien objeto de su viaje la adoracion de un ídolo milagroso que fué en tiempos muy antiguos el dios de sus antepasados.[3]

—Estábamos un dia—dijeron los comerciantes—reposando á la sombra de frondosos árboles, tan altos que llegaban al cielo: nos deleitábamos á la vista de aquel país tan verde y tan fresco, salpicado de colinas y florestas, y nos llamaba la atencion la semejanza de sus sepulcros con nuestras yácatas, y las mismas costumbres de enterrar á nuestros muertos, cuando vimos penetrar en el ancho rio unos palacios flotantes

1. Durán y Tezozomoc citados por Orozco y Berra. Historia antigua de México, tomo III, págs. 387 y 388.

2. Washington Irving. Historia de Colon.

3. Recuérdese otra nota en que se da cuenta de que aun en esta época, van algunos indios de Michoacan en romería á adorar al *Cristo de Esquipulas*, con cuyo motivo visitan las repúblicas de Honduras y Nicaragua, vendiendo mercancías.

que, desplegando blancas alas, se deslizaban por la superficie de la corriente. Unos hombres blancos, barbados, vestidos de luciente metal, eran los habitantes de aquellos edificios encantados, y su rey era un anciano á quien todos veneraban como á un Dios.

Cuando el anciano se enojaba, el rayo y el trueno se desprendian de sus manos, sembrando la muerte y el espanto, y unos hermosos animales semejantes á los *tuitzes*,[1] despedian lumbre por los ojos y convertian en chispas las piedras que pisaban. Cortos y raros eran los instantes de cólera del supremo jefe: de ordinario la majestad de su semblante y el genio que derramaba una brillante claridad en sus miradas, hacian de aquel hombre un númen de bondades y de liberalidad.

—¿Y qué objeto trae á esos hombres á estas tierras?—preguntó Harame.

—Por lo que entendimos de sus señas, pues su idioma es del todo desconocido, es comerciar en religion. Traen al Dios verdadero y lo cambian por oro.

—Por supuesto que los habitantes no aceptan el cambio, —replicó el rey.

—¡Ah, señor! cuando se resisten es cuando el anciano rey suelta el rayo y el trueno y extermina á los hombres. Unos esclavos que traia de intérpretes nos contaron que esos hombres se apoderaron de las islas de donde aquellos eran nativos, y que habiendo reducido á la esclavitud á sus habitantes, les impusieron trabajos tan forzados en las minas para buscar el oro, que casi todos han muerto de fatiga y de hambre.

—¿Y por qué no luchan contra ellos? ¿Por qué no los matan?

—Porque son poderosos, señor, porque parecen invulnerables y porque los auxilian aquellos monstruos terribles que se comen á los indios.

—Bien está—dijo Harame,—podeis retiraros y no conteis á nadie lo que habeis visto, si no quereis que vuestros corazones sirvan de alimento al sol y á la luna.

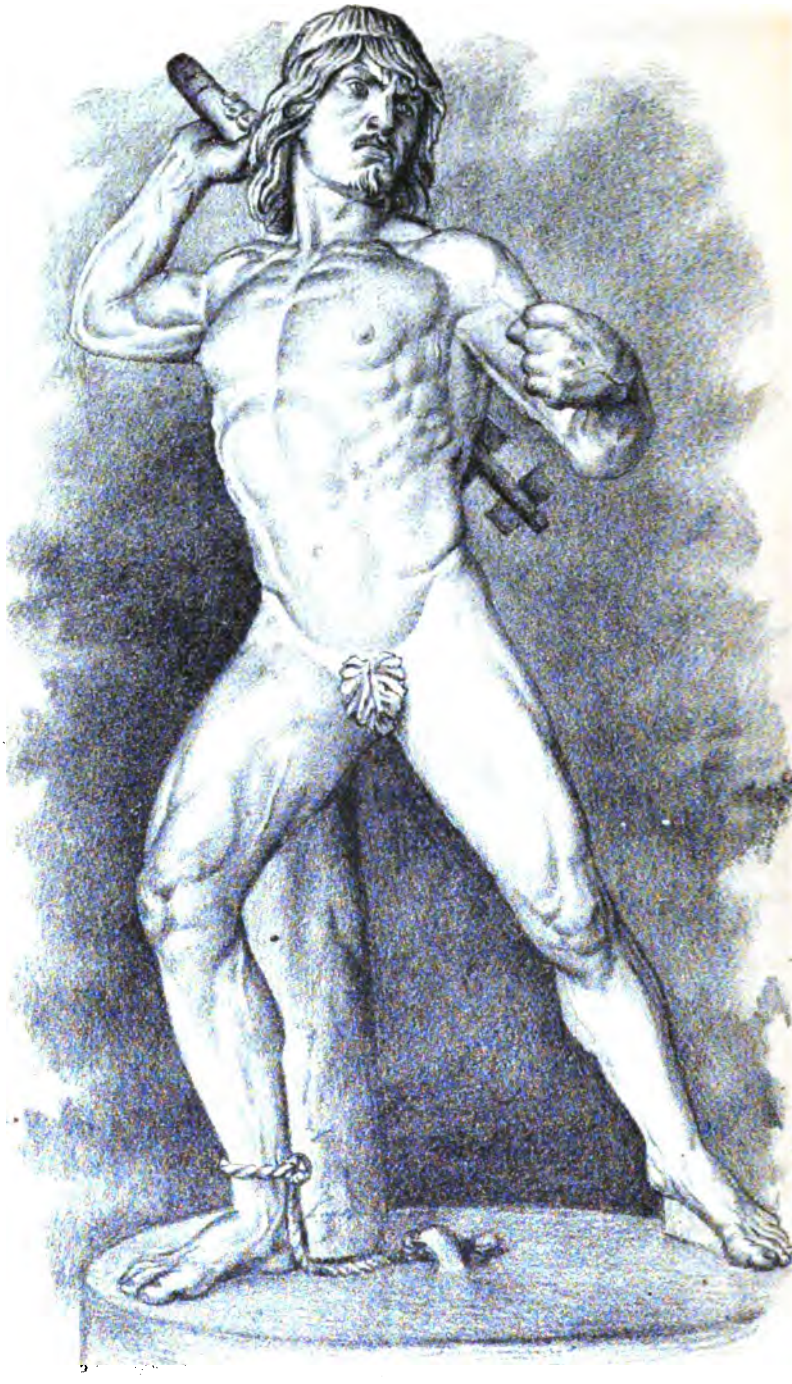
1. "Los que caminan agachados." Ignoramos á qué animal darian los tarascos el nombre de *Tuitz*. ¿Acaso á los llamas?

Espantados salieron los comerciantes y no abrieron jamas sus labios, de miedo á las amenazas del rey.

En cuanto á Harame, se hizo más y más taciturno. De noche no cesaba de mirar hácia el cielo, temiendo ver aparecer de nuevo el fatídico cometa. De dia se paseaba en los corredores del palacio sin hablar una sola palabra, sin levantar sus ojos, siempre inclinada su mirada hácia el suelo.

Aniquilado por su vida licenciosa y víctima de la supersticion, bajó al sepulcro, dejando á su pueblo sumido en el pánico que causaban los tremendos presagios.[1]

1. Hallamos confirmadas las tradiciones á que se refiere este capítulo, en varios títulos de tierras, pertenecientes á pueblos de indígenas. El de Carápas es uno de ellos.



Tlalhuicole

Tomado de la estatua que esta en la Academia de Bellas Artes

CAPÍTULO XXIX.

Siguangua.—Sus expediciones á Cuitzeo y á varias regiones de Jalisco.—Los palacios de Sirahuen.—El general tlaxcaltecatl Tlalhuicole.—Dos batallas ganadas á los mexicanos.—Nuevos presagios de la venida de los españoles.—Temor de Moctezuma.—Envia una embajada á Michoacan.—Un tratado.—El campamento de Hernan Cortés.—La peste de viruelas.

PASADOS los funerales de Harame, su hijo Siguangua[1] subió al trono á fines de 1502 ó principios de 1503, siendo de edad de más de cuarenta años.

Para las fiestas de su coronacion hizo algunas campañas hácia el Poniente, sometiendo el reino de Cuitzeo, cabe la laguna de Chapálan en lo que hoy es Estado de Jalisco. Avanzó internándose en aquellas tierras, y acaso entónces fué cuando fijándose la raya de Michoacan en el sitio en que hoy está Guadalajara, señalaron esa mojonera, fundaron allí

1. *Siguangua* significa "cuerno," pero tambien significa "el de la cabeza esforzada." No conocemos ninguna tradicion que nos indique el orígen de ese nombre, por más que la memoria del rey que lo llevaba sea aún popular entre los tarascos.

La *Relacion* lo llama *Zuangua*, y el compilador de los "Anales del Museo Michoacano" muda la palabra en *Zuagua*.

Varias veces hemos dicho que la *Relacion* estropea mucho las palabras. En el título de Carápan, en el Ensayo de una historia de Michoacan por Payno, en la Biografía del Obispo Quiroga por el Br. Moreno, en La Rea, "Crónica de Michoacan," y en otros varios autores, hallamos que el nombre es Siguangua.

un pueblo y le conservaron el nombre de *Huriato*,[1] impuesto por Tariácuri. El rey volvió cargado de despojos y con muchos prisioneros, y las fiestas reales estuvieron espléndidas.

Durante el corto período de paz que siguió á los dias de la coronacion, Siguangua mandó construir deliciosas casas de recreo en las playas del apacible lago de Sirahuen, situado en el centro de oscuras selvas de elevados pinos y frondosas encinas.

Muy pronto la pequeña poblacion se convirtió en alegre y animada ciudad en que los nobles del reino desplegaban el lujo de sus trajes; y cuenta la tradicion que elegantes y hermosas damas se paseaban por aquellas pintorescas florestas, llevadas en ricos palanquines.

En México reinaba Moctezuma II, el más orgulloso de los reyes azteca. Creyendo que nada se opondria á su valor y, por otra parte, deseando tomar venganza de los michoacanos por la victoria que alcanzaron sobre Axayacatl, preparó un ejército para invadir y conquistar los dominios del rey de los lagos.

Por ese tiempo se hallaba prisionero en Tenochtitlan, el famoso guerrero Tlalhuicole. "Era éste un célebre capitan de los tercios otomíes, al servicio de la república (*Tlaxcallan*), atlético, forzudo, de indomable valor; su *macuahuitl* no podia ser manejado por un hombre comun; nada resistia á su poderoso empuje, y su sola presencia en la batalla ahuyentaba á sus contrarios."[2] Los soldados de Moctezuma lograron apoderarse del temible jefe, "á quien habian podido hacer caer en un pantano."

El emperador de México pensó aprovecharse de la fama y pericia del general tlaxcaltecatl, y lo puso al frente del ejército expedicionario.

Ayudados de los matlalzinca, ya del todo sujetos á la dominacion azteca, los mexicanos penetraron en Michoacan y llegaron hasta establecer su campamento á inmediaciones de Tzinápecuaro, cerca de las riberas del espacioso lago de Cuitzeo.

1. *Huriata* es el sol. Cambiada la final en *o*, tal vez hayan querido significar *donde se pone el sol.*

2. Orozco y Berra, tomo III, pág. 493.

Ya Tlalhuicole habia recogido un grueso botin de plata y oro en los combates parciales que habia librado en Taximalóyan y Acámbaro, cuando se presentaron las huestes de Siguangua con su acostumbrado lujo en los trajes, su buen armamento y perfecta disciplina.

El choque fué terrible: de una y otra parte se luchó con valor; la batalla se prolongó todo el dia, y el campo quedó sembrado de muertos y de heridos. La victoria quedó indecisa,[1] mas comprendiendo el jefe tlaxcaltecatl que un segundo combate le traeria inevitable derrota, levantó el campo y á marchas dobles se dirigió á Tenochtitlan, llevando los ricos despojos que habia reunido ántes de la pelea.

En premio del servicio, Moctezuma le ofreció la libertad, pero el valiente guerrero creia deshonra no ser sacrificado como prisionero de guerra. Se señaló dia para el sacrificio; el mismo emperador presenció el combate, y despues de que Tlalhuicole hizo morder el polvo á muchos gladiadores, ya herido, le sacrificaron á Huitzilopochtli y despeñaron su cadáver desde lo alto del templo.

Siguangua no se envaneció de su victoria ni confió en sus resultados. Conociendo el orgullo de Moctezuma, sus heraldo recorrieron todo el reino convocando á los guerreros. Muy pronto la imperial Tzintzúntzan dió alojamiento al más formidable ejército que llegaron á tener reunido los tarascos. Las fiestas de la guerra se celebraron con toda solemnidad, y los purépecha, capitanes y soldados, ansiaban por la hora del combate.

No tardó mucho el momento deseado. Moctezuma, por su parte, sintiéndose humillado ante el valor de los tarascos, convocó á sus aliados, hizo reclutamiento de tropas en los pueblos vencidos, y con los suyos propios dispuso tambien el más numeroso ejército que hasta entónces se habia visto en la gran Tenochtitlan.

Estas huestes excedian en infinito número á las de los michoacanos; mas no por esto desmayó el valor de los que, valientes siempre, ahora defendian la independencia de la pa-

1. El Sr. Orozco y Berra califica de descalabro para los aztecas esta accion de guerra. Historia antigua de México, tomo II, pág. 572.

tria, á las órdenes de un rey que amaba á su pueblo y respetaba su propio decoro.

Marchó Siguangua al encuentro del enemigo, y ántes de medir sus armas con él, quiso debilitarlo por medio de un ingenioso ardid.

Oigamos cómo refiere este suceso uno de los cronistas de Michoacan:

"Mandó (Siguangua) juntar con abundancia bastimentos de comida y bebida, y haciéndola conducir en hombros de indios, fué marchando su ejército hasta hacer rostro al campo del emperador mexicano, y en vez de escuadronar sus soldados, plantar sus estandartes y fijar sus pabellones, fueron tendiendo en el campo la comida y bebida,[1] por todo el lienzo que cogia la copia militar de México, y al embestirlos éstos, dieron en correr los tarascos fingiéndose fugitivos, y los mexicanos los seguian ya como victoriosos. Dieron de improviso en la comida y bebida abundante que el campo les ofrecia, y ellos, más hambrientos que belicosos, soltando las armas, se entregaron á comer y beber muy de propósito. Cuando ya les pareció á los tarascos tendrian enervadas las fuerzas con la abundancia del vino, volvieron muy de pensado sobre ellos, haciendo tal destrozo en el ejército, que los más quedaron muertos, y muchos cautivos de los tecos y matlalzinca, siendo hasta hoy funesto monumento de esta victoria, los innumerables huesos que se ven en el campo que media entre Maravatío y Tzítacuaro."[2]

Los tecos cautivos de que aquí se habla eran de Tecamachalco y de Tecoac, pueblos situados al Oriente de México y sometidos al yugo de Moctezuma. Fueron llevados á Pátzcuaro y Tzintzúntzan y reducidos á la esclavitud en los oficios más viles,[3] permaneciendo desde entónces leales y sujetos á los reyes tarascos.

Despechados los mexica por los repetidos reveses que ha-

1. Es tradicion que en el sitio donde se puso la comida habia desde ántes una gran pila de una sola piedra, y cubierta de adornos, que los habitantes de aquella comarca, en sus fiestas, acostumbraban llenar de pulque. Esa pila existe hoy en la iglesia de Tajimaroa, sirviendo de pila bautismal.

2. Beaumont. Crónica de Michoacan, tomo III, págs. 117 y 118.

3. Moreno. Vida del V. é Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga, pág. 27, nota.

bian sufrido y no resolviéndose á combatir de nuevo á los tarascos en su propio terreno, prepararon otra expedicion que rápidamente se dirigió hácia el Norte, logrando sorprender las tropas de los purépecha que guarnecian á Querétaro, cuya plaza cayó en su poder. Siguangua no tardó en presentarse con su ejército en las puertas de la ciudad: el combate fué reñido, prolongándose por muchas horas, y la tradicion refiere que era tal el número de las flechas, que oscurecian el campo de batalla. La victoria se decidió por los tarascos, y desde entónces la calle en que fué más recio el combate se conoce en Querétaro con el nombre de *Caltzóntzin.* Los restos de los escuadrones mexicanos huyeron hácia Xichú, en donde fueron alcanzados y deshechos por las tropas de los tarascos.[1]

A medida que marchaba el tiempo, voces fatídicas anunciaban la proximidad de grandes y terribles sucesos.

Las predicciones de los sacerdotes de Huándaro, vagas é indeterminadas; las noticias traidas por los comerciantes que volvian de Honduras y de Nicaragua; la sucesion de extraños meteoros celestes; todo esto, no obstante la profunda reserva que el rey Harame guardó é hizo guardar á los partícipes del secreto, todo esto, decimos, comenzaba á ser sabido por el pueblo. Se hablaba en voz baja, se comunicaba entre las personas de mucha confianza; y como si el aire indiscreto llevase á todas partes las noticias, bien pronto no hubo un habitante que no estuviese impuesto de aquellos extraños y terribles agüeros.

En el imperio de Moctezuma, en su palacio mismo, habian observádose acontecimientos de incomprensibles misterios, cuya noticia circulaba entre el pueblo, inmensamente abultada en su imaginacion.

De la ciudad pasaba á las provincias, y parecia que la atmósfera estaba impregnada de genios invisibles que sembraban el terror y el pánico.

1. A esta accion hace referencia el padre Granados en "Las tardes Americanas," pág. 185.

Para no ser difusos respecto de los presagios que revelaron á Moctezuma la gravedad de su situacion, sólo referimos el siguiente que nos comunica el cronista Beaumont:

"Cogieron en la laguna de México un pájaro monstruoso á manera de grulla, de extraordinaria hechura y tamaño, y dando estimacion á la novedad se la presentaron al rey: era horrible su deformidad, y tenia sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella el emperador, y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche, entre cuya oscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que volvió los ojos al sol como quien no acababa de creer en el dia, y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló, en lugar de la noche, otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada que venia de parte del Oriente, haciendo grande estrago en los de su nacion."[1]

Como es de suponer, todos estos presagios llegaron á noticia de los michoacanos, produciendo aquella inquietud é inexplicable alarma del miedo á lo desconocido. Acaso Siguangua sabia de boca de su padre el verdadero orígen de aquellos rumores, y esperaba de un dia á otro el aviso de que los hombres misteriosos habian aparecido en alguna de las costas.

El espanto llegó á su colmo entre los tarascos, cuando comenzaron á sucederse casi sin interrupcion fuertes terremotos que hendian los templos de arriba á abajo, no siendo pocos los que fueron reducidos á escombros.

No habian de faltar en Michámacuan mismo algunos agüeros, anunciando la ruina del imperio. En efecto, reinando Siguangua, llegaron á su presencia algunos sacerdotes de Cuerápperi que servian en el templo de Tzinápecuaro, y le refirieron el siguiente sueño ó revelacion:

"Un señor llamado *Huichu*, régulo de Ucareo, tiene entre sus mujeres á una bella jóven á quien se apareció una diosa que dijo llamarse *Cutzi-Huápperi* (la hija de la luna), y ha-

1. Crónica de Michoacan, tomo III, pág. 126.

ciéndola tomar un narcótico, le recomendó que hiciese saber á Siguangua todo lo que iba á presenciar. La jóven soñó entónces que marchaba por un camino amplio (el que conduce á México), y repentinamente vió venir hácia ella una águila blanca, con un penacho en la cabeza. Tan luego como el ave llegó á donde estaba la muchacha, erizó las plumas y la miró con ojos grandes y encendidos que parecian los de nuestro padre el sol, emblema de Cuerápperi.

"El águila dió la bienvenida á la jóven y le dijo que se sentase en sus alas y no tuviera miedo de caer. Verificólo así la bella odalisca y sintió cómo era trasportada á las altas montañas en que se crian el azufre, el alumbre, el sulfato de cobre, el ocre y el almagre con que se embijan los guerreros. Luego la llevó á las hirvientes aguas de *Purúa*, en donde se petrifican las varas de las flechas que usan los ejércitos tarascos.[1] La condujo en seguida á la pintoresca cúspide de la montaña en que las aguas termales forman la *laguna verde* y la laguna larga, de linfa cristalina y encantada. En toda la cordillera hay respiraderos que vomitan vapores, entre los cuales el *Maritaro* asombra por su intensidad. Elevándose en el aire á una considerable altura, llegaron á la enhiesta cima del *Xhanuat-Ucacio*.[2]

"Allí vió la jóven que estaban sentados los dioses de las cuatro provincias, cada uno con la faz pintada respectivamente de negro, de rojo, de blanco, y amarillo, con guirnaldas de trébol ó de hilos de colores en la cabeza, y de distintas maneras trenzados los cabellos. Celebraban un banquete. Tenian gran variedad de alimentos y de frutas; y el vino tinto de *zitun* y el blanco del maguey corrian en abundancia.

"Presidia el festin el dios llamado *Curita-queri* (el gran tizon), que era el mensajero de los grandes dioses.

"Finalizada la comida, habló así el mensajero de los dioses:

"Oh, dioses de las cuatro partes del mundo: yo vengo del Oriente en donde se hallan congregados el Dios único que se

1. Véanse el "Teatro Americano" del padre Villaseñor y la "Estadística del Obispado de Michoacan" al hablar de Ucareo, Túxpan y otras poblaciones inmediatas á Zitácuaro.

2. Cerro en la Sierra de San Andrés; lleva el mismo nombre del cerro inmediato á Pátzcuaro, de que tantas veces hemos hablado.

eleva en la sagrada *Queréndangápeti*; el incandescente sol á que en los diversos dialectos de la tierra se da el nombre de Cuerápperi; la apacible y esplendorosa antorcha de la noche, nuestra madre Xharátanga, y el brillante lucero Uréndacua de faz bermeja y cabellera de oro.

"Sabed, pues, que en el Consejo celebrado por los grandes dioses se ha hablado de los hombres blancos, criados nuevamente, que tratan de venir á poblar este país. No lo podemos impedir, y pronto cesarán las fiestas y las ofrendas que nos tributan nuestros hijos. Antes de la aparicion de las estrellas errantes que han derramado su luz en el cielo de estas tierras, nos habiamos concertado para vivir unidos, y que sosegado el reino, viviésemos en paz. Mas todo ha cambiado. Id á los dioses de las cuatro partes del mundo y decidles, que ya no traigan el vino ni las dèmas ofrendas, como cuando estábamos prósperos. Que destruyan los vasos y las odres; que cese el sonido de las músicas y rompan los atabales y quiringuas; que apaguen los braserillos del incienso; que destruyan los templos y palacios y cubran con tierra sus escombros para que nazcan árboles y yerbas. Ocúltense los hombres, y las ciudades y los pueblos conviértanse en vastas soledades; á los dulces cantares del amor y á los bélicos himnos de la gloria, sucédase la fúnebre plegaria que anuncie la ruina y la desolacion de Michámacuan. Y tú, mujer, que estás aquí y que nos escuchas, publica lo que has visto y hazlo saber al rey Siguangua que gobierna en nuestro nombre.

"Los dioses lloraron: deshízose el concilio y la misteriosa vision quedó envuelta en las tinieblas.

"La hermosa sultana del serrallo de Ucareo despertó al pié de una encina. Recorrió templos, palacios y chozas, y cantando en lastimera melodía, anunciaba á los hombres la vision de su sueño. Al mirarla el pueblo, á veces la tenia por la misma diosa Cuerápperi que, sedienta de sangre, demandaba sacrificios; á veces se figuraba que era la terrible *guaricha* (la muerte) que venia á cegar la corriente de la vida.

"En seguida, convocando el cacique Huichu á los sacerdotes de Ucareo y Zinápecuaro, nos ha enviado á Tzintzúntzan para poner en tu conocimiento, rey Siguangua, los agüeros que acabamos de referirte."

Oyó gravemente Siguangua la anterior relacion, y luego, dirigiéndose á los sacerdotes, les dijo:

—Bien venidas seais, madres.[1] ¡Qué tristes noticias me traeis! ¿Qué he hecho yo á los dioses para merecer este castigo?

—No es un castigo que te envian los dioses á tí solo. Los reyes todos de esta tierra lo sufrirán igualmente. Ya lo habia profetizado nuestro padre Tariácuri cuando dijo que en el mundo se suceden los hombres á los hombres y en el cielo los dioses á los dioses.

Siguangua se entristeció; mas hubo de conformarse luego con la idea de que la pérdida del señorío seria general para todos los reyes de las naciones del Continente, y de que, miéntras él viviera, no habia de verificarse la catástrofe, y en consecuencia moriria en su trono.

Los sacerdotes recibieron muchos presentes de manos del rey y volvieron á dar cuenta del resultado de su embajada al rey Huichu de Ucareo.

Siguangua quiso ahogar en medio de los placeres del vino la terrible inquietud y el espantoso miedo que lo devoraban. Los negocios andaban mal administrados: sus hijos odiaban al primogénito y formaban banderías en el reino, y ya fuese por celo, ya por verdadero patriotismo, conociendo la cobardía de aquel, buscaban parciales y no hacian un misterio su intento de dividirse el reino á la muerte de su padre.

Los nobles y los plebeyos andaban tristes y cabizbajos; y sin aliento para el trabajo, dejaban perder sus sementeras.

Habia no sé qué de fatídico en la vida de aquella sociedad, no há mucho próspera y feliz.

Era la época de las quemazones de los pastos, y el sol apa-

1. Dice la *Relacion* que así trataban á los sacerdotes de Cueráppperi, tal vez porque servian á una diosa, y acaso por el mismo motivo sus trajes eran de mujer, lo mismo que las guirnaldas y atavíos. Suponemos que esta seria costumbre de los sacerdotes de Ucareo y Zinápecuaro, pues ya hemos visto que en Pátzcuaro y Tzintzúntzan, aunque con traje talar, los sacerdotes se ataviaban con los mismos arreos que los soldados. De notar es que los sacerdotes tarascos se abrian corona en la cabeza como los clérigos católicos.

recia en el horizonte como un inmenso disco rojo que subia lentamente, derramando sobre la tierra una luz amarillenta, opaca.

Muy pronto para aquellos pueblos, circuló la noticia del desembarco de los españoles en las playas del golfo. Los habitantes se miraban unos á otros y guardaban silencio, como si con no propalar la fatal nueva pudiesen alejar ó retardar, al ménos, el peligro.

Nadie levantaba la voz ni aun en las conversaciones familiares, y cuando en la vecina selva se desgajaba la rama de algun pino, se escuchaba en todas partes el fragor, el eco lo repetia de montaña en montaña, y los habitantes temblaban azorados.

A los pocos dias se supo que los tlaxcalteca habian sido derrotados por los hombres blancos en varios encuentros y que la capital misma de la República les habia abierto sus puertas.

La gente se agrupaba en corrillos y se comunicaba en voz baja tan infaustas nuevas. De noche, todos los vecinos se encerraban en sus casas, guardando profundo silencio, y desde lo alto de los templos, de cuando en cuando, los buhos dejaban escapar disonantes chillidos. Al escucharlos, los niños se refugiaban en el seno de sus madres.

Un dia se notó extraña y ya inusitada animacion en los patios del palacio real. Los altos señores de la Corte se encaminaban al alcázar.

Poco á poco la curiosidad fué haciendo salir de sus casas á los vecinos, y la grande avenida de la capital se llenó de numerosa muchedumbre.

En esos momentos aparecia en el extremo de la calle una faustosa comitiva, compuesta de diez de los principales nobles de la ciudad de México: se dirigieron al palacio, en donde el anciano Siguangua los recibió con toda la solemnidad debida á la alta representacion que traian. Pusieron á los piés del rey ricos presentes de turquesas de color aterciopelado y de pulidos *chalchihuites;* abundante acopio de plumajes y rodelas con cercos de oro, lienzos finísimos y límpidos espejos de obsidiana.

El rey invitó á los embajadores á tomar asiento, y por me-

lio de su intérprete, el sacerdote *Nuritan*,[1] les interrogó sobre el objeto de su embajada. El más anciano de los mensajeros tomó la palabra:

—Gran rey!—dijo á Siguangua, que parecia estar distraido, hiriendo con su flecha el suelo del aposento,—el poderoso monarca Moctezuma *Xocoyotzin* nos envia para decir á su hermano el gran *Caltzontzin*, que una gente extranjera se ha atrevido á penetrar en el territorio, diciéndose enviada de un magnífico emperador; que sus armas despiden el trueno y el rayo y hacen gran mortandad entre nosotros; mas esto no obstante, los ejércitos mexicanos ya los habrian vencido, si no fuera porque los tlaxcalteca y otros pueblos les ayudan con fuertes escuadrones, cuyo número es superior á nuestras tropas. ¿No irá el hermano de Moctezuma á socorrerlo contra los enemigos de la patria y contra los traidores?

Oida la embajada, respondió Siguangua: "Nuestros dioses, el sol y la luna, han escuchado vuestras palabras, y en su nombre os manifiesto que actualmente se hallan nuestros ejércitos conquistando en las cuatro fronteras del reino. Descansad, y miéntras nuestros escuadrones vuelven de la guerra, os acompañarán á Tenochtitlan algunos de mis nobles y mis intérpretes para ver á esa gente que decís."

Los embajadores fueron obsequiados espléndidamente y recibieron curiosos objetos para ellos y para el emperador Moctezuma.

Al dia siguiente emprendieron su camino, acompañados de los nobles michoacanos.

Miéntras duró el viaje de éstos, se hacian en Tzintzúntzan diversos comentarios y se proponian medidas extremas para conjurar el peligro. Llegóse á decir al principio que la embajada podia ser extratagema de los mexicanos para vencer y humillar á los purépecha; mas como la invasion de los españoles á México, la matanza de Cholollan y las batallas en que habian salido vencedores fueron confirmadas por varias tri-

1. Varias veces se halla esta palabra en la *Relacion*, como significando intérprete. Los españoles llamaban *nahuatlatos* á los intérpretes, mas ya hemos dicho que debe haberse referido este último nombre á los que hablaban el *nahuatl*.

bus otomíes que huian del teatro de los sucesos y venian á pedir hospitalidad á Michoacan, entónces la terrible noticia preocupó todos los ánimos: quiénes la atribuian á castigo por impiedad ó descuido en el culto de los dioses; quiénes se atrevian á dudarla, alegando que Tariácuri, Hirépan y Tangáxhuan no anunciaron jamas la venida de aquellas gentes; quiénes suponian á éstas descendiendo del cielo y habiendo pisado la tierra en el lugar en que la bóveda azul toca los lindes del horizonte.

Unos proponian que el pueblo se levantase en armas, otros que era llegado el tiempo de desandar el camino de las antiguas tribus y, abandonando á Michámacuan, volver á las remotas tierras de Guayámeo.

Entretanto, los sacerdotes hacian preparativos para que, llegado el momento oportuno, quedasen sepultados bajo de tierra los templos y palacios que no pudieran destruirse.

Entretanto se hacian estas conjeturas y se meditaban proyectos insensatos en Tzintzúntzan, los nobles é intérpretes michoacanos continuaban su viaje á la capital de los aztecas.

Para evitar cualquiera manifestacion de odio por parte del pueblo mexicano, los mensajeros tarascos fueron introducidos á México durante la noche, y llevados al palacio. Salió á recibirlos Moctezuma, tratándolos con afable cortesía y recibiendo agradecido los obsequios que le enviaba Siguangua. Oyó atentamente la embajada, y para satisfacer los deseos del rey de Michoacan, dió sus órdenes á fin de que una comitiva formada de nobles principales y una numerosa escolta de guerreros, acompañase á los purépecha hasta que pudiesen ver el campamento español; á este efecto un hermano de Moctezuma presidia la comitiva y llevaba mision oficial de hablar con Hernan Cortés, rogándole que no pasase á México y se le daria cuanto oro quisiese *para curar su mal de corazon*;[1] com-

1. Palabras de Hernan Cortés para disimular su codicia. Orozco y Berra, tomo IV, pág. 134. El P. Fray Gerónimo Moran, hablando de las riquezas de un templo del Perú, dice que "bastaban á hartar la hambre de cualquiera gente, salvo la de los españoles que fué la mayor que se lee en la historia." "Repúblicas del Mundo," parte 2ª, pág. 361.

prometiéndose el emperador de México á pagar tributo á los reyes de España.

En efecto, los embajadores se embarcaron en lujosas canoas que los trasportaron á Texcoco: encumbraron luego una serranía hasta llegar á una meseta en que estaban los reales del ejército castellano y los numerosos cuerpos de tropa de los aliados *tlaxcalteca*, *cholulteca*, *zempoalteca* y *huexotzinca*.

Tan luego como avistaron el campamento, el hermano de Moctezuma, dirigiéndose á los michoacanos, les dijo:

—Hé allí á los extranjeros y á sus auxiliares. ¿Qué podrá ese puñado de hombres, por muchos que sean los traidores que los acompañan, contra los esfuerzos unidos de Anáhuac y Michhuacan? Vosotros sois hábiles flecheros, y tan valientes y osados como los guerreros azteca. Esos ejércitos que veis, quedarán destruidos. Dos reinos son nombrados en la tierra: México y Tzintzúntzan, en donde están los templos de nuestros dioses. ¿Los dejarémos destruir?

Los mensajeros de Tzintzúntzan oian este discurso que era la expresion de sus más íntimos pensamientos, pero discretos y reservados, no contestaron al hermano de Moctezuma, fingiendo estar absortos á la vista de los extranjeros.

Llegaron al campamento, y miéntras los embajadores mexica desempeñaban su cometido, los michoacanos examinaron á los invasores, admirando sus petos y cascos de acero, sus brillantes armas y su aspecto marcial. Los caballos llamaron fuertemente su atencion; les agradaba la gallarda figura y fáciles movimientos de aquellos animales.

Luego fijaron curiosa y ávida mirada en el capitan español, en cuyos ojos se leian el genio y el valor: su continente grave, á la vez que expresivo, les infundió una mezcla de sincera simpatía y de extraño miedo. Aquel hombre, en efecto, parecia un semidios.

¿Por qué fatal destino, ni Cristóbal Colon ni Hernan Cortés se adelantaron á su tiempo para comunicar á la raza americana los gérmenes del progreso intelectual que se iniciaba ya en Europa? Los dos amaban á los indios; pero los dos, instrumentos de un ciego fanatismo, no trajeron á la América más que las causas de la ruina y de la destruccion de millares de naciones. Éstas habian entrado de lleno en el

camino de una civilizacion extraña y peculiar, es cierto, pero no por eso ménos poderosa y activa.

¡Cuánto habria ganado el progreso del mundo si ambas civilizaciones se hubiesen amalgamado! Las artes mismas, la mecánica, la astronomía de los indios, ¿no hubieran prestado su contingente al adelanto de la ciencia europea? La América no se habria despoblado, y millones y millones de brazos, y mil y mil inteligencias habrian concurrido á la obra del porvenir.

Al contrario, ¡sólo desolacion y muerte, sólo ignorancia y servidumbre sembraron en América los heraldos de la Europa!

¿Fueron faltas y crímenes del tiempo? El fanatismo era un cáncer en el Viejo Mundo que vino á trasplantarse al Nuevo Mundo.

La verdad es que miéntras los españoles se indignaban por los sacrificios humanos que en América se ofrecian á los ídolos, en España se encendian las hogueras de la Inquisicion y se quemaban víctimas humanas en aras de un dios de paz y de misericordia! Aquí se abatian los ídolos despeñándolos de lo alto de los templos, y allá se convertia á Dios en horrible Huitzilopochtli!

La embajada regresó á México. Moctezuma despidió á los mensajeros michoacanos, encareciéndoles la necesidad é importancia de la alianza. Les hizo ver la conveniencia de unir sus fuerzas para exterminar en México á los invasores, y que de este modo quedaria Michoacan libre de la presencia de los extranjeros. Si el resultado era adverso, perecerian juntos los dos pueblos, ántes de que sus habitantes fuesen convertidos en esclavos. Les rogó, por último, que permitiesen de nuevo el paso de sus tropas por la línea de pueblos que en Michoacan habia servido para tránsito de las tropas mexicanas, permiso negado desde la fatal campaña de Axayacatl.

Respecto de este último punto, asumiendo toda responsabilidad los embajadores michoacanos, quedó celebrado un pacto, del que hizo uso inmediatamente el emperador azteca,

librando órdenes á los pueblos de la costa del Pacífico que le estaban sometidos, para que le enviasen tropas auxiliares.

Siguangua recibió á sus mensajeros, aprobó el tratado de tránsito que celebraron con Moctezuma, recordando que en efecto aquella línea de pueblos habia sido camino comun entre mexicanos y tarascos, cuando éstos, en remotos tiempos, solian ir á México.[1] Mas respecto de la alianza ofensiva y defensiva, el odio que se tenian aquellos pueblos, ofuscó la inteligencia del anciano Siguangua, y dijo:

—"No podemos tener confianza en los mexicanos. Acaso sólo tratan de entregarnos á los españoles. Si éstos vienen á Michámacuan, aquí pelearémos defendiendo nuestras tierras. Entretanto, que el pueblo se dedique á la oracion y los sacerdotes no descansen en hacer ofrendas á los dioses para que Cuerápperi y Xharátanga nos sean propicias."

Otro azote terrible, importado por los españoles, vino tambien á herir de muerte á los habitantes de estas tierras. La peste de viruelas traida por un negro que venia en la tropa de Pánfilo Narvaez, se derramó por todas partes causando espantosa mortandad.

En Michoacan se cebó principalmente en la clase sacerdotal y en la nobleza, siendo su más ilustre víctima el anciano valeroso, el que podia haber sido invencible sostén de la independencia, el venerable rey Siguangua.[2]

Sus restos, despues de las pompas de la incineracion, fueron inhumados en la necrópolis real de Itzí-parámucu.

¿Por qué gemia el pueblo en tristísimos sollozos? ¿Lamentaba la muerte de Siguangua, ó lloraba la elevacion de Tzimtzicha al trono de los valientes reyes?

1. *Relacion*, pág. 82, al fin.

2. La muerte de Siguangua debe haber acaecido á fines de 1520 ó en principios de 1521. En los Anales del Museo Michoacano se dice que Siguangua falleció de las viruelas, y señala el autor el año de 1519 como el de la fecha de la muerte. Este es un error, pues Pánfilo Narvaez, en cuyo ejército vino la epidemia de viruelas, llegó á las playas de México en 1520.

CAPÍTULO XXX.

Extension y límites del reino de Michoacan.—Tangáxhuan II, llamado comunmente Zintzicha.—Su carácter.—Manda asesinar á cuatro de sus hermanos.—Ultima sublevacion de los tecos.—Victorias de Tzecanda.—Embajadores mexicanos.—El ejército de los purépecha.—Toma de México.—Villadiego.

EN los momentos en que los españoles pisaron el suelo de México, Michoacan confinaba al Este con el reino de *Tlacópan* é imperio mexicano; al Norte fijaba sus fronteras en Xichú y Cuanec-huato, si bien extendia más al septentrion sus correrías en guerras con las tribus chichimeca; por el Poniente, los reinos de Cuinao, Tonállan y el lago de Chapállan, lo separaban de los demas señoríos de Xalisco; pero más allá, el territorio de Coliman y la costa del Pacífico le pertenecian, si bien en constante lucha con las legiones azteca que le disputaban la posesion; y por el Sur algunos pueblos del señorío de Zacatóllan, y los que, teniendo por cabecera á Pómaro, se extendian en las playas del grande Océano, todos reconocian el imperio de los tarascos.[1]

1. En la página 207, tomo II, de la Historia de México por el Sr. Orozco y Berra, hallamos una nota que con la parte relativa del texto es como sigue:

"Noticias sacadas de una informacion judicial, practicada en 1594, á pedimento de D. Constantino Huitziméngari, nieto de Caltzontzin, último rey de Michoacan, con objeto de probar la extension de sus dominios. La determinacion genérica de los límites se encuentra en la siguiente pregunta del interrogatorio, absuelta de conformidad por los testigos. El documento que aquí se extracta es copia, no muy correcta, que sacó D. Mariano Veytia de

Subió al trono de Michámacuan el primogénito de Siguangua, hombre de edad madura, pues ya tenia en esa época hijos en la edad viril.

Habíasele puesto desde niño el nombre de Tangáxhuan en memoria del ilustre guerrero padre de Tzitzic-pandácuare. No correspondió, sin embargo, su valor al de su homónimo, y el pueblo lo llamó siempre Tzimtzicha.[1] Este es el rey más conocido en la historia con el nombre mexicano de Caltzontzin.

Era Tzimtzicha de carácter débil, reservado, hipócrita y de perversos sentimientos. Su religion, el fanatismo mas exagerado, el culto exterior con sus pompas y sus exageraciones,

la de Boturini, quien menciona su original en el § XIV, número 3, del Catálogo de su "Museo Indiano." Nota del Sr. Ramírez." (Orozco y Berra, págs. 207 y 208, tomo II).

"Item si saben que Don Francisco Tangajuan padre de Don Antonio Hui-"tziméngari y abuelo de dicho D. Constantino hijo del dicho D. Antonio, se "extendia y tenia á los términos con la provincia de México nueve leguas de "ella, hasta Ixtlahuacan, que cae en el distrito de Toluca, donde llegaron la "gente de guarnicion de dicho D. Francisco Tangajuan, gran Cazontzin, y "desde dicho pueblo dq Ixtlahuacan, hasta la mar del Sur ciento y cincuenta "leguas, y desde la provincia de Zacatula atravesando ácia el Norte hasta Si-"chú, que son más de ciento y sesenta leguas, en lo cual entran y se incluien "muchos y muy grandes pueblos, que hasta agora están poblados de mucho "número de gente como son la ciudad y provincia de Michhuacan y la de Cu-"lima y Zacatula, pueblos de Avalos, y todos los demas pueblos contenidos en "el Memorial firmado de dicho D. Constantino, que pide se muestre á los tes-"tigos para que digan lo que saben."

1. Los cronistas escriben este nombre Zinzicha. Dicen que significa "el de los buenos dientes." El Br. D. Juan Martínez, en la "Relacion de la Ciudad de Pátzcuaro," lo llama *Tzintzicha*, y dice que quiere decir "hombre que edifica fortalezas."

La primera etimología es absurda; porque los nombres se daban por alguna accion gloriosa, por alguna cualidad característica ó por alguna semejanza á algo. Pero llamar á aquel rey "el de los buenos dientes," cuando no hay indio que no tenga buenos dientes, seria haberle dado un nombre comun á todos y no uno distintivo.

Está bueno que *sini* signifique "dientes," pero ¿dónde está siquiera una partícula que signifique *buenos*? El Sr. Leon, al ocuparse de este asunto en los Anales del Museo Michoacano, sigue la misma opinion y dice que el nombre está formado de *tzini*, diente, y de *echa* partícula del plural: entónces el nombre del rey significaria simplemente "dientes" ó "el de los dientes;" pero ni esto puede ser cierto, pues el Sr. Leon ha de saber, como lo dicen los autores de gramáticas tarascas, entre ellas la de Lagunas, publicada en los Anales del

pero sin una fe arraigada en los principios de moral que son comunes á todas las religiones.

Ni la historia, ni la tradicion nos refieren ningun hecho de armas en que haya intervenido este rey, y los demas rasgos de su carácter quedarán comprobados en el relato de este capítulo.

Parece, segun indica la *Relacion*, que se vaciló respecto de la persona que habia de suceder á Siguangua. Invariable regla habia sido entre los tarascos que heredara el trono el primogénito. "Entraron en consulta los viejos que habian sobrado de las enfermedades (de viruelas) sobre alzar otro señor;" mas despues de prolongada discusion fijáronse en Tzimtzicha y, dirigiéndose á su palacio, le dijeron:

—"Señor, sé rey. ¿Cómo ha de quedar desierto y anublado el reino?"

—"No digais eso, ancianos, dad el cetro á alguno de mis hermanos menores. Yo seré padre de ellos. Allí teneis tam-

Museo Michoacano, que en el idioma tarasco los séres inanimados *no tienen plural*, supliéndose el género con un numeral antepuesto á la palabra.

Todavía más aproximada á lo justo es la etimología del Br. Martínez. En su concepto, sobrentendido, el nombre debia componerse de *Tzintziri*, que significa "albañil," y de *Achá*, "señor," y por eufonía, haciendo la elision correspondiente, debia quedar *Tzintzicha*, "el Señor de los albañiles," es decir, el edificador. No tendriamos inconveniente en aceptar este orígen de la palabra, si no tuviéramos otro que está más de acuerdo con lo que la tradicion conserva todavía de aquel rey.

El verbo *Tzimtzímeni* significa "cecear," y la partícula *cha* sirve para localizar en la garganta la accion de un verbo, como puede verse en los varios autores de gramáticas tarascas.

Ahora, al formar el compuesto se suprime la final del verbo (este es el mecanismo que emplea el tarasco), y lo que pudiéramos llamar la raíz se une á la partícula *cha* y queda *Tzimtzicha*, significando entónces "el que cecea." Así pues, no tiene razon el editor de los Anales del Museo Michoacano cuando, refiriéndose al Sr. Riva Palacio, dice: "Algunos escritores de la época presente y en obras recientemente publicadas, aseguran significa ó debe interpretarse tal palabra *voz dulce*, "palabras agradables," opinion que, en nuestro concepto, no descansa en fundamento alguno, pues no lo exponen, y será tal vez simple conjetura, con lo que no estamos de acuerdo." Supuesto lo que hemos dicho, el Sr. Riva Palacio no carece de fundamento para decir que *Tzimtzicha* significa "el de la voz dulce," y esto va de acuerdo con la tradicion que supone á *Tzimtzicha* un hombre afeminado. Los españoles cambiaron el nombre de *Tzimtzicha* por *Cincica*, *Cincicha* ó *Zinzicha*, y el P. Cabo, en su obra "Los tres siglos de México," lo llama *Bimbicha*.

bien en Coyúcan al rey Punguar-Achá, descendiente de Hirépan. Escoged entre todos ellos."

Esta comedia que debia tener tantas escenas trágicas concluyó por de pronto con la coronacion de Tzimtzicha.

Tales acontecimientos se verificaron en el año de 1521; la elevacion al trono de Tzimtzicha coincidió con la permanencia de los españoles en México en tiempo de Moctezuma. La alarma era general, y en consecuencia las fiestas acostumbradas estuvieron tristes y muy poco concurridas.

El pueblo destruia á gran prisa los templos y los palacios por órden de los sacerdotes, conservando unos cuantos, los más humildes, para las necesidades del culto.

A aumentar la tétrica situacion de los ánimos vino la noticia de una cruel órden dictada por el rey.

Imputó á cuatro de sus hermanos el crímen de adulterio y sacrilegio, y los mandó ejecutar. Despues lloraba amargamente y echaba la culpa de estas muertes á un consejero llamado Timas.[1]

La verdad de las cosas es que tuvo celos de ellos, porque más populares que él, llegaron á ser candidatos al trono. Es de presumirse que aquellos jóvenes serian partidarios de la guerra contra los españoles y que han de haber tenido arraigadas simpatías en el ejército.

Con tal acto de impiedad inauguró Tzimtzicha la efímera y malhadada éra de su reinado.

Despues de estos infaustos dias se supo en Tzintzúntzan que habia estallado una nueva y terrible sublevacion de tecos en ocho pueblos de las inmediaciones de Tzacapu; Huécaro,[2] situado al Oriente del lago, era el centro de operaciones de los rebeldes.

La alarma general del país y la debilidad de Tzimtzicha, indujeron seguramente á aquellos indómitos guerreros á buscar una vez más su independencia.

Incapaz el rey de los tarascos de manejar un ejército, ni ménos de darle ejemplo de moralidad y de valor, encomendó las operaciones de la campaña á un famoso capitan que se habia distinguido en cien batallas.

1. El bronceado.
2. Lugar escogido.

Tzecanda[1] se llamaba el guerrero. Organizó prontamente un ejército y marchó sobre el enemigo.

Al amanecer del dia siguiente, el ataque se hizo simultáneo sobre las ocho poblaciones: Tzecanda personalmente dirigia el asalto en la amurallada fortaleza de Huécaro. Se veia brillar en sus manos una macana de cobre fino y terso, cuyo temple semejaba al del acero. Por donde quiera que avanzaba se abria ancho surco sembrado de cadáveres. Escaló los altos muros, tomó uno á uno todos los reductos, y, llegando al pié del gran templo, coronado de torres y chapiteles, sobre el cual descollaba una bandera con el Pito-Real, símbolo de aquella comarca de los tecos, subió los escalones y acometió al jefe de los enemigos, quien desde el interior del camarin de madera no dejaba descansar el arco. Las flechas de este caudillo iban certeras al corazon de los asaltantes. Cargaron sobre él grupos de guerreros que, al querer franquear la puerta, caian exánimes á los golpes de la poderosa maza que era en las manos del héroe instrumento de muerte. Tzecanda se presentó en el lugar de esta escena é invitó al caudillo á un combate singular, que fué aceptado en el acto. Las espadas de cobre parecian rayos que serpenteaban al rededor del cuerpo de cada uno de los gladiadores: se oia el choque del arma en los escudos que embrazaban. La respiracion era fatigosa, el sudor bañaba los rostros y la lucha se prolongaba. Como de mútuo acuerdo los guerreros se separaron un momento para descansar. Tzecanda fué á sentarse sobre una de las almenas del templo, y el jefe de los tecos penetró al interior del camarin.

De repente una negra y espesa columna de humo se desprendió de la bóveda de aquel sagrado aposento: las lenguas de fuego lo rodearon; y pronto, en medio del incendio, apareció la atlética figura del rey de los tecos, imponente y serena, dibujándose una sonrisa de desprecio en sus labios.

1. El de las cicatrices. Existe cerca de Tzacapu un lugar que se llama Zacándaro, adulteracion de Tzecándaro, "donde vive Tzecanda."

El cuerpo de aquel héroe quedó reducido á cenizas.[1]

Tzecanda contempló admirado tanto valor, tan sublime sacrificio.

Por órden de Tzimtzicha los ocho pueblos fueron arrasados, y los habitantes que no cayeron prisioneros, vagaron fugitivos y hambrientos por las espesuras de los bosques.

Tzecanda mismo lleva á Tzimtzicha la noticia de la victoria; al entrar al palacio deja á uno de sus criados el manto finísimo que cubria su espalda, porque ningun noble podia entrar cubierto al aposento real.

"El general, de pié, apoyándose en un desmesurado arco que tiene en la mano izquierda, miéntras por lo alto de la espalda derecha deja asomar el carcax cargado de flechas," presenta al emperador los cautivos y el botin cuantioso. Tzimtzicha recibe al guerrero. Está sentado el rey en rico sillon de madera fina. "Lleva el cuerpo cubierto de una túnica de color de púrpura, de cuyo color son tambien las cáligas de sus sandalias, adornada su cabeza con una diadema verde, de cuyo centro se levantan tres vistosas plumas, la de en medio encarnada y las otras dos azules, y lleva en su diestra la flecha que le sirve de cetro: carga un arco y carcax de las mismas dimensiones y hechura que el de Tzecanda. En el arco engastadas muchas esmeraldas, y la aljaba de oro cuajada de pedrería.[2] El emperador oye á Tzecanda, con apacible y benigna gravedad, y extiende el dedo índice de la mano dere-

1. Esta escena es imitativa de la de Guacaypuro, jefe de los teques en Venezuela, que no quiso caer prisionero de los españoles, batiéndose sin cesar, hasta que la cabaña en que se defendia fué presa de las llamas, quedando él mismo reducido á cenizas.

2. Estos eran el traje y los atavíos del rey de Michoacan, segun puede verse en el siguiente pasaje:

"Entró el rey por el palacio hácia donde estaban ellos, mostrando muy buen semblante: iba muy galan y majestuoso, llevando su arco en la mano, engastadas en él muchas esmeraldas, y á las espaldas una aljaba de oro cuajada de pedrería, que con los rayos del sol el arco y la aljaba relumbraban mucho." Beaumont, tomo III, pág. 24.

cha y hace donacion al vencedor de los ocho pueblos conquistados."[1]

El rey estaba contento: habia sabido en su oportunidad la derrota de los españoles en la Noche Triste, y su odio á los mexicanos no lo cegaba hasta el grado de desear el triunfo de los extranjeros que se presentaban, al cabo, como enemigos más temibles que los reyes de México. Sabia que estaba rodeado de valientes y experimentados capitanes, y contaba con un ejército de súbditos más numeroso que el que podian levantar los reyes azteca. Se prometia, pues, largos años de un reinado pacífico para entregarse á los placeres.

No veian de este modo la situacion los hombres prominentes de Michoacan. Muerto Moctezuma, habia subido al trono el valeroso y discreto *Cuitlahuac*, hijo de Axayacatl,—año de 1520,—quien desde ántes, apénas salido de la prision en que lo tuviera Hernan Cortés, habia asumido el mando político y militar del imperio. "Tarea gigantesca—dice el Sr. Orozco y Berra—ponia en sus hombros Cuitlahuac, al pretender reorganizar el imperio, apuntalando las vacilantes monarquías del valle." Mas contra propios y extraños acometió la empresa el digno antecesor de Cuauhtemoc.

Entre las medidas que tomó desde luego, fué una "la de mandar embajadores á los diversos pueblos: los enviados debian representar las tiranías y crueldades de los invasores, la usurpacion que del poder habian hecho, el peligro comun para todos de perder sus haciendas y nacionalidad."

Tzimtzicha recibió la embajada y ofreció enviar sus tropas en auxilio de los mexicanos, mas no cumplió nunca la oferta.[2]

Cuitlahuac muere víctima de la peste de viruelas, y en el mismo año de 1520 sube al trono de México el héroe más grande de nuestra historia, aquella águila que descendió de las alturas del cielo, á donde nadie como ella se habia remontado nunca, el jóven y gallardo *Cuauhtemoc*.[3]

Inteligente, activo, simpático y cual nadie esforzado, se

1. Este episodio está tomado de las "Cartas mexicanas del Illmo. Sr. Moxó," y hemos copiado literalmente algunos de sus párrafos.

2. Orozco y Berra, tomo IV, pág. 472.

3. Su nombre significa, en idioma mexicano, "Águila que cae."

consagró á la defensa de la patria, levantando ejércitos, acaparando provisiones, llenando de armas los arsenales é inspirando en el corazon de sus súbditos el patriotismo santo é incondicional que ardia en su pecho.

"Envió embajadores en todas direcciones, solicitando socorros y alianzas."

¿Cuál habria sido la suerte de la América, si Cuauhtemoc hubiera visto agruparse en su derredor á los ejércitos de todas las naciones de esta parte del Continente? Acaso entónces la civilizacion europea hubiera sido una mansa corriente de aguas cristalinas, regenerando á la civilizacion salvaje de los indios!

"Desgraciadamente la confederacion fué rechazada por los pueblos, no tanto por el miedo hácia los castellanos, cuanto por sus antiguas enemistades entre sí y por el odio á los aztecas."

Refiere la tradicion que Tzimtzicha estuvo á punto de ceder á instancias de sus capitanes, y que ya estaba en pié de guerra un formidable ejército; mas su alma cobarde y vacilante no pudo comprender los elevados sentimientos de su pueblo, y mandó disolver los escuadrones.

Los embajadores mexicanos regresaron á México sin llevar ninguna resolucion de Tzimtzicha.[1]

Apareció el sol del 13 de Agosto de 1521. La ciudad de Tenoch, la hermosa sultana del Anáhuac, convertida en escombros, cayó exánime, pero orgullosa todavía, á los piés del astuto y valiente Hernan Cortés.

La gran catástrofe de ese dia no produjo otro ruido en la

1. La *Relacion* supone que estos embajadores fueron sacrificados por el rey de Michoacan (pág. 84). Probable es que se confunda este hecho con el que más adelante se refiere en la leyenda de Villadiego, siendo este último el que está de acuerdo con la tradicion. Ninguno de los historiadores de México consigna el hecho bárbaro de que los tarascos hubiesen sacrificado á los enviados de Cuauhtemoctzin, hecho que por importante no hubieran omitido. La Sra. Gómez de Avellaneda, en su novela "Guatimotzin," se limita á reprochar á los tarascos absurdas exigencias sobre los mexicanos, en cambio del auxilio solicitado; pero no funda en dato alguno su asercion (pág. 115).

grande extension del territorio que el choque de las cadenas que se arrastraban por el suelo.

La Naturaleza, empero, se vistió de luto, y en la noche de aquel dia la tempestad estalló en el cielo de México, oscura, imponente, preñada de rayos.....

Tenia Tzimtzicha una hermana menor llamada *Atzimba*,[1] jóven de veinte años y de hermosura singular. Ultima hija de Siguangua, habia sido el encanto y las delicias del anciano: los nobles la amaban por su belleza, las mujeres la distinguian por la modestia y dulzura de su carácter. El mismo Tzimtzicha, egoista é indolente, habia concentrado en ella el único afecto tierno, puro y sincero de su pecho.

Impresionable como toda mujer delicada, los acontecimientos de la conquista la afectaban profundamente, sin darse cuenta del orígen de aquella impresion. ¿Era el amor de la patria, amor inconsciente y vago, que despertaba en su alma? ¿Era el temor á lo desconocido?

Fuese cualquiera la causa del extraño malestar, Atzimba cayó en una profunda melancolía y sus deudos llegaron á temer por su vida.

Tzimtzicha convocó á los más hábiles xhuríquiecha del reino, y su opinion unánime fué que la jóven estaba enhechizada y que seria conveniente enviarla á las fuentes termales de Zinápecuaro,[2] consagradas á la diosa Cuerápperi, para limpiar su cuerpo de la tristeza; y para purificar su alma, la doncella debia ser consagrada al culto, como la esposa inmaterial del sol.

El consejo fué aceptado. Atzimba, con una brillante comitiva, se dirigió á los floridos campos de Queréndaro, y luego á las pintorescas campiñas de Vocámeo y de Táimeo.[3]

1. Significa "la hermana menor."

2. Lugar de curacion. Se ha creido generalmente que Tzinápecuaro significa lugar de *tzinapu*, *obsidiana*. *Tzináparo* es el que tiene esta etimología, y viene de tzinapu que pierde la *u* final y de *aro*, partícula locativa. *Tzinápecuaro* se compone de *tzinápecua*, que significa curacion, y del subfijo *ro*, partícula locativa.

3. Deben ser *Uecámeo*, que significa "derrumbadero," y *Támio* que es un "hoyo ademado."

"Junto á este pueblo hay unas peñas, las que tienen dos bocas, y de ellas salen dos brazos de agua, el uno muy cálido y el otro frigidísimo, pero uniéndose los dos á corta distancia, la frialdad del uno templa lo ardiente del otro, y entónces aprovechan á la salud sus baños." [1]

En estas deliciosas termas que en aquellos tiempos estaban rodeadas de jardines y de bosques de flores aromáticas, la princesa permaneció algunos dias. Despues fué conducida á Zinápecuaro, y en medio de faustosas ceremonias, tomó el velo de la Huchâar-Nande,[2] la jefe ó cabeza principal de las guanánchecha.

En aquel triste y solitario albergue iba á consumir Atzimba los años de su vida.

Allí se la veia recorrer los verdes bosquecillos que existian entre la casa de las vírgenes del sol y el palacio, entónces desierto, de los reyes de Michoacan. Ignorante de lo que pasaba fuera de aquel sagrado recinto, pero llena de curiosidad por saberlo, cada dia más bañaba su semblante el tinte pálido de una letal melancolía. A veces caia en un profundo abatimiento, á veces experimentaba contracciones musculares ó falta de sensibilidad. Los síntomas de una enfermedad desconocida traian cada dia más alarmados á cuantos la rodeaban.

Miéntras que la princesa era víctima de tan extraña y peligrosa situacion, ¿qué pasaba en el teatro de la vida pública? ¿Los españoles se habian contentado con su conquista de México y limitaban ya el furor de sus armas? Si así no era, ¿qué pensaba Tzimtzicha, el indolente, el sibarita rey de los tarascos? Los guerreros purépecha vagaban tristes y avergonzados por los campos de la patria, sin arco y sin carcax.

Hernan Cortés, en su palacio de Coyohuacan, se consagra-

1. Villaseñor. "Teatro Americano," cap. XII.

El Sr. Romero, en su "Estadística del Obispado de Michoacan," dice que estas aguas contienen gran cantidad de sulfato de barita.

2. Se llamaba tambien *Huriat-pari*, "la que lleva el sol," pero le daban el nombre de *Huchâar-Nande* (nuestra madre), y esta costumbre dura todavía entre las actuales *guanánchecha*.

ba á la reedificacion de México, á la reorganizacion del gobierno y al cuidado y fomento de las arcas reales, sin dejar por eso de tomar informes de los reinos lejanos, de la riqueza de sus tierras y de sus elementos de poblacion.

"Comenzaban á ser ya en estos dias más precisas y halagüeñas las noticias sobre el gran reino de Michoacan. Cortés, teniendo conocimiento de ese reino por las conversaciones de los mexicanos, envió á un soldado apellidado Villadiego, que conocia y hablaba el idioma de los mexicanos, con objeto de que fuese á explorar las tierras de Michoacan, dándole por compañía algunos naturales amigos y proveyéndole de objetos de los que acostumbraban regalar los españoles y eran de tanto aprecio en el país como presentes ó como rescates de oro; pero Villadiego partió y no volvió nunca á saberse de él ni de los que lo acompañaban."

Todos los historiadores de la conquista nos dicen lo mismo que acabamos de copiar. Extraño en gran manera es, que jamas se haya tenido noticia alguna de Villadiego ni de los naturales de México que lo acompañaron en su expedicion; pero nosotros, refiriéndonos á una vaga tradicion, vamos á procurar saber el paradero de aquel soldado. Antes dirémos que la *Relacion* que nos ha servido de guía en gran parte de este relato, menciona á un español que llegó á Taximaloyan el dia 23 de Febrero (suponemos que de 1522), en la fiesta de *Purecoragua*. Venia en un caballo blanco, estuvo dos dias en aquella poblacion y tornóse á México.[1]

Nadie más que Villadiego puede haber sido ese español del caballo blanco; pero miéntras que el cronista tarasco nos dice que aquel tornó á México, los historiadores de Cortés afirman que no volvió á tenerse noticia de su paradero.[2]

En efecto, Villadiego y su comitiva de nobles mexicanos llegaron á Taximaloyan durante las animadas fiestas en que los tarascos renovaban anualmente los utensilios de su cocina, estrenando molcajetes, metates y demas objetos.

El español se dijo enviado de Hernan Cortés. El cacique

1. Véase la *Relacion*, pág. 85.

2. De aquí trae orígen el refran de "Tomó las de Villadiego," aplicado á alguna persona que desaparece sin razon ni motivo alguno.

del pueblo vaciló dos dias, meditando si dejaria ó no pasar á los mensajeros. Recientes estaban los acontecimientos de Tenochtitlan, y aunque Tzimtzicha no se preocupaba de la suerte del imperio que le estaba encomendado, los generales de su ejército ardian en deseos de medir sus armas con las de los españoles. Por fin, el señor de la frontera michoacana tomó la resolucion de aprehender en la noche á los extranjeros y enviarlos secretamente á su rey. Si éste los recibia como embajadores, se habria cumplido el objeto de la embajada; pero si el rey queria sacrificarlos, iban ya prisioneros, conducidos con toda reserva, á fin de que, juzgándolos extraviados en los caminos, el general español no tuviera pretexto para intentar nada contra Michoacan. Al pueblo se le hizo entender que los mensajeros habian regresado á México.

Los presos caminaron de noche; eran vigilados con mucho cuidado y llegaron á Zinápecuaro al amanecer. Sus guardianes tenian la órden de encerrarlos en el palacio real en esta última poblacion y dar parte de su prision á Tzimtzicha para que ordenase lo que le pareciera.

La mañana estaba fria; el sol comenzaba á dorar la cima de los montes. Atzimba recorria por milésima vez los bosquecillos del palacio, cuando repentinamente vió penetrar en el recinto á un gallardo mancebo ginete en un caballo blanco y llevando en la mano la brillante espada toledana. Rodeábanlo multitud de guerreros con los arcos preparados.

Atzimba quedó inmóvil contemplando la aparicion. Villadiego á su vez fijó sus ojos en los de la princesa, y la mirada larga y ardiente de aquellos dos séres, fué un manantial de fuego para sus corazones.

Los soldados se apresuraron á introducir al español al patio del palacio y lo encerraron en un calabozo.

La princesa, de pié y extendido el brazo hácia el Oriente, en cuya direccion estaba la puerta del alcázar, quedó herida de una inmovilidad completa, como petrificada y conservando la actitud que tenia al desaparecer el mancebo.

Las guanánchecha que la servian no se atrevieron á interrumpir el éxtasis de Atzimba, la contemplaron largo rato,

mas al fin cayó en tierra la jóven, y una de aquellas, llena de terror, exclamó:

—¡Nuestra madre está muerta!

Aquel grito fué oido en el palacio de las vírgenes del sol, y pocos momentos despues las guanánchecha y los sacerdotes rodeaban el cadáver de Atzimba.

Los criados salieron en todas direcciones á dar la fatal noticia, y los nobles y gran parte del pueblo acudieron á prestar sus auxilios.[1]

El cadáver fué conducido al gran salon en el palacio de las vírgenes del sol. Lo lavaron con agua impregnada de plantas aromáticas, le pusieron ricas vestiduras, y colocándolo en finísima estera, lo rodearon y lo cubrieron de rosas. Y ¡cosa extraña! aquel cuerpo conservaba las posturas que las guanánchecha le imprimian para las operaciones indicadas. Por fin Atzimba quedó suavemente reclinada en su lecho de flores, cruzados los brazos y los ojos medio cerrados.

El sol hundia su frente en el Ocaso, en esa hora de indecible misterio que los tarascos llaman *inchátiro*, cuando las vírgenes del sol condujeron en hombros el cadáver de aquella que llamaban su madre.

Tristísimos eran los cantares fúnebres que entonaban las doncellas. La concurrencia porrumpia en tiernos sollozos y en el templo tañian los sordos caracoles.

Habia entre los floridos setos del parque real una yácata nueva, cubierta en la parte exterior de verde césped y de flores, y la gruta del interior estaba sembrada de plantas de sombra, de oscuro y húmedo follaje.

Allí depositaron el cadáver, encendieron en torno de él multitud de braserillos con incienso, y, colocando á un lado búcaros llenos de agua y cestos con variados alimentos,[2] la que fué en vida jóven hermosa de expresivo semblante, inanimada y lívida se quedó sola en el fondo de la yácata.

---

1. El caballero Boturini refiere esta leyenda en lo sustancial de ella. La catalepsia era la enfermedad de esta doncella, y no es raro que los que la padecen ofrezcan los caracteres que aquí describimos.

2. Esta costumbre de poner alimentos á los muertos en su sepulcro, subsiste todavía en varios pueblos de Michoacan. La llaman en tarasco *Quéhtzitacua*.

Pasaron dos dias: la noche habia caido pesada y oscura: los ruidos fueron extinguiéndose, la poblacion entera estaba sumergida en profundo sueño. Villadiego comprendia lo delicado de su situacion; era seguro que al llegar á Tzintzúntzan seria sacrificado: habia notado el odio con que los tarascos trataban á los mexicanos, y ningun motivo tenia para creer que los españoles no fuesen igualmente aborrecidos. Dos dias habia estado meditando el medio de evadirse y de regresar á México. No podia comprar á sus guardianes, porque en Taximaloyan lo habian despojado de todos los cascabeles y espejos que traia para proporcionarse recursos. Podia romper la estacada que amurallaba el recinto y huir en su caballo, pero ¿á dónde? Ignoraba el camino, puesto que lo habia recorrido de noche, y además, le parecia larga la distancia que lo separaba de México. Hubiera deseado consultar con los nobles mexicanos que lo acompañaban; pero todos estaban incomunicados y no sabia el lugar en que se hallaban. Habia otro inconveniente insuperable, el idioma tarasco le era del todo desconocido y no podia entenderse con nadie.

El valor de Villadiego no desmayó sin embargo. No podia fraguar ningun plan, pero ¿no pudiera presentárselo la casualidad? Así es que juzgó conveniente salir á todo trance de la prision á inspeccionar el terreno.

Por otra parte, no habia separado de su memoria un solo instante á la hermosa jóven que habia visto al entrar al palacio. ¡Si pudiera encontrarla! ¡Si ella correspondiese á su amor! ¿Qué le importaban entónces el martirio y la muerte? Léjos de la patria, ausente de la mujer que le habia dado el sér, habria quien derramase una lágrima al verlo morir, quien recogiese su cadáver y le diese sepultura.

Apartando de su alma estos pensamientos, trató sólo de buscar una salida. En las puertas de la prision habia centinelas, pero observó con alegría que en uno de los extremos del aposento se abrian anchas cuarteaduras en la pared, tal vez á consecuencia de los últimos terremotos. Pudo fácilmente introducir la mano por una de ellas, desprendió sin hacer ruido una piedra grande y le fué fácil pasar por la abertura.

Una vez en el bosque, su primer pensamiento fué, no bus-

car una salida, sino dirigirse al alto edificio que veia enfrente. Se imaginaba que dentro de él estaria la jóven de triste mirada y flexible talle que embargaba su corazon. Se acercó á las paredes, halló una puerta y penetró por ella. ¡Reinaba un profundo silencio en los corredores desiertos! Perdida esta esperanza, volvió á salir al campo y se dirigió resueltamente á la muralla. Al pasar por la yácata que él creyó una pequeña colina, sus oídos escucharon un débil gemido, saliendo del fondo del montículo. Dió vuelta al rededor, descubrió la entrada de la gruta y penetró en ella.

¡Qué ven sus ojos! La jóven de la dulce mirada está allí inmóvil, lívido el semblante! Y sin embargo, Villadiego no se habia equivocado: un suspiro prolongado ha partido de aquel sitio: ningun sér viviente se descubre en el antro.

Se acerca al cadáver cubierto de frescas flores, renovadas no há muchas horas. Los ojos de la doncella están ligeramente entreabiertos: su cuerpo no está rígido. Le toma una mano y va á llevarla á sus labios para imprimir un beso..... ¡aquella mano oprime la suya!

Villadiego quiere huir, pero el contacto se hace más pronunciado, como si la doncella le suplicase que no la dejara sola.

Villadiego vacila entre el temor y la esperanza. Mira el rostro de la jóven. Son tan correctas sus facciones, tan suave su tez aterciopelada, que el guerrero no puede contenerse y estampa un beso ardiente, prolongado y opresor en aquellos labios de dulce morbidez!

Atzimba abre los ojos, contempla extática la faz del guerrero, exhala un nuevo suspiro, y, respirando amor, devuelve con usura aquel sonoro beso que le infundió el calor de la vida.

Iba á amanecer: Atzimba, empleando el idioma nahuatl que habia aprendido en su infancia, dijo á Villadiego, señalándole la yácata:

—Hasta la noche, amor mio. Aquí te esperará tu Atzimba.

¿Qué pasa en el palacio? ¿Por qué corre la gente en todas direcciones? ¿Por qué se agitan espantados los sacerdotes del templo?

Las guanánchecha entonan cantos de alegría y conducen en sus hombros, en andas cubiertas de flores, á la hermosa Atzimba que respira salud y felicidad.

Los habitantes se refieren unos á otros el prodigio de la resurreccion de la princesa. El cacique del pueblo nombra mensajeros que vayan á Tzintzúntzan á contar al rey aquel sorprendente milagro, y en el momento de partir, Atzimba los llama á su presencia y les ordena que de su parte digan á Tzimtzicha que venga á Tzinápecuaro, porque tiene que hacerle importantes revelaciones que le interesan personalmente, lo mismo que á su pueblo.

Cuatro dias tarda el rey en venir. Cuatro noches de amores y deleites tejen la dulce pero frágil tela de la felicidad de los amantes. Al fulgor de la luna se les ve cruzar los bosquecillos impregnados de aromas, perderse en lo más oscuro de las sombras y reaparecer cuando el alba sonrie esperando la salida del sol.

¡Qué fugitivas pasan las horas de amor y de delicias! ¡Si se pudiera detener al tiempo!.....

Tzimtzicha llega. El gran sacerdote de Cuerápperi ha ido á encontrarlo en el camino y le ha hablado en secreto.

¡Qué adusto está el semblante del rey! Cuando Atzimba se presenta á saludarlo, los ojos de Tzimtzicha despiden rayos de cólera. Se domina sin embargo, y á la vista de la numerosa concurrencia, sonrie á su hermana y oye atento de sus labios las siguientes palabras:

—"Mi rey y señor: Cuando despues de muerta era trasportada á los cielos, una voz desconocida de un sér invisible me ordenó que regresase á la tierra para exhortarte á que no hagas oposicion á los hombres blancos que vienen á conquistar estos reinos. Su ley es la verdadera y la que habrá de prevalecer: que en prueba de ello, un mancebo hermoso, con una luz en la mano, ha venido por la parte del Oriente, lle-

gando á estas regiones á la hora de la salida del sol. Escúchalo, porque es el mensajero de la nueva ley."[1]

Atzimba no era una mujer cínica que quisiera sorprender al rey y cubrir su falta con un rasgo de audacia. Creia, como todos, haber estado muerta, y que por obra de un milagro habia vuelto á la vida. El encuentro con Villadiego en la gruta, durante el período cataléptico que habia suspendido su vitalidad, la hizo creer en el prodigio. Su muerte la habia desligado de sus juramentos como esposa del sol. Una nueva vida, una nueva religion la hacian libre y podia entregar su pecho al hombre á quien amaba. Esto le habia dicho la misma voz misteriosa que le habia ordenado hablar con el rey.

Tales fueron, en efecto, las palabras de Villadiego, cuando penetró á la gruta, en momentos en que la princesa, ántes de abrir los ojos, comenzaba á dar señales de vida, ofuscado aún su entendimiento. ¿Qué extraño es que aquella voz le hubiera parecido la de un númen celestial?

Y cuando despues del prolongado beso recobró su entendimiento, ningun obstáculo puso á dejarse bautizar con el agua que Villadiego tomó de un búcaro de plata. Atzimba creyó que esta era la ceremonia nupcial entre los cristianos, y desde aquel momento se tuvo por esposa del hermoso mancebo.[2]

Tzimtzicha oyó la relacion de su hermana. Era víctima de emociones que no podia ocultar, y más de una lágrima de rábia brotó de sus pupilas. El pueblo pensó que su rey lloraba la pérdida de su imperio y que palidecia de miedo.

Concluida la audiencia, el rey entró en Consejo con sus ministros, que eran entónces su hermano *Tzintzuni*, conocido por los mexicanos con el nombre de *Huitzitzil*,[3] el príncipe *Ecúngari*,[4] capitan general de los ejércitos; el anciano *Hué-*

1. Vida del Illmo. D. Vasco de Quiroga, pág. 28.

2. Bien sabido es que los españoles hacian bautizar á las indias ántes de hacerlas sus mancebas, ceremonia á que se prestaban complacientes los sacerdotes.

3. Los cronistas escriben Vivitzil y abreviado Vivil. Significa "colibrí." Nos parece probable que el hermano del Señor de Tzintzúntzan tomaba siempre el nombre de Tzintzuni, como título de señorío.

4. Este *Ecúngari*, "el gemelo," es el que en las láminas de Beaumont tie-

maxh,[1] gran sacerdote de Tzintzúntzan, y el príncipe *Cuinángari*,[2] sobrino y secretario íntimo del rey.

Puso éste en conocimiento de los consejeros que el gran sacerdote de Tzinápecuaro habia sorprendido á Atzimba fal-

Tzimtzicha.

tando á sus votos religiosos y que su cómplice era el extranjero que se hallaba en prision; el mismo sacerdote agregaba que la princesa habia muerto realmente y que el extranjero la habia hecho resucitar, valido de conjuros hechos á su Dios.

Tzimtzicha, fanático y supersticioso, vacilaba en el castigo que habia de imponerse á la princesa. Sacrílega y perjura, debia ser enterrada viva; mas su resurreccion, obra de un patente milagro, la ponia fuera del alcance de la justicia humana. Sobre este punto debia rolar la discusion. En cuanto á Villadiego y á los nobles mexicanos que lo acompañaban, debian ser sacrificados en el templo de la diosa Xharátanga.

ne el nombre de *Guángari*. Rectificamos el nombre, porque el Br. Moreno, autor de la Vida de D. Vasco de Quiroga, lo llama *Ecuángari*, y es sabido que el Br. Moreno tuvo á la vista unos "Anales del reino de Michoacan," escritos en tarasco por un indio anónimo.

1. *Huémaxh*, el respetable, el eminente, el que descuella.
2. *Cuininángari*, el que tiene cara de pájaro.

Largo rato duró deliberando el Consejo. ¿Cuál fué la resolucion que acordó?

En la tarde de ese dia emprendió el rey su regreso á Tzintzúntzan. La princesa Atzimba marchaba entre los viajeros. Las lágrimas surcaban sus mejillas y una intensa palidez velaba su semblante. Al mirarla el pueblo, creia que lloraba por el cielo que habia perdido, y que anhelaba franquear de nuevo la sagrada puerta de las cuatro estrellas.

A los tres dias de estos sucesos, los habitantes de Tzintzúntzan se agrupaban en las calles á ver pasar unos embajadores que se decia habian venido de México. De repente circuló la noticia de que aquellos eran falsos mensajeros, pues que se suponian enviados del rey de México, cuando era notorio que éste habia cesado de reinar.

Villadiego no marchaba entre la comitiva. El rey habia dado órden de que no fuese introducido, sino á las altas horas de la noche.

Se oia en el templo el ronco són de los caracoles congregando al pueblo, y sin embargo, no era la época de ninguna fiesta, ni la hora acostumbrada de las oraciones.

La multitud ocupó el espacioso atrio que rodeaba al templo.

Unos sacerdotes conducen diez prisioneros, suben las gradas del santuario, y, pocos momentos despues, los corazones humeantes de los compañeros de Villadiego son ofrecidos á la terrible diosa, cuya efigie representa al astro apacible de la noche.[1]

Cuatro horas hacia que el sol habia desaparecido en el horizonte. Una canoa tripulada por diez remeros se desliza sobre la onda quieta de la laguna. Los remeros son grandes personajes de Tzintzúntzan que conducen á Atzimba y á Villadiego. Los jóvenes se entregan á los trasportes de la felicidad.

1. Tal vez sean éstos los embajadores que el Sr. Chavero, en su Historia de México, dice que fueron sacrificados por Tzimtzicha.

Desembarcan los viajeros en un puerto escondido de las floridas playas de Carichero,[1] sitio veraniego de los reyes, por aquel entónces desierto y solitario.

Allí se pasa el dia: los amantes ocuparon la más lujosa cámara del palacio, desde cuyas ventanas contemplaban el lago, las piraguas que surcaban la superficie líquida, las aves que nadaban ó se dejaban llevar por las delgadas olas, y aquel cielo azul, tan limpio y tan sereno. Los guerreros vigilaban el recinto para que no hubiese ojos indiscretos que revelaran el secreto.....

Llega la tarde y la comitiva continúa el camino. Los dos jóvenes ocupan un cómodo y elegante palanquin.

Atzimba está impaciente por llegar á los fértiles campos de Curíncuaro, en donde la brisa tibia y embalsamada de la Tierra Caliente será el aire que respire su pecho. Allí los manantiales de cristalinas aguas murmuran dulcemente y convidan con su frescura á tomar los deliciosos baños; allí cintilan vivamente las estrellas en la profunda bóveda de la noche: los dulces cantares, las horas de amor interminables, los rumores del bosque, la ansiada soledad.....

Los amantes creen que el corazon del rey se ha enternecido, limitando su castigo á un destierro delicioso. Villadiego piensa además que se le guarda como un rehen precioso, colmándolo de dicha y de riquezas.

La comitiva llega al amanecer á un alcázar arruinado en los alrededores de Surúmucapio.

La nueva jornada de la noche va á terminar en las escondidas sementeras de Píndero.[2] Allí los árboles de la tierra fria y los de la Tierra Caliente enlazan sus ramas. Los amantes pasan el dia á la sombra de un bosque impenetrable, escuchando de tiempo en tiempo el rumor majestuoso de la vecina catarata.

Los nobles de la escolta aumentan su vigilancia para que ningun caminante extraviado pueda burlar el secreto de la expedicion.

A la caida de la tarde, Atzimba, nerviosa y exigente, ins-

1. Significa "lugar de borregos." El sitio que ahora se describe es un bello paisaje á inmediaciones de Eróngaricuaro.

2. "Lugar de cosecha," á inmediaciones de Uruápan.

ta á los conductores á continuar el viaje. Villadiego experimenta un vago temor y no participa del entusiasmo de su amada. ¿Es que ya se desvanece en su corazon la ilusion satisfecha y no tiene para él encantos una vida de amor en bosques solitarios, en verjeles floridos y perfumados, pero siempre desiertos?

La comitiva emprende esa noche su viaje, más temprano que de ordinario.

Ya entrada la noche, llega á la orilla de la barranca de Curíncuaro,[1] cuya sima se pierde en espantosa profundidad. Las paredes están acantiladas. En el hondo lecho se oye el rumor confuso y vago de un arroyuelo cuya corriente va chocando en las peñas.

Atzimba, aterrorizada, vuelve sus ojos hácia los conductores. La luna, que en esos momentos asoma por un claro de las espesas nubes que cubren el cielo, ilumina la faz de aquellos hombres, faz pálida, hosca y terrible que hace estremecer á la princesa.

De repente los guerreros se dividen en dos grupos. Uno de ellos se apodera de Atzimba y el otro de Villadiego. Sin darles tiempo de pronunciar una palabra, atan á los dos amantes, los descuelgan con larguísimos cables, y cuando calculan que han llegado á la mitad de la altura de la barranca, el jefe de los conductores esfuerza su voz y les grita para advertirles que existe allí una gruta y les ordena que penetren en ella. Los amantes obedecen, y los conductores recogen los cables. Despues bajan provisiones de boca y dos grandes tinajas llenas de agua.

Luego, todo queda en silencio. Apénas se oye en el fondo de la barranca el vago rumor de las aguas que chocan en las peñas.

Han pasado más de tres siglos: el viajero que atraviesa la barranca de *Jicalan Viejo* ve con admiracion las tinajas que están en la entrada de una gruta, á la mitad de las paredes

1. Hoy Jicalan Viejo.

acantiladas de aquella profunda sima, y no puede explicarse cómo pudieron ser allí colocadas.[1]

Ménos aún se explicaria ese viajero la existencia de dos esqueletos humanos en el fondo inaccesible del antro.

1. Hace ménos de veinte años que ví esas tinajas. Ignoro si habrán ya desaparecido, como están desapareciendo tantas y tan curiosas antigüedades. Desde mucho ántes de la fecha indicada habia oido decir que las tinajas habian sido depositadas para que tuviera agua que beber un español *preso allí de por vida* en los dias de la conquista. La *Relacion* habla tambien de un español muerto en Jicalan, pueblo de Vinapa (Uruápan), á principio de la conquista.

EPÍLOGO.

EL ÚLTIMO REY DE MICHOACAN.

TRANQUILA está la superficie del extenso lago de Pátzcuaro: en las cristalinas aguas que parecen un espejo límpido y profundo, se reflejan las altas montañas que lo rodean, entre las cuales descuella majestuoso é imponente el sagrado Zirate: de trecho en trecho surgen pintorescos pueblos sobre encantadas islas, cuyas siluetas inversas y ligeramente movibles, se miran en el fondo líquido del lago.

Es de tarde; llega hasta nosotros el perfume de los pinos desprendido de las cercanas serranías y traido en alas de la brisa: bandadas de colibríes, como lluvia de topacios y esmeraldas, pasan en vuelo rapidísimo ante nuestros ojos para ir á libar el néctar de las flores en los jardines que bordan aquellas pintorescas playas.

Alguna que otra piragua, cual sombra fantástica, se desliza presurosa hácia la tierra en donde la noche comienza ya á extender el negro crespon de sus tinieblas. El sol, como un inmenso disco de candente hierro, traspone los elevados montes de Pichátaro y se sumerge en la infinita inmensidad del espacio.

Trascurre una hora de silencio profundo, de densa oscuridad. De repente, una estela de blanca y apacible luz ilumina las enhiestas frondas de los pinos en el impenetrable bosque

de Zinziro, selva sagrada, en donde los habitantes de aquel país no penetran sin terror para recoger la leña santa que arde constantemente en el altar de sus dioses. No bien acaban de ver esa esperada luz los vigías puestos en los elevados templos de los cien pueblos que rodean el lago y de los que se levantan de en medio de las islas, cuando por todas partes se escucha el ruido misterioso y melancólico de las quiringuas, y á un mismo tiempo y como por encanto, se encienden en todas partes inmensas luminarias, despidiendo un color rojo, fantástico, que quiebra su luz en las tranquilas aguas como si una grande serpiente de fuego se moviera en su fondo. Entretanto, la luna se ha elevado en el horizonte, haciendo palidecer á las estrellas.

¿Qué pasa en la imperial Tzintzúntzan? Una extraña animacion, un grito de alegría salido de cien mil bocas atruena el espacio: brillan por todas partes las luces, y la ciudad se entrega á una de sus más alegres fiestas. A veces, cuando la multitud calla, se oyen partir del fondo del alcázar los ecos tristes, pero dulces y suaves de una cancion indiana, acompañada por los melancólicos tañidos de la quiringua.

A la luz de las antorchas se ven pasar grupos de guerreros, en cuyas cabezas ondean largas y sedosas plumas, y grandes comitivas de doncellas con sus trajes blanquísimos y ceñidas sus sienes con guirnaldas de flores, se encaminan al palacio.

Era el mes de Mayo de 1522: la Corte de Tzimtzicha celebraba la fiesta de la *Parandatzicua*, á la vez que los esponsales de Itzíhuáppa, jefe de los guerreros, con *Mintzita*, la hija predilecta del rey. Las paredes del palacio estaban tapizadas de flores traidas de la Tierra Caliente, arrancadas de las tierras templadas y recogidas en la Sierra. Era la primavera, y Flora ofrecia entónces sus más ricos atavíos en las plantas tropicales de lujo esplendoroso, en las esbeltas, aéreas y voluptuosas orquídeas de lascivos olores, y en las modestas, pero bellísimas rosas que se ocultan en el fondo de las barran-

cas, á la sombra de los pinos. El follaje aromático de estos árboles cubria el suelo y en tupidas enramadas colgaban las frutas de variedad infinita que en esa época del año ofrecen al paladar más delicado los bosques de Apatzingan, las florestas de Uruápan y las *tamácuas* llenas de frescura y cubiertas de ún verde lozano de las márgenes del rio grande y del majestuoso Zacatula.

La fiesta de la Parandatzícua es la fiesta de las ofrendas, que es lo que significa la palabra: se celebra aún en algunas poblaciones de Michoacan; pero en los tiempos anteriores á la conquista era la más solemne, la más tierna entre los indios, porque en esos dias ofrecian al sol y á la luna, en cambio de los dones que de estos astros recibian, de la fecundidad que derramaban y de las cosechas que producian, los más ricos presentes de la tierra.

Itzíhuáppa era el jefe de los guerreros: en más de cien combates su brazo habia esgrimido la espada de cobre de los tarascos: en cada batalla su cuerpo se cubria de sangre de enemigos y su frente quedaba ceñida con la aureola de la gloria. Era hijo del Ireti (rey) de Janicho, tributario del poderoso señor de Tzintzúntzan. Janicho es la isla más importante, á la vez que la más céntrica del lago de Pátzcuaro. ¡Cuántas veces Itzíhuáppa recorria á nado la distancia que separaba á Janicho de las otras islas y de la imperial Tzintzúntzan! ¡Cuántas veces colocándose una placa de cobre en la espalda, penetraba en las profundidades del lago y permanecia por muchos instantes oculto á las miradas atónitas de los indios! Éstos en su lenguaje pintoresco y gráfico le habian dado el nombre de *Itzíhuáppa*. "¡El hijo del agua!"

Mintzita era la hija predilecta del rey. Fruto de los primeros amores del monarca, su nacimiento misterioso habia tenido lugar en el delicioso sitio llamado Cuíntzio, en donde, en medio de un tupido bosque, morada de todas las aves, hay un pequeño lago incrustado en la roca y cien manantia-

les que hacen concierto con el gorjeo de los pájaros, turbando estos rumores la augusta soledad de la selva. Cuando Tzimtzicha subió al trono, la doncella franqueó por primera vez los umbrales del palacio y fué proclamada reina por su espléndida hermosura y por la infinita bondad de su corazon. Modesta, pudorosa, llena de encantos, el pueblo la llamó *Mintzita*, "Corazon," en aquel florido idioma.

Tzimtzicha, que habia adivinado que el amor con una misma flecha habia herido á la par el acerado pecho del guerrero y el tierno corazon de su hija; el rey, que veia además á su patria próxima á ser invadida por los valientes extranjeros que, en medio del incendio y de la destruccion de México, habian hecho rodar para siempre el trono de los reyes azteca, y que necesitaba de hombres avezados al combate para que lo defendiesen, veia con gusto la union de los dos jóvenes. Un sentimiento de cariño paternal y un acto de política presidian, pues, en el enlace de Itzíhuáppa con Mintzita.

Tzimtzicha estaba sentado debajo de un dosel, en cuyo fondo un sol de oro y una luna de plata deslumbraban con el brillo de sus rayos: la silla que le servia de trono, construida con madera de sándalo y tallada al estilo peculiar de los tarascos, ostentaba una águila caudal primorosamente esculpida en el alto respaldo. Su diadema despedia el fulgor de los ópalos, de los zafiros y de las turquesas. Su finísimo manto de algodon, entretejido con hilos de oro y el vellon de las plumas del colibrí, era obra de las manos de su hija, y el monarca lo llevaba con orgullo. A sus lados se desplegaban largas filas de sacerdotes. Los desposados estaban en pié delante del rey-pontífice. Una cadena de flores enlazaba sus cuellos, y en las cabezas llevaban las canácuas, emblema de aquel acto solemne.

—"Hijos mios—decia el rey,—nuestra madre la luna nos alumbra: ella que preside los nacimientos, derrame sobre vosotros sus benéficos rayos, lleve el gérmen de la fecundi-

dad á vuestro hogar y ruegue á nuestro padre el sol que ilumine los dias de vuestra vida. Tú, hijo mio, irás todos los dias al bosque sagrado á traer la leña que ha de alimentar el fuego de tu casa; y tú, hija mia, barrerás en larga distancia el camino de tu esposo, le regarás flores y quemarás incienso; y hasta que la casa y el camino estén tan limpios como tu alma, tan puros como tu cuerpo, y hasta que tu hogar tenga un fuego tan inextinguible como el que debe arder en tu seno, hasta entónces tomarás de la mano á tu señor y lo llevarás al sitio más solitario de tu cabaña."

De repente la multitud apiñada en las puertas del palacio se aparta con terror y con respeto. Cuatro hombres, más bien dicho, cuatro séres de raza desconocida penetran en el interior del alcázar. Los ve el rey; horrible presentimiento hace palidecer su semblante; el miedo se apodera de su alma y no osa articular una sola palabra. Los sacerdotes desaparecen y con ellos la inmensa muchedumbre. Mintzita huye despavorida al interior de los departamentos. Sólo Itzíhuáppa queda al lado del rey.

Aquellos séres desconocidos eran cuatro españoles que venian á ofrecer la paz de la tierra y la felicidad del cielo al rey de Michoacan. Itzíhuáppa se acercó á Tzimtzicha y en voz baja, pero enérgica, le dijo: "Señor, ¡sé rey!" Serenóse el semblante del monarca, mandó llamar á su servidumbre y con aire lleno de dignidad se levantó del trono y, acompañado de Itzíhuáppa, penetró á su cámara. En los ojos de los españoles se leian el espanto y la admiracion, y no sabian qué ver más, si el peligro que les amenazaba, ó los ricos tesoros que por todas partes los rodeaban. Dos mensajeros se llegaron á ellos y dijeron á su intérprete llamado *Xanacua* que los siguieran, por haber dispuesto el rey que fuesen alojados decorosamente.

Entretanto Tzimzicha habia reunido su Consejo de ancianos que le instaba sometiese su reino al monarca de Castilla; pero la voz poderosa de Itzíhuáppa, el fuego del patriotismo que brillaba en sus ojos y su continente que revelaba tanto valor, tan noble gentileza, inclinaron el ánimo de Tzimtzicha hácia la guerra, resolviendo que miéntras él entretenia con suntuosas dádivas á los extranjeros, Itzíhuáppa enviaria correos á todo el reino y él mismo se pondria en el acto en marcha hácia la frontera de México, recogiendo en su camino las huestes apostadas en Acuitzio, Zinápecuaro, Araró y Taximaloyan. Itzíhuáppa se apresuró á cumplir las órdenes de su señor. Al pasar frente á la estancia en que se habia encerrado Mintzita, palideció un momento, llevó su mano al corazon..... y siguió su marcha con paso firme y altanero. Cuando salió del palacio, el alba derramaba sus primeros rayos sobre la tersa superficie del lago. Las luminarias se habian extinguido; pero el humo denso y negro desprendido de ellas, brotaba como fúnebre capuz, entristeciendo y turbando los albores del dia.

Envuelta en el dorado polvo de la aurora, Mintzita apareció en una colina: su mirada se fijó en un grupo de guerreros que se alejaban por el camino del Oriente, y el llanto de sus ojos vino á aumentar el rocío de aquella triste mañana.

Ha pasado un mes: el ejército, fuerte en más de veinte mil hombres á las órdenes de Itzíhuáppa, se habia desvanecido en Taximaloyan como el humo de las luminarias en las fiestas de la Parándatzícua. ¿Qué habia pasado en ese tiempo? ¿Por qué Itzíhuáppa vagaba por los bosques solitario, triste y meditabundo sin llegar á ningun caserío? Tzintzuni, el hermano del rey, el mismo que luego se bautizó tomando el nombre de Don Pedro, marchaba á México en embajada con algunos ancianos de Tzintzúntzan para decir á Hernan Cortés que Tzimtzicha, huyendo de su Corte y al atravesar el lago de Pátzcuaro, habia desaparecido en sus aguas, víctima

de un naufragio, y que el reino de Michoacan era ya parte de los dominios de Castilla.

Retrocedamos algunos dias. Tzimtzicha, conturbado por el miedo, oyendo el consejo de débiles ancianos y sin tener á su presencia á Itzíhuáppa, se dejó dominar por un terror invencible. Una noche llegó á su palacio el ireti de Janicho, venerable anciano llamado Taré: una larga conferencia ocupó al rey y al tributario, y este último no esperó que amaneciese para regresar á su isla. En la tarde del dia siguiente, asombrado el pueblo de Tzintzúntzan, vió trasportar á cuatro grandes embarcaciones, sacos henchidos de polvo de oro, cofres llenos de piedras preciosas, rodelas, soles, lunas, barras de aquel precioso metal y de plata que llenaban las canoas; y al venir de la noche, el pueblo, lleno de espanto, presenció que el rey, la reina favorita y la princesa Mintzita se embarcaban en una de aquellas canoas; y luego vió que la flotilla tomaba el rumbo del Sur. La poblacion de Tzintzúntzan se retiró silenciosa á sus habitaciones, y esa noche, la melancólica quiringua no dejó oir sus tristes tañidos desde lo alto de los templos.

Más oscuras que la sombra de la noche, aquellas canoas se deslizaban sobre la aplomada espalda del lago: al pasar frente á Janicho, una pequeña piragua salió á su encuentro, y un grito como el del buho partió del fondo de aquella frágil embarcacion. La flotilla detuvo su marcha: el ireti de la isla se reunió á Tzimtzicha: ambos fueron llamando uno á uno á los remeros de las cuatro grandes embarcaciones, les daban muerte, diciéndoles que así convenia al rey; y de tiempo en tiempo, un cuerpo, sin exhalar el más ligero grito, desaparecia para siempre en el abismo de las aguas. Cuando no quedaba un solo hombre en las canoas, Tzimtzicha trasbordó á las dos mujeres á la piragua de Taré y ambos perforaron el fondo de las cuatro embarcaciones. Poco á poco fué el agua invadiendo el lugar de los inmensos tesoros, y algunos minutos des-

pues la laguna ofrecia eterna sepultura á aquellas fabulosas riquezas.

La piragua de Taré siguió su curso silenciosa y lenta.

El crepúsculo desplegaba su manto de escarlata sobre la gigantesca mole del Tancítaro, cuando Tzimtzicha y su comitiva, dos dias despues de los sucesos que acabamos de referir, hacian de incógnitos su entrada en las embalsamadas calles de Uruápan.

Empero, no tardó en descubrirse el retiro del rey, y se vió éste obligado á volver á su Corte.

Despues fué llamado á Coyohuacan, en donde Hernan Cortés habia fijado su residencia: prestó pleito-homenaje al emperador Cárlos V, y bautizado con el nombre de "Don Francisco,"—¡por su mansedumbre!—volvió á regir los destinos de Michoacan, allí donde ya no existian sus propios destinos.

Un dia se oyeron en Tzintzúntzan los tambores y atabales de los castellanos.—Un hombre, un tigre, llamado Nuño de Guzman, hacia su entrada en la ciudad. Temblaba el rey de Michoacan cuando el jefe español penetró en el palacio. Acompañábale un intérprete.—Manda á tu vasallo,—dijo Tzimtzicha—y entónces el intérprete le habló en su lengua: "el tesorero Tapia te envia á decir que aunque este jefe que tienes presente te pida oro y plata, no le des todo lo que tengas, pues que apartarás para aquel la mayor parte." Indignado el rey de tanta codicia y de tanta villanía, contestó lleno de cólera: "Nada tengo, ni para éste, ni para Tapia, ni para tí."

¿Qué habló el intérprete en voz baja con Nuño de Guzman? La historia sólo dice que á una órden de éste, el infeliz monarca fué encadenado, sufrió los horrores del tormento, del

India de Uruapan.
En la actualidad.

que á duras penas pudo libertarle un fraile franciscano,[1] y prisionero siguió la marcha del capitan español que se hizo construir por los indios aterrorizados una amplia calzada á través de los bosques en direccion hácia Puruándiro.—Seguian á Tzimtzicha la reina favorita y la desconsolada Mintzita.

Quince dias despues, cincuenta mil hombres se reunian en la fortaleza de Queréndaro. El patriotismo, la desesperacion, la venganza, los celos, multiplicaban las fuerzas de Itzíhuáppa. Era él quien habia reunido tan numeroso ejército; era él quien pensaba caer como el rayo sobre los españoles, vengar al rey y recobrar á Mintzita.

El sol de la tarde bañaba con sus dorados rayos la dilatada colina de Higuatzio. Las nutridas huestes desplegaban sus filas en la extensa plaza de armas: de todos los ámbitos del país se habia ocurrido al llamamiento de Itzíhuáppa. Coyúcan envió sus hombres bajo su bandera formada de plumas amarillas de papagayo; Huayámeo y Pandácuareo, reunidos, mandaron su estandarte cubierto con el plumaje de una águila; los pueblos de la Sierra llevaban vistosas cañas adornadas con las plumas de la guacamaya; los indígenas del lago ostentaban por insignia el azul de las alas que viste á los pájaros de las selvas; Uruápan mostraba su estandarte con el ropaje del Coa, compuesto de los tres colores, verde, blanco y rojo, y Tzintzúntzan, en fin, ponia en manos de Itzíhuáppa la imperial bandera ornada con las multicolores y brillantísimas plumas del colibrí.—El guerrero, satisfecho, pasaba revista á su poderoso ejército: él y sus oficiales llevaban rode-

1. Hé aquí cómo refiere este suceso el Obispo Las Casas:

"Se le puso en un zepo por los piés con el cuerpo extendido sobre un madero, al cual se le ataron las manos: un brasero de fuego abrasaba los piés, los que humedecia un muchacho con un hisopo empapado de aceite: un hombre se le presentaba delante con arpon y flecha en accion de disparar apuntando al corazon: otro le mostraba un perro de presa en actitud de soltarlo para que lo devorase. Todo este tormento era para que declarase dónde tenia el oro y la plata. Un religioso franciscano llegó á saberlo y supo hablar de manera que cesó la crueldad."

las, lunetas y orejeras de oro cubiertas de pedrería, para jugar en la batalla el todo por el todo, provocando á los españoles con el espectáculo de la ajena riqueza. Jamas las montañas de Michoacan habian contemplado ejército tan brillante. A una voz del jefe, los guerreros habian comenzado á desfilar por la triple calzada que, partiendo de la fortaleza, va á terminar á la playa del lago, en el punto de atalaya, llamado Erónspecuaro, en donde el ejército, en religiosa ceremonia, invocaba la ayuda del sol, en el instante mismo en que el astro rey envia á la tierra el último de sus rayos.

Corre sobre las colinas inmediatas, en vertiginosa carrera, un indio vestido con el traje de los mensajeros: lleva en sus manos un ramo de apátzecua en señal de duelo. Itzíhuáppa, pálido, pero con voz de trueno, manda hacer alto á su ejército. Llega el mensajero, y de sus labios oye el jefe la órden de Tzimtzicha de disolver las tropas, so pena del sacrificio de su vida. Itzíhuáppa trasmite el mensaje, y aquel ejército huye en todas direcciones como una bandada de tímidas palomas que oyera retumbar el trueno desprendido de las nubes. El príncipe permanece solo con el mensajero en medio de los extensos muros de aquella sombría fortaleza. El correo se le acerca, y en voz casi imperceptible, le dice: "Mintzita te envia, señor, estas palabras: "acude al lado de tu padre, él "te dirá en qué sitio del lago están sepultados los tesoros de "Tzimtzicha: sácalos, ven con ellos y salvarás al rey y á tu "Mintzita."

Una chalupa va como exhalacion, volando sobre el lago: hay momentos en que al impulso del remo salta sobre el agua, como el ave que, cansada de nadar, abre las alas y avanza sobre la superficie. ¡Allí está Janicho! Itzíhuáppa sube apresurado al palacio de su padre: habla con el anciano, que le señala el lugar donde cayó el tesoro, pero que olvida referirle la muerte de los remeros; y el guerrero parte como un ciervo herido, sin tener tiempo más que para recoger una pesada

placa de cobre. Llega á la orilla de la isla, salta sobre la canoa, sacude el remo y corta como un pez las ondas agitadas. De repente pára el débil esquife, coloca el guerrero sobre su espalda la gruesa placa de metal, y penetra en las profundidades del abismo. Vé brillar el oro, cintilan los diamantes y un verde sombrío y siniestro tiñe las esmeraldas. Pero ¿por qué palidece y tiembla Itzíhuáppa? ¿Por qué cierra sus ojos el temor?—Más de veinte cadáveres intensamente pálidos le estorban el paso para llegar á las inmensas riquezas. ¿Son los guardianes infernales de aquel tesoro fúnebre? Itzíhuáppa se desmaya, sobrecogido de temor, impidiéndole ascender á la superficie la plancha de cobre; y un cadáver más guarda aquel ignorado depósito.

Al dia siguiente el infeliz Taré vió flotar una negra mancha, como la ígnea sangre de un pulmon hecho pedazos, sobre la onda intranquila del cristalino lago.

El mensajero volvió solo á Puruándiro, al campamento de Nuño de Guzman, quien al saber que no llevaba los tesoros codiciados, mandó atar al rey mártir á la cola de un caballo. Sonaba la cabeza del desgraciado monarca al chocar en las piedras del campo. El jefe castellano tuvo compasion de su víctima. Lo desataron, y espirante y ensangrentado, el cuerpo del rey fué colocado en una pira de pino.

Hizo un supremo esfuerzo y sus labios pudieron pronunciar las siguientes palabras dirigidas á su ministro Ecuángari: "Mirad el mal pago que los cristianos me dan: en mala hora les entregué mi reino y adoré sus dioses. Tomad mis cenizas, recorred con ellas mis pueblos, mostrándolas á los purépecha para que guarden mi memoria y lloren á su rey."

Dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos chirriaron al tocar el fuego.

No se oyó más: la llama siniestra envolvió aquellas carnes, ya laceradas por el tormento.

Una mujer vestida de blanco, contempló, llena de angus-

tia, el horrible martirio, y permaneció inmóvil hasta ver extinguirse la última lengua de fuego que se arrastró sobre las brasas encendidas.

En un instante fué reducido aquel cuerpo á pavesas. Los verdugos arrojaron las cenizas al rio; pero algunos de los mas fieles súbditos de Tzimtzicha las recogieron de la superficie de las aguas, las depositaron en el fondo de una suntuosa yácata que allí mismo erigieron, dando á aquel sitio[1] el nombre de Guayámeo, nombre misterioso y sagrado que les traia el recuerdo del lejano país, desde donde los purépecha habian partido para conquistar aquel reino que ahora se hundia en la oscura noche de una dominacion extranjera!

Sobre los carbones apagados que sirvieron para el suplicio, Nuño de Guzman mandó colocar una cruz y dió órden de que se construyese un templo á *Nuestra Señora de la Purificacion.*

La primera órden fué obedecida en el acto. Los soldados levantaron el signo de la redencion, y en aquel momento oyeron, llenos de espanto, un quejido lastimero y miraron huir por el fondo del bosque un fantasma cubierto de blanca vestidura.

¡Era Mintzita!

Era Mintzita: en su locura decia que iba á buscar en el lago, el tesoro de su padre y su propio tesoro, á Itzíhuáppa. Noches y dias recorrió inconsciente montes y llanuras: de repente se presentó ante su mirada una laguna de tristes y silenciosas ondas. Se precipita en ellas, va nadando hasta un oscuro tular y encuentra en medio de las espadañas una flecha de algun desconocido cazador. Llama con dolorida voz á Itzíhuáppa: ni siquiera el eco le responde. Entónces hunde

1. Se halla á corta distancia de Santiago Conguripo.

la doncella en su corazon la flecha homicida: despues desaparece en el agua. Y al dia siguiente, el espíritu de Itzíhuáppa ve flotar una mancha de sangre virginal sobre las ondas agitadas, y escucha una voz misteriosa que clama: *¡Yuriri-apúndaro!* "¡Hé aquí la laguna de sangre!"

¡Imágen fiel de los dias de la conquista!

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

Prólogo..... 8
Dedicatoria.. 13
Leyenda inaugural..... 15
Capítulo I.—Idea general sobre las costumbres, política, guerra, religion y carácter de los tarascos.—Division de clases.—Dignidades y oficios.—Bailes.—Jerarquía sacerdotal.—La guerra.—Los matrimonios.—Funerales.—Las yácatas.—La Sirangua.—Rápida ojeada sobre los ritos religiosos.—Orígen y peregrinacion de los tarascos..... 37
Capítulo II.—La Corte de Naránxhan.—Aparecen los chichimecas guanáxheos.—Combate en la fortaleza de Tzacapu Tecánendan.—Iré-Ticátame.—Amenaza atacar la ciudad.—Parlamentarios.—Zirán-Zirán-Camaru.—La hermosa princesa Písperama..... 59
Capítulo III.—Luna de miel.—Ereccion del primer altar de Cuerápperi.—Cacerías.—Nacimiento de Sicuir-Achá.—Los hermanos de Písperama.—Xhichax-úcuaru.—La toga viril.—Ancianidad é indolencia de Iré-Ticátame.—Los ídolos del país.—La Ceres indígena.—Los hermanos de Písperama asesinan á Iré-Ticátame.—Venganza de Sicuir-Achá.—Recobra el dominio de Naránxhan.—Se corona rey.—Conquistas.—Fundacion de Guayámeo en la márgen del lago.—Fallecimiento del rey.—Le suceden Paguáppame, Guáppani y Curátame.—Tiempos oscuros..... 65
Capítulo IV.—Los primitivos pobladores.—Tzintzúntzan.—Invasion de los azteca.—Aztlan.—Huitzitzila, Anáhuac, Michámacuan.—Coatlicue.—Quirínguaro.—Fuga de los azteca.—El saqueo de Tzintzúntzan, orígen del odio entre mexicanos y michoacanos..... 79
Capítulo V.—Tariyarán, sumo sacerdote y cacique de Tzintzúntzan.—Alianza con los sacerdotes de Cuerápperi.—Castigo enviado por la diosa.—Marchan las tribus á ocupar las cuatro fronteras.—Nombres de las cuatro estrellas de la constelacion del Sur.—Curátame, rey de los purépecha.—Descripcion del lago de Pátzcuaro.—El pescador de Xarácuaro.—Primera parte de la leyenda de Patzimba..... 109

Páginas.

Capítulo VI.—Descubren los sacerdotes de Jarácuaro el paradero de Patzimba.—Envian un mensajero á Curátame.—Aceptan éste y su hermano la invitacion de trasladarse á la isla —Quirínguaro.—Rivalidad de este pueblo con el de los purépecha.—Regreso de Curátame y su hermano á la tierra firme.—Fundacion de Pátzcuaro.—Primera guerra entre los de Quirínguaro y los purépecha.—Concluye la leyenda de Patzimba.—El trono vacante..... 123

Capítulo VII.—Reinado de Tzetáhcu y Arámen.—Infancia de Tariácuri.—Rápida campaña que hizo por las cuatro fronteras.—La ceremonia de la coronacion..... 145

Capítulo VIII.—Mision del sacerdote Nácan.—Un extraño banquete.—Enciéndese de nuevo la guerra.—El mercado de Paréo.—Monedas, pesas y medidas.—Sirunda y Arame.—Muerte trágica de ambos amantes 155

Capítulo IX.—Campaña de Condémbaro.—Período de paz.—Matrimonio desgraciado de Tariácuri.—Las dos princesas de Tzintzúntzan.—Toma de Pátzcuaro —Los purépecha se retiran á Urecho.—Derrota y matanza de los de Quirínguaro.—Uresca, rey de Quirínguaro.—Guerra general.—Pátzcuaro, capital de los purépecha..... 165

Capítulo X.—Turátame.—Tamap-achá, cautivo de los de Quirínguaro. Su sacrificio.—Aparecen Tangáxhuan é Hirépan.—Huanita.—Hiquíngari.—El bosque de Paré-xharípitiro.—Se preparan grandes acontecimientos..... 179

Capítulo XI.—Descripcion del templo mayor y de la ciudad de Pátzcuaro.—Prácticas religiosas.—El palacio de las vírgenes del sol.—Himnos religiosos y cantares.—Período de paz.—La fiesta de Puréc-atácuaro.—Infame traicion de Turátame.—Tariácuri cautivo.—Incendio de Pátzcuaro.—Tariát-achá.—Los discos del sol y de la luna..... 199

Capítulo XII.—Ruinas de Pátzcuaro.—Soledad del bosque de Paré-xharípitiro.—Hirépan y Tangáxhuan.—Los purépecha errantes y perseguidos.—La fiesta de Curíndaro.—Inútiles pesquisas en busca de Huanita.—Reúnense Tariácuri y los príncipes.—Profecía de Tariácuri. 211

Capítulo XIII.—Estado moral de los purépecha.—Chapá, rey de Etúcuaro.—El baile de las flores.—Exuberancia de la tierra y notable fecundidad de las mujeres.—Los purépecha amagan á Tiripitio.—Rápida campaña en el Oriente.—Coyúcan —Zitácuaro.—Conquistas en el país de los chichimecas.—Primer encuentro con los tecos.—Cuadro del hambre..... 223

Capítulo XIV.—Continúa verificándose la profecía de Tariácuri.—Campamento de Purépech-irerio.—El rey de Itzí-parámuco.—El sacerdote de Quirínguaro.—Se proyecta abandonar á Itzí-parámuco.—Crímen horrible.—La Corte de Tzacapu.—Cuenómen y Chicuándira.—La junta de los médicos..... 239

Capítulo XV.—La fortaleza de Queréndaro.—Los templos del sol y de la luna —Indignacion de Tariácuri.—El rey de Pacanda ofrece cautivos para que sean sacrificados en los templos de los tarascos.—Inteli-

Páginas.

gencias entre Tangáxhuan y Turátame.—Muerte del usurpador.—Toma de Pátzcuaro 253

Capítulo XVI.—Candó y Amamba.—La cañada de los once pueblos.—Camécuaro.—Aparece Huanita.—Madre é hija.—Los purépecha abren una nueva campaña.—Sueños proféticos de Tangáxhuan é Hirépan.—Tanim-irécha.—Toma de Itzí-parámucu.—Escenas en el subterráneo del templo.—Dedicacion de la fortaleza de Queréndaro.—Las nupcias 261

Capítulo XVII.—Campañas.—El cacique de Tariáran.—Nueva profecía de Tariácuri.—Accion de Huirám-angaru.—Sacrificios humanos.—Fundacion de Higuatzio.—Grandes preparativos de guerra.—Triple batalla naval 275

Capítulo XVIII.—Política.—Jerarquía social.—Instituciones políticas y religiosas.—Administracion de justicia 285

Capítulo XIX.—Una expedicion.—La calzada real.—Tzintziro.—El antiguo reino de Naránxhan.—Tzacapu.—Taré-Camáhcu y Cuenómen.—Nacimiento de Tzitzíc-pandácuare.—Fallecimiento de Tariácuri 293

Capítulo XX.—Expedicion de Hirépan.—La cañada de Tzirapu.—El valle de Apúpato.—Los chorros del varal.—El reino de Tzacapu.—Exequias de Tariácuri 309

Capítulo XXI.—Los tres reyes del imperio.—Rápida ojeada sobre la marcha de la civilizacion de los tarascos.—El tesoro sagrado.—Los colores nacionales.—Expedicion.—Uruápan 315

Capítulo XXII.—El reino de Hirépan.—La Tierra Caliente.—Los túmbes.—El mar.—La tierra de los diamantes.—Los placeres de oro.—Profecía sobre la unificacion del imperio 325

Capítulo XXIII.—Coyúcan.—Las artes entre los tarascos.—Hermosura de la raza.—Extension del reino de Hirépan.—Entrada de Tangáxhuan en Tzintzúntzan 333

Capítulo XXIV.—Período de paz.—Prosperidad del imperio.—Guerra contra los tecos, otomíes y mazahuas.—Progresos en la civilizacion.—Descripcion de Tzintzúntzan.—Tucup-Achá 343

Capítulo XXV.—Hiquíngari.—El reino de Pátzcuaro.—Castigo impuesto á los hijos del rey.—Sírpiri.—Se espera el regreso de Caltzontzin... 355

Capítulo XXVI.—Fallecimiento de Tangáxhuan y de Hiquíngari.—Union de Pátzcuaro y Tzintzúntzan.—Leyes.—La propiedad.—Fiestas religiosas.—Sublevacion de los tecos 365

Capítulo XXVII.—Los pirinda.—Campaña contra los tecos.—Los de en medio.—Fallecimiento de Hirépan.—Guacús-Ticátame.—Conquista de Zacatullan y de Coliman.—Cultura del imperio.—Indole del idioma tarasco.—Expedicion al país de los matlalzinca.—Fin del reinado de Tzitzíc-pandácuare 373

Capítulo XXVIII.—Harame.—Campaña contra Hacángari, emperador de Anáhuac.—Derrota de los mexicanos.—Fundacion de Guarípeo.—Nueva sublevacion de los tecos.—Destruccion de Carápan y su reedificacion.—Los palacios y los tesoros del rey.—Primeros rumores de la

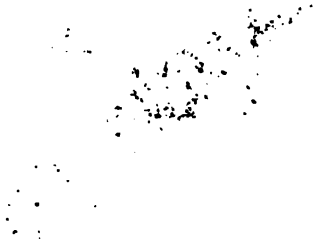
Páginas.

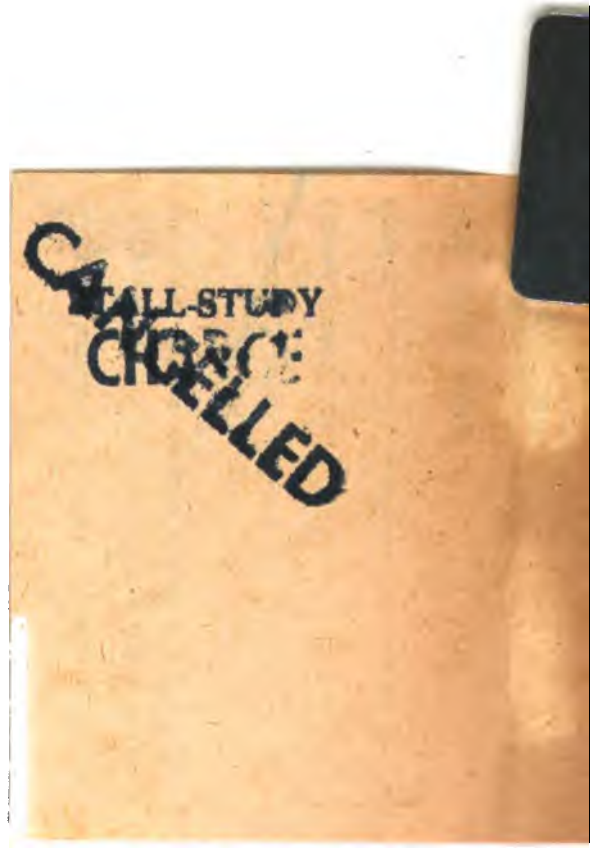
llegada de los españoles.—Respuesta de Harame á los embajadores de Ahuitzotl 383

Capítulo XXIX.—Siguangua.—Sus expediciones á Cuitzeo y á varias regiones de Jalisco.—Los palacios de Sirahuen.—El general tlaxcaltecatl Tlalhuicole.—Dos batallas ganadas á los mexicanos.—Nuevos presagios de la venida de los españoles.—Temor de Moctezuma.—Envia una embajada á Michoacan.—Un tratado.—El campamento de Hernan Cortés.—La peste de viruelas 399

Capítulo XXX.—Extension y límites del reino de Michoacan.—Tangáxhuan II, llamado comunmente Zintzicha.—Su carácter.—Manda asesinar á cuatro de sus hermanos.—Ultima sublevacion de los tecos.—Victorias de Tzecanda.—Embajadores mexicanos.—El ejército de los purépecha.—Toma de México.—Villadiego 415

Epílogo.—El último rey de Michoacan 437




CANCELLED